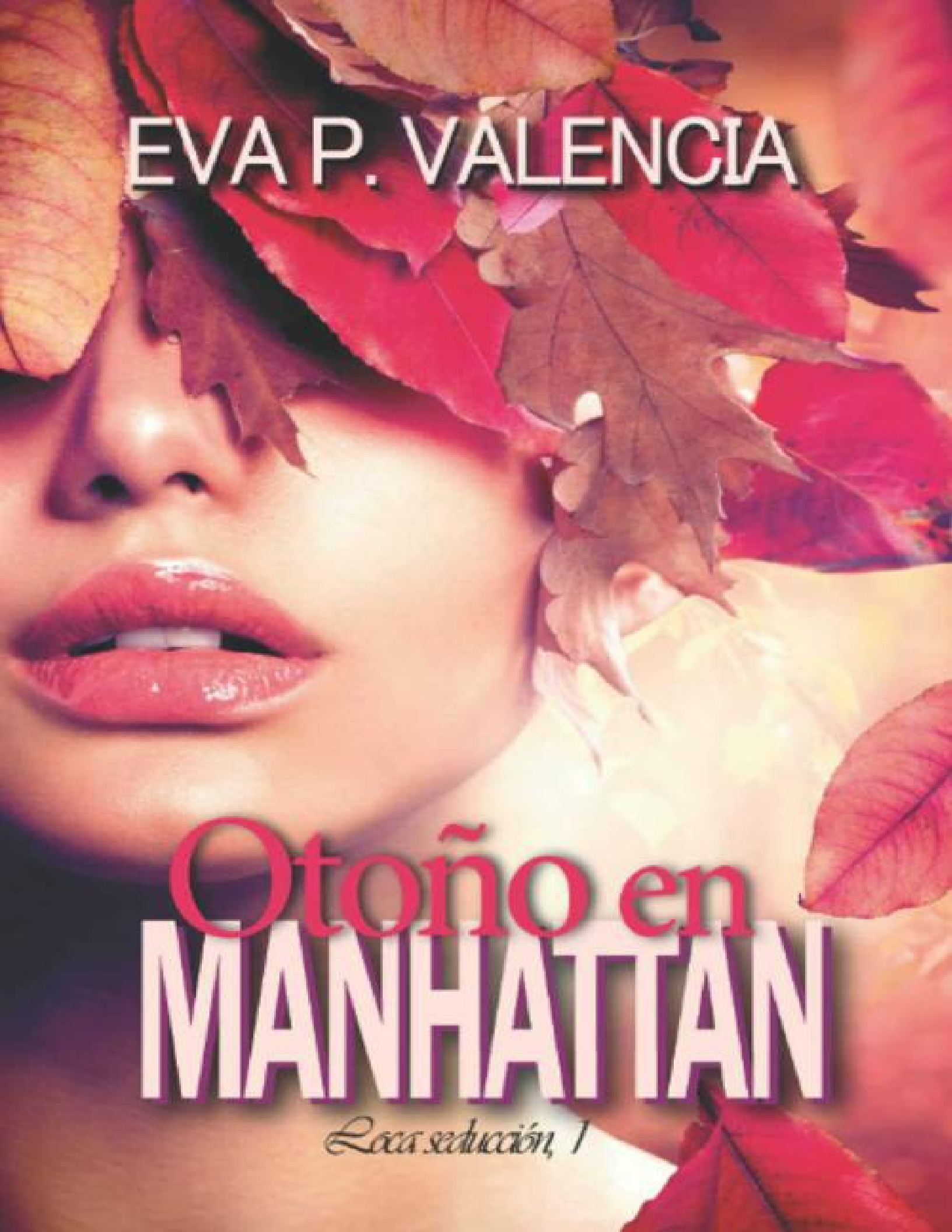

EVA P. VALENCIA
Otoño en
MANHATTAN
Loca seducción, 1

Otoño en MANHATTAN

EVA P. VALENCIA

Otoño en Manhattan
Eva P. Valencia

Primera edición: abril de 2014
Segunda edición: diciembre de 2021
Tercera edición: mayo de 2024
ISBN: 9781797859194

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.
Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún
fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 70219 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Eva P. Valencia
@ Eva P. Valencia, 2024
@ EPV Novela contemporánea, 2024

@ Imagen de la cubierta: *Shutterstock*
@ Fotografía de la autora: archivo de la autora

www.evapvalencia.com

¡Advertencia de contenido!

Esta novela está dirigida a una audiencia mayor de 18 años y contiene escenarios que pueden no ser adecuados para todos los lectores. Incluye:

- Descripciones explícitas de contenido sexual
- Situaciones de violencia doméstica
- Lenguaje fuerte y expresiones malsonantes
- Escenas de abuso y otros temas sensibles que pueden resultar perturbadores

Lectura bajo su responsabilidad.



Si te apetece escuchar las canciones en Spotify



Y si te apetece ver el booktrailer

A mi hijo, con toda mi alma

Siempre hay un poco de locura en el amor,
pero siempre hay un poco de razón en la locura.
FRIEDRICH NIETZSCHE

PRÓLOGO

Barcelona, julio de 2013

Ya han transcurrido cuatro años desde el fallecimiento de Érika en un fatídico accidente de tráfico. Ella y Gabriel tenían planeado contraer matrimonio aquel mismo invierno; sin embargo, el destino les deparó un desenlace muy distinto.

Para poder olvidar y dejar atrás el pasado, Gabriel decide marcharse de Madrid y trasladarse a la Ciudad Condal, junto a su hermano Iván.

En Barcelona pronto conoce a la prometida de Iván, Marta Soler, una guapa catalana de veintiséis años. Gabriel en seguida cae rendido ante sus encantos y se enamora perdidamente de ella.

Todo en Marta le recuerda a Érika. Su rostro, su pelo… incluso su mirada.

Sin pretenderlo, Marta se ve tentada. Ama a Iván, pero no puede evitar sentir deseo por su hermano Gabriel.

Cuando ese triángulo amoroso les empieza a asfixiar, Gabriel decide poner tierra de por medio y desaparecer.

Viajar a Manhattan… puede ser la solución.

1

Septiembre de 2013

La voz del capitán alertó a Gabriel de que su avión, un JetBlue Airways (Airbus A320), estaba sobrevolando la ciudad de Nueva York para tomar tierra en el aeropuerto John F. Kennedy.

Estiró los brazos y, tras hacer crujir los nudillos, echó un vistazo a través de la diminuta ventanilla para admirar los increíbles gigantes de hormigón que se alzaban arrogantes sobre el grisáceo asfalto de Manhattan.

Inspiró hondo y soltó poco a poco el aire mientras pensaba «nueva vida, nueva ciudad…»

Las casi nueve horas de vuelo en aquella reducida e incómoda butaca y sin la posibilidad de fumarse un pitillo habían exasperado los nervios de Gabriel hasta límites incalculables, produciéndole una tremenda jaqueca y un peor humor de perros.

Los últimos días en Barcelona habían sido completamente caóticos. Enamorarse de la prometida de su único hermano no había sido un gesto demasiado elegante por su parte. Por ello, poner tierra de por medio había sido, sin duda, la mejor solución o, por lo menos, la más práctica dadas las circunstancias.

Nada más desembarcar y tras recoger su escaso equipaje, Gabriel encendió su BlackBerry mientras esperaba junto a la parada de taxis.

Comprobó la bandeja de mensajes entrantes; tenía dos de sus padres y otro de su amigo Víctor, quien se dedicaba a jornada completa a la supervisión de proyectos en un despacho de arquitectura justo en el centro de Madrid, a sólo dos manzanas de la emblemática plaza de Cibeles.

Cuando se disponía a abrir el primer mensaje, una tos seca avisó a Gabriel de una compañía femenina a escasos dos metros, a su izquierda.

Curioso, miró por el rabillo del ojo, a la vez que guardaba el teléfono móvil en uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros desgastados.

Sonrió tras descubrir que se trataba de una bonita chica de cabellos castaños, cuyas ondas le caían justo por encima de sus hombros. Poseía unos enormes y vivaces ojos verdes, poblados de largas y rizadas pestañas negras, y un gracioso lunar dibujado sobre el labio superior. Su cuerpo era menudo y delgado y, aunque irguió la espalda esforzándose en aparentar ser una persona segura de sí misma, en seguida se delató vergonzosa, al pintar sus mejillas de un color rosáceo muy sutil.

Abrió la boca en un acto de fe, reuniendo el coraje suficiente para empezar a entablar una conversación con aquel desconocido, pese a no tenerlas todas consigo.

—¿Eres español? —De momento tan sólo pudo articular aquel par de palabras y su dulce voz tembló.

—Sí, eso parece —le contestó.

Gabriel sonrió mientras señalaba con el dedo índice la serigrafía que había en el centro de su camiseta gris oscura.

«Barcelona», leyó la joven mentalmente y en seguida se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Uf! Menos mal… Igual que yo, ¡qué casualidad! —Suspiró con gran alivio mientras se llevaba la mano sobre el pecho—. Me acabas de salvar la vida. ¿Puedes creerte que llevo más de media hora tratando de encontrar a alguien que hable mi idioma? Es la primera vez que viajo a

Nueva York y mi pésimo sentido de la orientación sumado a mi absoluta nulidad con el idioma, la verdad, hacen que ande muy perdida.

Gabriel se echó a reír. Al parecer su forma de hablar tan locuaz le estaba jugando una mala pasada. Cada dos o tres palabras se le trababa la lengua, sin siquiera ser consciente de ello.

Mientras hablaba, se fijó en sus manos. Cada una sujetaba una enorme maleta roja con ribetes negros, que a duras penas podía cargar.

Antes de preguntarle, Gabriel miró con suavidad a aquellos ojos inseguros tratando de mostrarle confianza.

—¿Hacia dónde te diriges?

—Mmm… —Ojeó un trozo de papel que simulaba un mapa—. Al centro de Manhattan.

—Pues… sin duda, hoy es tu día de suerte, porque casualmente ésa es mi próxima parada. —Le regaló una sonrisa radiante que la desarmó en un santiamén.

La conversación quedó interrumpida justo cuando un taxi se detuvo a sus pies.

Gabriel miró el vehículo estacionado y luego a la joven, que permanecía inmóvil a su lado.

¿Por qué no compartir el taxi?

Bien mirado no resultaría tan mala idea. Ambos necesitaban algo del otro: ella, ayuda y él, compañía. Hasta podría resultar divertido. Además, no le parecía ético dejarla sola en medio de aquella jungla, llena de depredadores acechando para homenajearse con un suculento festín: una joven guapa, dulce y fácilmente influenciable.

Tras proponérselo, ella dudó unos instantes.

En una situación normal, ni siquiera se estaría planteando la remota posibilidad de subirse a un taxi con un desconocido, pero daba por hecho que era la mejor opción, debido a las circunstancias. Solía hacer caso a su sexto sentido: la intuición. Y algo le decía que aquel chico no la iba a engañar, así que aceptó.

Nada más acomodarse en los asientos traseros del taxi, Gabriel, con un acento inglés un tanto peculiar, le indicó al conductor la dirección a la cual se dirigían.

Después de ceñir el cinturón de seguridad a su cuerpo y pasarse la mano por el pelo, ladeó la cabeza para interesarse por su acompañante.

—Así que de Barcelona, ¿eh?

—Sí, de un pueblecito costero.

—¿Y qué lleva a una chica guapa y solitaria a decidirse a viajar a miles de kilómetros de su casa?

—Pues… —dijo ruborizándose nuevamente. Era la segunda vez que no podía evitar que aquellos ojos verdes y penetrantes de Gabriel la amilanaran de aquella manera. Tuvo que tragar saliva y respirar hondo para proseguir lo más sosegada posible—: La universidad en la que estudio me ha concedido una beca y empiezo el semestre en pocos días.

Gabriel, mientras la escuchaba, aprovechó para repasarla de arriba abajo. Por lo visto, era una chica sencilla, al menos por su atuendo. Daba por hecho que era una persona muy tímida por cómo se ruborizaba cada vez que se atrevía a mirarlo a los ojos más de dos segundos seguidos. Aquello le hacía mucha gracia.

El trayecto duró poco más de media hora.

Apeándose primero del taxi, Gabriel recuperó las maletas y las apoyó en el pavimento. Luego rasgó un tozo de papel de la agenda que llevaba en su bandolera y escribió de puño y letra su número de teléfono.

Tras doblarlo, se lo entregó mirándola por última vez:

—Por cierto, me llamo Gabriel.

Ella trató de mostrarse lo más serena que fue capaz. Era muy probable que no se volvieran a ver.

—Yo soy Daniela.

—Si necesitas ayuda con el idioma, llámame…

Hizo un gesto con la mano emulando un teléfono y, después de guiñarle un ojo, el vehículo se incorporó al tráfico.

Tras permanecer en el sitio viendo alejarse al taxi, asió ambas maletas hinchando el pecho mientras admiraba el enorme rascacielos que se alzaba ante él.

Su destino era la planta treinta y seis. Según le había informado su amigo Víctor, lo que primero debía hacer era ir a la oficina y, una vez allí, preguntar por una tal Jessica Orson. Ella se encargaría de enseñarle el despacho y de darle las llaves del apartamento donde viviría a partir de aquel momento.

El viaje en el ascensor resultó de lo más asfixiante y lo más parecido a una leonera. Entre la cantidad de personas que cabían por metro cuadrado y el peculiar olor, unido a la mezcla de perfumes y otras cosas que prefería no nombrar… el ambiente se había convertido en prácticamente irrespirable.

Al fin, la puerta se abrió y Gabriel pudo salir, respirando a pleno pulmón para renovar el aire.

Miró un panel en el cual indicaba la dirección que debía seguir para llegar hasta las oficinas de Andrews&Smith Arquitects. Cruzó un largo pasillo hasta encontrarse con una enorme puerta acristalada que se deslizó a ambos lados cuando el sensor percibió su presencia.

Abrió los ojos y arqueó las cejas, sin poder evitar pegar un silbido.

Todo a su alrededor estaba decorado con un gusto exquisito.

Aquellas oficinas no tenían nada que ver con el pequeño despacho de apenas cincuenta metros que tenía alquilado en el centro de Barcelona junto a su hermano Iván.

Después de echar un vistazo rápido, se acercó a una chica de cabellera rojiza y grandes ojos color café que presidía la mesa de recepción. Acababa de colgar el auricular del teléfono y no tardó en brindarle una amable sonrisa de bienvenida.

Él se presentó y preguntó por Jessica Orson.

—Puede acomodarse en el sofá mientras la aviso.

—Gracias.

Dejó las maletas a un lado y se espachurró en el asiento a esperar durante más de media hora; incluso se permitió el lujo de quedarse dormido sin darse cuenta.

De repente, un increpante y desagradable carraspeo hizo que Gabriel se despertara bruscamente de su letargo, pegando un brinco. Al abrir los ojos se topó con una fulminante y gélida mirada azul que lo observaba desde lo alto.

Gabriel no tardó en saltar del sofá y erguirse, enderezando la espalda.

Tosió.

Se frotó los ojos repetidas veces mientras abría la boca de par en par esbozando sin pudor un bostezo.

—¡Aquí no se viene a dormir! —vociferó aquella chica de cabellos negros que lo miraba centelleante con cara de pocos amigos mientras cruzaba los brazos bajo sus voluminosos pechos.

Gabriel se rio con ganas y, aun a riesgo de enojarla más, trató de justificar como pudo aquel comportamiento infantil y poco profesional.

—Debe de ser el *jet lag*.

De nuevo se le escapó la risa sin poder evitarlo, a la vez que se rascaba la cabeza simulando un perro sarnoso.

Ella arrugó la nariz.

¿De dónde había salido?

Aquel chico cuanto menos era el antiglamour personificado y, aún peor, estaba exacerbando sus nervios y mermando la poca paciencia de que disponía.

Empezó a tintinear contra el suelo uno de los tacones de sus carísimos y exclusivos Christian Louboutin mientras se mordía la lengua privándose así de no escupirle una soberbia grosería.

«¿Quién coño se cree que es? No es más que un niñato que por lo visto no sabe con quién está tratando», pensó para sus adentros, malhumorada.

—Usted debe de ser el amigo de Víctor. —Lo estudió de arriba abajo concienzudamente.

—El mismo —repuso de forma divertida.

Cuando acabó de repasarlo y aprenderse de memoria hasta el número que calzaba, arrugó el entrecejo. Lo que había visto hasta el momento no era de su agrado. Las pintas de Gabriel distaban mucho de las de los demás empleados. No tenía clase, ni presencia y, por lo visto, su educación se la había dejado a orillas del Mediterráneo...

Chasqueó los dedos un par de veces para que espabilara.

—Acompáñeme.

Abrió el camino marcando el paso. Gabriel la seguía justo detrás, dejando una distancia prudencial, la suficiente como para poder admirar las increíbles curvas de aquella sexi desconocida.

Aquel traje negro de falda lápiz y americana endiabladamente entallada dibujaba cada exquisita forma de esa mujer; eso, unido a los rítmicos contoneos de las caderas, conformaban un visión celestial para sus ojos.

El despacho quedaba justo al final del pasillo.

Nada más llegar, abrió la puerta y atravesó la enorme estancia para sentarse en su confortable silla de piel. Luego, cruzó las piernas con refinada elegancia y, cuando Gabriel apoyó ambas maletas en uno de los carísimos muebles de madera de nogal que había encargado traer expresamente desde Europa, arrugó la frente muy molesta.

—Si no le importa, deposítelas ahí —le advirtió señalando el suelo con la mano, mostrando una perfecta y cuidada manicura francesa— o empezaré a descontar de sus honorarios todos los desperfectos que vaya ocasionando en mis muebles.

—Descuida —murmuró con un deje de burla en su timbre de voz.

Por lo visto, ella estaba dispuesta a declararle la guerra. No pensaba darle ninguna tregua. Era un hueso duro de roer. Gabriel no solía hacer juicios de valor precipitados, pero ella no se lo estaba poniendo nada fácil. Su actitud arrogante delataba que había tenido una vida acomodada y que estaba acostumbrada a tener al resto de los mortales como servidumbre.

Trató de que su comportamiento no le enturbiara el buen humor y, tras sentarse frente a ella, quiso hacer borrón y cuenta nueva para empezar de nuevo desde cero.

—Así que eres Jessica Orson —dedujo él con suspicacia.

—Para usted, la señorita Orson —lo rectificó mirándole de forma cortante y con cara de pocos amigos, haciendo ademán de superioridad.

Mientras, Gabriel comenzó a sonreír abiertamente. La actitud pedante de Jessica Orson crecía por momentos. Y cuanto más crecía, más se divertía él.

—Ya sé que en Barcelona se estila eso de llevar tatuajes y *piercings*, pero siento aclararle que trabajará en Nueva York, en la cúspide. Sus atuendos, su pelo desaliñado… su actitud arrogante, no son en absoluto compatibles con este trabajo. Ésta es una empresa seria. Andrews&Smith Arquitects está entre las diez compañías noveles más importantes e influyentes de toda la costa

Este. Y así seguirá, pese a quien pese.

Jessica miró con bastante repulsa el tatuaje que asomaba por la manga de la camiseta justo por encima del codo derecho y después el aro que Gabriel movía en aquel preciso instante a propósito para cabrearla y ponerla todo lo nerviosa que fuese posible. Porque, si ella era una estirada esnob, él podía llegar a ser un español de lo más petulante si se lo proponía.

—Hay normas, señor Gómez —comenzó a relatar—; si tiene intención de trabajar para mí, tendrá que acatarlas y me la traen floja las recomendaciones de su amigo Víctor. No importan lo más mínimo sus notas académicas, ni sus méritos profesionales...

Se detuvo unos segundos antes de proseguir, no sin antes fulminarlo con la mirada.

—Quiero que las cosas queden claras desde un principio entre usted y yo. No quiero que luego haya sorpresas, ni malos entendidos. —Carraspeó para aclararse la voz—. Lo primero: jamás me tutee. Como superior directo, merezco dicho respeto.

«Joder —pensó Gabriel—. La tipa se las trae… aunque, bien mirado… si le diera varios azotes en ese bonito culito, le quitaría todas las tonterías de golpe…»

—Segundo: debe desprenderse de cualquier tipo de adorno ostentoso. —Miró el *piercing* que atravesaba su labio inferior—. Presumo que no tendrá más ocultos, por ejemplo en la lengua…

Gabriel no cabía en sí del asombro, esto se ponía interesante.

Abrió la boca y sacó la lengua. Ella puso los ojos en blanco. Quizá con una negativa hubiese bastado...

Gabriel aprovechó para acomodarse más en su asiento. Separó las piernas y colocó un tobillo sobre la rodilla de la pierna contraria.

—Tercero: deberá acompañarme a reuniones, a convenciones y a toda clase de eventos. Por lo tanto, es obvio que ha de cuidar su vestuario. De momento bastará con que vista camisas de manga larga y corbata.

Jessica estiró del dobladillo de su americana, con un deje de orgullo en su semblante. Inspiró. Ya había acabado con su peculiar charla de bienvenida.

Lo que a primera vista no le había convencido de él, quizá, con unos acertados cambios, mejoraría.

Se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta para abrirla e invitarlo a que saliera del despacho. Su agenda siempre estaba apretada y ya había malgastado demasiado tiempo hablando con su empleado.

—Ahora, si me disculpa, tengo una importante reunión con los socios de la Multinacional Kramer.

Hizo un gesto con la mano enseñándole la salida. Gabriel recogió sus pertenencias y la miró antes de salir.

—Alexia, mi secretaria personal, le enseñará el despacho donde desempeñará su trabajo a partir de mañana y, además, le facilitará las señas del apartamento.

Y, dicho esto, esperó a que saliera y luego le cerró la puerta en las mismas narices.

Gabriel se echó a reír mientras zarandeaba la cabeza sin dar crédito.

«Menuda tiparraca está hecha… Sin duda será un verdadero reto trabajar para semejante personaje. Sospecho que me voy a divertir mucho, pero que mucho…»

2

Nada más salir por la puerta de su despacho, Jessica volvió a acomodarse en su silla de piel. Cruzó las piernas y descolgó el auricular del teléfono.

Estaba enfurruñada y le importaba un bledo que al otro lado del Atlántico fuesen pasadas las nueve de la noche, a causa de la diferencia horaria.

Jessica era así. De estricto y severo carácter, debido quizá a una meticulosa educación recibida en los mejores y más prestigiosos colegios de Norteamérica. Siempre necesitaba tener el control. La palabra improvisación no formaba parte de su exquisito y refinado vocabulario. Todo debía estar perfectamente organizado y su nuevo empleado, sin pretenderlo, había desequilibrado su orden.

Las largas uñas de Jessica repicaban con insistencia la madera lacada de la mesa, esperando con ansiedad. Por fin oyó a alguien responder al otro lado del hilo telefónico.

—Hola, Jessica.

—Víctor.

—¿Has conocido a Gabriel?

—Por eso te llamo —añadió con disgusto.

—¿Hay algún problema?

Jessica pegó una risotada teñida de sarcasmo.

—¿Me mandas desde Barcelona a un pamplinas para que sea mi mano derecha y te quedas tan ancho…? Por el amor de Dios… Te creía más profesional.

Víctor se echó a reír con ganas.

—¿Un pamplinas? ¡Joder, Jessica…!

—Esto no es un circo, Víctor. Sabes perfectamente que mi trabajo es lo primero, lo antepongo incluso a mi vida privada…

Jessica hablaba con rapidez, estaba muy alterada.

—Vamos a ver… No te embales, Jessica, que ya nos conocemos. —Bufó por la nariz—. Gabriel es uno de los mejores arquitectos con los que he tenido el privilegio de trabajar. Te doy mi palabra de que no te vas a arrepentir…

Jessica resopló indignada y luego añadió:

—Dos semanas, Víctor. ¡Le doy catorce días o te lo devuelvo a Madrid con una patada en el culo…!

Jessica ni siquiera esperó respuesta. Clavó el teléfono de un golpe seco.

Después, abrió el primer cajón de su escritorio para coger la pitillera de plata, encenderse un cigarrillo rubio y degustarlo sin prisas, con total parsimonia.

Según las señas que le había proporcionado Alexia, la secretaria personal de la adorable y dulce Jessica Orson, el apartamento de Gabriel quedaba muy próximo de las oficinas, justo en la calle 57 en Park Avenue, en la zona Este.

El bloque de pisos era moderno y acogedor; el pequeño apartamento de cincuenta metros albergaba en su interior un dormitorio con una enorme cama, un aseo con plato de ducha, una diminuta cocina muy bien equipada, un saloncito con un sofá de dos plazas, una mesa de madera con dos sillas y un mueble cajonero en el que reposaba una tele LCD de 27 pulgadas.

«Pequeño, pero agradable…»

Gabriel dejó las maletas tiradas de cualquier manera y luego se dirigió a la terraza, accediendo a ella desde el salón.

En seguida quedó fascinado por las espléndidas vistas de la ciudad que se apreciaban desde aquella altura. Conocía un poco la ciudad de Manhattan, lo necesario para saber que Central Park quedaba muy cerca. Así que se vistió con unos shorts negros y una camiseta de algodón blanca y se calzó sus Asics Nimbus para salir a correr sus diez kilómetros diarios.

Tras colocarse los cascos y encender su mp4, salió a eliminar la tensión acumulada del vuelo, del viaje y de su jefa de ojos azules y gélidos como el mismo hielo.

Descendió corriendo por la bocacalle en dirección a Madison Avenue y, en la esquina con la 72th, entró en el parque.

Hacía una temperatura ideal, ni frío ni calor, y apenas se apreciaba el viento.

Cuando el cronómetro lo avisó de que los sesenta minutos se habían agotado, fue reduciendo la intensidad hasta acabar deteniéndose. Poco después, cuando el ritmo de sus pulsaciones comenzó a ralentizarse, estiró los músculos de piernas, gemelos y brazos.

Ya se disponía a retomar el camino de regreso a su apartamento cuando se agachó a beber del agua de una fuente.

—¡Joder, tío!, no me lo puedo creer… —exclamó alguien eufórico tras él.

Gabriel se incorporó, sudoroso, con la camiseta empapada y enganchada a su torso, dibujando con descaro todos los abdominales: superiores, inferiores y oblicuos.

Se secó el sudor de la frente con su antebrazo, se giró y luego sonrió sorprendido al descubrir de quién se trataba. Pestañeó varias veces. Creía estar viendo un espejismo, causado quizá por la falta de sueño.

—¡Me cago en la madre que me parió! —Se carcajeó mientras se llevaba las manos a la cabeza—. ¿Qué demonios haces tú aquí, Eric?

—Negocios, ya sabes... —respondió sonriente.

Gabriel trató de secar la palma de su mano en la única zona del pantalón que no estaba empapada en sudor. Tras frotarla, se la tendió y ambos se dieron un fuerte apretón de manos.

—Veo que te sigues manteniendo en forma.

Eric se permitió el lujo de palmear su vientre en dos ocasiones.

—Eso intento —respondió Gabriel mientras notaba cómo varias gotas se deslizaban con absoluta libertad por su sien para luego añadir—: ¿Estarás muchos días por la Gran Manzana?

—Una semana, ¿y tú?

—He venido para quedarme.

Eric enarcó una ceja y se quedó estupefacto al instante.

Conocía a Gabriel lo suficiente como para saber que no era de la clase de gente que permanecía demasiado tiempo alejado de su familia. Por lo tanto, resultaba obvio que la causa era algo trascendental.

—Amigo, creo que tienes muchas novedades que contarme, así que te recojo esta noche y, mientras me pones en antecedentes, nos tomaremos unas copas.

—Eso está hecho.

—Además —añadió—, estás de suerte. Tengo un par de pases VIP de la discoteca *Kiss & Fly*.

Gabriel sonrió complacido. *Kiss & Fly* era uno de los sitios de moda de Manhattan. Había oído hablar mucho de ese lugar y, la verdad, sentía inquietud por conocerlo.

Tras despedirse, cada uno se marchó en direcciones opuestas.

Al llegar al apartamento, se desvistió, se duchó y, como estaba solo, se secó el cuerpo con una amplia toalla y se puso únicamente unos Calvin Klein negros con la goma de la cinturilla de

color blanca.

Tenía un hambre de lobos, así que se preparó un sándwich vegetal de atún y lechuga de tres pisos. Luego se dejó caer en el sofá y encendió la televisión para ver con qué programación neoyorquina le sorprendían. Puso los pies sobre la mesita y, tras levantar la lengüeta de la lata de Coca-Cola, bebió con tanta ansia que casi se la acabó de un único trago.

En el mismo instante en que se dispuso a abrir la boca para hincar los dientes incisivos en el pan, el móvil empezó a zumbar para su descontento.

Se levantó y caminó a la cocina, la BlackBerry vibraba sobre la encimera. Echó un vistazo a la pantalla y no pudo evitar fruncir el ceño sorprendido, en un acto reflejo, tras comprobar quién era la remitente del escrito:

«La vida suele ponernos a prueba y, en ocasiones, las cosas no salen como esperamos.

Me hubiese gustado tener un momento para hablar a solas contigo y despedirme como era debido.

No te lo reprocho, en absoluto. Porque acepto que tu vida debe estar lejos de nuestro lado.

Aunque, si te soy sincera, eso no suaviza el dolor.

Supongo que el tiempo calmará la sensación de malestar que arrastro desde que te fuiste.

Te echo mucho de menos. Quiero que sepas que siempre me tendrás como amiga, para lo que necesites… siempre.

Además, quiero proponerte que seas el padrino de mi bebé, del bebé que estamos esperando tu hermano Iván y yo.

Para mí sería muy importante.

Piénsalo, por favor.

Te quiero, Marta»

Suspiró tras acabar de leer el mensaje.

Demasiadas emociones agolpadas en unas cuantas líneas.

Demasiado pronto para tratar de enterrar los sentimientos que aún afloraban por Marta.

Dejó la BlackBerry sobre la encimera y salió a la terraza a tomar el aire fresco. Se frotó los ojos con los puños y trató de mantener su mente en blanco.

Pensar en ella le dolía. Todavía la amaba.

«Maldito Cupido… cómo te has burlado de mí. La próxima vez que vea revolotear tus níveas alas, te juro que te arrancaré las plumas una a una…»

Transcurrido un buen rato, entró, cerró la puerta y deslizó la cortina de lado a lado.

La tarde empezaba a caer y, si se decidía a contestar el mensaje, probablemente Marta ya estaría durmiendo. Así que, de momento, no lo hizo. Quizá más tarde. O tal vez no.

Se volvió a sentar en el sofá para tratar de acabar la cena, pero un malestar empezó a crecer en la boca del estómago. Se le habían quitado las ganas de comer, de golpe. Se levantó para lanzar el sándwich al fondo del cubo de la basura.

Marcaba las once de la noche en el reloj de Gabriel.

Se puso su cazadora de cuero negra y dio un rápido repaso a su pelo en el espejo. Trató de arreglarlo con los dedos, jugueteando con los mechones, aquí y allí, pero no había remedio… cada cual iba a su rollo.

Se mofó.

«Qué más dará, a quien no le guste, que no mire…»

Bajó hasta la calle para reunirse con su amigo y subieron a un taxi.

Eric y él se conocían desde el instituto, cuando Gabriel vivía en Madrid. Durante aquella época llegaron a ser inseparables, casi como hermanos. Juntos se habían dedicado en cuerpo y alma a realizar infinidad de perrerías y, sorprendentemente, varios años más tarde se habían vuelto a encontrar en el ombligo del mundo.

—Esta ciudad te atrapa, ya lo verás.

—Ya lo ha hecho —reconoció Gabriel.

Eric escudriñó a Gabriel con la mirada tratando de descubrir los motivos que lo habían llevado a Nueva York. ¿Pasta? ¿Crecer profesionalmente?

Sonrió meneando la cabeza. No, ninguna de las opciones era lo suficientemente poderosa. La economía nunca había sido un problema en la familia de Gabriel; por fortuna, sus progenitores estaban bien posicionados. Y respecto a su profesión, era un genio, un prodigio en su especialidad. Había trabajado en varios despachos de renombre allí en Madrid. Aún no había nacido rival que pudiera medirse con él.

«No, debe ser otra razón …», murmuró buscando el paquete de Marlboro en el bolsillo de su americana.

—Me tienes en ascuas desde esta tarde… ¿Por qué Manhattan?

Gabriel le sostuvo la mirada unos segundos antes de contestar para confesarle:

—Mujeres.

—¿Mujeres o… una mujer? —Le sonrió con picardía.

—Una.

Gabriel cerró el puño con desaliento sin ser consciente de ello. Su corazón palpitó con ímpetu en el interior de su pecho. Marta aún le seguía afectando. Todavía.

Por fortuna para él, el taxista detuvo el coche en doble fila y la conversación quedó suspendida en el aire.

—Es aquí. Serán... diez con ochenta centavos —apremió leyendo el taxímetro incrustado en el salpicadero.

Eric se adelantó y pagó el trayecto a pesar de la negativa de su amigo.

—Pago yo.

—Pues entonces la primera copa correrá de mi cargo —añadió Gabriel.

—Acepto, siempre y cuando la segunda ronda la pague yo.

Ambos rompieron a reír, divertidos.

Nada más apearse del vehículo, fueron testigos de la interminable cola de personas que aguardaban acceder al antro de ultimísima tendencia. Eric, que guardaba un as bajo la manga, sacó las dos entradas VIP y se las mostró a uno de los dos porteros que cerraban el paso con sus esculpidos cuerpos repletos de anabolizantes.

Al entrar, traspasaron un largo pasillo mientras observaban a su paso la perfecta decoración ultravanguardista y oían la estridente música dance.

Al acercarse a la primera barra, en seguida una llamativa y exuberante camarera de labios carnosos y sensuales, capaces de tentar al mismísimo Satanás, les sonrió al tiempo que les preguntaba qué iban a tomar.

—Vodka con zumo de naranja y güisqui con *ginger ale* —le susurró Gabriel al oído no sin antes guiñarle un ojo con atrevimiento.

La joven veinteañera preparó las copas con esmero y, cuando Gabriel se disponía a pagar con un billete de cincuenta dólares, ella chasqueó la lengua, colocó la mano sobre la de él mientras se humedecía los labios y alegó aquello de «invita la casa».

Gabriel la premió con una de sus sonrisas endiabladamente arrebatadoras mientras jugueteaba

girando el aro de acero con la punta de la lengua, sin apenas quitar el ojo a la preciosidad rubia que se contoneaba ante él.

A mitad de la noche, aquella camarera, acompañada de otras tres, se subió a la barra y empezó a danzar al sensual ritmo de la banda sonora de El bar Coyote.

Gabriel y Eric, que gozaban de un lugar privilegiado, abrieron los ojos hambrientos mientras babeaban observando aquellos movimientos dignos de cualquier contorsionista.

Durante toda la canción, la joven sólo bailó para Gabriel; al parecer el resto de la clientela no existía para ella.

Cuando la última nota se desvaneció en el aire, saltó de la barra y cayó justo delante de él. Sonrió con extrema picardía y, sin previo aviso, se acercó a su boca y lamió, con sugerente morbosidad, su labio inferior.

Gabriel no se hizo de rogar. Hacía rato que la rubia lo había puesto muy cachondo: primero el baile y luego su sensual lengua caliente.

—Si empiezas algo, debes acabarlo…

La sujetó con fuerza de la nuca con una sola mano y devoró su boca hasta la saciedad, metiéndole la lengua hasta el fondo para dejarla extasiada, sin aliento y medio aturdida.

Instantes después, se separó de sus labios para pedirle otro güisqui.

A la luz del alba, Gabriel abrió los ojos.

Sufría un horroroso dolor de cabeza. Aquello era la inevitable consecuencia de una larga noche de alcohol, música y… tal vez, algo más.

Se frotó los párpados con los puños tratando a su vez de incorporarse de la cama, pero algo se lo impedía.

Sobre su torso reposaba el brazo desnudo de alguien y, cubriendo parte de su rostro, unos largos mechones rubios.

Cuando pudo liberarse, echó un vistazo rápido para intentar descifrar dónde se encontraba y quién era ella.

La miró con displicencia.

Se trataba de la escultural camarera de la discoteca.

—¡Joder! —masculló.

No recordaba nada. Ni siquiera el haber llegado hasta allí y mucho menos haber follado con ella.

Trató de deslizarse entre las sábanas poco a poco, para no despertarla. No le apetecía nada tener que dar explicaciones…

Debía huir lo antes posible de sus garras… o estaría sentenciado.

Se puso los Calvin Klein y, tras recoger las demás prendas del suelo, salió despavorido de aquel apartamento.

3

Cuando Gabriel salió a la calle, lo primero que hizo fue tratar de ubicarse. No tenía ni la menor idea de dónde se encontraba, así que detuvo al primer viandante que se cruzó en su camino.

—Perdona, ¿en qué parte de la ciudad estoy?

El joven lo miró desdeñoso. Arrugó el entrecejo y lo repasó de arriba abajo con desfachatez. El aspecto desaliñado de Gabriel no ayudaba demasiado, ni aquel pelo castaño enmarañado, ni ese fuerte hedor a güisqui.

—Estás en Brooklyn —se apresuró a contestar para largarse lo antes posible de su lado.

—Grac... —Gabriel se quedó con la palabra en los labios.

«¿Tan mal aspecto tengo? No creo que sea para tanto…»

Se giró sobre sus talones en busca de un improvisado espejo. La cristalera de uno de los locales le serviría. Se acercó a uno y confirmó sus sospechas: daba pena.

Trató de acicalarse el pelo con los dedos, pero era del todo inútil. Al cabo de unos segundos, desistió en el intento.

La ropa arrugada y manchada —de Dios sabía qué— le daba un aire descuidado y desastroso.

Se acercó al pie de la calzada y miró la hora en su reloj.

Tenía que apresurarse si pretendía llegar puntual su primer día de trabajo. No había transcurrido ni un minuto cuando, doblando la esquina, apareció el primer taxi. Desafortunadamente, el letrero luminoso indicaba «Ocupado».

Así que tuvo que esperar cerca de diez minutos antes de silbar con los dedos mientras alzaba el brazo para alertar a otro.

El tiempo se le echaba encima, literalmente. Preso de los nervios, empezó a girar el aro de su labio sin ser consciente de ello.

Debía estar en el centro de Manhattan en menos de veinte minutos. Un milagro.

Era hombre muerto.

Ni siquiera cabía la remota posibilidad de darse una ducha rápida o al menos cambiarse de ropa…

«¡Joder, ni siquiera la interior!»

Resopló y entró en el taxi.

En seguida la BlackBerry le dio los buenos días con el pitido de un mensaje entrante. Era de su amigo Eric, quien al parecer tampoco había dormido solo: «¡Campeón! Ya me explicarás con todo lujo de detalles cómo folla la rubia con cara de viciosa... Yo al final me largué con la morena del tatuaje y su amiguita la brasileña... La próxima vez, te secuestro y te vienes con nosotros.»

Gabriel se echó a reír. Eric era un portento, un verdadero crac. Noche que salía, noche que follaba. Sólo o en grupo. Jamás había sido pudoroso. Los juegos le excitaban, era un pervertido dios del sexo. Salvo por un inconveniente: Tenía mujer e hijos.

«Eric, creo que sufro principio de amnesia. No sé qué coño tenía el güisqui pero apenas consigo recordar nada.»

Segundos después, Eric le contestó: «Pues lo dicho. Mañana por la noche salimos. Te aseguro que conmigo lo recordarás todo, ja, ja, ja…»

Gabriel sonrió torciendo el labio.

Sacudió la cabeza y guardó el móvil en el interior de uno de los bolsillos de sus tejanos

desgastados y llenos de pequeñas roturas.

* * *

Claudia Uralde entró en la habitación del apartamento que compartía con su compañera, Daniela Luna. Ambas habían viajado a Manhattan por los mismos motivos: una merecida beca para acabar sus estudios universitarios en bellas artes.

Claudia era de Vitoria-Gasteiz. Tenía veintidós años recién cumplidos y un currículum académico intachable. Había sido la mejor de su promoción con notable diferencia. El destino, sin duda, la trataría bien, y era muy probable que le tuviera guardada una carrera profesional muy prometedora.

Daniela, que estaba tumbada boca abajo sobre una de las dos camas de metro treinta y cinco, escuchaba *Mirrors*, de Justin Timberlake, en el iPod mientras leía Orgullo y prejuicio, de Jane Austen.

Era una chica romántica donde las hubiera. Creció creyendo en príncipes azules, aunque daba por hecho que bien podían ser azules algo desteñidos. Pese a ello, no perdía la esperanza, tenía fe ciega y deseaba enamorarse perdidamente de un chico.

Hasta el momento, había tenido dos novios, si salir un par de meses con uno y un mes con el otro podía denominarse de aquella forma.

Daniela Luna tenía una especie de fobia al sexo. Cada vez que lograba dar un paso adelante en la relación, sentía un horrible pánico que le obligaba a finiquitarla en el acto.

Claudia se acercó a Daniela y la saludó, pero ésta no la oyó.

—Hola...

Al ver que Daniela utilizaba a modo de punto de libro un trozo de papel roto y arrugado, se lo quitó para verlo más de cerca.

—Pero ¿qué es esto? —le preguntó con la curiosidad pintada en su cara—. Gabriel Gómez… 6-8-5-2-2-1-0-5…

Daniela se sobresaltó avergonzada, y sintió, despavorida, cómo sus mejillas se encendían.

Le arrancó el papel de las manos para correr a esconderlo de nuevo entre las páginas del libro.

Claudia alzó las cejas asombrada por su comportamiento.

—Perdona, Daniela, no pretendía ser impertinente...

—No pasa nada, no te preocupes —le respondió tratando de disimular la vergüenza que sentía.

—Pero ¿es guapo?

Daniela abrió los ojos y se puso más colorada todavía.

—Ejem, sólo se trata de un amigo.

Claudia, al notar la incomodidad en su tono de voz, dejó de insistir.

—Bueno, me voy a la ducha. Si por casualidad llama mi madre, dile que, cuando salga, la llamaré.

—De acuerdo.

Daniela siguió con la mirada a su compañera de piso hasta que desapareció tras cerrar la puerta del cuarto de baño.

* * *

Gabriel, como era de prever, llegó tarde a la oficina.

Sin perder más tiempo, se encaminó a su despacho, rezando porque su guapa, sexi y malcarada jefa no hubiese llegado todavía. Bastante tenía con sufrir aquel dolor que zumbaba en su cabeza

como para encima tener que escuchar un sermón.

Colgó su cazadora de cuero en la percha, depositó la BlackBerry sobre la mesa y volvió a pasarse los dedos por el pelo.

No tuvo tiempo ni de acomodar su prieto trasero en la silla de piel cuando sonó el intercomunicador.

«Me juego el pescuezo y los pavos que llevo en la cartera a que es la gruñona de Jessica Orson.»

Gabriel descolgó el interfono y apretó los ojos mientras esperaba los ladridos de su *rottweiler* particular.

—Le quiero en mi despacho, ¡¡¡ahora!!! —gritó ella desafiante y fría como el acero.

Y dicho esto, Jessica Orson colgó el auricular de un golpe seco.

—Buenos días a ti también… —respondió con sarcasmo a sabiendas de que ya no podía oírlo.

«¡Joder, pero qué mala hostia tiene la tía…! Seguro que hace días que no folla...»

Gabriel salió de su despacho, aunque, en vez de dirigirse al de su jefa, cruzó el pasillo hasta recepción. Necesitaba una dosis extra de cafeína para ser persona.

Alexia, al ver aproximarse a Gabriel, empezó a enredar con nerviosismo un mechón de pelo entre sus largos dedos.

Al llegar, se inclinó y apoyó el codo en la superficie del mostrador.

La muchacha tragó saliva ruidosamente.

Gabriel Gómez era un hombre muy atractivo, de facciones rectas y perfectas, mirada seductora y labios de infarto… y a veces abusaba de su suerte y le gustaba jugar con el sexo opuesto.

—Buenos días, Alexia. —Acarició cada palabra con la lengua al darse cuenta de cómo le afectaba su sola presencia. Le echó un vistazo rápido y luego añadió, esbozando una cautivadora sonrisa en los perfilados labios—: Ese vestido te sienta muy bien, realza el color de tus ojos.

Alexia pestañeó, abrumada.

—Hola —logró articular tras unos segundos en Babia.

—¿Sabes dónde puedo tomarme un café?

—La máquina está justo dentro de esa oficina. —Señaló con el dedo índice—. Pero, si quieres, puedo ofrecerte del café que comparto con las chicas de la oficina…

—¿Y no se enfadarán? —preguntó sin dejar de observarla con descaro, levantando una ceja perfecta.

—No. No lo creo. Además, puedo ofrecerte una de mis cápsulas…

Sin esperar respuesta, se levantó de la silla y puso en marcha la máquina de café que había sobre uno de los muebles apoyados en la pared.

Alexia preparó dos tazas, una para Gabriel y otra para ella.

—¡Mmm! No creo que puedas llegar a imaginar cuánto necesitaba este café —dijo sorbiendo de la taza.

Alexia sonrió tímidamente mientras se sentaba de nuevo en la silla.

Tras acabar el café, le guiñó un ojo mientras le devolvía la taza.

Luego se despidió y, a grandes zancadas, cruzó el pasillo.

Respiró hondo antes de golpear la puerta con los nudillos. Jessica Orson en seguida le hizo pasar.

Al entrar, quedó extasiado tras toparse de bruces con la viva imagen de la sofisticación y la elegancia. Jessica Orson estaba de pie junto al impresionante ventanal que dejaba ver perfectamente las formas geométricas de los rascacielos de la ciudad de Manhattan. Al igual que las perfectas y femeninas formas de su escultural figura.

El delicado vestido de lino en tonos verde oliva se ajustaba como un guante a cada una de sus indecentes curvas; eso, unido a su larga melena de un brillante color azabache, no le dejaron indiferente.

Tragó saliva con grandes dificultades mientras ella se giraba despacio.

«Eres preciosa —musitó Gabriel para sus adentros—. Si no fuera porque eres tan jodidamente… perra.»

Resopló con fuerza, conturbado, dejando a un lado, por su bien, aquellos tórridos pensamientos que bombardeaban su lujuriosa mente.

—Buenos días, señorita Orson.

—Deduzco que, para usted, no lo son tanto —se burló jocosa cruzando los brazos mientras lo escaneaba de arriba abajo—. Llega tarde, sucio, con la ropa arrugada y ni siquiera se ha dignado afeitarse. ¡Por el amor de Dios…!

Jessica Orson puso los ojos en blanco.

—Además de ese olor a güisqui que echa para atrás…

Gabriel, en esta ocasión, no supo qué contestar.

Muy a su pesar, se tragó las palabras porque en esta ocasión ella tenía la razón. Punto de ventaja para Jessica, uno a cero.

Ella negó con la cabeza, recordando que había prometido a Víctor concederle catorce días.

Abrió el primer cajón del escritorio y buscó algo en su interior.

—Tome. —Se acercó y le ofreció tres bolsas.

Gabriel las miró anonadado.

—¿Qué es esto?

—Ábralas.

Abrió la primera. Contenía un par de camisas y dos pantalones de firma. En las otras había zapatillas y ropa de deporte.

Frunció el ceño, ofendido, y luego miró a Jessica.

—¿Ropa? —preguntó enfurruñado.

«¡Joder! ¿Pero qué coño se ha pensado, qué soy un puto maniquí?»

Jessica ignoró sus gestos de disconformidad y añadió:

—Espero haber acertado con su talla. Ayer le comenté que debía vestir acorde a la situación. Pues bien, ha llegado la primera prueba de fuego. Esta mañana nos reuniremos con los socios de la multinacional Kramer.

—¿Los famosos Peter y Martin? —preguntó Gabriel con curiosidad, olvidándose de la ropa.

—Sí. Aunque usted, de momento, se limitará a acompañarme. Sólo escuchará. Mantendrá la boca cerrada y dejará que yo concluya el trato.

—¿Y la ropa de deporte?

—Después del almuerzo jugaremos al tenis. Aquí los negocios se cierran así. —Jessica lo miró con reticencia—. Víctor me aseguró que sabía jugar muy bien.

—Claro. Si hay que jugar, jugaremos. —Sonrío hilarante sin vacilar. Menuda forma de hacer negocios que tenían los neoyorquinos. Si ésa iba a ser su rutina laboral, por él, encantado.

—Abra la mano —le ordenó.

Gabriel así lo hizo y ella le colocó una pastilla en la palma.

Él frunció las cejas.

—Es ibuprofeno. Tómeselo. Le irá bien para la resaca —le instó—. En la planta de arriba hay un pequeño gimnasio. Pregunte por Henry, él le indicará dónde puede ducharse. —Bajó la vista a su boca—. Y, por favor… quítese ese aro, es repulsivo.

Se giró, dándole la espalda.

Asió su agenda y empezó a escribir en ella.

—Le quiero aquí en diez minutos, ni uno más —aseveró sin levantar la vista, dando por finalizada la conversación.

* * *

Hacia el mediodía, Daniela regresaba a su apartamento después de un corto paseo matutino.

Al entrar, encontró a Claudia tumbada en el sofá, viendo un programa de televisión.

—Tengo hambre. Voy a prepararme algo de comer —murmuró mientras se acercaba a la nevera y abría la puerta para mirar en su interior—. ¿Has comido ya?

—No, te estaba esperando.

Daniela buscó una fuente de cristal, una lechuga, un par de tomates maduros y una lata de atún. Los separó a un lado y luego lavó las hojas de lechuga bajo el grifo de la pila.

Claudia se acercó a su lado.

—Por cierto, han llamado de la academia mientras estabas fuera. Por lo visto han organizado una cena de bienvenida a los alumnos que empezamos este semestre.

—¿Una cena?

—Sí, mañana.

—No sé si me apetece… —contestó arrugando la diminuta nariz.

—Vamos, no seas tonta. Verás cómo nos divertimos. Además, estoy convencida de que habrá algún chico guapetón. —Soltó una risa.

—Mmm… Me lo pensaré.

—Veamos —murmuró—. Tengo todo el día de mañana para convencerte. Y puedo asegurarte que soy muy, pero que muy, perseverante...

4

Tras el almuerzo, Gabriel y Jessica se dirigieron a la cancha para jugar el partido de tenis con los socios Peter y Martin de la multinacional Kramer.

No cabe añadir que sudaron la gota gorda.

Sus contrincantes eran unos apasionados y expertos deportistas. Sin embargo, el dueto formado por Gabriel y Jessica logró alcanzar tal compenetración que dio la sensación de que habían jugado juntos toda la vida.

Hora y media de enérgico juego más tarde, peleando codo con codo como verdaderas fieras, consiguieron ganar el partido.

Gabriel, en un arrebato de euforia, lanzó la raqueta contra el suelo, corrió hasta donde se encontraba Jessica Orson y, ante su gran estupor, le rodeó la cintura con los brazos, la alzó por los aires y, finalmente, la abrazó con efusividad.

Los cuerpos sudorosos, agitados y excitados por el esfuerzo del partido sintieron por primera vez la sórdida atracción física que, sin previo aviso, había nacido entre ellos.

El exuberante busto de ella quedó aprisionado contra el firme torso de él, por lo que sintió cada uno de los intensos latidos que golpeaban con violencia su tórax.

Gabriel se separó y, al hacerlo, varios cabellos de la joven permanecieron adheridos a la piel de su mejilla.

Cuando tuvo su boca a pocos centímetros de la de ella, empezó a exhalar con dificultad. El aire chocaba contra sus labios, una y otra vez.

Un vago pensamiento cruzó su mente.

Estaba excitado.

Su boca lo excitaba. Toda ella.

Arriesgó, siguiendo su instinto más primitivo.

Acercó el pulgar a los carnosos y sensuales labios y empezó a reseguirlos suavemente.

Jessica sintió un placentero cosquilleo y el inevitable fuego del deseo que emanaba de sus cuerpos.

Se condenó por ello, por lo que aquel maldito ser le había hecho sentir.

Frunció los labios convirtiéndolos en una fina línea y, tras forcejear, lo apartó de su lado de un empujón.

—¡¿Cómo se atreve?! —exclamó enojada fulminándolo con la mirada—. Pero ¿qué coño se cree que está haciendo?

Gabriel dio un paso atrás.

Le bastó sólo un segundo para darse cuenta de que, por lo visto, estaba equivocado y que ella no había sentido lo mismo que él.

Entornó los ojos, decepcionado.

—Le doy mi palabra de que no volverá a pasar. —Apretó la mandíbula, con resignación.

—¡Más le vale! —soltó amenazante.

Jessica alzó el mentón y, dando media vuelta, se alejó a los vestuarios a paso firme.

Gabriel la siguió con la mirada hasta perderla de vista.

Luego miró su abultada entrepierna, que amenazaba palpitante en el interior de los shorts.

«Me has puesto a mil, señorita Orson. Parezco un vulgar adolescente.»

Sin duda, necesitaba una ducha fría para lidiar con aquella erección de caballo.

Hora y media más tarde, firmaron el contrato con la multinacional Kramer.

De regreso a las oficinas en el BMW X6 negro metalizado, Jessica Orson no abrió la boca, se limitó a conducir.

La tensión era palpable en el ambiente, podía incluso cortarse con el filo de un cuchillo. De vez en cuando Gabriel miraba de reojo a su acompañante, quien no levantaba la vista de la carretera.

Ya en el edificio, entraron en el interior del ascensor.

A Gabriel le incomodaba aquel angustioso silencio por parte de ella.

—Ya le he dicho que no volverá a pasar —aclaró de nuevo para que no hubiese lugar a equívocos.

Jessica, por su parte, abrió su bolso y cogió su neceser. Extrajo una barra de labios de Christian Dior. Se miró al espejo y empezó a pintárselos. Cuando acabó, los friccionó para asegurarse de extender bien el carmín en éstos. Buscó un cepillo y peinó su larga melena, que cubría gran parte de su espalda.

Después, en tono desdeñoso, le contestó:

—Se lo advierto ahora y desde ya. —Lo miró de nuevo con esos ojos azules y fríos como un témpano, e incluso adueñada de un halo de superioridad—: No me toque nunca más...

Gabriel abrió desorbitadamente los ojos.

No sabía cómo debía tomarse aquella declaración tan desmesurada.

¿Por qué se mostraba tan esquiva?

Quizá una mala experiencia en el pasado… o tal vez no tenía excusas y no era más que una arrogante consentida.

Las puertas se deslizaron a ambos lados para dar cabida a más personas.

Jessica no volvió a mirar a Gabriel.

Su mirada seguía perdida al frente, ignorando su presencia.

En lo que quedó de tarde, Jessica se encerró en su despacho y Gabriel no la volvió a ver, así que se puso manos a la obra y aprovechó para empezar cuanto antes con el nuevo proyecto de la multinacional Kramer.

Las horas volaban, parecían minutos y, éstos, segundos, y sin darse cuenta las seis de la tarde llegaron como una exhalación.

Gabriel empezó a enrollar los planos uno a uno y cerró el programa de diseño AutoCAD. Luego se acercó a la puerta para coger la chaqueta de cuero y la bolsa de la ropa sucia.

Salió al pasillo pero, antes de ir al ascensor, enfocó la vista al despacho de Jessica Orson.

Dudó, rascándose el mentón mientras meditaba si sería conveniente ir a hablar con ella o, por el contrario, dejar las cosas como estaban.

Optó por la segunda opción.

Desvió la vista y, sin mirar atrás, salió del edificio.

* * *

Daniela y su compañera Claudia se presentaron en la academia para asistir a la reunión informativa que ofrecían cada principio de semestre.

Al entrar, comprobaron que la sala ya estaba a rebosar y cien pares de ojos se giraron curiosos.

Con sigilo y sin entorpecer, ambas buscaron un par de asientos libres.

Daniela señaló con el dedo hacia el centro.

—Vayamos allí.

Atravesaron la estancia de puntillas.

Al llegar al destino, se dirigió a un joven de pelo moreno y ojos rasgados que ojeaba una revista de manga.

—¿Está ocupado? —preguntó apenas en un susurro.

—No. He venido solo.

Sonrió tímidamente enseñando con la mano el asiento.

—Gracias.

Daniela le devolvió la sonrisa.

Una hora más tarde, tras concluir la reunión informativa, salieron al descansillo.

El mismo joven que había estado a su lado aprovechó para despedirse antes de colgarse la mochila en uno de los hombros y salir del recinto.

Claudia, que mascaba un chicle de fresa, sopló haciendo una pompa y, tras explotarla, miró a Daniela con gesto divertido.

—¿Es mono, verdad? —le planteó mientras le propinaba un codazo para hacerla volver de su ensimismamiento.

Daniela tosió sobre su mano.

—Ejem… no es mi tipo, aunque he de reconocer que el chico no está nada mal —le confesó Daniela apocada.

—¿Que no es tu tipo? —Enarcó una ceja incrédula—. ¿Y cuál sí lo es?

Aquella pregunta la hizo meditar unos segundos. Lo cierto es que ni ella misma lo sabía.

¿A quién pretendía engañar? Jamás se había enamorado ni había perdido la cabeza por nadie como para tener claro cómo era su prototipo de hombre ideal.

Daniela se encogió de hombros y Claudia prosiguió:

—Es guapo el muchacho, pero los prefiero mayores. O sea, con más experiencia… tú ya me entiendes. —La codeó sin dejar de mascar el chicle.

Desafortunadamente, las experiencias de Daniela eran casi inexistentes.

A sus veintiún años, se consideraba un bicho raro. Jamás se había acostado con ningún hombre. Había intimado, pero no se había decidido a sobrepasar aquella barrera imaginaria.

Claudia abrió la boca al descubrir el hallazgo en su mirada.

—¡No me digas que eres virgen…!

Daniela le tapó la boca con la mano y miró a ambos lados, ruborizada.

—No lo digas como si fuese un insulto —susurró avergonzada.

—No pretendía ofenderte… —La miraba aún incrédula—. Lo siento...

Daniela clavó los ojos en el suelo.

Por supuesto, entendía la reacción de su compañera de apartamento, era de prever.

Claudia hizo una bola con la goma de mascar y la trató de encestar en la papelera.

—Vamos, no hay nada que un enorme helado de chocolate no cure. —Le regaló una candorosa sonrisa y le estiró del brazo—. ¡Venga, te invito!

5

Gabriel se despertó y dio un severo manotazo al despertador.

Gruñó como un animal y luego se tapó la cabeza con la almohada para seguir dormitando en la cama.

Cuando casi había logrado conciliar el sueño, el despertador sonó de nuevo. Gabriel volvió a gruñir y a maldecir con ganas. Tras apagar aquel diabólico aparato, lo lanzó al fondo del cajón.

Se levantó de un salto a regañadientes.

El segundo día no podía volver a llegar tarde al trabajo y menos teniendo a la fiera cabreada en su guarida.

Tras bostezar y estirar los brazos, se metió bajó la ducha.

Más tarde preparó el desayuno: un café solo.

Era lo único que lo devolvía al mundo de los vivos. La cafeína lo transformaba en persona. Eso y degustar un pitillo con tranquilidad.

Al acabar, dejó la taza en el lavavajillas y, tras buscar unas tijeras para cortar las etiquetas de la ropa que Jessica le había comprado, empezó a vestirse con ella.

Cuando su imagen se vio reflejada en el espejo, se carcajeó.

¿Quién demonios era aquel?

Desde luego, no Gabriel Gómez.

Quien estaba ante él tenía la apariencia de un estirado yuppie. En cambio, él detestaba los formalismos, las marcas y tener que ir todos como borregos hacia un mismo camino.

Pero las normas eran las normas, y se había propuesto complacer todos los deseos de su jefa.

Bajó el cuello de la camisa de rayas diplomáticas azules y blancas de la marca Gucci. Luego se calzó y, antes de salir por la puerta, cogió una manzana y le pegó un gran mordisco.

Al llegar a la calle, se paró en un quiosco para comprar *The New York Times* para poder leerlo en su tiempo de descanso.

Caminó varias manzanas hasta llegar al edificio de oficinas en pleno corazón financiero de la ciudad.

De nuevo, al entrar en el ascensor, la voz robótica fue informando de las plantas: veintidós, veintitrés… Ésa era la parte más amarga del día: tantas personas oprimidas en una diminuta lata de sardinas y a más de doscientos metros de altura.

Al llegar a la planta treinta y seis, por fin pudo respirar aliviado.

Nunca había sufrido claustrofobia, hasta el momento.

«He de reconocer que me va a costar acostumbrarme a todo esto», pensó para sus adentros mientras caminaba hacia Alexia.

—Buenos días, preciosa.

Alexia, que estaba de espaldas regando una planta, se giró en seguida tras oír su voz.

—Hola, Gabriel. —Le regaló una amplia sonrisa.

—¿Has visto hoy a la jefa?

—Sí, esta mañana se ha presentado antes de lo habitual. Por lo visto, espera la visita del hijo del dueño de la compañía.

Gabriel la miró sorprendido.

Sentía verdadera curiosidad por saber de quién se trataba.

—Gracias por la confidencia. Me largo a mi despacho antes de que alguien me ruja. —Levantó ambas cejas y después le sonrió—. ¿Me reservarás hoy otro café?

—Claro, cómo no. —Parpadeó coqueta.

Gabriel hizo una breve parada en su despacho para dejar el diario, el tabaco y la BlackBerry, y luego siguió andando hacia el final del pasillo.

Al llegar a la puerta del despacho de Jessica, golpeó con los nudillos y entró.

—Buenos días —saludó a Jessica, aunque en seguida se dio cuenta de que no estaba sola.

Ella permanecía sentada en su silla hablando con un individuo, quien daba la espalda a Gabriel.

—Acérquese. —Ordenó Jessica con voz dictatorial—. Quiero presentarle al señor Robert Andrews. Él es mi exmarido y el futuro heredero de la compañía Andrews&Smith Arquitects.

Gabriel enarcó una ceja, sorprendido.

¿Exmarido?

Se aproximó para tenderle la mano.

—Tanto gusto.

«Así que te casaste con el hijo del jefe… Ver para creer.»

Aprovechando que Robert se pavoneaba de su riqueza y su poder, Gabriel lo observó con atención.

Debía de rondar los cuarenta años. Las innumerables canas grisáceas que poblaban su pelo le daban un aire de lo más interesante. Además, tenía una mirada penetrante y avispada, ojos marrones y una cuidada perilla.

Iba vestido con un elegantísimo traje negro, una camisa azul cielo y una corbata de seda de un azul algo más oscuro.

Tras tener que soportar el monólogo de sus logros y más logros, Robert se despidió de Gabriel estrechando de nuevo su mano y besando a Jessica en la mejilla.

Gabriel los observó, sorprendido.

Al parecer, mantenían un trato cordial entre ambos, a pesar de estar divorciados. Incluso tenía la impresión de que aún existía algún tipo de relación más allá de lo estrictamente profesional.

Cuando Robert salió del despacho, ambos se quedaron a solas.

Ella inspiró hondo. Luego miró a Gabriel y lo felicitó por la vestimenta.

—Vaya, este traje le queda aún mejor que el de ayer. Sin duda el azul le favorece. —Sonrió levemente mientras se sentaba de nuevo.

Gabriel aprovechó para deleitarse admirando su hermoso cuerpo.

Esa mañana estaba realmente espectacular, vestida con ese traje blanco de americana entallada y falda lápiz que se ajustaba a su redondeado y prieto trasero.

Tuvo que desabrocharse el primer botón del cuello de la camisa.

Estaba excitado sólo con verla caminar.

Cerró los ojos y la imaginó gateando a cuatro patas sobre una cama... sugerente y muy sensual.

«¡Mmm…!»

Jessica sacó de su cajón la pitillera de plata y escogió un cigarrillo al azar.

Al levantar la vista, se encontró con los ojos de Gabriel.

—¿Le apetece uno? —Le mostró la pitillera.

—Claro.

Gabriel se acercó para cogerlo.

—Creía que estaba prohibido fumar en lugares cerrados —dijo él.

—Bueno, como yo siempre digo, hecha la ley, hecha la trampa. —Encendió el cigarrillo y

luego le dio una calada—. Ni usted ni yo vamos a decir nada, así que, qué más dará. Además, me relaja y en estos momentos es lo único que necesito.

Gabriel no daba crédito a su comportamiento.

En día anterior, sin ir más lejos, no quería saber nada de él. Estaba enojada. Y hoy… hoy parecía una persona complemente distinta.

En cierta forma, se sintió aliviado.

A ver cuánto duraría en ese nuevo estado.

De repente, sonó el teléfono.

Jessica esperó varios tonos para luego apagar el cigarrillo y contestar la llamada:

—¿La señorita Jessica Orson? —preguntaron al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—Le llamamos del Bellevue Hospital Center.

—Dígame.

—Necesitamos repetir las pruebas. ¿Cuándo podría venir al centro?

Jessica tragó saliva.

«¿Repetirlas? Qué extraño.»

Gabriel notó un ápice de temor en su rostro. Parecía angustiada.

Apagó la colilla junto a la de ella y se sentó sobre la mesa.

—¿Está completamente segura de que he de repetirlas? —preguntó con insistencia.

—Sí. —Le contestaron—. Y debe ser lo antes posible.

Se creó un incómodo silencio.

—De acuerdo.

—¿Cuándo podría acercarse?

Jessica cogió su agenda y ojeó varias páginas hasta encontrar un hueco.

—Pues tendrá que ser en unas tres semanas. Antes me temo que va a resultar del todo imposible.

—Señorita Orson... —hizo una nueva pausa—... debe venir lo antes posible.

Jessica abrió los ojos y dejó el bolígrafo sobre la mesa, apabullada. Tanta insistencia no podía significar un buen augurio.

Trató de mantener la calma y la compostura.

Desenroscó el tapón de un botellín de agua mineral para aliviar aquella sensación de sequedad que se había hecho manifiesta en su boca. Bebió un trago, luego otro más largo y, tras inspirar hondo, prosiguió:

—De acuerdo, hoy mismo intentaré hacer un hueco.

—Bien. La esperamos entonces. Que pase un buen día.

Jessica colgó el teléfono y dejó la mano apoyada unos instantes sobre el aparato mientras meditaba en silencio.

Ni siquiera recordaba que Gabriel seguía allí.

—¿Va todo bien? —le preguntó con un deje de preocupación.

—Mmm, sí… a la perfección —mintió deliberadamente—. No es nada que no tenga solución.

Aunque su respuesta no fue en absoluto convincente, Gabriel no insistió.

Apenas se conocían.

No tenía la suficiente confianza como para quedarse, acompañarla y quizá consolarla.

—Necesito que prosiga con el proyecto Kramer —le pidió sin mirarle a los ojos—. Gracias, puede retirarse.

Gabriel asintió con la cabeza y, antes de salir del despacho, la miró unos instantes en silencio.

6

Gabriel regresó a su despacho; tenía mucho trabajo pendiente por acabar. Caminó a través del pasillo pensando inevitablemente en Jessica, la mujer de hielo que se había mostrado vulnerable ante sus ojos, permitiendo asomar la imagen de una mujer mucho más frágil e incluso, por qué no decirlo, mucho más humana.

Entró y se sentó.

Entrelazó los dedos, los colocó por detrás de la nuca y se recostó hacia atrás, haciendo balancear levemente la silla.

De repente, oyó el sonido de la bandeja de entrada de su móvil. Miró la pantalla y comprobó que era de su colega Eric: «Esta noche te recojo a eso de las diez, iremos a cenar con la morena del tatuaje y con su amiga la brasileña».

Gabriel sonrió zarandeando la cabeza a la vez que escribía la respuesta: «Recuérdame que les pregunte cómo se llaman, ya que tú por lo visto no lo sabes».

Esperó el mensaje de vuelta: «Pero ¿desde cuándo importa el nombre, si sólo me las voy a tirar? Ja, ja, ja…»

Gabriel, como era obvio, no esperaba otra respuesta viniendo de él. Se echó a reír y luego le envió un último mensaje confirmando la hora.

La mañana fue transcurriendo sin grandes cambios. Alrededor de las once, Gabriel se acercó a recepción a por su dosis diaria de café.

Alexia, al verlo, se incorporó, cogió dos tazas y encendió la máquina de café expreso.

Esa mañana se había recogido la melena pelirroja en un moño alto, dejando al descubierto su nuca y una bonita y perfecta piel nívea. Se había arreglado más que de costumbre, luciendo su figura con un elegante vestido ligeramente entallado, de escote en forma de pico y de alegre estampado en tonos tierra.

Alexia no se consideraba una chica especialmente atractiva para los hombres, aunque estaba orgullosa de poseer un carácter afable y tranquilo. Solía mantener la templanza en cada situación, a excepción de con individuos como Gabriel, que en ocasiones la mermaban.

—Gracias, ¿qué haría yo sin tus cafés a media mañana…? —Cogió la taza y se la llevó a la nariz para oler mejor su aroma—. Por cierto, ese recogido te sienta muy bien —añadió sorbiendo y siendo partícipe de cómo se ruborizaba lentamente mientras enredaba un mechón de pelo en su dedo.

De repente, se abrió la puerta de uno de los despachos. De su interior aparecieron dos hombres, uno de ellos con acento londinense.

El más mayor tendría cuarenta y cinco años. De cabellos grises, tez morena y pequeños ojos negros, era alto y muy delgado. Vestía con un traje gris, una camisa blanca y una corbata negra.

El más joven debería rondar los treinta y cinco. Tenía el cabello muy oscuro, los ojos grandes y marrones, labios perfilados y un hoyuelo en el mentón, así como una perfecta mandíbula cuadrada y un cuerpo armonioso y atlético. Era muy alto y vestía, al igual que su compañero, un traje gris, una camisa blanca y una corbata negra.

Ambos se acercaron hasta Alexia y Gabriel.

—Alexia, tesoro... —dijo el más joven—, dile a Jessica que hemos vuelto de Londres algo

antes de lo previsto, y que tenemos que darle buenas noticias.

—Jessica ha tenido que salir, pero le dejo una nota —añadió anotándolo en un post-it de color amarillo.

El hombre más mayor miró a Gabriel de arriba abajo y dedujo que él era el nuevo fichaje que todos habían estado esperando, así que se acercó un poco más y se presentó mientras le tendía la mano.

—Yo soy Richard, supongo que tú debes ser el famoso Gabriel Gómez, de Barcelona —aseveró con un deje algo grosero en su timbre de voz.

Gabriel enarcó una ceja y le devolvió la mirada sin amilanarse. Su suspicacia no le impresionaba. Aunque no era de extrañar que Gabriel levantara envidias, a sus treinta años había cosechado más logros que quizá todos los que Richard llegase a conseguir a lo largo de toda su vida.

El más joven, que ya conocía el hiriente y ofensivo carácter de su compañero Richard, intervino para relajar la tensión del ambiente. Se colocó estratégicamente entre ambos y disimuló, presentándose también.

—Bienvenido Gabriel, yo soy Frank Evans. —Le estrechó la mano.

—Gracias —contestó Gabriel.

—Me han hablado maravillas de tus proyectos —sonrió Frank con amabilidad— y estoy deseando trabajar codo con codo a tu lado. Espero aprender mucho de ti.

—Lo mismo digo. Jessica me ha comentado que trabajaremos juntos en el proyecto Kramer.

—Exacto, pero eso será a partir de mañana —dijo mirando a Richard y, haciendo un mohín, concluyó—: Si nos disculpas, nos iremos a almorzar.

Frank y Richard se despidieron y Gabriel regresó de nuevo a su despacho.

* * *

Jessica se sentó en una de las sillas de la sala de espera del Bellevue Hospital Center, aguardando con impaciencia su turno.

Desde que había recibido la inesperada llamada telefónica del centro, no había podido deshacerse de un doloroso nudo que se le había formado en la misma boca del estómago.

Al poco rato, una pareja joven entró en la sala.

La chica estaba embarazada y, por la dimensión de su vientre, probablemente lo estaba de unos siete meses.

Jessica no podía dejar de mirarlos.

El chico la rodeaba con sus brazos mientras acariciaba su enorme y redondo vientre. Se les veía muy ilusionados, y muy… enamorados.

Jessica apartó de golpe la mirada.

Prefirió perder su valioso tiempo mirando el blanco de las paredes antes que constatar que había personas capaces de ser felices.

Hacía demasiados años que había dejado de ser feliz.

No recordaba haber amado a ninguna de sus parejas desde lo ocurrido con Adam y, lo que era peor: estaba convencida de que ninguno de ellos tampoco la había amado.

Jessica Orson había estado gran parte de su infancia internada en prestigiosos colegios por decisión expresa de sus padres. Unos padres a los cuales apenas conocía. Unos padres que impusieron sus normas para que Jessica llegase a ser lo que era: una exitosa mujer de negocios de treinta y cuatro años, directora de una de las más importantes empresas de Nueva York.

Jessica era envidiada por muchos porque lo tenía todo: belleza, inteligencia, dinero, poder…

aunque la realidad, tristemente, era otra. Todo era una fachada, porque ella seguía sintiéndose vacía por dentro.

De repente, la puerta se abrió y apareció una jovencísima enfermera vestida de uniforme y con una cofia blanca en la cabeza.

—¿La señorita Jessica Orson? —preguntó buscando entre los pacientes.

—Soy yo. —Bajó la pierna que reposaba sobre la otra y, estirando el largo de su falda de lápiz, entró con decisión en la consulta.

Nada más entrar, el doctor Olivier Etmunt se levantó para recibirla.

La besó en las mejillas y, tras colocar la palma en el bajo de su espalda, la acompañó hasta la silla.

—Tú dirás, Olivier —le dijo Jessica con un leve deje de preocupación.

El doctor Etmunt le miró a los ojos y después observó el informe que había en el interior de una carpeta. Extrajo una radiografía y, tras encender la pantalla que colgaba de una de las paredes, señaló unos puntos oscuros mientras le explicaba por qué debía realizarse de nuevo las pruebas.

Jessica, que miraba con atención, se quedó sin habla.

El incómodo nudo del estómago ahora había ascendido a la altura de su garganta.

Trató de recuperar el aliento mientras escuchaba cómo el doctor daba las indicaciones a su ayudante.

—Khristen, acompaña a la señorita Orson de nuevo a la sala de rayos X —pidió a la enfermera, quien permanecía en pie con las manos unidas detrás de la espalda.

Nada más llegar, le indicó dónde debía depositar sus pertenencias. Le ofreció una bata de algodón de color verde por estrenar y le sugirió amablemente que debía desvestirse de cintura para arriba.

Durante aquellos horrendos segundos y los que vinieron después, Jessica fue sumamente consciente de lo que el doctor Etmunt trató de explicarle: si el resultado salía positivo, tendrían que sentarse y hablar de cómo afrontarían el problema.

7

Al mediodía Gabriel aprovechó para salir a la calle a comer algo, un bocadillo tal vez, cualquier cosa rápida que le permitiera estar de vuelta lo antes posible en la oficina. El proyecto Kramer le empezaba a absorber por completo, y hacía mucho tiempo que no se ilusionaba tanto en un reto similar.

Descendió a la planta baja, saludó al portero con la mano y salió a la calle pisando el asfalto.

Caminó un par de manzanas en dirección a una cafetería que previamente Alexia le había recomendado, famosa por sus bocadillos y comida rápida para llevar. Pero, nada más doblar la esquina, sus ojos verdes salieron disparados como flechas en dirección a los movimientos de una joven.

Era morena y vestía de manera informal, con una camiseta de tirantes, unos tejanos y unas Converse fucsia.

Se mostraba alterada. Corría de arriba abajo y de vez en cuando miraba a la carretera tratando de parar algún taxi, sin conseguirlo.

Gabriel, a medida que se aproximaba, notaba la angustia reflejada en su rostro: lo tenía completamente desencajado y su cuerpo temblaba a la vez que intentaba marcar las teclas del móvil con verdadera dificultad.

—¡Joey! —La chica gritó con voz entrecortada.

Gabriel continuó observándola desde una distancia prudencial.

No sabía por qué pero, por una extraña razón, no era capaz de dejarla sola. Necesitaba ayudarla.

Alzó su mano al aire para tratar de conseguirle un taxi, pero tampoco tuvo suerte.

De la nada, una persona apareció ante sus ojos, le robó y, acto seguido, huyó pitando entre la multitud.

—¡Eh tú! ¡Mi teléfonooooo! —gritó ella con voz desgarrada.

Trató de perseguirlo, de correr tras él, pero por desgracia en seguida lo perdió de vista. Exhausta, apoyó las manos sobre sus rodillas.

Entonces rompió a llorar desconsoladamente.

Gabriel voló a su lado y acarició su espalda para tratar de tranquilizarla en lo posible.

—¿Estás bien?

Ella levantó la vista hacia aquella voz desconocida pero a la vez tranquilizadora.

Gabriel pudo descubrir a través de las lágrimas que, bajo ellas, se ocultaban unos preciosos ojos grises, completamente desolados.

La joven descubrió el tatuaje que asomaba por la manga de la camisa y Gabriel, instintivamente, procuró ocultarlo. No quería que tuviese una percepción equivocada de él.

Pretendía ayudarla, no robarle.

—¿Qué te han robado?

—El móvil —contestó entre sollozos.

—Espérame aquí —le pidió.

Gabriel echó a correr como alma que llevaba el diablo tras aquel chico. Empezó a sortear a la gente a su paso. Gracias a que era un joven atlético, pudo seguirlo sin demasiado dificultad y casi le dio alcance a sólo unas manzanas.

Por lo visto el chico tampoco estaba dispuesto a rendirse y, al saberse de nuevo perseguido,

corría todo lo que podía. En ocasiones giraba la cabeza para saber a qué distancia estaba Gabriel.

Le estaba pisando los talones.

Pronto le daría alcance.

En un último esfuerzo por tratar de esquivarlo, el ladrón tropezó con su propio pie y cayó al suelo y dio varias vueltas sobre el asfalto.

Gabriel paró en seco y le asió de la camiseta con fuerza, obligándolo a levantarse.

Las gotas de sudor bañaban su frente…

—¡Cabrón, devuélveme el móvil! —le gritó mientras jadeaba y le enseñaba el puño de forma amenazante.

—¡¡No me pegues, no me hagas daño…!! —suplicó tapándose la cara con las manos.

Gabriel se fijó mejor en su rostro. No era más que un niño con cuerpo de hombre. Un niño aterrado que pedía clemencia.

—Toma el móvil… —Se lo devolvió temblando como una hoja.

Gabriel resopló; como le había mirado a los ojos, no fue capaz de pegarle, ni siquiera de recriminarle nada. Su apariencia harapienta delataba que vivía en la más absoluta pobreza. Era muy probable que no tuviera medios para subsistir y robar se hubiese convertido en la única salida posible para mantenerse con vida.

—¡Lárgate antes de que me arrepienta! —Le soltó de la camiseta con desprecio.

El chico esbozó una sonrisa en forma de agradecimiento y, sin pensárselo dos veces, arrancó a correr hasta perderse entre la gente.

Gabriel se guardó el móvil en el bolsillo. Dio media vuelta y regresó por el mismo sitio hasta llegar al punto de partida, pero ella ya no estaba. Había desaparecido.

Su estómago volvió a retorcerse de nuevo. Se moría de hambre, literalmente, así que entró en la cafetería que Alexia le había recomendado.

Se sentó en la barra y cogió la carta para leer el menú. Poco después, mientras le preparaban el almuerzo, aprovechó para lavarse la cara y las manos.

Al regresar, se dio cuenta de que todo el mundo miraba con asombro el televisor. Sus ojos, en un acto reflejo, también lo hicieron y comprendió el porqué de tanta expectación. Por lo visto un loco chiflado armado con una escopeta había secuestrado a los niños y profesores de un colegio de Nueva York. Afortunadamente habían conseguido abatirlo. Sin embargo, la noticia más amarga era que el perturbado había disparado a varias personas y las había herido de gravedad.

La expresión de Gabriel se endureció, y sintió en su propia piel la angustia de los familiares de aquellas víctimas.

—Aquí tienes el bocadillo y la cerveza bien fría —le dijo la camarera mientras se lo entregaba.

—Gracias. ¿Cuánto te debo?

—Doce con veinte.

Gabriel pagó y salió de aquel local.

Bebió la lata de cerveza de un solo trago y guardó el bocadillo en un bolsa de plástico, de momento era incapaz de probar bocado; las imágenes que acababa de presenciar tenían la culpa.

Hacia las seis de la tarde, Gabriel empezó a ordenar los papeles que tenía esparcidos por toda la mesa mientras comprobaba la hora para no llegar tarde a la cena con Eric y las chicas.

Antes de marcharse fue a despedirse de Jessica.

Desde aquella llamada telefónica no la había vuelto a ver en todo el día. Cruzó el largo pasillo y golpeó la puerta del despacho con determinación, pero nadie contestó. Esperó unos segundos más y al final se dio por vencido.

Metió las manos en los bolsillos y se acercó a recepción.

—Alexia, ¿sabes algo de Jessica?

—He creído verla subir a la planta de arriba.

—¿Al gimnasio? —preguntó extrañado.

Ella asintió.

—Ajá.

Sin apenas meditarlo, subió las escaleras de dos en dos.

La planta superior estaba dividida en dos zonas: la inmediata era una sala de máquinas. Había tres bicicletas estáticas, dos cintas para correr y un multigimnasio; la otra sala albergaba una piscina de veinticinco metros de largo por doce de ancho, un jacuzzi y una sauna turca.

Gabriel llegó a una gran sala custodiada por Henry, quien se encargaba del mantenimiento y limpieza de la misma.

—Buenas tardes —saludó mientras enceraba el suelo con la máquina pulidora.

—Buenas tardes, Henry. ¿Por casualidad has visto a la señorita Orson? —le preguntó echando un vistazo por encima de su cabeza para ver si lograba dar con ella.

—Sí, está en la piscina haciendo unos largos.

—Gracias. Y no trabajes mucho, eh… —Le sonrió mientras le daba un par de palmaditas en la espalda.

Henry lo saludó estirando la visera de la gorra de su equipo de béisbol favorito, los New York Yankees; poco después agachó la cabeza y prosiguió con su trabajo.

Gabriel atravesó la sala de las máquinas y llegó a una puerta acristalada ligeramente empañada de vaho. Deslizó una de las puertas correderas y, nada más cruzarla, el olor a cloro se coló por los orificios de su nariz. Al entrar, vio a alguien que nadaba en el interior de la piscina aclimatada.

Se acercó a uno de los bancos de madera y se sentó a esperar.

Desde allí podía recrearse con las vistas. Jessica era una experta nadadora.

«¿Hay algo que no hagas bien, miss perfección?»

Gabriel soltó una risa.

Nunca antes había conocido a alguien tan borde y que a la vez le incitase tanto al morbo.

Cuando ella acabó de realizar los ejercicios acuáticos, subió por las escalerillas. Se quitó las gafas, los tapones de los oídos y el gorro de látex, liberando así su preciosa melena azabache, cuyos mechones cayeron en cascada sobre su espalda desnuda.

Gabriel carraspeó y tragó saliva varias veces mientras admiraba aquel espectáculo maravilloso. Si vestida resultaba majestuosa, ligera de ropa era una verdadera diosa y él, simplemente, un pobre mortal.

Jessica enroscó sus cabellos para retirar los restos de agua y, cuando alzó la vista y vio a Gabriel sentado en aquel banco, frunció el ceño molesta.

«¿Qué está haciendo él aquí?»

Empezó a caminar a paso ligero, enojándose por momentos.

Gabriel se había quedado sin habla, embriagado por su belleza, su figura y sus firmes y perfectos pechos.

Desde la lejanía, aprovechó para deleitarse con cada una de sus curvas, haciendo especial atención a sus grandes senos y, sobre todo, a los pezones, que se marcaban como pequeños guijarros a través de la licra mojada del biquini.

Gabriel notó crecer y engordar su pene al tiempo que también aumentaba el deseo incontrolable por devorar su boca, acariciar su piel y… poseerla, hacerla suya.

Ya no podía reprimir sus instintos… la deseaba. Pura y llanamente.

Sin embrago, todo se esfumó de golpe cuando ella lo abordó como un perro rabioso, nada más llegar a su lado.

—¡¿Ahora se dedica a espiarme?! —lo increpó colocando los brazos en jarras.

—He subido a saber cómo se encontraba.

Gabriel ensombreció el semblante al instante. Desde luego no esperaba ese tipo de recibimiento.

—¡No es de su incumbencia! —Arrugó la frente y apretó la mandíbula con fuerza—. No debería estar aquí... entre usted y yo sólo debe existir un trato estrictamente profesional ¡¿Le ha quedado claro de una puñetera vez?!

—Únicamente trataba de ser amable.

—Nadie se lo ha pedido.

Un incómodo silencio los envolvió en segundos.

Ninguno se atrevía a pestañear, salvo porque una sugerente gota comenzó a deslizarse por la frente, después por la mejilla y finalmente se perdió entre los labios de Jessica.

Gabriel no pudo evitar seguir con la mirada el sendero pecaminoso que había dejado la gota.

Cerró los ojos para tratar de no caer en la tentación pero, cuando los volvió a abrir, notó cómo una fuerza invisible lo arrastraba hacia ella. Hacia aquella boca.

Necesitaba besarla, saborear aquellos labios… sentirla, devorarla…

Desafortunadamente, Jessica se dio cuenta de sus intenciones y lo apartó, echándolo a un lado de un empujón.

—Ni se le ocurra besarme —lo amenazó.

Malhumorada, cogió su albornoz para salir de allí cuanto antes.

Gabriel no vaciló.

Se giró, le arrancó el albornoz de las manos y lo lanzó contra el suelo.

—Pero ¿se ha vuelto loco?

—Sí... —gruñó agarrándola de los brazos, sin separar los dientes.

Se abalanzó sobre ella y su espalda chocó contra la pared.

—¡Suélteme!

—No pienso hacerlo... tendrá que obligarme... —Gabriel se pegó como una lapa a su cuerpo, apretando la polla contra su vientre—. No me creo que no desee lo mismo que yo —murmuró con voz ronca y grave mientras se frotaba deliberadamente contra su cuerpo, mostrando su enorme virilidad.

—¡Váyase a la mierda, capullo arrogante! —gritó zarandeándose para tratar de liberarse de su amarre, aunque le fue del todo inútil. La complexión de Gabriel la tenía completamente sumisa a su voluntad.

Acercó la boca para tentarla. Rozó los labios con los de ella, sensualmente. Estaba provocándola.

Jessica se mordió el labio, maldiciéndose por ello. Por lo que acababa de sentir. De nuevo esa electricidad, esa energía entre ellos…

Gabriel le cogió una mano y la colocó sobre su erección.

—Éste es el efecto que ejerce sobre mí, señorita Orson —ronroneó en su oído.

Jessica pudo notar el enorme y caliente bulto bajo la tela de los pantalones.

¿Cómo podía negarse a lo evidente?

Lo deseaba. Deseaba a ese cabrón.

Pero apartó la mano como si se quemara. Aquello no estaba bien. No podía liarse con su empleado… No.

—No sea tímida…

Gabriel desabrochó el botón y, tras bajar la cremallera del pantalón, le cogió otra vez la mano.

—Vamos, siénteme... —le susurró al oído mientras la obligaba a meter su mano en el interior del bóxer.

Jessica abrió la boca excitada, necesitaba aire… Su respiración empezó a acelerarse.

El pene de Gabriel dio un brinco cuando la mano de ella lo envolvió por completo.

Era duro y caliente, pero a la vez muy suave.

Sin vacilar, comenzó a bombear perezosamente el miembro enhiesto.

Gabriel gimoteó a la vez que apretaba con fuerza los dientes.

—Joder…

—¿Le gusta, señor Gómez?

—Me vuelve loco, es una tortura…

Jessica sonrió con picardía tras oír sus palabras, dándole ánimos para seguir ofreciéndole más placer. Empezó a bombear arriba y abajo con más ritmo.

Gabriel emitía gruñidos placenteros mientras tensaba los músculos de las piernas, tratando de mantenerse erguido.

Su cara desencajada manifestaba las sensaciones que ella le hacía sentir.

No se había equivocado, Jessica Orson era una diosa, en todos los sentidos…

Gabriel tanteó su boca, buscando sus labios, pero no la besó.

—Besos no.

—¿Por qué?

—Porque no y punto. No preguntes…

A Gabriel no le convencieron sus argumentos, pero estaba tan excitado que no podía pensar en nada más que no fuera alcanzar su propósito: poseerla.

Bajó la mano hasta la minúscula braguita del biquini y la deslizó por dentro, en busca de su clítoris. Abrió sus labios genitales con los dedos y empezó a realizar movimientos circulares, estimulando su centro de placer.

De la garganta de Jessica salió expulsado un entrecortado jadeo.

Gabriel sonrió, pletórico. Estaba logrando que la diosa estuviera bajo su merced… mojada, excitada…

Sin dejar de frotar el pulgar en su clítoris abultado, introdujo en su vagina un par de dedos hasta la segunda falange. Comenzó a moverlos con total libertad, friccionando dentro y fuera, sin ninguna compasión.

—Mmm… Enloquezco al saber que estás tan receptiva para mí…

Jessica alargó la mano que tenía libre para masajearle los testículos sin dejar en ningún momento de bombear su miembro.

—El mérito no es tuyo… No eres más que un cabrón con suerte que se ha aprovechado de mi debilidad… Me encanta follar… no es ningún misterio.

Él se rio con ganas en su cara mientras hacía girar los dedos en su interior.

—Voy a hacer que te corras con tanta intensidad que cada vez que te masturbes a solas recordarás cada uno de los orgasmos que te he robado.

«Engreído, presuntuoso.»

Gabriel la miró con una seductora sonrisa triunfal y luego se arrodilló ante ella.

Le quitó las braguitas y, tras dejarlas a un lado, mordisqueó la cara interna de los muslos para luego ascender hasta su sexo.

—Oh… cielos... —sucumbió ella sin poder evitarlo.

Le separó con los dedos los labios vaginales para darle varios toques con la punta de la lengua en su clítoris sonrosado y abultado, antes de lamerlo y succionarlo.

Jessica, que se agarró de su cabeza mientras arqueaba la espalda, abrió la boca y gritó. Sus estridentes jadeos resonaron en toda la sala.

—Eres deliciosa…

Al oírlo, Jessica sonrió con picardía mientras acercaba su pelvis para ofrecerle su sexo.

—Fóllame… —le ordenó tan excitada que apenas podía tenerse en pie. Su vagina palpitaba reclamando ser invadida y saciada por su pene—. Quiero que me folles ahora…

Gabriel no la hizo esperar. Se incorporó de un salto y buscó un preservativo. Mientras rasgaba el envoltorio con los dientes, se desprendió de la ropa.

Sin dejar de mirarla a los ojos, se enfundó la goma y, antes de penetrarla, la cogió en volandas y rodeó sus caderas con sus piernas.

—Tus deseos son órdenes —musitó agarrando su pene y frotando el glande en el orificio de su sexo—. Voy a follarte como jamás lo han hecho antes…

—Eso está por ver… —Rio con malicia.

Y, fiel a su advertencia, la penetró de una sola embestida con tanta intensidad que la golpeó contra la pared. Jessica gritó; su miembro era de un tamaño tan descomunal que creyó incluso que su cuerpo se iba a partir en dos.

Gabriel esperó varios segundos a que ella se acostumbrara a su inminente invasión.

—Sigue… ¡No se te ocurra detenerte! —jadeó deseosa de más.

Obedeció. La penetró primero lentamente, con una sensualidad arrebatadora, y después las acometidas fueron cada vez más profundas y más intensas. Con rudeza, con fuerza.

Jessica clavó las uñas en su espalda cuando el orgasmo amenazó con explotar haciéndole perder la razón. Apretó las paredes de su vagina, succionándolo. Estaba muy cerca, demasiado cerca…

Una sola embestida más y Jessica gritó como una loca. Su apoteósico orgasmo envolvió su cuerpo en un torbellino lleno de deliciosas sensaciones.

Al notar cómo Jessica se convulsionaba entre sus brazos, cerró los ojos, apretó los dientes y se dejó arrastrar, eyaculando poco después, bramando como un verdadero animal y escurriendo hasta la última gota de semen en su interior.

Segundos después, sudorosos y agotados, pudieron dejar de temblar para recuperar de nuevo el aliento y el ritmo normal de sus pulsaciones.

Gabriel la dejó en el suelo con cuidado. Se quitó el preservativo y, tras hacer un nudo, lo guardó en el bolsillo de su pantalón.

Jessica, en cambio, se puso el albornoz y las braguitas que yacían tiradas en el suelo, mientras se daba cuenta de lo ocurrido. No tenía que haberlo permitido. Ella era su superior. ¿En qué estaba pensando? ¿Había perdido el juicio?

Llamó la atención de Gabriel, quien se giró para prestarle atención.

—Lo que ha ocurrido hoy no volverá a repetirse nunca más.

—¿A qué te refieres? —le preguntó frunciendo el ceño extrañado. No era más que sexo y, a decir verdad, sexo del bueno. ¿Qué problema había?

—Jamás volveremos a follar. Ha sido un lamentable error por mi parte.

—Para mí no lo ha sido, señorita Orson.

Gabriel la retó con la mirada.

Obviamente no estaba de acuerdo con sus conjeturas. Era de locos ignorar lo que había pasado entre ellos. La química fluía por sus cuerpos, y encajaban a la perfección como piezas de un

puzle. Ambos eran fuego, lujuria… puro sexo.

Pero de nada le sirvió hablar, ella ya lo tenía decidido.

Acabó de recoger sus cosas en el más completo de los silencios y, sin devolverle la mirada, como si estuviera sola, se marchó hacia la ducha.

8

«¡Maldita sea! La he cagado, hasta el fondo.»

Gabriel acabó de vestirse, recogió sus cosas y, mientras se pasaba ambas manos por el pelo, no atinaba a comprender por qué Jessica había actuado de aquella forma.

Eran personas adultas que se habían dejado llevar por sus instintos y habían gozado de un fantástico sexo. ¿Cuál era el problema?

Las ideas no hacían más que agolparse en su mente.

Salió de aquellas instalaciones pasando por delante de los vestuarios. Sabía perfectamente que Jessica estaba en el interior, duchándose.

Se detuvo delante de la puerta cerrada y pegó su frente en la madera. Cerró los ojos y apretó con fuerza la mandíbula.

Recordaba su perfume mezclado con el olor de su cuerpo y de su sexo. Recordaba cada una de sus curvas y su piel, sus ojos, sus labios…

Tragó saliva con fuerza.

El mero hecho de pensar en ella lo excitaba.

Al abrir los ojos, supo que lo mejor sería dejarla a solas.

Gabriel salió a la calle. Metió la mano en el bolsillo de su cazadora para buscar un cigarrillo y se encontró con el móvil de aquella chica. Al encenderlo, no pudo evitar sonreír al ver una fotografía muy graciosa de ella junto a un chico moreno de ojos azules y un niño de unos seis años que sacaba la lengua a la cámara.

Buscó el registro de llamadas realizadas. La última era una de un tal Joey. Gabriel relacionó ese nombre con el grito que pegó antes de que le robaran, así que, sin pensárselo demasiado, marcó ese número, esperó varios tonos y en seguida recibió respuesta al otro lado:

—Hola… ¿Joey? —preguntó Gabriel.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Gabriel… —se presentó—. Conseguí atrapar al ladrón. Tengo el móvil de la chica. ¿Cómo podría hacéroslo llegar?

—¡Genial! Mmm… pues —hizo una breve pausa—, estamos en el Central Hospital, ¿lo conoces?

—No, pero pillo un taxi y me busco la vida, sin problemas.

—Vale, tío… muchas gracias. Te pago el taxi cuando vengas. —Se oyó reír al otro lado del teléfono.

Gabriel zanjó la llamada y, sintiendo que la suerte estaba de su lado, logró coger un taxi en menos de un minuto.

Al llegar a la entrada del hospital, volvió a llamar a aquel número. No hizo falta esperar a los tonos, porque un chico joven de pelo castaño y ojos claros, ataviado con un uniforme de policía, se le acercó sonriente.

—¿Eres Gabriel? —le preguntó al llegar hasta él.

—El mismo —respondió entregándole el móvil.

—Gracias, tío. —Chocó la mano con la suya.

Gabriel lo observó. Parecía muy cansado, incluso algo preocupado. Sacó su paquete de tabaco y le ofreció uno.

—¡Joder! No debería, lo he dejado.

—No sé por qué, pero creo que te iría bien fumarte uno —insistió.

Los ojos de Joey no podían apartarse del paquete. Se rascó el mentón pensativo y, refunfuñando, cogió uno.

Gabriel le sonrió. Le caía bien ese tal Joey.

—Mmm… ¡Demonios, esto sabe a gloria! —Hizo una larga calada y luego exhaló poco a poco el humo.

—Sí, fumar sin duda es un placer… —Sonrió divertido y añadió—: Entre otras cosas, claro.

Ambos se lanzaron miradas cómplices y al instante empezaron a reír. Varios minutos después y un par de cigarrillos más tarde, Joey le explicó qué era lo que había ocurrido y por qué estaban en aquel hospital.

—¡¿Se puede saber qué haces fumando?! ¡Me dijiste que lo habías dejado! —gritó una chica mientras salía a trompicones del hospital.

—¡Joder, Álex! ¡Qué susto! —dijo Joey llevándose la mano al pecho.

—Lo siento. Creo que he sido yo la mala influencia… Llevo un día digamos… intenso y necesitaba un pitillo —intervino Gabriel excusándose.

Álex le miró con cara de «¿qué coño me estás contando?» y Gabriel intentó explicarse mejor:

—Soy Gabriel. Te he traído el móvil.

Álex empezó a atar cabos. Sus ojos ahora parecían recordarlo al fin.

—Perdona, ¡qué tonta soy!, no te había reconocido. Cuando me robaron estaba ida, fuera de control —trató de excusarse al tiempo que esbozaba una tímida sonrisa.

—Tranquila, no me extraña. Me he enterado este mediodía de lo ocurrido y tu hermano me ha explicado que tu novio es el profesor herido de gravedad.

Álex, tras oír sus palabras, se abrazó a sí misma, recordando a Patrick intubado en la cama, completamente sedado.

—Álex —le dijo Joey mientras apagaba su cigarrillo—, voy a buscar un bocadillo y un refresco a la cafetería. Tienes que comer algo.

—Vale. Gracias.

Joey abrazó a su hermana y se marchó, dejándolos a solas.

Álex se acercó hasta la pared, se apoyó y poco a poco deslizó su espalda por la superficie hasta quedar en el suelo. Gabriel la miró y poco después la imitó, sentándose a su lado.

Notó cómo Álex lo estudiaba mejor con la mirada, más detenidamente, fijándose de nuevo en su tatuaje.

—Gracias por lo del móvil.

—De nada. Es lo menos que podía hacer. Me va lo de ejercer de justiciero para salvar a las damas en apuros… —Le sonrió torciendo el labio—. Por cierto, ¿cómo está tu novio?

Álex le explicó que estaba mejor y que por suerte pudieron detener la hemorragia interna, que únicamente les cabía esperar.

Poco después miró su reloj y resopló.

—¿Y qué haces tú a estas horas levantado? ¿Los justicieros no descansan? —le preguntó ella divertida.

—¡Ja, ja, ja! —Se rio—. Al salir de la oficina he llamado a tu hermano para devolverle el móvil y me ha dicho que estabais aquí.

—¿A estas horas sales de trabajar?

—No… hoy he salido tarde… y, además, hace un rato que estoy aquí charlando con Joey. Un tipo interesante, tu hermano…

—Y que lo digas… Me da que haríais muy buenas migas…

En ese momento, apareció Joey con una bolsa de un puesto callejero de comida rápida.

—Bueno —dijo Gabriel incorporándose—, me voy, que mañana curro y tengo una jefa un tanto particular…

—Gracias de nuevo por el teléfono.

—Un placer, señorita. —Gabriel la obsequió con una reverencia muy graciosa—. Si me necesita alguna vez más, hágame una señal y vendré.

Gabriel le dio dos besos a ella y chocó la mano con la de Joey. Se despidió de ambos y se alejó con las manos metidas en los bolsillos.

Al llegar a su apartamento, se dio cuenta de que era tardísimo.

Se desvistió. Tenía unas ganas horribles de desprenderse de aquel ridículo disfraz de estirado yuppie ejecutivo. Se sentía absurdo con aquella indumentaria.

En seguida se metió en la ducha. Necesitaba sentir el agua correr por su cuerpo, liberar tensiones y dejar de martirizarse pensando en Jessica.

Al salir de la ducha, se anudó la toalla a las caderas y se miró al espejo para evaluar si debía o no afeitarse. Rozó con sus dedos la incipiente barba y decidió dejársela tal cual.

Abrió el primer cajón del armario. Buscó el aro de acero y se lo colocó en el labio. Si no repetía aquella misma operación a diario, pronto el diminuto orificio acabaría por cerrarse. Ése era, sin duda, un rasgo característico de su personalidad. Gabriel siempre había sido así, un tanto rebelde, a diferencia de su hermano Iván. De hecho, si colocasen en una balanza a uno y a otro, Iván ganaría por goleada. Él era el hermano guapo, elegante, educado, el perfecto amante fiel y además, en pocos meses, sería padre.

Gabriel, en cambio, era todo lo contrario. Si Iván era la cara, él indiscutiblemente era la cruz. Desde que murió Érika no había sido fiel a ninguna de sus amantes. Ninguna había estado a su altura. Y ninguna de ellas le había importado lo suficiente como para respetarla. De hecho, no recordaba haber estado con una misma mujer más de dos noches seguidas. Hasta que Marta, la novia de Iván, apareció en su vida.

Eran las diez.

Gabriel acababa de calzarse cuando sonó el interfono. Era Eric. Contestó y en dos minutos bajó a la calle. Su amigo lo esperaba apoyado en su flamante coche.

—¿Qué tal, Eric? —Le dio una palmadita en la espalda.

—Genial… A ver si consigo que esta noche la recuerdes con pelos y señales —le contestó con una mirada repleta de perversión.

Gabriel se rio con ganas y luego añadió:

—Sí, lo mío con la camarera no tiene perdón —trató de excusarse.

Echó un rápido vistazo al interior del coche.

—Creía que teníamos cita en el restaurante.

—Por lo visto, no pueden esperar… —Se carcajeó—. ¿Sabes, tío? Me estoy planteando la posibilidad de llevarlas directamente al hotel y pasar de la cena...

Gabriel puso los ojos en blanco.

—Vamos, Eric, no me digas que tu polla no puede aguardar un par de horas…

Eric sacudió la cabeza y luego se encogió de hombros.

Su dependencia al sexo, a veces, daba miedo.

Gabriel abrió la puerta trasera y se sentó al lado de una de las dos chicas.

—Buenas noches, señoritas —saludó con una sonrisa seductora tras acomodarse en el asiento.

Estudió a la chica que tenía a su lado. Por lo visto aquella noche pasaría frío, porque sólo cubría sus larguísimas y bronceadas piernas una minúscula falda negra. Sería posible apreciar el color de su ropa interior, en el hipotético caso de que llevara.

—Soy Gabriel.

Él se acercó para darle dos besos. Primero besó la mejilla izquierda pero, a medio camino de besar la otra, ella le dio un beso en la boca ante su asombro. Desde luego no se lo esperaba.

—Mi nombre es Megan. —Le sonrió.

«La noche promete», pensó Gabriel para sus adentros.

Pronto llegaron a *Balthazar*, un peculiar restaurante francés ubicado en el SoHo de Manhattan.

Eric les explicó que siempre que pasaba por la ciudad cenaba en aquel establecimiento, y que nunca se marchaba de Nueva York sin antes haber comido uno de los platos típicos: la *bouillabaisse* (una típica sopa de pescado) o los *moules-frittes* (mejillones con patatas fritas).

A los demás les pareció buena la idea de degustar esos platos. Gabriel pidió una botella de *Cabernet Sauvignon* para su acompañamiento.

* * *

Daniela y su compañera de apartamento llegaron al restaurante bastante tarde.

Claudia había invertido una eternidad en decidir qué ponerse. En cambio, Daniela lo tuvo claro desde el principio: sus tejanos, una camiseta sencilla y sus Converse de siempre.

En seguida se reunieron con el resto del grupo de la academia. Tras saludar, se sentaron.

Claudia llenó de vino tinto la copa de Daniela. Ésta abrió mucho los ojos, indicándole con la mano que ya era más que suficiente.

—¡Por Dios santo, Claudia! ¿No estarás pensando en emborracharme?

—No. Lo que pretendo es animarte. —Se rio.

—Sabes que no bebo.

—Pues creo que ya va siendo hora de que empieces, que ya tienes edad… —Le guiñó un ojo y le entregó la copa—. Vamos, pruébalo, está de muerte.

Daniela dudó unos instantes.

«Por probar un poquito no pasa nada.»

Así que acercó la copa a sus labios y dio un sorbo corto. El líquido se deslizó por su paladar y después por su garganta. Tenía un gusto amargo, aunque con sutiles toques afrutados. Lo cierto es que no fue tan horrible como esperaba.

—Por la cara que has puesto intuyo que te ha gustado.

—Si te soy sincera, me ha sorprendido gratamente.

* * *

Al llegar a los postres, Megan acercó su silla un poco más a la de Gabriel, aunque él no se sentía muy receptivo aquella noche. No entendía por qué no podía sacarse de la cabeza a Jessica. Trató de centrarse en su acompañante, pero le era imposible.

Eric, al poco rato, pidió la cuenta.

—Compartimos gastos —dijo Gabriel dejando varios billetes en la bandejita—. Esperadme en la calle, ahora vengo.

Gabriel se levantó y buscó los servicios.

El local era tan grande que tuvo verdaderas dificultades para encontrarlo.

Al acabar de lavarse las manos y salir de los servicios, iba tan despistado que casi se dio con la puerta en las narices a una joven.

—Perdona...

Gabriel la miró. Recordaba aquel rostro y, por supuesto, aquella dulce mirada.

—¿Eres Daniela?

Ella entrecerró los ojos, escudriñando su rostro, y después comenzó a ruborizarse lentamente. Era Gabriel. El protagonista de cada uno de sus pensamientos, de cada uno de sus sueños subidos de tono.

Gabriel dio un paso al frente.

—Por lo visto, el mundo es un pañuelo. —Se rio divertido.

—Cierto —fue la única palabra que logró articular. Estaba abochornada.

De repente se les acercó una camarera que sostenía una bandeja entre las manos. Era rubia, alta y llevaba el pelo recogido en un moño alto.

—Disculpen —dijo mientras atravesaba el pasillo y pasaba entre ellos.

La camarera miró de reojo a ambos y se detuvo en seco cuando se cruzó con la mirada de Gabriel. Entonces caminó hacia él con determinación y, ni corta ni perezosa, le asestó un bofetón en toda la cara, tan fuerte que se la giró de golpe.

—¡Cabrón! —le gritó sofocada.

Gabriel se frotó la mejilla, ésta le ardía.

—¡No soy ninguna puta a la que te puedas follar y después dejar tirada!

Él abrió los ojos aturdido por el bofetón pero aún más al reconocer a la joven, la camarera de la discoteca *Kiss & Fly*.

—No me dejaste ni una jodida nota… ¡nada!

Gabriel no supo qué contestar y Daniela no cabía en ella del asombro.

—Nicole, me llamo Nicole… —Lo fulminó con la mirada y luego le apartó de su camino de un manotazo, desapareciendo enfurruñada por las escaleras.

Gabriel, por primera vez en su vida, se sintió como un cerdo. Trató de disimular ante la mirada escrutadora de Daniela.

—Esto... me esperan fuera. —Hizo una mueca a la vez que señalaba las escaleras.

—Sí, y a mí en la mesa.

—Bueno... —Todavía seguía sin poder articular varias palabras seguidas—... Nos vemos…

Daniela asintió y Gabriel, tras despedirse, se marchó.

Una vez a solas, ella inspiró hondo. La escena había sido demasiado tensa.

Al dar un paso para empezar a andar, pisó algo que había en el suelo. Bajó la vista para saber de qué se trataba y luego se agachó para recogerlo. Era una cartera de piel de color marrón, de Gabriel; probablemente se le había caído cuando la chica lo abofeteó.

Daniela corrió hacia las escaleras y buscó entre la gente, pero ni rastro de Gabriel por ningún sitio.

Salió a la calle, pero él ya se había marchado…

9

El sol empezó a entrar por los diminutos orificios de las persianas de la habitación de Daniela. Hacía rato que estaba despierta. Boca arriba, con la cartera de Gabriel entre sus manos, le daba vueltas sin atreverse a abrirla, resiguiendo una y otra vez las iniciales gravadas «GG».

Y de nuevo esa sensación, a partes iguales entre placentera y dolorosa. Ese deseo por volver a verlo de nuevo, aunque ni siquiera fuese capaz de mirarle a los ojos apenas dos segundos consecutivos.

Mientras decidía qué hacer con la cartera, se levantó de la cama para coger el libro que guardaba entre sus páginas el trozo de papel que Gabriel le había dado cuando se conocieron.

Inspiró hondo y luego soltó el aire con determinación para escribirle un escueto mensaje de WhatsApp: «Soy Daniela Luna, encontré tu cartera tirada en el suelo del restaurante».

Tras enviarlo, dejó la cartera a un lado y, tras bajar de la cama procurando hacer el menor ruido posible para no despertar a Claudia, se calzó sus zapatillas.

Fue al cuarto de baño y abrió uno de los cajones para buscar en él una goma de pelo para recoger su melena. Se hizo una coleta alta, dejando varios mechones sueltos. Luego abrió el grifo, puso la mano bajo el agua y, tras esperar la temperatura deseada, se lavó la cara y las manos.

Inmediatamente después, observó su imagen en el espejo, mientras rozaba con las yemas la palidez de sus mejillas, al mismo tiempo que dejaba libre su mente.

Meneó la cabeza.

¿Por qué aquel chico al que apenas conocía ocupaba todos y cada uno de sus pensamientos? Por más que trataba de ser honesta consigo misma, no lo conseguía. Gabriel jamás se fijaría en alguien como ella, así que debía de empezar a olvidarse de que existía. A ser posible, más pronto que tarde. De esa forma sería menos dolorosa la caída al despertar de aquel precioso e inalcanzable sueño.

Gabriel, que estaba de camino a la oficina, notó cómo su móvil comenzó a vibrar en el interior de su bolsillo. Mientras daba una última calada a su cigarrillo, leyó el mensaje de Daniela.

Enarcó una ceja sorprendido por el hallazgo de su cartera y por quién era la remitente de aquel mensaje.

Se rascó la cabeza recordando la noche anterior, mientras hacía balance: la bofetada de Nicole, la pérdida de la cartera y las horas muertas dando parte a la policía.

Apagó la colilla en la suela de su zapato y lanzó el resto a la papelera justo antes de entrar en el edificio.

Respondió al mensaje de Daniela con una llamada telefónica.

—Buenos días —saludó Gabriel.

Ella se quedó muda.

La voz varonil de él al otro lado sonaba de lo más sexi.

—Buenos días —titubeó sonrojándose de nuevo. Por suerte no podía verla.

La melodía había despertado a Claudia, su compañera de piso, quien hacía señas con la mano preguntando quién era el maleducado que molestaba a esas horas de la mañana. Y, sin esperar respuesta, se cubrió la cabeza con la almohada sin dejar de refunfuñar.

—¿Daniela? —insistió tras un largo silencio.

—Mmm... perdona, estaba... —le contestó saliendo de la habitación y entrando a su vez en la cocina—... caminando por el apartamento...

—Tranquila, no te preocupes.

Daniela meditó durante unos instantes y luego añadió:

—¿Cómo podría devolverte la cartera?

Gabriel recordó la conversación que mantuvieron en su primer contacto; su apartamento quedaba a sólo a varias manzanas de su despacho. Podría ser una buena opción acercase hasta allí.

—Si no te va mal, podríamos quedar en alguna cafetería cercana a tu apartamento. Sobre el mediodía.

Daniela hizo memoria de los locales ubicados en su calle. Pronto recordó uno que había justo al doblar la esquina.

—En Madison Avenue hay una *Coffee Shop Expreso*.

—Vale. Entonces nos vemos allí en un rato.

Tras colgar, Daniela se quedó pensativa.

¿Se había citado con Gabriel? No daba crédito, tuvo que pellizcarse para asegurarse de que no era fruto de un sueño.

De repente, Claudia cruzó la cocina, descalza y vestida únicamente con una camiseta de tirantes y unas braguitas. Cogió la cafetera y, antes de llenar una taza de café después de calentarlo, se llevó la mano a la boca para acallar un bostezo.

—Buenos días, Daniela.

—Buenos días.

—¡Uf! Creo que anoche bebí demasiado —dijo frotando su frente—. Me duele horrores la cabeza…

Cuando acabó de verter café en su taza, rellenó otra para Daniela. Luego las dejó sobre la mesa.

—Bebe. La cafeína te ayudará con la resaca.

Aunque nunca tomaba café, aquella mañana hizo una excepción. Daniela agarró la taza con ambas manos y sintió cómo el calor poco a poco se apoderaba de su piel. Antes de beber, sopló ligeramente para tratar de enfriarlo. Claudia se sentó frente a ella y aprovechó para desenroscar el recipiente de las galletas que había sobre la mesa y llevarse una a la boca.

—Este fin de semana te quedarás sola. He pensado en ir a visitar a mis tíos en Massachusetts.

Daniela enarcó una ceja.

—No sabía que tenías familiares en Estados Unidos.

—Sí, y también en Francia y en Italia... —Se rio antes de devorar la galleta y coger otra—. Mi familia está esparcida por toda la geografía mundial. Lo malo abunda...

Ambas se rieron un rato ante aquel comentario.

—Te diría que me acompañaras, pero, sin contar las más de tres horas y media de viaje de ida y otras tantas de vuelta, creo que te aburrirías en su casa. Mis tíos son mayores y, salvo porque hace más de cinco años que no los veo, cualquier otro plan hubiese sido, sin duda, mucho mejor.

Daniela se encogió de hombros y luego sorbió un poco de café. Miró a Claudia a través de sus largas pestañas y le confesó:

—Por mí no te preocupes. Estaré muy bien. Pienso aprovechar para alquilar alguna película y acabar de leer el libro que tengo a medias. —Le sonrió y, tras acabarse el café, se levantó para dejar la taza en el fregadero.

Claudia apuntó un número de teléfono en un trozo de papel y luego lo colgó de un imán en la

puerta de la nevera.

—Te dejo el número de casa de mis tíos. Cualquier cosa, me llamas.

—De acuerdo... —Suspiró mientas ponía los ojos en blanco.

Claudia hizo una mueca mientras insistía.

—Hablo en serio.

—Sí, mamá... —se burló—. ¿Qué puede pasar? ¿Que la película sea un fiasco?, ¿que el protagonista de mi libro muera en la última página...?

Daniela negó con la cabeza y luego la abrazó.

—No seas tonta. Soy una chica solitaria, estoy acostumbrada a la soledad.

—Vale... —añadió casi convencida—. Pero cierra todos los pestillos, incluso aquel al que hay que darle un manotazo para que funcione.

Daniela volvió a asentir y, tras meterse una galleta en la boca, se fue hacia la ducha.

* * *

Cada mañana desde que estaba en Manhattan, Gabriel realizaba la misma rutina: entraba en el edificio, saludaba a Smith, el portero, entraba en la lata de sardinas (léase ascensor), guiñaba un ojo a Alexia, dejaba sus pertenencias en su despacho y encendía su PC. Salvo hoy, que a modo de excepción y sin que sirviera de precedente, fue directo al despacho de Jessica.

La puerta, como de costumbre, estaba cerrada.

Inspiró hondo antes de golpearla con los nudillos. Esperó unos instantes y realizó la misma operación. Pero, por lo visto, el despacho estaba vacío y no obtuvo respuesta, así que se encerró de nuevo en su oficina sin darle la menor importancia.

Se acomodó en su silla y, tras abrir el correo Outlook, vio entre varios mensajes uno de su jefa enviado en el día anterior:

De: Jessica Orson
Fecha: 6 septiembre de 2013 20.32
Para: Gabriel Gómez
Asunto: Proyecto Kramer

Gabriel,

El viernes por la mañana me reúno con los socios de Kramer. Necesito sin falta que me envíe los bocetos del proyecto a esta dirección de correo.

Jessica Orson
Director of Design
Andrews&Smith Arquitects

Apenas dos segundos le bastaron para leerlo y darse cuenta de la frialdad con la que se dirigía a él. A partir de ahora, ¿ése sería el trato que recibiría por su parte? ¿Acaso lo ocurrido el otro día en la piscina no volvería a repetirse?

Sin embargo, quiso releerlo de nuevo en busca de algún mensaje subliminal o entre líneas, pero no encontró nada.

Se llevó las manos a la nuca, echó su espalda hacia atrás y puso los pies sobre la mesa.

«Por lo visto esta jefa pretende traerme muchos dolores de cabeza, pero ignora lo terco que puedo llegar a ser cuando me propongo algo... y ese algo eres tú, Jessica Orson.»

En el reloj de Daniela marcaban las doce y cincuenta. Hacía más de veinte minutos que esperaba a Gabriel en el exterior de la cafetería. Tenía los nervios a flor de piel, además de un doloroso nudo en la boca del estómago. Probablemente sería incapaz de probar bocado.

Echó un nuevo vistazo al final de la calle y justo entonces él apareció doblando la esquina. Al llegar a su lado, la besó en las mejillas. Daniela no pudo evitar sonreír al notar cómo su incipiente barba le hacía cosquillas en la piel.

—¿Entramos? —le preguntó haciendo un gesto con la cabeza señalando el local.

Daniela asintió.

Con afable galantería, le abrió la puerta y colocó la palma de su mano en el bajo de su espalda. Ella sintió un ligero estremecimiento al sentir sus dedos en aquella parte de su cuerpo y, tratando de disimular, entró en el establecimiento a paso ligero.

Tomaron asiento y, como las mesas eran minúsculas, resultó inevitable un continuo contacto físico.

Daniela no sabía a dónde mirar, la penetrante mirada de Gabriel la conmovía.

Por suerte para ella, el camarero acudió a su mesa para tomarles nota. Cogió una servilleta y disimuladamente se abanicó con ella.

Gabriel pidió por los dos.

Un incómodo silencio se adueñó del ambiente cuando el camarero los dejó a solas. Para tratar de romperlo, Gabriel le hizo una de aquellas preguntas tópicas que se suelen formular a un recién llegado:

—¿Te gusta Manhattan?

Daniela disimuló una sonrisa.

«Vaya, recurre a la pregunta típica por excelencia. Por lo visto debe de estar tan incómodo o más que yo. Pero por lo menos está tratando de ser educado...»

—La ciudad me gusta mucho, aunque a veces es demasiado caótica. Supongo que lograré acostumbrarme. De hecho, no estaré más de seis meses, justo el tiempo que dura el curso de bellas artes.

Daniela estaba sorprendida de su propia reacción. Ni siquiera era consciente de cómo había conseguido enlazar tantas palabras seguidas sin tartamudear o parecer estúpida.

—Cuando estaba haciendo el doctorado en Madrid, mi universidad me ofreció la posibilidad de estudiar en Londres.

Gabriel hizo una pausa y bajó la vista al anillo que tenía rodeando su pulgar. Lo hizo girar sobre su dedo y, tras alzar de nuevo la vista, miró a Daniela a sus enormes ojos verdes para luego proseguir:

—Por aquel entonces mantenía una relación con una chica y denegué mi beca.

Daniela abrió mucho los ojos.

El mero hecho de visualizar a Gabriel enamorado y dispuesto a renunciar a una oportunidad semejante por una chica le pareció un hermoso gesto. Demostraba que aquella fachada de chico duro y pasota albergaba un corazón generoso.

—¿Y qué pasó con esa chica? —Las palabras salieron de su boca como una bala. Siquiera lo pensó y, al darse cuenta de ello, empezó a removerse incómoda en su asiento—. Perdona por mi pregunta impertinente. No es de mi incumbencia.

Gabriel sonrió al ver pintado el rubor en la cara de Daniela. Ella era tan transparente que sus gestos, sus ojos y sus movimientos la delataban a cada instante. Era tan inocente que, en cierta

forma, eso formaba parte de sus encantos.

—Esa chica se llamaba Érika —respondió con una melancólica mirada—. Murió hace cuatro años.

Daniela tragó saliva con dificultad y agachó la cabeza. Reconocía perfectamente aquel dolor, la pérdida de un ser querido. Los recuerdos de su amiga Lucía volvieron a su mente como un resorte. Había sido su mejor amiga y aún no podía olvidarla.

—Lo siento mucho… —Levantó la vista y se encontró con la de Gabriel.

El destino a veces ponía a prueba a las personas, obligándolas a ser más fuertes. A luchar, a sobrevivir.

Sin darse cuenta, ambos estuvieron charlando durante más de dos horas.

Al salir del local, se quedaron uno frente al otro sin saber qué decir. Ninguno de los dos quería despedirse. Habían conectado. Tenían ganas de seguir conociéndose.

Gabriel se subió el cuello de la cazadora de piel, había refrescando. Un aire frío patrullaba la ciudad. Miró al cielo; unas nubes grises amenazaban con ponerse a llover en cualquier momento.

Al bajar la vista, se encontró una vez más con aquella mirada dulce que le había encandilado desde el día del aeropuerto. Echó una ojeada a su cartera, para ver si llevaba suelto, y luego le propuso:

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—¿Te apetece un perrito caliente?

Ella asintió para aceptar la invitación y ambos caminaron hacia una de aquellas paradas ambulantes. Pidieron dos *hot dogs* con mucho kétchup y mucha mostaza. Luego se sentaron en uno de los bancos de un parque cercano.

Charlaron sin descanso hasta que Gabriel tuvo que irse.

—¡Uf!, ya casi son las cuatro... Me marcho volando a la oficina si no quiero que me cuelguen de la corbata...

Gabriel soltó una carcajada y, tras hacer una bola con el envoltorio de la comida, la encestó en una papelera.

—Nos vemos... —dijo mientras se inclinaba para besar una de sus sonrosadas mejillas.

Daniela cerró los ojos, aprovechando para memorizar el olor de su perfume mezclado con el de su piel. Porque Gabriel olía estupendamente, era un olor suave pero a la vez varonil. Olía a Gabriel, sin más.

Segundos después y tras despedirse, arrancó a correr hasta perderse entre la gente. Al dejar de ver su silueta, suspiró despacio.

¿Lo volvería a ver?

Las probabilidades de encontrarse de nuevo con él eran ínfimas.

O tal vez no...

10

Amaneció el sábado en la ciudad de Manhattan. El sol de primera hora de la mañana ya calentaba con fuerza el asfalto en las calles y las personas ya transitaban inundando las aceras.

Gabriel, que no quería desperdiciar su primer fin de semana en la Gran Manzana, se levantó pronto de la cama, se tomó su café solo bien cargado y se calzó sus zapatillas de deporte para salir a recorrer algo más de distancia que los días laborables.

Hacia las doce del mediodía acompañó a su amigo Eric al aeropuerto JFK. Su vuelo con destino a Madrid salía en una hora escasa. Tras despedirse de él, regresó de nuevo a la ciudad.

Como las tiendas de ropa no cerraban al mediodía, aprovechó para acercarse hasta la Quinta Avenida y comprarse algunas camisas de firma, varios pantalones y algún calzado para completar ese look de ejecutivo que tanto detestaba. Pero estaba dispuesto a contentar a su jefa al precio que fuese necesario, a sabiendas de que no iba a resultar nada fácil. Gabriel se había propuesto no darle ningún motivo que pudiera utilizar de pretexto para enojarse con él. Quería conquistarla, poco a poco.

Estaba convencido de que, con paciencia y perseverancia, lograría llegar hasta ella.

Jessica era una mujer especial, y como tal requería de un tratamiento no menos especial.

Al estar lejos de su apartamento y ser bien pasadas las tres de la tarde, decidió entrar en un restaurante, *El Bistro*. Desde fuera tenía muy buena pinta y él tenía un hambre de lobos.

Nada más entrar, el camarero lo acompañó amablemente a una de las mesas del fondo. Gabriel se sentó y, después de ojear la carta, se decidió por una ensalada como entrante y un solomillo poco hecho con verduras como plato fuerte.

Ya hacia el anochecer, se duchó, dejó que el pelo mojado se secara al aire, como de costumbre, y se cambió de ropa: unos tejanos rojos, una camiseta negra ajustada.

Tenía planeado acercarse hasta Fraunces Tavern, en Pearl Street. Era una taberna que le había recomendado su amigo Eric antes de regresar a Madrid. Según él, era ideal para degustar las mejores cervezas de todo el mundo.

Cogió un taxi que lo llevó a la misma puerta.

Al apearse, sonó su móvil.

Buscó su BlackBerry y miró la pantalla. El nombre de Daniela parpadeaba en letras luminosas.

«Qué extraño…»

Intrigado por saber por qué lo llamaba a esas horas de la noche, contestó con rapidez.

—¿Daniela?

Hubo un largo silencio y luego creyó oír débiles gemidos.

—Gabriel… no… sabía a quién… llamar...

La voz de Daniela se entrecortaba entre llantos. Su rápida respiración no permitía apenas descifrar las palabras que escupía sin darse cuenta. Eran prácticamente inteligibles.

—Cálmate Daniela y… respira, por favor... —le susurró para tratar de calmarla.

Gabriel se acercó más el teléfono al oído. Apenas lograba oírla.

—¿Dónde estás?

Daniela tardó unos segundos en contestar.

Gabriel insistió, volviendo a formular la misma pregunta pero esta vez algo más pausado.

—¿Dónde estás?

—No sé… si… aún… sigue aquí —sollozó.

—¡Daniela!, escúchame… ¿dónde coño estás? —insistió agitado, perdiendo casi el control.

De repente, la llamada se cortó. Gabriel trató de ponerse en contacto de nuevo con ella, sin éxito. Lo volvió a intentar pero esta vez saltó el contestador.

«¡Maldita sea!»

Frotó la nuca con su mano, tratando de adivinar dónde podría estar.

Gabriel empezó a caminar de un lado a otro, sorteando a la gente que se encontraba a su paso.

Se devanó los sesos haciendo memoria de las cosas que le había dicho: «No sé si aún sigue aquí...»

«¡Joder...! Daniela al parecer no está sola... Piensa, Gabriel... piensa, y rápido...»

Se pasó ambas manos por el pelo. Dio un par de pasos más y, cuando se disponía a dar media vuelta, se golpeó la frente con la palma de la mano, como si hubiese tenido una revelación.

—Eso es... su apartamento...

Echó un vistazo rápido a la manzana y al final de la calle vio un taxi que doblaba la esquina. Corrió tras él y, al darle alcance, lo hizo detenerse.

—¿A dónde, señor?

—A Madison Avenue.

Afortunadamente, el tráfico a esas horas era fluido y en poco más de quince minutos se plantó en su apartamento. Subió las escaleras de dos en dos y, al llegar a la puerta, se dio cuenta de que estaba abierta.

De forma cautelosa y muy despacio, caminó hacia el pasillo, pero allí no había señales de Daniela.

Fue hacia el salón.

Abrió los ojos desolado. Todo a su alrededor estaba destrozado. Alguien se había dedicado a rajar todos los cojines del sofá y las plumas de oca de su interior estaban esparcidas por todas partes. Había papeles y más papeles por el suelo. Algunos cajones estaban desmontados y otros, hechos añicos. Era, sin duda, un espectáculo grotesco.

No satisfecho, atravesó el pasillo y entró en el dormitorio. Todo estaba igual que en el salón. Todo roto.

Y ni rastro de Daniela por ningún lado.

—¡Daniela! —gritaba mientras recorría a grandes zancadas todo el largo del pequeño apartamento.

La única estancia que le faltaba por inspeccionar era el cuarto de baño. Abrió la puerta de par en par. Y allí, acurrucada en una de las esquinas, asustada y temblorosa, estaba ella.

Gabriel corrió a su lado. Se arrodilló y trató de verle la cara retirándole el pelo.

Maldijo en voz baja al malnacido que le había hecho eso. Daniela tenía todo el rostro lleno de moratones y sangraba por uno de los orificios de la nariz.

—Daniela... —le susurró—. Ya estoy aquí... ya pasó todo...

Ella ni siquiera era capaz de mirarle a los ojos. Ni siquiera lloraba. Simplemente estaba como ida, en estado de shock.

Gabriel la abrazó con mucho cuidado, colocando su cabeza en su torso. La besó en el pelo y empezó a acariciarlo lentamente. A continuación le susurró al oído que ya no estaba sola, que los hijos de puta ya se habían ido.

Poco después, la cogió en brazos y la sentó sobre la taza del váter, para comenzar a curarle las heridas.

Buscó en los cajones y en los armarios gasas esterilizadas, yodo y unas tijeras.

Daniela continuaba sin hablar. Era como si su mente hubiese viajado a otro lugar mientras que

su cuerpo permanecía allí.

Gabriel cortó varios trozos de gasa, los empapó con el yodo y se dispuso a repasar las heridas que marcaban el frágil rostro de Daniela. Se asombró de su entereza; ella en ningún momento se quejó. Cuando acabó, se dio cuenta de que también tenía un pequeño corte en el cuello, probablemente a causa de un arma blanca muy afilada. Un cuchillo o una navaja, tal vez.

—¿Te han golpeado en alguna otra parte del cuerpo? —le susurró muy despacio.

Daniela puso la mano sobre su brazo izquierdo. Él le subió la manga de la camisa a la altura del hombro y, efectivamente, había otra herida.

Tras curarle lo mejor que supo, la volvió a coger en brazos y la llevó hasta su cama. La sentó en el borde mientras se dedicaba a abrir las sábanas. Luego se arrodilló para descalzarla y tumbarla con cuidado.

—Daniela, mírame... —le dijo mientras la tapaba con la sábana.

Ella, haciendo un gran esfuerzo, lo obedeció. Abrió los ojos y miró a los intensos ojos verdes de Gabriel.

—Voy a hacer una llamada. Estaré en el salón, pero vuelvo en seguida —dijo mientras le retiraba un mechón de pelo y se lo colocaba tras la oreja—. Intenta descansar... ¿vale?

Daniela hizo un gesto tranquilizador y volvió a cerrar los ojos, agotada.

Gabriel aprovechó para ponerse en contacto con Joey. Estaba convencido de que él lo ayudaría.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó Joey extrañado.

—¿Estás de servicio?

—¿Te pasa algo?

Hizo una pausa y luego retomó la conversación:

—Ha habido un robo con ensañamiento en casa de una amiga.

—Dime dónde estás… y ahora mismo vamos.

Tras proporcionarle las señas, en tan sólo diez minutos, Joey y otro agente uniformado se presentaron en el apartamento de Daniela.

—Gracias por venir tan pronto, te debo una. —Les hizo pasar.

—Dime qué ha pasado... —preguntó Joey acompañándolo al salón mientras se colocaba los guantes de silicona en las manos.

—Por lo visto han entrado a robar cuando Daniela estaba dentro.

—¿Daniela? ¿Ella es tu amiga?

Gabriel asintió.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—En su dormitorio.

Ambos atravesaron el pasillo y se detuvieron justo ante la puerta cerrada.

—De momento no he podido arrancarle ni una palabra.

—No te preocupes, mientras Freddy busca huellas digitales, yo hablaré con ella. Después realizaremos la pertinente denuncia.

—Mientras tanto, ¿puedo quedarme con ella?

—No, mejor déjanos a solas. —Joey le contestó con mucha serenidad y le colocó la mano sobre el hombro—. No te preocupes. Si las lesiones son de gravedad, la llevaremos al hospital.

Gabriel asintió.

Muy a su pesar tuvo que dejar hacer y aprovechó para salir al balcón a fumarse un pitillo. Lo necesitaba desesperadamente.

Tras más de media hora, Joey salió de la habitación y buscó a Gabriel.

—¿Has logrado hablar con ella?

—Al principio no —le confesó.

Joey relató con detalle todo lo que ella le había explicado. Tres hombres jóvenes y encapuchados habían entrado cuando ella estaba en el baño. Mientras uno la golpeaba, los otros dos se dedicaron a desvalijar la casa. Durante todo el tiempo que duró el robo, uno de ellos amenazaba con matarla con una navaja si se atrevía a denunciarlos.

Mientras escuchaba, notó cómo su rostro se desencajaba, imaginando el horror que Daniela había tenido que soportar.

—No te preocupes, le he dado un Valium y ahora ya está mucho más tranquila. Por suerte las heridas son todas superficiales.

Gabriel exhaló el aire aliviado.

Tras agradecerles una vez más su rápida intervención, los acompañó hasta la puerta y ambos agentes continuaron patrullando las calles de aquella ciudad.

Después cerró la puerta con la llave que encontró sobre el mueble del recibidor y puso el único pestillo que no estaba roto. Acto seguido, apagó las luces que iba encontrando a su paso para finalmente entrar en la habitación de Daniela.

Gabriel la observó unos segundos desde la puerta mientras dormía.

Parecía un ángel. Un ángel al que le habían roto las alas.

Sentía una sensación extraña; desde el mismo día en que la conoció, tenía la imperiosa necesidad de protegerla. Que nadie la hiriera. Que nadie la hiciera sufrir.

Aquella noche empezaría a protegerla. No pensaba abandonarla. No la dejaría sola.

Se descalzó en silencio y apagó la lamparilla de la mesita.

Poco a poco, con sigilo, se tumbó a su lado, mirándola en silencio mientras dormía.

11

Gabriel se despertó abrazado al diminuto y frágil cuerpo de Daniela. Su cabeza descansaba plácidamente sobre el torso de él y su pecho se movía arriba y abajo rítmicamente, al mismo compás de los latidos de su corazón.

Retiró varios mechones que le impedían ver su rostro. A plena la luz del día, la crueldad de los golpes se hacía mucho más visible. Los moretones se habían tornado de un azul violáceo horrible, desfigurando por completo su hermosa y delicada piel.

Gabriel apretó la mandíbula con fuerza y maldijo a aquellos cabrones por enésima vez. Por más que le daba vueltas a la cabeza, era incapaz de comprender cómo alguien podía tener semejante osadía para maltratar de una forma tan despiadada a otro ser.

La miró una vez más antes de disponerse a salir de la cama y después la besó en la frente con mucha ternura.

Poco a poco, retiró sus brazos, desprendiéndose de ella y dejando su cabeza con cuidado sobre la almohada.

Después salió de la habitación en dirección a la cocina para preparar el desayuno. Al desconocer los gustos de ella, optó por ser práctico y apostó por lo seguro. Hizo café y zumo, algunas tostadas y desenvolvió un par de magdalenas que encontró en el interior de una caja de hojalata.

Lo colocó todo sobre una bandeja y regresó de nuevo a la habitación.

Daniela, que ya estaba despierta y al parecer algo desorientada, se miraba angustiada los moretones del brazo.

Gabriel la observó desde la puerta, y esperó a que alzara la vista para que supiera que no estaba sola y que él estaba allí, aunque ignoraba por completo cuál sería su reacción tras la agresión.

Daniela trató de incorporarse de la cama. Se sentía tremendamente dolorida y gimoteó. Gabriel dejó la bandeja sobre la mesita de noche y corrió a su lado.

—Espera, yo te ayudo... —dijo haciendo ademán de agacharse para cogerle de la cintura.

Pero sus ojos se encontraron a medio camino y Gabriel esperó con paciencia su aprobación. Hubo unos segundos de incertidumbre por ambas partes y poco después Daniela arqueó sus labios en una bonita sonrisa.

Gabriel suspiró aliviado.

—Como me encanta volver a verte sonreír.

Daniela ladeó la cabeza y luego la agachó para ocultar su rubor entre sus mechones de pelo.

—No quiero que te avergüences cada vez que te diga algo bonito... —le dijo cogiéndole de la barbilla—, vete acostumbrando... porque voy a continuar mimándote mientras no me lo prohíbas.

—Lo cierto es que no me acostumbro.

—Pues ya me encargaré de que lo hagas...

Él se sentó a su lado en la cama y puso la bandeja del desayuno sobre sus piernas.

—Ahora toca desayunar.

—No tengo hambre.

—De eso nada. No me he peleado con tu cocina rebuscando en los cajones para que ahora me vengas con esas, señorita... ni hablar... —la regañó con un tono divertido en sus palabras.

Ella resopló.

Quería rebatir sus órdenes, pero estaba tan cansada que ni se esforzó en intentarlo y se limitó a rendirse ante su falta de argumentación; mientras se llevaba una de las tostadas a la boca, hizo un mohín.

Tras el desayuno, Gabriel se dedicó a poner orden entre tanto caos. Luego hicieron balance. Los ladrones se habían llevado un par de joyas, algo de dinero en efectivo y el portátil nuevo de Claudia.

Una hora más tarde Daniela acompañó a Gabriel a su apartamento, éste necesitaba ducharse y cambiarse de ropa. Ella aceptó acompañarlo de buen grado. Cualquier opción era mucho mejor que quedarse sola y recluida entre aquellas cuatro paredes.

Al llegar a la puerta, él la abrió y, con una graciosa reverencia, la invitó a pasar.

—Ésta es mi casa. —Abrió los brazos en forma de ofrecimiento y después añadió—: Mi casa es tu casa.

—Gracias. —Le sonrió dulcemente.

Daniela se paseó por el pequeño salón seguida por la atenta mirada de él.

—Voy a ducharme —dijo caminando hacia el cuarto de baño—; mientras, eres dueña de hacer lo que te plazca.

Haciendo caso a su ofrecimiento, dejó su bandolera sobre el sofá y, tras oír cómo se cerraba la puerta del cuarto de baño, se sentó en él. Era pequeño pero a la vez confortable, de un color gris ceniza.

Miró a su alrededor unos instantes y, al ser por primera vez consciente de dónde se encontraba y qué era lo que estaba haciendo allí, empezó a ponerse muy nerviosa. El chico del que se estaba empezando a enamorar perdidamente estaba a sólo unos pocos metros de su lado. Y, para más inri, desnudo bajo la ducha.

Abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza para quitarse aquellos pensamientos impuros de su mente. Tuvo que levantarse y caminar dando círculos para tratar de no parecer desesperada cuando él volviera. Tenía que disimular.

Al bajar la vista al suelo, vio un revistero. Se agachó y curioseó su interior. Había varias revistas de motos y también algún que otro periódico neoyorquino. Al pasar uno a uno, descubrió algo que le llamó especialmente la atención: un álbum de fotos con las tapas en cuero de color marrón.

Lo separó del resto y se lo llevó consigo al sofá. Luego se lo colocó en la falda y lo abrió más o menos por la mitad. Y justo en esa página pudo ver un par de fotografías enganchadas con cinta adhesiva. En aquella instantánea Gabriel aparentaba tener tres o cuatro años menos, no más.

Después dedicó toda su atención al otro chico. Era muy atractivo. Alto, moreno y con unos grandes y expresivos ojos azules del color del cielo.

Y justo en medio, entre ambos, había otra persona, una chica rubia, de unos veintitantos años, de grandes ojos marrones y que esbozaba una candorosa sonrisa. Leyó una fecha inscrita al pie de la hoja: 17 de marzo de 2009.

—Él es mi hermano Iván y ella era Érika —le explicó Gabriel acercándose hasta donde ella se encontraba.

Daniela se sobresaltó del susto. Pegó un respingo del sofá y el álbum de fotos cayó al suelo.

—Perdona, debía haberte pedido permiso antes de mirar las fotos —se disculpó recogiendo el álbum del suelo y devolviéndolo a su sitio.

Gabriel dio unos pasos más al tiempo que se secaba el pelo mojado con la toalla.

—No te preocupes, no me importa en absoluto, no guardo secretos —afirmó con serenidad.

Daniela lo miró de arriba abajo. Únicamente llevaba puestos unos tejanos desgastados con los

botones desabrochados, que dejaban asomar parte del calzoncillo.

Tragó saliva costosamente, atreviéndose a repasar su cuerpo, pero esta vez sin censuras, más detenidamente. Todo en él tentaba al pecado. Sus tatuajes, sus abdominales trabajados a conciencia y aquel *piercing* que le atravesaba un pezón de forma muy sugerente.

Pero lo que más le llamó la atención fue otro tatuaje, una cola de serpiente que comenzaba entre el oblicuo derecho y su pelvis y se perdía bajo la goma de sus Calvin Klein.

Gabriel notó que la respiración de Daniela se entrecortaba a la vez que se removía incómoda en el asiento. Entonces sonrió abiertamente.

—Te noto algo sofocada o... ¿sólo me lo parece?

Daniela abrió mucho los ojos.

—Hace calor aquí —dijo abanicándose con la mano y apartando de golpe la vista de su bragueta—. ¿Tienes agua?

—Claro. —Gabriel se echó a reír y luego añadió—: En la nevera.

Daniela voló a la cocina y abrió la puerta del frigorífico. Cogió uno de los vasos de cristal que había en el escurridor y lo llenó hasta casi el borde. Se lo llevó a los labios con ansia y, sin perder un segundo, bebió como si le fuera la vida en ello.

—Bebe despacio… —le regañó acercándose a ella por la espalda. Luego lanzó la toalla a la cesta de la ropa sucia y se peinó el pelo con los dedos—. Me acabo de vestir y me acompañas.

—¿Con esta cara llena de moretones?

Se rozó las mejillas con la palma de las manos y él chasqueó con la lengua, quitándole las manos de la cara.

—Daniela, no debes sentirte avergonzada por culpa de los moretones —le contestó colocando un mechón rebelde detrás de la oreja para luego proseguir—: Siempre me ha importado un bledo lo que la gente opinara de mí… Y al parecer no me ha ido tan mal. Tómalo como un consejo: no dejes que ello te afecte...

Daniela se quedó pensativa unos instantes.

Gabriel, una vez más, estaba en lo cierto. No ganaba nada quedándose aislada del mundo. Y ahora que la vida le había brindado la oportunidad de seguir conociéndolo, no estaba dispuesta a dejarla escapar.

—Tengo curiosidad por saber dónde vamos a ir.

Gabriel sonrió satisfecho.

—Todo lo bueno se hace esperar, señorita. Así que no le queda otra que ser paciente.

Se puso una camiseta oscura y sus deportivas del mismo color, y abrió paso hacia la puerta, invitándola amablemente a salir de su apartamento.

Al pisar el asfalto, subieron a un taxi que los llevó hasta la Quinta Avenida, entre las calles 33 y 34.

Daniela seguía intrigada.

—Dame una pista...

Gabriel negó con la cabeza.

—La paciencia no es una de tus virtudes, ¿verdad?

Daniela puso los ojos en blanco y desvió la mirada para ojear a través de la ventanilla las transitadas calles de la ciudad.

Afortunadamente para ella, el taxi pronto se detuvo y pudieron apearse. Gabriel, tras pagar, corrió a su lado para taparle los ojos con las manos. Poco después, le susurró al oído:

—¿Tienes miedo a las alturas?

Ella negó con la cabeza.

—Pues, en ese caso, abre los ojos y mira hacia arriba.

Daniela le hizo caso, alzó la vista mirando al cielo y el edificio Empire State Building estaba ante ella, como un orgulloso gigante.

Su cuerpo menudo brincaba de emoción. Desde pequeña, uno de sus sueños era subirse al mirador de ese rascacielos y sentir la ciudad bajo sus pies.

—¡Venga! —Tiró de ella cogiéndole de la mano—. La planta ciento dos nos espera.

La intención de Gabriel era distraer a Daniela, mantener su mente ocupada para que no recordara lo sucedido la noche anterior. Y al parecer lo estaba consiguiendo. Daniela disfrutó como nunca, como una verdadera niña con zapatos nuevos.

La noche cayó como una losa.

Habían paseado, charlado, reído. El tiempo, estando juntos, volaba. Ni siquiera se dieron cuenta; estaban tan a gusto el uno con el otro que el estómago de Gabriel nuevamente empezó a rugir reclamando sustento.

—Te invito a cenar. En estos momentos tengo tanta hambre que sería capaz de comerme una vaca.

Daniela se rio con ganas.

—Sigue así, sigue sonriendo... no dejes de hacerlo... Y si tengo que pasarme toda la noche haciendo el payaso, lo haré.

Ella lo miró a los ojos y luego le contestó:

—¿Dónde has estado todos estos años de mi vida?

Él le sostuvo la mirada un rato.

«¡Mierda…!»

Algo no marchaba bien.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

El brillo en sus ojos no hacía más que delatarla. Era evidente que se estaba empezando a enamorar de él, hasta un niño pequeño se hubiese dado cuenta.

No podía permitirlo. Entre ambos, única y exclusivamente debía existir un vínculo de amistad, nada más. En ningún momento debía confundir la amistad con el amor, Daniela no debía rebasar esa línea imaginaria.

Gabriel sólo podía ofrecerle eso: amistad.

Porque, por quien realmente perdía el culo, era por su jefa. Era incapaz de quitársela de la cabeza. Ni siquiera frotando con agua caliente.

12

El lunes, Gabriel acudió con puntualidad a la oficina.

Cruzó la puerta acristalada con avidez y saludó como cada mañana a Alexia.

—¡Gabriel! —gritó ella alzando su mano para llamar su atención.

Él, que ya estaba a medio camino entre recepción y su despacho, dio media vuelta y en pocas zancadas se plantó a su lado.

—Dime.

—Jessica me ha entregado este sobre para ti. —Alexia se lo dio en mano y luego añadió—: El viernes a última hora recibí instrucciones directas. Quería que hoy, en cuanto te viera aparecer por la puerta, te diera este sobre y me asegurara de que también leyeras su correo electrónico.

Gabriel enarcó una ceja y luego empezó a estudiar aquel extraño sobre cerrado. Le dio la vuelta, pero no figuraba nada escrito en el papel.

Intrigado, miró a Alexia.

—A mí no me preguntes. —Alzó las manos—. No tengo ni la menor idea de lo que contiene. —Alexia se encogió de hombros—. Pero viniendo de Jessica… me espero cualquier cosa.

Gabriel se echó a reír meneando la cabeza y después se alejó por el pasillo.

La curiosidad lo acompañó hasta su despacho. Se sentó en la silla y se acercó a la mesa. Buscó un abrecartas y, empuñándolo, rasgó el filo de aquel misterioso sobre. Lo puso al revés y de su interior cayó sobre la mesa el resguardo de una reserva de avión en primera clase para aquella misma tarde.

Gabriel soltó un silbido.

—¡Joder, Jess...! Cómo tiramos la casa por la ventana… —Torció el labio esbozando una divertida sonrisa.

Poco después abrió el correo y, por supuesto, le dio prioridad al mensaje de su esplendorosa y generosa jefa:

De: Jessica Orson
Fecha: 6 septiembre de 2013 23.35
Para: Gabriel Gómez
Asunto: Vuelo y alojamiento

Señor Gómez,

Este lunes, los socios de Kramer realizan una cena benéfica en Las Vegas, en honor de los niños desamparados.

Como representación de Andrews&Smith Arquitects, tenía previsto que asistiéramos al evento únicamente Robert y yo, pero, a última hora, el señor Peter Kramer (que es el socio mayoritario de la multinacional, como bien sabe), ha insistido fervientemente en que también asista usted. (Por lo visto está deseando tomarse la revancha del partido de tenis que jugamos el otro día.)

En el sobre que le habrá entregado Alexia encontrará el resguardo del vuelo a Nevada pendiente de confirmación.

Se hospedará en el Hotel Bellagio, habitación 225.

He informado al servicio de que tengan preparado su esmoquin (lo encontrará en el interior del

armario).

Reúnase conmigo en la cafetería a las siete de la tarde. Ya vestido, aseado y afeitado.

Y, por favor, arréglese esos cabellos.

Jessica Orson
Director of Design
Andrews&Smith Arquitects

Gabriel, a medida que iba leyendo el correo electrónico, se sorprendía cada vez más de la adusta actitud de Jessica. Dejaba claro que le había declarado la guerra y no pensaba concederle ninguna tregua.

Incapaz de contenerse, respondió al instante con otro mensaje:

De: Gabriel Gómez
Fecha: 9 septiembre de 2013 9.12
Para: Jessica Orson
Asunto: RE: Vuelo y alojamiento

Señorita Orson,

Allí estaré, duchado, afeitado y peinado. Aunque deduzco que, por su parte, no será bienvenida mi presencia.

Gabriel Gómez
Assistant Design
Andrews&Smith Arquitects

El mensaje de Jessica, obviamente, no se hizo de rogar:

De: Jessica Orson
Fecha: 9 septiembre de 2013 9.13
Para: Gabriel Gómez
Asunto: RE: RE: Vuelo y alojamiento

Su presencia, como bien deduce, me es del todo indiferente.

Sólo limítese a hacer bien su trabajo, que es por lo que le pago.

Además, en estos momentos estoy muy ocupada y, si sus mensajes no son de carácter estrictamente profesional, le ruego que no me haga perder más el tiempo.

Jessica Orson
Director of Design
Andrews&Smith Arquitects

Gabriel se rio a carcajadas. Su comportamiento había subido de categoría: de estúpido a pedante.

Desafortunadamente, Jessica había subestimado a Gabriel, porque ni su actitud arrogante ni su mal carácter serían motivos suficientes para abandonar sin luchar. Era muy obstinado y, si algo se le metía entre ceja y ceja, jamás renunciaba. Y en esta ocasión no sería diferente. Jessica Orson se había convertido, sin pretenderlo, en un desafiante y excitante reto; una especie de frenética carrera de obstáculos, que, por supuesto, pensaba ganar.

De regreso a su apartamento hacia el mediodía, corrió para prepararse algo ligero y rápido, pues no disponía de mucho tiempo: el vuelo a Las Vegas salía en poco menos de dos horas.

Mientras guardaba las cosas a dos tiempos en su *trolley* y en su neceser, pegaba grandes mordiscos al sándwich vegetal. Luego cerró la maleta y, tras sentarse encima para tratar de cerrarla, empezó a repasar mentalmente el contenido para no olvidarse nada.

Se llevó el último bocado a la boca y cerró la cremallera.

«¡Mierda!»

Se golpeó la frente con la palma de la mano.

«La puñetera máquina de afeitar.»

Corrió a buscarla entre los cajones del mueble del cuarto de baño y regresó a la habitación poco después. Se quedó pensativo, haciendo un croquis mental de cómo lograría hacer encajar la máquina de afeitar entre tanta ropa.

Abrió la maleta y, tras un escaneo rápido, lo tuvo claro. Era cuestión de ser práctico. Sacó uno de los trajes de chaqueta que ocupaban gran parte de la maleta y, recordando viejos tiempos de cuando jugaba al Tetris, colocó la máquina de forma estratégica.

«¡*Voilà*, ya está listo! ¡Las Vegas... allá voy!»

Gabriel jamás había viajado en primera clase y al principio se sintió algo extraño entre tanto refinamiento. Pero, en cuanto el avión sobrevoló el estado de Indiana, se relajó y trató de divertirse a su manera. Se puso los auriculares para escuchar música y bebió la copa de champán que le habían ofrecido.

Tres horas más tarde, el avión desplegó su tren de aterrizaje y tomó tierra en el aeropuerto de McCarran.

Gabriel, tras recoger su *trolley*, subió a un taxi con destino al Hotel Bellagio. De camino a la ciudad de Las Vegas o la Ciudad del Pecado, como era vulgarmente conocida, se entretuvo curioseando a través de la ventana, babeando como un niño pequeño al ver aquellas luces brillantes en medio del desierto de Nevada.

Cuando llegaron al hotel, un botones cogió su maleta y lo acompañó hasta su habitación. Al quedar frente a la puerta, el joven le enseñó la palma de la mano, en espera de una generosa propina. A Gabriel, que no estaba acostumbrado a ese tipo de formalismos, no se le ocurrió otra cosa que, en vez de darle un billete, propinarle un apretón de manos.

—Gracias, chaval... —Gabriel le sonrió mientras le palmeaba la espalda—. Trabajas bien...

—De nada... señor...

El joven se quedó falto de palabras, giró sobre sus talones y se marchó por donde había venido.

A solas ya en su habitación, empezó a guardar las camisas y los pantalones en el armario, junto al esmoquin negro que colgaba, solitario, de una de las perchas de madera de nogal.

Gabriel lo miraba de reojo a través de la bolsa transparente que lo cubría. La mera idea de tener que disfrazarse con aquella cosa no le hacía ninguna gracia. No le entusiasmaba en absoluto; trató de hacer una terapia de autoconvencimiento porque la causa bien lo merecía, y mucho. Cualquier contribución, por pequeña que fuese, a ayudar a aquellos niños desamparados

era bienvenida.

Miró su reloj.

Como aún era pronto, decidió bajar al hall para saber dónde podía tomarse una cerveza. Caminó por la amplia sala y, unos metros más al fondo, pudo reconocer al mismo botones que le había ayudado momentos antes con el equipaje.

—Hombre, qué pequeño es el mundo... —Le sonrió jocosamente.

«Ni que lo digas...», pensó el botones.

Gabriel colocó una mano sobre su hombro y luego le preguntó:

—¿Dónde puedo tomarme una cerveza fresquita?

El joven señaló un enorme arco que daba acceso directo al exterior.

—En la piscina, señor.

—¡Gracias!

Frustrado, el joven de nuevo se quedó con la palma de su mano extendida y sin su merecido dólar. Sin duda, no era su día de suerte.

Gabriel, caminó hacia el exterior.

Encontró una silla libre en la barra que había junto a la piscina, se acomodó en ella y esperó. En seguida un camarero alto y de complexión muy delgada acudió a su encuentro.

—¿Qué le pongo, señor? —le preguntó con un ligero acento francés.

—Una cerveza bien fría, por favor.

El camarero asintió y Gabriel aprovechó para girarse sobre la superficie de la silla para mirar hacia la piscina. El calor en aquel desierto era abrasador y aquella agua tan azul y tan cristalina incitaba a zambullirse en ella.

—Su cerveza, señor —dijo colocándola sobre un posavasos mientras abría con destreza la chapa del cuello de la botella.

—La beberé sin vaso, gracias… —dijo apartándolo a un lado con educación.

El hombre arrugó la frente. Lo miró de arriba abajo y murmuró palabras en francés. Beber cerveza a morro no era precisamente un gesto elegante en un hotel de lujo como aquél.

—Si me dice el número de su habitación, se lo anotaré en su cuenta, señor.

—Habitación 225 y… no me llames señor, que da la sensación de que estás hablando con mi abuelo… —Se rio dándole un par de palmaditas en el hombro.

El camarero asintió sin verle la gracia por ningún lado, pero a regañadientes le devolvió media sonrisa.

Gabriel saboreó hasta la última gota de aquella cerveza. Tenía la garganta seca y la lengua apelmazada en el paladar. Poco después dejó la botella sobre la barra del bar y puso los pies en el suelo, para bajar de la silla. Miró hacia la piscina, alertado por un grupo de chicos que se divertían gritando mientras se lanzaban los unos a los otros al agua. Y entre tanto alboroto creyó ver a lo lejos a Robert Andrews, el exmarido de Jessica.

Fue hacia el césped, no quería perder detalle.

Robert caminaba hacia una de las hamacas sujetando un par de copas de champán entre sus manos. Y entonces, sentada en una de las hamacas, pudo ver a Jessica, con el portátil abierto sobre las piernas. Robert, al llegar a su altura, se inclinó y la besó en los labios y, acto seguido, se sentó a su lado.

Una fracción de segundo le bastó para que la imagen de ese beso le cambiara el estado de ánimo y le pusiera de malhumor.

«¿Robert y Jessica? ¿Juntos? Maldita sea.»

Un extraño malestar empezó a remover sus entrañas.

¿Acaso eran celos? No, eso era imposible, él no podía sentir aquello. Aquella palabra no formaba parte en su vocabulario. Jamás había sentido ese sentimiento. Ni en los años que estuvo con Érika, ni siquiera en los meses que pasó enamorado de Marta.

Al darse la vuelta para dejar de verlos juntos, chocó contra el cuerpo de una chica. El vaso de Coca-Cola que ella sostenía entre las manos se derramó por completo sobre la blanca camiseta de Gabriel.

—¡Oh… diablos! —exclamó ella angustiada.

Gabriel sintió cómo su camiseta se empapaba y se ceñía completamente a su torso.

Pronto la vergüenza se pintó en la cara de ella, que a duras penas trataba de arreglar aquel desastre, frotando con ímpetu la tela con una servilleta de papel.

Gabriel la observaba divertido.

No era más que una niña que quizá no tenía ni los dieciocho años, de facciones dulces, cabellos largos y dorados, con un flequillo perfectamente recortado a la altura de las cejas, y una preciosa mirada azul.

Justo entonces, la sujetó con fuerza de las muñecas para impedir que siguiera moviéndose de aquella forma tan humillante.

—No te preocupes por la camiseta —dijo mientras se la sacaba por la cabeza para escurrirla —. Además, la culpa ha sido sólo mía: eso me pasa por girarme sin mirar…

La joven sonrió y Gabriel le miró a los labios. Eran muy sugerentes.

—Aunque, de haber sabido que eras tan guapa, seguramente hubiese tratado de chocar contigo mucho antes.

Gabriel le guiñó un ojo y ella se mordió el labio, inquieta.

—¿Estás de vacaciones en Las Vegas?

—No exactamente —le explicó la joven—. Estoy aquí por la cena benéfica; de hecho, soy la hija de uno de los organizadores.

Ella sonrió de nuevo pero esta vez alzando el mentón con orgullo, tentando a Gabriel de conocer más cosas de ella.

—Pues me parece una iniciativa admirable y creo que debería haber muchos más actos así… ¿Suele celebrarse todos los años por estas fechas?

Ella asintió mientras se ajustaba las gafas de sol en la cabeza como si de una diadema se tratara.

—¡Caroline! —gritó Peter Kramer acercándose.

Ella se giró.

—¡Papá…! —Le sonrió y se abrazó a su cintura.

Peter Kramer miró a Gabriel y su cara se iluminó al instante.

—Veo que ya has conocido a mi hija. —Le tendió la mano.

Gabriel se había quedado estupefacto.

Ignoraba que Peter Kramer tuviera una hija y mucho menos que fuese tan mayor.

Peter colocó un brazo sobre el hombro de Gabriel y realizó con agrado las pertinentes presentaciones entre éste y su hija:

—Cariño, él es Gabriel Gómez, de Andrews&Smith Arquitects.

—Papá… ¿no me digas que él fue quien te ganó al tenis? —Lo señaló con el dedo mofándose y luego añadió—: Para tu información, Gabriel, has de saber que desde que le ganaste no tiene en mente otra cosa más que tomarse la revancha…

Caroline sonrió a Gabriel de forma traviesa.

—Pues estoy deseando jugar ese partido para volverte a ganar, Peter. —Se rio con descaro.

—¿Acaso es un desafío? —Enarcó una ceja.

—Por supuesto —se burló Gabriel—. Debes saber que no me gusta perder ni a las canicas...

Ambos se rieron y luego Peter miró la hora en su Rolex de oro. El tiempo se le había echado literalmente encima.

—Se me ha hecho tardísimo... —dijo apresuradamente—. Antes de la cena, he de dejar zanjados varios asuntos importantes. Y tú, jovencita... —La miró algo más serio—. Deberías estar ya en la peluquería… Tu madre estará subiéndose por las paredes…

—Vaaaale… —Suspiró despacio—. Me bebo una Coca-Cola y subo.

Caroline besó a su padre en la mejilla y después se despidió de Gabriel con una amplia sonrisa.

Peter y Gabriel charlaron animadamente hasta entrar en el interior hotel. Ya en el hall, tomaron direcciones opuestas. Gabriel aprovechó para subir a su habitación a ducharse, a afeitarse y a disfrazarse con aquel espantoso esmoquin. Pero, sobre todo, a contar los minutos que faltaban para que dieran las siete de la tarde.

13

Gabriel salía de la ducha hacia el dormitorio mientras acababa de secarse sus rebeldes cabellos con la toalla.

En media hora se iba a reunir en la cafetería con Jessica y el mero hecho de pensar en ella lo excitaba como a un vulgar adolescente. Ese juego de tira y afloja que se había creado entre ambos no hacía más que acrecentar su ardiente deseo.

Acabó de colocarse la chaqueta del esmoquin frente al espejo. Y la sorpresa se instaló en su cara: no le quedaba tan mal como pensaba, incluso le daba un aire de elegancia. Cogió la pajarita negra que reposaba sobre las sábanas e intentó hacer el lazo, sin conseguirlo. Lo probó hasta exasperarse y al final la dejó sin anudar, colgada a ambos lados de las solapas de la chaqueta.

Entró de nuevo en el cuarto de baño, se roció las palmas con *after shave* y se dio palmaditas sobre la piel recién afeitada.

Se lavó las manos, se las secó y, al mirarse al espejo y ver aquellos cabellos rebeldes que caían por su frente y su nuca, intentó poner algo de remedio. Cogió el bote de gomina y, como nunca lo había utilizado, recordó las veces en que lo había visto hacer a su hermano Iván.

Colocó una pequeña cantidad del tamaño de una avellana en una de las yemas de sus dedos, friccionó para repartir la gomina y, cerrando un ojo a la vez que sacaba la lengua, se puso un poco en las puntas de los cabellos intentando darle alguna forma, ¿cuál?, pues estaba por verse… Imitó los movimientos de su hermano, un cabello por aquí, un mechón por allá… Cuando terminó, volvió a mirarse en el espejo y pensó que la suerte estaba de su parte, porque, para ser la primera vez que utilizaba aquel producto, no le había quedado tan mal. Bueno, aún tenía que pasar por la supervisión de Jessica.

Bajó al hall y saludó al mismo botones que le había recomendado el bar de la piscina para tomarse aquella cerveza, quien tuvo que mirarlo dos veces antes de darse cuenta de que se trataba de la misma persona. Gabriel sonrió orgulloso, esperando producir un efecto similar en el rostro de Jessica.

Faltaban diez minutos para las siete de la tarde, así que, al ver que ella aún no había aparecido, tomó asiento en una de las cómodas butacas y pidió un café solo bien cargado.

Aprovechó esos minutos para enviar un mensaje a Daniela interesándose por cómo le había ido el primer día de academia y para saber si se encontraba mejor después del incidente.

Ella no tardó en responderle: «Las clases han resultado muy amenas, si se tiene en cuenta que la primera hora ha sido exclusivamente para presentaciones y poco más.

»Los moretones parece que van mejorando poco a poco y en el brazo está empezando a remitir el malestar.

»Claudia se ha puesto en contacto con el seguro y cree que, probablemente, nos pagarán todos los desperfectos.»

Las palabras de Daniela le provocaron una sonrisa en sus perfilados labios y, cuando iba a contestar con un nuevo mensaje, alzó la vista hacia la puerta del vestíbulo y se encontró con la penetrante mirada de Jessica desde lo lejos.

Gabriel tuvo que tomar aliento al verla; se levantó de un salto para recibirla.

Verla andar... era todo erotismo. Estaba espectacular, bellísima a rabiar, preciosa. Sintió erizarse todo el vello de su cuerpo.

Jessica Orson caminaba agarrada del brazo de Robert Andrews.

Gabriel sólo tenía ojos para ella.

Brillaba con luz propia. Parecía una de esas actrices de Hollywood caminando por la alfombra roja hacia los Oscar. Llevaba un maravilloso vestido de seda con escote de corazón, entallado en la cintura, con una falda de gasa en color champán y con incrustaciones de pequeños cristales. A todo ello se sumaba un suave maquillaje y un recogido bajo, casi a la altura de la nuca.

—Buenas noches, Gabriel —lo saludó Robert con una adusta expresión en sus labios.

—Robert —asintió estrechándole la mano.

—Os dejo un minuto, he de hacer una llamada —se excusó.

Jessica se soltó del brazo de Robert y éste la besó en la mejilla, reteniendo unos segundos los labios sobre su piel.

Jessica le sostuvo la mirada a Gabriel en todo momento.

Una vez a solas, Jessica lo miró de arriba abajo. Por mucho que buscara alguna pega, esta vez tenía que morderse la lengua y callar. Gabriel estaba espectacular, brillaba como una moneda nueva de un dólar de plata. El esmoquin le quedaba como un guante, los rasgos se le marcaban más sin aquella incipiente barba y dejaban al descubierto unos labios perfilados, carnosos y tremendamente sensuales.

Pestañeó, dejando de perderse en aquellos labios para retomar el aliento y fijar su atención en su pelo con aquel toque de gomina que le hacía tan sexi.

—¿Me ayuda con la pajarita? —Tiró de las puntas para mostrársela.

Jessica, sin vacilar, se acercó un poco más para alcanzar los extremos y comenzar a anudarla entre sus dedos.

Gabriel no quitaba el ojo de sus labios.

«¡Dios mío!»

Tenía tantas ganas de morder esos labios y tirar de ellos, de meter la lengua en esa pecaminosa boca… que le incitaba una y otra vez al mismísimo infierno.

Cuando acabó de anudar la pajarita, Gabriel se acercó lentamente para rozar su cara con la de ella y susurrarle al oído unas palabras:

—Está preciosa con este vestido… aunque me gustaría arrancárselo para lamerla de arriba abajo a mi antojo.

El aliento de Gabriel acarició el lóbulo de Jessica. La mujer de hielo se estremeció ante la hambrienta mirada de él.

Gabriel esbozó una sonrisa triunfal; había conseguido afectarla de nuevo. Era evidente que la química entre ellos estaba presente.

Ignorarla era absurdo.

—No se haga ilusiones… eso no va a pasar. —Retrocedió un par de pasos al ver regresar a Robert entre la gente.

Jessica acababa de tirarle una jarra de agua helada por encima de la cabeza al ver cómo se agarraba del brazo de Robert.

—¿Vamos a la cena? —le preguntó a Jessica ignorando deliberadamente a Gabriel.

Ella asintió y comenzaron a andar, dejándolo unos pasos atrás, como si fuese su perrito faldero. A Gabriel hacía tiempo que nadie lo había hecho sentir tan ultrajado. Ella estaba dispuesta a ignorarlo el resto de la velada.

Una vez en el salón, Robert y Jessica tomaron asiento, sentándose frente a Gabriel. Los demás invitados poco a poco fueron rellenando los huecos en la mesa.

La cena dio comienzo y varios camareros empezaron a desfilar al ritmo de la música, sirviendo marisco y copas de vino blanco.

Una de las sillas junto a Gabriel seguía desértica. Tal vez alguien en el último momento no había podido presentarse, aunque lo extraño era que no hubiese tarjeta identificativa con el nombre.

Sin darle más importancia de la debida, cogió las pinzas y comenzó a partir las patas de la langosta. De vez en cuando, alzaba la vista para cruzarse con la mirada de Jessica, que se le clavaba como una espada.

No comprendía nada. Lo estaba matando, porque sus palabras decían una cosa, pero sus gestos y el comportamiento de su cuerpo mostraba otra bien distinta.

De repente, como una exhalación, alguien se sentó al lado de Gabriel, a la vez que pedía disculpas y hacía chirriar la silla al sentarse.

—Buenas noches.

El embriagador perfume de Caroline envolvió el ambiente en segundos. Gabriel ladeó la cabeza y se encontró con la mirada azul de ella.

—Vaya, menuda sorpresa…

Gabriel le sonrió y ella se contagió al momento.

—Mi padre y sus ocurrencias. A última hora me ha cambiado de mesa, piensa que contigo me divertiré más que en la mesa con los abuelos…

Él aprovechó para observarla con más detenimiento. Vestía un conjunto dorado anudado al cuello de corte sirena que la favorecía enormemente. También se había maquillado los labios en un tono rojo y una raya de rímel por encima del nacimiento de sus pestañas. Ya no aparentaba apenas dieciocho años.

—¿Tienes edad para beber alcohol? —le preguntó Gabriel llenándole la copa de vino.

—Tengo edad para beber y para otras cosas. —Sonrió con picardía.

Gabriel negó con la cabeza mientras dejaba la botella sobre la mesa y le acercaba la copa a su mano.

—Gracias… pero estoy tomando antibiótico y mi médico me mataría si bebo un solo trago. —Sonrió retirando la copa. Se apoderó de la del agua y bebió sin dejar de mirarle a los ojos—. Me encantan tus tatuajes y el *piercing* de tu pecho…

Gabriel la escuchaba sin dejar de mirar su boca. Por la forma de mover la lengua, intuía que tenía un *piercing* justo ahí.

—¿Tienes algún tatuaje? —le preguntó, y se dio cuenta de que ella se mordía el labio al pensar.

—Tengo tres.

Gabriel abrió los ojos, sorprendido.

—¿Y *piercings*?

—Tres también. —Sonrió y sacó la lengua para enseñarle el primero—: Uno.

Se levantó un poco el corsé para mostrarle el que le atravesaba el ombligo.

—Dos.

Se tapó la piel con el corsé y se acercó juguetona al oído de Gabriel.

—Y el tercero… tiene premio gordo —le susurró con descaro.

Desde luego era una chica muy pero que muy interesante, pensó Gabriel.

—Eres una chica muy traviesa —se burló.

—¿Y por qué no? —le contestó divertida mientras se llevaba una oliva a la boca y la hacía girar de forma sugerente.

Gabriel, que miró al frente, se volvió a cruzar con los ojos de Jessica.

Esta vez su rostro estaba tenso y se mostraba muy inquieta, tintineaba con sus largas uñas el

cristal de la copa de vino sin dejar de mirar a Gabriel y a la joven, de forma inquisidora.

«Menuda es la jefa —pensó Gabriel—. Igualita al perro del hortelano: ni come, ni deja comer…»

Dejó de mirarla para conceder toda su atención a aquella personita que tenía a su lado.

Desde luego la noche empezaba a ponerse muy interesante…

14

La cena, que desde un primer momento se presumía aburrida, poco a poco se fue transformando en una velada de lo más sugestiva.

Caroline, sin duda, con su frescura y su desparpajo, estaba siendo una compañía de lo más variopinta y, pese a la diferencia de edad con Gabriel, ambos tenían muchas cosas en común y no sólo por la cuestión estética, de *piercings* y tatuajes.

La hora de los cafés fue el preámbulo perfecto antes del comienzo del baile.

Peter Kramer subió al escenario.

—Atención, atención... —Dio unos golpecitos al micrófono—. Damas y caballeros, un momento de silencio, por favor.

Esperó a que todo el mundo le prestara atención para seguir hablando.

—Ahora, como todos ya sabéis, llega la guinda del pastel, el momento más esperado por el público femenino… ¡La subasta del primer baile!

La sala se llenó de aplausos y de vítores. Entonces Peter se giró haciendo unas señas a los tres hombres que esperaban rezagados algo más atrás.

—Y esos tres pobres… ¿qué tienen que ver con el baile? —susurró Gabriel a Caroline acercándose a su oído.

—Ya lo verás… —Emitió una sonrisita graciosa.

Peter esperó de nuevo a que los aplausos disminuyeran para poder proseguir.

—Estos tres apuestos jóvenes… —se giró mostrándolos con la mano—... cederán el primer baile a la señorita que gane su subasta. Y los donativos, como ya saben, irán destinados a la casa de acogida Masdow.

De nuevo los aplausos.

Gabriel miraba con atención al escenario sin perderse un ápice de lo que sucedía.

—Pero antes de empezar…. —Alzó la vista mirando a todos los invitados de la cena—... ¿hay en la sala algún joven más que se atreva a subir al escenario?

Nadie contestó. Se creó un discreto murmullo en la sala; sólo algunas personas cuchicheaban en tono bajito.

Gabriel miró a Caroline y después a Jessica y musitó entre dientes: «Esto puede llegar a ser muy divertido…», y como un resorte se levantó de la silla mientras alzaba la mano.

Caroline aplaudió encantada y Jessica, boquiabierta, abrió los ojos con gran desconcierto.

—¿Se ha vuelto loco? —masculló Robert frunciendo el ceño.

Gabriel corrió hacia el escenario y de un salto se instaló en la tarima, colocándose al lado de Peter.

La sala en seguida se alzó, aplaudiendo y vitoreando mucho más que antes. Gabriel había creado una gran expectación entre el público femenino. Muchas mujeres aplaudían efusivamente, incluso se pudo oír algún que otro piropo subido de tono, al que Gabriel respondió con una amplia sonrisa de oreja a oreja.

—Bravo, Gabriel, tienes agallas —le reconoció Peter al oído.

—He venido a pasármelo bien —le confesó—. Además, así podré contribuir a una buena causa, espero recaudar mucha pasta.

El señor Kramer le preguntó a Gabriel un par de cosas en privado para poder presentarlo ante el público y luego caminó hasta aquellos tres hombres que esperaban un poco más al fondo. Se

presentó estrechando la mano a cada uno.

—Eres valiente, colega… —se mofó el chico de su derecha.

—Todo sea para pasar un rato divertido.

—Ya verás que se ponen como locas cachondas, sólo les falta tirarse de los pelos. —Rio a carcajadas.

Peter tosió varias veces, mirándolos para reclamar de nuevo silencio.

—Empecemos… Que se acerque el primer candidato.

Un chico moreno de mediana estatura se posicionó al lado de Peter. Se colocó la pajarita tragando saliva. Estaba ligeramente nervioso ante tantos ojos clavándose en él al mismo tiempo.

—Este apuesto galán de Orlando se llama Paul —recitaba Peter acercándose al micrófono para que todos pudieran oírlo perfectamente—. Tiene veintisiete años, es soltero… de momento...

Varias mujeres del público rieron y Peter Kramer prosiguió:

—Es abogado y le gusta la pintura y el cine… Así que… señoras, se abre la puja. ¿Quién levanta la mano?

Paul hizo un repaso rápido a la sala, imaginando la vergüenza que pasaría en el hipotético caso de que nadie pujara por él. Volvió a tragar saliva, esta vez más despacio, metiendo su dedo entre el cuello de la camisa y su pescuezo, para intentar que corriera el aire.

—Doscientos dólares —dijo una señora mayor a la vez que alzaba la mano.

—Quinientos dólares —dijo otra seguidamente.

Paul empezó a sonreír con timidez. Al menos alguien pujaba por él.

—¡Mil dólares! —gritó la señora mayor de nuevo.

Peter miró a la segunda mujer para ver cómo levantaba las manos derrotada y se volvía a sentar.

—Mil dólares a la una… mil dólares a las dos… y…. —dejó pasar deliberadamente unos segundos para crear un poco de expectación en el ambiente—. ¡Mil dólares a las tres! ¡Adjudicado a la señora del bonito vestido turquesa!

El gentío aplaudió y Paul bajó de la tarima.

Peter subastó a los otros dos candidatos y finalmente le llegó el turno de Gabriel, quien, inspirando hondo, se acercó hasta él con aquel estilo suyo tan peculiar de andar.

Jessica miraba expectante y en riguroso silencio desde su sitio, vigilando con brillantes ojos de rapaz a las demás mujeres de la sala, pero en especial a Caroline, que ya se había levantado de su asiento antes de que su padre hubiese presentado a Gabriel.

—¡Mil dólares! —gritó izando la mano y dando saltitos emocionada.

Peter y Gabriel se rieron jocosamente. En la sala comenzaron a oírse risas provenientes de distintas mesas.

—Calma, un poquito de calma —dijo aplacando los fervientes ánimos—. Antes de nada, vamos a proceder a su presentación en sociedad…

Caroline, que se había dejado llevar por la efusividad del momento, volvió a retomar su asiento.

—Pues entonces, allá vayamos… Este joven apuesto se llama Gabriel y tiene treinta años, es arquitecto y ha venido desde España.

La gente murmuraba.

—Es alegre, divertido, amante del deporte y de las mujeres… y consigue siempre todo lo que se propone.

Las mujeres hablaban unas con las otras; sin duda el plato fuerte de la noche lo habían reservado para el final. Gabriel no había dejado indiferente a ninguna de ellas. La expectación y

la temperatura subieron varios grados en aquella sala.

Caroline se mordía el labio nerviosa, no quería que ninguna le robara el primer baile con Gabriel, y haría lo que estuviera en su mano o, mejor dicho, en su bolsillo para conseguirlo.

—Señoras… —proseguía Peter—... tras el revuelo que se ha ocasionado, me permitiré empezar por poner un precio de salida… en este caso de ¡tres mil dólares!

Gabriel se quedó a cuadros y soltó un silbido seguido de una sonrisita. Peter se había vuelto loco, ¿quién iba a pagar esa fortuna por bailar con él? Era una soberbia excentricidad.

—¡Tres mil dólares! —saltó Caroline de su silla dando un respingo.

—¡Cinco mil dólares! — gritó alguien desde el fondo.

Toda la sala buscó aquella voz. Se trataba de una mujer de unos cuarenta años, muy atractiva, de cabellos pelirrojos y unos vivarachos ojos chocolate. Se levantó delicadamente mientras sujetaba una tarjetita blanca que agitaba entre los dedos.

Caroline conocía a esa mujer, era Norma Stevens, una vieja amiga de su madre, una devorahombres, como la solía llamar, pero lo peor de todo consistía en que era asquerosamente rica.

—¡Diez mil dólares! —espetó Caroline desafiando a Norma.

La sala la ovacionó. Todo el mundo estaba en tensión realizando apuestas a ver quién sería la afortunada de llevarse al joven apuesto.

—¡Veinte… mil… dólares! —Norma se acercó hasta el escenario con paso firme devorando a Gabriel con la mirada.

Gabriel no daba crédito a lo que estaba sucediendo en ese momento; definitivamente, se habían vuelto todas chifladas por completo, era una aberración total pagar esa desorbitada cantidad por él.

Peter, en cambio, estaba encantado; los donativos para el centro ese año iban a ser muy generosos.

Caroline miraba a su padre pidiéndole, rogándole, su ayuda. Hacía ya varios miles de dólares que había traspasado el presupuesto del que disponía.

—A-yú-da-me… por favor —gesticuló con los labios en dirección a su padre para que éste pudiera leer en ellos.

Peter tuvo que negar con la cabeza. Veinte mil dólares era una suma demasiado desorbitada. Muy a su pesar, no podía ayudar a su hija en ese último capricho.

Caroline se vio acorralada, no podía pujar más; miró a Gabriel y miró a Norma.

«¡Maldita sea!», masculló entre dientes mientras veía cómo su padre, sin ganas pero sin poder evitarlo, tenía que cerrar la subasta…

—Al parecer Gabriel ya tiene pareja para el baile de esta noche…

Peter lo miró mientras le palmeaba la espalda.

—¡Veinte mil dólares a la una…! —Miró a Caroline y vio cómo se sentaba agachando la cabeza, derrotada—. ¡Veinte mil dólares a las dos…! —Observó cómo Norma se sentía ganadora y por ello dibujaba una amplia sonrisa en los labios—. ¡Y… veinte…. mil… dólaresssss…!

—¡¡¡Cincuenta mil dólares!!! —gritó alguien.

La sala se quedó muda unos instantes y luego un jadeo multitudinario invadió la estancia. Gabriel soltó un silbido de admiración.

Jessica se levantó de su silla lentamente a la vez que miraba a Gabriel. Caroline no daba crédito a lo que estaba sucediendo en ese momento.

—¿Te has vuelto loca? —la increpó Robert frunciendo el ceño con fuerza mientras la agarraba de la muñeca, tirando de ella hacía abajo para que se sentara.

—¡Cincuenta mil dólares! —volvió a repetir Jessica, esta vez soltándose de un tirón.

Pasó junto a aquella zorra devorahombres con una satisfacción sin límites. Gabriel la atraía de una manera que no podía controlar ni limitar, y verlo tonteando con aquella niñata la había estado sacando de quicio toda la cena. Que la perra de Norma pretendiera levantárselo en sus narices había sido el colmo. No había podido contenerse más.

Gabriel se había quedado de piedra, la miraba sin dar crédito; Jessica le había roto todos los esquemas con aquel gesto suicida.

—Encanto, todo tuyo… debe de merecer mucho la pena para malgastar ese dineral… —le confesó Norma retirándose y volviendo a su silla.

Jessica le sostuvo la mirada a Gabriel y él negó con la cabeza a la vez que no pudo evitar recompensarla con una sonrisa sexi.

—Entonces… Cincuenta mil dólares a la una… a las dos… ¡Adjudicado a la guapa señorita del vestido de cola! —gritó Peter a la vez que aplaudía.

La sala se levantó clamorosa para celebrar con aplausos su hazaña, o su falta de juicio. Algunos vitoreaban y otros silbaban mientras Jessica subía a la tarima a por su merecido premio.

Gabriel, que la seguía con la mirada, vio cómo subía los peldaños de madera mientras se recogía el vestido y se acercaba poco a poco a su lado.

—¡Que dé comienzo el baile! —gritó Peter animado, y la orquesta empezó a entonar los primeros acordes de un vals.

Gabriel cogió la mano de Jessica y la besó en los nudillos sin apartar la vista de sus ojos azules que brillaban chispeantes, quizá por el efecto del vino, o tal vez por otro motivo.

Los invitados comenzaron a invadir la pista de baile, dejando el centro para las cuatro parejas de la subasta. Sólo faltaban Jessica y Gabriel.

—Creo que nos esperan para abrir el vals. —Hizo un gesto señalando a la pista.

Soltó su mano, saltó de la tarima y alzó los brazos haciéndole un gesto con las manos para que se acercara al filo del escenario.

Gabriel la cogió de la cintura y la bajó. La cogió de nuevo de la mano y la guio entre la gente hasta el centro de la pista.

Al llegar allí, permanecieron frente a frente, sin apartar las miradas. Gabriel la cogió de las muñecas para colocárselas sobre sus hombros mientras con sutileza abrazaba su cintura y empezaba a danzar al compás de aquella música.

—No entiendo cómo paga un dineral por mí cuando puede tenerme siempre que quiera —le susurró al oído mientras la estrechaba con fuerza a su cuerpo.

Gabriel comenzó a besar y a lamer suavemente su lóbulo y Jessica ahogó un gemido, sintiendo cómo un escalofrío recorría su nuca desnuda. Luego él deslizó la punta de la lengua muy lentamente por su cuello, por encima de la vena carótida.

Sin poder evitarlo, ella se volvió a estremecer y a duras penas pudo ocultar el nuevo gemido.

Ya no podía reprimir más el deseo y la pasión desenfrenada que sentía por aquel hombre. Negar la evidencia no le había servido de nada hasta aquel momento…

Cerró los ojos y su boca suplicó en un susurro quebrado:

—Vámonos de aquí, ahora.

15

La noche había estado repleta de sorpresas.

Gabriel ni por asomo hubiese imaginado la inesperada reacción de Jessica, pese a que era del todo consciente de la atracción física que existía entre ambos.

¿Quién no era capaz de verlo? Resultaba palpable a leguas. Era sólo cuestión de tiempo que la evidencia se materializara y que ambos sucumbieran a la tentación.

Gabriel dejó de besar el cuello palpitante y aterciopelado de Jessica Orson para perderse una vez más en el ardiente azul zafiro de sus ojos.

—Llévame a cualquier parte menos aquí… —le dijo ella con insistencia.

—¿Estás segura? —le preguntó anhelando con todas sus fuerzas una respuesta afirmativa.

La deseaba, pero quería que ella estuviera convencida, que no dudara o, aún peor, se arrepintiera después si ambos se marchaban juntos.

—Quizá… esto te sirva de respuesta...

Jessica enredó los dedos en su pelo ondulado y, acercándose lentamente a su boca, lo besó. Aquel beso rezumaba exigencia, necesidad, posesión.

Lo deseaba como nunca antes había deseado a ningún otro hombre.

Gabriel lo tenía todo. Era tremendamente sexi, atractivo, ardiente y con un punto de chico malo que tanto le ponía cachonda. Eran muchas de las cualidades que esperaba de un hombre. Él, por lo tanto, cumplía sobradamente con las exigentes expectativas de ella.

Jessica abrió un poco más la boca invitándole a que la saboreara a su antojo y ambas lenguas se fundieran en una sensual y deliciosa danza sin censuras.

Gabriel cogió entre sus grandes manos el rostro de Jessica y, mirándola intensamente, mordisqueó su labio inferior de forma sensual y a la vez muy morbosa.

—Subamos a mi habitación… —propuso él. Su voz ahora era mucho más grave.

Ya no podía contener su excitación por más tiempo. Su cabeza le daba vueltas, imaginando las mil y una formas de hacerle el amor.

—Estabas tardando demasiado en pedírmelo… —le contestó recuperando el aliento—. Además... pienso cobrarme hasta el último centavo que he pagado por ti esta noche.

Gabriel no vaciló. Necesitaba perderse cuanto antes entre sus piernas. Acariciar su cuerpo desnudo. Sentir de nuevo su suave piel y saborear su sexo.

La cogió de la mano y empezó a caminar, guiándola entre la multitud. Tardaron poco en salir de aquella sala en dirección al ascensor.

Como la mayoría de los invitados se concentraban en la pista de baile, consiguieron entrar en uno relativamente pronto. Una vez en el interior, Gabriel presionó el botón de la segunda planta y las puertas se cerraron de inmediato.

Poco después de que iniciara el recorrido, Jessica golpeó el botón con la palma, bloqueando de esta forma el cubículo, que quedó suspendido entre la primera y la segunda planta.

Sonrió de forma sugerente y, mordiéndose el labio inferior con lascivia, se acercó a él con una arrebatadora mirada felina que incluso podría fundir icebergs a su paso.

—No puedo esperar a llegar a tu habitación… te deseo ahora...

Jessica se colocó frente a él para tantear su boca morbosamente. Cada vez que rozaba sus labios, echaba atrás la cabeza, dejándolo con ganas de más. Se mantuvo así durante unos

segundos, hasta que al fin se abalanzó sobre su boca, devorándola con rabia, con rudeza, pero a la vez de una forma muy sensual al tiempo que se desprendía del cinturón con una habilidad asombrosa con una sola mano. Continúo desabrochando el pantalón y bajando la cremallera. Reservó el bóxer para después.

Cuando se arrodilló frente a él, palpó la dura erección a través de la licra. Gabriel soltó un gruñido y luego apretó los dientes. Estaba muy caliente. Necesitaba más.

Bajó lentamente el bóxer para liberar su enorme pene, empalmado de forma osada antes los ojos de ella. Ésta sonrió orgullosa y descaradamente. Le excitaba saber que provocaba ese efecto devastador en los hombres. Le encantaba jugar y disfrutar abiertamente del sexo. Sin prejuicios y casi sin limitaciones.

Levantó la vista y sonrió. Gabriel empezaba a respirar con dificultad.

—Este ascensor va a llevarte hasta el mismísimo séptimo cielo.

Luego dirigió la mirada a su entrepierna y se fijó más detenidamente en aquel sinuoso tatuaje. En aquella cobra invertida, dibujada en tinta negra y en diferentes tonalidades de verde. Humedeció el labio despacio mientras reseguía el contorno con la uña. Primero la cola, que empezaba en la pelvis, hasta alcanzar la cabeza del reptil que moría junto a su pene.

—Tu tatuaje… me excita mucho.

—Creía que los detestabas…

—No hagas caso de todo lo que te diga —murmuró con sorna.

Gabriel enarcó una ceja.

Al parecer no eran tan diferentes como había creído a simple vista.

—¿Por qué una cobra? —insistió.

Él se rio.

Nunca nadie antes se lo había preguntado y mucho menos en el momento previo a una felación.

—Pues… Es un ser con el cual me sentí identificado en una época de mi vida. —Hizo una breve pausa para buscar las palabras adecuadas y luego prosiguió—: Hace cuatro años ocurrió algo en mi vida, provocando un antes y un después. Dos personas muy importantes para mí me traicionaron.

Jessica percibió su dolor a través de sus palabras.

Los ojos verdes de Gabriel se habían oscurecido en una fracción de segundo.

—En cierta forma, el tatuaje me ayudó a expulsar aquel odio y aquel rencor que me carcomía por dentro y que no me dejaba vivir.

Jessica lo miró compasiva y él esbozó una sonrisa tranquilizadora. No era el momento ni el lugar para lamentaciones.

—Todos tenemos un pasado.

—Cierto.

Ella se acercó un poco más a su miembro, que seguía erecto y expectante.

—Y yo soy el presente. Cierra los ojos y disfruta del ahora —añadió antes de besar y chupar el glande perezosamente, que lloró una gota de líquido preseminal que Jessica lamió muy gustosa.

—¡Dios!... —Gabriel exhaló el aire con fuerza—. Eres muy perversa...

—Sí… y no te imaginas cuánto me encanta serlo… —Sonrío con cara de vicio mientras agarraba la envergadura de su pene con una mano y se lo introducía en la boca, al tiempo que con la otra masajeaba despacio los testículos.

Gabriel comenzó a jadear desenfrenadamente cuando ella empezó a chupar, a lamer y a succionar con posesión. Echó la cabeza hacia atrás y apretó los ojos con fuerza.

—¡Joder, Jessica...! —gruñó mientras le cogía con ambas manos la cabeza y le obligaba a seguir el compás de los movimientos de su cadera— ¡Sigueee...!

Las piernas de Gabriel empezaron a temblar y las fuerzas a flaquear, pero Jessica continuó bombeando con fuerza, rítmicamente, arriba y abajo.

Saboreándolo.

Ése era su momento. Ése era su control.

Lo tenía a su merced y ella era la única dueña de su placer.

Estaba ya muy cerca. Sus jadeos, que retumbaban en aquellas cuatro paredes, eran cada vez más continuos. Se limpió con el dorso de la mano la fina capa de sudor que mojaba su frente y luego le ronroneó, mientras le flaqueaban las fuerzas:

—Jessica... si sigues, me voy a correr...

—Pues adelante...

Jessica, en vez de detenerse y apartarse, empezó a follarlo con más ímpetu, dentro y fuera, hasta el fondo de su garganta.

Gabriel, que no pudo reprimirse más, tiró con fuerza de su pelo y explotó, soltando un grave gruñido gutural que emergió desde lo más profundo de sus entrañas. Su orgasmo fue tan devastador que después de eyacular aún seguía teniendo pequeños espasmos.

Tras acabar de tragar hasta la última gota, ella se limpió los restos de semen de la comisura de los labios y se levantó con una sonrisa de satisfacción pintada en su cara.

—¿Has disfrutado?

—No te imaginas cuánto…

—¿Te gustaría tocarme, verdad? —le susurró juguetona.

—Estoy deseándolo.

Jessica cogió una de sus manos y la metió bajo su falda. Separó las piernas, dando vía libre a su sexo. Gabriel hizo a un lado el tanga y deslizó un par de dedos en el interior de su vagina. Ésta lo recibió húmeda y caliente.

Gabriel volvió a empalmarse. Sus dedos entrando y saliendo de ella le habían puesto muy cachondo.

Ella gimió, echándole el aliento a la cara.

—¿Te gustaría masturbarme?

—Sí.

—¿Te gustaría lamerme?

—Sí.

—¿Te gustaría follarme?

—Sí... —contestó entrecortadamente.

Para su sorpresa, ella le sonrió de forma maliciosa y después le apartó la mano de su entrepierna. Gabriel frunció el ceño confundido a la vez que enfadado.

¿A qué estaba jugando?

Insistió de nuevo. Volvió a meter su mano bajo la falda pero, antes de llegar a siquiera rozar la tela del tanga, ella se lo impidió.

—Sé paciente. Lo que ha ocurrido en el ascensor no ha sido más que un pequeño anticipo.

Jessica, ante la incredulidad de Gabriel, pulsó el botón de puesta en marcha y el ascensor empezó a ascender hacia la segunda planta.

—El juego, así, es más divertido —añadió guiñando un ojo.

Gabriel, perplejo, la miraba con asombro mientras acababa de vestirse. No entendía su proceder.

De repente, las puertas se abrieron de par en par y pudieron salir al pasillo. No había nadie, estaban completamente solos.

Ambos empezaron a caminar en paralelo, sin tocarse y sin hablar.

Cuando llegaron ante la puerta 225, Gabriel pasó la tarjeta por la ranura y, sin pedirle permiso, la cogió en volandas y la cargó sobre el hombro.

—Pero ¿acaso te has vuelto loco?

—Completamente ido. Ya me he cansado de esperar…

Le dio un cachete en el culo como reprimenda.

—¡Salvaje! —gritó.

—¿Quieres jugar?

Ella no contestó, se limitó a reírse a carcajadas.

—Lo tomaré como un sí, señorita Orson —dijo dando un puntapié a la puerta—. Voy a enseñarte lo que es un anticipo, un preliminar y el juego al completo.

Jessica, sin dejar de reír, contestó a sus palabras:

—Lo estoy deseando, señor Gómez…

16

Gabriel cerró la puerta con el talón y se oyó un portazo tras de sí. Avanzó hacia el centro de la suite cargando con Jessica a cuestas y luego la dejó con cuidado en el suelo.

—¿Te apetece una copa de champán?

Jessica enarcó una ceja, confundida.

¿Champán? ¿Estaba de broma? ¿A quién le interesaba beber nada cuando se estaba al borde de la excitación?

—Si te soy sincera… eso no es precisamente lo que me apetece en este momento… —adoptó una expresión de lo más perpleja, además de muy molesta.

Gabriel disimuló una sonrisa al tiempo que se mordía la punta de la lengua, para evitar contestarle y así seguir con su plan. Ignorando deliberadamente su comentario, caminó con chulería hacia el minibar.

El incidente del ascensor le había puesto tan cachondo que no pensaba dejar que se saliera con la suya. Desde luego, Jessica no sabía con quién estaba tratando. Provocarlo de aquella manera para luego dejarlo a medias merecía, sin duda, una buena reprimenda.

Boquiabierta y frustrada, examinaba cada uno de sus movimientos.

Su comportamiento le estaba empezando a crispar los nervios. Cruzó los brazos por debajo de sus pechos, elevándolos por encima del prominente escote, y esperó.

Gabriel, mientras tanto, empezó a retirar el alambre y el aluminio que cubrían el cuello de la botella con absoluta y total parsimonia para, después, descorcharla con plena tranquilidad.

Rellenó un par de copas de cristal de bohemia y, al cabo de unos instantes, regresó a su lado.

—Toma… —Se la ofreció tratando de controlarse; le costaba horrores no arrancar a reír—. Bebe…

Jessica lo miró malhumorada. Estaba atónita. Su actitud la alteraba hasta límites insospechados.

¿Acaso le estaba tomando el pelo?

Por el amor de Dios, no quería beber, lo que quería era que la follara hasta dejarla exhausta y sin aliento, que la volviera loca hasta hacerle perder el conocimiento. Eso era exactamente lo que quería y, por supuesto, era lo mínimo que esperaba de él.

Le quitó la copa a regañadientes, retando a Gabriel con la mirada y bebiéndose de un solo trago todo aquel líquido espumoso.

—¿Satisfecho?… Ya me he bebido todo tu jodido champán… ¿Piensas follarme ahora? —lo reprendió en tono desdeñoso con los ojos llameantes.

Gabriel negó con la cabeza mostrándole una leve sonrisa de medio lado.

—Mmm… veamos… déjame pensar… —Sorbió de la copa lentamente mientras repasaba el cuerpo de la joven de arriba abajo con la mirada—. Te has portado muy mal y por eso mereces un pequeño castigo.

Jessica frunció el ceño.

¿Un castigo? Eso ya era el colmo de los colmos. ¿Suponía acaso que estaba tratando con una vulgar adolescente?

—¿Un castigo? ¿Estarás de broma? —le preguntó con sorna y se echó a reír a carcajadas.

—Sí, eso he dicho, un castigo —enfatizó—. Antes, en el ascensor, has sido muy traviesa. Me has provocado poniéndome la miel en los labios para después quitármela.

Gabriel chasqueó la lengua y negó con el dedo índice.

—Eso no se hace, has sido una niña muuuy mala...

Jessica lo fulminó con la mirada.

Necesitaba pensar algo rápido para contraatacar. No estaba dispuesta a dejarlo irse de rositas. No podía permitir que Gabriel continuara adueñándose del control de aquella situación. Por lo visto a él le gustaba jugar tanto o más que a ella. Sin pretenderlo se había encontrado con la horma de su zapato.

Si él tenía ganas de jugar, entonces lo harían, pero con una notable diferencia: que jugarían a su juego y con sus propias normas.

Con la sonrisa pintada en su rostro, movió las piernas y cruzó la habitación en dirección al escritorio que había junto a la ventana. Se apoyó en la madera y, sin dejar de mirarlo, se inclinó ligeramente para meter su mano bajo la falda de su vestido.

—¿Te excita mirar, verdad? —le preguntó con una voz hipnótica y tremendamente sensual.

Gabriel asintió a la vez que se quedaba mudo viendo cómo se quitaba el tanga.

Su pene dio un brinco, parecía tener vida propia.

Levantó la falda a la altura de sus caderas y, tras sentarse sobre el escritorio, separó poco a poco sus piernas, mostrándole así todo su sexo.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó dirigiéndole una mirada ardiente.

Gabriel asintió de nuevo y su pene se puso duro como una piedra. Tenía la boca tan seca que empezó a tragar saliva con penosa dificultad. Estaba muy excitado y cada vez tenía más calor.

Jessica se acarició las piernas lentamente, desde los tobillos hasta la cara interna del muslo, ascendiendo despacio, poco a poco. Gabriel seguía con atención cada uno de los movimientos de sus manos. Fue testigo de cómo ella introducía un dedo por la hendidura de su vagina y luego se lo llevaba a la boca para chuparlo de forma muy morbosa, simulando ser una actriz de una película de clasificación X.

—Lección número uno: el castigo puede volverse en tu contra.

Introdujo un par de dedos en su vagina y luego empezó a moverlos en su interior, dentro y fuera lentamente, mientras que con la otra mano bajaba el escote de su vestido y pellizcaba uno de sus pezones.

Gabriel notó cómo le faltaba el aire.

Estaba tenso e impaciente.

No podía apartar los ojos de aquellas manos, de aquellos dedos que se lubricaban cada vez más.

Tuvo que aflojarse el nudo de la pajarita y desabrocharse un par de botones de la camisa, porque se estaba ahogando.

Ella lo perturbaba.

Jessica era erotismo puro, la sensualidad y el pecado hecho mujer.

—Lección número dos: siempre puedo darme placer sin necesidad de ningún hombre.

Dicho esto, se introdujo un tercer dedo y empezó a masturbarse con más fervor ante la impúdica mirada de Gabriel.

Le excitaba provocarlo, del mismo modo que le excitaba saber que la miraban mientras se proporcionaba placer.

Soltó un par de gemidos en el momento en que todo su cuerpo tembló, cuando la yema de su pulgar rozó su abultado y sonrosado clítoris, cuando tensó las paredes de su vagina envolviendo sus dedos.

Aquello no podía estar ocurriendo. Era una tortura. Las venas de su pene amenazaban con

explotar en cualquier momento…

La deseaba y tenía que poseerla. No podía esperar. Se negaba a continuar siendo un mero espectador sin poder intervenir.

—Ya he mirado bastante… —gruñó a la vez que empezaba a desvestirse y lanzaba la ropa al suelo mientras caminaba hacia ella.

Cuando estuvo desnudo y se puso un preservativo, le separó las rodillas y, colocándose entre sus piernas, clavó los dedos en sus nalgas.

—Ahora ya puede follarme, señor Gómez.

Gabriel le sonrió perversamente.

Era una víbora. Sabía que había logrado su cometido.

Ella le devolvió la sonrisa llena de satisfacción, pintando la «V» de victoria en su cara.

—Te pienso follar una y otra vez, hasta que me supliques que pare...

Arrastró su trasero hasta el borde de la mesa y luego, tanteando el glande en su orificio, la penetró violentamente de una sola estocada.

Jessica chilló arqueando la espalda y Gabriel se detuvo para saber si se encontraba bien.

—Sí, mejor que nunca —respondió recuperando el aliento—. Sigue, ahora no te pares...

Rodeó con las piernas sus caderas y empezó a acariciar su torso desnudo mientras Gabriel se movía despacio en su interior.

Jessica acercó la cara a uno de sus pectorales. Gabriel gimió cuando pasó la punta de su lengua sobre el *piercing* que atravesaba uno de los pezones.

—Así, Jessica... así, me gusta mucho.

Ella realizó la misma operación en el otro pecho. Lo lamió, lo succionó y lo mordisqueó en ocasiones mientras Gabriel se clavaba en ella cada vez con mayor profundidad.

—¡Vamos… Jessica…! —jadeaba casi sin respiración, clavando cada vez más los dedos en las carnes de sus glúteos.

—¡Gabriel... ohhh! —gimió mientras se sujetaba de los hombros para no caerse.

Jessica movía las caderas acompañando cada una de las embestidas, cada vez más devastadoras.

Gabriel ya no podía aguantar más, estaba tan cerca que, aunque sabía que a ella aún le faltaba, se dejó ir gritando su nombre y luego, sin descanso, siguió con las tremendas embestidas.

Pronto, un nuevo gemido le indicó a Gabriel que ella estaba al borde del orgasmo. Acercó el pulgar para acariciar su clítoris y así ayudarla a llegar cuanto antes.

Momentos después, entre frenéticas convulsiones, alcanzó el éxtasis.

Gabriel necesitó unos segundos más para recomponer su aliento. Las piernas le flaqueaban tras el coito. Saciado y realmente complacido, salió de ella.

Se quitó el preservativo, lo anudó y lo tiró a la pequeña papelera que quedaba justo debajo del escritorio.

Luego regresó a su lado y la miró fijamente.

Jessica estaba preciosa, radiante y con un brillo especial en sus ojos. Tenía el rostro tan relajado que incluso parecía el de una niña. Varios mechones sueltos del recogido caían enmarcando su mejilla y Gabriel los cogió para colocárselos tras la oreja.

De nuevo volvió a sonreír como un tonto, sin darse cuenta.

¿Qué era lo que aquella mujer estaba haciendo con él? Se sentía por completo embelesado... hechizado por sus encantos.

—¡¿Qué…?! —le preguntó Jessica resucitándole de su profundo letargo—. Gabriel, no me gusta nada tu mirada…

Jessica lo miró confusa a la vez que asustada.

—¿A qué te refieres?

Jessica se cubrió las piernas desnudas con la falda. Bajó de la mesa y empezó a pasearse nerviosa por la habitación. Estaba intranquila y a la vez decepcionada. Podría estar equivocada pero… creyó ver, en los ojos de Gabriel, un sentimiento más allá de una mera atracción física.

¡No! Ésa no era una opción válida. Ni viable. Ni siquiera remotamente aceptable. Nadie podía enamorarse de ella… ¡Jamás!

Se sujetó la cabeza con las manos y la zarandeó con ímpetu para que aquellos absurdos e inconcebibles pensamientos salieran despedidos de su mente.

—Jessica… —La agarró del brazo para que se detuviera y lo escuchara—. ¿Qué te pasa…? —le preguntó aún sin comprender aquel drástico cambio de actitud: habían compartido sexo y, al instante siguiente, obtenía un desolador rechazo.

Ella inspiró hondamente. Después se giró y lo miró a los ojos.

—Entre tú y yo, sólo puede haber sexo... —Su voz y sus gestos eran totalmente inexpresivos —. Yo no tengo relaciones, sólo tengo amantes.

Gabriel arrugó el cejo.

—Si quieres seguir follando conmigo, debe quedarte esto muy claro desde un principio...

La confesión de Jessica lo descolocó momentáneamente.

Él tenía muy claro que lo que sentía por ella no era más que una mera atracción física. Saltaba a la vista que encajaban a la perfección en la cama.

Aun más, ni siquiera se había llegado a replantear a corto plazo nada más.

Era evidente que ambos bailaban al son de la música. Ambos buscaban lo mismo: darse placer y pasárselo bien juntos. Nada más... Al menos, de momento.

Gabriel se acercó a ella y asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. Nuestro sexo es fantástico. ¿Por qué estropearlo con una relación de pareja? —Su tono era firme y serio. Trataba de convencerla, levantando cualquier resquicio de duda.

—¿Estás seguro? —preguntó ella con insistencia.

—Completamente—afirmó con rotundidad.

La frialdad de nuevo se cernió sobre el rostro de Jessica.

Aquella dulce niña que había sacado la cabeza para curiosear el mundo había vuelto a rezagarse para esconderse temblorosa bajo la cama del desván, resurgiendo, como el ave Fénix, la mujer de mirada gélida y mente calculadora.

Y, sin embargo, quería creerlo, Gabriel le gustaba demasiado, tanto como para estar dispuesta a seguir dándole el beneficio de la duda.

Eso sí, al más mínimo error… lo expulsaría de su vida.

17

A la mañana siguiente, cuando los primeros rayos de sol invadieron lentamente la habitación 225 del Hotel Bellagio en Las Vegas, Gabriel empezó a removerse en aquella cama tan espaciosa. Abrió costosamente un ojo y luego el otro. La cabeza le dolía como si le estuviesen taladrando el cerebro. El alcohol y la falta de sueño habían hecho mella aquella noche.

Las imágenes invadían su mente como pequeñas instantáneas. Recordaba el perfume de Jessica, su silueta perfecta, su piel canela, sus pechos tersos, la calidez de su boca… pero sobre todo recordaba el azul zafiro de sus ojos.

Y no cabía mencionar que, obviamente, también recordaba al dedillo las diferentes formas de follar con ella: en la cama, contra la pared, sobre el suelo, entre las burbujas de la bañera de hidromasaje… Y mientras lo recordaba, su entrepierna se tensó, dándole los buenos días.

Se incorporó rascándose la nuca.

Meneó la cabeza, no sin antes observar el lado de la cama que debería estar ocupado por Jessica, pero que, no obstante, estaba casi desértico: en su lugar había un pequeño trozo de papel manuscrito.

Frunció el ceño al ver aquella nota impersonal, directa y concisa. Jessica utilizaba el mismo protocolo que utilizaría si de un extraño se tratase en lugar de dirigirse a la persona con la que había intimado hacía apenas unas horas.

Comenzó a leerla:

«Robert y yo hemos tenido que volar a Manhattan a primera hora de la mañana.
Puedes seguir disfrutando del día en el hotel.
Tienes partido de tenis con el señor Peter Kramer a las 11.00 A.M.
Tu vuelo sale a las 17.00 P.M.
Jessica Orson.»

Ante cualquier resquicio de duda que pudiera existir, con aquella nota dejaba clara constancia de cuáles eran sus intenciones. Podían acostarse, podían intimar, pero, una vez fuera de la habitación, el trato entre ambos volvería a ser frío y distante.

De momento había pensado no darle mayor importancia, puesto que la quería en su cama y por lo visto ella estaba conforme con eso.

Así que se duchó, se afeitó y bajó a desayunar a uno de los siete restaurantes del hotel. Tomó unos huevos con bacón y su café bien cargado, acompañado de su revista favorita de motos. No tenía ganas de leer la prensa local.

A media mañana, jugó el partido con Peter Kramer y de nuevo le ganó, esta vez bajo la atenta mirada de Caroline desde las gradas.

—Buen partido, como siempre, Gabriel —le felicitó limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Lo mío me ha costado, estás en plena forma, Peter —elogió su juego.

—A ver si en las canchas de Manhattan puedo por fin robarte un partido…

—Claro, eso está hecho. —Le sonrió mientras palmeaba su hombro.

Peter miró su reloj. Se le había hecho tardísimo. El partido había durado más de lo previsto.

—Bueno… Gabriel, nos veremos en Nueva York. —Le ofreció la mano—. Me esperan para

almorzar, negocios… ya sabes.

—Claro, no te preocupes. —Le estrechó la mano como despedida.

Gabriel recogió sus cosas y entró en los vestuarios para ducharse. Dejó la raqueta y la bolsa con las pelotas en el interior de una de las taquillas comunes.

Comenzó a desvestirse; estaba solo.

Abrió la bolsa de deporte y sacó del interior una amplia toalla, el neceser y unas chanclas negras.

Su cuerpo brillaba por el sudor que resbalaba por su piel. Tenía varios mechones de pelo enganchados a su nuca.

Anduvo hacia las duchas. Podía escoger cualquiera, la que más rabia le diese. Colgó la toalla en una de las perchas, sacó el gel y el champú del neceser y luego abrió el grifo del agua. Para comprobar la temperatura, colocó una mano bajo el chorro.

Se metió bajo la alcachofa y cerró los ojos, había llevado el partido hasta el límite, estaba agotado a la vez que satisfecho.

Puso gel en sus manos, friccionó los dedos y comenzó a enjabonarse el cuerpo. Realizó la misma operación con el champú. Luego alzó la barbilla para que el agua mojara su rostro.

De repente, oyó unos pasos tras de sí. Por lo visto ya no estaba solo.

Abrió los ojos, se retiró los restos de jabón y se giró.

—Menudo partido le has metido a mi padre.

Caroline sonrió traviesa.

Estaba a un par de metros nada más.

Gabriel abrió mucho los ojos.

La joven estaba como Dios la trajo al mundo, desnuda ante él.

Aunque lo intentó, fue incapaz de evitar vagar por las formas de su cuerpo. Era bella, de piel blanca y pura. Sus pequeños y redondos pechos mostraban una bonita areola sonrosada y los pezones se alzaban duros como guijarros. Tenía la cintura y las caderas estrechas, un ombligo diminuto adornado por un *piercing* en forma de flor con una piedra en el centro de color turquesa y, más abajo, un perfecto vello púbico bien depilado.

—¿Qué estás haciendo, Caroline? —le espetó Gabriel.

Ella ni siquiera le respondió, se limitó a sonreírle con un cierto aire perverso. Tenía las mejillas ligeramente ruborizadas y no tardó en caminar hacia él, reduciendo la distancia entre ambos.

Sin vacilar, se colocó bajo la ducha, acercándose peligrosamente al cuerpo de Gabriel.

—No deberías estar aquí…

—No vendrá nadie, lo sé. —Le sonrió con descaro.

—Da igual… No está bien lo que estás haciendo… —la regañó.

Caroline dio un paso más.

—Soy una niña caprichosa, no lo puedo evitar. Estoy acostumbrada a que me lo den todo y a conseguir todo lo que se me antoje. —Le sonrió con malicia.

—Creo que deberías vestirte y salir de las duchas... ahora...

Ella frunció el ceño, frustrada por sus palabras, pero no desistió.

—¿Acaso me estás rechazando?

—No. Mírate, eres una chica preciosa además de ser muy divertida. —Buscó las palabras adecuadas para herir lo menos posible su ego—. Pero en estos momentos estoy conociendo a una persona.

—A mí eso no me importa —le insistió.

—Pero a mí sí, Caroline.

Ella tragó saliva, indignada.

Jamás había sentido el rechazo de ningún hombre. Fuera por su dinero o por su belleza, los hombres solían hacer cola en su vida y, por supuesto, Gabriel no iba a ser una excepción.

Con una mirada pícara, dio un nuevo paso más y su vientre acarició suavemente su pene.

Esperó un poco y, al notar que el miembro de Gabriel aumentaba de tamaño, se alzó de puntillas y, sin permiso, lo besó con avidez.

Gabriel, que era un hombre ardiente y que por supuesto no era de piedra, al principio hizo ademán de retroceder, pero en seguida aceptó sus labios.

Éstos eran cálidos y dulces con un ligero sabor afrutado.

Caroline se abrazó a su cuello y metió su lengua dentro de la boca de Gabriel, quien respondió aprisionando el cuerpo de ella contra la pared.

Ella gimoteó y le mordió el labio con fuerza.

Tener a Gabriel a su merced era cuanto deseaba desde el incidente en la piscina, cuando le derramó la Coca-Cola por su cuerpo y mostró su torso al quitarse la camiseta ante sus ojos. Desde entonces, se las había ingeniado para verlo y para coincidir con él, manipulando el orden de las mesas con el fin de sentarse a su lado.

Gabriel la sujetó de las muñecas con una sola mano. Sometiéndola, alzó sus brazos por encima de su cabeza, obligándola a permanecer quieta mientras besaba su cuello.

Caroline soltó un grito de placer cuando le agarró el pecho con la mano libre y atrapó uno de sus pequeños pezones con los dientes, hiriéndola levemente.

Gabriel entonces se detuvo en seco.

—Sigue... me gusta... mucho... —Sonrió morbosamente—. Sigue... joder… Quiero mostrarte el tercer *piercing*.

Él abrió los ojos sorprendido, tras recordar los lugares donde tenía los otros dos: uno en la lengua, otro en el ombligo y el tercero... tenía premio, según le explicó en la cena.

Caroline cogió una de sus manos y la llevó hacia su sexo. Gabriel palpó el acero que atravesaba su clítoris.

Pero entonces, y sólo entonces, la conciencia le tomó el relevo. Gabriel sintió que lo que estaba ocurriendo no era correcto, quizá porque era la hija de uno de los mejores clientes de su empresa o porque se debía a Jessica, pese a que todavía no habían concretado qué límites debía tener su relación. Y en el hipotético caso de que decidieran acostarse con otras personas, ahora mismo no podía hacerlo con Caroline. Su moral y su integridad se lo impedían.

Gabriel se apartó con cuidado y la miró a los ojos.

—Me gustas mucho, pero no puedo seguir... no sería honesto conmigo mismo, ni contigo... —se disculpó saliendo de la ducha para buscar una toalla y tapar el cuerpo de Caroline—. Lo lamento, de verdad...

Los ojos de Caroline centelleaban, estaba muy furiosa. Se quitó la toalla que él le había colocado de un manotazo.

—¡Y más que lo vas a lamentar! —gritó amenazándolo con una mirada glacial.

Al mirarla a los ojos, Gabriel vio reflejado en ellos la indignación.

Caroline tensó con rabia todo su menudo cuerpo y después se marchó despavorida de aquel lugar.

¿A qué se referiría exactamente con que lo iba a lamentar?

Pasó por la lavandería para dejar su ropa de deporte y, como eran pasadas la una del mediodía, entró en uno de los siete restaurantes. Sonrió al ver que había uno de estilo mediterráneo, más

concretamente de comida catalana. No pudo resistirse. Se sentó en una de las mesas de dos comensales y disfrutó como un crío de la comida, eso sí, con cierta añoranza de su país. Probó la escalivada de primero, mar y montaña como plato principal y, de postre, la crema catalana.

Con el estómago lleno, se dirigió a la piscina; aún disponía de poco más de una hora antes de coger el avión a Manhattan. Se sentó en la barra y pidió un café con hielo.

—Aquí tiene, señor.

El camarero, muy amablemente, se lo sirvió con una sonrisa.

—Gracias.

—¿Está de vacaciones, señor?

Gabriel enarcó una ceja.

«Menuda diferencia entre este camarero y el francés del otro día.»

Por lo visto, éste sí que tenía ganas de entablar una conversación.

—No. He venido desde Nueva York a la cena benéfica.

—¿La cena de anoche?

—Ajá.

Gabriel asintió.

—Vaya, no sé si se habrá enterado, pero es la comidilla de todo el hotel...

El camarero se le aproximó para seguir hablando en un tono más bajito.

—Por lo visto, alguien pagó... ¡cincuenta mil dólares por un baile! —exclamó—. Esa chica... una de dos: o está loca de atar... o está muy enamorada...

Gabriel torció el labio en una sonrisa; la imagen de Jessica voló a su mente en un santiamén.

—¿Tú qué crees, muchacho? —le preguntó abriendo mucho los ojos.

—¿La verdad? Creo que está como una puta cabra...

* * *

Con un retraso de veinte minutos, el avión despegó para dejar Nevada a sus pies. Gabriel se acomodó en su butaca de primera clase estirando las piernas. Se colocó los cascos y decidió relajarse escuchando música.

Si se ponía a hacer balance de las últimas horas, lo más probable era que acabara con un fuerte dolor de cabeza: la cena benéfica, conocer a Caroline, la subasta con sus cincuenta mil dólares, la increíble noche de sexo con Jessica, el despertar con resaca en solitario, el partido con Peter Kramer y el incidente en las duchas con Caroline. ¡Uf! Difícilmente olvidaría Las Vegas.

La azafata lo despertó de su placentero y reparador sueño. No se había dado cuenta, pero a la cuarta canción Morfeo lo había arrastrado al mundo de los sueños.

—Disculpe, señor... —susurró—. Señor...

Gabriel abrió los ojos y se encontró con unos bonitos y expresivos ojos color miel.

—El cinturón... vamos a tomar tierra en diez minutos.

Ella gesticulaba con las manos como si se estuviese abrochando un cinturón imaginario.

—Claro... perdona.

Le mostró una sonrisa amable y desapareció a través de la cortina. Gabriel bajó las piernas, apretó el botón para que la butaca regresara a su posición inicial y miró a través de la ventanilla… Los rascacielos empezaban a dibujarse bajo el cielo anaranjado de Manhattan.

18

Gabriel llegó a su apartamento bien pasadas las nueve de la noche.

Deshizo la maleta y colocó la ropa sucia en el cesto, junto a la lavadora. Se descalzó y se quitó la camiseta. Utilizó sus escasas dotes culinarias para prepararse una cena ligera.

No había podido ni probar bocado cuando alguien golpeó la puerta de la calle. Se levantó de la silla y se encaminó hacia allí.

Miró su reloj: «Las diez y cuarto.»

Frunció el ceño extrañado preguntándose quién podría llamar a su puerta un lunes y a aquellas horas. Charly, su vecino de enfrente, probablemente era el que tenía más papeletas. Desde que se había mudado a vivir a aquel apartamento, había intentado mantener cualquier tipo de contacto para conocerlo, cualquier sitio era válido: el ascensor, el rellano, las escaleras, la panadería. Y, cuando coincidían, siempre le hacía preguntas sobre su vida en España y por qué había venido a trabajar desde tan lejos.

Era un tipo peculiar. Vivía sólo con su nieto de diez años y con sus cuatro gatos siameses. El padre del niño era un convicto que cumplía condena por tráfico de drogas. Abrió la puerta sin curiosear primero por la mirilla; daba por hecho que se trataba de Charly. Se equivocó. Una inesperada pero grata sorpresa le sonreía con una botella de champán entre las manos.

—¿Puedo pasar? —le preguntó Jessica mientras disfrutaba de las vistas de su torso desnudo.

—Claro. —Le sonrió.

Gabriel le cogió la botella de las manos y la invitó a entrar. Su vecino Charly estaba apoyado en la puerta entreabierta, intentando averiguar quién era aquella chica morena y a qué venía a aquellas horas a la casa de su joven vecino español.

—Buenas noches, Charly... —Se despidió con la mano y cerró la puerta despacio.

Gabriel se rio.

Mañana tendría tema de conversación, seguro que lo avasallaría a preguntas sobre quién era ella. Por suerte, las paredes no lindaban con su apartamento, porque podía imaginarlo pegando un vaso de cristal a la pared para poder escuchar mientras follaban como animales.

Jessica comenzó a pasearse por el salón con las manos cogidas a la espalda y escaneando con su mirada crítica cada rincón de aquel minúsculo apartamento. Acostumbrada a lujos, a su mansión y a su ático de más de quinientos metros cuadrados en Park Avenue, en seguida lo recorrió.

—Ponte cómoda. —Le cogió el bolso que colgaba de su hombro y lo llevó a la percha—. ¿Has cenado?

—Nunca ceno.

Gabriel enarcó una ceja.

—Según mi nutricionista no debo comer pasadas las ocho de la noche —se intentó justificar.

«¿Qué era, un puto *gremlin*?», pensó mientras se mordía el labio para no reírse.

La miraba y seguía sin comprenderlo, porque para él la comida, al igual que el sexo, era un verdadero placer, ambos eran insustituibles y necesarios para su subsistencia.

—Entonces tendrás que mirar mientras como... —Se rio con ganas—. Lo siento, pero me muero de hambre y, cuando tengo hambre, me sale la vena chistosa —se mofó.

Risueño, se alejó y se sentó en uno de los taburetes de la barra de la cocina. Al ver que ella se quedaba en el sitio, palmeó el otro taburete mostrándoselo para que se sentara en él y le hiciera

compañía mientras se comía la ensalada de pasta fresca.

Jessica se acercó y pasó la mano por encima del taburete, como si lo estuviese limpiando.

Gabriel se rio.

«Tan delicada y pulcra para unas cosas, pero para otras tan desinhibida y desatada.»

—¿En serio no quieres comer nada? —insistió mientras se llevaba el tenedor a la boca.

Jessica arrugó la nariz negando con la cabeza.

—¿Qué tal el partido con Peter Kramer? —Cambió de tema drásticamente.

—Gané, ¿acaso lo dudabas? Ya sabes que no me gusta perder ni a las canicas. —La miró con picardía.

—A mí tampoco.

—Lo sé.

Se sostuvieron la mirada unos segundos, notando cómo rápidamente la atmósfera comenzaba a cargarse de electricidad. Gabriel, que aún no había acabado de cenar, apartó el plato. De golpe había dejado de tener hambre…

—Creo que me apetece el postre ahora... —carraspeó con voz ronca.

—A eso he venido. —Lo provocó con una sensual sonrisa.

Gabriel la miró pensativo.

—Pero ¿te quedarás a dormir o vas a buscar algún pretexto para huir como esta mañana en el hotel?

Jessica guardó unos segundos de silencio. La conversación empezaba a desviarse por unos derroteros que no le interesaban en absoluto, produciéndole una enorme incomodidad.

—Nunca duermo con mis amantes —aclaró tajantemente.

Gabriel soltó una risita.

«La chica dura vuelve a la carga, habrá que hacer que se relaje...», pensó.

Ante la atenta mirada de Jessica, comenzó a desabrocharle poco a poco los botones de la bonita camisa de seda de color burdeos.

—Y... ¿tienes más amantes aparte de mí?

Gabriel le abrió la camisa y dejó al descubierto sus pechos, alzados por un sugerente sujetador negro que combinaba las transparencias con un delicado encaje.

—Sí —le contestó sin titubear.

Metió un pulgar entre la tela del sujetador y empezó a acariciarle un pezón, que se endureció reclamando más atención.

—¿Quiénes? —preguntó elevando sus pechos por encima del sujetador y lamiendo y mordisqueando uno de los pezones.

—Robert... —gimió soltando el aire de golpe.

Al oír salir el nombre de su exmarido, tiró con fuerza del pezón. Ella arqueó la espalda y abrió más la boca, tratando de recuperar el aliento.

Separó sus piernas y metió la mano bajo la falda; rozando el tanga, deslizó un par de dedos por el interior de la tela hasta llegar a su sexo. Después los introdujo lentamente, sin apresurarse, sintiendo cómo ella le recibía envolviéndole con su caliente humedad.

—¿Quién más? —insistió.

—Tom... —Volvió a gemir cuando Gabriel la penetró, esta vez con fervor.

La besó con fuerza, posesivamente. Quería que se callara de una vez. No quería seguir escuchando de su boca esa lista interminable de amantes. No tenía sentido. ¿En qué puesto quedaba él? ¿Era asidua a sus amantes o, por el contrario, eran encuentros esporádicos? Y lo peor de todo, lo que más le fastidiaba era ¿por qué le molestaba tanto...?

Miles de incógnitas bombardeaban su cabeza, pero continuó masturbándola con brusquedad, hasta que le dolieron los dedos y Jessica se corrió y tuvo varios orgasmos.

Después la llevó a la cama y follaron durante horas como verdaderos posesos.

Hacia las tres de la madrugada y tras compartir un cigarrillo, Jessica se levantó desnuda de la cama. Gabriel, en cambio, se sentó y apoyó su espalda en la cabecera. Estaba dando una última calada cuando la vio recoger su ropa, que yacía esparcida por el suelo.

—¿Te vas?

—Sí.

Sin mirarlo, buscó el sujetador y, cuando dio con él, comenzó a abrochárselo. Gabriel no le quitaba ojo. Era preciosa, espectacular, sensual...

Al agacharse para recoger la falda, los ojos de Gabriel desde la distancia observaron una fea mancha morada en el bajo de la espalda.

Se levantó, quería verlo más de cerca.

—¿Cómo te has hecho el moretón? —Arrugó el entrecejo.

El cuerpo de Jessica se tensó incomodado por su pregunta. Sin contestarle, entró rauda al cuarto de baño y se miró en el espejo. Sus ojos se empañaron ligeramente al comprobar el estado en el que se encontraba; había empeorado desde la mañana. Inspiró hondo; por suerte Gabriel, desde la cama, no podía verla.

Cogió papel higiénico y se secó las lágrimas. Cerró los ojos unos instantes y regresó a la habitación.

—Ah... ¿esto? —Lo señaló y disimuló para no darle importancia—. Tropecé el otro día con el canto de una mesa...

Gabriel no se quedó muy convencido.

¿El otro día? No recordaba habérselo visto la noche anterior en la habitación del hotel. Se hubiese dado cuenta. Conocía a la perfección el cuerpo de Jessica, cada milímetro de su piel. Y juraría que ese golpe no lo tenía.

—No te preocupes, no me duele... —Le sonrió para tranquilizarlo—. Con las prisas a veces tengo dos pies izquierdos.

Gabriel no quiso persistir. Confiaba en ella. Si ella decía que era un desafortunado incidente, él no tenía por qué dudar de su palabra.

—Te acompaño a tu casa.

—No te molestes, pediré un taxi.

—Insisto.

Ella negó con la cabeza y se acercó para darle un último beso de buenas noches.

—Soy mayorcita y sé cuidarme sola.

—No lo dudo.

Jessica inspiró hondo.

—Te veo mañana a las nueve en la oficina... y arréglate el pelo. —Sonrió mientras se lo revolvía con la mano, como si estuviese tratando con un niño pequeño.

Gabriel, no satisfecho, cogió su mano y tiró hacia él para devorarle con ansia la boca, hasta dejarla sin aliento. Tambaleándose, Jessica tuvo que apoyar la otra mano en la pared para no caerse.

Él se rio divertido y ella le devolvió una sonrisa antes de marcharse sola de su apartamento.

A la mañana siguiente, de camino al despacho, Gabriel recibió un mensaje de Daniela. Se alegró al recibir noticias suyas. En el mensaje le explicaba que el seguro había aceptado hacerse cargo de los desperfectos, que la policía había atrapado a unos ladrones que habían empleado el

mismo modus operandi en otros apartamentos de la zona, que debía acudir a la comisaría a identificar los objetos personales y que, más adelante y siguiendo el curso de la denuncia, debería testificar y acudir a una rueda de reconocimiento de los supuestos agresores.

Gabriel contestó antes de entrar en el edificio: «Cuenta conmigo para acompañarte a la comisaria.»

Daniela sonrió al leer su respuesta.

Estaba en medio de una clase de historia sobre los cuadros inspirados en el poeta italiano Dante Alighieri y en la Divina comedia.

El profesor Mathew Holliday alzó la vista y tosió con fuerza. No le gustaba que le interrumpieran en sus clases. Daniela se sonrojó y ocultó el móvil rápidamente en la mochila.

—Ten cuidado con el profesor Holliday —le susurró Andrés al oído—. Según las malas lenguas, no soporta que nadie interrumpa sus clases y, como te coja manía, después no hay manera de aprobar el curso...

Ambos guardaron riguroso silencio hasta el final de la clase. Al acabar, recogieron sus mochilas y salieron del aula. Acordaron desayunar en la cafetería del campus. Al entrar, Daniela miró a su alrededor. La estancia era pequeña y muy funcional. Imitaciones de cuadros de pintores famosos como Van Gogh, Renoir, Klimt y Picasso, entre otros, empapelaban las blancas paredes.

Poco después, la camarera se les acercó con una libretita en las manos.

—Hola... ¿qué os pongo, chicos? —Los miró a través de sus gafas de gruesa montura de pasta.

—Un café con leche.

—Un café —dijo Andrés.

—Un té verde con menta —añadió Daniela.

—¿Algo más? —preguntó mientras acababa de tomar nota.

«No», dijeron los tres al unísono.

—Mientras preparan mi té, voy un momento fuera, tengo que hacer una llamada telefónica —dijo Daniela mientras buscaba su móvil en el interior de la mochila.

—Vale. No nos moveremos de aquí... —Claudia se rio mirando a Andrés.

Daniela sonrió y, antes de cruzar la puerta, ya le contestaban al otro lado.

—Hola, Gabriel.

—Hola, Daniela. Me acabas de pillar de camino a una reunión que tengo con mi jefa —le contó mientras caminaba hacia su despacho.

—¡Oh! Perdona, te llamo luego... —se excusó tímidamente.

—No te preocupes. El pasillo es largo —se burló—. ¿Qué te pasa?

—Es hoy cuando tengo que ir a la comisaría...

Se creó un breve silencio.

—Pero, si no puedes o estás ocupado, lo entenderé, no querría ser una molestia...

—No seas tonta, ¿cómo vas a ser una molestia? —Volvió a sonreír—. Además, he prometido acompañarte... Dime a qué hora puedo pasar a recogerte.

Daniela meditó unos instantes y luego prosiguió:

—A las seis. Joey me ha dicho que estará allí a esa hora.

—Vale —dijo agarrando el pomo de la puerta dispuesto a entrar—. A las seis, entonces.

—Gracias.

—No hace falta que me lo agradezcas, no tiene importancia...

—De todas formas... gracias.

Gabriel sonrió y Daniela se despidió.

Antes de entrar en el despacho de Jessica, se pasó la mano para peinarse y disimular así algún posible mechón rebelde. Tocó con los nudillos la puerta y, sin esperar respuesta, entró. Abrió los ojos sorprendido al encontrarse a Robert Andrews sentado en la silla y no a Jessica.

—Cierra la puerta al entrar.

—¿Dónde está Jessica? —La buscó con la mirada.

—Las preguntas las hago yo, si no te importa; siéntate.

Gabriel enarcó una ceja. Su tono austero y maleducado le alertó de que algo no iba bien. Le hizo caso y se sentó. Sin darle tiempo a acomodarse en el asiento, Robert lanzó una carpeta sobre la mesa, que cayó en el lado de Gabriel.

—Léelo y fírmalo.

Acercó sus manos a aquella carpeta. La abrió. En su interior había varias copias de unos documentos. Comenzó a leer: «Renuncia del acuerdo contractual del señor Gabriel Gómez con la empresa Andrews&Smith Arquitects...»

Cesó de leer al instante y alzó la vista. No daba crédito. No entendía cuáles eran los motivos por los que le estaban despidiendo.

—¿Qué significa esto?

—Significa que Jessica te está salvando el pescuezo. —Apretó la mandíbula con firmeza—. De no ser por ella, estarías con la mierda hasta el cuello. Tienes a Peter Kramer muy cabreado y a sus abogados queriendo patearte el culo. Intentar abusar de la hija de uno de los hombres más poderosos de Manhattan ha sido una soberbia estupidez.

Gabriel abrió los ojos desconcertado.

¿Abusar?

Se quedó sin aire. Y después el corazón comenzó a bombearle con fuerza en el interior del pecho. ¿A eso se refería Caroline cuando le advirtió de que lo iba a lamentar? ¿Inventarse una burda mentira para lapidar su carrera profesional y de paso también su vida y su honor?

—Jessica ha llegado a un acuerdo con el señor Peter Kramer. Si te despedimos, no interpondrá una demanda judicial.

Robert le ofreció su pluma para que firmara, pero Gabriel no la aceptó; miró de nuevo los documentos y, sin titubear, comenzó a romperlos con rabia delante de sus narices.

—No pienso firmar. Significaría que admito haber intentado abusar de Caroline... y eso es una injuria.

Gabriel se levantó de la silla indignado.

—No seas memo. Ya encontrarás otro trabajo. —Se levantó también y colocó las palmas sobre la mesa—. No tienes ni la menor idea de la influencia que tiene el señor Peter Kramer. Si no firmas... estás sentenciado... No dudes de que te llevará ante el juez... Y te aseguro que conseguirá que te caigan varios años... ¡Por Dios bendito, Gabriel! ¡Estamos hablando de una menor...!

19

Salió raudo de aquel despacho, como alma que llevaba el diablo. Arrancó de su bolsillo la BlackBerry y empezó a teclear el número de Jessica. Un tono, dos tonos... cinco tonos.

«¡Joder! ¡Coge el puto teléfono!»

Pasó por recepción como un ciclón. Alexia se levantó de su silla abriendo mucho los ojos. Jamás había visto a Gabriel con esa expresión en sus ojos verdes. Estaban encharcados de ira.

Bajó a la calle y allí retomó como pudo el aliento. ¿Cómo era posible que en sólo unos segundos alguien pudiera destrozar la vida de otra persona?

Intentó sacar un cigarrillo de la cajetilla, pero tenía las manos tan temblorosas que no atinó y se le cayó al suelo. Se agachó a recogerla y, cuando lo tenía entre sus manos, lo aplastó como si se tratase de un repugnante escarabajo. Estaba fuera de sí. Encolerizado.

Cerró los puños con fuerza, tensando los tendones, y comenzó a caminar sin destino por las calles. Sin detenerse. Sólo el zumbido de su BlackBerry lo trasladó de nuevo a la amarga realidad.

Era Jessica.

Gabriel contestó. Estaba tan exaltado que ni siquiera le permitió hablar.

—Jessica... ¡¿En qué coño estabas pensando, cómo pretendes que acepte semejante encerrona?! —le gritó exasperado.

Vio que varias de las personas que caminaban a su lado le sortearon a la vez que lo miraban casi con cara de terror, así que corrió a refugiarse entre las paredes de un callejón umbrío.

Cuando estuvo a solas pudo retomar la conversación. Inspiró profundamente para intentar relajarse antes de continuar.

—Perdona, Jess... —Se pasó las manos por los cabellos estirando algunos de sus mechones—. No era mi intención gritarte... Sé que tu intención era protegerme...

—Eso nunca lo cuestiones. —Su tono de voz era conciliador y relajado.

Gabriel apoyó la espalda en un muro repleto de grafitis.

—¿Has firmado la renuncia?

—Joder, Jess... —dijo crispado—. Ni siquiera me has preguntado si es cierto que haya intentado abusar de Caroline o no...

—No me hace falta —aseguró con voz firme—. Sé que esa niñata miente...

Gabriel la escuchaba en silencio.

—Hazme caso, por favor... —le susurró—. Firma la renuncia o me veré obligada a despedirte y no quisiera hacerlo. Por el trabajo no te preocupes, tengo varios contactos importantes y en menos de tres días estarás de nuevo contratado. Confía en mí —enfatizó aquellas últimas tres palabras.

Una enorme losa dejó de oprimir el pecho de Gabriel para caer contra el suelo. Necesitaba oír aquellas palabras salir de su boca: «Confianza.» Que confiara en él era lo único que le importaba en ese momento.

—Ahora... vete a casa, date un baño o lo que hagas para relajarte... pero, sobre todo, debes prometerme que lo vas a pensar cuando tengas la mente bien fría.

Sus sabios consejos apaciguaron poco a poco su ira. Pocas eran las opciones: renunciar a su trabajo y a su dignidad o arriesgarse y demostrar ante un juez su inocencia.

Vagó por la acera en dirección a su apartamento. Comprobó la hora en su reloj; teniendo en

cuenta la diferencia horaria, en Barcelona serían cerca de las seis de la tarde. Al llegar, salió al balcón y se sentó en una de las dos sillas de madera de teca. Se encendió el último cigarrillo negro que le quedaba. En esos momentos de soledad absoluta era cuando más precisaba sentirse arropado por su familia. Necesitaba, como el aire para respirar, escuchar una voz familiar. Marcó el número de teléfono de su padre. A esas horas debía de estar saliendo de su despacho camino a casa. Era lunes, y los lunes no impartía clases de inglés en la academia, en el barrio de Sants.

Cuál fue su sorpresa cuando no fue su padre quien respondió la llamada, sino una voz femenina.

Gabriel frunció el ceño perplejo.

Era la voz de Marta, la prometida de su hermano Iván.

—¿Hola? —preguntó—. ¿Gabriel... eres tú?

La imagen de Marta asaltó su mente.

Cerró los ojos, la imagen era nítida como si estuviese delante de él. Era capaz de sentir su perfume, el canto de su risa, el roce de sus dedos entre sus cabellos, sus labios sensuales... y sus preciosos ojos almendrados.

Se había quedado helado. No esperaba oír su voz, al menos no tan pronto. Apenas habían transcurrido dos semanas desde su último encuentro, en el que ella le confesó que esperaba un hijo de su hermano Iván y en ese instante murió cualquier resquicio de esperanza con ella.

—¿Gabriel...? —insistió.

Marta comenzó a inquietarse. El teléfono mostraba en la pantalla el número de Gabriel, pero él no daba señales de vida. Salió corriendo del hospital, por si no había suficiente cobertura. En la calle estaba oscureciendo y llovía a cántaros.

—Marta... —logró pronunciar por fin.

—Gabriel, gracias a Dios... —Inspiró hondo mientras dejaba escapar un quejido y se llevaba la mano al pecho.

Se creó un molesto silencio entre ambos que sólo duró unos segundos.

—¿Cómo estás? —susurró con su característica voz dulce.

—Muy bien... me tratan bien estos pijos de Manhattan... —se burló divertido en un intento de reprimir las emociones.

Ella rio contagiada.

—¿Cómo llevas el embarazo? —le preguntó algo más serio.

Marta sintió una punzada en el corazón.

—Los mareos persisten pero cada vez son menores. Y ya no tengo vómitos matutinos.

—Me alegro. —Sonrió a medias—. Y en Barcelona... ¿cómo andan las cosas?

—Por aquí... —Titubeó cerrando los ojos. No podía mentirle. No a él—. Gabriel...

Su padre había sufrido un infarto cerebral hacía apenas tres horas y estaba ingresado en la UCI con pronóstico reservado. Su madre e Iván habían decidido no informarle de momento hasta poder hablar de nuevo con el neurocirujano. Pero Marta pensó que, para entonces, quizá ya sería demasiado tarde. Ella se encontraba entre la espada y la pared y no sabía qué hacer.

—Y... ¿cómo es que tienes el teléfono de mi padre? —Empezó a atar cabos.

—Gabriel... creo que deberías saberlo.

De nuevo el silencio. Sólo se oía el vago sonido de la lluvia rebotando contra las puertas acristaladas de la entrada del hospital.

El cigarrillo de Gabriel se acaba de consumir entre sus dedos, y las cenizas cayeron al suelo.

—Marta... ¿qué ha pasado?, ¿dónde está mi padre? —La incertidumbre le corroía por dentro.

Ella tragó saliva y cerró los ojos. Las palabras que iba a pronunciar le dolerían en el alma.

Deseaba poder estar allí, en Manhattan, para abrazarlo y decirle que todo iba a salir bien, aunque el pronóstico era demasiado incierto.

Se tomó unos segundos más antes de responder, sintiendo cómo sus ojos empezaban a humedecerse.

—Tu padre está ingresado en el hospital. Esta tarde ha sufrido un infarto cerebral.

El teléfono se le resbaló de las manos y se partió al chocar contra el suelo. Una amarga sensación comenzó a estrangularle el pecho. Nervioso, unió las piezas que yacían esparcidas por el suelo, con tal infortunio que, al recomponer el teléfono, éste no volvió a funcionar.

Corrió al rellano de su apartamento y aporreó la puerta de su vecino Charly. Necesitaba localizar un teléfono rápidamente. La puerta se abrió poco a poco. Scott, su nieto, sacó la cabeza tímidamente.

—Hola, Scott... ¿está tu abuelo?

Él negó con la cabeza sujetando con fuerza el pomo de la puerta.

—Y... ¿podría entrar y hacer una llamada?

Él niño volvió a negar con la cabeza.

—Supongo que tu abuelo no quiere que abras la puerta ni que hables con extraños, ¿verdad?

Él asintió.

—Vale... —Gabriel pensó—. Hacemos un trato... Me dejas entrar y te compro el muñeco de superhéroe que más te guste... —Le sonrió—. Te he visto jugar con Batman... ¿Es tu preferido?

Asintió de nuevo con la cabeza.

—Vale... Te prometo que, cuando venga de España, te traeré el Batmóvil.

El crío abrió mucho los ojos.

Y poco a poco le abrió la puerta.

Gabriel entró. Los cuatro gatos siameses corrieron a su encuentro, enroscándose por sus pantorrillas.

Cuando sus ojos vagaron por el salón, se dio cuenta de las condiciones infrahumanas en las que vivían sus vecinos. Los muebles eran viejos y mal cuidados, y se percibía sin esfuerzo una gran falta de higiene. Había excrementos de gato por todas partes y un hedor pestilente envolvía el ambiente.

Entre tanto desorden, le costó reconocer el teléfono. Estaba entre una montaña de ropa sucia.

Scott lo observaba desde un rincón.

Gabriel se fijó en su vestimenta. Tenía los pantalones mojados a la altura de la bragueta. Se había hecho pis.

—Scott —le dijo en un tono bajito y relajado—. ¿Tienes otros pantalones limpios? ¿En tu cuarto, tal vez?

El niño se encogió de hombros. A Gabriel no le quedó más remedio que buscar su habitación. El apartamento era algo más grande que el suyo.

Caminó por un estrecho y oscuro pasillo hasta dar con tres puertas. Dedujo fácilmente cuál era la de Scott: había un antifaz de su ídolo colgando del pomo. Abrió la puerta. La oscuridad le seguía hasta allí. Apretó el interruptor varias veces pero éste no funcionaba. Había una pequeña ventana sin cortinas. Se acercó hasta ella y estiró de la cinta para levantar las persianas; de paso abrió la ventana para ventilar el cuarto. Miró a su alrededor. La cama estaba deshecha y, a juzgar por las manchas de las sábanas, hacía semanas que éstas no se cambiaban.

Reinaba el desorden en consonancia con el resto de la casa. Había restos de comida en un plato sucio sobre la mesa del escritorio entre unos papeles que parecían deberes pendientes de hacer.

Hizo de tripas corazón y se acercó a un mueble cajonero para buscar unos pantalones decentes. Logró encontrar unos entre más ropa sucia y arrugada.

Cuando regresó al salón, Scott aún continuaba arrinconado.

—Te dejo aquí estos pantalones —dijo tras colocarlos encima de la mesa—. Puedes cambiarte mientras hago la llamada... ¿vale?

—Vale.

Gabriel creyó escuchar su voz en un débil susurro. Cogió los pantalones y desapareció del salón.

Aprovechó esos segundos para llamar a Jessica. Sabía que ella podría ayudarle a conseguir el primer billete disponible para volar a Barcelona.

—Gabriel... —le respondió susurrando—. ¿Qué ocurre? Estoy en la consulta del doctor... ¿Es importante?

—Mi padre ha sufrido un infarto cerebral... es grave. Necesito volar urgentemente a Barcelona.

—Dame un minuto —dijo alzando el dedo índice dirigido al doctor Olivier mientras se levantaba de la silla y salía de la consulta.

Gabriel aguardó en silencio, esperando su respuesta.

—Deja que haga un par de llamadas. Mientras podrías ir preparando las maletas. Te llamo en cuanto consiga el billete.

—Jess... Mi teléfono ha dejado de funcionar. No podrás contactar conmigo...

—Entonces... —pensó—. Te recojo en tu apartamento y te acompaño al aeropuerto.

—Perfecto. —Sonrió—. Gracias, Jess.

—Ya me lo cobraré cuando regreses... —Contuvo un suspiro y continuó en un tono más serio —. Porque... regresarás, ¿no?

El tiempo se congeló.

Sólo se oía la respiración agitada de Gabriel.

—No lo sé... —Tragó saliva costosamente.

La enfermera salió a la sala de espera en busca de Jessica.

—Disculpe que la moleste, señorita Orson.

—En seguida vuelvo. —Jessica se giró y le sonrió amablemente.

Gabriel frunció el ceño, pensativo.

—¿Va todo bien?

—Sí. No te preocupes. Es sólo un chequeo rutinario, nada que no tenga solución. —Intentó sonreír pero los músculos de la mejilla se tensaron, impidiéndoselo—. Mala hierba nunca muere...

—Entonces ni tú ni yo moriremos nunca —se burló.

Cuando se despidieron, Jessica regresó a la consulta.

Los resultados no habían sido los esperados. Tras repetir las pruebas de nuevo, el doctor Olivier Etmunt le explicó que debía realizarse cuanto antes unas punciones en el pecho para descartar el posible tumor maligno.

Reflexionar sobre aquella horrible enfermedad le hizo envejecer diez años de golpe. Pensaba en las cosas que había hecho en su vida, pero sobre todo en las que no había hecho todavía. Tan sólo tenía treinta y cuatro años y hacía más de diez que no sabía de sus padres. Y por primera vez se dio cuenta de que se había dedicado a vivir tras la coraza de una mujer fuerte, independiente y segura de sí misma, cuando en el fondo no era tan diferente a cualquier otro mortal, cargado de miedos e inseguridades..

20

Marta trató de ponerse nuevamente en contacto con Gabriel, pero cada vez que lo intentaba saltaba el contestador. Le dejó un par de mensajes y esperó en la calle varios minutos más. Una sensación de preocupación la invadió. Sabía que para Gabriel su familia era lo primero. Idolatraba a su padre.

La puerta acristalada se deslizó a ambos lados, abriéndose de par en par. Iván se acercó, la abrazó por detrás y colocó su barbilla en el hueco de su cuello, inspirando el olor de sus cabellos.

—Cariño, he salido de cuidados intensivos y ya no estabas. Me tenías muy preocupado. He dejado a mi madre con él.

Marta se desprendió de sus brazos y se giró; quería mirarle a los ojos porque tenía que decirle que había roto su promesa.

—Gabriel ha llamado al teléfono de tu padre, he contestado y hemos estado hablando.

Iván abrió mucho los ojos y la sonrisa se le borró de la cara.

—Se ha sorprendido mucho de que fuese yo y no tu padre quien contestara la llamada.

—¿Y qué le has dicho?

—La verdad.

La expresión de él se endureció en cuestión de segundos.

—Marta, no tenías que habérselo contado... No aún...

Iván se cruzó de brazos.

—Pues yo creo que os equivocáis, y que tiene todo el derecho del mundo a saberlo... —le dijo bastante molesta.

—¡Maldita sea, Marta...! —Alzó la voz—. Tendrías que haber esperado a ver qué nos dice el doctor.

—Iván... ¡Tu padre está muy grave! Y se muere… —exclamó ella con la mirada clavada en sus ojos, como si él no fuese realmente consciente de la gravedad del problema—. Es posible que no sobreviva... Gabriel debe estar al tanto y a su lado, y con tu madre... y contigo...

Al oír sus palabras, a Iván se le hizo un nudo en la garganta. Por desgracia era cierto. El infarto había dañado considerablemente su cerebro y, de sobrevivir, las probabilidades de volver a ser la misma persona eran ínfimas.

Iván tragó saliva costosamente.

—Lo siento, Iván... —Marta le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerza.

—No, perdóname tú a mí... estoy muy nervioso —dijo acariciándole el largo de los cabellos —. Hiciste bien... yo en tu caso hubiese hecho lo mismo.

—Ya lo sé... —Sorbió por la nariz a la vez que se secaba las lágrimas de los ojos.

Iván buscó un pañuelo en su bolsillo para entregárselo.

—Deberías ir a casa para descansar un poco.

—No te preocupes, estoy bien.

—Sé que no has comido nada desde el mediodía —la regañó.

—Tengo el estómago cerrado, no podría comer nada en estos momentos...

—No seas testaruda... El médico te ha recomendado reposo. —Volvió a fruncir el ceño—. Recuerda que has tenido ligeras pérdidas...

Marta se llevó la mano al vientre y el corazón le empezó a correr deprisa.

—Márchate a descansar; si no lo haces por ti, hazlo por el bebé...

La besó en los labios y luego en la frente. Marta tomó conciencia. Tenía razón, no arreglaba nada permaneciendo más tiempo en aquel hospital y, en el hipotético caso de que su padre despertara, daba por hecho que querría ver primero a su hijo y a su esposa antes que a ella.

—De acuerdo. Iré a casa, comeré algo y me estiraré en la cama —claudicó a regañadientes.

—Buena chica. —Sonrió dulcemente por fin complacido.

Marta se despidió con un nuevo beso, abrió el paraguas y se perdió entre la lluvia y la oscuridad de aquella noche del mes de septiembre, conduciendo su 206 por las calles del centro de Barcelona hasta el ático de Iván.

Él, por el contrario, se quedó allí pensativo. La última conversación entre Gabriel y él no había resultado precisamente agradable. Y, conociendo a su hermano, daba por sentado que cogería el primer vuelo para regresar lo antes posible. Sacó de su bolsillo trasero el paquete de tabaco y se llevó un cigarrillo a la boca.

Aquella noche amenazaba con ser muy larga.

* * *

Antes de salir de aquel apartamento, Gabriel miró de nuevo a los temerosos y grises ojos de Scott. De rubios cabellos rizados, era un niño menudo para su edad, algo desgarbado y, hasta donde se podía intuir a través de su ropa dos tallas más grande, algo desnutrido.

Gabriel se le aproximó un par de pasos, pero él en seguida retrocedió, chocando contra la pared.

—Tranquilo... —murmuró enseñándole las palmas de sus manos en forma de rendición—. No voy a acercarme más, te lo prometo... lo que voy a hacer es quedarme justo aquí. —Señaló un punto en el suelo.

Gabriel sintió lástima y se culpó por no haberse dado cuenta antes de que Scott necesitaba ayuda. Alguien en quien poder confiar. Un amigo, tal vez. A su mente regresaron aquellos recuerdos de un niño de su misma edad, muy delgado, moreno y con unos inexpresivos ojos azules que lo observaban escondiéndose detrás de la falda de su madre. Su madre biológica había fallecido tras una larga enfermedad y en sólo unos meses su padre, que no pudo aguantar la presión, lo abandonó. Gabriel en seguida lo aceptó, aunque fuese tres años mayor. Se cumplieron así por fin sus sueños: un hermano era cuanto había deseado. Ésas fueron las mejores Navidades de toda su vida. Aquel niño inseguro y triste se convirtió en su hermano para el resto de su vida.

Sus ojos se desviaron hacia la mesita junto al sofá. Sobre ella había unos platos con restos de comida. Probablemente hacía horas que no había probado bocado.

—¿Has comido hoy? —le preguntó observando detenidamente su reacción.

Scott meditó la pregunta y luego negó con la cabeza. A Gabriel se le encogió el alma. No comprendía cómo dejaban al cuidado de un menor a una persona que a leguas se veía que no era apta para ello. Aunque fuese su abuelo y le amparase la ley. ¿Dónde estaban los asistentes sociales cuándo más se les necesitaba? Daba por hecho que allí nadie había puesto un puñetero pie en mucho tiempo. Y, sin ir más lejos, quedaba pendiente el tema del padre, un convicto que amenazaba con regresar en cuanto lo soltaran de la prisión.

«Menuda mierda de vida tiene este chaval. Nadie debería permitir que un niño sufriera, a ningún nivel.»

—¿Te gustan las hamburguesas? Yo tampoco he comido todavía... Si quieres, puedo preparar dos así de grandes. —Hizo un gesto exagerado separando mucho las manos.

—Sí... —dijo en un leve susurro.

A juzgar por cómo arrugó la comisura de los labios, Gabriel creyó apreciar una sonrisa.

—Vale... Voy a mi apartamento, que es aquel que está allí enfrente —dijo señalando con el dedo la puerta—. Y en menos de diez minutos volveré con dos de las hamburguesas más grandes y más pringosas que hayas visto en toda tu vida...

Y así lo hizo.

Con la mente dividida entre ese crío y su padre debatiéndose entre la vida y la muerte, colocó las hamburguesas sobre la plancha mientras abría dos bollos de pan. Cortó tiras de lechuga y rodajas de tomate. Abrió la nevera en busca de las lonchas de queso y el kétchup. Pronto estuvieron listas, así que regresó con los platos, las latas de Coca-Cola y el bote de kétchup, haciendo malabares para pulsar el timbre con el codo.

La puerta se entreabrió de nuevo lentamente.

Gabriel se topó con aquellos ojos grises que se abrieron como platos al ver aquellas enormes hamburguesas. Pasó al salón y lo dejó todo sobre la mesa. Los cuatro gatos empezaron a maullar a la vez y a saltar como locos nada más oler la comida. Los empezó a capturar uno a uno y los encerró en otra habitación; al menos así no molestarían mientras comían.

Satisfecho, arrastró una de las sillas y se sentó. Miró de reojo a Scott, que permanecía en aquel rincón. En su rincón. Sabía perfectamente que era cuestión de tiempo que se acercara a comer. Así que levantó el trozo de pan que cubría la hamburguesa y comenzó a tirar cantidades astronómicas de kétchup, deslizando el dedo por el sobrante de salsa que resbalaba del bote y chupándose el dedo.

—Mmm... ¡Está de muerte! —dijo disfrutando como un niño y guiñándole un ojo para tratar de romper aquella barrera invisible que se alzaba entre ellos—. Venga... que se enfría. —Hizo un gesto con la cabeza animándolo a venir.

Scott dudó, pero era tanta el hambre que tenía que sus pies comenzaron a caminar solos. Gabriel lo observaba por el rabillo del ojo; parecía que se había relajado un poco sentándose a su lado. El crío alargó la mano para coger el bote de kétchup e intentó abrir la tapa, pero sin éxito.

Gabriel frunció el ceño.

«Pues sí que está débil el muchacho... ni siquiera es capaz de levantar una simple tapa...»

—Si me lo dejas, te ayudo. —Acercó la mano muy lentamente para que no se asustara.

Scott se lo pensó.

Si quería kétchup, tendría que dárselo, así que le puso el bote sobre la palma de su mano y, por primera vez, le miró a los ojos sin titubear. Gabriel esbozó una amplia sonrisa, Scott había dado un paso de gigante.

—Toma, campeón —le dijo mientras le devolvía el bote abierto.

El tiempo que duró aquella comida, ninguno de los dos abrió la boca a no ser que fuese para comer. Scott devoró la hamburguesa sin dejar siquiera las migas, incluso relamió todo el plato.

—Bueno, chaval... me tengo que ir, he de hacer un viaje muy largo y una chica guapísima me está esperando... se llama Jessica. —Alzó la mano con la intención de pasársela por aquellos cabellos alborotados, pero se arrepintió y cerró la mano en un puño—. Ya verás cómo un día también te gustará una chica.

Sus gestos lo delataron: empezó a removerse con intranquilidad y agachó la cabeza ruborizado. Por lo visto a Scott le gustaba una niña.

Cuando Gabriel regresó a su apartamento, empezó a preparar las maletas sin tener muy claro qué llevarse, pues no sabía cuánto tiempo se quedaría en Barcelona; podían ser días o incluso semanas.

Poco después, sonó el timbre.

Acabó de cerrar la cremallera de la maleta y la llevó junto al recibidor, apoyándola en la pared.

Se pasó las manos por el pelo un par de ocasiones y después abrió la puerta.

—Hola, Jess. —Le sonrió invitándola a pasar. Sus ojos, inevitablemente, vagaron por su cuerpo como de costumbre. Jessica era una mujer muy bella. Iba vestida en esta ocasión con un ajustado traje en dos piezas, americana y falda lápiz en tonos berenjena.

Ella dio unos pasos hacia el interior del salón y se detuvo al oír cerrarse la puerta tras de sí. Se giró en silencio y se encontró con su intensa mirada. El aire, como siempre, comenzó a cargarse de electricidad en torno a ellos.

—Gabriel... siento mucho lo de tu padre —dijo acercándose hasta él.

Hizo una pausa cuando vio que la expresión de Gabriel había cambiado. Se le notaba cansado y realmente preocupado.

—Ya verás como todo saldrá bien. —Lo intentó relajar con su voz cálida mientras le colocaba la palma de la mano sobre su torso.

Gabriel la miró a los ojos y se perdió en su mirada mientras ella rodeaba con sus brazos su cuello y lo abrazaba, apretándose contra su pecho, enredando sus dedos entre esos rebeldes cabellos de su nuca que tanto le gustaban.

Gabriel contuvo el aire unos segundos en sus pulmones.

—Creo que... voy a echarte de menos —le susurró lentamente al oído mientras surcaba un camino de besos por todo su cuello.

«Yo también», pensó Jessica, aunque no se atreviera o no quisiera confesárselo. No cabía duda de que Gabriel para ella era especial. En el corto espacio de tiempo que hacía que se conocían, se había convertido, sin duda, en un amante perfecto y no sólo en el plano sexual.

—Tu avión sale en hora y media, deberíamos irnos ya —le informó despegándose poco a poco de su cuerpo.

Gabriel se detuvo de nuevo a mirarla; quería recordar cada trazo de su precioso rostro.

Jessica notó esa extraña sensación que le presionaba el vientre y que no había sentido desde hacía muchos años. ¿Era amor?... No, eso eran palabras mayores. Quizá se empezaba a encaprichar de Gabriel.

Sujetando su cara entre las manos, él acercó su boca a la de ella y la besó profundamente con amargo sabor de despedida.

—¿Qué tendrán tus besos...? —musitó él tratando de recuperar el aliento.

Ella le devolvió una sonrisa traviesa.

—Venga... vámonos ya... —Le estiró de la camiseta hacia ella llevándolo de nuevo hasta sus labios—... si no, me obligarás a arrastrarte hasta tu cama y te haré perder el avión... y eso no me lo perdonaría nunca...

Jessica lo atrajo con fuerza a su boca y lo besó con vehemencia y posesión, mientras deslizaba sus manos por el interior de sus pantalones y pellizcaba una de sus nalgas. Gabriel sintió un ligero estremecimiento en su piel.

Pronto tuvieron que dejar de acariciarse y de besarse mutuamente.

—Quiero dejarte a medias para que regreses a buscar el resto... —Le sonrió mordiéndole el labio inferior y tirando sensualmente de él.

—Me muero de ganas de venir a buscarlo... —Sonó a promesa.

—Vamos... Tenemos poco más de una hora para llegar al aeropuerto —dijo mirando el reloj de pulsera de oro y brillantes.

Gabriel echó un último vistazo a aquel apartamento y cerró la puerta.

Le aguardaba un viaje muy largo.

21

Aunque estaba agotado física y emocionalmente, Gabriel no logró dormir en el avión en todo el trayecto; tantos pensamientos agolpándose en su mente lo mantuvieron en vela. El infarto cerebral de su padre, la acusación de acoso por parte de Caroline, su vecino Scott y su abuelo Charly, regresar a Barcelona y enfrentarse de nuevo a su hermano, pero, sobre todo, había algo que le inquietaba y mucho: no saber qué sentimiento tendría al volver a ver a Marta.

El avión tomó tierra sobre las seis de la mañana. Tras recoger la maleta de la cinta transportadora, subió a un taxi que esperaba tranquilamente en la parada.

«Menuda diferencia con Manhattan, aquí por lo menos es posible pillar un taxi sin iniciar una batalla campal con el vecino», pensó mientras se acomodaba en el asiento.

—Buenas días, ¿adónde te llevo?

—Al hospital Quirón, por favor.

—Pues me temo que vas a tener que relajarte un poco en el asiento y tomártelo con calma... Acaban de anunciar por la radio que ha habido un accidente múltiple...

Gabriel resopló, no daba crédito a su mala suerte. Se restregó la cara con las manos. Era de locos, sin teléfono y sin poder llegar al hospital. Pensó con rapidez qué otras opciones le quedaban.

—El accidente, ¿dónde ha ocurrido?

—En la Ronda de Dalt —le contestó poniendo en marcha el vehículo.

—Pues entonces necesito que me lleve a otra dirección.

—Claro.

Tras darle las nuevas señas, en veinte minutos llegó a su destino.

Gabriel bajó del taxi. Recogió la maleta y alzó la vista al aire para mirar aquel bloque de pisos del centro de Barcelona. Sonrió levemente. «Cuántos recuerdos.» Tan sólo hacía dos semanas que se había marchado, pero la sensación era de haber pasado toda una vida.

Subió en el ascensor, junto a la señora Teresa, la vecina del décimo. De nuevo la mala suerte lo perseguía como si fuese su propia sombra. Nada más cerrarse la puerta, ésta comenzó a examinarlo a conciencia. Acostumbraba a realizar ese mismo ritual cada vez que se topaba con él. Gabriel sabía perfectamente que sus tatuajes y sus *piercings* la intimidaban. Nunca se había fiado de él y por ello nunca se había dignado siquiera a saludarlo.

Al cabo de unos interminables e incómodos segundos para ella, la puerta se abrió.

—Que pase un buen día, señora Teresa... —Le sonrió divertido a sabiendas de que eso la irritaba.

Ella soltó un gruñido y salió despavorida del ascensor.

Gabriel se rio con ganas; le parecían cómicas las personas que prejuzgaban a las demás sin dignarse siquiera a conocerlas.

La puerta volvió a cerrarse.

Una sola planta más y llegaría a su apartamento; entonces podría dejar la maleta, darse una ducha rápida, llenarse el estómago con algo de comida y hacer rugir el motor de su BMW K 1200.

Gabriel hizo girar las ruedecitas de la maleta hasta la puerta de su apartamento. Inspiró hondo antes de entrar, liberando poco a poco el aire de sus pulmones. Se quitó la cazadora de cuero y entró. Todo estaba en completo silencio, todo permanecía igual a como lo recordaba.

Cruzó el salón y se dirigía al pie de las escaleras para subir al piso de arriba cuando vio la puerta entreabierta de la habitación de Iván. Se acercó, tras dejar la maleta junto al sofá. Notó un pálpito en el pecho al ver a Marta durmiendo en la cama. Se quedó mirándola en silencio, un rato, sin aproximarse, apoyando la espalda en el marco de la puerta.

«Pareces un ángel...», murmuró.

Cuando el despertador comenzó a sonar, Marta abrió los ojos y se sobresaltó al ver a Gabriel plantado en la puerta con los brazos cruzados, el pelo alborotado y unas ojeras espantosas. Tuvo que pestañear varias veces, pues no daba crédito a lo que veía.

Gabriel había vuelto.

—Hola, Marta... —Inspiró hondo con una sonrisa ladeada.

Algo aturdida, se destapó apartando las sábanas y caminó descalza hacia él.

—¿Cuando has llegado? —le preguntó colocándose el pelo detrás de la oreja.

—Hace tan sólo unos minutos.

Ella le sonrió y sus ojos empezaron a brillar emocionados.

—Me alegro de que hayas podido venir... —Hizo una breve pausa, luego prosiguió—: Tu padre te necesita... y tu madre... e...

—Iván... —le acabó la frase.

Los ojos de Marta comenzaron a humedecerse lentamente. Sabía cuánto idolatraba a su padre y el duro golpe que suponía para él lo ocurrido. Deseaba abrazarlo con todas sus fuerzas para conseguir que su sufrimiento remitiera, pero se contuvo y no lo hizo.

—Lo siento, Gabriel... —susurró angustiada.

—No llores, Marta.

—Es que es muy injusto...

—La vida suele ser injusta.

Gabriel le secó con el pulgar una lágrima que rodó por la mejilla. Anhelaba abrazarla, pero no quería intimidarla, ni asustarla, ni que pensara que quería algo más de ella. No deseaba que hubiesen malos entendidos, aunque se muriera de ganas de estrecharla entre sus brazos y acariciar de nuevo su piel y... sentir su olor.

—Ahora ya estoy aquí... y lo que tenga que pasar, pasará...

Marta asintió con la cabeza dándole la razón. Tenía un nudo en la garganta. Se le hacía muy cuesta arriba ver sufrir a las personas que más quería.

—Me daré una ducha rápida, comeré algo y después me iré al hospital. Si quieres, te llevo —se ofreció Gabriel.

—De acuerdo —dijo tapándose la boca con la palma de la mano al sentir cómo una arcada le subía por la garganta—. ¡Demonios, creo que voy a vomitar...!

Marta salió como un resorte hacia el cuarto de baño, se arrodilló frente al retrete y comenzó a devolver. Gabriel la siguió y, cuando dio con ella, se acuclilló y le retiró el pelo de la cara, sujetándolo en una cola improvisada.

—Joder, Marta... pareces la niña del exorcista... —Se rio mientras le hacía círculos en la espalda con la palma de la mano para calmarla—. Y eso que aún no has desayunado.

—No seas tonto... —Le pegó un manotazo en el hombro y se acabó de limpiar con la toalla tras sentarse en el suelo; él la imitó—. Y acostúmbrate a verme vomitar, porque lo hago casi a diario...

Gabriel se rio con ganas.

—Veo que tampoco lo estás pasando nada bien con el embarazo.

—La verdad es que está siendo un tanto molesto, aún sigo con mareos y pequeñas pérdidas...

—Y ahora encima lo de mi padre... creo que sería mejor que te quedaras a descansar.

Marta comenzó a reír sin poder parar de hacerlo.

—¿Qué...? —frunció el ceño—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Eres igualito a tu hermano...

Gabriel enarcó una ceja, molesto.

«¿Igual que Iván? ¿En qué sentido? Si no nos parecemos en nada.»

—Vamos a ver, estoy perfectamente... Sólo estoy embarazada, no enferma... Dejad de intentar protegerme a todas horas...

—No nos culpes, es normal que queramos protegerte...

Gabriel la miró intensamente a los ojos, sintiendo cómo sus pupilas comenzaban a dilatarse y sus ojos a oscurecerse con rapidez. Marta reconocía aquella mirada. Era la misma mirada hambrienta y cargada de deseo del día del cumpleaños de Iván, cuando la besó.

Ella desvió la vista clavándola en el suelo y luego tragó costosamente saliva.

—Mmm... me gustaría darme una ducha antes... de ir al hospital... —dijo levantándose del suelo ayudándose de Gabriel.

—Claro...

Gabriel la dejó a solas en el cuarto de baño.

Tras cerrar la puerta, se desvistió mirándose al espejo, notando cómo el embarazo, día a día, iba transformando su cuerpo. Los pechos le dolían al mínimo roce y había aumentado una talla.

Se colocó de lado para observar su perfil en el espejo y comenzó a acariciar su vientre.

—Pequeño extraterrestre... —Le sonrío dulcemente—. ¿Vas a tenerme los nueve meses vomitando?

Gabriel dejó la maleta sobre la cama y separó ropa limpia para después de la ducha. Una camiseta de manga corta y unos tejanos rotos bastarían. Se metió en otro baño y comenzó a desvestirse, lanzando la ropa al suelo. Luego se pasó en seguida a la ducha y cerró con fuerza los ojos para dejar de ver los de Marta.

Confiaba en que volver a verla no le afectaría, pero se había equivocado.

Marta, antes de acabar de arreglarse, comenzó a preparar el desayuno. Sabía que a él le gustaba el café solo bien cargado y que era lo único que desayunada nada más despertar. Así que, mientras se hacía, preparó la mesa colocando una bandeja con magdalenas caseras que había horneado la noche anterior, al no poder pegar ojo. Quizá probaría una.

Cuando el aroma a café recién hecho invadió aquella pequeña cocina, Marta se sentó a esperar a Gabriel. Apoyó su codo sobre el margen de la mesa y empezó a morderse las uñas. Siempre lo hacía cuando algo perturbaba su mente.

—¿Por qué estás nerviosa? —le preguntó Gabriel sentándose en la silla y retirándole la mano de la boca.

—Cosas mías...

Marta no podía confesarle que su actitud, su presencia y, en resumidas cuentas, todo él la ponían nerviosa, era inevitable. Todo era demasiado reciente. Habían transcurrido poco más de dos semanas desde que tomó la decisión. Iván o él. Ahora le tocaba resignarse y convivir de ahora en adelante con ello, le gustase o no.

Gabriel comenzó a sorber de aquel café recién hecho sin dejar de mirarla. Desde el día del cumpleaños de Iván, le asaltaba una duda en su cabeza. Necesitaba preguntárselo, tenía que saberlo.

—Marta, hay algo que preciso saber desde hace tiempo...

Ella le prestaba atención en completo silencio.

Del tono de sus palabras pudo deducir que lo que le iba a preguntar podría resultarle molesto.

Gabriel sorbió el café y luego continuó con suavidad:

—Me he preguntado muchas veces... ¿qué es lo que hubiera pasado si Iván no hubiese llamado por teléfono aquella noche... mientras te besaba y te desnudaba en mi despacho...? ¿Hubieses hecho el amor conmigo?

Gabriel desarmó a Marta en sólo un segundo.

Ella abrió la boca desconcertada. ¿Por qué se lo preguntaba ahora? No tenía derecho a hacerle esa pregunta, no era justo. Ella tomó una decisión y él la acató. A decir verdad, desapareció, se marchó al otro lado del mundo y sin dejar rastro.

Marta, tras ruborizarse levemente, reflexionó antes de responder:

—Gabriel... quiero serte sincera. —Se removió algo incómoda en el asiento.

Él la escuchaba en silencio; entrelazó los dedos y apoyó los codos en la mesa.

Marta esperó unos segundos más sin dejar de mirar a aquellos ojos expectantes y brillantes.

—Ambos fuimos al despacho en busca de lo mismo. —Tragó saliva y volvió a detenerse en la explicación. Quería ser sincera con él y, sobre todo, consigo misma—. Pero al final no pasó de aquellos besos y de aquellas caricias... No sé la respuesta. Quizá fuera por la llamada de Iván o quizá porque no debía ocurrir... Lo único cierto de todo es que eso es algo que jamás sabremos, una incertidumbre con la que deberemos vivir.

Gabriel se quedó con la palabra en la boca viendo cómo Marta se levantaba, zanjaba el tema y llevaba la taza al fregadero.

Se quedó pensativo, pero no quiso insistir más en el tema al ver que a ella le afectaba tanto. Aunque no hacía falta: con aquella respuesta supo que Marta, a su manera, había estado enamorada de él y de no haber interrumpido aquella llamada… probablemente se hubiese escrito otro final y las tornas hubiesen cambiado.

Retuvo el aliento antes de acabarse el café y zamparse de un bocado una de las magdalenas de la bandeja.

Marta se giró para acercarse a la mesa.

—¿Vamos a ver a tu padre?

Cambió de tema drásticamente. Era preferible dejar las cosas seguir su cauce. Ahora estaba felizmente comprometida con Iván y esperaban juntos su primer hijo. El destino ya les puso a prueba una vez… Mejor no tentarlo de nuevo.

Gabriel ojeó su atuendo. Aquel vestido era demasiado corto y demasiado fino.

—Sí, pero ponte un pantalón. Iremos en mi moto.

Marta frunció el ceño, sorprendida.

—No sabía que tuvieras una.

—Marta... —Se rio—. Hay demasiadas cosas de mí que no sabes...

Desapareció de la cocina en busca de las llaves mientras ella fue a su habitación y se puso unos tejanos y una camiseta; cuando regresó al salón, Gabriel ya la esperaba con los dos cascos en las manos.

—¿No correrás mucho, no?

Gabriel le sonrió dulcemente. Esta vez le fue imposible evitar no caer en la tentación de besarle en la mejilla.

Marta cerró los ojos al sentir posar sus labios cálidos otra vez sobre su piel, quedándose sin aliento.

—Perdona... —Gabriel se disculpó aunque no se arrepentía en absoluto de lo que acababa de

hacer—. Tenía ganas de hacerlo... desde que te he visto con los ojos cerrados durmiendo en la cama.

Gabriel acarició con la mano la misma mejilla que había besado instantes antes.

De repente, la puerta se abrió a sus espaldas.

Era Iván. Descamisado. Ojeroso. Con una fea barba de tres días. Agotado. Había pasado una noche horrible... y ahora, también, estaba furioso. Ver a su prometida con el hermano que quiso interferir en su relación no era una visión demasiado agradable, que dijéramos. Confiaba en Marta, pero no en él. Y verlos juntos y aparentemente a gusto le hizo hervir la sangre en las venas. No pudo evitar sentir celos.

Marta abrió los ojos como platos al verlo entrar y fue rauda a su encuentro.

—Buenos días. —Fue a darle un beso pero él le apartó la cara.

—Voy a ducharme...

Lanzó una mirada de rencor hacia su hermano tan agresiva que Gabriel sintió como si le estamparan contra la pared sin siquiera llegar a tocarlo.

Luego cerró la puerta de la habitación de un portazo.

Marta negó con la cabeza. No habían hecho nada malo; si estaba cansado, no tenía por qué pagarlo con ella, ni con Gabriel. Podía entender que verlos juntos llegara a enfadarlo, pero, por otro lado, le dolía que no confiara en ella.

Marta aguardó tras la puerta cerrada.

—Iván, nos vamos al hospital a ver a tu padre...

Al no oír respuesta al otro lado, ella empezó a sentirse molesta por la actitud infantil que estaba adoptando. Aguardó unos segundos más. No daba signos de querer arreglar las cosas.

Marta golpeó la puerta con insistencia.

—Te pasas tres pueblos Iván... te estás equivocando y malinterpretando las cosas... Abre la puerta, por favor... Déjame entrar y hablamos…

Ella se mantuvo firme, esperando.

Al cabo de unos segundos, por fin, se dignó abrir la puerta y Marta pudo entrar. Al hacerlo, vio a Iván tendido sobre las sábanas, sin camiseta y descalzo, con la mirada perdida en el techo, los brazos doblados y las manos entrelazadas por detrás de la cabeza.

—Te estás comportando como un crío.

Iván se rio; la situación, cuanto menos, le parecía grotesca.

—Sí, no te rías... como un niño, un niño malcriado...

—Marta... joder... veo cómo te mira —le contestó enojado.

Ella negó con la cabeza, apretó los ojos y resopló con fuerza.

—¿Y qué? —le preguntó sentándose a su lado—. Mírame...

Marta le cogió de la barbilla y le obligó a mirarla.

—Te quiero. —Iván entornó los ojos y volvió a reír, esta vez con sorna—. ¿Acaso dudas? ¿Dudas de mí?

La miró con ojos llameantes.

—No me fío de él...

—¿Y de mí?...

Iván se mordió el labio para no contestarle.

A su prometida aquella indecisión la hirió en el alma.

—¡Vete a la mierda, Iván! —le gritó marchándose de la habitación.

Marta caminó a paso firme hasta Gabriel. Estaba enojada y decepcionada a partes iguales.

Cuando llegó a su lado, le arrancó uno de los dos cascos de las manos y cogió las llaves de

casa.

Gabriel no cabía en él de su asombro. Estaba perplejo. ¡Menudo carácter se gastaba la catalana!

22

Daniela seguía sin noticias de Gabriel. Eran cerca de las seis de la tarde y él aún no había dado señales de vida, no se había puesto en contacto con ella. Lo esperó varios minutos más y luego bajó a la calle. Cuando se disponía a subir a un taxi, alguien se le acercó. Era una chica morena, alta, de grandes ojos azules y un elegante porte al andar.

—Eres Daniela, ¿verdad?

—Sí —respondió intrigada. No la conocía, pero por lo visto ella sí.

—Soy Jessica Orson, la directora ejecutiva de Gabriel.

—¿Le ha pasado algo? —la interrumpió antes de que pudiera acabar la frase.

Jessica sonrió.

La voz temblorosa y el brillo en sus ojos la delataban. Por mucho que pretendiera disimular, percibió en seguida que aquella chica menuda, indecisa y con cara de no haber roto nunca un plato estaba perdidamente enamorada de Gabriel, y no la culpaba por ello. Gabriel era irresistible.

—Él está bien... no te preocupes.

Daniela soltó un suspiro, aliviada, mientras se llevaba la mano al pecho.

Algo más serena, empezó a preguntarse qué conexión podría tener esa mujer con Gabriel. Era evidente que él le importaba. Tenía pinta de tener una agenda demasiada apretada como para ir perdiendo el tiempo en dar explicaciones a una desconocida.

Sintió una pequeña punzada de celos en el corazón.

Tenía ojos en la cara y era consciente de que Jessica era esa clase de mujer por la que un hombre solía perder la cabeza: atractiva, inteligente, independiente y con éxito, y ella, a su lado, no podía evitar sentirse como el patito feo que narraba la historia.

—Ha tenido que volar a Barcelona. Su padre ha enfermado y no sabe el tiempo que se quedará allí.

—Y... ¿es grave?

—Me temo que sí —afirmó—. Pero Gabriel es fuerte y, pase lo que pase, lo superará.

El conductor sacó la cabeza por la ventanilla, frunciendo el ceño.

—¿Va a subir al taxi, señorita? Me está haciendo perder el tiempo y el pan de mis hijos —le dijo enojado esperando una respuesta.

—Perdone, ahora mismo subo —le respondió mirando de nuevo a Jessica—. Gabriel no me responde al teléfono...

Jessica volvió a sonreír.

—Lo sé. Se quedó sin teléfono justo esta mañana.

—Y...

Daniela hizo una mueca. Quería hacerle una última pregunta pero se le quedó atascada en la garganta.

—Toma. —Le entregó una tarjeta de visita de la compañía—. Llámame si quieres saber de Gabriel.

Jessica le ofreció la mano.

—Gracias, señorita Orson. —Se la estrechó.

—Llámame Jessica —dijo dando media vuelta y alejándose entre la multitud.

Daniela guardó la tarjeta y subió al taxi para encaminarse a la comisaria.

Ya no le cabía duda, entre ellos dos existía algo más que un simple trato profesional.

* * *

Gabriel y Marta llegaron pronto al hospital. Aparcó la moto en batería y anduvieron en silencio hacia la UCI. En la sala de visitas, sentada en una de las sillas estaba su madre con la mirada perdida en ninguna parte.

Gabriel le entregó el casco a Marta.

—Os dejaré solos para que podáis hablar —le dijo acariciando su brazo.

Asintió agradeciéndoselo con la mirada.

Cuando Marta les dejó a solas, él pudo acercarse a su madre. Se inclinó y le cogió de las manos; las tenía frías como un témpano.

—Mamá... ya estoy aquí... —le susurró con la voz algo temblorosa.

Ella alzó la vista hacia sus ojos, tenía una mirada melancólica y triste.

—Mi Gabriel... —Su voz era dulce y suave.

Le colocó la mano sobre la cara y Gabriel la abrazó con ternura. Ambos compartieron un mismo dolor. No eran necesarias las palabras, tan sólo sentir el calor de sus cuerpos y el amor que estos desprendían.

Permanecieron así abrazados durante largo rato.

—Cuánto te he echado de menos, mi vida.

—Lo sé. Yo también he pensado mucho en vosotros.

—Él no dejaba de explicar a sus amistades lo orgulloso que se sentía de ti, de tu capacidad, de tus logros, de tu trabajo como arquitecto en Nueva York...

Gabriel frunció el ceño ligeramente.

Recordaba al dedillo la última conversación que mantuvo con su padre. La tenía tatuada en el corazón. Fue una gran discusión. Francisco no estaba conforme con la decisión que había tomado de marcharse a trabajar a Manhattan. No lograba entender cómo su hijo, que tenía su propia empresa en Barcelona, se largaba a otro continente a labrar éxitos.

Gabriel, tras aquella última conversación, se marchó sin despedirse de él.

—¿Puedo ver a papá...? —Se secó los ojos con la mano.

—Debemos esperar a que lo aseen y cambien las sábanas de la cama —le respondió con el semblante serio—. Sólo permiten a una persona por visita tres veces al día... Le han realizado una traqueotomía de urgencia, está sedado y no responde a ningún estímulo, y a medida que pasan las horas… peor es el pronóstico.

Un profundo silencio invadió la sala. Era aún peor de lo que había imaginado.

Dos enfermeras ataviadas con batas blancas salieron de la habitación. Una de ellas, la más mayor, se acercó hasta Ana, la madre de Gabriel, y le explicó que podía entrar una sola persona durante veinte minutos, luego se marchó con las sábanas sucias entre las manos.

—Tu padre te espera... —le dijo soltándole la mano.

—¿No prefieres entrar tú?

Ana le sonrió con dulzura negando con la cabeza.

—Gracias, mamá. —Volvió a rodearla con los brazos.

Gabriel entró en la habitación.

Tumbado en la cama, su padre parecía como si sólo estuviese dormido, aunque no era capaz de despertarse.

Se acercó lentamente. Había una butaca al lado de la cama; se sentó en ella y le cogió de la mano. Tenía tantas cosas pendientes por decirle que no encontraba las palabras adecuadas. Se

limitó a hacerle compañía, estar a su lado, sin más.

Los veinte minutos pasaron fulminantes como un simple suspiro. La misma enfermera de antes entró en la habitación; llevaba en las manos un par de bolsas, una de suero y otra de calmantes.

—Señor, debe salir ya —le ordenó amablemente mientras quitaba unas bolsas y colocaba las otras.

—Claro. —Se desprendió de la mano de su padre con mucho cuidado, como si fuese de cristal.

Gabriel salió de la habitación, cabizbajo, con los ánimos decaídos. Sentía impotencia y desconsuelo al ver a su padre postrado en una cama como un vegetal. Francisco siempre había sido el motor conductor de la familia, emprendedor, vivaz, alegre... Gabriel había heredado el mismo carácter, era una copia exacta de su padre. En cambio, físicamente era igual que Ana, sus mismos ojos, su mismo pelo y su misma sonrisa arrebatadora.

Al llegar hasta su madre, que seguía en la misma silla, se sentó a su lado en silencio. Ella ya no lloraba, no le quedaban más lágrimas por derramar, había llorado demasiado.

—No me despedí de papá... —Apretó la mandíbula con fuerza. Se odiaba a sí mismo.

—Sois los dos igual de cabezotas. —Ana sonrió—. No te preocupes, podrás hablar con él cuando se despierte.

—Y si no... se desp...

Gabriel guardó silencio. La situación era muy complicada y si algo le había enseñado su padre era a ser realista.

—Despertará... —Ana miró a su hijo con los ojos brillantes llenos de esperanza.

Gabriel relajó la mandíbula y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Tienes razón... va a luchar con todas sus fuerzas y va a ganar la batalla.

—Sí. Porque, si no se despierta o se muere, no pienso perdonárselo mientras viva. —Le sonrió con lágrimas en los ojos.

—Lo conseguirá.

—Ahora que Iván se casa y tú estás en Nueva York... no puede abandonarme a mi suerte... no me imagino la vida sin él...

Ana empezó a desmoronarse; la tensión y el cansancio le empezaron a pasar factura.

—Mamá... desahógate... es bueno que lo hagas...

Volvieron a abrazarse y ella, por fin, liberó su dolor.

—¿Qué va a ser de mí si se muere?... No me imagino la vida sin él... No puedo —sollozaba en sus brazos.

Gabriel no podía mentirle, no podía crearle falsas esperanzas. Era muy probable que eso sucediera. Debían estar preparados por si se daba el caso.

Cuando Gabriel abrió los ojos, vio a Iván apareciendo por la puerta. Dejó de abrazar a su madre y se levantó de la silla.

—Voy a la máquina a buscarte algo de comer.

—No hace falta, cariño.

—Te conozco y sé que aún no has comido nada.

Ella no fue capaz de mentirle. Era cierto, desde que la llamaron del hospital no se había llevado nada a la boca.

—No voy a dejar que enfermes tú también... —dijo mirando a Iván al pasar por su lado.

Gabriel cruzó la puerta; al final del pasillo de la primera planta estaba la máquina expendedora. Introdujo unas monedas y el sándwich cayó al cajón. Recogió el cambio y al

volverse se encontró con Iván.

—Mamá no tiene la culpa de que no nos hablemos.

—Ya lo sé.

—Probablemente tengamos que estar días juntos —añadió Iván—. Por eso, sólo te pido una cosa.

—¿El qué?

—Ella lo está pasando muy mal... y no voy a permitir que, además, se tenga que preocupar de nuestros problemas. —Exhaló con fuerza—. Te pido que delante de ella nos comportemos como personas adultas, manteniendo un trato lo más correcto posible.

—Por mi parte no hay problema... Eres tú el que no quiere saber nada de mí. —Enarcó una ceja.

Iván se le acercó invadiendo a propósito su espacio personal.

—Eres tú el que sigue clavándome puñaladas por la espalda... —le remarcó Iván.

Gabriel apretó el puño con fuerza.

—Deja en paz a Marta... déjanos en paz a los dos. —Estaba furioso. Su tono era duro y amenazante—. Deja de tentarla a cada oportunidad que se te presenta.

Gabriel retomó el aire, no quería seguir con la conversación, no tal y como la estaba planteando su hermano. Por su parte, no tenía planeado intentar nada con Marta, pero tampoco estaba dispuesto a renunciar a su amistad. Para él, ella significaba mucho, más de lo que Iván pudiera llegar a imaginarse, y por ese mismo motivo la respetaba. De la misma forma que respetó su decisión, su elección.

—Por mamá y por Marta, pondré todo de mi parte para que los días que esté aquí no te suponga ningún problema.

Gabriel, al mirar de nuevo a los ojos de su hermano, pudo ver reflejado en ellos miedo y angustia. Era la misma mirada de miedo y de angustia de aquel niño de diez años que se escondía tras la falda de su madre. Entonces se dio cuenta de que Iván amaba de verdad a Marta con toda su alma. Sentía miedo de perderla y desesperación porque esto pudiera llegar a pasar.

—Iván... —le habló algo más relajado—. Marta ya tomó una decisión. Te eligió a ti, no a mí.

Gabriel buscó las palabras adecuadas para convencerlo de que se equivocaba con respecto a los sentimientos de Marta hacia él.

—Ella te quiere sólo a ti. —Enfatizó la palabra sólo y prosiguió—: Y tus dudas le hacen daño. No seas gilipollas y no la cagues.

Dio media vuelta y lo dejó a solas.

Cuando Ana dijo a Marta que sus hijos habían ido a buscar algo de comer, la dejó sola en la sala y corrió por el pasillo hasta llegar a la máquina expendedora. Al llegar allí, se encontró exclusivamente con Iván y, a juzgar por la expresión de su rostro, Gabriel acababa de estar allí.

Caminó hacia él, sin saber muy bien cómo retomar la conversación que habían dejado pendiente en la habitación de su casa. Inspiró lentamente y cruzó los brazos; seguía molesta por insinuar que desconfiaba de su lealtad. Espiró el aire con fuerza y comenzó a hablar:

—No puedo soportar que no confíes en mí. No podemos basar nuestra relación en la desconfianza.

Marta tragó saliva angustiada. Necesitaba a gritos que confiara en ella de una vez por todas.

—Sabes que te quiero y que daría mi vida por ti. Quiero casarme contigo, quiero tener mi bebé contigo, quiero compartir mi vida contigo...

—Marta —la interrumpió acercándose un par de pasos.

—¿Qué?

—Cállate...

Iván caminó hacia ella y sin avisar le sujetó la cara con las manos, la miró intensamente a los ojos y la besó con avidez. Ella le devolvió el beso, era cuanto necesitaba.

Separó sus labios de los de ella recuperando el aliento para poder mirarle a los ojos y decirle con serenidad:

—Confío en ti, te necesito y quiero que lo nuestro funcione —susurró acariciándole la mejilla con el pulgar.

—No me vas a perder. Porque no te voy a dejar escapar. —Esbozó una sonrisa traviesa y, atrapando su camisa con la mano, estiró de ella para besarle en los labios.

Gabriel llegó corriendo como un resorte. Estaba jadeando y respiraba aceleradamente.

Ambos se giraron, mirándolo aturdidos.

—Iván... papá ha sufrido un nuevo infarto...

23

Con los dedos temblorosos Marta trataba de anudar la corbata de Iván, reprimiendo con fuerza las intensas ganas de llorar. Lo ayudó a vestirse porque él era incapaz de hacerlo por sí mismo. Había escogido uno de sus elegantes trajes negros y aquella corbata gris que tanto le gustaba. Quería que su padre se sintiera orgulloso de él.

El funeral iba a ser algo íntimo, a pesar de la gran cantidad de amigos y conocidos que tenía Francisco. Siempre había sido muy querido y respetado por sus compañeros de trabajo y alumnos de la academia. Sin duda, su pérdida iba a ser un duro golpe para mucha gente.

Acabó por fin de anudar la corbata gris, pero él ni siquiera se había dado cuenta.

Marta cogió su mano y acarició su brazo.

—Iván... —le susurró apretando ligeramente la mano—. Es la hora. Tenemos que ir a buscar a tu madre.

Al oír pronunciar aquellas palabras, alzó la vista para encontrarse con sus bonitos ojos almendrados. Aunque seguía sin poder hablar. El nudo que tenía en la garganta era cada vez mayor.

—Escúchame, cariño... —murmuró tras tomar aliento lenta y profundamente—... debes sentirte afortunado, porque has tenido al mejor padre del mundo. Al igual que él, porque ha tenido a los dos mejores hijos que un padre jamás pudiera desear... Te dio su vida, te dio su amor... y ahora tienes que tener coraje y buscar fuerzas aunque creas no tenerlas... para despedirlo como se merece.

Acercó la mano a su pecho, retomando aire nuevamente.

—Voy a estar a tu lado en todo momento y no pienso soltarte de la mano. No pienso dejar que te caigas...

Aunque se había prometido no llorar delante de Iván, no lo logró. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y la angustia a desgarrar las paredes de su pecho.

Marta se sentiría siempre en deuda con Francisco, por adoptar a Iván con diez años cuando su madre murió, su padre biológico lo abandonó y ningún pariente quiso hacerse cargo de su tutela. Le evitó vivir un futuro incierto, le dio un verdadero hogar, una familia, un hermano y, sobre todo, amor incondicional.

—Te quiero. —Ahogó un sollozo y lo abrazó con fuerza.

—Yo también te quiero...

A Gabriel le ayudaba fumar, lo relajaba. Fumar y estar solo.

De nuevo esa sensación de vacío en su pecho. Esa horrible sensación de pérdida de un ser querido. Tan sólo hacía cuatro años del fallecimiento de Érika y ahora su padre. Era como si alguien le estuviese hurgando en la llaga con un palo. Sentía impotencia, desolación. No tuvo ocasión de hablar con su padre, ni de despedirse, ni de pedirle perdón por haberse marchado de aquella forma a Nueva York.

Miró las vendas que cubrían su mano. Aún le dolían los cortes producidos por los cristales al romper aquella ventana con el puño. Debía cambiársela, la sangre había teñido ligeramente la gasa.

Dio una última calada, apagó la colilla en el cenicero y entró al salón. Marta e Iván estaban esperándolo sentados en el sofá.

—Si os parece bien, ya iré yo a buscar a mamá.

—Creo que sería mejor que fuésemos juntos —dijo Marta mirando primero a Iván y luego a Gabriel—. Vuestra madre necesita que estéis unidos... Hacedlo por ella... pero también hacedlo por vuestro padre...

Gabriel inspiró hondo.

Marta de nuevo tenía razón, como casi siempre. Pronto regresaría a Nueva York y el río volvería a su cauce. Lo único que importaba en aquellos momentos era que su madre se sintiera arropada por sus dos hijos, a ser posible, unidos.

—Gabriel. Iremos juntos —dijo Iván levantándose del sofá—. Iremos en mi coche.

—De acuerdo —asintió Gabriel.

—Además, ¿cómo pretendías conducir con esa mano? —le preguntó Marta mirando las vendas.

—Apenas me duele. —Ocultó la mano.

—Déjame ver...

Marta se acercó y se la cogió. Tras girarla, vio que la venda estaba manchada de sangre.

Tuvo que negar con la cabeza, Gabriel no tenía remedio.

—No te hagas el machote... la herida puede infectarse, ya oíste a la enfermera.

—No es para tanto... —se burló restándole importancia.

—Ven a la cocina, voy a cambiar esas vendas y a curarte las heridas.

Marta se marchó a preparar las vendas, el yodo y unas tijeras.

Gabriel, en cambio, permaneció sentado mirando a su hermano.

—Yo, de ti, le haría caso... no puedes ni imaginarte lo cabezota que puede llegar a ser.

—Me consta. —Sonrió.

—Aunque no le quito razón. Los puntos pueden infectarse.

Gabriel no tuvo más remedio que resignarse y hacerles caso. Eran dos contra uno, así que se dirigió a la cocina. Marta ya le esperaba con todo el arsenal preparado sobre la encimera de mármol.

—Quítate la americana, arremángate la camisa y siéntate —le ordenó cogiendo las tijeras.

—Joder, Marta... —Se rio—. ¿De dónde has sacado esas tijeras tan grandes? ¿Seguro que sabrás utilizarlas?

Ella sonrió mientras se acercaba hasta donde estaba sentado.

—Te sorprenderías de las cosas que una aprende cuando ha convivido con cuatro hermanos más pequeños. He tenido que ejercer de enfermera, de maestra, de psicóloga... incluso de madre, en muchas ocasiones. —Empezó a cortar la venda—. Aprendes a hacer de todo...

—¡Auuu! —Soltó un quejido de dolor.

—No-te-muevas... —le advirtió mientras iba separando poco a poco las vendas de su piel—. Vaya, se ha soltado un punto —dijo frunciendo el ceño.

Dejó de sujetar su mano y buscó gasas, yodo y la caja de los puntos adhesivos de sutura.

—Esto te va a doler...

Él cerró un ojo preparándose para el dolor.

Ella sonrió mientras le retiraba el punto que estaba suelto, empapó la gasa de yodo y presionó ligeramente la herida. Gabriel renegó en varias ocasiones mordiéndose el labio. En seguida le retiró los restos con otra gasa limpia y, a su vez, se apresuró a cortar uno de los puntos adhesivos a la misma medida que los otros cuatro que ya tenía.

Gabriel la miraba con atención, aguantando como podía el dolor.

—Marta...

Ella apartó la mirada de su mano para dirigirla hacia sus ojos.

—Cuida de mi hermano cuando me vaya, te va a necesitar y... mucho.

—Lo sé. —Asintió con la cabeza—. Y pienso estar a su lado todo el tiempo.

Gabriel sonrió complacido al oír sus palabras. Quería a su hermano, aunque no se lo demostrara y aunque hubiese mermado su confianza.

—¿Y quién cuidará de ti? —le preguntó ella envolviendo su mano con la venda.

Se creó un silencio durante unos intensos segundos.

—No te preocupes por mí, estaré bien...

Marta asintió en silencio y acabó de vendar su mano.

Tras echar un último vistazo al vendaje, comenzó a guardar las cosas.

—Gracias —dijo bajando la manga de la camisa.

Cogió la americana y se acercó hasta ella para besarla en la mejilla.

—Gabriel... por favor, no hagas eso...

Cuando se llevó la mano a la mejilla, la conversación fue interrumpida por el sonido del timbre. Ambos se extrañaron. ¿Quién podría ser? No esperaban a nadie.

Gabriel salió de la cocina y se acercó a abrir la puerta.

—Víctor... ¡Joder, tío...! ¿Qué coño haces aquí? —Lo abrazó y le dio unas palmaditas en la espalda.

Iván se acercó poco después y saludó a Víctor tendiéndole la mano. Apenas se conocían, habían tratado en dos ocasiones contadas. Él era amigo íntimo de Gabriel, se conocieron cuando ambos vivían en Madrid. Trabajaron juntos varios años antes de que Gabriel se mudase a Barcelona para abrir su propio despacho.

—Marta me avisó, me llamó por teléfono. ¿Para qué están los amigos si no?

Ambos miraron a Marta, que se acercaba a la puerta.

—Sí, ya sé que no te pedí permiso. —Miró a Gabriel encogiéndose de hombros—. Y tampoco fue la única llamada que realicé...

—Es cierto —añadió Víctor—. Le di el teléfono de tu despacho en Manhattan y habló con Jessica.

—¿Hablaste con ella? —le preguntó a Marta.

—Sí. Y la noté muy consternada.

Gabriel abrió los ojos.

—Ella ha venido. Está aparcando el coche —le dijo Víctor muy sorprendido—. La última llamada que mantuve con ella fue hace dos semanas, estaba muy cabreada y amenazaba con enviarte a Madrid con una patada en el culo. —Se rio.

Gabriel enarcó una ceja y Marta lo miró con los ojos como platos.

—Tío... no sé lo que le hiciste, pero hacía mucho tiempo que no la oía tan irritada.

—Jessica es muy temperamental... —se carcajeó.

El repicar de unos tacones contra el suelo alertó su atención. Gabriel desvió la mirada hacia aquel sonido que avanzaba desde la puerta del ascensor. Era Jessica, vestida de riguroso negro, con un traje entallado de falda recta y americana.

Un pálpito golpeó con fuerza su pecho. Jessica estaba allí. La muy cabezota se había tragado las más de nueve horas de vuelo sólo para acompañarlo en el funeral de su padre. Esta chica no dejaba de sorprenderlo gratamente.

—Hola, Víctor. —Se acercó y le dio dos besos.

—Jessica, ¿has tenido buen vuelo?

—Ya sabes que odio los aviones y su comida... bueno y todo lo relacionado con volar... —

Sonrió mirando a Gabriel, que no dejaba de observarla sin aún dar crédito—. Tú debes de ser Marta, ¿me equivoco?

—Sí, soy Marta... Marta Soler.

Jessica se acercó a ella para darle dos besos.

Olía a perfume caro.

Marta no podía dejar de observarla, era una mujer muy bella. Parecía salida de una revista de moda. Tan alta, tan elegante y tan sofisticada. Rezumaba seguridad por cada poro de su piel.

Luego se dio el privilegio de observar a Gabriel, dándose cuenta de cómo la devoraba intensamente con la mirada. Era obvio que algo había surgido entre ellos.

Tras las presentaciones pertinentes, había llegado el turno de Gabriel. Se acercó a él y lo abrazó.

—Siento lo de tu padre.

Notó cómo los brazos rodeaban su cuello y su olor le envolvía todos los sentidos. Cerró los ojos unos instantes hundiendo la nariz en su pelo.

—Gracias por venir. —Estrechó su cuerpo con el suyo y le besó con suavidad en el lóbulo.

—Sé que tú hubieses hecho lo mismo —le contestó separándose y dándole dos besos en las mejillas.

* * *

La ceremonia fue muy emotiva. El último adiós dejó un profundo pesar en sus corazones. Iván y Marta acompañaron a Ana a su casa para que ésta pudiera descansar. Los días que se avecinaban serían muy duros. Primero aceptar la pérdida y después convivir con la soledad.

Marta la ayudó a desvestirse y se cuidó de estar a su lado hasta que se quedó profundamente dormida. Luego salió de la habitación y cerró la puerta despacio para no hacer ruido.

—Ahora que tu madre está dormida, iré a preparar algo de comer.

—Por mí no lo hagas, no tengo hambre.

Marta se acercó a Iván. Éste estaba sentando en el sofá inclinado hacia delante, con los brazos doblados y apoyados sobre sus piernas. Se sentó a su lado.

—Tranquilo, lo entiendo. —Murmuró abrazándolo con ternura—. Ven... —Se levantó y le tendió una mano—. Vamos a la cama, nos estiraremos y así podrás descansar.

Iván se restregó la cara con las manos y la miró a los ojos. Estaba agotado física y emocionalmente. Quizá no era tan mala idea. Tratar de relajarse y dormir, aunque fuese sólo un rato. Por lo menos, el tiempo que estuviese dormido no se vería obligado a seguir pensando en su padre.

* * *

En cuanto acompañaron a Víctor al aeropuerto y se quedaron a solas, Gabriel aprovechó para acercarse a Jessica, atrapar su boca con la suya y besarla con efusividad, mientras rodeaba su cintura con los brazos y la alzaba un poco en el aire.

—Cuántas ganas tenía de hacer esto... —Le acarició la nuca con la mano—. Estás como una verdadera cabra... dieciocho horas de vuelo bien merecen una recompensa.

Gabriel sonrió.

—No corras tanto... —Le puso la palma de la mano sobre su pecho—. He venido para llevarte de vuelta a Nueva York.

El tono de Jessica había cambiado radicalmente, era directo y algo distante.

—Peter Kramer ha presentado la demanda ante el juez.

Gabriel tragó saliva con fuerza.

—Maldita Caroline y maldito Peter —pronunció en un murmullo casi inaudible.

—Mi abogado te recomienda que regreses a la ciudad lo antes posible. Si descubren que estás fuera del país, por el motivo que sea, te cortarán las pelotas...

—¡Que se joda Caroline y que se joda Peter...! ¡Que se jodan todos! —Se rio con desdén—. Pienso hacer que se traguen sus mentiras.

—Entonces, ¿no piensas firmar la renuncia del contrato?

—No.

Gabriel tensó los músculos de la cara.

—Si antes había un mísero resquicio de duda, ahora ya no lo tengo. Mi padre me hubiese aconsejado que no aceptara su chantaje, me hubiese dicho que lo más importante en un hombre es su honor y su palabra. —Los ojos de él tenían un brillo especial—. No les tengo miedo, no pueden probar nada... no tienen nada.

Jessica tomó aire antes de proseguir:

—Gabriel, ahora no creo que sea el momento apropiado, porque acabas de enterrar a tu padre... pero tenemos que hablar... —dijo con sequedad.

Él la observó con extrañeza. ¿Qué podía ser tan grave?

—Jessica, dime, qué pasa...

—Te he dicho que ya hablaremos... —recalcó de nuevo.

El cerebro de Gabriel empezó a trabajar con rapidez. Pensó hasta dónde podía ser capaz Caroline de llegar, hasta dónde alcanzaba su rencor y su mente retorcida. ¿Era posible que tuviese alguna «prueba» que le incriminase? Por más que pensaba, no encontraba ninguna conexión. Apenas la había tocado. La sombra de la duda teñía por completo sus pensamientos.

—Jessica... ¡Maldita sea!... Me estoy volviendo loco... ¿qué coño pasa? —espetó.

Ella resopló.

—Gabriel, no me dijiste que os habíais besado...

La miró extrañado.

—No lo creí un dato importante.

—¿Te acostaste con ella?

—¡No! —gruñó ofendido—. Me dijiste que confiabas en mí y que no creías una maldita palabra de Caroline...

—Cierto.

Gabriel abrió los brazos en señal de derrota.

—¿Entonces?

—Hasta el momento en que ella presentó pruebas de ADN.

Él palideció en cuestión de segundos. ¿ADN? ¿Cómo era posible?

—Ha presentado pruebas médicas que verifican que hubo agresión. Han encontrado restos de piel en sus uñas y de semen en su cuerpo. Además de las contusiones en muñecas y brazos.

—¿Cómo?

Gabriel comenzó a andar de un lado a otro como ido, pasándose la mano por el pelo. Su cerebro corría al límite y su corazón agitado martilleaba con fuerza su pecho.

—Joder, Jessica... —espetó—. No creerás las acusaciones, ¿verdad?

Ella no contestó y él añadió:

—Es una jodida encerrona.

—Para que ella presente esas pruebas, tú has tenido que estar desnudo.

—Sí. Se metió desnuda en mi ducha... me besó... y le devolví el beso —farfullaba tan nervioso que incluso empezó a titubear—: Nos tocamos... pero eso fue todo... No me la tiré... joder.

Jessica se llevó la mano a la boca.

Al parecer las piezas encajaban. Caroline había sido muy astuta: arañó a Gabriel para conseguir el ADN de su piel, lo excitó y su líquido preseminal quedó impregnado en su piel, luego seguramente se autolesionaría. Esas pruebas presentadas ante el juez, más el agravante de ser una menor... eran suficientes para estar sentenciado.

Jessica tragó saliva y le miró fijamente a los ojos.

—Gabriel... estás jodido.

24

Sin perder más tiempo, aquella misma tarde volaron de regreso a Nueva York.

Antes de subir al avión, Jessica realizó algunas llamadas telefónicas. La primera fue a su amigo Lawrence, quien a su vez era su abogado. Al acabar, contactó con un par de colegas de profesión en los que confiaba ciegamente.

Gabriel tenía pocas opciones, se encontraba atado de pies y manos, su situación era desesperada. La demanda de Caroline sobrepasaba cualquier límite racional.

Jessica no paraba de pensar, de darle vueltas a la cabeza, y estaba completamente convencida de que, si investigaban un poco en el pasado de Caroline o de su padre Peter Kramer, encontrarían algún resquicio por el que presionar y obligarles a retirar la demanda.

Gabriel trató de luchar por mantenerse despierto y hacer compañía a Jessica en aquel trayecto tan largo, pero al final cayó, agotado, en un profundo sueño.

Jessica lo observaba mientras dormía. No podía permitir que pasara varios años de su vida entre rejas. Haría cuanto estuviese en sus manos para que eso no llegase a ocurrir jamás. Pero el tiempo corría en su contra. La demanda ya estaba en curso. Y de momento los hilos los manejaba a su antojo Peter Kramer, así que había llegado el momento de mover ficha.

El comandante anunció que iban a tomar tierra neoyorquina en veinte minutos.

Mientras Jessica colocaba el punto de libro entre las páginas de su novela, una de las azafatas se les acercó muy amablemente.

—Disculpe, deben abrocharse los cinturones, vamos a descender en breve. —Le sonrió con una de aquellas sonrisas mecánicas.

—Por supuesto.

Jessica se abrochó el cinturón y observó cómo Gabriel seguía durmiendo igual que un niño. Nunca habían compartido la cama, a no ser que fuese para practicar sexo. Ella jamás dormía con sus amantes. No se podía permitir atravesar esa línea imaginaria o de lo contrario corría un grave riesgo. Mezclar sentimientos y sexo no tenía cabida en sus planes. Tras la separación con Robert, se prohibió a sí misma volver a enamorarse. Dedicaría su cuerpo y mente al disfrute del sexo, sin ataduras emocionales. Y hasta ese momento había funcionado... hasta ese momento.

Cuando Gabriel se removió en el asiento cambiando de posición, Jessica pudo observar su rostro cubierto parcialmente por un mechón rebelde. Apenas sin pensarlo, acercó su mano y lo retiró con cuidado de su frente. Gabriel se estremeció al sentir el contacto de su piel y abrió los ojos. Jessica disimuló irguiendo la espalda y acomodándose de nuevo en el asiento.

—¿Me he dormido? —preguntó abriendo la boca en un bostezo.

—Me temo que sí —Sonrió.

—¿Falta mucho? —añadió mirando por la ventanilla.

Jessica volvió a sonreír.

—Ya casi hemos llegado... debes abrocharte el cinturón.

—¿He dormido nueve horas?... —se mofó.

—No... ocho y media...

—¡Joder!

—Te hacía falta descansar.

—¿He roncado?

—A todas horas... —Se mordió el labio para evitar reírse por aquella mentira jocosa.

—Ja, ja, ja... No me lo creo.

—Pues pregunta a nuestro vecino, que ha tenido que pedir tapones para los oídos. —Señaló con un gesto de cabeza al señor que estaba leyendo un periódico.

Gabriel se incorporó en su asiento y se acercó a la cara de Jessica para besarla en los labios lentamente, con mucha suavidad, pero a la vez de forma muy sensual y erótica.

—Puede decirse que ya hemos dormido juntos, ¿no? —se burló y la volvió a besar.

—Yo no consideraría esos términos —le respondió devolviéndole luego el beso tirando de su labio.

—Bueno... es un comienzo... algún día lograré que te quedes dormida entre mis brazos durante toda una noche y permitirás que te mime y que te prepare el desayuno...

—Alto, alto... eso es hacer trampa... no me tientes.

—¿Y lo consigo...?

—No.

Jessica se rio con ganas al ver la cara de Gabriel haciendo pucheros como un niño pequeño al quedarse sin su piruleta.

—Eres tonto... —Le golpeó en el hombro.

—Puede, pero un día lograré que duermas conmigo y a partir de ese día no podrás pasar una noche más sin mí.

—Qué pretencioso por tu parte. Aunque yo, de ser tú, no apostaría por ello.

—Ya he apostado.

—Pues en ese caso lo perderás todo.

—No estoy tan seguro.

—¿Me estás retando?

—Está claro, ¿no?... Me juego el puesto de trabajo a que, si pasas una sola noche conmigo hasta la hora del desayuno, querrás pasar a partir de entonces cada noche en mi cama.

Jessica se quedó pensativa y mordiéndose la lengua para no contestar. No podía apostar; de hacerlo, no estaba segura de ganar.

—Disculpe señor, debe sentarse bien y colocarse el cinturón de seguridad —le advirtió la azafata esta vez en un tono menos amable—. Estamos a punto de tomar tierra.

Gabriel miró a Jessica por última vez antes de abrocharse el cinturón.

—Salvada por la campana...

Jessica pudo respirar aliviada gracias a su repentino golpe de suerte. Pero sabía perfectamente que no siempre iba a ser así. De nuevo, tenía que dejarle las cosas claras. Ella era quien llevaba la batuta en su relación, no Gabriel.

—Escucha... No voy a aceptar ninguna apuesta. No voy a dormir contigo. Ya te lo advertí desde un primer momento. No duermo con mis amantes. Si no eres capaz de aceptarlo, entonces tendremos que dejar de acostarnos.

Gabriel hizo un mohín.

La chica dura contraatacando de nuevo. Desde luego, el mejor ataque era una buena defensa. Siempre se escondía tras esa coraza de hormigón. Pero ella ignoraba que dos de las virtudes de Gabriel eran su paciencia y su perseverancia. Estaba dispuesto a esperar todo el tiempo que fuese necesario para lograr su cometido.

Frank Evans, el compañero de Gabriel que le estaba ayudando en el proyecto Kramer, les estaba esperando a la salida del aeropuerto en el BMW de Jessica. Se acercó hasta ellos para echarles una mano con el equipaje.

—¿Habéis tenido buen vuelo?, anunciaban tormentas cerca de la costa de Nueva York.

—Alguna turbulencia hemos notado...

—¿Turbulencias? —preguntó Gabriel curioso.

Jessica se rio.

—Sí, Gabriel, tú dormías como un lirón.

Gabriel se rascó la cabeza mirando a Frank y éste sonrió haciendo mutis para colocar el equipaje en el interior del maletero. Luego rodeó el coche y se sentó en el asiento trasero.

—Sube, te llevo a tu casa —le dijo Jessica a Gabriel abriéndole la puerta del copiloto.

—¿Vendrás esta noche a mi apartamento? —le preguntó acercándose para rodear su cintura con las manos, pero ella lo apartó antes de que pudiera tocarla.

—Delante de mis empleados no hagas eso... —lo regañó.

—¿Te avergüenzas de que nos puedan ver juntos?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Gabriel, no insistas. Las cosas son así, ya te lo dije, lo tomas o lo dejas. Sólo follamos. Nada más.

Se giró y le dio la espalda para subir a su BMW negro.

Gabriel resopló con fuerza y giró el anillo de su pulgar varias veces antes de sentarse a su lado. Miró de nuevo a Jessica, aunque no fue capaz de percibir nada en sus ojos, pues unas gafas de sol negras los cubrían. Se colocó el cinturón de seguridad y se reservó las palabras que estaba pensando para sí mismo.

—Toma tu BlackBerry —le dijo Frank desde el asiento trasero.

—Gracias —le contestó, cogiéndola.

—Dale las gracias a Jessica, ella ha conseguido que te la arreglaran lo antes posible.

Gabriel la miró y, aunque sabía que no quería que la tocara delante de sus empleados, le colocó la mano sobre el muslo y lo apretó ligeramente en forma de agradecimiento. Esta vez ella le respondió con una media sonrisa.

Tras llegar a su apartamento y despedirse de ambos, subió en ascensor hasta su planta. Sacó de su maleta un enorme paquete envuelto en papel de regalo con dibujos infantiles. Cerró la cremallera y llamó al timbre.

—¿Quién es? —La voz que se oía al otro lado de la puerta era grave y profunda.

—Gabriel, el vecino del 7B.

Se oyó carraspear y poco después la puerta se abrió sólo un poco, lo justo para mirar a través de ella.

—Tío, estaba durmiendo, espero que sea algo importante —gruñó.

Gabriel enarcó una ceja.

Por la pinta de yonqui que tenía, dedujo que era el padre de Scott, a quien probablemente habían soltado por buena conducta. Y lo que era peor, parecía que estaba colocado. Aguantaba el peso de su cuerpo en el marco de la puerta porque seguramente, si no lo hacía, se daría de bruces contra el suelo. Vestía una camiseta blanca de tirantes ajustada a su escuálido cuerpo repleto de tatuajes obscenos y un pantalón militar agujereado a propósito por varios sitios, y llevaba el pelo enmarañado y sucio. Apestaba a alcohol y tenía las pupilas dilatadas.

Gabriel sintió ganas de vomitar sólo con verlo.

—He traído esto para Scott. —Le entregó la caja perfectamente envuelta.

—¿Qué coño es eso?... ¿No hará ¡boom! no?... ja, ja, ja —se mofaba gesticulando con las manos y el rostro.

—Es el regalo que le prometí, un *Batmóvil*.

—¿Qué es... qué?

Volvió a reírse a carcajadas, tronchándose en la cara de Gabriel.

—Trae... ya le daré yo *Batmóvil* a Scott, por haber hablado con extraños...

Le arrancó el regalo de las manos y le cerró la puerta en las narices.

Gabriel se quedó estupefacto, clavado en el suelo; se había quedado blanco como la pared. Estuvo a punto de volver a llamar al timbre y asegurarse de que Scott estaba bien, pero no podía irrumpir por las malas en una casa ajena.

«Maldita sea», gruñó.

Así que, muy a su pesar y sin parar de blasfemar y de maldecir a aquel padre y a aquel abuelo, se encerró en su apartamento. Dejó la maleta sin deshacer junto a la cama y se metió en la ducha, necesitaba despejar su mente y liberarse de aquella imagen del padre de Scott.

Al acabar de ducharse, algo ya más relajado, se tumbó sobre la cama. Se miró la mano vendada e hizo un repaso de su estancia en Barcelona. Cerró los ojos con fuerza. Los recuerdos de su padre golpeaban con fuerza su corazón una y otra vez. Inspiró hondo y pudo sonreír al pensar en lo que le dijo su madre: su padre estaba orgulloso de él, de sus logros y de que trabajase en Manhattan.

De repente, sonó su BlackBerry. Se sobresaltó al salir de su ensimismamiento. Miró la pantalla, era Daniela.

«Joder, no me acordaba de ella...», murmuró.

—Hola, Daniela —contestó.

—Gabriel... ¡Uf!, menos mal que he podido contactar contigo... —Hablaba muy deprisa, apenas se le entendían las palabras.

—Tranquila... —Se rio—. Respira, Daniela...

Ella se mordió el labio, miró a su compañera de piso, que estaba escuchando música tumbada en la cama, y salió de la habitación caminado hacia la cocina.

—Gabriel, perdona...

—Estás perdonada. —Sonrió divertido.

—¿Estás en Nueva York?

—Sí, he vuelto hace... —Miró su reloj—. Una hora escasa...

—O sea, que ha ido todo bien, ¿no?... tu familiar, digo.

—Mmm... no.

—¿Noooo? —le preguntó muy extrañada.

—Mi padre falleció el martes por la mañana.

Daniela se quedó paralizada en silencio y luego comenzó a notar cómo las lágrimas bañaban sus mejillas a la vez que no pudo evitar dejar escapar algún que otro sollozo.

—Shhh... Daniela... —Intentaba calmarla al otro lado del teléfono—. Se supone que el que tiene que estar llorando soy yo... no tú.

Gabriel sonrió.

Daniela era tan dulce y tan especial que le entraban ganas de achucharla como a un peluche. Se sintió culpable por estar lejos y no poder consolarla, dejándola así con aquel trago amargo.

—Lo... sien... to... mu... cho... —No cesaba de llorar.

—Lo sé... Pero no te angusties... ¿estás sola?

—No.

—Si quieres voy...

—No.

—¿Seguro?

—No.

Gabriel negó con la cabeza.

Jamás había conocido a un ser tan frágil como ella. No sabía por qué, pero con ella siempre le daba la sensación de que debía protegerla y cuidarla.

—¿Estás en tu casa?

—Sí —asintió sin dejar de llorar.

—Ahora mismo voy...

Gabriel cortó la llamada, se levantó de la cama, se vistió y cerró la puerta de su apartamento tras de sí.

25

Daniela abrió la puerta de su apartamento con lágrimas aún en sus grandes ojos verdes. Nada más ver a Gabriel, se abalanzó sobre él en un intenso abrazo, apoyando su cara en sus fuertes pectorales. No sabía por qué, pero con él se sentía segura y a salvo, como en una imaginaria burbuja que nada ni nadie podía destruir.

—Vamos, Daniela... cálmate... —le dijo acariciando su espalda una y otra vez.

Poco a poco Gabriel consiguió serenarla y, cuando ésta ya se mostró más relajada, le invitó a pasar a su apartamento.

Él la siguió hasta la cocina y se sentó en uno de los dos taburetes que había junto a la mesa. Daniela comenzó a preparar café y té. Sabía que le gustaba el café solo bien cargado; a ella, en cambio, le apetecía más tomarse un té bien calentito.

Gabriel la observaba en silencio.

Por lo poco que la conocía, ya sabía que era una chica muy sensible, pero hasta el extremo de afectarle tanto la muerte de su padre... eso era, como mínimo, inverosímil, difícil de comprender.

Cuando el café estuvo a punto, se acercó a la mesa y lo sirvió en una taza.

—Gracias.

—De nada —le respondió, aún con el pulso tembloroso.

Dio media vuelta y fue a preparar su té. Esperó a que el agua estuviera hirviendo para añadir unas cuantas cucharadas de té verde y azúcar. Lo comenzó a remover y, pasados unos segundos, introdujo hojas frescas de menta verde en su interior. Apagó el fuego, colocó la tetera sobre una bandejita y se sentó frente a Gabriel.

—¿Quién te ha enseñado a preparar el té así? —le preguntó con curiosidad levantando la tapa de la tetera e inspirando el aroma a menta.

—Una amiga de Barcelona que nació en Marrakech. Sus padres emigraron a España cuando tan sólo tenía tres años, así que prácticamente no recuerda nada de su país, pero muchas de sus costumbres le han sido inculcadas desde muy pequeña.

—Interesante... —dijo sorbiendo de su café sin dejar de mirarla.

Gabriel necesitaba saber por qué se había puesto tan nerviosa. Ella aún no lo conocía lo suficiente como para tener un sentimiento tan profundo por él y por el fallecimiento de su padre. Tenía que ser otra cosa, algo más debía perturbarla. Tenía la necesidad de preguntárselo y así lo hizo, sin andarse por las ramas.

—Y ahora... ¿piensas decirme lo que te pasa de verdad?

Daniela casi derramó el té, su pregunta la pilló desprevenida. ¿Tan transparente era para Gabriel? Ella no quería preocuparlo con sus problemas, bastantes tenía ya él.

Claudia en ese momento cruzó por la puerta de la cocina, se acercó hasta Daniela y le entregó su teléfono móvil de mala gana.

—Si no quieres contestar al menos podrías apagarlo, estoy intentando leer y no para de sonar todo el tiempo.

El rostro de Daniela cambió de golpe.

Su menudo cuerpo comenzó a temblar ligeramente. Gabriel pensó que quizá su estado de ánimo tenía mucho que ver con aquellas llamadas telefónicas.

Claudia, tras prepararse un sándwich de jamón y queso y abrir una lata de Coca-Cola, salió de la cocina y se encerró de nuevo en su habitación.

Gabriel entonces aprovechó para plantear lo que le rondaba desde hacía bastante rato por la cabeza.

—Estás así por esas llamadas, ¿no? —le preguntó intentando adivinar su reacción a través de sus ojos—. O, mejor dicho, estás así por la persona que realiza esas llamadas y que evitas contestar...

Daniela agachó la cara, avergonzada. Sí, era cierto. Se sentía angustiada por aquellas llamadas que desde la mañana no dejaban de intimidarla.

—No es nadie.

—Pues para no ser nadie te tiene muy alterada.

—Quiero decir, que no es nadie importante.

Gabriel se quedó pensativo. No quería presionarla. Pero, por otro lado, no soportaba verla así. Las únicas personas con las que podía contar en Nueva York eran su compañera de piso y él. Su familia estaba a miles de kilómetros y Claudia, aunque estaba a sólo unos pocos metros, en su habitación, era como si estuviese a años luz; no parecía importarle demasiado que Daniela estuviese llorando o se encontrase mal.

—Daniela, sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? —Ella asintió un par de veces con la cabeza—. Pero, si no me lo cuentas, no podré ayudarte.

Ella se mordió el labio mientras lo meditaba.

Claro que confiaba en él, sólo que tampoco podría ayudarla. O al menos eso era lo que ella creía. Dejó pasar unos segundos mientras seguía meditando.

Él había acabado su café y ella su té, así que recogió las tazas sucias y las llevó al fregadero. Para cuando se quiso dar la vuelta, Gabriel se había levantado y ya estaba a su lado.

—No quiero que nadie te haga daño... —le susurró con calma.

Sus palabras le acariciaron el alma.

Daniela había tenido tan mala suerte con los hombres que la amabilidad y la comprensión de Gabriel la aturdían por completo. No estaba acostumbrada a que nadie la tuviese en cuenta, ni mucho menos que la tratase con tanto respeto. Siempre se había considerado como un juguete roto con el que nadie quería jugar.

Por fin, retomó aire y se armó de valor, había llegado el momento de ahuyentar sus fantasmas. Confiaba en Gabriel, aunque hiciera tan poco que lo conocía. Podía ver a través de sus ojos un alma limpia y noble.

Alzó la vista y comenzó a hablar.

—Quien ha estado llamando durante todo este tiempo es... Ismael.

Gabriel frunció el ceño. Hasta ahora nunca había oído hablar de él, así que se mantuvo quieto y en silencio para escuchar lo que le tenía que decir.

—Es mi primo... —Negó con la cabeza—. Bueno, en realidad no es mi primo. Soy adoptada, así que no es mi primo biológico.

—Entiendo.

Gabriel cada vez estaba más intrigado. Y Daniela comenzó a relatar su historia:

—Cuando tenía nueve años, mi primo Ismael vino desde Mallorca para alojarse temporalmente en casa de mis padres y así poder estudiar ingeniería en la Universidad de Barcelona. Sus padres no tenían recursos suficientes para pagarle un piso de alquiler, ni siquiera aunque fuese compartido con otros estudiantes.

Daniela inspiró hondo y comenzó a hablar muy bajito.

—Comenzó aquel semestre y él empezó a asistir a la universidad por las mañanas; obtenía las mejores notas de clase. Mis padres, por supuesto, estaban encantados con él. Ismael se portaba

bien con ellos. Ayudaba en las tareas domésticas. Incluso había encontrado un trabajo a tiempo parcial para ayudarlos con los gastos de la casa. —Tragó saliva costosamente e inspiró hondo un par de veces para continuar con la voz temblorosa—: Pero nadie podía sospechar lo que realmente ocurría por las noches en mi habitación... Ismael aprovechaba que mis padres dormían para meterse en mi cama.

Gabriel abrió los ojos desconcertado.

Imaginándose a ese bastardo meterse entre las sábanas de una niña de tan sólo nueve años, sintió náuseas.

—Sólo me tocaba, jamás me penetró... Supongo que eso lo hubiese delatado, los desgarros hubiesen alertado a mi madre. Era demasiado astuto, lo hizo en silencio y lo hizo durante cuatro malditos largos años...

—¡Hijo de puta...! —masculló con rabia.

Gabriel sintió asco por lo que le hizo y quiso abrazarla, pero Daniela se apartó dando unos pasos hacia atrás. No quería que la tocara, no en esos momentos, se sentía sucia y avergonzada. Aguantó las lágrimas en un acto de valentía, porque ya había llorado bastante, porque no quería seguir derramando ni una sola lágrima más por aquel malnacido.

Él no daba crédito.

Su confesión lo había descolocado. Se le encogió el corazón sin saber qué hacer, cómo debía actuar o cómo podía ayudarla. Estaba muy enfadado, quería arrancarle las manos a aquel cabrón para que no volviera a tocar a ningún niño nunca más.

—Durante muchos años traté de reunir coraje para contárselo a mi madre, pero no podía... me repudiaba a mí misma, me sentía tan sucia y me daba tanto asco que jamás fui capaz.

Hizo una pausa para poder continuar:

—Hoy ha llamado mi madre y me ha dicho que Ismael y su mujer acaban de adoptar a una niña de tres años... —Negó llevándose las manos a la cabeza—: En seguida me he visto reflejada en esa niña pequeña y he vuelto a sentir sus asquerosas manos por todo mi cuerpo... Y me he dado cuenta de que había llegado el momento de decírselo, así que se lo he confesado todo a mi madre... No quiero que esa niña pase por lo mismo que pasé yo...

Daniela se estremeció y se abrazó a sí misma. Gabriel volvió a acercarse lentamente para estrecharla entre sus brazos. Esta vez sí que se dejó abrazar.

—¡Dios!... Lamento tanto que tuvieras que pasar por todo aquello... Maldito hijo de puta...

El teléfono interrumpió su abrazo y Gabriel se acercó a cogerlo.

—No, Gabriel... por favor, no contestes... —le suplicó.

Él ignoró su comentario y vio reflejado en la pantalla un número internacional. No dudó, ni siquiera se lo pensó, contestó sin más:

—Sí, ¿quién eres?

—Ismael... ¿y quién coño eres tú y dónde está Daniela?

—Soy Gabriel, un amigo.

Ismael guardó silencio unos segundos.

—Pásame con ella...

Gabriel se rio.

—Intuyo que eres el hijo de puta al que le gusta abusar de niñas pequeñas...

Volvió a reinar el silencio al otro lado del teléfono.

—Ya veo, por lo visto te has quedado mudo... Los cobardes como tú sólo se atreven con seres más débiles... Pues escúchame con atención... como te atrevas a tocar un solo pelo de un solo niño más, pienso ir a por ti, pero no pienso matarte, no vas a tener tanta suerte... Haré que tu vida

sea un completo infierno... Supongo que eres listo y sabrás lo que les hacen en la cárcel a los que abusan de niños... Así que... mantente al margen... Si me entero de que vuelves a llamar, o a ponerte en contacto con ella de cualquier manera... te jodo la vida... ¿Queda claro?

Ismael tragó saliva, no se atrevió siquiera a contestar.

—¡¿Queda claro, hijo de puta?! —le espetó en tono amenazador.

—Sí.

Gabriel cortó la llamada y apretó el teléfono entre sus manos, tentado de lanzarlo contra la pared, pero no lo hizo. Daniela se había tenido que sentar porque las piernas le temblaban como gelatina. Él se acercó y la envolvió entre sus brazos. Y entonces, por fin, pudo desahogar su ira.

26

Jessica presionó el botón de su mando a distancia y la verja se abrió por completo. Condujo por el camino adoquinado hasta llegar al porche de su mansión. Nada más aparcar su BMW X6 de color negro, su ama de llaves salió a recibirla.

—Buenas tardes, señorita Orson, ¿ha tenido buen viaje de vuelta? —le preguntó abriendo el maletero y recogiendo su ligero equipaje de mano.

—Sí, gracias, Geraldine... —Le sonrió—. ¿Alguna novedad? ¿Alguna llamada importante?

—Ha llamado el señor Andrews y me ha dado orden de preparar la cena para ustedes dos a las diez en punto.

«¿Robert?», pensó ella.

¿Qué querría un jueves por la noche? Justamente esa semana tenía previsto disfrutar unos días de la compañía de su hija Nicole. Desde el verano que no se habían visto y, ahora que había comenzado el semestre en la Universidad de Harvard, sería aún más complicado.

Robert y la madre de Nicole convivieron juntos durante diez años. Nunca llegaron a contraer matrimonio. Los constantes devaneos por parte de él fueron los causantes de su ruptura. Rebecca era capaz de pasar por alto sus pequeñas infidelidades. Sabía que era un hombre con grandes necesidades sexuales y que de vez en cuando tenía que echar alguna canita al aire. Pero lo que jamás pudo perdonar fue la relación paralela que mantuvo con Jessica.

Llegaron a un acuerdo consensuado. Ella se quedó con la custodia de Nicole más el veinticinco por ciento de las acciones de la empresa Andrews&Smith y, por su parte, evitó cualquier escándalo mediático. Por supuesto él aceptó, su reputación era lo primero.

Jessica, tenía tan sólo veinticinco años cuando conoció a Robert. Era guapo, apuesto y asquerosamente rico. Comenzó a trabajar como su ayudante personal en Andrews&Smith. En seguida cayó tentada en sus redes. Era persuasivo, encantador y no estaba acostumbrado a aceptar un «no» por respuesta. Jamás le habló de su mujer ni de su hija y, hasta bien avanzada la relación, ella no lo supo. Entonces trató de abandonarlo en varias ocasiones, pero él siempre regresaba con las mismas promesas. Le perjuraba una y otra vez que había dejado a Rebecca y que quería casarse con ella. Pero no eran más que eso, mentiras.

Jessica subió a su habitación. Miró el reloj de pared: la manecilla pequeña marcaba las nueve de la noche. Comenzó a desvestirse y dejó su traje sobre el sofá de tres plazas de color marfil. Recogió su larga melena en un moño alto y abrió el grifo para llenar la bañera de hidromasaje. Tiró sales de baño, abrió una botella de *Cabernet Sauvignon* y se sirvió una copa. Encendió su iPod y la primera melodía que sonó fue el Preludio, de Bach. Bebió de la copa mientras sentía el agua acariciar su piel y se relajó cerrando los ojos.

Gabriel esperó a Daniela en el balcón mientras se fumaba un cigarrillo. Estaba empezando a oscurecer y la noche se presentaba algo fría. Ella fue a buscar una chaqueta tejana y se la puso mientras se miraba al espejo.

—¿Vas a salir con Gabriel? —le preguntó Claudia mirando a través de sus gafas de lectura.

—Vamos a ir a cenar.

—Pues disfruta del postre. —Se rio divertida.

—Sólo somos amigos... o al menos por su parte...

—Y eso, ¿por qué?

Daniela se encogió de hombros.

—Supongo que no debo de ser su tipo o quizá tiene novia.

—O porque es gay.

—No... no lo creo. —Sonrió levantando ambas cejas.

—Bueno, eso nunca se sabe, a veces lo es quien menos te lo esperas.

Daniela negó con la cabeza mientras se cepillaba el pelo. Vio a través del espejo cómo Claudia se levantaba, abría su primer cajón de la mesita, cogía algo de su interior y se acercaba hasta ella.

—Abre la mano.

Ella hizo lo que le pidió, y Claudia le puso un par de preservativos en su palma. Daniela abrió mucho los ojos al ver aquellos envoltorios plateados.

—No me mires así. Tienes veintiún años. Eres joven, guapa y vas a salir con el tío más macizo que he visto en años, qué digo en años... que he visto en toda mi vida... Y además aseguras que no es gay... pues entonces, y por si acaso, debes ir prevenida.

—Claudia, ¡por Dios!, no seas bruta. No podría acostarme con él. Además, si ni siquiera nos hemos besado.

—Bueno, eso tiene solución... lo besas y ya está.

—Esta conversación está siendo totalmente surrealista. —Le devolvió los preservativos.

Claudia los miró, negó con la cabeza y se los guardó en el bolsillo del pantalón.

—Bueno, pues al menos déjame que te maquille. Tienes unos ojos preciosos y casualmente hice un curso de maquillaje este verano... Así podré practicar...

—Vale, pero con la condición de que no parezca una buscona.

—¡Ja, ja, ja...! No te preocupes... —Se rio.

Fue a buscar su estuche de maquillaje y, en sólo cinco minutos, dio color y luminosidad al rostro de Daniela. Cuando ésta se miró al espejo, no se reconocía. Había conseguido realzar su belleza natural sólo con unos simples toques de maquillaje.

—¡Uau...! Estás preciosa, Daniela... —exclamó orgullosa de su creación.

—Gracias... —dijo tímidamente tocando su rostro mientras se miraba en el espejo.

—Pero, hay un inconveniente...

—¿Cuál?

—Tu ropa...

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Nada, si tienes quince años y te gusta Justin Bieber.

Daniela se rio con ganas.

—Me gusta ir cómoda.

—Sí, y a mí también —la sermoneó—. Pero, cuando tienes a ese Adonis esperándote para salir... debes estar a la altura y vestirte como una mujer...

Claudia no esperó respuesta. Fue a su armario y rebuscó entre su ropa, descartando los tejanos y las camisas anchas. Recordaba un vestido blanco tipo camisola con un ligero estampado en tono camel. Al encontrarlo, lo descolgó de la percha y se lo enseñó.

—Toma... creo que tenemos la misma talla.

—¿Estás segura?

—Totalmente... Este vestido siempre me ha traído muy buena suerte. —Le guiñó un ojo—. Voy a buscar el cinturón.

Removió el interior de los cajones del armario en busca de aquel cinturón mientras Daniela se desnudaba: se quitó la chaqueta tejana y la camiseta por encima de la cabeza, y se quedó en sujetador.

Claudia, al acercarse de nuevo, quedó muy sorprendida al ver una extraña marca de nacimiento en uno de sus pechos, tenía la forma de una flor. Era como un pequeño tatuaje en unos tonos algo más oscuro que el de su propia piel.

—Qué bonita marca... —le dijo señalándolo con el dedo, casi rozándolo con su yema—. Parece una margarita...

Daniela se miró el pecho y se ruborizó levemente.

—Tengo otra en la parte interna del muslo... Supongo que mi madre tuvo muchos antojos estando embarazada. —Sonrío mientras se ponía el vestido rápidamente para no permanecer demasiado tiempo desnuda. Luego se quitó los pantalones.

—Sí, seguramente...

* * *

Gabriel estaba pensativo mirando al horizonte.

La noche perpetuaba el cielo de Manhattan. Al oír unos tacones recorrer el suelo del balcón, se volvió y se encontró con una Daniela muy cambiada. Sin poderlo evitar, sus ojos se abrieron y comenzaron a examinar su cuerpo de arriba abajo. Ese vestido realzaba sus curvas y sus pechos, y los zapatos de tacón le daban un aire sexi y femenino. Gabriel tragó saliva y Daniela se ruborizó al sentir sus ojos verdes sobre su cuerpo, al tiempo que disimuló una sonrisa.

—Estás muy guapa —le dijo mientras apagaba el cigarrillo.

—Gracias...

Gabriel cogió su chaqueta para colocársela.

—Qué te apetece... ¿italiano, mexicano o japonés?

—Mmm... comida basura... una hamburguesa grasienta o un perrito caliente, con mucha mostaza y mucho kétchup...

Gabriel se rio con ganas.

—De acuerdo... las damas primero... —dijo realizando una especie de graciosa reverencia.

* * *

Ya eran cerca de las diez. Jessica ultimaba los retoques de su maquillaje frente al espejo cuando oyó cómo alguien golpeaba la puerta de la habitación.

—Adelante.

La puerta se abrió de par en par y apareció Robert, impecable como siempre, vestido con un elegante traje negro de Armani, camisa blanca, chaleco a juego y una corbata de seda en tonos azules.

—Estás preciosa, Jessica... impresionante.

—Gracias, tú también. —Le sonrió mientras se acercaba hasta él—. Y... ¿a qué se debe tu visita?

—Tengo algo importante que proponerte.

—Tú dirás.

—Antes prefiero que disfrutemos de la cena... Geraldine ha hecho tu plato preferido, no podrás negarte a probarlo...

Le sostuvo la puerta hasta que Jessica pasó. Le ofreció el brazo y ella lo aceptó. Se agarró para bajar juntos por las escaleras de mármol.

* * *

Gabriel y Daniela llegaron a un pequeño restaurante donde preparaban todo tipo de comida rápida: perritos calientes, hamburguesas, kebabs... El local estaba abarrotado, lleno de gente hasta los topes, pero tuvieron suerte y encontraron una mesa junto a la ventana. Una pareja acababa de dejarla libre. Tomaron asiento y en seguida una camarera recogió la mesa y la limpió.

—¿Os tomo nota, chicos?

Gabriel hizo un gesto a Daniela para que ella tomase la iniciativa.

—Mmm... pues —dijo ojeando la carta que estaba sobre la mesa—... un perrito caliente y patatas fritas.

—Yo pediré lo mismo.

—¿Y para beber? —dijo mientras tomaba nota.

—Yo una Coca-Cola con hielo y limón.

—Una cerveza.

—Ok, marchando unos perritos calientes... —dijo divertida mientras desaparecía colgando su pedido en la pinza de una rueda giratoria junto a la barra.

Gabriel aprovechó ese momento previo a la cena para conocer un poco más sobre la vida de Daniela. Tenía curiosidad por saber algo más de su pasado, de su familia, incluso de sus padres biológicos.

—Dijiste que eras adoptada.

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Tenía tan sólo unos meses cuando me dieron en adopción.

—Y... ¿sabes algo de tu madre biológica?

Daniela negó con la cabeza.

—Nada. Mis padres jamás me han querido contar nada. Por mucho que he intentado averiguar cosas, siempre me han puesto mil excusas.

—Qué extraño...

—Sí. Sólo sé que era muy joven cuando me dio a luz, ella era prácticamente una niña... unos trece o catorce años, y también sé que la obligaron a renunciar a mí.

—Joder... ¿y no hay forma de saber nada más?

—No. Estuve una vez en contacto con un detective privado, pero la pista se perdía fuera de España.

—¿Quieres decir que tus padres no son españoles?

—Eso me temo.

Gabriel frunció el ceño.

La camarera regresó con una enorme bandeja y colocó uno a uno los diferentes platos sobre la mesa.

—Aquí tenéis... los perritos, las patatas y las bebidas... Que aproveche, chicos —dijo con una amplia sonrisa desapareciendo de nuevo.

* * *

Intrigada, a mitad de la cena Jessica quiso conocer el motivo de la inesperada visita de Robert a su casa. Dejó los cubiertos sobre la mesa, se limpió con la servilleta la comisura de los labios y alzó la vista para mirarle a los ojos.

—Vamos, Robert... ¿Vas a decirme de una vez qué es lo que te pasa? —Bebió de su copa de vino.

—¿No puedo venir a ver a mi preciosa exmujer un jueves por la noche?

—Déjate de tonterías, Robert, no tengo tiempo para eso. Deberías estar con tu hija Nicole y no aquí conmigo.

—A Nicole la veré mañana.

—Y si quieres, a mí también puedes verme todos los días... —lo interrumpió.

Robert esbozó una media sonrisa.

—Veo que sigues siendo tan impaciente como siempre.

—Al grano, Robert.

—Está bien... Había pensado esperar a los postres, con unas copas de champán, desnudos en tu jacuzzi...

Jessica se rio.

—Como siempre tan tentador...

—Ya sabes que sí, cariño...

Robert buscó algo en su bolsillo de la americana mientras se reclinaba para aproximarse más a Jessica. Al moverse, el olor de su caro perfume se mezcló con el de ella. Le cogió de la mano con suavidad. Se la abrió y dejó una cajita de Cartier forrada de terciopelo rojo sobre la palma de su mano.

—¿Qué coño significa esto? No será lo que creo que es... —le espetó confundida.

—Ábrelo —le dijo sonriente y expectante.

Jessica abrió la cajita sin dejar de mirar a sus ojos oscuros. En su interior había una alianza de platino engastado con un diamante ovalado de cinco quilates. Robert, al ver que ella no reaccionaba, cogió la alianza y se la comenzó a colocar en el dedo anular de su mano izquierda.

—Robert, no puedo aceptarlo...

—Mi regalo tiene dos motivos... —le susurró mientras acababa de colocarla en su dedo—. El sábado es tu cumpleaños, treinta y cinco años.

—¿Y el segundo motivo?

—Quiero que vuelvas a casarte conmigo...

27

Jessica se quitó la alianza del dedo y se la devolvió a Robert. Él frunció el ceño malhumorado por su repentino rechazo. Trató de ocultar su enfado hablando en un tono amable y meloso.

—No me tendrás en cuenta lo del otro día, ¿verdad? —siseó—. Fue un error, no pretendía hacerlo... Me dejé llevar por mis instintos...

—Pero lo hiciste, me golpeaste. Y no voy a permitir que ni tú ni nadie me vuelva a poner la mano encima.

—Te he prometido que no volverá a pasar...

—Y yo te he perdonado.

—¡Pero es que me exaspera el subnormal de tu ayudante...! —Cerró la mano en un puño—. Ver cómo tirabas a la basura cincuenta mil dólares y corrías como una perra en celo tras él... no pude soportarlo... ¡Por el amor de Dios, Jessica! —Sus ojos centelleaban—. Tú tienes más clase que él... Y debes estar con alguien de tu talla y no con un crío soplapollas lleno de tatuajes.

Jessica inspiró hondo y contuvo el aliento antes de continuar con aquella absurda conversación. Debía de contar hasta veinte o de lo contrario se vería obligada a gritarle y a mandarlo a la mierda, y aquella no era su intención, porque en el fondo lo apreciaba y le tenía cariño.

—No te equivoques, Robert. Gabriel, además de ser un gran profesional, es un hombre de los pies a la cabeza. Y soy yo... la que no le llega ni a la suela de los zapatos.

—¡¡No digas estupideces, Jessica!! —gritó mientras la miraba furioso.

Jessica se levantó de su silla, no iba a permitir que la discusión continuara por aquellos derroteros y mucho menos que siguiera insultando a Gabriel de aquella manera. Robert, al darse cuenta de que podía perder a Jessica para siempre por culpa de aquel niñato, apretó la mandíbula con fuerza hasta hacer chirriar los dientes.

Alargó la mano y le sujetó del brazo, evitando de esta manera que se marchara.

—¡¿Folla bien?.. ¿Es eso...?! —Le apretó el brazo con más fuerza hasta hacerle escapar un quejido de dolor. Estaba desquiciado. Sus ojos oscuros se enturbiaron, obnubilado por los celos.

—Robert, ¡¡suéltame!!... ¡No pienso repetírtelo...! —exclamó de modo amenazante tratando de zafarse de su amarre.

En ese preciso instante la puerta del salón se abrió. Geraldine traía consigo la bandeja de los postres y se quedó perpleja ante la imagen que vieron sus ojos. Jessica y Robert estaban discutiendo, él la sujetaba con fuerza del brazo mientras ella se resistía.

De la propia impresión, el pulso le falló y la bandeja resbaló entre sus dedos, cayendo contra el suelo y haciendo añicos los platos de porcelana.

—Lo siento... —se excusó mientras se arrodillaba para recoger los trozos de pastel de chocolate esparcidos que manchaban el brillante parqué.

Jessica fulminó a Robert con la mirada y de un tirón se liberó de su mano. Luego se acercó caminando a Geraldine, que seguía aturdida.

—No te disculpes, Geraldine. —Se agachó mientras colocaba una mano en su hombro.

Jessica le ayudó a recoger los pedazos rotos de cerámica con mucho cuidado de no cortarse.

—Señora... déjeme a mí, por favor...

—Entre las dos lo recogeremos en un momento. Y perdóname tú a mí, por la escena tan grotesca que has tenido que presenciar.

Geraldine agachó la barbilla y siguió recogiendo en completo silencio. Tras acabar, se marchó a la cocina a por otra bandeja con postres. Jessica aprovechó para acercarse a Robert, quien se había vuelto a sentar.

—Márchate — susurró en tono amenazador.

—Jessica, joder... —masculló—. No saques las cosas de quicio.

—No te lo estoy pidiendo, quiero que te vayas... ¡ahora! —Señaló la puerta con un gesto con la mano.

Robert trató de acercarse a ella con cautela. Quiso alargar la mano para tocar su cara, pero ella se apartó.

—Sal de mi casa...

Jessica se giró y le dio la espalda, para luego salir de aquel salón. Subió las escaleras hasta su habitación y, tras dar un portazo, cerró la puerta con llave.

* * *

Gabriel se acabó la cerveza y alzó la mano. La camarera en seguida se presentó.

—¿Necesitáis alguna cosa más?

—Sí, dos cervezas...

Daniela alzó las dos cejas y lo miró haciendo un mohín. Ella no estaba acostumbrada a beber. Pero pensó «¿qué narices, y por qué no?» Los viernes por la mañana no tenía clases. Además, sería una buena forma de celebrar aquel día, que sin duda se había convertido en un día muy especial. Aquel día lo marcaría con un círculo rojo en su almanaque, para jamás olvidarse de celebrarlo. Aquel día había conseguido sincerarse, confesar lo que durante tantos años la había reconcomido y la había herido por dentro. Y todo eso se lo debía a Gabriel. Él había conseguido que abriera su corazón, haciéndola sentir segura y protegida a su lado. Se podía decir que él era lo más parecido a un príncipe azul, como el que siempre nos habían vendido de pequeñitas en cuentos como La Cenicienta, de Charles Perrault.

—Aquí tenéis, parejita —La camarera sonreía mientras abría la chapa de las cervezas y las dejaba sobre la mesa.

Daniela, que notaba cómo sus mejillas se habían ruborizado por aquel comentario fortuito, bebió un trago largo para humedecerse la boca, que se le había quedado seca. Sintió cómo el sabor amargo de la cebada recorría el largo de su garganta.

Carraspeó un poco y después tosió un par de veces.

—Tranquila. —Le apartó la botella de la boca—. Bebe despacio o te sentará mal...

Gabriel se rio y bebió también a morro de la suya.

—Creo que te estoy enseñando malas costumbres demasiado rápido. —Volvió a sonreír sin dejar de mirarle a los ojos.

—Bueno, dicen que todo lo malo se pega.

—Eso dicen... Estoy pensando en que me gustaría... —dijo esperando unos segundos para crear un poco suspense en el ambiente—... llevarte un día a que te hicieran un tatuaje...

—¿Estás de broma, no? —Abrió mucho los ojos.

—Claro que estoy de broma... Nunca te obligaría a hacer nada que no quisieras...

Daniela suspiró aliviada mientras se llevaba la mano al pecho y bebía de nuevo de la botella de cerveza. Gabriel observó la hora en su reloj. Eran cerca de medianoche.

—¿Quieres que te acompañe a casa o prefieres tomar una última copa?

Daniela se mordió el labio mientras sopesaba las opciones. La cena había pasado volando y aún no quería volver a casa, deseaba aprovechar todo el tiempo que pudiera para estar con él. Si

tenía que ir a algún antro de aquellos de moda, pues iría. No eran santos de su devoción, pero haría un esfuerzo. Todavía no quería separarse de Gabriel.

—Me gustaría una última copa...

—Vale, pues entonces déjame pagar y nos vamos.

Con un gesto pidió la cuenta y Daniela aprovechó para ir a los servicios. Al regresar, él ya la esperaba con las chaquetas entre las manos.

—¿Estás lista?

—Sí. —Le sonrió—. ¿Adónde vamos?

—Podríamos ir a la discoteca *Marquee*, está muy cerca de aquí, a sólo unas manzanas.

—Me parece bien —dijo colocándose la chaqueta y caminando hacia la salida.

* * *

Jessica se descalzó y se dejó caer sobre las sábanas de seda que cubrían la enorme cama. Necesitaba relajarse, las palabras de Robert le habían dado qué pensar. En todos estos años jamás se había mostrado violento con ella. Y nunca había actuado así con ninguno de sus amantes, excepto con Gabriel.

Su matrimonio acabó en divorcio, porque la convivencia lo lapidó. Antes de separarse acordaron verse cada vez que les apeteciera para mantener relaciones sexuales, además de tener plena libertad para acostarse con otras personas. Hasta ese momento había funcionado: ella tenía sus amantes y él, las suyas. No entendía por qué tenía que ser diferente con Gabriel.

Estaba agotada y necesitaba dormir, así que abrió el cajón de su cómoda para coger las pastillas contra el insomnio. Al no dar con ellas, rebuscó un poco más en su interior. Apartó los pañuelos de seda a un lado y vio en el fondo una caja de pastillas por empezar. Al cogerla, se quedó enganchada a aquella vieja fotografía que había debajo. Dudó entre cogerla o volverla a dejar en el fondo del cajón. Hacía mucho tiempo que no la miraba, casi un año.

Inspiró despacio cerrando los ojos; para cuando los volvió abrir, sintió cómo se le humedecían ligeramente y una punzada apretó con fuerza su corazón.

Se armó de valor y la sujetó entre sus dedos, acercándosela al pecho para colocársela junto al corazón.

—Sabes que hice lo imposible para que no te separaran de mi lado...

Miró la fotografía mientras la sostenía con cuidado; estaba rota y le faltaba un trozo en una esquina. Era el único recuerdo que tenía de su bebé, que le arrebataron de sus brazos cuando sólo tenía unos días. Era la prueba fehaciente de que alguna vez fue madre.

Rozó con sus yemas la carita de aquel ángel, mientras una lágrima recorría su mejilla.

—Pronto cumplirás veintidós años, mi amor...

28

Gabriel y Daniela tuvieron que esperar un buen rato haciendo cola antes de poder entrar al interior de la discoteca *Marquee*.

No podía dejar de observar a las dos chicas jóvenes que estaban charlando justo delante de ella. Por las apariencias, rondarían su misma edad; aunque, por sus escasas vestimentas, su intenso maquillaje y la manera que tenían de expresarse, distaban bastante de la personalidad de Daniela. Hablaban de sexo con tal soltura y desparpajo que incluso consiguieron escandalizarla. Con el mero hecho de tener que oír cómo describían con pelos y señales sus últimas experiencias sexuales, sentía cómo sus mejillas rápidamente se encendían como el fuego de una antorcha. Incluso se permitían el lujo de hacer apuestas acerca de cuántos chicos acabarían tirándose aquella misma noche.

Gabriel, que también oyó aquella conversación, pudo ver reflejado el estupor en el rostro de Daniela. Y, aunque quisiera negarle la evidencia, sabía que él no era el más indicado para ello, porque reconocía que no era precisamente ningún santo.

—Daniela, la noche es así... —Se encogió de hombros sin tratar de enmascarar aquella abrupta declaración—. La noche está repleta de sexo, de drogas y de perversión.

Ella agachó la cabeza avergonzada, tratando de esconderse entre los mechones de su pelo. Gabriel le levantó la barbilla y la miró fijamente.

—Eres tan dulce y tan inocente... sería tan fácil hacerte daño...

Daniela lo miró boquiabierta sintiendo cómo un escalofrío recorría el largo de su espalda. Sus palabras no hacían más que acrecentar aquel sentimiento de deseo hacia él. Era consciente de que él estaba tratando de ser amable y de que sólo podía ofrecerle su amistad, pero deseaba tanto que eso no fuese así, que despertar y darse de bruces contra la cruel realidad era demasiado doloroso para ella.

—Debes pensar que soy un bicho raro o algo así, ¿verdad?

—No. ¿Por qué? —le preguntó extrañado.

—Porque no soy como las demás chicas de mi edad.

—¿Y qué tiene de malo ser diferente? —Arrugó el entrecejo—. Yo siempre he tratado de vivir a contracorriente. No me gustan los convencionalismos, como ya habrás notado.

Daniela esbozó una sonrisa de complicidad, porque ella se sentía exactamente igual.

Minutos más tarde pudieron entrar. Gabriel guio a Daniela a través de la multitud hacia una especie de reservado. Allí estarían más cómodos, podrían sentarse en unos amplios sofás, la música no era tan estridente y, además, el lugar permitía seguir charlando. La pista se veía desde allí y ya había mucha gente bailando en el centro.

Una camarera morena se les acercó para tomar nota. Era alta, delgada y con grandes pechos que parecían operados. Vestía una minifalda que dejaba volar poco la imaginación y una camisola semitransparente de color negro. Además, tenía los labios pintados de rojo carmín a juego con las largas uñas.

—¿Qué te pongo? —preguntó humedeciendo los labios e inclinándose ligeramente para enseñarle el voluminoso escote mientras se acercaba a su cara para provocarlo.

Daniela entornó los ojos por el exagerado coqueteo de la camarera. Ella también estaba allí y, sin embargo, parecía ser transparente.

«¡Será fresca! Si sigue acercándose más, conseguirá restregarle las tetas por toda su cara», resopló con fuerza para sus adentros.

—Ponme un güisqui con hielo, por favor —le pidió a la vez que se echaba algo hacia atrás en el sofá para tratar de recuperar su espacio—. ¿Qué vas a querer tomar tú, Daniela?

Se permitió dudar unos segundos y en seguida lo tuvo claro. Había llegado el momento de divertirse y no lo lograría si no dejaba de mostrarse tan tímida. Beber algo fuerte le podría ayudar a desinhibirse.

—Para mí también un güisqui con hielo —dijo alzando el mentón y aparentando serenidad en sus palabras.

—¿Estás segura? —Arrugó el entrecejo.

—Sí.

—Daniela, si quieres puedo darte a probar primero del mío y luego decides...

—No. Quiero uno para mí —protestó.

—Vale, es cierto, tienes razón. Eres mayorcita para tomar tus propias decisiones... —Le sonrió encogiéndose de hombros—. Que sean dos, entonces.

La camarera desapareció y Gabriel se acercó un poco más a Daniela para poder seguir charlando y así conocerla mejor.

—¿Al final conseguiste recuperar algún objeto robado?

—No. Por lo visto no eran los mismos ladrones.

—Hay que tener paciencia con estas cosas. Es difícil dar con ellos a no ser que cometan errores. Se las saben todas...

—Sí. Aunque yo me conformaría con que los encerrasen entre rejas y que pagaran por lo que me hicieron.

Gabriel asintió porque estaba de acuerdo con su comentario.

—¡Que me aspen!... No puedo creer que estés aquí...

Gabriel, que reconoció aquella voz, giró el rostro en la dirección de su procedencia.

—Eric... ¿Qué coño estás haciendo de nuevo en Nueva York? —Se levantó para saludarlo y fundirse ambos en un abrazo.

—Negocios, como siempre Gabriel. Al final voy a pedir el traslado aquí... ja, ja, ja... —Reía mientras observaba a Daniela, repasándola a su vez de arriba abajo, sin apenas disimular mientras la desnudaba con descaro con la mirada—. Te he estado llamando, pero salía el contestador...

—He tenido problemas con el móvil. —Le sonrió—. ¿Te quedarás mucho tiempo?

—Un par de semanas.

—Genial.

Daniela los miraba en silencio.

Eric era un tipo alto, moreno y corpulento y con una mirada azul muy penetrante, incluso intimidante. Y, para más inri, vestía todo de riguroso negro, envolviéndolo en un aura misteriosa. Llevaba una camisa entallada y arremangada por los codos, pantalón tejano ceñido a sus piernas y unos brillantes zapatos de piel. Daniela fue más allá y se fijó en su mano; se percató de una marca blanquecina que rodeaba su dedo anular. Era la prueba fehaciente de haber llevado no hacía mucho tiempo una alianza.

—¿Me presentas a esta preciosidad? —le preguntó a Gabriel señalando con la cabeza a Daniela, quien apartó la mirada de sus ojos azules.

—Es una amiga.

Eric no esperó y voló para acomodarse junto a ella.

—Vaya, de cerca aún eres más guapa.... —le confesó enseñando la perfecta hilera de dientes blancos al sonreír—. Soy Eric. Gabriel y yo estudiamos juntos en Madrid. ¿Y tú eres....?

—Yo soy Daniela... —le dijo casi en un susurro.

—Tienes un nombre precioso, al igual que tus ojos.

Daniela se ruborizó al instante; el efecto que ejercía sobre ella era devastador. Eric aprovechó para acercarse y sentir el calor de sus mejillas, y le dio dos besos.

—Mmm... *Trussardi Inside* —dijo él al oler su perfume—. Divino...

Gabriel enarcó una ceja.

¿Qué era todo ese despliegue de seducción hacia Daniela?

Eric no era precisamente lo que ella necesitaba, no podía permitir que la enredara en su telaraña de perversión. Él era un experto embaucador, un encantador de serpientes. El típico depredador de manual. Y en este caso un asaltacunas. Daniela era demasiado inocente para semejante lobo con piel de cordero.

—Eric. —Gabriel se acercó a su oído para susurrarle unas palabras—: Daniela no es para ti. Sé perfectamente lo que estás intentado hacer, pero no quiero que sigas por ahí, ni por ese camino... Ella no es como las chicas que estás acostumbrado a tirarte.

—¿Por qué?... ¿Es lesbiana?... —espetó soltando una risa nerviosa.

Daniela oyó esa palabra y abrió mucho los ojos.

¡Lo que le faltaba por oír, aparte de virgen, lesbiana! Por suerte para los tres, la camarera apareció con las bebidas, preguntó a Eric qué iba a tomar y se marchó de nuevo, no sin antes lanzar una sonrisa provocativa a Gabriel.

Daniela cogió el vaso, la situación empezaba a superarla.

Dio un trago largo de güisqui. Aquel brebaje le abrasó la lengua y tuvo que tragárselo rápidamente, tratando de ser educada y no escupirlo sobre la mesa. Sabía a rayos. Tuvo que toser con fuerza repetidas veces para eliminar un poco aquella sensación de quemazón en la garganta.

—He quedado con Megan y Janaina, la brasileña; están al caer...

—¡No me jodas...! —Gabriel alzó una ceja echando un vistazo a la sala por si las veía.

—Sí, tío... Megan se alegrará mucho de verte... —Se rio—. Se quedó muy triste cuando te fuiste y la dejaste tirada para ir a la comisaria a denunciar la pérdida de tu cartera. Suerte que nos tenía a Janaina y a mí para consolarla... ¡ja, ja, ja!...

Y en efecto, segundos más tarde ambas ya estaban bailando en el centro de la pista. Eric, al verlas, se acercó, habló un rato con ellas y las guio hasta el reservado. Megan y Janaina se sorprendieron gratamente al ver de nuevo a Gabriel, pasando olímpicamente de la presencia de Daniela.

Megan se sentó junto a Gabriel, casi echándose encima, colocó una mano sobre su pierna y se inclinó ligeramente para acercarse a su oído.

—A ver si esta noche tengo más suerte y puedes acabar lo que dejaste a medias... —le susurró sensualmente mientras deslizaba la mano por su muslo, acercándose peligrosamente a su entrepierna.

Daniela dejó de respirar por unos segundos al ver la tórrida escena de Megan y Gabriel; resultaba tan íntima que no supo reaccionar. Sentía ganas de llorar, pues se dio cuenta, por fin, de que ella no era el tipo de mujer que podría seducir a Gabriel y que jamás conseguiría nada con él, salvo amistad.

Cogió el vaso de güisqui con ambas manos para reunir el valor suficiente y, tras cerrar los ojos con fuerza, se lo bebió entero, sin dejar ni una mísera gota. Luego se levantó para ir a los servicios, pues ya tenía bastante con la escena que acababa de presenciar.

Comenzó a caminar sin rumbo. No sabía dónde se encontraban los baños, pero poco le importaba. En seguida notó cómo todo le daba vueltas a su alrededor. Las luces centelleaban en sus ojos, la música retumbaba en sus oídos.

Preguntó a un par de chicas por los servicios y, siguiendo sus indicaciones, pronto dio con ellos. Entró y esperó. Estaban todos ocupados.

Aprovechó para humedecerse la nuca con agua. Se sentía mareada, la cerveza de antes y el güisqui de ahora la habían aturdido. Y entonces se miró al espejo.

«¿Y qué esperabas? ¡Eres una estúpida! Ya sabías que eras invisible para Gabriel.»

No hacía más que castigarse, flagelarse a sí misma, pues él estaba a años luz de ella...

Cuando vio que uno de los servicios quedaba desocupado, abrió la puerta y entró, para luego cerrarla con el pestillo. Bajó la tapa del inodoro con cuidado y arrancó un trozo de papel higiénico para limpiar la superficie antes de sentarse sobre ella.

Ya en la intimidad, colocó las manos sobre su cara: tenía tantas ganas de llorar, sentía tanta rabia...

¿Por qué no era lo suficientemente buena para él? ¿Por qué Gabriel no podía sentir lo mismo que ella sentía hacia él?

Se sentía pequeña y al mismo tiempo ridícula por haberse creado falsas esperanzas.

De repente, alguien golpeó la puerta insistentemente. Daniela alzó la vista en un acto reflejo. Pestañeó al tratar de enfocar porque las imágenes eran difusas.

—Está ocupado...

—Soy Gabriel... ¿te encuentras bien?

Daniela abrió los ojos, no quería verlo. Él era la causa de todas sus desdichas…

—Sí... estoy perfectamente... —«Perfectamente hundida», pensó para sus adentros.

—Vale, pero... déjame entrar...

—Es un lavabo de chicas, Gabriel...

—Lo sé... me están mirando raro. —Se rio—. Venga, abre la puerta y, cuando te vea y sepa que estás bien, me marcharé... palabra de scout.

—No.

—No te imaginas lo cabezota que puedo llegar a ser...

Gabriel esperó unos instantes más y poco después pudo oírse el sonido del pestillo.

Al abrirse la puerta se encontró a Daniela sentada en la taza del váter con cara de pocos amigos.

Tras cerrar la puerta y echar de nuevo el pestillo, se acuclilló para quedar a la misma altura y entonces ella alzó la vista para mirarle a los ojos sin pestañear.

Daniela los tenía rojos, además del semblante muy serio y ligeramente achispado a causa del alcohol.

—¿Ves? No me pasa nada... —le dijo señalándose de arriba abajo con las manos.

—Pues a mí no me lo parece... has huido corriendo del sofá en cuanto Megan se ha sentado a mi lado...

«En cuanto Megan te ha metido la mano casi en la bragueta... gilipollas», murmuró.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Gabriel soltando una risa divertida.

—Nada importante. —Agachó la cabeza para dejar de mirar los brillantes ojos verdes de él—. Ya has comprobado que estoy bien... así que ya puedes marcharte por donde has venido...

—¿A quién pretendes engañar? Desde luego que, a mí, no...

Daniela resopló.

Tenía razón, ni siquiera podía engañarse a sí misma. Enrolló un mechón de pelo entre sus

dedos y encontró el valor para mirarle a los ojos mientras le abría su corazón.

—¿Quieres sinceridad?

—Sí —Asintió con la cabeza.

«Pues ahí va…»

—He salido corriendo porque no he podido soportar cómo Megan intimaba contigo. Me han superado los celos y no he podido soportarlo…

—Daniela...

—¡No...! —Le selló los labios con un dedo—. Déjame acabar, por favor... Mañana por la mañana, cuando me levante, lo más probable es que no recuerde absolutamente nada de lo que voy a decir ahora, así que allá va...

Se permitió un momento para retomar aire con fuerza y, aunque la cabeza continuaba dándole vueltas como una peonza a causa del alcohol, se sentía completamente desinhibida.

—A tu lado, siento que puedo ser yo misma porque no cuestionas mi manera de comportarme. Haces que me sienta valorada y me has devuelto las ganas de vivir... de ilusionarme... de soñar…

Daniela inspiró lentamente.

Había llegado el momento, ya se arrepentiría después. Era ahora o nunca.

—Y por primera vez en mi vida has hecho que me sienta atraída sexualmente por un chico... —Tragó saliva muy despacio—. He tratado de evitar que, cada mañana al despertar, mi primer pensamiento vaya dirigido a ti... Pero no lo consigo... —confesó mordiéndose el labio inferior con lentitud—. Deseo que me toques y no me siento sucia por ello...

Daniela le cogió de la mano y se la colocó sobre sus piernas.

Gabriel se quedó sin aliento al sentir el roce de su piel en contacto con sus dedos. Ella comenzó a guiar sus manos por debajo de su falda y Gabriel se tensó al notar con la punta de sus dedos la cara interior de su muslo. Tenía la piel muy suave y muy fina, y percibió cómo el frágil cuerpo de ella temblaba ligeramente.

Daniela empezó a notar cómo la piel se le encendía por sus caricias y quiso dar un paso más, se acercó y susurró muy despacio:

—Deseo que me beses...

Ambos se sostuvieron las miradas unos segundos y la respuesta de él no se hizo esperar. Sin dejar de acariciar la tela de sus braguitas, atrapó su boca con la suya. La abrió de inmediato para envolver su caliente lengua y recorrer todo su paladar, unido al sabor entremezclado del tabaco y del güisqui.

Gabriel saboreó en la boca de ella su anhelo y represión durante todo ese tiempo y se dejó llevar sin pensar en las consecuencias más inmediatas.

Ella, pese a que seguía temblando como una hoja, comenzó a desabrocharse los botones del vestido, dejando al descubierto unos bonitos y redondos pechos cubiertos por un delicado sujetador de encaje blanco.

Gabriel se fijó en sus perfectos senos elevados por la ropa interior y desvió su mirada a aquella delicada marca en forma de flor que realzaba aún más su belleza natural. La rozó con la yema de los dedos y luego besó la piel donde estaba dibujaba.

Sin esperarlo, alguien golpeó con fuerza la puerta.

—¿Podéis follar en otro sitio? Me estoy meando viva... necesito entrar.

Gabriel dejó de besar a Daniela, saliendo de aquella especie de trance y dándose cuenta de lo que estaba haciendo. Aquello no estaba bien. Ella no merecía que la engañara. Y aunque en aquel momento la deseaba como mujer, no podría darle lo que ella realmente anhelaba.

Una vez más se había dejado llevar por sus instintos más primitivos, pero con Daniela debía

ser diferente, tenía que ser diferente... No podía acostarse con ella y dejarla tirada después.

—Daniela, no está bien lo que estamos haciendo. Tú te mereces a alguien mejor que yo... y yo no puedo darte lo que deseas... —Enderezó su espalda y se incorporó, ofreciéndole la mano—. Venga. Te llevo a casa. Ya verás cómo mañana, después de la resaca, podrás ver las cosas de otra forma...

29

Daniela no quiso cogerse de su mano, rehusando así su ofrecimiento. Tampoco quiso que la ayudara a levantarse. Prefirió apoyarse en una de las paredes del lavabo y recoger los pedazos de su orgullo herido.

Una vez en pie, cuando pretendió dar un par de pasos, notó un ligero tambaleo. Aún seguía algo aturdida por el efecto del alcohol.

Gabriel la agarró de la estrecha cinturilla para impedir que cayera al suelo.

—Preferiría que no me tocaras... —dijo ella molesta. Su tono de voz era frío y distante, al igual que su rostro y la expresión de sus ojos.

—Daniela, joder... no me castigues de esta manera... Soy consciente de que la he cagado... —le susurró con una mirada llena de disculpa—. No sé qué podría hacer para que te sintieras mejor...

—No puedes hacer nada... No hace falta que te preocupes por mí. Como tú bien dices, ya soy mayorcita, ¿no?... Así que trataré de asumirlo... no me queda otra —le reconoció mientras acababa de abrocharse los botones del vestido.

Luego pasó por su lado sin mirarlo, como si fuera invisible. Giró el pestillo y salió de aquel lavabo sin siquiera esperarlo.

Gabriel comenzó a caminar justo detrás de ella sin perderla de vista, tratando de dejar una distancia prudencial entre ambos.

Pronto llegarían al reservado.

Eric estaba solo, sentado en el sofá, bebiéndose un mojito. Sonrió al ver cómo Daniela se sentaba a su lado y le devolvía la sonrisa. Él, aprovechando la ocasión, se acercó un poco más a ella.

—Te noto muy distinta, mucho más... receptiva... y eso me encanta...

Le echó el pelo por detrás de los hombros y comenzó a acariciar con el pulgar la desnudez de su cuello.

—Tienes una piel muy suave...

—Gracias... —murmuró, lanzando una mirada fortuita a Gabriel.

Eric cogió su cóctel y se lo acercó a Daniela.

—¿Quieres probar?

Ella asintió. Quiso coger el vaso pero Eric no se lo permitió.

—Quiero dártelo yo... ¿puedo? —le susurró. Su sugerente voz grave rezumaba sensualidad, incluso erotismo.

Daniela abrió mucho los ojos, sorprendida. Nunca antes nadie le había sugerido nada semejante.

Eric, sin esperar respuesta, le acercó la bebida a los labios mientras que ella seguía sin contestar, limitándose a dejarse llevar por la situación. Cerró los ojos y abrió un poco la boca. Él entonces le dio de beber, dejando que el ron con sabor a hierbabuena se deslizara lentamente por su garganta.

—¡Mmm...! Está muy bueno —ronroneó ella gustosa.

Él sonrió con descaro.

Gabriel, negó con la cabeza.

«¿Qué coño estás haciendo, Daniela? Estás pisando terreno pantanoso», pensó.

—Eric... Daniela ya se iba a su casa... —dijo Gabriel dando dos pasos al frente.

—Bueno... eso lo debe decidir ella, ¿no te parece?

—La verdad es que me lo estoy pasando bien... así que, de momento, no pienso irme a ninguna parte... —contestó ella.

Gabriel frunció el ceño y resopló con fuerza.

—He dicho que nos vamos... —le ordenó.

—No —contestó de nuevo tratando de mantener cierta serenidad, aunque sus ojos reflejaban un considerable enfado.

«¿Quién te has creído que eres para mandarme de esa forma?»

A Eric se le escapó una risa.

—Ya la has oído... No quiere irse.

—¡Eric, no me cabrees...! —espetó con brusquedad enderezando la espalda cuan alto era—. Venga, he dicho que nos vamos... ¡Ahora...!

—Gabriel, déjame en paz... —añadió ella—. Además... te agradecería que dejaras de comportarte como si fueras mi padre.

Gabriel se pasó ambas manos por el pelo.

Estaba a punto de estallar. Imaginar a Eric follándose a Daniela como un animal lo puso muy furioso. Conocía a su amigo y sabía que no sería delicado con ella, sino todo lo contrario, se comportaría con brusquedad. La mera idea de que le pudiera hacer daño le daba náuseas.

Trató de contenerse contando hasta veinte mientras hacía crujir sus nudillos con fuerza, pero, al llegar al número cinco, no pudo aguantarlo más, se inclinó y, sujetando a Daniela por la muñeca, tiró de ella para obligarla a levantarse del sofá.

—¿Qué estás haciendo?, ¡suéltame la mano...! —dijo Daniela malhumorada.

—Te estás comportando como una verdadera cría y ganándote unos buenos azotes en el trasero.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡¡¡Ja!!! ¡No soy ninguna cría...! —resopló muy enojada.

—Pues entonces deja de hacer cosas que lo pongan en duda.

—*Touché*... —murmuró mordiéndose la lengua para no seguir hablando y decirle todo lo que le rondaba por la cabeza en ese instante.

Eric se levantó de su asiento, ignorando qué era lo que estaba pasando entre ellos dos. Aunque de una cosa sí que estaba convencido: no era el momento ni el lugar para solucionarlo.

—Vamos a ver, parejita... Se huele a leguas que aquí hay tensión sexual sin resolver... —Se rio con ganas—. Mi consejo de amigo: follad. Seguro que después dejaréis de sentiros tan mal el uno con el otro...

Le dio unas palmaditas en la espalda a Gabriel y luego sacó una tarjeta de su cartera para dársela a ella.

—Llámame, cuando te canses de Gabriel... Suelo venir a menudo a Nueva York...

Daniela cogió la tarjeta y la leyó:

Eric Rivero
Estudio de arquitectura Cibeles
Madrid
Tel. 622 00 45 12

Acto seguido, se la guardó en el bolso.

Eric se despidió con un beso en la mejilla y se alejó en dirección a la pista para bailar con

Megan y Janaina. Daniela lo siguió con la mirada mientras Gabriel aprovechaba su despiste para cogerla de la mano; aunque ella trató de resistirse, no la soltó hasta sacarla de aquel antro.

Ya en el exterior, comenzó a caminar por la acera a paso ligero.

—¿Me devuelves mi mano? —le preguntó en tono ligeramente sarcástico.

Él gruñó, pero al final se la soltó.

—Daniela... No se te ocurra, jamás, comportarte como lo has hecho esta noche... Por desgracia, no podré estar siempre para...

—¿Protegerme? —lo interrumpió.

—Exacto...

Ella se rio mientras negaba con la cabeza.

«¡Qué ironía!»

¿Cómo se atrevía a hablar de protección, cuando era él quien precisamente le había causado dolor aquella noche?

—Gabriel... me has rechazado... me siento humillada como mujer...

—Joder, Daniela... no estás siendo justa.

—¿Justa?, ¿y qué pasa conmigo? —Se detuvo en seco cerca de una bocacalle—. Me dices que me merezco a alguien mejor que tú porque no puedes darme lo que necesito... Pero ¿acaso me has dejado elección?, ¿qué coño sabrás tú lo que yo necesito?

Gabriel se pasó las manos por el pelo; la situación empezaba a exasperarlo considerablemente.

—Es que no lo entiendo... Si no estás saliendo con nadie... Significa entonces que no te atraigo como mujer... ¿Tan horrible soy?... ¿No te excito nada?

—Daniela... no van por ahí los tiros.

—Pues a mí sí que me lo parece... He visto cómo miras a otras mujeres... En cambio, a mí me miras de otra forma distinta... más...

—¿Fraternal? —Ahora fue él quien la interrumpió.

—Sí.

—Será porque mi sentimiento hacia ti siempre ha sido de protección...

Daniela no pudo evitar sentir cómo sus ojos se humedecían rápidamente. Gabriel sólo la veía como una hermana, o una amiga, no como la mujer que realmente era.

—Daniela, por favor... no llores. No quiero verte así.

Gabriel se acercó para abrazarla, pero ella retrocedió unos pasos.

—¡No me toques...! —exclamó secándose las lágrimas con rabia con el dorso de la mano—. Me marcho a casa.

—Pues, en ese caso, te acompaño.

—No. Está a sólo dos calles de aquí. Prefiero caminar sola.

Daniela dio media vuelta y se alejó de su lado.

Gabriel la siguió con la mirada hasta que cruzó la calle y dobló la esquina. Metió las manos en los bolsillos, sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo mientras andaba pensativo hacia su apartamento.

Daniela entró en el ascensor. Abrió su bolso para buscar las llaves de su piso y se encontró con la tarjeta de Eric. La retuvo unos segundos entre sus dedos. Un pensamiento vagó por su mente. Quizá no era tan mala idea.

Cogió su móvil y empezó a marcar su número.

—¿Hola?

—Hola Eric, soy Daniela... me gustaría verte...

30

Daniela vio cómo un Aston Martin DBS plateado aparcaba justo delante de su apartamento, la puerta del vehículo se abría y salía Eric. Sin la presencia de Gabriel y lejos de la escasa iluminación de la discoteca, pudo observarlo con mayor detenimiento. Era un chico muy atractivo, alto, de espalda ancha y cintura estrecha. Y, por lo que se podía apreciar a través de su ajustada ropa de marca, tenía un cuerpo fuerte y atlético, trabajado a conciencia. Sin duda, era el típico hombre ante el que cualquier mujer caería rendida a sus pies con sólo hacer chasquear los dedos.

Eric observó cómo Daniela lo esperaba apoyada en la fachada de aquel bloque de apartamentos. Allí estaba ella, sonriendo tímidamente. Era bella. Poseía una mirada cándida, pura. Sus ojos verdes esmeralda brillaban expectantes al ver cómo él se aproximaba. Por culpa de su extrema inocencia y de esa mirada, Eric sentía verdadera curiosidad por conocerla más íntimamente. Desde que la había visto en aquel local, anhelaba con ansia el momento de poseer su cuerpo.

—Me ha sorprendido gratamente que decidieras llamarme.

Ella inspiró y, sin darse cuenta, se mordisqueó el labio inferior. Eric le intrigaba como hombre. Por cómo la miraba, por cómo le hablaba. Siempre había sido muy prudente en sus escasas relaciones —en sus casi inexistentes relaciones—, pero aquella noche se había prohibido pensar demasiado. Había llegado la hora de dejarse llevar, sin más. Podría arrepentirse, sí. Pero de eso ya se ocuparía otro día.

—¿Nos vamos? —le preguntó colocando su mano en el bajo de su espalda mientras la guiaba hacia su coche.

Con afable galantería, le abrió la puerta del copiloto; ella le sonreía a la vez que se reclinaba, doblaba las rodillas y se acomodaba en el asiento. Eric cerró la puerta con un golpe suave y, rodeando rápidamente el coche, entró en él. Se colocó el cinturón de seguridad, ajustó el espejo retrovisor y encendió el motor, liberando así los más de quinientos caballos de potencia.

El tráfico a aquella hora de la madrugada por las calles de Manhattan era bastante fluido; de continuar así, pronto podrían llegar a su loft en Brooklyn.

Daniela miraba a través de la ventana en silencio, ensimismada en sus pensamientos. Se sentía contrariada librando una batalla interior. Siempre había pensado que su primera vez —en perder la virginidad— sería especial, con alguien de quien estuviese realmente enamorada y no con un completo desconocido. Pero las cosas habían surgido así; tal vez, si no se hubiese sentido rechazada por Gabriel, no se hubiese lanzado a la boca del lobo... o ¿quizá sí?

Eric la miró y vio en su rostro preocupación e inquietud. Debía conseguir que se relajara o aquello no funcionaría. Acercó su mano para retirarle el pelo tras los hombros, para así poder ver mejor su cara.

—Un dólar por tus pensamientos. —Le sonrió.

Daniela ladeó la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—¿Quieres escuchar música? —añadió para tratar de romper el hielo.

—Sí.

—¿Alguna canción en especial?

—No. Lo cierto es que me gusta todo tipo de música —siseó encogiéndose de hombros ligeramente.

—Mmm... Una chica complaciente, eso me encanta... —Su voz sonó ronca a la par que sexi y seductora.

Eric miró intensamente sus ojos y después el resto de su cara, deteniéndose algo más de la cuenta en sus labios. Le encantaban esos labios; eran rosados, carnosos ¡y parecían tan apetitosos! No veía el momento de poder morderlos con suavidad.

Por suerte, tuvo que detener el coche en un semáforo, ya que sus tórridos pensamientos comenzaban a hacer patente su inminente erección. Se removió incómodo en el asiento y encendió el equipo de música, desviando así la atención.

Poco después, se iluminó la luz verde del semáforo indicando que ya podían continuar, justo en el preciso instante que daba comienzo la canción *Let her go* del grupo Passenger.

Entonces Daniela cerró los ojos, tratando de relajarse apoyando la cabeza en el respaldo del asiento. Aquella canción le traía muy buenos recuerdos, de su pueblo y de Barcelona. La solía escuchar en el pub que frecuentaba con sus amigos, Nadia y Biel. Y sin darse cuenta, comenzó a canturrear haciendo danzar los dedos sobre la falda de su vestido.

Eric, sin dejar de prestar atención a la carretera, de vez en cuando ladeaba la cabeza para observarla en silencio. Trataba de entender por qué se sentía tan atraído físicamente por ella. No era su tipo o, mejor dicho, no era el estereotipo de mujer con la que estaba acostumbrado a acostarse. Desde luego, no se parecía a ninguna de ellas, ni por asomo.

Al acabar aquella canción, el cedé siguió sonando, aunque Daniela dejó de canturrear y de mover los dedos. Volvió a abrir los ojos. Eric acababa de abrir un paquete de Marlboro. Sujetó con los dedos un cigarrillo y se lo llevó a la boca para encenderlo.

—¿Fumas?

—No... Nunca lo he probado.

—¿Te molesta si yo lo hago?

Ella negó con la cabeza.

—De todos modos abriré la ventanilla para que el humo no te moleste —dijo pulsando un botón del centro del salpicadero.

Ya en Brooklyn, entraron en un parking subterráneo. Aparcaron el coche al lado de una Harley Davidson y caminaron hacia una especie de ascensor montacargas. Eric deslizó la puerta de tijera hasta dejarla anclada en el marco de la pared. Buscó entre un manojo de llaves la que era más pequeña de todas. La introdujo en el hueco de una cerradura que había en el cuadro de mandos, iluminando de esta manera el número nueve. El ascensor se puso en marcha tras una fuerte sacudida y comenzó a elevarse.

—Madre mía... no se desprenderá, ¿no? —preguntó algo nerviosa al dar un bote en el suelo.

—Eso espero... según me han contado, la última vez cayó desplomado de la séptima planta. —Soltó una risa—. Por suerte, no había nadie dentro.

Ella abrió mucho los ojos.

—Ja, ja, ja... era una broma... —Siguió riendo—. El ascensor es muy viejo, pero es seguro, no te asustes.

Aliviada, exhaló el aire de sus pulmones, aunque no pudo evitar permanecer alerta.

—El edificio es muy antiguo. Fue construido en los años veinte. Hasta hace poco sólo se utilizaba de forma industrial —le explicó—. El año pasado me decidí y compré el ático en una subasta por un precio irrisorio. Fue toda una ganga. Luego diseñé el interior y lo convertí en un loft de dos plantas.

—¿Y vive más gente en el edificio? —preguntó con curiosidad.

—En la última planta, únicamente yo. En las demás, prácticamente todos los apartamentos

están ocupados.

El ascensor se detuvo con una nueva sacudida, esta vez incluso aún más intensa que la anterior. Giró la llave en sentido contrario y la sacó de la cerradura. Deslizó de nuevo la puerta y se encontraron directamente con el salón del loft. No había pasillo, ni siquiera una puerta de entrada. Desde el ascensor se accedía directamente al salón.

En sólo un instante, Daniela se quedó prendada de aquel lugar. Los techos eran altos y apenas había paredes que dividieran las estancias. Las dos plantas se comunicaban a través de una escalera abierta. Había un enorme ventanal, sin cortinas, de pared a pared y del techo de la segunda planta al suelo de la primera. Pero lo que más le llamó la atención fue un precioso piano de cola de color negro. Se acercó atraída por él y deslizó la palma por la superficie lisa y lacada de su madera.

—¿Sabes tocar?

—Sí. —Asintió—. ¿Puedo?

—Por favor... —le invitó con un gesto con la mano.

Daniela levantó con cuidado la tapa del teclado. Hacía mucho tiempo que no tocaba uno. Esperaba acordarse de todos los acordes. Inspiró hondo, cerró los ojos y comenzó a tocar una canción que le encantaba, *When I was your man*, de Bruno Mars.

Eric dejó que tocara unos segundos, mientras la miraba admirado. Poco después se unió a ella y ambos tocaron a dúo toda la canción, y justo cuando la última nota dejó de sonar, él la elogió fascinado.

—¿Desde cuándo tocas?

—Desde siempre. Ni siquiera recuerdo cuándo empecé... Mis padres dicen que con tan sólo tres años ya jugaba con un pequeño piano de plástico y componía mis propias canciones. —Sonrió.

—Toda una niña prodigio... Apuesto a que tocas más instrumentos...

—El violín y la flauta travesera. Y he empezado a tocar la guitarra española desde hace un par de meses.

—Increíble.

Sonrió y se acercó a una pequeña bodega que tenía junto al ventanal; buscó una botella de vino tinto reserva del 2008. La abrió, la aireó y rellenó hasta la mitad dos copas de cristal de bohemia.

—Tenía reservada esta botella para una ocasión especial... —le dijo ofreciéndole una de las copas.

—Gracias —dijo aceptando y bebiendo de ella—. Mmm... No entiendo de vinos, pero éste está delicioso.

Eric volvió a sonreír, esta vez con una sonrisa endiabladamente sexi.

—Pues entonces habrá que probarlo... —murmuró sin poder evitar desviar sus ojos de su boca.

Le quitó la copa de las manos con delicadeza, dejándola sobre la mesa.

—Tienes unos labios muy sensuales... —susurró acercándose y rozándolos con suavidad con los suyos—. Y tan tentadores...

Lamió sus labios con deliciosa lentitud y luego la besó, deslizando poco a poco su lengua en su interior.

Daniela sintió por primera vez sus labios cálidos unidos a la humedad latente de su lengua, mezclada con el sabor del tabaco y el alcohol de aquel vino y, tras cerrar los ojos, se dejó llevar.

Eric comenzó a desabrochar poco a poco los pequeños botones de su vestido. Un botón, luego otro... y, al tercero, Daniela lo detuvo colocando una de sus manos sobre las suyas.

—Espera... por favor... —dijo vacilante mientras retomaba el aliento.

—Claro...

No podía continuar, no sin antes explicarle su falta de experiencia con los hombres.

—Creo que deberías saber algo importante.

—Te escucho.

Pensó unos instantes en cómo debía decirle, sin que sonara extraño, que a sus veintiún años aún era virgen. Buscó en su mente las palabras adecuadas... pero no las encontró. Comenzó a angustiarse y a enrollar un mechón de pelo entre sus dedos.

—Daniela... puedes contarme cualquier cosa... te aseguro que no voy a escandalizarme... —Su voz sonó serena a la par que tranquilizadora. Ella agachó ligeramente la cabeza para no tener que mirar esos ojos azules.

—No me he acostado con nadie antes... —titubeó algo avergonzada—. Y lo peor de todo es que, cuando por fin me decido, pienso que no podré estar a la altura...

—Daniela —susurró levantando su barbilla con la mano—. Para mí eso no es un problema... además... de alguna forma ya lo intuía... —le confesó.

Daniela abrió los ojos sorprendida.

—Lo haremos a tu ritmo y te prometo que seré delicado. —Le cogió de la mano—. Ven... acompáñame...

Eric la guio a través del salón y subieron a la segunda planta. Caminaron por el pasillo hasta una de las habitaciones. Tras abrir la puerta, encendió las luces y reguló su intensidad para recrear un ambiente lo más acogedor e íntimo posible.

Daniela observó aquella habitación. Era una suite, con una enorme cama en el centro. Dos de las paredes estaban cubiertas por fotografías de la ciudad de Nueva York en blanco y negro. En la otra, un nuevo ventanal, también sin cortinas.

Eric le dejó tiempo para familiarizarse con aquella habitación. Esperó hasta comprobar que se sintiera cómoda.

—Daniela.

Ella se giró, mirándole a los ojos.

—No voy a obligarte a hacer nada que no desees...

Tragó saliva y asintió.

—Y si en cualquier momento no quieres continuar, dímelo y pararé.

—De acuerdo —susurró. Por una extraña razón que no comprendía, confiaba en él.

—Buena chica.

Eric le volvió a coger la mano para acompañarla hasta la cama. La sentó y la descalzó. Retiró las sábanas y le dijo que se tumbara sobre ella. Cuando lo hizo. Se quitó la camisa, el cinturón y los zapatos y se estiró de lado junto a ella, apoyando el peso de su cuerpo en el codo.

—Daniela, eres muy guapa... —murmuró, resiguiendo los delicados rasgos de su cara.

Y sin mucho más preámbulo, la besó en los labios muy despacio.

31

Daniela se despertó al oír la lluvia golpeando con fuerza los enormes ventanales de aquella habitación. Abrió los ojos lentamente y parpadeó repetidas veces antes de ser capaz de observar a su alrededor. Pero... ¿dónde estaba? Recordaba vagamente aquellos muebles, aquellas paredes y aquella... cama.

Frunció el ceño. Se sentía algo aturdida y desorientada. Trató de incorporarse, pero un ligero escalofrío que comenzó a recorrer cada recoveco de su cuerpo se lo impidió. Instintivamente se abrazó y empezó a frotar sus brazos para entrar en calor.

Mientras caminaba descalza sobre el parqué, volvió a sufrir un dolor punzante en la cabeza. Colocó los dedos de ambas manos sobre la frente y realizó movimientos circulares en forma de un suave masaje.

Sonrió, porque, por extraño que resultaba y a pesar del malestar, reconocía que no se sentía mal, sino todo lo contrario, se sentía... muy bien.

Una vez ya desaparecido por completo aquel dolor, giró su rostro y miró hacia su derecha. Asombrada, abrió los ojos al ver reflejado su cuerpo desnudo en uno de los espejos que cubrían gran parte de la pared. Entonces trató de buscar con la mirada por toda la habitación algo con lo que cubrirse, y allí, a unos metros, sobre una butaca blanca de piel, tirada de cualquier manera, yacía una camisa negra, algo arrugada. Tuvo que dar varios pasos antes de poder llegar hasta ella. La cogió y, cerrando los ojos, acercó aquella prenda hasta la nariz para poder olerla... Y, por supuesto, como cabía esperar... olía a él.

Se puso la prenda con avidez. Uniformada únicamente con aquella camisa varias tallas más grande que la ropa que estaba acostumbrada a utilizar, dobló ambas mangas hasta hacerlas llegar a la altura de los codos y, cuando se disponía a salir de aquellas cuatro paredes, comenzó a oír un canturreo, mezclado con el sonido del agua de una ducha.

De igual manera que en el cuento *El flautista de Hamelín*, se encaminó hacia allí, guiada por aquel sonido.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, pudo verlo.

Se le notaba relajado, jovial... incluso podría afirmarse que aparentemente feliz. Ella apoyó parte de su espalda en el marco de la puerta, mientras observaba cómo enjabonaba todo su cuerpo con la esponja.

Daniela inspiró hondo. El dueño de aquel cuerpo era el mismo a quien hacía apenas unas horas le había regalado su virginidad. Quien, sin conocerla, la había tratado con delicadeza y muy dulcemente, cuidándola, mimándola... y no se sentía del todo osada si pensaba que incluso había sido amada.

Sumida en sus pensamientos, no se percató de que Eric se había girado para coger una toalla.

—Buenos días, preciosa... —Le sonrió mientras se secaba el pelo frotándolo con la toalla—. ¿Has dormido bien?

—Sí... —Le devolvió la sonrisa con bastante timidez.

Daniela bajó la vista hacia su entrepierna. Jamás antes había visto tan de cerca y a plena luz del día a un hombre desnudo de esa forma tan sensual y sexi. Tan natural. Tragó saliva mientras abría exageradamente los ojos.

Eric, al darse cuenta de su incomodidad, dejó de secarse el pelo con la toalla y se la ató a la cintura.

Poco después, salió del plato de la ducha. No quería perder ni un segundo más. Necesitaba estar lo suficientemente cerca para mirarle a los ojos y, de esta forma, comprobar si lo ocurrido entre ambos aquella noche había sido o no un error para ella... Obviamente, le asaltaban las dudas.

—¿Te encuentras bien?... ¿Tienes alguna molestia? Tengo ibuprofeno —Arrugó la nariz.

«¡Cállate Eric o la acabarás cagando!»

Ella negó con la cabeza.

—La verdad... es que me encuentro muy bien... con algo de resaca, pero feliz... Y no, no tengo molestias... —afirmó con tanta seguridad en sí misma que, al darse cuenta, sintió cómo se ruborizaba levemente.

—Me alegro, nena...

Daniela observó con mayor detenimiento su rostro, haciendo hincapié en una de sus cejas. Una cicatriz partía su simetría y en sólo una fracción de segundo la curiosidad invadió sus pensamientos.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—¿Ésta? —Se señaló la ceja izquierda.

—Sí.

Se rascó la nuca antes de contestar. Recordar cómo había ocurrido provocó en él una repentina sonrisa.

—Han pasado ya muchos años... Estaba estudiando con Gabriel en Madrid. —Negó con la cabeza antes de proseguir recordando viejos tiempos de universitarios junto a su amigo—: Hicimos una apuesta, a ver quién de los dos se ligaba antes a la profesora de matemáticas...

Daniela alzó las cejas mientras lo escuchaba.

—Era recién licenciada, por lo tanto... era casi de nuestra edad. Investigué sobre ella y conseguí averiguar que solía correr en circuitos cerrados de motocross. —Volvió a reírse rememorando aquella vieja historia—: Alquilé una moto, soborné a un amigo suyo para que me dejara correr ese día y así lo hice... Sólo que, a la quinta vuelta, comenzó a llover y derrapé. Mi moto se estampó contra la grada...

Daniela permanecía en silencio, aquella historia era, como poco, curiosa.

—Tres puntos de sutura en la ceja —la volvió a señalar—, una costilla rota y magulladuras por todo el cuerpo bien merecieron la atención de Eva. Me llevaron al hospital y ella estuvo en todo momento a mi lado... Gané la apuesta y Gabriel perdió.

—¿Y qué pasó con Eva?

—Se convirtió en mi mujer y en la madre de mis hijos...

Daniela cambió el semblante. Notó cómo un nudo se formaba rápidamente en la boca de su estómago. Sabía que estaba casado, pero oírselo decir a él era, sin duda, otra historia.

Eric notó que sus últimas palabras y su arrebato de sinceridad no habían sido del agrado de Daniela, así que se acercó para tratar de calmar sus pensamientos y la besó en la frente.

—No le des más vueltas... si eres buena, te contaré cómo continúa la historia... y te aseguro que no es tan bonita como aparenta...

* * *

Jessica, tras recibir la llamada de su amigo sobre el pasado de Caroline, ordenó a Alexia que cancelara todas las visitas y reuniones previstas para aquel día. Salió de su despacho y bajó al parking del edificio.

Entró en su BMW y, sin perder tiempo, condujo hasta Cornell University, en Ithaca.

Tenía un buen presentimiento, estaba convencida de conseguir que aquella niña arrogante y malcriada retirase de una vez por todas la maldita demanda judicial contra Gabriel.

Al llegar al campus de la universidad, preguntó dónde estaba recepción a un par de estudiantes que desayunaban plácidamente sobre la hierba recién cortada. Sólo cinco minutos más tarde, dio con ella.

Las puertas automáticas de cristal se abrieron para dejarle paso y darle la bienvenida.

Estiró del largo de su americana azul eléctrico, se acicaló un poco el pelo y se humedeció los labios antes de llegar hasta la chica.

—Buenos días... Ingrid —Le sonrió tras leer su nombre escrito en una placa que descansaba sobre el mostrador— ¿Podrías decirme en qué clase se encuentra en estos momentos la alumna Caroline Kramer?

Aquella chica de ojos negros la miró algo recelosa. Nadie podía interrumpir ninguna clase. Ni siquiera podían esperar dentro del recinto. Era una norma rígida y estricta. No se admitían visitas dentro del horario escolar.

—Dígame de qué se trata y le dejaré una nota...

Jessica pensó unos segundos. Necesitaba hablar urgentemente con aquella bastarda. Tenía que zanjar el tema lo antes posible. Había conducido hasta allí para verla, y no pensaba marcharse sin hacerlo. Desde luego, esa tal Ingrid no sabía con quién estaba tratando.

—Soy Angélica Kramer, su prima... —mintió deliberadamente—. Y he venido desde muy lejos para darle una sorpresa... Si no puedo verla, me llevaré una gran desilusión y su padre se enterará...

La recepcionista abrió los ojos como platos. Peter Kramer era una de las personalidades más influyentes de aquella universidad, todo el mundo lo sabía, además de ser un benefactor reconocido y muy generoso en cuanto a sus donativos.

Ingrid, algo alterada, comenzó a pulsar el teclado de su ordenador.

—Deme un segundo... por favor.

Jessica sonrió. Había sido relativamente fácil. Había intuido que, nada más pronunciar el nombre de Peter Kramer, los tercios cambiarían, y no se había equivocado. En menos de diez minutos, se hallaba sentada en uno de los bancos del pasillo del edificio donde Caroline estaba realizando sus clases.

Miró su reloj de pulsera. Según Ingrid, a las once en punto saldría del aula.

Faltaban dos escasos minutos. Se incorporó, cogió su bolso de mano y cruzó los brazos, esperando que aquella puerta se abriera.

Un minuto. Jessica permanecía, como siempre, con la mente fría, calculadora y muy segura de sí misma, con la mirada fija en aquella puerta de madera.

Por fin sonó el timbre ensordecedor y chirriante del cambio de clase. La puerta se abrió. Vio salir primero al profesor, con sus gafas de pasta y su maletín de piel; «tópico», pensó.

Poco después, alumnos y más alumnos salieron de aquella aula.

Jessica no pudo evitar hacer una mueca.

«La jodida niña creando expectación», murmuró...

Por fin la vio. Charlaba animadamente con otra chica.

«Quién la ha visto y quién la ve... si parece una mosquita muerta... Camisa abrochada hasta el cuello, pantalones hasta los tobillos, zapatos planos y ni pizca de maquillaje... Menudo fraude.»

Jessica permaneció en su sitio, esperando.

Caroline pasó por su lado sin percatarse de su presencia. Poco duró, porque Jessica la agarró del brazo.

—Hola, Caroline... cuánto tiempo...

—¿Jessica?

—La misma... —Le sonrió sin soltarla—. Tenemos que hablar...

La joven miró a Victoria, su compañera. Se quedó muda, era incapaz de articular palabra.

—¿Quién es esta señora? —preguntó Victoria arrugando el entrecejo.

—Una íntima amiga de Caroline... ¿verdad? —La miró sin pestañear y realizando un poco más de presión en su brazo.

Ella asintió angustiada. Esa situación se escapaba de su control y en esos momentos su padre estaba a muchos kilómetros de distancia, así que no podía venir a rescatarla como de costumbre.

—Vamos, Caroline... No tengo todo el día...

Jessica soltó su brazo y ella comenzó a masajearlo.

—Mi padre se enterará de esto...

—Niña... no creo que estés en condiciones de amenazarme...

Victoria abrió los ojos desconcertada. No entendía qué estaba pasando. Con nerviosismo, empezó a buscar su móvil en el bolso.

—Voy a llamar a tu padre... —dijo mientras caminaba hacia el exterior.

Jessica dejó que Victoria se pusiera en contacto con Peter Kramer. Por mucho que tratara de llegar a tiempo para rescatar de sus garras a su querida hija, lo haría tarde. Para cuando llegase, ella ya estaría de vuelta en Manhattan.

—Demos un paseo... —le ordenó mientras la miraba con sus grandes ojos azules y muy brillantes.

32

Jessica comenzó a caminar a paso ligero hacia el exterior del recinto universitario. Caroline, por el contrario, permaneció en el sitio, inmóvil, temblando como una diminuta hoja. Trató de pensar con rapidez cómo podía salir airosa y sin acabar demasiado lastimada de aquella situación en la que se había metido ella solita.

Si decidía huir, tarde o temprano Jessica volvería a dar con ella; si, por el contrario, optaba por ponerse en contacto con su padre, ¿qué pensaba decirle? Sin duda él había creído ciegamente en su palabra. ¡Por el amor de Dios... era su hija! Jamás cuestionaría su sinceridad, ni siquiera sería capaz de plantear aquella posibilidad, por remota que fuese.

El mero hecho de pensar en tener que admitir que no se trataba más que de una absurda pataleta de adolescente le hacía sentir que todo a su alrededor comenzaba a tambalearse y a derrumbarse bajo sus pies.

Su padre siempre había confiado en ella... por supuesto, era su única hija, su vida, lo único real que le quedaba tras el fallecimiento de Margaret, su esposa.

Jessica se giró sobre sus talones antes de salir por la puerta acristalada, observándola con una actitud serena y algo altiva.

—Vamos, Caroline... Date prisa, no tengo todo el día. Como es obvio, tengo miles de asuntos más importantes que tratar antes que estar perdiendo el tiempo aquí contigo...

Caroline tragó saliva y comenzó a andar despacio a su lado. Jessica sonrió. Sería pan comido. Mucho más fácil de lo que había imaginado. Sin la presencia de su padre, no era más que una niña insegura y... temerosa.

—No hablemos aquí, por favor... —Sonó a súplica.

—Donde tú quieras... Te sigo —le contestó sujetando la puerta, cerciorándose de que salía de aquel lugar y la acompañaba.

—Si nos dirigimos hacia allí... —señaló con el dedo un edificio que quedaba junto a una pista de atletismo—, podremos estar a solas... a estas horas es muy probable que el gimnasio esté vacío.

—Me parece bien.

El silencio las acompañó hasta aquel lugar. Caroline caminaba cabizbaja mientras Jessica la observaba de vez en cuando, sin mediar palabra. Por extraño que pareciese, y sin dejar a un lado el mal que había causado a Gabriel y a su entorno, sintió un atisbo de compasión e incluso de lástima... «Pobre niña rica», pensó. Jessica pudo verse reflejada en ella; sin ir más lejos, cuando sus padres decidieron, sin tener en cuenta su opinión, qué rumbo debía tomar su vida. La obligaron a ingresar en un internado, lejos de su bebé, de su familia y de sus amigos, hasta cumplir la mayoría de edad.

—¿Y bien? —preguntó Caroline titubeando con cierto tono sarcástico en su timbre de voz. Allí, en aquel lugar neutral y a solas con ella, había comenzado a recuperar cierta confianza en sí misma.

—Quiero estar presente para ver cómo realizas una llamada...

—¿A qué te refieres? —Frunció el ceño.

—Vas a llamar a tu padre y le vas a decir que hoy mismo retire la demanda interpuesta contra Gabriel.

—¡Eso jamás! —exclamó mientras cruzaba los brazos con fuerza bajo sus pechos.

Jessica negó con la cabeza y buscó en el interior de su bolso de piel de cocodrilo, de la marca *Moschino*, su pitillera de plata. Tranquilamente, sin prisas y sin dejar de mirar a los ojos azules e impacientes de Caroline, se encendió un cigarrillo con total y absoluta parsimonia.

—¿Te recuerda algo el nombre de Brad Adams? —le preguntó dando una nueva calada.

Caroline abrió los ojos estupefacta. Brad Adams era su antiguo profesor de literatura inglesa. Por supuesto que sabía quién era y evidentemente confiaba en que nadie, salvo ambos, conocía qué clase de relación habían mantenido.

No supo qué responder. Trató de mantener la compostura con gran dificultad, cambiando el peso de una pierna a la otra.

—Es... fue mi profesor de literatura inglesa en el instituto... —siseó tragando saliva al acabar de hablar.

—Cierto... —Asintió con la cabeza—. Veo que recuerdas de quién se trata... porque te aseguro que él no te ha olvidado.

Caroline comenzó a respirar con dificultad, su corazón, ajeno a su voluntad, comenzó a bombear con mucha fuerza.

—¡Lo que te haya dicho es mentira! —espetó en un grito.

—¿En serio?... ¿A quién crees que debería creer?... ¿A un reputado y distinguido profesor o... a una niña rica y consentida?... ¡Contesta... ¿A quién?!

Caroline se mantuvo en silencio. Sus ojos azules comenzaron a bañarse ligeramente en lágrimas.

—Está dispuesto a testificar en tu contra en el juicio de Gabriel. Es más, está dispuesto a sentarse en el banquillo... porque esta vez sí que se siente capaz de decir la verdad.

—No... ¡Por favor!... —sollozó—. Mi padre no puede saberlo... ¡Mi padre, no!

—Haberlo pensado antes de destrozar la vida de tu profesor, la de su mujer y la de su bebé de siete meses... No permitiré que destruyas también la de Gabriel.

—¡Dios mío!... ¡Brad no es más que un cabrón hijo de puta...! Se acostó conmigo y después me abandonó... —Cerró los puños con fuerza a la vez que golpeó el suelo con un zapato—. Tuvo lo que se merecía... un cerdo siempre acaba comiendo su propia mierda.

Jessica negó con la cabeza mientras apagaba su cigarrillo en una papelera cercana.

—Caroline... me das dolor de cabeza... Llevas muy mal el rechazo de los hombres, te falta mucho por madurar, querida, pero que mucho... ¿No te das cuenta de que no puedes obligar a nadie a que te ame? ¿No lo entiendes? Y, sin embargo, has vuelto a repetir la misma historia de Brad, pero en este caso con Gabriel. Sólo que Brad no tuvo opciones... le arruinaste su carrera y su familia.

Jessica bufó.

—Y ahora... ya puedes empezar a teclear el número de tu padre.

En ese preciso instante, alguien entró en el recinto. Era Victoria, la compañera de Caroline. Tras cruzar la puerta, comenzó a caminar a paso ligero hasta donde ambas se encontraban.

—Caroline... —dijo entrecortadamente y con la respiración alterada como si hubiese corrido un maratón—, he hablado con tu padre... está al caer... le he dicho que era grave y está volando hacia aquí, no tardará más de veinte minutos.

—¿Que has hecho qué...? —exclamó contrariada y a la vez perdida.

—Entonces lo esperaremos —añadió Jessica tranquilamente.

—No, no, no... —murmuró comenzando a pasear de un lado a otro con gran nerviosismo.

Victoria miraba a su compañera y a Jessica al mismo tiempo, sin mediar palabra. ¿Qué estaba ocurriendo allí? No entendía nada.

Tras unos instantes, se acercó hasta Caroline para tratar de tranquilizarla.

—Carol... ¿qué te pasa? —Colocó la mano sobre su hombro derecho y ella se detuvo en el acto, como si hubiera regresado de una especie de trance.

—Tú no lo entiendes...

—¿Qué es lo que no entiendo?... Lo que he visto es que esta señora te estaba intimidando... —respondió arrugando la frente al volver la vista hacia Jessica.

—Quiero que te marches.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Escucha... —Se acercó a su oído y descendió la voz casi en un susurro—: Tu padre llega en cinco minutos, he dicho veinte para hacer tiempo... Esa zorra se las verá con él. —Sonrió con malicia.

—No... —Zarandeó la cabeza con insistencia—. ¡No puede ser!... Por favor, sal y habla con él... dile que... que no me has encontrado... que me he ido a casa... Invéntate algo, cualquier excusa, pero sobre todo no permitas que me vea... y mucho menos que se encuentre con Jessica.

—Caroline…

—¡¡¡Ahora... joder!!! —le gritó empujando su espalda para que hiciera caso.

Victoria la miró boqueando apenas dos segundos y después se marchó de allí.

—¿Y bien? —preguntó Jessica con insistencia.

—Dame un minuto...

—Tu tiempo se acaba, Caroline... —Frunció el ceño—. A Gabriel no le diste ni un segundo...

La angustia se cernió en el semblante de Caroline. No encontraba salida, ni escapatoria. Jessica, enfrente, y su padre, a pocos kilómetros amenazando con irrumpir en cualquier momento.

—Le pediré perdón a Gabriel en privado si es necesario.

—No es lo que pretendo. Lo que quiero es que retiréis la demanda... hoy.

—No puedo hacer eso.

—Sí que puedes.

—Mi padre me mandará a un correccional.

—No puedes seguir destrozando vidas, Caroline... ¿Aún no has aprendido la lección?

La joven se apresuró a abrir su bolso con las manos temblorosas. Buscó entre sus pertenencias un talonario bancario y la pluma estilográfica que su padre le había regalado por su último cumpleaños. Comenzó a escribir garabatos en el papel. Al acabar, rasgó el cheque y se lo ofreció a Jessica.

—Dáselo de mi parte a Gabriel...

Jessica lo cogió, leyó la friolera cantidad de cincuenta mil dólares y acto seguido se rio, echando la cabeza hacia atrás.

—¡Vaya...! —Soltó un silbido; era la misma cantidad que pagó ella por Gabriel en el baile benéfico de Las Vegas, donde dio comienzo todo aquel infierno—. ¿Éste es el precio que vale el silencio de Gabriel?

—¿Quieres más?... ¡¿Cuánto?!... Pon una cifra... soy asquerosamente rica...

—¡Qué ingenua eres, niña! Por suerte no todo en esta vida está a la venta —la reprendió mientras rompía en varios pedazos el cheque y se lo devolvía—. Realiza la llamada, Caroline... Es mi última oferta. Si llegamos a ir a juicio, Brad testificará en tu contra, Gabriel también, incluso tengo testigos dispuestos a testificar que la noche del baile coqueteaste con Gabriel... y que al día siguiente te vieron salir de las duchas de los chicos... ¿y a que no adivinas cómo?

Caroline notó cómo el aire se congelaba en sus pulmones.

—Te vieron desnuda, caminando tranquilamente hasta los otros vestuarios, sin signos visibles de haber sido agredida sexualmente... ¿y sabes por qué?... porque no ocurrió nada.

Caroline se puso las manos sobre la cara. Le faltaba el aire. No podía respirar. Se estaba ahogando. Empezó a sentir náuseas y a ver cómo todo giraba a su alrededor. Se agarró del brazo de Jessica al notar cómo todo su cuerpo temblaba y le flaqueaban las piernas.

—No hagas comedia... Asume de una vez por todas tus actos y compórtate como una mujer... aunque sea por una vez en tu vida —aseveró mientras le ayudaba a levantarse de nuevo—. Si no lo haces por Gabriel, hazlo por tu padre, quien no se merece un escándalo mediático de esa envergadura.

Caroline no tenía escapatoria, Jessica la tenía entre la espada y la pared. Atrapada, sin salida, había perdido el juego.

—De acuerdo. —Alzó la vista hacia los ojos de Jessica—. Haré la llamada...

Buscó su teléfono y esperó unos tonos hasta oír a su padre al otro lado de la línea. Después se armó de valor e inspiró con fuerza antes de empezar a hablar.

—Papá...

—Cariño, ¿dónde estás? —preguntó muy angustiado—. Victoria me ha dicho que no estás en clase... ¿Qué te ocurre, mi amor? ¿Te encuentras mal? ¿Sigues con esos fuertes dolores de cabeza?

—No, papá. No es nada que no pueda solucionarse... —explicó mirando a Jessica sin apenas pestañear y luego prosiguió—: Tengo que pedirte algo...

—¿El qué?

Hizo una pausa, necesitaba retomar aire. Poco después, se acercó más el auricular a la boca y continuó hablando:

—Tienes que retirar la demanda contra Gabriel.

—Ya hemos mantenido antes esta conversación, cariño. Ese bastardo irá a la cárcel... El juez me debe unos favores.

—¡Papá...! —gritó interrumpiéndolo—. Escúchame... por favor...

Peter Kramer se quedó paralizado ante el tono angustiado y suplicante de su única hija.

—Gabriel... —tragó de nuevo saliva antes de cerrar los ojos—... no abusó de mí...

—¿Cómo que no?... Hay pruebas, tesoro... tú misma me las enseñaste...

—Sí, pero no ocurrió como te expliqué...

—¿Qué quieres decir...?

Caroline miró a Jessica por última vez antes de confesarlo todo.

—Fue de mutuo consentimiento... No me forzó, no intentó propasarse... no me acosó... —Sus palabras salían a trompicones de su boca, mientras Jessica no perdía un ápice de aquella declaración—. Papá... ha sido una invención mía...

De golpe se creó un terrible silencio sepulcral al otro lado del hilo telefónico. Caroline suspiró. Agachó aún más la cabeza en espera de la merecida reprimenda. Sin embargo, por extraño que pareciera, justo en los segundos después a la confesión sintió una especie de liberación moral.

—Cielo... —Aquellas palabras quebraron el silencio entre Caroline y su padre.

—Papá... lo hice porque me sentí rechazada, Gabriel me gustaba mucho... —trató de justificarse sin éxito—, y no fui capaz de darme cuenta de la gravedad de...

—Caroline... —la interrumpió bruscamente—. ¿Dónde estás?

Ya no podía mentirle más, así que, con un evidente deje de consternación y resignación en su hilo de voz, le respondió:

—Dentro del polideportivo junto a las pistas de atletismo. No estoy sola, estoy con Jessica Orson.

—En dos minutos estaré allí. Ni te muevas... —dicho esto concluyó la llamada telefónica.

Jessica, sin mediar ninguna palabra más con Caroline, comenzó a caminar hacia la puerta acristalada; en aquel lugar no se le había perdido nada más, se sentía orgullosa por haber logrado su cometido. Ahora le cedería el turno a su cliente Peter Kramer, a quien compadecía por tener una hija así.

Pero, instantes antes de cruzar el umbral de la puerta, se giró y le dedicó unas últimas palabras a Caroline:

—Si vuelvo a ver merodear tu bonito culo a menos de diez metros de Gabriel... y eso incluye llamadas telefónicas o cualquier tipo de contacto... tu padre recibirá la visita de tu exprofesor o, mejor dicho, de tu examante Brad Adams...

Jessica cerró la puerta a sus espaldas y cruzó el campus universitario. Buscó su BlackBerry y esperó un par de tonos hasta oír, como venía siendo costumbre, la voz grave y sensual de Gabriel:

—Hola, Jess... ¿todo bien?

—Mejor que nunca. —Sonrió abiertamente—. Ven esta noche a mi casa... Tengo algo que contarte y algo importante que celebrar...

—Me tienes intrigado...

—Ten paciencia, te aseguro que merece la pena esperar.

—De acuerdo.

—Te envío mis señas en cuanto cuelgue.

—¿Puedo llevar champán para celebrar eso que desconozco?

—Con tu presencia será suficiente... —dijo con picardía.

Tras despedirse, Gabriel se encaminó hacia su apartamento. No sabía por qué, pero tenía un agradable presentimiento, quizá las cosas empezarían a cambiar su rumbo para aposentarse en un futuro algo menos incierto.

33

Siguiendo las instrucciones que Jessica le había proporcionado, Gabriel pudo llegar hasta la verja de hierro forjado que rodeaba su mansión.

Apoyó uno de sus pies en el suelo para mantener la moto en vertical mientras con gran destreza se balanceaba para pulsar el botón del interfono. Segundos después, el ama de llaves contestó con voz agradable y apacible:

—Buenas tardes, señor Gómez.

—Buenas tardes —respondió enarcando una ceja al oír cómo pronunciaba su apellido con total confianza y seguridad.

—Cuando se abra la verja, atraviese el camino y rodee la fuente del fondo hasta llegar al porche... Allí le esperaré.

—Gracias. —Sonrió.

Circuló a medio gas por el camino adoquinado tal y como le había sugerido, no sin antes hacer un repaso a los enormes jardines que se abrían paso a ambos lados. Pronto visualizó la fuente y el porche justo por detrás.

Detuvo la moto y se bajó. Giró la llave en el contacto y el motor comenzó a morir lentamente. Antes de quitarse el casco de la cabeza, ya tenía a su lado a Geraldine, el ama de llaves, con una amplia sonrisa en sus delgados y sonrosados labios.

Gabriel la observó desde su posición privilegiada. Era una mujer de mediana estatura, de formas curvilíneas y cabellos grises recogidos en un moño bajo y discreto. Los rasgos de su rostro se dibujaban afables y a la vez irradiaban experiencia, madurez y templanza.

Ella comenzó a dar varios pasos al frente para aproximarse y detenerse junto a Gabriel.

—Señor Gómez, si me permite... —Acercó su mano enseñándole la palma—. Yo me haré cargo de su casco y de su cazadora.

—Gracias —volvió a repetir mirándola con asombro. Desde luego, no estaba acostumbrado a tanto despliegue de amabilidad—. Por favor, llámeme Gabriel... de lo contrario me dará la sensación de que está hablando con mi padre...

Geraldine esbozó una tímida sonrisa que ocultó tras su pequeña mano. Si él no estaba acostumbrado a su amabilidad, ella, por su lado, no estaba acostumbrada a tanta naturalidad. Robert, el exmarido de Jessica, y los demás hombres que habían desfilado por aquella mansión no eran, ni por asomo, así. Solían ser estirados personajes esnobs, de clase media-alta y, la mayoría de ellos, nativos de Nueva York. En cambio, Gabriel era lo opuesto a todos ellos: joven, divertido, natural... y con una bonita y fresca sonrisa. Una sonrisa que, según intuía la larga experiencia de Geraldine, no escondía nada.

—Si no le importa, me dice dónde colgar la cazadora y el casco...

—Señor...

—Gabriel... por favor —Ladeó la cabeza y juntó ambas palmas de las manos en forma de ruego.

—La señorita Orson, como de costumbre, preferirá que siga manteniendo las normas de la casa.

Gabriel se acercó a su oído con sigilo y comenzó a susurrarle unas palabras en tono muy bajito.

—Puede llamarme Gabriel cuando estemos a solas, Jessica no se enterará... la gente dice que

soy el mejor en guardar secretos. Ya verá, sólo tiene que ponerme a prueba y se lo demostraré.

Gabriel retomó su distancia y le guiñó un ojo. Ella, al final, cedió. Le recordaba a su hijo John, obviamente mucho antes de acabar en la cárcel condenado a varios años por tráfico de drogas.

Así que, sin poder contenerse por más tiempo, soltó una risa contagiando al instante al mismísimo Gabriel.

Definitivamente, él no era como los demás amantes de su señora, en absoluto.

—De acuerdo... Gabriel... —enfatizó la última palabra—. Sígame.

—Eso está mucho mejor...

Gabriel le regaló una bonita sonrisa y la acompañó escaleras arriba. Una vez en el interior, quedó boquiabierto tras observar la amplia sala que servía a su vez de recibidor y punto de partida hacia diferentes puertas que permanecían cerradas. Al frente había una impresionante escalera de mármol que giraba tras un arco, perdiéndose en la segunda planta.

Miró a su derecha; tras una puerta corredera se dibujaban las formas de una espectacular cocina en tonos blanco, chocolate y delicados detalles dorados. Aquella cocina era tan grande como su apartamento.

—Aquí puede colgar la chaqueta y dejar el casco sobre la repisa.

—Gracias, Geraldine. —Le volvió a sonreír mientras asentía a su vez con la cabeza.

—Presumo que el viaje ha sido largo. ¿Le apetece una copa de champán?

—Sí, claro.

—Mientras se la preparo, puede salir al jardín, la señora le está esperando allí.

Gabriel avanzó siguiendo las indicaciones del ama de llaves. Atravesó la cocina y llegó hasta un enorme ventanal, que daba acceso a una zona ajardinada. Nada más cruzar al otro lado, unos chapoteos acrecentaron su curiosidad. Era Jessica, nadando al estilo mariposa; extendía los brazos de atrás hacia delante con sutiles movimientos simulando los de un delfín.

Él se descalzó y se acercó al borde de la piscina.

Jessica, que permanecía con los ojos cerrados, no presintió que seguían cada uno de sus rítmicos movimientos.

Poco después, unos pasos se aproximaron tras de sí. Geraldine apareció con una bandeja de plata y una copa de champán justo en el centro de la circunferencia.

—Tenga, señor.

—Muchas gracias, Geraldine.

—Si no me necesita, me retiro para continuar con mis quehaceres.

—Claro —asintió.

Gabriel aprovechó que se quedaba solo para dar un par de sorbos a la copa.

De nuevo hacía ese calor sofocante y pegajoso que se enganchaba a la piel. Tras haber diluviado durante toda aquella mañana en la ciudad de Nueva York, a esas horas del atardecer aún lucía el sol con fuerza.

Depositó la copa medio vacía sobre la superficie de una mesita. Se sacó la camiseta negra de manga corta por encima de la cabeza y la dejó caer sobre una de las butacas junto al jacuzzi. Lo mismo hizo con el pantalón y el bóxer. En poco menos que un suspiro, estaba como Dios lo trajo al mundo y se lanzó a la piscina en busca de Jessica.

Tan sólo unas cuantas brazadas le fueron necesarias para llegar a su lado.

Jessica abrió los ojos al notar cómo las manos de Gabriel acariciaban su rostro, dejando de nadar al instante.

—Hola... —Le sonrió—. Has llegado pronto.

—No podía esperar... Ya te dije que estoy muy intrigado.

—Todo a su debido tiempo.

—Es cierto... todo puede esperar... excepto esto...

Gabriel la besó ardientemente, con fuerza, con verdadera ansia, hasta dejarla sin aliento. Luego nadó en dirección al lado menos profundo de la piscina, invitándola a que lo siguiera. Así, ambos podrían permanecer en pie, porque el agua no les cubriría más que medio cuerpo.

Gabriel, tras apoyar la espalda en la piedra de la pared, estiró su brazo hacia ella y la esperó.

—Ven, Jess...

—Ya veo lo poco que te importa que alguien nos pueda ver... —Sonrió con picardía.

—Exacto. Y sé que a ti tampoco te importa... En el fondo, somos tal para cual y estamos creados para estar juntos... ¿Acaso aún lo cuestionas?

—Deja los debates existenciales para otro momento. —Sonrió mientras se desataba el nudo del sujetador del biquini y se desprendía de las braguitas—. Ahora... cállate y demuéstrame por qué crees que somos tal para cual.

Gabriel tiró de su mano hasta hacerla chocar contra su cuerpo, que ya estaba expectante y muy excitado. La miró a los ojos sin pestañear. Los de ella, con el agua de la piscina, brillaban en un azul zafiro mucho más intenso. Tenía un ligero rubor sobre la piel canela de sus mejillas y la boca entreabierta, y recuperaba poco a poco el aliento tras el ejercicio. Su pelo, de un negro azabache, se ceñía a las curvas de sus hombros y de sus pechos, dejando entrever unos pezones erguidos y duros como guijarros.

Gabriel comenzó a lamer su cuello hasta su lóbulo derecho, lenta y sensualmente.

—Echaba de menos el sabor de tu piel.

—Y yo tus besos, tus caricias y tu trasero... —le susurró pellizcando una nalga.

—Eres muy traviesa...

—Ya me conoces.

—Sí... y no sabes lo que eso me pone...

Gabriel la rodeó con fuerza con sus brazos y dio la vuelta con suma rapidez; para cuando quiso darse cuenta, la tenía atrapada entre la pared y su cuerpo, y apretaba con fuerza su erección contra su vientre.

—Creo que voy a pasar de los preliminares... Me has puesto tan cachondo que no puedo esperar más.

—Ya estás tardando... —le dijo mordiéndose el labio con fuerza.

Jessica rodeó con una de sus piernas las caderas de él. Gabriel, sin demorar más la espera, colocó su miembro en su sexo y comenzó a penetrarla lentamente.

—Mírame, cielo... —le susurró Gabriel con voz grave y ronca—. Quiero ver cómo te corres para mí... quiero que grites mi nombre hasta quedarte afónica... quiero que no olvides que eres mía y de nadie más.

—Gabriel... sabes que eso no puede ser... yo...

Antes de que pudiera seguir hablando, Gabriel comenzó a embestirla con fuerza, violentamente, una y otra vez, estampando el cuerpo de ella contra la pared, una y otra vez... hasta la saciedad.

—Jess... eres mía —gruñó apretando los dientes hasta hacerlos chirriar.

El sol se ocultó de golpe tras las nubes que tiñeron de un manto negro el cielo de Manhattan. En cuestión de minutos, rompió a llover con desesperación. Las gotas chocaban contra el agua de la piscina y contra sus desnudos cuerpos.

Jessica apretaba con fuerza los brazos de Gabriel, sin dejar de mirarle a los ojos tal y como le había pedido. Jadeaba y se movía al mismo compás de sus embistes. Rítmicamente, en perfecta

sincronía.

—Vamos, Jessica... córrete para mí.

—¡Diablos!... maldito seas... no soy tuya, Gabriel...

—Sí lo eres... mía.

—¡Eres un maldito bastardo...!

Gabriel se rio. La agarró de las nalgas y la penetró más intensamente. Un par de movimientos más le bastaron para oírla gritar a viva voz su nombre entre múltiples gemidos. Casi al mismo tiempo, él también se dejó ir, bramando como un verdadero animal.

El azul zafiro y el verde esmeralda de ambas miradas se fundieron en un solo color. Gabriel cogió con ambas manos su rostro y la besó despacio, con mucha dulzura, saboreando cada rincón sin prisas, con calma.

—Jessica... —murmuró mirándola fijamente—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida...

Ella se quedó muda e intentó tragar sin éxito el significado de aquellas palabras, que se le habían quedado atascadas en la garganta. Hizo como si no las hubiese oído.

—Vamos dentro. Geraldine debe de estar empezando a preocuparse... Y no quiero que salga y nos encuentre así... Además, me moriría si he de prescindir de ella porque le haya dado un infarto al verte desnudo... —Se rio mientras caminaba hacia la escalerilla y subía por ella.

Gabriel la siguió entornando los ojos.

—¿A qué te refieres...? —le preguntó bajando la vista y echando un vistazo a su propio cuerpo.

—Gabriel... pero ¿tú sueles mirarte a los espejos?

Rio con picardía mientras corría para cobijarse en una especie de porche de madera. Se cubrió con el albornoz y esperó a que llegase él para ofrecerle uno.

—Pensaba que te gustaban mis *piercings*, mis tatuajes... y mi... juguetito.

—Ya conoces la respuesta. —Se le acercó para taparlo con el albornoz—. Ya sabes cuánto me pone tu cuerpo... no hace falta que te lo diga, lo sabes de sobra. Pero dudo mucho que ella esté acostumbrada a tanto «adorno»... —Sonrió.

De golpe, Geraldine apareció, cruzando la puerta de la cocina, con toallas, zapatillas y ropa seca.

—Señora... deberían entrar en casa o pillarán una pulmonía.

—No se preocupe, estamos bien —dijo mirando a Gabriel—. Por favor, prepare en mi habitación un baño caliente con sales minerales y abra la mejor botella de vino tinto de la bodega.

—Claro, señora —asintió—. ¿Alguna cosa más?

—De momento nada más, gracias.

—Entonces, me retiro.

Gabriel sonrió mientras acababa de secarse el pelo con una de las toallas.

—¿El mejor vino tinto de tu bodega?... ¡Mmm!, así da gusto celebrar buenas noticias... Apuesto a que deben ser muy buenas.

—No te quepa la menor duda —sonrió con satisfacción—. Caroline ha retirado la demanda después de confesar que todo fue una invención suya.

—¡¿Lo dices en serio?! —le espetó casi sin dar crédito.

—Sí. Tema resuelto. Y… ahora… si eres bueno... y te portas bien... —dijo repasando con la yema de un dedo su torso desnudo—... dejaré que duermas esta noche en mi cama...

34

Geraldine entró en la suite y dejó un pequeño carrito con ruedas junto a la puerta de acceso a la terraza. Gabriel se acercó para curiosear lo que había sobre la superficie: una botella, dos copas y una bandeja de plata cubierta por una tapa ovalada. Cogió la botella de vino, la alzó y leyó la etiqueta: «*Château Mouton-Rothschild*» del año 1996. No tenía ni remota idea de lo que podía costar aquella botella, aunque tenía toda la pinta de ser muy cara. Pensó cuánto dinero estaría dispuesto a pagar por ella: ¿cien, doscientos dólares a lo sumo? En todo caso, intentaría regatear al máximo, ya que para él malgastar un jodido dólar suponía una solemne aberración.

—Sesenta y siete mil dólares... —le susurró Geraldine sonriendo.

—¡¿Cómo...?! —Tragó saliva sin dar crédito a lo que acababa de oír.

Gabriel, con mucho cuidado, dejó de nuevo la botella en el carrito, como si de una bomba a punto de estallar se tratase.

—¿Cómo alguien es capaz de pagar esa desorbitada suma por tan sólo unas cuantas uvas prensadas?

—Coleccionistas y personalidades con mucho poder adquisitivo... En el caso de esta botella, fue un regalo que recibió mi señora de su exmarido.

Gabriel enarcó una ceja al dejar vagar la imagen de aquel personaje por su mente. Robert, desde un primer contacto, no le había transmitido buen karma. En las contadas ocasiones en las que ambos habían coincidido, Gabriel había descubierto cómo cambiaba sorprendentemente el carácter de Jessica, dejando de ser la misma.

—Por la cara que ha puesto, ¿he de suponer que ya conoce al señor Andrews?

—¿A Robert? —Resopló—. Sí, cómo no...

Geraldine sonrió y le colocó la mano sobre el hombro.

—Entre usted y yo —miró a ambos lados para cerciorarse de que Jessica aún no estaba en la habitación—, creo que por fin la señora ha dado con un verdadero caballero, noble y educado, que deslumbra por su propia personalidad, sin necesidad de coches de lujo, ni trajes de alta costura, ni infinitos ceros en sus cuentas bancarias.

Gabriel puso su mano sobre la de Geraldine. Ella notó su calor y él hizo un gesto con la mirada agradeciendo sus palabras.

—Conozco a la señora desde que nació. De hecho, fui su niñera antes de ser su ama de llaves. Llevo la mayor parte de mi vida trabajando para los señores Orson... Y la quiero como si fuese mi propia hija. —Sonrió unos instantes—. La he visto encapricharse, obsesionarse... por caballeros —Sonrió de nuevo, mientras miraba atentamente a los ojos verdes de Gabriel, para poco después proseguir—, pero, después de Adam, jamás la he visto llegar a enamorarse de nadie... hasta ahora...

Gabriel abrió los ojos sorprendido. Jessica... ¿enamorada?

De pronto alguien entró en la habitación. Era ella. Había secado su larga melena azabache y la llevaba recogida en una trenza.

—Geraldine —dijo uniéndose a la conversación—. ¿Tiene preparado todo lo que le había pedido?

—Sí, señora —asintió.

—Bien. Pues, en ese caso, ya puede retirarse y descansar.

—Gracias, señora.

El ama de llaves caminó hacia la puerta, pero, justo antes de cerrarla para salir, se giró y deseó las buenas noches a los presentes.

—Buenas noches —dijo Jessica.

—Que descanse, Geraldine —añadió Gabriel con una tierna y cómplice sonrisa.

La puerta se cerró y por fin ambos se encontraron a solas en la enorme suite. Jessica encendió el iPod. Gabriel, en silencio, la siguió con la mirada. Las primeras notas de la canción Angels, de Robbie Williams, comenzaron a sonar, recreando un ambiente de lo más romántico y sensual.

—Dios... Jessica. Jamás dejarás de sorprenderme —murmuró acercándose hasta ella por la espalda.

—Ten por seguro que, mientras esté en mi mano, jamás dejaré de hacerlo.

Jessica abrió el corcho de la botella y vertió el vino en las copas.

—Por ti, Gabriel. —Se giró ofreciéndole una de las copas.

—Y por ti. Por nosotros... —propuso con voz grave, brindando y sorbiendo poco después.

—Por nosotros... —añadió bebiendo sin dejar de mirar a sus ojos.

Gabriel permitió que degustara el vino, incluso esperó que sorbiera un par de veces, antes de pronunciar estas palabras:

—Prefiero tus labios... —dijo descendiendo la mirada hacia su boca.

Robó la copa de su mano y la dejó sobre el carrito junto a la suya.

—No me canso de mirarte.

Lentamente, Gabriel comenzó a acariciar la comisura de su labio superior, con la yema de su pulgar. Tan despacio que incluso hizo estremecer cada poro de su piel. Jamás nadie la había tratado con tanta dulzura. Para ella, todo esto era una novedad. Una nueva y extraña sensación, que no dejaba de ser extremadamente placentera.

Poco después, Gabriel acarició su labio inferior, continuando así con su dulce tortura. De nuevo Jessica, sin poder evitarlo, volvió a estremecerse como una simple chiquilla.

—Gabriel...

—Dime...

—Bésame.

—Tranquila... tenemos toda la noche. —Sonrió con gran picardía—. Relájate... y disfruta.

Gabriel apartó la tapa que cubría la bandeja de plata, dejando al descubierto unas terrinas y canapés de varios gustos y texturas.

—Quiero darte de comer.

—¿Pretendes darme de comer como a un bebé?

—Sí.

Jessica sonrió y negó con la cabeza al mismo tiempo.

—Quiero hacerlo. Quiero darte de comer... y luego comeré de ti...

De pronto, la voz de Gabriel se quebró. Jessica se mordisqueó el labio inferior. Su cuerpo reaccionó al instante imaginando ser protagonista de la escena: Él, comiendo de su cuerpo, y ella, dejándose saborear...

—Necesito que cierres los ojos, Jess.

Gabriel esperó hasta verificar que los tenía completamente cerrados, y entonces corrió hacia el vestidor. Abrió una de las puertas del armario en busca de algo útil. Miró en uno de los cajones. Sonrió al hallar lo que buscaba. Escogió uno de los pañuelos, el negro, y realizó una prueba con él, comprobando que no se veía nada a través de la seda. Una vez satisfecho, regresó junto a ella.

—Dame tu mano.

—¿Mi mano? —preguntó abriendo los ojos.

—Jessica... vuelve a cerrar los ojos —la regañó.

Ella le hizo caso al instante. Su juego era tan excitante que ¿cómo podría negarle nada? Jessica le tendió la mano.

—Buena chica.... —dijo colocando el pañuelo en su palma—. Voy a vendarte los ojos con esto.

—Mmm... Me gusta la idea.

—Y a mí... —le susurró al oído mientras caminaba por su lado hasta quedar justo por detrás de ella.

Gabriel deslizó el pañuelo por la piel desnuda de su cuello. Jessica gimió. La suave caricia de la seda rozando su cuerpo le causaba agradables descargas eléctricas por todas partes, de arriba abajo y sin tregua.

Jessica oyó reír a Gabriel.

—Yo de ti no me reiría...

—¿Por qué?

—Porque luego me tocará a mí —advirtió juguetona.

—Ahora estás a mi merced... «luego»... queda muy lejos...

—Soy paciente... la noche es muy larga, según tus propias palabras textuales...

Gabriel sonrió con picardía y mordió suavemente el hombro de Jessica. Ella se quejó.

—¡Eres un salvaje!

—Sí. Ya me conoces, Jess... un salvaje tremendamente irresistible —se burló—. Y sexi... —añadió volviéndose a reír.

Luego, le vendó los ojos con el pañuelo, y pasó la mano por delante para comprobar que no veía nada.

—¿Ves algo?

—Nada, Gabriel...

—Así me gusta —expresó mientras caminaba de nuevo por su lado hasta colocarse justo delante de ella.

Cogió una de las cucharillas y la rellenó de caviar imperial.

—Abre la boca.

Jessica la abrió y Gabriel acercó la cucharilla, deslizándola lentamente en su boca. En seguida pudo notar cómo el frío del metal contrastaba con la calidez de su lengua. Degustó, saboreó y se relamió de puro placer.

—Jessica... como sigas así, voy a follarte antes de acabar de darte de comer... No te imaginas cómo me provocas con tus labios... y esa lengua...

Ella sonrió divertida.

—De eso nada... acaba lo que has empezado...

—Lo intentaré...

Gabriel pasó la mano por su pelo repetidas veces y después se frotó la cara con las palmas, para tratar de volver en sí. Se propuso acabar lo que había empezado, a sabiendas de que, probablemente, sería incapaz de soportarlo. La tremenda erección ya hacía rato que amenazaba, apretando la tela de los tejanos.

De nuevo, miró la bandeja y escogió uno de los canapés.

—Separa los labios...

Jessica sonrió y esperó paciente el nuevo asalto. ¿Qué sería? Era toda una incógnita. Humedeció sus labios antes de volver a permitir que la alimentase.

Gabriel tragó saliva. Jessica no le estaba facilitando las cosas.

—Si vuelves a mojar otra vez tus labios de esa forma... juro que te follo en el suelo...

—¡Ja, ja, ja! —Se rio—. Lo reafirmo... eres un salvaje... y subo mi apuesta a: eres un salvaje tremendamente sexi...

—Tú misma... quien avisa no es traidor. Avisada estás.

Gabriel siguió en sus trece. Llevó el canapé a su boca, pero, antes de comer, ella olfateó tratando de averiguar de qué se trataba.

—Nada de trampas.

—Gabriel...

—¿Qué?... Recuerda, el suelo...

—¡Diablos...! —gruñó—. Cómo te odio.

—No tanto como yo a ti —se burló divertido—. Vamos, abre esa preciosa y sugerente boquita que tienes...

Jessica por fin sucumbió. Probó el canapé, lo mordió y tragó la mitad.

—Tengo sed. Dame vino —ordenó.

—Sin trampas...

—No es una trampa... estoy sedienta...

Gabriel cumplió su petición y le dio de beber.

A tientas, sin poder ver la copa, parte del vino se derramó por la comisura de los labios, resbalándose vertiginosamente por su cuello. Gabriel se anticipó a ella y comenzó a lamer lentamente el rojo sendero que había dibujado el vino sobre su piel. Desde la clavícula hasta los labios.

—Jessica, lo he intentado... pero soy débil, lo admito... No puedo evitar caer en tu tentación...

Dicho esto, Gabriel se enterró en su boca. La besó con fuerza, como si pretendiera devorarla a besos. Ella enredó los dedos en su pelo. Sus lenguas jugueteaban rítmicamente, primero en una boca y luego en la otra.

Jessica buscaba la forma de liberarse de aquella oscuridad, quería mirar a los ojos a Gabriel, pero él se lo negó, sujetándola de ambas muñecas y uniéndolas por detrás, como si se tratara de unas esposas.

—¿No piensas quitarme el pañuelo?

—No. Aún no...

Jessica se mordió el labio.

Le encantaba jugar, aunque estaba acostumbrada a tener el control de la situación en todo momento.

Gabriel comenzó a quitarle la ropa. Ella vestía una especie de kimono satinado en tono negro y rosa palo. Llevó sus manos al cinturón para deshacer el nudo y la prenda se abrió por completo, dejando al descubierto un sensual conjunto de lencería negra semitransparente.

Respiró entrecortadamente, observando a la belleza de piel canela que tenía frente a él. Acarició con ambas manos el cuerpo de Jessica. Los pechos por encima del encaje, el vientre, las caderas y los glúteos. Jessica arqueó la espalda. Aquellos dedos eran una bendición para su piel.

—Sígueme... —dijo Gabriel cogiéndole de la mano—. Camina despacio...

—¿Hacia dónde?

—Iremos a ver qué tal se portan los muelles de tu cama...

35

Gabriel acabó de desnudar el cuerpo de Jessica y después la tendió sobre la cama. Se quitó la camiseta negra y los pantalones tejanos, y se quedó cubierto únicamente por un bóxer también de color negro; después lanzó la ropa al suelo.

Alzó la mirada y contuvo el aliento al quedar extasiado por la tentación de cabellos negros que le esperaba recostada sobre las delicadas sábanas de satén.

Tras permanecer unos segundos alimentándose de su exótica belleza, inspiró hondo y subió de un salto a la cama para colocarse a horcajadas sobre ella.

Entonces le pidió que juntara las manos.

—Quiero atarte las muñecas con mi cinturón.

—Los ojos vendados, las muñecas atadas... —Sonrió traviesa y luego se mordió el labio con lascivia—. ¿Qué será lo siguiente... Gabriel?

—Jess... deja de ser impaciente... y no preguntes...

Gabriel le cogió de la barbilla y la besó con dulzura en los labios, luego se retiró.

Ella se incorporó a tientas, buscando su boca, reclamando más de aquellos besos, pero no llegaron.

—Todo a su debido tiempo... —Sus palabras sonaron a promesa.

Ajustó el cinturón de piel alrededor de sus muñecas para después pasarlo a través de uno de los barrotes de la cabecera.

Jessica, instintivamente, tiró del cinturón con fuerza y, como es obvio, no logró liberarse. Acostumbrada a dominar y a tener el control de todas las situaciones, comenzó a experimentar una nueva y extraña sensación.

—No me gustaría que el cinturón te dejase marcas. Por favor, Jess, intenta no moverte... —la regañó susurrándole al oído—. Ahora pórtate bien y sé buena... Vuelvo en seguida , falta lo más importante...

—Pero Gabriel... —exigió dirigiendo el rostro hacia la voz que se perdía entre la oscuridad.

—Ahora vengo... —concluyó acariciándole la mejilla para tranquilizarla.

Gabriel se alejó, dejándola a solas, desnuda, maniatada y en plena oscuridad, anulando por completo su capacidad de anticipación.

En aquellos momentos en que permaneció sola en su habitación, Jessica dejó que su morbosa imaginación tomase el relevo en su mente. Comenzó a visionar las diferentes formas en que Gabriel podría proporcionarle placer: con su cuerpo, con sus manos, con su boca... y su respiración comenzó a acelerarse vertiginosamente.

El voluptuoso pecho de ella subía y bajaba en un delicioso vaivén. Los pezones se endurecieron como negros guijarros y su sexo comenzó a humedecerse sin previo aviso.

Trató de tirar con fuerza de sus muñecas, pero el rígido cuero la detuvo una vez más. Para entonces, Gabriel ya había regresado con un cuenco con helado de chocolate.

—Voy a probar mis dos vicios juntos: el chocolate... y tú.

—¿Chocolate?

—Sí.

—Mmm, delicioso.

Jessica se relamió los labios, imaginando a Gabriel saborearla por todas las partes de su cuerpo.

Él subió a la cama y se colocó sobre los muslos de ella.

—Te he dicho que es chocolate... pero no te he dicho cómo es. —Se rio y puso un poco de helado sobre uno de los pezones de ella.

Jessica se sobresaltó. El contraste del calor de su cuerpo con el frío del helado la hizo estremecer.

—Es sólo helado de chocolate unido al sabor de tu piel...

—Cuando logre soltarme... ni te imaginas lo que pienso hacer contigo...

—Hágame lo que quiera, señorita Orson —se burló—. Tiene permiso para hacer lo que le dé la real gana con mi cuerpo...

—Pues entonces... prepárate. —Se mordió el labio imaginando el amplio abanico de posibilidades.

—Lo estoy deseando... —murmuró inclinándose para lamer lentamente con su lengua la areola y succionar el pezón con fuerza. Ella tembló de puro placer, sintiendo deliciosas descargas eléctricas por todas sus terminaciones nerviosas, y eso sólo era el principio... Gabriel realizó la misma operación con el otro pecho y ella se retorció aún mucho más que con el anterior.

—Gabriel... vas a matarme...

—Si vas a morir, que sea dándote placer... —Sonrió mientras dibujaba con el helado un peligroso sendero desde el ombligo hasta su pubis—. Ya te lo he dicho antes, te he advertido de que pretendía comerte...

Jessica arqueó la espalda y tiró de las muñecas cuando Gabriel comenzó a lamer de forma muy sensual aquel sendero, trazando caminos imaginarios hasta su sexo. Y al llegar allí, se detuvo.

—La primera vez que te vi... pensé que eras una estúpida esnob, una niña de papá, consentida y malcriada...

Jessica enarcó una ceja y abrió la boca sorprendida.

—Lo único en que pensaba era en darte unos buenos azotes en el culo... Y follarte salvajemente, una y otra vez.

Gabriel bajó un poco más. Inspiró el olor de su sexo y pegó un largo lametazo, desde el orificio de su vagina hasta su clítoris. Jessica gimoteó cerrando los ojos con fuerza.

—Pues yo la primera vez que te vi pensé que debías de haberte peleado con la ducha; te hacía falta un buen baño, un corte de pelo y un buen afeitado. Por no mencionar tu ropa arrugada, tu *piercing* y tus tatuajes...

—¿Eso pensaste de verdad?

Gabriel introdujo la lengua en su sexo, dentro y fuera.

—Sí, lo pensé... —jadeó—. Y también que me atraías de forma sobrehumana... Sólo quería que me follaras y me dieras esos azotes en el culo...

Él comenzó a masturbarla con la lengua y con los dedos. Jessica se retorcía cada vez más. Sus grandes pechos se balanceaban cada vez que arqueaba su espalda y sus caderas se movían al mismo ritmo sensual que sus penetraciones.

—¡Te odio, Gabriel...! Odio todo lo que me haces sentir...

Él volvió a sonreír pícaramente sin dejar de succionar, de besar y de lamer. Jessica ahogó un nuevo jadeo, parecido a un grito, y maldijo entre dientes antes de explotar, arrastrada por un torbellino de orgasmos mientras zarandeaba la cabeza, casi al borde de perder incluso el conocimiento.

Gabriel comenzó a besar cada parte de su cuerpo desde los pies hasta el cuello. Daba besos cortos y delicados, para, de vez en cuando, dejar caer algún mordisquito. Al llegar a su cuello, se deleitó mucho más en él y los besos se volvieron más intensos y apasionados.

—Gabriel... —Su voz sonó temblorosa—. Quítame la venda, quiero mirarte a los ojos...

—Claro.

Desató el nudo y dejó el pañuelo sobre la mesita de noche. Jessica abrió los ojos y parpadeó varias veces, adaptándose a la iluminación de la habitación. Gabriel la miró intensamente y unas palabras huyeron de su boca:

—Jessica... te... q...

Gabriel abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que había estado a punto de confesar y calló. Su respiración se agitó y tragó saliva.

El corazón de Jessica se saltó un latido. Y luego comenzó a bombear con fuerza.

Las pupilas de Gabriel estaban tan dilatadas que sus ojos parecían más negros que verdes y un silencio sobrecogedor les invadió a ambos.

—Jessica te voy a desatar... —se apresuró a decir para tratar de enmascarar aquel juego de palabras.

Gabriel había estado a punto de estropearlo todo. ¿Cómo era posible que tan sólo un par de palabras marcaran un antes y un después en aquella «relación»? De haberlas pronunciado, probablemente ya estaría expulsado de aquella habitación, desnudo, con la ropa entre las manos y el rabo entre las piernas...

«¡Maldita lengua suelta!», murmuró.

Liberó a Jessica del amarre y se sentó en la cama, observando cómo se frotaba las muñecas.

—¿Te encuentras bien?

—Nunca he estado mejor...

Jessica aprovechó que él estaba sentado para colocarse sobre sus muslos. Comenzó a enredar los dedos en su pelo y a masajear delicadamente con las uñas y con las yemas su cuero cabelludo. Él cerró los ojos, creía estar en el séptimo cielo.

—Gabriel...

—Mmm... —gruñó bajito.

—Hazme el amor...

Gabriel abrió los ojos como platos. Jessica y él nunca habían hecho el amor, se dedicaban a follar y punto.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Su pecho subía y bajaba despacio y sus pezones rozaban sutilmente el torso de él. Jessica se incorporó ligeramente para que su miembro erecto entrase con relativa facilidad en su interior. Ella notó cómo su pene la penetraba poco a poco y cerró los ojos, deseaba sentirlo de una forma diferente. Se abrazó a él y comenzó a danzar con suavidad mientras contraía las paredes de su vagina para sentir con mayor intensidad la fricción.

—Gabriel... me encanta cuando estás dentro de mí.

Él también la abrazó. Sus cuerpos desnudos encajaban a la perfección. Y sus bocas se encontraron a medio camino. Gabriel y Jessica se besaron como nunca antes lo habían hecho, con pasión, con devoción y con mucho sentimiento. La piel de ella se erizó y Gabriel se dio cuenta de ello. Entonces, decidió apostarlo a todo o a nada. Le cogió de la cara con las manos invitándola a mirarle a los ojos. Tragó saliva e inspiró hondo. Sus ojos continuaban de un oscuro intenso y sus manos temblaban ligeramente.

Abrió la boca para hablar, pero esta vez no titubeó...

—Jessica... te quiero.

No esperó a que le respondiera. No quiso mirar a través de sus ojos, para no ver ninguna

pincelada de temor, de resentimiento o de rechazo hacia sus palabras. Así que selló sus labios con un ardiente beso que la dejó extasiada y sin respiración.

Gabriel clavó los dedos en sus nalgas y las apretó con fuerza para acercarla más a él. Jessica se abrazó de nuevo a su cuerpo, clavando las uñas en su espalda y ambos continuaron haciendo el amor hasta que llegaron juntos al éxtasis.

Luego permanecieron abrazados, hasta que sus jadeos y sus respiraciones volvieron a su ritmo habitual.

Una vez recuperados, Jessica se incorporó de la cama y se dirigió al cuarto de baño en silencio.

Gabriel arrugó la frente, pensativo.

Esperó unos segundos y luego caminó, siguiendo sus pasos hasta allí. Al entrar, vio que ella estaba dentro de la bañera, con la cabeza apoyada en un respaldo y bebiendo de la copa de vino.

Luego se acercó, la miró unos instantes y la acompañó. Se sentó dentro de la bañera y continuó mirándola. Jessica bebía de la copa, miraba al frente pero no lo veía. Estaba como ida. Con la mirada perdida y bebiendo un sorbo, después otro, hasta acabarlo todo. Luego dejó la copa en el suelo y hundió la cabeza dentro del agua. Cuando salió a flote, miró a Gabriel con resentimiento.

—No debiste haberlo dicho... —le recriminó con el semblante muy serio.

—Sólo he dicho lo que siento.

Jessica negó con la cabeza y salió de la bañera. Cogió una de las toallas que colgaban de un soporte junto al espejo y se secó el cuerpo y el cabello.

Gabriel la siguió con la mirada mientras salía del cuarto de baño hacia la habitación. Resopló con fuerza y fue tras ella. Cuando le dio alcance, la cogió del brazo y la obligó a girarse para mirarle a los ojos.

—Jessica, ¡maldita sea!... deja ya de negarte a amar y a ser amada... Deja que te quieran... deja que yo te quiera...

—No.

—¡Diablos!... —Se estiró del pelo con rabia—. Eres demasiado testaruda...

—Gabriel... te lo advertí...

—¿Y qué piensas hacer?... ¡¿echarme?!

—Ya sabes la respuesta...

Jessica se giró y le dio la espalda. Gabriel apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—Teníamos un acuerdo —añadió Jessica.

—Los acuerdos están para romperlos...

—No estoy preparada, ni ahora, ni nunca —Agachó la cabeza abatida—. Lo siento Gabriel... quiero que, cuando regrese a la habitación, ya te hayas ido.

Dicho esto, cruzó la suite y, sin mirar atrás, salió por la puerta.

Gabriel se quedó solo, tratando de asimilar todo lo sucedido. ¿Cómo era posible?, estaban bien y, un segundo después, lo odiaba.

Se quedó pensativo, librando su propia batalla interior y, tras no encontrar respuesta, se vistió, recogió sus cosas y se marchó a toda prisa de aquel lugar.

36

«Dos putas palabras y a la mierda todo. Jodida sinceridad.»

Lanzó la colilla al suelo y, tras pisotearla con la suela del zapato, se colocó el casco y se montó en su Ducati 1199 para poder marcharse cuanto antes de allí.

Ya fuera de la mansión, descendió por el mismo camino sin asfaltar por el que había llegado hacía apenas unas horas, repleto de polvo, de tierra y de minúsculas piedrecillas que, de vez en cuando, impactaban contra el chasis de acero.

Cuando llevaba poco rato conduciendo, al tomar una de las curvas cerradas, la rueda trasera derrapó, haciéndole perder el control. Gabriel se vio obligado a reducir la marcha y a detenerse en el margen, junto a un robusto matorral.

Apoyó uno de los pies en el suelo y con el empeine colocó el caballete. Se quitó el casco, se pasó la mano por el pelo, alborotándolo, y después escupió contra el suelo. Propinó una patada al aire para no atentar contra la moto y se inclinó para coger una piedra al azar. La lanzó a la nada con toda la ira contenida que en ese momento poseía. La piedra voló muy lejos, hasta desvanecerse en la oscuridad de la noche.

Apenas habían transcurrido diez minutos, pero tenía la sensación de haber vivido toda una eternidad sin ella. Incluso en la distancia, Jessica conseguía romperle todos los esquemas. Continuaba perturbándolo. Seguía ocupando cada uno de sus tórridos pensamientos. En tan sólo unas semanas, ella se había convertido en una deliciosa adicción. Y, sin darse cuenta, cada vez se enredaba más en su telaraña de dependencia. Cada día necesitaba más de ella.

Y en ese instante Gabriel sonrió, porque sólo entonces lo supo. Supo lo que debía hacer.

Subió de nuevo a la moto y reemprendió el camino, pero de regreso. Condujo por el sendero a gran velocidad, la máxima que le permitía la escasa visibilidad.

Cuando quedaba poco menos que medio kilómetro para llegar, creyó ver a lo lejos el *BMW* negro de Jessica desapareciendo en sentido contrario.

Gabriel aumentó la velocidad, tratando de darle alcance.

Cuando estuvo lo bastante cerca, comenzó a realizar señales utilizando los faros delanteros.

Los parpadeantes destellos luminosos pronto consiguieron alertar la atención de Jessica.

«¿Es Gabriel?», pensó frunciendo el ceño.

Al saber que se trataba de él, fue aminorando poco a poco la velocidad hasta detenerse en medio de un claro, rodeado por un oscuro y frondoso bosque.

Se bajó del coche y lo esperó, apoyándose en la puerta del BMW mientras cruzaba los brazos con el semblante muy serio. Fue espectadora de cómo él saltaba de la moto y se acercaba a ella con avidez a grandes zancadas.

—Gabriel... ¿pero qué coño te crees que estás haciendo...?

Pronto sus cuerpos quedaron uno frente al otro. Gabriel no le contestó. Sus ojos verdes lanzaban llamaradas y su corazón le martilleaba en el interior del pecho.

—Te quiero... —volvió a repetírselo con una entonación grave, firme y segura.

Gabriel le agarró de la nuca con ambas manos y la besó casi sin respirar.

No estaba dispuesto a volver a perder a nadie nunca más. A renunciar sin luchar. Porque la deseaba como jamás había deseado a ninguna otra mujer. Porque la respetaba, como el más fiel de los amantes. Porque la amaba, con todo su ser, hasta en lo más profundo de su alma.

—No pienso dejarte marchar —ronroneó en su oído—. Si es necesario, te juro que te ataré a la

pata de mi cama, sin con ello consigo que dejes de ser tan cabezota y abras de una puta vez tu corazón.

—¡Maldito seas, Gabriel!... —Jessica se zarandeó con fuerza para tratar de liberarse—. ¡Basta! No sigas... —lo advirtió, arrugando el entrecejo.

—¿Que no siga qué...? —gruñó mientras con sus dedos agarraba la blusa y se la abría de un tirón, haciendo saltar disparados todos los botones, que rebotaron sobre la arena.

—¡¡Eres un maldito cabrón... y un gilipollas engreído...!!

Gabriel hundió la cara en su cuello y comenzó a pegar lametones y algún que otro chupetón. Marcaba lo que él consideraba como suyo para poder mostrar al mundo que era de su propiedad. Porque a partir de ahora sería suya y de nadie más.

Deslizó una mano por debajo de su falda mientras con la otra clavaba las uñas en su nalga.

Jessica soltó un quejido casi suplicante.

—¡Gabriel... basta...! —le gritó.

—No pienso detenerme... voy a follarte hasta que entres en razón... hasta que reconozcas que también me quieres...

—Pues tendrás que follarme duro y desgarrarme viva porque no pienso admitir nada...

—Niñata cabezota... —volvió a gruñir.

Le bajó la cremallera de la falda y ésta cayó al suelo como un suspiro. Jessica lo empujó con fuerza, apartándolo de un manotazo. Ambos se quedaron unos segundos sosteniéndose las miradas hasta que Jessica rompió el silencio propinándole una sonora bofetada en la mejilla.

Gabriel abrió los ojos, en parte desconcertado y en parte excitado. Sacudió la cabeza y se frotó la mejilla con la palma de la mano. La piel le abrasaba, pero eso no lo detuvo, sino que causó el efecto contrario. Las venas de su pene erecto bombeaban con fuerza y los testículos le dolían horrores.

Se acercó, pegándose al cuerpo tembloroso de Jessica. Metió los pulgares por la cinturilla del tanga, lo agarró con fuerza y lo rompió de un solo tirón.

—Ahora voy a follarte duro, tal y como me has pedido... —dijo quitándose casi al mismo tiempo el cinturón, los tejanos y el bóxer, liberando así su enhiesta y enorme erección. Luego la cogió en volandas y la penetró, sin apenas darle tiempo a reaccionar.

Jessica gritó y clavó sus uñas en los fuertes y musculosos brazos de él.

—¡Te odio!... —gimió, jadeó y se retorció, entre embestida y embestida.

Gabriel rio en su oído y volvió a penetrarla con severa brutalidad contra la carrocería del BMW.

Jessica escupió varias palabras malsonantes justo instantes antes de que su cuerpo se convulsionase en un abrupto orgasmo. Gabriel, no satisfecho con el resultado, la obligó a girarse, a apoyar las manos en el coche y a inclinar su cuerpo hacia delante. Luego le separó las piernas ayudado por las rodillas y la penetró por el ano con fuerza.

Ella gritó de dolor y de placer al mismo tiempo.

—¡Ohhh... Gabriel! —jadeó mordiéndose el labio.

—Dímelo... —le dijo embistiendo con mayor agresividad—. ¡Dímelo...!

Ella se resistía. Confesar sus sentimientos comportaba el principio del fin. No podía. No debía. Demostraría debilidad. Todos estos años tras la muerte de Adam, su integridad emocional había sobrevivido gracias a su frialdad hacia los hombres, tratando de imaginarlos como meros objetos sexuales. Sin promesas, sin ataduras.

Aunque no podía negarse a la evidencia. Gabriel no era uno más. Gabriel era especial. En un corto espacio de tiempo, había conseguido hacerle sentir cosas que ni en el mejor de sus sueños

hubiera llegado a imaginar. Eran tan parecidos y a la vez tan diferentes, que eso provocaba que la relación nunca dejase de ser excitante y divertida.

Una gota de sudor nació de la frente y se resbaló por su cara. Gabriel estaba a punto de correrse. Ya no era capaz de aguantar por mucho más tiempo. Clavó los dedos en sus nalgas y expulsó con rabia su semen dentro de ella. Jessica ahogó un gemido. Cerró los ojos y se volvió completamente loca cuando su orgasmo le recorrió de arriba abajo todo el cuerpo.

Poco después, cuando consiguieron recuperar el aliento y la cordura, Gabriel la abrazó y ella echó la cabeza hacia atrás, recostándola en su hombro.

Jessica abrió los ojos y miró al firmamento. No había ni una sola nube en el cielo y las estrellas brillaban junto a una preciosa luna llena. Si uno se fijaba con atención, se podía incluso observar la sombra de algún cráter.

Él acarició su cuello con la punta de la nariz y justo en ese instante vio pasar una estrella fugaz.

—Pide un deseo —le susurró Jessica muy bajito.

Gabriel no lo dudó:

—Que algún día llegues a amarme sólo la mitad de lo que te amo yo...

37

Gabriel abrió primero un ojo y después el otro. La luz del exterior, que se filtraba a través de las delicadas cortinas, lo despertó.

Estaba tendido sobre las sábanas de la enorme cama y, reposando sobre su torso desnudo, estaba ella, con la cabeza ladeada y adormilada, escuchando a través de sus sueños el dulce vaivén de los latidos de su corazón.

Jessica no pudo evitar sonreír cuando Gabriel acarició con sus yemas el bajo de su espalda, entre la zona lumbar y el comienzo de los glúteos. Poco después deslizó el pulgar delicadamente por cada una de sus vértebras, hasta el nacimiento del cabello, en la nuca.

—Mmm... —ronroneó ella acurrucándose más entre sus brazos—. Sigue... me encanta.

Comenzó a juguetear con el *piercing* de su pecho, atrapándolo con los dedos y rozando el diminuto pezón con las uñas. Gabriel exhaló un gemido junto a su oído y le besó en el pelo.

—Mi bella durmiente ya se ha despertado...

—No... —Abrió la boca en un bostezo—. Aún sigo en el séptimo cielo...

Gabriel se echó a reír soltando una breve carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó sin dejar de juguetear con el aro de acero que atravesaba su pezón.

—Pues... pienso en todo lo que nos pasó anoche...

—Sí, la verdad que es para reírse y no parar de hacerlo... —Sonrió y negó con la cabeza al recordarlo.

—Parecía una de aquellas películas de terror de Alfred Hitchcock... excepto por los polvos, claro está...

Ambos se rieron a carcajadas durante un buen rato.

Gabriel aprovechó para cambiar de posición y colocarse a horcajadas sobre ella.

—Veamos si me puedes ayudar... porque tengo un gran dilema... —le dijo frotando su miembro contra el vientre de ella.

—¿Cuál? —le preguntó con gran curiosidad.

—No sé si desayunar primero y follarte después... o primero te follo...

—Difícil elección...

Jessica llevó las manos hacia su trasero y hundió los dedos en sus carnes en forma de respuesta.

—Gabriel, yo si fuese tú, no dudaría...

Le lanzó una mirada penetrante y de lo más insinuante mientras se mordía el labio provocándolo a propósito.

—¡Gracias! —exclamó Gabriel incorporándose y saltando de la cama ante la mirada estupefacta de ella, que agrandó los ojos—. Me has ayudado mucho...

Cuando empezó a buscar la ropa desperdigada por toda la habitación, Jessica se sentó en la cama doblando las rodillas.

—Y ¿adónde vas?

—Voy a ver a Geraldine... y a echar un vistazo a la nevera —dijo sin apenas mirarla, porque de hacerlo sabía que no podría contenerse y se troncharía de la risa.

Jessica alzó las cejas sorprendida mientras lo observaba desde la distancia.

—¿Te traigo algo de comer? —le preguntó continuando con el juego.

—¿Me tomas el pelo?

Jessica, que seguía sentada y con las rodillas dobladas, se cruzó de brazos. Aquello ya pasaba de castaño oscuro. Ya no tenía tanta gracia. Él, en cambio, la miró tratando de no echarse a reír, pero le costaba horrores, y dejó escapar una risita nerviosa.

—Ya veo...

—¿Qué es lo que ves, Jess?

Gabriel quiso buscar su mirada entre sus gestos malhumorados.

—Que por lo visto hoy te has levantado muy juguetón.

—La verdad, no sé a qué te refieres. —Se encogió de hombros tratando de disimular, pero cada vez le era más complicado.

Jessica se echó el pelo hacia atrás y humedeció los labios.

—Verás, mi teoría es la siguiente. —Le miró directamente a los ojos—: Lo que creo es que me estás castigando por lo que pasó anoche.

Gabriel empezó a sonreír abiertamente.

—¿Y lo consigo? —le preguntó acercándose a la cama.

Jessica no le quitaba el ojo mientras él subía al colchón y empezaba a caminar a cuatro patas emulando a un verdadero depredador, con los ojos bien brillantes y con las pupilas tan dilatadas que parecía que iba a devorarla de un salto.

Al llegar a su lado, Gabriel comenzó a tentarla con los labios, rozándolos poco a poco contra los de ella. Lenta y sensualmente. Y cuando casi estaba a punto de besarla, Jessica se apartó.

—Yo sí que tengo hambre de verdad... y pretendo concederme un homenaje... —afirmó ella sin vacilar.

Jessica empujó su torso con ambas manos y él cayó rápidamente tendido boca arriba sobre las sábanas arrugadas. Después se sentó de rodillas entre sus piernas y encorvó su cuerpo, inclinándose, bajo la atenta mirada de Gabriel.

Cogió su miembro enhiesto con la mano y comenzó a realizar un lento masaje.

—¡Dios mío...! Jessica... —gruñó cerrando los ojos.

Acercó la lengua a su pene y lo lamió despacio mientras le masajeaba los genitales con los dedos. Cuando Jessica chupó y succionó su glande, Gabriel apretó las nalgas y dejó escapar un grave jadeo entre los dientes:

—Eres una diosa...

Jessica sonrió morbosamente.

Abrió la boca y se la metió dentro. Trazó círculos a su alrededor con la lengua, sin dejar de masturbarle con sus largos dedos. Gabriel pronto comenzó a sentir cómo su orgasmo se acercaba peligrosamente, así que le sujetó la cabeza y acercó más sus caderas.

—Un poco más, así... —gruñó con voz ronca y seca.

Y, dejándose ir, se corrió con fuerza en el interior de su boca, saboreando ella el cálido líquido mientras se deslizaba por su garganta.

Cuando Gabriel abrió los ojos tratando de recuperar la compostura, ella aprovechó para llenar todo su cuerpo de besos cortos hasta llegar a su boca.

—Me encanta ver la expresión de tu cara cuando te corres... arrugas las cejas, aprietas la mandíbula y te salen estos hoyuelos tan sexis en las mejillas —le dijo sin parar de besarlo.

Él sonrió y clavó los dedos en sus nalgas para después besarla con ardor. Sus lenguas se abrazaron danzando en su interior y, cuando dejaron de besarse, Jessica se incorporó y se colocó de rodillas, a horcajadas, a la altura de su torso.

—Ahora me toca a mí.

Dicho esto, acercó su sexo a la cara de Gabriel, quien pudo hundir la lengua en su vagina.

Jessica arqueó la espalda hacia atrás mientras él apretaba con más ímpetu los dedos en su trasero. Entonces ella cerró los ojos y comenzó a tocarse los pechos y a pellizcarse los pezones.

Gabriel degustaba su clítoris mientras deslizaba con sutileza un dedo, hasta la primera falange, por el orificio del ano. Ella volvió a jadear abriendo la boca y echando la cabeza hacia atrás.

—Gabriel... me vuelves completamente loca... no dejes nunca de hacerlo...

Tras sus palabras, Jessica apretó con fuerza los músculos de las nalgas al sentir cómo su orgasmo se expandía por todo su cuerpo. Gritó su nombre una y otra vez, hasta que se dejó caer sobre su torso cubierto por una brillante capa de sudor.

Él la abrazó sin dejar de acariciar el largo de su melena.

—Gabriel...

—Dime.

Para poder mirarle a los ojos, ella colocó las manos bajo su barbilla y alzó el mentón.

—Dame tiempo.

Gabriel se quedó en silencio, escuchándola con atención. Desde luego no esperaba ese tipo de confesión por su parte. ¿Era posible que Jessica por fin se hubiera dado cuenta de que era mejor dejarse llevar y sentir que empeñarse en huir eternamente?

—Y te pido que tengas mucha paciencia...

—Claro —respondió comprensivo—. Toda lo que necesites.

Ella inspiró hondo antes de proseguir:

—No puedo decirte que te quiero... aún no —se lamentó sin dejar de mirarlo.

—No te lo estoy pidiendo.

—Lo sé, pero... lo esperarás... —Tragó saliva con tristeza—. Y es probable que jamás lo oigas pronunciar de mi boca...

Gabriel le miró intensamente a los ojos y le cogió la cara con las manos.

—Jessica, tómate tu tiempo —dijo esbozando una sonrisa seductora—. A cambio, no vuelvas a echarme nunca más de tu vida... y he dicho... nunca más...

Pero ella no le contestó, simplemente se limitó a besarle en los labios con ternura para luego devolverle la sonrisa.

38

Después de una reconfortante ducha, Gabriel buscó las escaleras para dirigirse a la planta de abajo mientras Jessica permanecía en el cuarto de aseo acabando de secarse el pelo.

Nada más entrar en la cocina, se encontró con Geraldine, quien preparaba con esmero la guarnición de lo que aparentaba ser un delicioso asado. Atravesó la estancia descalzo y, al llegar junto a una mesa, alargó la mano a la manzana más roja que había en un cuenco de cristal, frotó la piel en su camiseta y le pegó un gran mordisco.

—Tiene una pinta deliciosa... —se inclinó para observar lo que preparaba más de cerca.

—Buenos días, Gabriel.

Geraldine le sonrió amablemente y le dio una palmada en la mano cuando quiso coger un trozo de zanahoria.

—Buenos días —repuso llevándose de nuevo la manzana a la boca y sentándose sobre el mármol—. ¿A qué se debe tanto festín? Dudo mucho que Jessica y yo nos zampemos todo eso.

Gabriel se rio con ganas y le dio un nuevo bocado a la fruta.

—Es el plato preferido de la señora.

—Entiendo... —asintió encestando los restos de comida en el pequeño contenedor de residuos orgánicos.

—Hoy cumple treinta y cinco años.

Él, tras oír aquellas palabras, estuvo a punto de atragantarse; se golpeó el pecho con el puño y tosió varias veces. ¿Por qué Jessica no se lo había dicho? Obviamente, tendría sus motivos. Pero, para qué negarlo, sentía verdadera curiosidad por saberlo y, tras bajar del mármol de un salto, se aproximó un poco más al ama de llaves para averiguarlo.

—Jessica no suele celebrar su aniversario, ¿verdad? —Arrugó la frente.

—No, Gabriel.

Geraldine continuó rellenando el pavo, luego lo salpimentó y lo reservó a un lado, sin añadir nada más; sin embargo, él quiso insistir:

—Conozco a Jessica y sé que le encantan las reuniones con la jet set neoyorquina y toda clase de fiestas. —Gabriel buscó los ojos almendrados de la mujer en espera de respuestas—: ¿Por qué no lo celebra?

Ella carraspeó y dejó de mirarle a los ojos.

Abrió la puerta de la nevera y cogió varias naranjas. Luego las lavó, las secó con un paño de cocina y comenzó a cortarlas por la mitad. Su silencio empezó a envolver el ambiente y a crispar poco a poco los nervios de Gabriel, quien cruzó los brazos y se colocó aún más cerca, apoyando su cuerpo en el mueble.

—Lo siento, señor, pero no me permiten hablar sobre el tema... —subrayó agachando la cabeza un poco más, sin dejar de preparar el zumo.

—¿Tan grave es para que incluso hayas dejado de tutearme?

Ella negó con la cabeza mientras exprimía las naranjas, una a una.

—Tan sólo puedo decirle que tenga paciencia con la señora. —Su voz era casi un susurro—. Todo en esta vida tiene un porqué.

Geraldine se giró para mirarle a los ojos y colocar la palma de su mano sobre la mejilla de un Gabriel muy sorprendido.

—Siga conociéndola y descubrirá que, detrás de esa apariencia fría e insensible, se esconde

una niña insegura.

Gabriel colocó su mano sobre la de ella y le sonrió dulcemente.

—Geraldine, quiero a Jessica y, aunque me deje la piel en ello, voy a conseguir que vuelva a ser feliz.

Ella suspiró y sus ojos comenzaron a vidriarse rápidamente. Gabriel se enorgulleció al saber que personas como Geraldine la querían tanto.

Ella buscó un pañuelo en el interior de un bolsillo y se secó las lágrimas con cuidado para luego sonarse la nariz y volverlo a guardar.

Gabriel se giró al oír cómo unos pasos se acercaban hacia allí. Era Jessica, con su cabello suelto cubriéndole la espalda, negro y brillante como el pelo de una pantera. Vestía únicamente su bata de mangas japonesas, anudada a la cintura. No llevaba ropa interior, ni siquiera el sujetador.

Él se removió en el sitio, cargando el peso de su cuerpo de un pie al otro. Su perversa mente comenzó a hacer horas extras, esperando ansioso el momento de arrancarle aquella jodida bata.

Jessica puso los ojos en blanco al ver la expresión de su cara. Lo conocía perfectamente y sabía que, de nuevo, estaba pensando en sexo.

—Buenos días, señora... —Sorbió por la nariz.

—Buenos días, Geraldine, ¿ha dormido bien?

—Sí, gracias por preocuparse —contestó colocando las copas de zumo sobre una bandeja para transportarla hasta la mesa.

Jessica arrugó la nariz. Algo extraño estaba sucediendo. No recordaba que Geraldine estuviese acatarrada la noche anterior y, sin embargo, ahora tenía la nariz tan roja como un tomate maduro.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó acercándose hasta ella.

—Sí, señora.

—Está algo acalorada. —Le colocó el dorso de su mano en la frente—. Vaya ahora mismo a su habitación y descanse.

Geraldine negó con la cabeza.

—No se preocupe, es la dichosa alergia. —Sonrió para tratar de tranquilizarla.

—De todos modos, hágame caso. No quiero tener que llevarla de nuevo a urgencias. Recuerde, el médico le recomendó descanso y usted no hace más que tomárselo a la ligera...

Jessica la regañó, luego le quitó el delantal y, tras acompañarla al pasillo, le ordenó que no apareciera hasta la hora del almuerzo.

Una vez a solas, Gabriel cogió el relevo en la cocina, se vistió con el delantal de Geraldine y buscó entre los cajones de los armarios una sartén y una espumadera.

—Espero que tengas hambre —dijo lanzando aceite de oliva en la sartén—. Hoy te voy a cuidar porque vas a dejar que lo haga.

Jessica frunció el ceño y empezó a atar cabos.

Bufó.

—Ya veo. Por lo visto alguien se ha ido de la lengua... —masculló entre dientes.

—No la culpes, Geraldine se preocupa por ti.

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—Vamos, nena... ¡siéntate!, es una orden...

Gabriel se rio con ganas, señalando el taburete con la espumadera.

—Eres bobo.

—A veces, sí. —Se volvió a reír—. Venga... que el desayuno estará pronto...

Jessica, a regañadientes, se sentó y dobló las piernas, dejando una suspendida en el aire. La

bata se abrió, deslizándose por sus muslos, y dejó al descubierto sus largas y atléticas piernas.

Gabriel entornó los ojos.

—Si pretendes hacer trampa tratando de perturbarme con tus encantos, te lo pienso hacer pagar caro.

—¿En serio?

—Muy en serio.

Él trató de ignorar sus jueguecitos eróticos; el aceite ya hervía y tenía un huevo en la mano a punto de ser cascado e incorporado a la sartén. Pero era incapaz de no mirarla, aunque fuese de reojo, mientras ésta separaba sus piernas lentamente, enseñándole de esta forma su sexo.

Gabriel carraspeó con fuerza. La saliva se le había quedado atascada en la garganta.

—Ven... —dijo con voz melosa tendiéndole la mano.

—Jess...

Ella comenzó a acariciar sus pechos por encima del satén y rápidamente los pezones se irguieron como dos duras piedras bajo la ropa.

—Ven... —repitió por segunda vez.

Gabriel, que sostenía un huevo en una mano y la espumadera en la otra, se había quedado plantado en el sitio, librando su propia batalla interior. Resopló con fuerza como un toro bravo, ensanchando las aletas de su nariz, y realizó un mohín con los labios, maldiciendo entre dientes.

—¡A la mierda el desayuno... y a la mierda todo! —Su voz resonó con fuerza, creando un sonoro eco en aquella gran estancia.

Lo dejó todo de cualquier manera sobre la encimera, apagó el fuego y separó la sartén a un lado. Luego, sin más dilación, se sacó la camiseta con una sola mano y la lanzó contra el suelo mientras cruzaba la cocina a grandes zancadas.

Jessica esbozó una enorme sonrisa triunfal y acabó de abrir la bata mientras lo esperaba.

Al llegar hasta ella, Gabriel le separó más las piernas y se colocó entre ellas, la agarró con ansia del trasero y, sin esperar más, la sentó sobre el mármol.

—Así me gusta... buen chico —Sonrió tremendamente complacida.

Él la miró y luego la besó, mordiéndole el labio y tirando lentamente de él.

—Te deseo, Jessica... siempre...

Gabriel la tendió sobre la gélida superficie y, de nuevo, la hizo suya.

39

Tras el desayuno, Gabriel fue a buscar algo de ropa limpia a su apartamento en el centro de Manhattan.

Nada más entrar en la portería, echó un vistazo a su buzón de correos, el cual estaba a rebosar. Buscó la llave y lo abrió. Cogió el fajo de cartas y comenzó a pasarlas una a una.

—Facturas, facturas y más facturas... —murmuraba para sus adentros—. ¡Joder! y también una maldita multa de tráfico...

Gabriel refunfuñó y resopló aire con fuerza. Separó aquella carta del resto y se quedó muy sorprendido al descubrir que la última tenía el matasellos diferente. Era español.

Frunció el ceño mientras le daba la vuelta para leer su remitente en el reverso. Era un nombre escrito de puño y letra, un nombre que conocía demasiado bien: Marta Soler.

De golpe, una extraña sensación recorrió toda su espalda, similar a la de una especie de incómodo escalofrío, y su pulso comenzó a acelerarse vertiginosamente.

Inspiró hondo y se pasó la mano por el pelo antes de encaminarse hacia las escaleras y sentarse en el tercer escalón.

Una vez allí, soltó el aire despacio y dejó el casco en el suelo de gres moteado. Luego hizo lo mismo con la chaqueta de cuero y la pila de cartas.

Observó una vez más aquel sobre blanco, sopesando qué debía hacer. O, mejor dicho, lo que sería más correcto hacer. Se trataba, sin duda, de una tarea sencilla a la vez que complicada, puesto que sólo tenía dos opciones: abrirlo o deshacerse de él.

Llegada a esta absurda paradoja, Gabriel ni siquiera se lo planteó: lo rompió en dos mitades y lanzó los trozos al fondo del cubo de la basura. Después recogió de nuevo sus pertenencias y subió a su apartamento.

Un par de horas más tarde, Gabriel ya estaba de regreso en la mansión, vestido con unos oscuros y desgastados tejanos, una camiseta gris de manga tres cuartos, cuyos botones del cuello había dejado sin abrochar, y unas deportivas negras con detalles en tonos grisáceos.

Gabriel empezó a buscar a Jessica por toda la casa hasta dar con ella. Estaba en la planta baja, en una gran sala junto al recibidor. Al parecer era una especie de biblioteca. Las paredes forradas de interminables estanterías estaban repletas de libros y, junto al enorme ventanal sin cortinas, había un elegante *chaise longue* de color marfil de cinco plazas.

Cruzó la sala sigilosamente, mirando a ambos lados. Vio al fondo una puerta entreabierta. En su interior había un precioso piano de cola de color negro y diferentes instrumentos de cuerda: una guitarra española y un par de violines.

Gabriel enarcó una ceja. Ignoraba que Jessica compartiese la misma afición que él: el amor por la música. Hacía ya casi cuatro años que no había vuelto a tocar una guitarra. Tras el fallecimiento de su novia Érika, decidió acabar con cualquier lazo de unión que le obligara a recordarla, abandonando incluso el grupo musical con el que solía tocar dos fines de semana al mes, en un pub en uno de los barrios más céntricos de Madrid.

Sacudió la cabeza para evaporar esos pensamientos y se encaminó hacia el sofá. Jessica estaba tumbada, descalza y leyendo un libro. Tan sumergida estaba en la lectura que no percibió la llegada de Gabriel.

—Hola Jessica, he vuelto.

Al oír su voz, alzó la barbilla mientras lo miraba a través de sus gafas de pasta ovaladas. Colocó el punto entre las páginas y cerró el libro.

—¿Has ido de compras? —le preguntó mirando las bolsas que sostenía con ambas manos.

—Sí, pero no es para mí.

Ella arrugó la nariz.

«Entonces es... ¿para mí?», se preguntó levantándose del sofá empujada por la curiosidad.

—¿Acaso me has comprado ropa?

Él asintió divertido.

—Sí, ropa para nuestra primera cita...

—¿Me tomas el pelo?

—Claro que no... —Se rio—. Toma, ábrelas.

Gabriel le dio las bolsas y ella miró en su interior. Sacó unos tejanos desgastados de la talla 38, una camiseta de tirantes blanca con gravados en plata y unas Converse de color gris.

Boquiabierta, se volvió hacia él.

—¿No creerás que voy a disfrazarme con esto, verdad? —preguntó sosteniendo en alto las prendas y el calzado con ambas manos.

Él se rio con ganas.

—Te vas a montar en mi moto y vamos a ir a cenar, así que necesitas ir cómoda.

Jessica negó con la cabeza y le devolvió la ropa con desdén.

—No pienso ir a ninguna parte con este atuendo y menos con unas Converse.

—¿Prefieres deportivas? —preguntó él en tono burlesco.

—Me niego. Por ahí no paso. —Puso los brazos en jarras—. Hace tiempo que dejé de tener acné y de comportarme como una quinceañera. Si quieres ir a cenar, no te lo discuto, pero iremos en mi BMW y vestiré con mi ropa habitual y mis zapatos de tacón. Lo tomas o lo dejas.

—Jessica, no seas tan testaruda —la regañó—. ¿Ni siquiera eres capaz de divertirte en tu cumpleaños?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Hoy es un día como otro cualquiera y mi respuesta sigue siendo un «no» rotundo, fin de la discusión —dijo tajantemente.

—Jessica, para mí no es un día cualquiera.

—¿A qué te refieres?

Gabriel le retiró unos cabellos que se habían quedado enganchados entre sus pestañas.

—Jessica... Quiero mostrarte quién soy, quiero que me conozcas fuera de las sábanas de tu cama. Me apetece hacer cosas contigo. Reírme... divertirme. —Él le regaló una de sus mejores sonrisas y luego prosiguió—: Deseo conocerte.

La miró ladeando la cabeza y juntando las manos en forma de ruego.

—Acepta, por favor... Concédeme sólo unas horas.

Jessica resopló, revisando las dichosas prendas de vestir y las Converse.

—Creo que me viene pequeño... —dijo tratando de buscar una excusa.

—Jess...

—¿Qué?

—Es tu talla, se lo he preguntado a Geraldine.

Por lo visto no tenía opción y reconocía que su curiosidad era mucho mayor que su obstinada tozudez. Se sentía entre la espada y la pared, pero aun así lo meditó una vez más. Luego pestañeó y le respondió con total seguridad:

—Acepto.

Gabriel sonrió dejando ver la perfecta hilera de dientes blancos.

—Pero... —añadió ella.

—Pero ¿qué?

—Todo en esta vida tiene un precio. Y tu peculiar antojo te va a costar muy caro.

—Mmm —se burló—. ¿Cuánto?

Ella sonrió perversamente.

—Cariño... todo a su debido tiempo —dijo desnudándose y vistiéndose con la ropa que Gabriel había elegido; luego se calzó—. ¿Qué te parece?

—Estás preciosa y muy distinta, pareces una quinceañera...

Gabriel se rio a carcajadas y Jessica le dio un puñetazo en el hombro.

—Estoy a esto de arrepentirme... —Hizo un gesto con los dedos, amenazándolo—. No me provoques... Gabriel.

Él se rascó la cabeza como un perro sarnoso y después la cogió de la mano, alzó su brazo y le pidió que girase sobre sus talones. Jessica dio una vuelta y él dio su conformidad.

Cuando salieron a la calle bajo el porche, Gabriel le puso la chaqueta de cuero sobre los hombros.

—No me gustaría que por mi culpa te acatarraras.

—Gracias —dijo vistiéndose con ella.

—Te queda muy bien.

Gabriel le subió la cremallera lentamente y después rodeó su estrecha cintura con los brazos.

—Me va a costar un esfuerzo infrahumano tenerte cerca y no follarte en cualquier esquina que me encuentre... —dijo apretando su pene contra el vientre de ella.

—Pues prepárate, porque ése será uno de mis castigos. Mantenerte casto.

—¿Y en serio crees que será sólo un castigo para mí? —se burló.

—No me conoces, Gabriel, y te sorprenderías al descubrir hasta dónde soy capaz de llegar cuando me propongo algo... y tú... —dio unos golpecitos con la punta del dedo contra su pecho a modo de advertencia—... te aseguro que vas a pagar con creces tu gran osadía.

—Estoy convencido de que mi penitencia, sin duda, merecerá la pena.

La estrechó un poco más acercando su pelvis y la besó con tanta efusividad que, tras separar sus labios de los de ella, estaban muy enrojecidos y ardientes, debido al roce de su incipiente barba de cuatro días.

—Vamos, nena. Sube a la moto. —Sonrió mientras le daba un severo cachete en la nalga.

Jessica aulló pero le devolvió la sonrisa de forma divertida. Después se colocó el casco, se montó y lo rodeó por la cintura, listos para marcharse a la Gran Manzana.

40

Gabriel condujo su Ducati por las calles de Manhattan hasta llegar a Times Square, entre la esquina de *Broadway* y la *Séptima Avenida*. En el primer parking subterráneo que encontró libre, entró y aparcó la moto.

—¿Tienes hambre o primero prefieres una de las sorpresas? —le preguntó a Jessica a la vez que se quitaba el casco y sacudía la cabeza para despegar los cabellos de su cara y de su frente.

Ella, que ya estaba de pie frente a él, enarcó una ceja perfecta y lo miró pensativa.

—La verdad, ambas cosas me tienen muy intrigada. Apuesto a que la cena no será nada convencional viniendo de ti...

Gabriel se echó a reír divertido pero sin responderle de momento. Por lo visto Jessica lo conocía mucho más de lo que imaginaba. Ella lo miró sopesando varias opciones, pero ninguna le convencía lo suficiente. Luego arrugó la nariz y prosiguió:

—Y en cuanto a la sorpresa, sinceramente, ando bastante perdida.

—Vamos. Jess... Piensa un poco —la animó golpeando con su dedo la frente de ella.

Jessica trató de concentrarse y, sin darse cuenta, comenzó a morderse el labio inferior muy despacio, de la misma forma que solía hacerlo cuando un pensamiento le provocaba excitación. Dejó que su imaginación vagara por su mente, hasta el punto de visionar las diferentes formas en que Gabriel podría proporcionarle infinito placer.

Él hizo un mohín e interrumpió su ensimismamiento con un carraspeo.

—No se trata de nada relacionado con el sexo —añadió Gabriel tirando de su labio para que dejara de mordérselo de esa forma tan provocativa—. Es otro tipo de sorpresa...

Ella se encogió de hombros y desistió.

—No se me ocurre nada; de hecho, puede ser cualquier cosa.

—Pues en ese caso... iremos primero a cenar... Un poco de suspense avivará la noche.

Jessica quiso protestar, pero Gabriel se bajó con avidez de la moto, le cogió la cara con ambas manos y le estampó un intenso beso en los labios. Estuvieron besándose largo rato; luego Gabriel se separó un poco para susurrarle palabras al oído.

—Quiero que este día sea diferente para ti, quiero que a partir de ahora sea nuestro punto de partida. Un antes y un después, y yo quiero ser el causante y, por supuesto, partícipe de ello.

—Lo intentaré, te doy mi palabra.

Gabriel la volvió a besar y le cogió de la mano para empezar a andar.

—¿Tenemos que ir cogidos de la mano?

—¿No te parece bien?

—Pues no.

Él entornó los ojos y le rodeó la cintura con un brazo para acercarla más a su cuerpo.

—¿Mejor así?

—Es complicado caminar así. Estoy acostumbrada a ir a mi aire. Nunca he salido a pasear con nadie y mucho menos cogidos de la mano.

Gabriel puso los ojos en blanco.

—Me cuesta creerlo.

—Es cierto.

—¿Por qué?

—Porque soy así. Independiente, autosuficiente. Nunca he tenido que depender de nadie.

Nunca he tenido la necesidad de compartir mi tiempo con nadie.

—¿Ni siquiera con Robert?

—Ni siquiera con él. Nuestro matrimonio se basaba en la cama. Fuera de esos límites, no existía nada.

—¿Jamás has tenido una relación «normal»?

—Define «normal».

Gabriel se rascó la cabeza. ¿Cómo podría explicarle algo que era tan obvio? Trató de ser lo menos brusco posible.

—Mis relaciones hasta ahora, descartando los polvos de una sola noche... —dijo restándole importancia a ese inciso—, han sido siempre de una entrega total, pasando por todos los estados: amigos, confidentes, amantes... Para mí el sexo es fundamental, pero también necesito sentir a mi pareja a todos los niveles. Necesito compartir, dar, regalar y que la otra parte sea recíproca conmigo.

Gabriel le volvió a coger de la mano a la vez que miraba intensamente sus grandes ojos azul zafiro.

—Me gusta cogerte la mano. Para mí es una muestra de afecto. Y me gusta demostrarlo en la cama y fuera de ella.

Jessica, por primera vez, lo miró con condescendencia.

—Gabriel... haces que todo parezca tan sencillo...

—Jessica, te aseguro... que a veces las cosas son mucho más sencillas de lo que nos empeñamos en creer que no son.

Ella inspiró hondo, relajando al tiempo las facciones de su rostro.

—Déjate llevar y el resto déjamelo a mí.

Jessica le sonrió dulcemente y le revolvió el pelo como a un niño pequeño.

—De acuerdo. Pero recuerda que sigues castigado...

—Sí. No lo he olvidado —se burló—. Espero que me lo hagas pagar como me merezco.

—Y así será, no te quepa duda.

Jessica levantó el mentón y echó a andar, dejándolo unos pasos más atrás. Poco después Gabriel corrió hacia ella para cogerse de su mano.

—Así mucho mejor —añadió él.

Ella resopló con fuerza mientras salían al exterior y Gabriel rio victorioso para sus adentros.

Las escaleras del aparcamiento les llevaron hasta el mismo corazón de Times Square, en la calle 42. La noche prácticamente cubría el cielo neoyorquino. Miles de carteles y pantallas luminosas parpadeaban vacilantes con todo su esplendor. A esas horas todos los locales permanecían abiertos y había miles de transeúntes que invadían las calles.

Jessica no podía evitar mirar a un lado y a otro, arriba y abajo. Aunque era natal de Nueva York, jamás había pisado otro suelo que no fuese la zona financiera de Manhattan y sus correspondientes locales glamurosos. Mezclarse con la gente de a pie no tenía cabida en su apretada agenda.

—¿Te gusta? —le preguntó Gabriel al ver su cara llena de asombro.

—No sabría decirte...

Gabriel alzó ambas cejas y luego sonrió.

—¿Podrías describir qué sensaciones sientes en este momento?

Jessica divagó unos segundos y luego le contestó:

—Es una extraña mezcla entre locura, ruido y gente... es muy diferente a todo lo que he vivido hasta ahora.

—Me alegra ser el primero en mostrártelo.

Gabriel la miró. Estaba disfrutando como un enano. Ver a Jessica relajada y despreocupada no tenía precio.

Estuvieron paseando tranquilamente hasta la Octava Avenida. Allí había innumerables lugares para cenar o para tomarse alguna copa después.

Al pasar junto a uno de aquellos locales, Gabriel se detuvo en la puerta para asomarse. Su interior estaba muy concurrido, pero logró ver una mesa libre al fondo.

—Entremos aquí.

—¿Aquí? —Señaló con el dedo índice—. Gabriel, me niego a comer basura.

Jessica lo miró desafiante haciendo ademán de marcharse de allí y él se rio con ganas.

—Señorita, por favor... un poquito de respeto. Está usted ante el local donde hacen las mejores, las más grandes y las más grasientas hamburguesas de todo el estado de Nueva York.

—Por mí como si hacen el pino puente y doble salto con tirabuzón mientras me las traen... —se burló con sorna.

Gabriel se rio a carcajadas.

—Eres terca como una mula, señorita Orson. ¿Acaso las has probado?

—No.

—Entonces, ¿cómo coño puedes saber si te gustan o no?

Jessica puso cara de asco al pensar en las hamburguesas.

—Tanta grasa me repugna.

—Pues hoy me temo que vas a tener que probar una... Y los aros de cebolla y Coca-Cola...

—¡Demonios! —Se restregó los ojos como si se tratase de una pesadilla—. Creo que, al final, tu castigo va a ser memorable.

Gabriel tiró de su mano hacia el interior del establecimiento. Jessica lo siguió a regañadientes. La llevó hasta la última mesa redonda del final. Él se sentó y ella se quedó de pie.

—¿Qué pasa, Jess?

—La mesa está sucia, ¿no lo ves?

—Bah... todo alimenta...

—¡Serás cochino!

Él comenzó a reírse con ganas mientras ella echaba chispas por los ojos. Al rato, un camarero rechoncho, de pelo moreno y una perilla muy bien recortada, les sugirió la hamburguesa de la casa. Cada una pesaba unos trescientos cincuenta gramos, sin contar los extras. Gabriel aceptó, frotándose las manos mientras salivaba por la comisura de la boca.

Varios minutos más tarde, regresó con su pedido. Dos enormes hamburguesas de la casa, aros de cebolla, patatas fritas con kétchup y un litro de Coca-Cola para cada uno. Jessica, al ver toda esa comida junta, se tapó la boca. El mero olor le resultaba nauseabundo.

Gabriel, sin esperar, hincó el diente al pan. Era tan grande y estaba tan repleto de ingredientes que, al morder, comenzó a chorrear salsa por todas partes.

—¡Joder...! —exclamó con la boca llena—. Pruébalo, Jess... ¡cielos, está de vicio...!

—Me están entrando arcadas sólo de verte comer...

—Exagerada... No sabes lo que te estás perdiendo... —aseveró con la boca llena. Gabriel gimoteó de placer mientras le daba otro gran mordisco—. Esto es casi mejor que el sexo...

Jessica arrugó el entrecejo.

—¿Tienes fiebre?

—Te lo digo en serio. Es parecido a un orgasmo.

—Lo dudo.

—Si no lo pruebas, nunca lo sabrás...

—Serás capullo.

Gabriel le sonrió animándola y acercándole su hamburguesa a la boca.

—Vamos, dale un mordisquito... uno pequeño.

—¿No me moriré?

—Te morirás de ganas si no lo pruebas de una puñetera vez. En esta vida hay que probarlo todo... o casi todo.

—*Touché*.

Jessica cerró los ojos. Si pensaba probarlo, al menos no quería verlo chorreante y tan grasiento. Él esperó a que abriese la boca para darle de comer.

—Eso es, buena chica...

—¡Diantres...! Como se entere mi nutricionista de lo que estoy a punto de tragarme, me pide la dimisión hoy mismo.

Abrió la boca un poco más y, por primera vez, dejó que la textura y los diferentes sabores explotaran en su paladar. Masticó despacio, degustando, sin prisas, bajo la atenta mirada de Gabriel.

—¿Y bien?

—Es asquerosamente diferente...

—Ja, ja, ja... prueba superada con honores, señorita.

La cena continuó divertida entre risas y mucha complicidad. Jessica no sólo se acabó su hamburguesa, sino que pidió otra más pequeña. Gabriel no cabía en él de su asombro. Sin duda, había creado un monstruo.

Tras pagar la cuenta, Jessica le preguntó por una de las sorpresas y Gabriel le dijo que esperase un poquito más. Primero irían paseando hasta el SoHo.

41

Poco después, mientras paseaban agarrados de la mano, llegaron al SoHo. Era el barrio más autóctono de toda la ciudad de Manhattan con diferencia.

Jessica se quedó fascinada al levantar la vista y fijarse en uno de los edificios de hierro colado que había captado especialmente su atención. Los ojos de Gabriel se volvieron hacia ella. Alzó la barbilla para saber qué era lo que estaba mirando con tanto detenimiento.

Sorprendido, sonrió. Hacía apenas tres semanas que él también había sentido la misma inquietud al descubrir aquel emblemático edificio.

—Es la sede de la conocida empresa de máquinas de coser Singer.

Gabriel comenzó a ejercer un improvisado papel de guía turístico, mostrándole los rincones de aquel barrio. Jessica lo escuchaba en silencio y con suma atención mientras continuaban paseando tranquilamente por las calles.

—Donde estamos ahora es lo que vulgarmente se conoce como el SoHo. Su nombre proviene de la mezcla de dos palabras: South y Houston, y significa «al sur de la calle Houston».

—Me gusta la diversidad étnica que hay en este lugar.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Sin duda ése es uno de sus grandes atractivos.

Jessica se soltó de su mano para abrazarse a su cintura, acomodando su cara en su pecho pero sin dejar de caminar. Gabriel, complacido, la miró, acercó su nariz a su pelo, inspiró hondo y después la besó en la cabeza.

—Mmm... Me encanta como hueles.

Jessica sonrió metiendo su mano por debajo de la camiseta para rozar su piel con la yema de los dedos.

—¿Sólo te encanta mi olor?

Gabriel sintió un ligero cosquilleo en la parte baja de la espalda.

—De sobra sabes que me vuelves loco toda tú.

Ella sonrió traviesa a la vez que satisfecha por su respuesta. Era sin duda la contestación que esperaba. Como de costumbre, él seguía estando a la altura, de momento no la defraudaba.

—¿Y?

—¿Y qué...?

—¿Qué te gusta de mí?... Aparte de mis evidentes encantos, que saltan a la vista... —se mofó él.

Jessica se rio mientras negaba con la cabeza.

—Aparte de tu evidente humildad... —tosió para aclararse la voz—, me gusta de ti tu forma de tratarme.

Él abrió los ojos y escuchó con interés.

—Eres respetuoso, generoso y amable conmigo. Eres lo más real que me ha ocurrido en mi vida.

Gabriel no pudo evitar abrir la boca asombrado por sus palabras. ¿Hablaba de respeto, generosidad y amabilidad?... Por supuesto, para él, ésos eran unos requisitos indispensables en una relación. ¿Con qué clase de arpías se había estado relacionado Jessica? Conocía a uno de ellos, Robert. Y, por un momento, Gabriel sintió lástima por ella. Ojalá la hubiese conocido antes para mostrarle el camino correcto. Mostrarle que a una mujer hay que tratarla y venerarla como a una diosa.

Apretó los dientes, dibujando una fina línea en sus labios, y se detuvo delante de ella cerrándole el paso. Luego le sujetó la cara entre las manos y comenzó a acariciar su mandíbula con los pulgares.

—Jessica, mírame a los ojos.

Ella en seguida hizo lo que le pidió.

—Te quiero —lo pronunció lento pero seguro y ella bajó la vista unos segundos—. Jess... no des la espalda a tus sentimientos.

—Me cuesta, Gabriel.

—Lo sé.

Él se quedó en silencio y poco después trató de continuar lo más serena y pausadamente posible.

—En mi vida únicamente he amado a una mujer.

En un impulso, ella levantó la vista y sus ojos se volvieron a encontrar con los de Gabriel.

—Se llamaba Érika. Estuvimos tres años saliendo. Ella lo era todo para mí. Absolutamente todo. Estaba perdidamente enamorado de ella.

Su voz comenzó a tener una entonación diferente, se apreciaba ligeramente quebrada.

—Íbamos a casarnos. En nuestros planes deseábamos tener hijos en seguida. Dos, para ser más exactos. —Se echó a reír vagamente al recordar aquellas charlas.

—¿Y qué pasó?

—Que el destino a veces es un arma de doble filo y siempre te pone a prueba.

Gabriel hizo una pausa.

—Falleció en un accidente de tráfico; mi hermano Iván estaba con ella cuando sucedió.

—¡Oh, Dios santo!... lo siento...

La cara de ella se había desencajado. Se llevó la mano al pecho. Sin duda, la vida se había comportado injustamente con él. Gabriel no era merecedor de un sufrimiento semejante.

—Jessica...

—No sé qué más decir.

—No hace falta que digas nada. Sólo te pido que te dejes llevar. —Inspiró hondo; la voz seguía temblándole ligeramente y las pupilas teñían casi por completo su iris verdoso—. Siente, sin pensar en el mañana. La experiencia me ha enseñado que se ha de vivir el momento porque el mañana no existe... Tengo tantas cosas por mostrarte... si tú me dejas...

—Me esfuerzo, Gabriel. Y lo intento, aunque no lo creas. A pasos de tortuga, pero lo intento...

Gabriel se acercó a sus labios despacio y, cerrando los ojos, la besó con suavidad, tomándose su tiempo, sin importarle que estuviesen rodeados de cientos de transeúntes. Con diferencia, ése fue el beso con más sentimiento que ambos habían compartido.

Al rato, se dirigieron hacia el sur hasta llegar a Chinatown, en el corazón de Civic Center. Nada más adentrarse en sus calles, varios vendedores asiáticos les abordaron, ofreciéndoles imitaciones de marcas de lujo de perfumes, relojes y carteras.

—Bueno, bonito y barato... —dijo uno acercándose hasta ellos más de la cuenta mientras entonaba su voz en una especie de alegre cantinela.

—No, gracias —dijo Jessica negando con la mano.

—Mire señora... es el nuevo perfume de Christian *Dior*...

—He dicho que no. —Lo apartó con la mano.

El vendedor ambulante no desistió, siguió en sus trece y, hasta que no se metieron en un estrecho callejón, no lograron despistarlo.

Jessica, tras dejar de mirar a cada momento hacia atrás, se fijó en los grafitis de las paredes y

en las bolsas de basura amontonadas en pilas cada cinco metros. Incluso vio corretear por delante de sus narices varias ratas del tamaño de un gato.

—Gabriel, ¿dónde coño estamos?

—Pronto lo sabrás.

—¡Me está dando grima tanto chino y tanto callejón oscuro!

—No te asustes. No va a pasarnos nada. La mayoría de las veces las cosas no son lo que parecen. Nadie nos va a robar, ni a agredir. Tan sólo están tratando de ganarse el pan.

—Vendiendo imitaciones.

—Sí. Eso o lo que sea necesario. Se llama supervivencia.

Gabriel le miró a los ojos buscando en ellos un ápice de compasión.

—Creo que es un trabajo tan digno y respetable como cualquier otro. Mucho mejor que dedicarse a la prostitución, ¿no crees?

—Por supuesto.

—Piensa que no todo el mundo lo ha tenido tan fácil en su vida como tú o como yo. Miles de personas se levantan cada mañana sin poder llevarse nada a la boca y lo peor de todo es que no saben si lo podrán hacer en días.

El rostro de Jessica cambió en cuestión de segundos. Gabriel le estaba abriendo los ojos ante la cruda realidad, con verdades tan absolutas como templos.

—Tienes razón.

—Como casi siempre —se burló para quitar hierro al asunto.

Gabriel miró su reloj y tiró de ella para que siguiera caminando. El tiempo apremiaba, se les estaba haciendo tarde. A las diez de la noche tenía prevista la segunda sorpresa y debían ser puntuales, o se quedaría sin ella.

—Venga, una manzana más y habremos llegado a tu primera sorpresa.

—¿Cuántas sorpresas habrá?

—Tres... Aunque me hubiese gustado darte más. Con tan poco tiempo he hecho lo que he podido...

—Sabes que no necesito nada.

—Ya lo sé. Pero me gusta mimarte...

Él se detuvo. Habían llegado al destino, sólo que ella aún no lo sabía.

—Mis tres regalos significan tres cosas muy importantes en mi vida. Forman parte de lo que fui y de lo que soy. Y mi deseo es compartirlo contigo.

Gabriel miró a su derecha, a un pequeño escaparate.

—El otro día comentaste que te gustan mis tatuajes, incluso que te habías planteado la posibilidad de hacerte uno pequeñito sobre la pelvis.

Ella asintió en silencio.

—Pues creo que ya ha llegado el momento... —dijo guiñándole un ojo.

Jessica se quedó sin palabras. Una cosa era pensarlo y, otra muy distinta, hacerlo. Gabriel notó cómo su rostro se desencajaba en una fracción de segundo.

—Es tu decisión. No pienso presionarte. Un tatuaje no es como la hamburguesa que acabamos de comer. Tienes que estar completamente segura. No hace falta que te recuerde que será para toda la vida.

Ella miró el escaparate del *Magestic Tattoo*, examinado detenidamente las fotografías de varias personas tatuadas, y sus facciones comenzaron a relajarse lentamente al plantearse de nuevo aquella posibilidad.

—De momento, entraré sólo a mirar.

—Me parece muy bien. Pero, antes, déjame hacer una cosa...

Gabriel se llevó la mano dentro del bolsillo y sacó su móvil. Colocó uno de sus brazos sobre los hombros de ella y con la otra enfocó el objetivo.

—Vamos a inmortalizar este momento.

—Estás loco, Gabriel.

—Sí, completamente loco, pero por ti. —Sonrió besándola en la mejilla mientras presionaba el diminuto botón haciendo saltar el flash.

Una vez realizada la instantánea, guardó de nuevo su BlackBerry y, sujetándole la puerta de forma caballerosa, le cedió el paso para que entrase al interior.

42

Jessica cogió uno de los libretos repletos de fotos y de dibujos. Echó un vistazo rápido a los tatuajes de colores e hizo más hincapié en los de color negro. Buscaba algo pequeño, discreto y que a su vez le uniese con Gabriel. Algo que simbolizara aquella conexión tan especial que ambos tenían. Y, aunque no estuviesen destinados a caminar juntos hacia un mismo destino, a Gabriel siempre lo recordaría y formaría una parte importante de su vida.

Tras pasar una nueva página con los dedos, Jessica se quedó observando aquellos gravados. Eran los doce signos del zodiaco. Empezó a enumerarlos con el dedo índice: «Aries, tauro, géminis... cáncer», y en este último, se detuvo.

—Cáncer —murmuró resiguiendo el contorno de la figura con la yema de su dedo.

De repente Jessica se giró y buscó con anhelo los ojos de Gabriel.

—¿Lo has encontrado?

—Sí —afirmó rotundamente.

Gabriel dio unos pasos hasta acercarse a su lado. Ella le sonrió abiertamente mientras le mostraba el dibujo.

—¿El signo de cáncer? —preguntó él sorprendido—. Tú eres virgo.

Ella asintió y, tras elegir las palabras adecuadas en su cabeza, le respondió:

—Naciste el 9 de julio.

—Sí.

—En poco tiempo te has convertido en la persona más importante de mi vida. Me gusta estar contigo, me siento muy a gusto a tu lado. Me haces reír, me haces soñar... Y aunque probablemente lo nuestro tenga fecha de caducidad, quiero que una parte de ti perdure en mí para siempre.

Gabriel pocas ocasiones en su vida se había quedado mudo y una de esas pocas veces era, sin duda, aquélla.

Jessica lo miró extrañada. Tenía una expresión muy rara en su cara. Había palidecido y ni siquiera pestañeaba. Estaba como abstraído. Ella agitó la mano delante de sus ojos para comprobar que no estuviese en estado de shock.

—Gabriel... ¿te encuentras bien? Dime algo...

Él entonces, como por arte de magia, volvió en sí de nuevo.

—Nunca he estado mejor en mi vida... —aseveró con cara de bobalicón.

—Viendo tu expresión, nadie lo diría.

—Jess....

—Pues parece como si te hubieses topado con un fantasma.

—Jessica...

—Pensaba que...

—Señorita Jessica Orson...

—¡¿Diablos... qué?!

Gabriel le cogió una mano y se la puso sobre su corazón. Ella abrió mucho los ojos.

—Siente mis latidos.

—Van muy deprisa —dijo tragando saliva.

—¿Crees que me ocurre algo malo?

—Espero que no.

Él le mostró una sonrisa tranquilizadora.

—Jessica, ¿me quieres?

Ella, como un resorte, apartó la mano de su pecho y la metió en el bolsillo de su pantalón.

—El amor aún sigue siendo una palabra tabú en mi vocabulario.

Se quedó en silencio al darse cuenta de que los hombros de Gabriel caían y su cara cambiaba de irradiar felicidad a una evidente derrota. Entonces trató de suavizar sus palabras.

—Te tengo mucho cariño. Sigues siendo muy especial y necesario en mi vida. Te quiero a mi lado.

—¿Tanto daño te han hecho?

Jessica se mordió el labio, tirando con fuerza de la fina piel que lo cubría.

—No es el momento ni el lugar para entrar en detalles, Gabriel.

—Si no te abres, no podré llegar jamás hasta aquí —le dijo colocando la palma de su mano sobre el corazón de ella.

—Lo abrí una vez y no funcionó.

Gabriel la escuchaba casi sin respirar.

—Continúa...

—Ahora no.

Él tensó la mandíbula, pero no insistió. No quería forzarla. Cuando ella estuviese preparada, allí estaría él para escucharla, para abrazarla y para arrimar el hombro si era necesario.

El dependiente se les acercó para preguntarles si se habían decidido ya por uno de los dibujos. Ella le señaló el escogido. Luego entraron en una habitación más pequeña y le indicó que se estirase sobre una de las dos camillas. Una hora más tarde, Jessica ya lucía el tatuaje sobre su pelvis.

Gabriel volvió a mirar su reloj: las 21.50 horas.

—Jessica, tres manzanas te separan de descubrir tu segunda sorpresa.

—Cada vez estoy más intrigada. Lo cierto es que estás consiguiendo mantener el misterio hasta el final.

Él se rio, cogiéndole de nuevo de la mano.

—Creo que te va a gustar mucho.

—Estoy convencida de ello.

Salieron de la trastienda y se despidieron del dependiente para salir a la calle y caminar a paso ligero. Pronto llegaron a la entrada de un local de moda, donde cada sábado tocaban música en vivo.

—Buenas noches, Méndez —saludó Gabriel tendiendo la mano.

—Gabriel, dichosos los ojos —le contestaron con cierto acento latino.

—Gracias por conseguir colarnos cuando ya estaban todas las entradas vendidas.

—Por mi amigo, lo que sea, ya lo sabes.

Gabriel le dio un abrazo y le palmeó la espalda.

—¿Y este bellezón?

—Es Jessica... mi chica.

Ella puso los ojos en blanco al escuchar «mi chica», pero luego no pudo evitar sonreír y puntualizar al mismo tiempo:

—Soy su jefa —contestó sin disimulo.

—¡Vaya!... estaréis distraídos en la oficina, ¿no?

Gabriel se rio a carcajadas. Méndez era un cachondo mental de primera. Lo conoció a los pocos días de instalarse en su apartamento a principios de septiembre. Buscaba

desesperadamente cualquier contacto que le recordara su tierra natal y logró hallar aquel local. En seguida hizo buenas migas con Méndez. Ambos tenían algo en común: añoranza. Méndez, por México, y él, por España.

—Vamos, no os entretengo más... Ramón está a punto de actuar.

Gabriel esbozó una amplia sonrisa de oreja a oreja. Hacía muchos años que no veía a Ramón. Más de un lustro sin compartir escenario con él. Hoy volvería a sentir de nuevo esa sensación que tanto le llenaba el espíritu.

Entraron al interior siguiendo el estrecho pasillo. Gabriel se lo conocía a la perfección y en seguida dieron con la sala.

—Es aquí. —Señaló una puerta que permanecía cerrada—. No sé si conoces al cantante Melendi.

—He oído hablar de él.

—Pues hoy lo conocerás. Él es parte de la sorpresa; el resto lo descubrirás en breve.

Gabriel abrió de par en par la enorme puerta y la canción *Cheque al portamor* empezó a sonar.

43

Entraron a aquella pequeña sala y se sentaron en una de las mesas junto al escenario. Méndez les había guardado uno de los mejores sitios.

Gabriel inspiró hondo al ver a su amigo de fatigas tocando aquel piano de cola negro mientras deleitaba al público con su nuevo single *Cheque al portamor*.

Jessica apoyó su codo en la mesa sujetándose de esta manera la cara. No conocía la carrera de Melendi, pero tenía que admitir que, desde esa posición privilegiada, podía comprobar su entrega total y las emociones que trasmitía a través de la letra de aquella canción.

Pronto, un camarero se les acercó para tomar nota.

—Buenas noches, ¿qué van a tomar?

Gabriel miró a Jessica para preguntarle, pero ella seguía ensimismada escuchando atentamente, por lo que se volvió al camarero y pidió por los dos.

—Un par de birras bien frías, por favor.

—En seguida.

Se retiró y, en menos de cinco minutos, ya estaba de vuelta con dos botellas y dos copas de cristal. Las dejó sobre la mesa y Gabriel le pidió que se llevase las copas porque no las iban a necesitar. El camarero miró a Jessica, enarcó una ceja y luego se marchó con ellas en la mano.

Gabriel se acercó un poco más, pegando su silla a la de ella.

—¿Te gusta mi sorpresa? —le preguntó susurrándole al oído.

—Me encanta.

—He visto que tienes un piano en casa y varios instrumentos, por lo que he deducido que la música debe ser una parte relevante en tu vida.

—Sí. Me he criado en el seno de una familia adinerada. Desde los trece años he estado internada en los mejores y más prestigiosos colegios de América. Me impusieron estudiar solfeo, piano, violonchelo, contrabajo, flauta y ballet clásico, entre otras muchas actividades. La lista es interminable.

—Toda una niña prodigio.

—Una niña convertida en mujer antes de tiempo.

—Es cierto. Mi amor por la música, por el contrario, sí es vocacional. A mis dieciséis años pedí a mis padres que me compraran una guitarra. Me la regalaron por mi cumpleaños y a partir de entonces comencé a componer mis propias canciones, sin tener ni idea de lo que era una nota musical, una clave de sol o tan siquiera qué diablos era un pentagrama.

Jessica sonrió y se mordió el interior de la mejilla al recordarlo. Todo aquello se lo impusieron a la fuerza. Según sus padres, debía ser una niña de bien, educada, refinada y con recursos.

—En cuanto cobré mi primera nómina trabajando de aprendiz de mecánico en el taller de un amigo de mi padre, fui corriendo para matricularme en la Escuela de Música Concerto, en el centro de Madrid. A partir de ese momento todo giró en torno a la música. Formé un grupo con unos colegas del instituto y continuamos a lo largo de los años. Nuestro sueño era gravar una maqueta, y lo hicimos. Gustó tanto a la gente que la empezamos a promocionar en discotecas y en locales de moda. Hasta que, ahí el presente —señaló a Ramón en el escenario—, nos pidió que fuéramos teloneros de su gira de conciertos por España en el año 2009.

—¿En serio?

—Sí —asintió orgulloso—. Sólo que yo no pude acabarla.

Jessica pensó y en seguida ató cabos. Probablemente por aquellas fechas falleció Érika. Ése fue el motivo por el que no quiso hurgar más en su ya abierta herida y prefirió guardar silencio. Por desgracia, incluso ella misma conocía perfectamente aquella amarga sensación. Aquel acérrimo dolor que se clavaba en lo más profundo del alma y que jamás desaparecía.

—Toma. —Le ofreció una de las cervezas.

Jessica sonrió.

—¿Sin vaso?

—Sin vaso. En mi pueblo la bebemos tal cual. Es así como está más buena. Fresquita y a morro.

—Pues ya me cansé de rebatir todas tus costumbres; como hasta ahora todo lo que me has aconsejado me ha gustado... —afirmó cogiendo la botella y acercándosela a los labios—, por esa misma regla de tres, esta dichosa cerveza también debe de estar de vicio.

Ella sorbió un buen trago mientras Gabriel la observaba sin dar crédito. Sonrió divertido uniéndose y bebiendo también de su botella. Al acabar, alzó el brazo para pedir otra. Debía reunir algo más de valor si pretendía hacer lo que tenía planeado. Se miró las manos e hizo crujir los nudillos.

«Espero acordarme...», murmuró.

Jessica ladeó la cabeza y notó a Gabriel algo ausente, ensimismado en sus propios pensamientos.

—¿Te encuentras bien?

Gabriel la miró mientras rodeaba con el brazo su hombro y le daba un dulce beso en la mejilla.

—Es la segunda vez que me lo preguntas esta noche. —Sonrió—. Estoy mejor que nunca. Más vivo que nunca, y todo es gracias a ti. Mi ángel de cabellos negros...

Jessica le devolvió la sonrisa y, en respuesta a sus palabras, le besó en los labios.

—Debo reconocer que la velada está siendo de lo más sorprendente. En sólo unas horas has conseguido mucho más que otras personas en toda mi vida —decía ella enredando los dedos en su pelo y estirando de unos mechones ondulados que cubrían parcialmente su nuca—; provocas en mí un efecto devastador. Haces que poco a poco vaya descubriendo más rincones de mí misma... y eso aún no sé si es bueno o es malo.

—Es bueno —le contestó sin divagar—. Abrirse, conocerse a uno mismo, siempre es positivo.

Gabriel la estrechó un poco más entre sus brazos y la besó en el pelo. Estuvieron así abrazados un par de canciones más mientras miraban a Melendi en el escenario, disfrutando de su arte. Él comenzó a tararear la última estrofa de la canción Un violinista en tu tejado.

Jessica movía los pies al ritmo de la música, a la vez que escuchaba cómo él le cantaba al oído.

—Cantas bien, rubiales...

—Eso decían...

—Tienes buena voz.

En ese preciso instante, la canción terminó y Melendi dejó la guitarra a un lado y colocó una silla en el centro del escenario junto al micrófono, aunque no se sentó en ella. Empezó a buscar con la mirada a una persona entre el público. Alguien que en una determinada época formó parte de su vida.

Ramón sonrió torciendo el labio al ver a Gabriel. Casi no había cambiado, tenía el mismo aspecto canalla de siempre. Aquel tatuaje y aquel pelo rebelde eran inconfundibles. Lo señaló con el dedo de forma inquisidora y le indicó que subiera al escenario.

Jessica se quedó boquiabierta al ver cómo Gabriel se levantaba, le daba un beso en la boca y,

de un salto, subía a la tarima.

—Ramón, joder tío... cuánto tiempo...

—Estás genial, Gabriel... igual que siempre, los años no han pasado por ti...

Ambos se fundieron en un intenso abrazo ante las atentas miradas de más de cuarenta pares de ojos.

—Muchachote, ¿estás preparado?

Gabriel inspiró hondo.

—Claro, vamos al lío.

Melendi le sonrió y después, sin separarse de él, se acercó el micrófono para hablar.

—Esta noche es especial para mí —dijo mirándolo—: Este guaperas rompecorazones es Gabriel. Fue telonero con su grupo en mi gira de 2009 en España. Tiene un don cuando toca la guitarra que he visto en muy pocos artistas a lo largo de mi carrera. Es un tío currante, valiente, generoso... pero sobre todo me enseñó algo que para mí es muy importante: el verdadero significado de la palabra amistad.

Ramón hizo una pausa, estaba ligeramente emocionado pero trató de proseguir para no demorarse demasiado:

—Desgraciadamente hace cuatro años perdimos todo contacto... pero ¿quién coño me iba a decir que nos reencontraríamos en *New York City*...? Maldito cabrón...

Ambos se lanzaron una mirada cómplice.

—Esta noche vais a tener el privilegio de escuchar su voz, os aseguro que se os van a poner los pelos como escarpias... Yo de vosotros lo disfrutaría...

Melendi se retiró unos pasos más atrás para dejarle todo el protagonismo a Gabriel, quien se sentó en la silla, cogió la guitarra, la acomodó sobre su muslo y ajustó las clavijas para tensar las cuerdas.

Cuando levantó la vista al frente, se encontró con la intensa mirada de Jessica que lo observaba entre perpleja y orgullosa. Él sonrió pese a estar algo nervioso. Demasiados años sin tocar un acorde. Demasiados años sin cantar y sin pisar un escenario, pero había llegado el momento y la causa bien lo merecía.

Tosió un par de veces para aclararse la voz. Bebió de un vaso de agua que había cerca y volvió a mirar a Jessica desde la distancia. Enderezó su espalda e hizo crujir de nuevo sus nudillos antes de pronunciar unas palabras:

—Hacía cuatro años que no me subía a un escenario. Espero que no tengan en cuenta si desafino en algún momento. —Sonrió con timidez—. La responsable de todo este embrollo es un castigador ángel de cabellos negros que irrumpió en mi vida sin previo aviso, dejando atrás al fantasma de mi soledad. Y, como dicen mis colegas Malú y Pablo Alborán: «Vuelvo a respirar profundo y que se entere el mundo que de amor también se puede vivir... de amor se puede parar el tiempo... porque no importa nada más...»

Jessica hacía rato que sentía cómo un doloroso nudo se le iba formando en la boca del estómago, a la vez que sus ojos se humedecían lentamente.

Gabriel le sostuvo la mirada unos segundos antes de cerrar los ojos y empezar a tocar los primeros acordes de la guitarra.

La música comenzó a flotar en el ambiente...

Gabriel abrió los ojos de nuevo y comenzó a cantar Tu jardín con enanitos.

Al acabar, la gente se alborotó en aquella sala. Muchas de las personas allí presentes se levantaron de sus sillas para vitorear y aplaudir enérgicamente a Gabriel, quien emocionado bajó de un brinco fuera de la tarima del escenario y corrió hasta la mesa donde Jessica seguía

completamente aturdida, temblando como una hoja, con las emociones atragantadas en la garganta.

Gabriel se colocó frente a ella y le tendió una mano. Ella se la dio y él, ni corto ni perezoso, la estiró con fuerza, la levantó de su silla, la sujetó por la cintura y la subió a la mesa.

Luego, utilizando una de las sillas a modo de escalera, se subió también a la mesa, que se tambaleó ligeramente.

Gabriel, entonces, la miró a los ojos con tanta pasión que Jessica notó cómo todo su cuerpo se encendía en cuestión de segundos.

Le cogió la cara entre sus manos y la besó delante de todo el mundo, como si aquel fuese su último beso.

En seguida se oyeron aplausos y silbidos como telón de fondo, pero ellos seguían ajenos a todo cuanto les rodeaba, en el interior de su particular burbuja de cristal. Para ellos ya no existía nada más.

44

Cuando el miniconcierto de Melendi dio a su fin, Gabriel propuso a Jessica ir a un pub cercano para tomar una última copa, a lo que, por supuesto, ella accedió encantada.

—Espera aquí —le dijo—, voy a hablar un momento con Ramón.

Gabriel le dio un sonoro beso en los labios y se encaminó hacia el escenario, desapareciendo tras las bambalinas. Al cabo de poco rato, regresó de nuevo, pero esta vez acompañado de su amigo.

—Ramón, quiero presentarte a Jessica.

Ella se incorporó del sofá para recibirlo.

—Encantado... ángel de cabellos negros... —Sonrió acercándose a sus mejillas para darle dos besos.

—Lo mismo digo, Melendi.

—Ramón, para los amigos... —Le enseñó los dientes al volver a sonreír—. Todos los amigos de Gabriel también son mis amigos.

—Por supuesto, Ramón —asintió devolviéndole la sonrisa educadamente.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Casi cuatro semanas.

—Me ha dicho que eres su jefa...

—Sí, de lunes a viernes... —añadió Gabriel divertido—. Los demás días sólo somos Gabriel y Jessica...

—Una vez tuve una jefa y nos llevábamos a matar... soléis ser muy duras con los hombres...

—Porque, si no, os descarriláis y luego no hay forma de enderezaros...

Los tres rieron a la vez.

Poco después, salieron a la calle. Ya era casi medianoche y comenzaron a caminar abriéndose paso entre la gente. Charlaron sin descanso durante el trayecto hasta llegar a otro local. Gabriel, que ya había estado allí en un par de ocasiones, les sirvió de guía hasta el interior.

El ambiente era bastante tranquilo, ideal para tomarse unas copas y a la vez disfrutar de buena música. Habitualmente aquel pub solía completar su aforo alrededor las dos de la madrugada.

Gabriel les llevó hasta una gran sala abierta en dos niveles. En el primero había una pequeña pista, rodeada por amplios sillones de color beige. Decenas de lucecitas de neón colgaban de una especie de bóveda. El segundo nivel albergaba varios reservados para destacados socios VIP.

Se acomodaron en el sillón mientras que el divertido ritmo de la canción *Blurred Lines*, de Robin Thicke, les daba la bienvenida. Melendi fue a la barra a pedir unas cervezas, y Gabriel aprovechó para asegurarse de que todo seguía su curso y marchaba sobre ruedas.

—¿Te gusta este local?

—No es del tipo que suelo frecuentar, pero no está mal.

—Otro día me llevas a uno de esos sitios chic a los que vas...

—Dudo mucho que te gusten.

—Quizá te sorprenda. —Le sonrió ladeando la cabeza.

Ramón en seguida regresó con las botellas y, antes de sentarse, las repartió.

Charlaron durante un rato más y después se despidió de ellos, no sin antes intercambiar los números de teléfono para asegurarse de no volver a perder el contacto con Gabriel.

Cuando de nuevo se quedaron a solas, Jessica aprovechó para preguntar por su tercer regalo.

—¡Ja, ja, ja...! Me parece que te estoy malacostumbrando...

Gabriel evitó contestarle y disimuló encendiendo un cigarrillo.

—Toma, Jess. —Se lo dio y luego sacó otro de la cajetilla.

—Ya veo que me tocará esperar otro poco más —dijo sujetando el cigarrillo entre sus largos dedos y llevándoselo a la boca.

—Todavía un rato más… —asintió y dio una larga calada—. Pero te prometo que, antes de que acabe la noche, tendrás tus tres regalos. Te doy mi palabra.

Jessica echó la ceniza en uno de los ceniceros instantes antes de que se les acercara un camarero y les advirtiera de que era un lugar público y, por lo tanto, estaba prohibido fumar.

—Disculpa… —le respondió ella al mismo tiempo que apagaba la colilla.

Gabriel la imitó y ambos se miraron después de que el camarero les dejara de nuevo a solas.

—Joder con las normas neoyorquinas.

Jessica sonrió mientras cruzaba las piernas.

—Lo cierto es que nunca lo hubiese imaginado —dijo retomando el hilo de la conversación que habían dejado a medias.

—¿El qué?

—Que te comportaras de forma tan detallista y tan romántica con una mujer.

—¿Y por qué no?... ¿Por este aspecto de pasota que siempre tengo?

—Básicamente —se burló.

Gabriel se rio con ganas.

—Bueno... digamos que soy una especie de huevo Kinder... —siguió riendo— y la sorpresa está en el interior... ¡ja, ja, ja...!

—No lo dudes.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué? —Enarcó una ceja.

Él la miró a los ojos con descaro.

—Pasas la mayor parte del tiempo tratando de parecer fría y distante.

—No trato de parecerlo, soy así —añadió sin pestañear.

Gabriel negó con la cabeza, haciendo una mueca con los labios.

—También tienes tu corazoncillo. —Le señaló el pecho con el dedo.

—Yo no estaría tan segura.

—Ya lo creo que sí...

Gabriel palmeó su muslo, invitándola a sentarse sobre él. Ella, ni corta ni perezosa, se levantó y se situó sobre sus piernas.

—He dejado de esperar... —Hizo una pausa mirándole a los ojos intensamente—... porque sé que jamás dirás que me quieres.

Jessica abrió los ojos, sorprendida.

—Pero ya no hace falta, lo tengo asumido. —Le rodeó la cintura con los brazos—. Sé que me quieres y con eso me basta.

Aquella declaración la dejó sin palabras. Gabriel, al darse cuenta de ello, trató de relajar el ambiente como pudo haciendo un nuevo comentario.

—¿Cómo no vas a adorar a este mozo tan apuesto? —dijo jocosamente señalándose a sí mismo.

Logró robarle una sonrisa furtiva.

—Me gusta este mozo. —Jessica se acercó para besar su boca y mordisquear lentamente su labio inferior—. Es guapo, es sexi y me pone de cero a mil en sólo una fracción de segundo —

añadió mientras frotaba deliberadamente su sexo contra la entrepierna de Gabriel. Él, ante ese contacto, carraspeó mirando a ambos lados al acecho de miradas impertinentes.

—Señorita Orson, es usted una descarada.

—Señor Gómez... sabe usted perfectamente que lo soy. —Lo besó—. Y ni se imagina lo que disfruto siéndolo.

Él le devolvió el beso con mayor fervor mientras le clavaba los dedos en el trasero.

—Vamos a los servicios.

Gabriel esbozó una pícara sonrisa en forma de respuesta. Segundos después, ella ya estaba de pie y tirando insistentemente de su mano.

—Quiero sentirte dentro... y no pienso esperar...

Gabriel sintió cómo su pene brincaba orgulloso apretando con fuerza la tela de sus vaqueros.

—Sus deseos son órdenes.

Cruzaron la pista de baile a grandes zancadas y llegaron pronto al destino.

—¿El de caballeros o el de señoras? —dudó.

Jessica puso los ojos en blanco, agarró su camiseta por el cuello mientras al mismo tiempo daba un puntapié a la puerta del lavabo de mujeres. Entraron al primer cubículo con tantas ansias que ni siquiera se detuvieron a comprobar si había más personas en los demás. Después cerraron la puerta casi dando un portazo y colocaron el pestillo de un golpe certero.

—Vamos, Gabriel... fóllame como sólo tú sabes hacerlo...

La respiración de ambos comenzó a acelerarse en cuestión de segundos. Gabriel se abalanzó sobre ella como un halcón hambriento, deseoso de devorar y alimentarse de sus tentadoras y jugosas carnes.

Sin perder más tiempo, la estampó contra la pared. Aunque hubiese poco espacio, Gabriel no desistió. Le abrió la boca con la suya y le metió la lengua hasta la campanilla. Jessica gimió presa de aquel loco arrebato. Se excitaba sólo con ver a Gabriel devorándola así, de aquella forma tan salvaje y tan ruda. Ambos eran como el mismo fuego, ardientes y pasionales.

Logró deshacerse de la camiseta de ella con un único movimiento de muñeca. Con prisas, como si el mundo se acabara, metió la mano dentro del sujetador para sacar uno de sus pechos, luego se lo llevó a la boca y empezó a lamerlo y a succionarlo perezosamente. Jessica soltó un gritó al sentir el primer mordisco en su endurecido pezón. Como de costumbre, ese contraste dolor-placer le hacía perder la cordura. Cuando acabó con uno de los pechos, se dedicó sin miramiento al otro.

La espalda de Jessica se arqueó y golpeó con violencia la pared, una y otra vez. Cuando Gabriel le concedió una pequeña tregua y dejó sus pechos para besar su cuello, ella estiró la mano para quitarle los pantalones, liberando así su larga y gruesa erección. Después, cogió ambos testículos y los comenzó a masajear con deliberada dedicación.

—¡Dios mío!... Me vuelves loco... —dijo apretando los dientes con fuerza.

Gabriel le quitó los pantalones y el tanga al mismo tiempo. La levantó en volandas y, tras colocar su glande en el orificio de su vagina, lo deslizó para empaparse de su caliente humedad y después penetrarla de una sola estocada.

—Como ves, yo tampoco puedo esperar...

Jessica volvió a gritar aún con más fuerza, sin reprimirse en absoluto, sujetándose de sus hombros.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado por su escandaloso grito.

Jessica se rio perversamente.

—Tú dedícate a follarme, Gabriel... —dijo entre jadeos entrecortados.

Y así lo hizo. La siguiente embestida fue mucho más profunda y mucho más intensa. Jessica volvió a gritar, meneando la cabeza. Tenía la sensación de que en cualquier momento iba a partirse en dos. Aun así, Gabriel no se detuvo, sino todo lo contrario: incrementó el número y la fuerza de las acometidas.

Los constantes y repentinos golpes contra la pared y los jadeos descontrolados resonaban en toda la estancia.

—Estoy a punto, Gabriel... ¡córrete conmigo...! —balbuceó Jessica casi sin aliento.

—Claro que sí...

Clavándose una vez más en ella, se dejó ir, ahogando los violentos gruñidos de placer en la boca de ella.

Sus piernas eran lo más parecido a un postre de gelatina, temblaban ya casi sin fuerzas.

—Jamás me cansaré de estar dentro de ti —le susurró al oído.

—Gabriel...

—Dime —contestó murmurando con los ojos cerrados mientras la dejaba en el suelo.

—Hace un par de semanas que tienes la absoluta exclusividad.

Él frunció el entrecejo, perplejo. Le había asegurado que tenía varios amantes, de los cuales disfrutaba a su antojo.

—¿Hace dos semanas?

—Eso he dicho.

—Desde el viaje a Las Vegas.

—Más o menos. —Le sonrió.

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo?

—¿Por qué tendría que haberlo hecho?

Gabriel sonrió de nuevo y su corazón dio un brinco. Ésa era una declaración en toda regla. Por lo visto ya no tenía amantes, sólo a él. Viniendo de Jessica, eso eran palabras mayores.

—Me ha apetecido decírtelo, pero no le des demasiadas vueltas. Sólo quería que lo supieras —dijo mientras se vestía—. Venga, invítame a una copa y dame mi tercer regalo... creo que ya me lo he ganado con creces.

—De eso no me cabe la menor duda...

Gabriel, tras limpiarse y vestirse, abrió el pestillo y la puerta. Cogió a Jessica de la cintura y, cuando iban a salir, se encontraron con unos ojos verdes que los observaban a través del espejo.

Daniela abrió los ojos como platos y comenzó a ruborizarse rápidamente. Se había quedado con las manos bajo el chorro de agua tibia, petrificada. Gabriel se acababa de tirar a su jefa en uno de los lavabos y, por lo que podía llegar a intuir, no era la primera ni sería la última vez.

—Pero... ¿qué coño?...

Gabriel no pudo acabar la frase, sus brillantes ojos verdes no paraban de lanzarle dardos venenosos. Jessica se quedó ojiplática, era la misma chica que Gabriel insistió tanto que encontrara cuando tuvo que volar a Barcelona de forma repentina.

Jessica se acercó hasta Daniela y le cerró el grifo.

—Te recuerdo. Eres Daniela, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza dejando de mirar a Gabriel para mirarla a ella.

—¿Has venido con alguna amiga?

—Mmm... no... —titubeó—. Con Eric...

Gabriel arrugó la frente al oír el nombre de su amigo. ¿Qué estaba haciendo con él? Ya le advirtió de que se mantuviese alejada de él. El muy sinvergüenza... seguro que había desplegado todo su arsenal de seducción para llevársela a la cama.

«¡Joder!... Si es así, voy a partirle la cara a ese capullo...»

—¿Eric no es tu amigo, Gabriel? —Le preguntó Jessica sonriente—. ¿Por qué no nos tomamos una copa con ellos?

«¿Con ellos?... No es buena idea, ¡primero tengo que dejarle sin dientes!»

Jessica miró a Gabriel confundida. Tenía un gesto extraño en el rostro, parecía estar muy enojado.

—Me apetece conocer a tu amigo.

—Nosotros ya nos íbamos —añadió Daniela.

—Vaya... me hubiese gustado charlar con vosotros... Quisiera invitaros... es mi cumpleaños.

—¿En serio? —preguntó Daniela curiosa—. El mío es en tres días...

—¿El 24 de septiembre?

—Sí.

No supo por qué, pero Jessica sintió una punzada en su corazón en forma de aviso. Esa fecha era demasiado especial para ella, el 24 de septiembre tuvo a su bebé. Ahora tendría veintiún años.

—¿Y cuántos cumplirás? —le preguntó casi sin retomar aire y con el semblante muy serio.

—Veintidós.

Jessica creyó perder por unas décimas de segundo el norte, incluso notó cómo se mareaba. Zarandeó la cabeza. No, no era posible. Era una maldita coincidencia, nada más. Daniela no podía ser la hija que durante tantos años había buscado desesperadamente. Era una de tantas chicas que cumplían años el mismo día que su hija. Además, físicamente no se parecía a ella... pero Adam tenía ese mismo color de ojos... verde oliva.

—Bueno... Eric me espera, nos vamos a otro local del centro...

—¡Espera...! —Jessica le cogió del brazo con tanta fuerza que Daniela se asustó.

Gabriel se dio cuenta de que algo raro le estaba ocurriendo a Jessica y se acercó a ambas para intervenir.

—Jess... Daniela tiene que irse...

Jessica volvió en sí, recuperando por fin la compostura.

—Disculpa... —Trató de sonreír—. Te he confundido con otra persona...

—No pasa nada.

Daniela se secó las manos y se despidió de ambos. Jessica la siguió con la mirada hasta que desapareció. Luego abrió el grifo y se mojó la nuca mientras apoyaba las manos sobre el mármol.

—Jess... ¿qué es lo que te ha pasado con Daniela?

Ella tragó saliva.

—Nada. —Se quedó unos segundos en silencio mirándose al espejo—. Nada importante...

Gabriel le acarició el pelo y pellizcó suavemente su mejilla.

—Pues si te encuentras mejor... quisiera darte tu último regalo.

45

Jessica, tras revivir los amargos recuerdos de la separación de su hija hacía casi veintidós años, salió de aquel local de copas junto a Gabriel. Caminaron abrazados hasta el parking subterráneo para recoger la Ducati y subirse en ella. Todavía quedaba pendiente un último regalo, completando así los tres vértices de las cosas importantes para Gabriel: los tatuajes, la música y... sólo él conocía la respuesta.

Gabriel, disfrutando de la magia de aquella noche de otoño, condujo por las calles de Manhattan hacia las afueras de la ciudad en dirección al norte, al mismo corazón de Putnam Valley.

Una hora más tarde llegaron al valle, ubicado entre dos cadenas de montañas. La luna llena desde lo alto iluminaba el camino oscuro y serpenteante hasta Oscawana Lake.

Al llegar al destino, Gabriel apagó las luces y paró el motor de su moto; luego la dejó junto a una hilera de casitas de madera orientadas a unas espectaculares vistas del lago.

—Éste es mi refugio... —dijo inspirando hondo mientras se quitaba el casco.

—Es precioso.

—Pues espera a verlo a plena luz del día.

Jessica bajó de la moto y se frotó los brazos para entrar en calor.

—La pega es que suele haber bastante humedad.

Gabriel sonrió y le rodeó con sus brazos.

—Vamos, quiero enseñarte algo.

Él se dirigió hacia una de las cabañas, la más pequeña de todas. Abrió la puerta y lo primero que hizo fue buscar el interruptor para iluminar aquellas cuatro paredes. Jessica entró poco después y miró a su alrededor. La cabaña no tenía paredes que dividieran las habitaciones. Había una diminuta cocina con sus dos fogones, un fregadero y una nevera. A su derecha, una cama de matrimonio y una mesita de noche con su lámpara, cuya tulipa de motivos florales hacia juego con la colcha y las cortinas. A la izquierda, un sofá de dos plazas, una alfombra de piel de vaca y una chimenea de piedra. Y al fondo, tras una cortina, lo que parecía ser un lavabo.

—Ponte cómoda, voy a encender el fuego. En el armario junto a la cama hay un par de mantas.

Jessica estornudó y Gabriel sonrió.

—Pronto entrarás en calor, esto es muy pequeñito.

—No te preocupes, estoy bien. Soy una chica dura de ciudad. —Se rio divertida a la vez que abría el armario y cogía una de las mantas de lana; luego se descalzó y se acomodó en el sofá mientras observaba a Gabriel encender el fuego—. No sabía que te gustara la naturaleza.

—Me gusta venir aquí cuando la ciudad me colapsa.

—Yo suelo descargar el estrés haciendo largos en la piscina.

Gabriel asintió mientras se arrodillaba frente a la chimenea, arrugaba unas hojas de periódico y luego les prendía fuego con una cerilla.

—Descubrí este lugar tras fallecer mi padre. Después de regresar de Barcelona, necesitaba huir, alejarme de todo y de todos, y conduje mi moto sin detenerme, hasta aquí. Me quedé toda la noche junto al lago, dejando mi mente en blanco... no quería pensar, no quería sufrir... necesitaba evadirme y este lugar me ayudó a conseguirlo.

—Y ahora quieres compartirlo conmigo.

—Sí.

—Pues... me encanta mi tercer regalo.

—Es parte del tercer regalo.

Él se incorporó y caminó hacia la nevera, cogió una botella de cava, la abrió y rellenó un par de copas de cristal; luego se sentó junto a Jessica, quien le hizo un sitio y le tapó las piernas con la manta.

—Por nosotros —le dijo Gabriel—. Por ti...

—Por nosotros... por ti.

Chocaron las copas y luego bebieron de ellas. Gabriel se quedó pensativo unos instantes recordando el encuentro entre Daniela y ella. Jessica había tenido una reacción demasiado extraña.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —le contestó ella con un tono de voz firme.

—¿Qué es lo que te ha dicho Daniela? Parecía como si hubieras visto un fantasma.

Jessica le miró a los ojos sin pestañear, luego se levantó y dejó la copa sobre la encimera de la cocina. Vio a través de la ventana cómo la luna se reflejaba en las aguas grises del lago Oscawana; se abrazó a sí misma, frotándose nuevamente, y se giró para volver a sentarse en el sofá junto a Gabriel.

—Me ha recordado a mi hija —dijo con un deje de tristeza en sus palabras.

—¿Tu hija?

Gabriel frunció el ceño confundido.

—Sí, tuve una hija con trece años, ahora tendría veintiuno... En realidad en tres días cumplirá veintidós años.

—Igual que Daniela...

—Igual que tantas otras chicas...

—Claro.

Jessica inspiró hondo.

—Hubo un momento en que sus ojos me recordaron a Adam.

—¿Su padre?

Ella ahora asintió con la cabeza.

—Él fue el único hombre que amé. Me enamoré perdidamente, no existía nadie más que él. Era siete años mayor que yo. Cuando mis padres se enteraron de nuestra secreta relación, me ingresaron en un internado. Su hija perfecta no podía salir con un chico de clase media, su hija tenía que casarse con un rico heredero o un poderoso hombre de negocios. Poco después supe que estaba embarazada, así que traté por todos los medios de ocultárselo a mis padres, hasta que ineludiblemente se hizo evidente.

Jessica hizo una pausa y cerró los ojos, apretándolos con fuerza.

—Tuve a mi bebé en una clínica y en secreto. Mis padres no soportaban la idea de que sus amistades supieran que su hija menor de edad había cometido un grave error.

Volvió a abrir los ojos.

—Como cada mañana, a primera hora se llevaron a mi bebé para asearla, pero ella nunca más regresó. —Unas débiles lágrimas se le escaparon sin previo aviso—. Me dijeron que había fallecido por muerte súbita.

Gabriel se había quedado completamente mudo, escuchándola sin saber qué decir. Entonces le cogió de las manos y las comenzó a acariciar entre las suyas para darle calor.

—Adam no lo resistió, no logró soportar mi pérdida, ni la de nuestro bebé. Al cabo de pocos

días lo encontraron muerto en su apartamento de Brooklyn por sobredosis de pastillas.

Jessica rompió a llorar y Gabriel la acunó entre sus brazos para consolarla. Ahora podía llegar a entender por qué siempre se había mostrado tan reacia al amor, a ser amada e incluso a amar. Cuando logró aliviar aquel sentimiento que le oprimía el pecho, ella pudo continuar algo más calmada.

—Un día en casa de mis padres, cuando yo tenía veinticinco años, descubrí casualmente en uno de los cajones de su despacho unos papeles de adopción, cuya fecha era el 28 de septiembre, cuatro días después de haber dado a luz.

Gabriel abrió los ojos desconcertado.

—Al pie del documento figuraba mi firma. Mi mundo se vino abajo, había sido traicionada por mis propios padres, lo que me dieron a firmar no fue su defunción... ¡sino su adopción...!

Él quiso tranquilizarla pero, por más que lo intentaba, vio en su rostro la derrota y la frustración.

—Te ayudaré a buscarla.

—Es inútil —Trató de contestarle serenamente, pero su tono era quebrado y angustioso—. He contratado a los mejores detectives. Su rastro se pierde en Europa. Dejé de buscarla hace cinco años.

—Pues lo retomaremos —insistió.

Ella negó con la cabeza y colocó la palma de la mano sobre su mejilla.

—Gabriel, hace tiempo que lo asumí, sé que jamás la encontraré. —Sorbió por la nariz—. Pero sé que está viva, eso es lo único que me mantiene con esperanzas. La siento en mi interior y sé que es feliz, aunque su lugar no esté a mi lado.

—Jessica... —Él le secó las lágrimas con el pulgar—. Admiro tu fortaleza, tu entereza...

—En cierta forma tú y yo nos parecemos. Ambos perdimos a nuestras almas gemelas. Tú, a Érika, y yo, a Adam.

—No la perdí... —le dijo besando sus labios con ternura—, ya la he recuperado.

Jessica esbozó una amarga sonrisa y luego apoyó la cabeza sobre sus piernas y, mientras él le acariciaba el pelo, se quedó dormida sin darse cuenta.

Los primeros rayos de sol empezaron a filtrarse por las rendijas de la ventana de aquella cabaña. Gabriel irrumpió abriendo la puerta de par en par.

—¡Jessica...! ¡Ven, no puedes perderte esto...!

Ella, que abrió los ojos perezosamente, vio la imagen de Gabriel haciendo señas al exterior.

—Ven a ver el amanecer...

Gabriel corrió hasta ella para cogerla en brazos y llevarla hasta el lago.

—Buenos días, preciosa.

—¡Dios mío...! Necesito un café bien cargado...

—Eso después...

Una vez frente al lago, la dejó sentada sobre una de las mantas, luego se sentó tras ella y la abrazó por la espalda.

—El amanecer en este lugar, después de ti, es lo más bonito que he visto en mi vida —dijo mientras se tapaban con la otra manta.

Ambos contemplaron en silencio cómo el sol ascendía poco a poco por el horizonte. Sólo se oía el ulular del viento y el cantar de algunos pájaros en los árboles cercanos.

—¿Te ha gustado mi tercer regalo?

—Mucho. Eres increíble...

Gabriel le besó en la sien y luego la abrazó con más fuerza antes de sacar algo de su bolsillo.

—Dame tu mano.

Ella alzó una ceja, sorprendida.

—¿Mi mano?

—Eso he dicho, tu mano...

Jessica se la ofreció y él la giró para colocarle un brazalete de oro blanco en su palma.

—Y con esto se completan mis tres regalos. Espero que sea de tu medida —dijo sonriente.

—Pero...

Ella lo miró estupefacta. Era un precioso brazalete en oro blanco con treinta y cinco pequeños diamantes engastados.

—Gabriel... no era necesario...

—¿No te gusta?... Nada más verlo pensé en ti...

—¿Que si me gusta?...

Jessica negó con la cabeza y luego lo besó.

—Pero eso no es todo... —dijo Gabriel.

—¿Aún hay más?

—Mira la inscripción.

Con cara de asombro, ella empezó a leer de viva voz: «Quiero ser tu principio y tu fin. Por siempre, tuyo.»

Al acabar de leerlo, las manos empezaron a temblarle y las lágrimas bañaron sus ojos azul zafiro en cuestión de segundos. Era incapaz de articular palabra alguna, así que Gabriel cogió el brazalete y, tras abrir el cierre, se lo colocó; quedó ceñido a su muñeca.

Jessica seguía conmovida mirando la joya; demasiadas sensaciones en un solo día. ¿Quién le iba a decir que aquel chico de cabellos despeinados y aspecto desaliñado al que conoció aquella mañana en su oficina iba a desencajar su perfecto mundo ideal y sin sentido, en el que hasta ese momento vivía atrapada?

.

46

El domingo tocó a su fin para dar de nuevo paso al ritmo frenético del lunes. No eran ni las ocho de la mañana cuando ya había miles de transeúntes colapsando las aceras de Manhattan y decenas de vehículos invadían el gris asfalto en todas direcciones. Aquella caótica ciudad sin duda fue creada para una panda de locos pirados. No existía un solo rincón donde no se oyera algo de música, algún que otro claxon impertinente o incluso la conversación de un típico hombre de negocios que hablaba a través de su teléfono de última generación.

Nueva York era así... Más conocida como la ciudad que nunca duerme.

Jessica se recogió el cabello en un moño alto para ducharse como cada mañana. Al acabar, secó e hidrató su cuerpo con su crema corporal favorita, después se maquilló en tonos tierra y dio brillo a sus labios con *Rouge Coco Shine*; finalmente, unas pocas gotas de *Chanel* en sus muñecas y tras los lóbulos fueron suficiente para darle ese toque sofisticado que tanto le gustaba. Se vistió con un elegante traje de chaqueta en azul cobalto. Cepilló su larga melena azabache y, tras darse los últimos retoques frente al espejo, se calzó un par de *Louis Vuitton* a juego con el color de su ropa.

Como no acostumbraba a desayunar hasta bien pasadas las diez de la mañana, se despidió de su ama de llaves y de Josh, el jardinero. Seguidamente se subió a su *BMW* en dirección a la ciudad.

No había cruzado la verja de su mansión cuando la primera llamada telefónica le daba los buenos días.

—Jessica Orson.

—Buenos días, señorita Orson —se oyó al otro lado del hilo telefónico.

—Buenos días, Alexia.

—Le recuerdo, como cada día, su agenda para las próximas horas.

—Adelante.

—A las 10.30, entrevista con los socios de Arnold & Johnson Pictures. A las 13.00, almuerzo con el señor Mathew Lowers en el restaurante *Alain Ducasse,* en *Essex House*. A las 16.30, reunión en la sala de juntas con el señor Robert Andrews. A las 18.00, cita con Margaret Binox en su despacho. Y a las 19.45, visita guiada por el señor Gabriel Gómez a la torre del *Rockefeller Center*.

Jessica enarcó una ceja perfecta tras oír el nombre de su última cita. De nuevo Gabriel ya estaba tramando algo, no tenía descanso, era insaciable aunque deliciosamente encantador.

—Gracias, Alexia.

—De nada, señorita Orson. Cualquier cambio, comuníquemelo. Que tenga un buen día.

Jessica recordó mentalmente la primera cita: «A las 10.30, entrevista con los socios de Arnold & Johnson Pictures... He de darme prisa si antes quiero pasar por la consulta del doctor Olivier Etmunt.»

No más de veinte minutos le bastaron para llegar hasta el Bellevue Hospital Center. Dejó su BMW en una de las plazas reservadas y, caminando a paso decidido, entró en el ascensor que la subiría a la séptima planta.

Al llegar a la sala de espera, Jessica se sentó en una de las sillas y esperó su turno algo más impaciente que de costumbre. Cruzó una pierna sobre la otra y, como no se permitía fumar,

comenzó a girar el brazalete de oro blanco y diamantes que Gabriel le había regalado.

Aquellos minutos se hicieron interminables y, por primera vez en su vida, sintió cómo una oleada de inseguridad se apoderaba de ella en esa situación. Aquella noche no había pegado ojo, no sabía por qué, pero tenía un mal presentimiento... que la avisaran de aquella forma, y en domingo, no hacía más que presagiar un mal resultado.

Por suerte para ella, su móvil vibró en aquel preciso instante en el interior de su bolso. Tras cogerlo miró la pantalla, tenía un mensaje WhatsApp de Gabriel.

«Ando algo celoso... Alguien me ha dicho que esta noche ha quedado con un joven apuesto.»

Jessica sonrió.

«Pues hace bien en estar celoso, porque es un joven muy pero que muy apuesto...»

Gabriel, que estaba sentado en su despacho, se echó a reír mientras giraba la cucharilla para remover su café.

«¿Y cómo es de apuesto ese joven?»

Jessica no pudo evitar poner los ojos en blanco.

«No creo que usted lo conozca.»

«O tal vez sí.»

«Si es así, dígale a ese joven tan sumamente apuesto que no me he olvidado y que pronto será castigado.»

Gabriel entornó los ojos a la vez que se atragantaba con el café. Sonrió de forma traviesa, ya que en cierta forma le intrigaba saber qué había tramado; de lo único que estaba convencido era de que el castigo no le iba a dejar indiferente.

La voz de la enfermera sonó a través de la puerta entreabierta de la consulta del doctor. Jessica, al oír su nombre, guardó de nuevo el teléfono en el interior de su bolso y se encaminó hacia allí. Cuando ella cerró la puerta tras de sí, el doctor Etmunt la siguió con la mirada hasta que quedó delante de la mesa.

—Toma asiento, Jessica —le dijo el médico señalándole la silla.

Jessica colgó su bolso en el reposabrazos y luego se sentó.

—¿Qué es eso tan importante que no puede esperar a la cita que teníamos prevista para este mismo viernes?

El doctor Etmunt abrió una cajita y sacó sus gafas, las limpió con un trozo de tela y, después de colocárselas, abrió una carpeta para leer por enésima vez el informe que albergaba su interior.

—¿Has venido sola?

—Claro —contestó extrañada—. ¿Qué tipo de pregunta es ésa, Olivier?

Él miró a la enfermera y luego le pidió que saliera de la consulta. Una vez quedaron a solas, retomó de nuevo la conversación que había intentado iniciar minutos antes.

—Hace muchos años que te conozco, Jessica.

La voz de Olivier se volvió mucho más ronca.

—Sí, muchos —dijo arrugando el entrecejo sin comprender—, desde la universidad.

Él apartó la vista para centrarla de nuevo en el informe. Jessica se fijó entonces en los gestos de su cara. En todos estos años, jamás le había visto tan sumamente preocupado. Ella respiró hondo y, cargada de valor, prosiguió:

—Olivier... Ve directo al grano, por favor...

Él trató de guardar la compostura tanto como le fue posible. Inquieto, rozó su barbilla con los dedos para luego quitarse las gafas y frotarse los ojos con fuerza.

Ella lo miraba en silencio, observando cómo contraía el rostro y hundía los hombros en señal de derrota. Olivier, cuando por fin cerró la carpeta, alzó de nuevo la vista haciendo acopio de la

valentía suficiente para pronunciar las palabras que debía decir, olvidando que eran amigos y tratando de ser lo más profesional posible.

Tras unos angustiosos segundos de más silencio, Olivier pudo hablar por fin.

—Uno de los tres tumores que localizamos en tu pecho derecho necesita intervención inmediata. Ya ha crecido varios milímetros.

Algo parecido se temía. Jessica intentó mantener la compostura, tragó con fuerza saliva y alzó el mentón con determinación.

—Olivier, ya sabes que estoy dispuesta a extirparlo y a recibir cualquier tratamiento por agresivo que resulte —le respondió firme y segura, aunque sus piernas no paraban de temblar.

—Lo sé, Jessica.

Olivier la miró intensamente a los ojos. Por lo visto, eso no era todo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó ella con un débil hilo de voz.

—Por desgracia, el problema no es este tumor, ni los otros dos... —respondió él, incómodo.

Jessica permaneció inmóvil, ni siquiera pestañeó, sólo esperaba el momento en que le lanzara un nuevo jarro de agua fría sobre la cabeza.

Olivier juntó las manos y las apretó con fuerza para colocarlas cerca de sus labios.

—No te imaginas lo duro que es para mí tener que decirte esto...

—Olivier... —lo interrumpió sin reparo.

Jessica sintió cómo un escalofrío recorría toda su columna vertebral de arriba abajo. De nuevo ese mal presentimiento invadiendo su mente. Irguió la espalda y soltó el aire lentamente. Buscó los ojos grises de su amigo y, con una admirable determinación, le hizo la pregunta que jamás pensó que le tocaría pronunciar:

—¿Cuánto me queda de vida?

Olivier suspiró con fuerza a la vez que cerró los ojos.

Para él aquella situación resultaba ser de lo más cruel; era, sin duda, la parte menos dulce de su profesión, y mucho peor cuando la noticia tenía que dársela a una persona por la que sentía verdadera admiración y aprecio.

Olivier deslizó la silla hacia atrás para levantarse y poder acercarse a Jessica. Ella, que no dejó en ningún momento de observarlo en silencio, vio cómo se apoyaba en el borde de la mesa y le cogía una de las manos. Luego la miró a los ojos con un deje de tristeza en su mirada.

—El tumor del pecho en estos momentos es lo que menos importa.

—¿Cuánto...? —insistió de nuevo Jessica con lágrimas en los ojos.

Él hizo una breve pausa y volvió a soltar el aire con desgana.

—Tres... quizá cuatro meses —susurró lentamente—. La analítica y todas las demás pruebas así lo han determinado.

Olivier guardó silencio para que ella asimilara la noticia.

Jessica notó cómo se le congeló el aire en los pulmones; le faltaba el aire. Sintió cómo se ahogaba poco a poco y caía al vacío sin poder evitarlo.

—Tienes leucemia mieloide aguda. Por eso el cansancio, la falta de apetito y las fiebres intermitentes que has tenido en las últimas semanas.

Todo su cuerpo comenzó a temblar a destiempo. Como ráfagas, las imágenes de toda su vida pasaron velozmente por su mente, una tras otra. Imágenes difusas de su niñez, del nacimiento de su bebé, de Adam, de sus padres, de su época en la universidad, momentos memorables de su exitosa carrera, la boda y el matrimonio junto a Robert... y todos y cada uno de los días que había compartido con Gabriel...

Jessica hundió la cara en sus manos para ahogar sus sollozos y él aprovechó para abrazarla.

—Desahógate... llora... no voy a dejarte sola.

Y así lo hizo. Lloró entre sus brazos y él trató de consolarla, como pudo, aunque en el mundo no existiera consuelo para tal desdicha.

Hacia el mediodía, Gabriel recorrió el pasillo para hacer una breve visita a su sexi jefa. Golpeó la puerta con el dorso de la mano, pero no obtuvo respuesta, así que la abrió y asomó la cabeza para echar un vistazo al interior del despacho. Por lo visto Jessica no estaba y, sin darle mayor importancia, bajó a la calle para comer algo antes de volver de nuevo a la rutina de su trabajo.

47

Jessica salió de la consulta algo aturdida y desorientada. Los acontecimientos habían sucedido tan rápido que aún trataba de asimilarlo sin perder por ello la cordura.

Al llegar a su BMW X6, se apoyó en la puerta del conductor y Olivier aprovechó para cogerle de los brazos y frotarlos de arriba abajo para ofrecerle algo de calor humano.

—Recuerda que mi equipo y yo vamos a hacer todo lo posible para encontrar a un donante de médula compatible con tu ADN. Empezaremos por las personas más allegadas: tu familia, tus conocidos...

—Olivier...

Jessica lo interrumpió, a la vez que negaba repetidas veces con la cabeza.

—Te lo agradezco. Siempre has sido un gran profesional y un buen amigo, pero tú y yo sabemos que las probabilidades de encontrar un donante compatible son lo más parecido a un milagro, y eso sin tener en cuenta el poco tiempo del que disponemos.

—Comprendo que ahora estés aterrada y no te culpo por ello. Yo, de estar en tu propia piel, lo estaría. —Hizo una breve pausa para luego proseguir—: No soy religioso, ya me conoces... pero en estos casos, tan sólo nos queda tener fe y esperanza.

Ella asintió y luego se abrazaron durante un rato. Instantes después, Olivier le dio un beso en la mejilla y se despidió para regresar de nuevo a su consulta.

Jessica se quedó quieta y pensativa mirando cómo la silueta del doctor se alejaba hasta perderse tras doblar la esquina. Poco después, subió a su coche y, tras conectar el manos libres de su BlackBerry, se puso sin perder más tiempo en contacto con su secretaria.

—Despacho de Andrews&Smith Arquitects. Buenos días.

—Alexia, soy Jessica.

—Señorita Orson. Dígame.

—Quiero que anules todas las citas que había previstas para el día de hoy.

—¿Todas? —preguntó extrañada.

—Eso he dicho.

—¿Las anulo o prefiere que las posponga para otro día?

—Anúlalas.

—De acuerdo.

Jessica giró el volante y puso la primera marcha para subir por la rampa del garaje y salir al exterior.

—Avise al señor Andrews de que en unos veinte minutos le quiero ver en mi despacho.

—Muy bien. ¿Alguna cosa más?

—De momento, nada más. Gracias, Alexia.

Finalizada la conversación, Jessica encendió un cigarrillo, pese a que todavía tenía las manos temblorosas y el pulso acelerado; dio una calada y, cuando quiso dar otra, se lo quedó mirando y soltó una breve carcajada.

—Maldita ironía... y pensar que tanto fumar al final me iba a matar...

Media hora más tarde, cuando Jessica llegó a su despacho, Robert, que acudió puntual a la cita, ya estaba esperándola sentado en su sillón de piel mientras aprovechaba para hablar por teléfono. Al verla entrar, colgó el auricular y se levantó para recibirla. Ambos se saludaron

besándose en las mejillas.

Robert se la quedó mirando, sus ojos no le engañaban, eran incapaces de ocultarle absolutamente nada. La conocía lo suficiente como para reconocer al instante cuándo algo le preocupaba.

—Cariño, ¿te encuentras bien?

Ella esbozó una mueca y luego disimuló una sonrisa.

—A ti no puedo ocultarte nada.

—Sabes que no. —Él negó con la cabeza—. Estás muy pálida... y juraría que has estado llorando...

Jessica se rio.

—Como siempre, tan observador... —murmuró.

—Siéntate —le indicó colocando su palma en el bajo de su espalda para acompañarla hasta la silla—. Trata de relajarte y luego, con más calma, me explicas qué te ocurre.

Tras ayudarla a quitarse la americana, ella la dejó junto a su bolso en una percha; mientras tanto, iba reflexionando sobre lo que quería pedirle. Estaba convencida de que él la ayudaría, muy a su pesar. Se lo debía, quizá por los años que habían compartido juntos o tal vez porque él aún la quería, a su manera.

Robert la dejó unos segundos a solas para que se serenase mientras iba a la sala de juntas a prepararle una tila. Ella, por su parte, aprovechó para enviar un mensaje de WhatsApp a Gabriel: «Ven esta noche a cenar a mi casa, tengo que comentarte algo importante.»

La respuesta no se hizo esperar; segundos después, Gabriel le respondió: «Claro, Rockefeller Center puede esperar, lleva en pie desde 1939, no creo que se marche en los próximos meses.»

Jessica cerró los ojos tras leer su mensaje: «En los próximos meses...», repitió mentalmente y se asustó. Los próximos meses era demasiado. Quizá no dispondría de ese valioso tiempo.

Cuando Robert entró de nuevo en el despacho, Jessica alzó la vista no sin antes desconectar su teléfono para no sufrir interrupciones. Él dejó la taza encima de la mesa y desplazó una silla para sentarse junto a ella.

—¿Y bien? —le preguntó sin rodeos.

—Necesito tu ayuda.

—Lo que me pidas.

—Sabía que podía contar contigo —le agradeció.

Jessica bebió un sorbo corto de su tila y luego dejó el recipiente de nuevo sobre la mesa.

—Tú dirás.

—Necesito desaparecer un tiempo.

Robert frunció el ceño, extrañado.

—¿Por qué?

—Asuntos personales —mintió—. Sólo serán un par o tres de meses...

—¿Y a dónde irás?

—Aún no lo tengo decidido.

Él no quería ser grosero, ni impertinente; sin embargo, necesitaba tener alguna información algo más detallada de los motivos por los que tenía decidido desaparecer en los próximos meses.

—¿Tienes problemas económicos?

—No.

—¿Algún novio chiflado? ¿Ese tal Gabriel? —instó.

—¡Por Dios, no! —Se rio.

—Entonces, ¿estás embarazada?

Ella abrió los ojos como platos, Robert sabía de buena tinta que ella no quería tener más hijos.

—Robert... me sorprendes... —protestó.

—Lo siento —se excusó frotándose la cara; luego cogió la taza de tila y se la volvió a ofrecer —. Debes tomártela mientras aún siga caliente.

Jessica bebió un sorbo más y, sujetando con ambas manos la taza, prosiguió mirándolo fijamente.

—Estoy enferma.

Robert no comprendía sus palabras. ¿Enferma? ¿Por ese motivo tenía que desaparecer? Se removió incómodo en la silla, algo inquieto.

—¿Cómo de enferma? —insistió quitándole la taza de las manos y dejándola de nuevo sobre la mesa.

—Muy enferma.

Él acercó más su silla hasta rozar sus rodillas con las de ella. Luego colocó las manos sobre sus piernas y comenzó a frotarlas con suavidad.

—¿Tendrá cura, no? —Su voz entrecortada comenzaba a perder intensidad.

Jessica colocó sus manos sobre las de él y luego negó con la cabeza.

—Necesito con urgencia un donante de médula ósea que sea compatible.

—Pero eso es... —murmuró haciendo una mueca horrorizado.

—Casi imposible, lo sé.

Los ojos de él prácticamente se le salieron de las órbitas, brillantes y temerosos al ver el pánico reflejado en los de ella. Después se levantó de la silla de un salto e, inquieto, comenzó a recorrer el despacho de lado a lado. Luego se acercó al enorme ventanal y miró a través de éste la ciudad de Manhattan. Entornó los ojos llenos de furia y se giró para propinar un fuerte puñetazo a uno de los dos armarios que había junto al cuadro El beso, de Gustav Klimt.

Él maldijo en voz alta una y otra vez, y no por el dolor en los nudillos tras el fuerte golpe, sino por el sentimiento de impotencia frente a aquella maldita realidad. Jessica corrió a su lado.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó cogiéndole de la mano para cerciorarse de que no se hubiese fracturado ningún hueso.

Robert estaba fuera de sí, encolerizado. Y temblando, le confesó:

—Jessica, no me hago a la idea de perderte —le dijo levantando su barbilla con la otra mano para mirarle directamente a los ojos—. Me niego a perderte otra vez...

Él se aclaró la garganta, el nudo que tenía le impedía hablar correctamente.

—Para mí siempre has seguido siendo mi mujer... —le susurró acercándose un poco más.

—Robert, no hagas eso...

Jessica contuvo el aliento y los labios de él rozaron tímidamente los suyos, como una dulce y cálida caricia.

—Jamás dejé de quererte —le confesó con nostalgia.

Y entonces la besó como si tuviese miedo de hacerle daño, inseguro y muy lentamente. Jessica notó cómo una fugaz y tímida lágrima se deslizaba por su mejilla y, justo cuando iba a separarse de sus labios, la puerta del despacho se abrió de par en par. Ambos se giraron de golpe y, tras oír un fuerte portazo, Jessica pudo ver a través de la ventana de cristales tintados una figura que se alejaba a grandes zancadas en dirección a recepción.

Dejó a Robert a un lado y se acercó hacia la puerta. Maldijo entre dientes, temiendo que él hubiese visto cómo la besaba.

Corrió tras él a lo largo de todo el pasillo.

—¡Gabriel! —exclamó jadeando tras la persecución.

Él se volvió hacia ella.

—No es lo que parece.

—No tienes por qué darme explicaciones, ya me conoces y sabes cómo pienso —le dijo con una media sonrisa en los labios, aunque con un inevitable deje de decepción en su voz ronca—. Eres libre de estar con quien te plazca... Ése era tu lema, si mal no recuerdo.

Gabriel quiso girarse para marcharse y concluir aquella conversación, pero ella lo detuvo cogiéndole con fuerza del brazo.

—Te equivocas —le aseguró.

Gabriel volvió a sonreír con aire de tristeza en su mirada.

—Tienes razón, soy yo el que se equivoca. —Retomó aire con fuerza—. Porque en esta historia el único estúpido que ha seguido creyendo en el amor he sido yo. Estaba convencido de que sí me querías. Ahora sé que no es verdad.

Jessica abrió la boca para contestarle, pero no lo hizo. Gabriel volvió a mirarla unos segundos y luego agachó la cabeza, guardó las manos en los bolsillos y se marchó hacia las escaleras.

48

Gabriel salió del edificio y se dirigió a su apartamento como un tornado. Estaba tan cabreado que lo único que necesitaba era estar solo y no pensar en nada para mantener la mente en blanco. Subió de dos en dos los escalones hasta llegar a la séptima planta. Abrió la puerta y, tras cruzarla, le dio un puntapié clavándola de un golpe seco en el marco.

Se fue desvistiendo y dejando un sendero de ropa esparcido por el suelo hasta el cuarto de baño. Encendió la radio y en la emisora *K M K Fone Zone One Five Krock* empezó a sonar la última canción de Miley Cyrus, *Wrecking ball.*

Se metió debajo de la ducha sin esperar a que el agua tomara temperatura, por lo que sintió cómo su piel se estremecía al contacto con el agua helada, pero estaba tan ofuscado que no le importaba, ni siquiera oyó su teléfono cuando éste empezó a sonar insistentemente.

Al rato, algo ya más relajado, se secó y se tumbó en la cama, mirando al techo, con los brazos doblados y las manos cogidas a la nuca.

Cuando quiso cerrar los ojos para dormir, algo le interrumpió. De nuevo sonó el teléfono, pero esta vez sí que lo oyó. Se levantó de un salto de la cama y caminó desnudo hacia el salón. Buscó sus pantalones entre la montaña de ropa tirada. Metió la mano en uno de sus bolsillos y miró la pantalla. Había tres llamadas perdidas de su madre. Arrugó el entrecejo verdaderamente extrañado y marcó el número sin perder más tiempo. Varios tonos después, su madre, Ana, contestó.

—Gabriel, cariño.

—Hola, mamá... ¿cómo estás?

—Bien, mi vida. —Sonrió brevemente—. ¿Y tú, cómo estás? ¿Comes decentemente? ¿Te tratan bien?

Gabriel se echó a reír.

—Claro, mamá. Como bien y me tratan de maravilla.

Él se quedó unos segundos en silencio.

—Te echo de menos, mamá.

—Y yo, mi cielo... Estás tan lejos...

Se oyó suspirar con resignación al otro lado del hilo telefónico.

—Desde la muerte de papá, Iván y Marta no me han dejado sola ni un solo día.

Gabriel sonrió al oír esas palabras. Para él era muy importante que alguien se ocupara de su madre en su ausencia y, para ello, nadie mejor que su hermano.

—Por cierto, Marta ha mencionado que te envió una carta importante hace unos días y que, a pesar de ser ella la remitente, no la escribió ella, sino Iván.

Él no respondió recordando lo que había hecho con la carta en cuestión: romperla y tirarla al fondo del cubo de la basura.

—Dile a Marta que aún no la he recibido —mintió piadosamente.

—Muy bien, se lo diré.

Gabriel se peinó el pelo mojado con los dedos y se levantó a coger una cerveza de la nevera.

—¿Cómo va con el embarazo? ¿Sigue con náuseas y pérdidas de sangre? —le preguntó abriendo la chapa con un abridor.

—Hace ya unos días que dejó de quejarse, al parecer los gemelos empiezan a portarse mejor.

—¿Gemelos? —preguntó con cara de sorpresa sin poder evitar esbozar una divertida sonrisa.

—Sí, ¿no te lo dijeron cuando viniste a Barcelona?

—No —respondió y bebió de la botella—. Que se vayan preparando, dicen que dos bebés no dan el doble de trabajo, sino el triple.

Se echó a reír con sorna y luego se sentó en el mármol de la encimera.

—¿Cuándo te volveré a ver, cariño?, ¡te echo tanto de menos!

Gabriel inspiró hondo y, mientras reflexionaba la respuesta, oyó unos pasos al otro lado de la puerta que daba a la calle. Se bajó de un salto y pidió a su madre que aguardara unos segundos, quería ver más de cerca aquello que alguien le había metido bajo la puerta.

Se puso de cuclillas y recogió un trozo de papel arrugado. Frunció el ceño al darse cuenta de que se trataba de la misma carta que había roto días atrás y que ahora tenía los trozos unidos con cinta adhesiva.

Gabriel regresó a la cocina y cogió de nuevo su móvil.

—Mamá, te llamo luego.

Se despidió de su madre y, sin apenas meditarlo, se colocó unos tejanos y abrió la puerta. Sacó la cabeza: quien quiera que fuese, tal vez era posible pillarlo aún en el pasillo. Tenía mucha curiosidad por saber quién había sido el mensajero.

Cuál fue su sorpresa cuando oyó cómo se cerraba la puerta de su vecinito Scott en aquel preciso instante.

Sonrió y poco después llamó al timbre. Nadie contestó, así que volvió a tocar el botón, pero nada, silencio absoluto. Entonces se giró para volver a entrar en su apartamento y, justo cuando iba a entrar, la puerta se abrió lentamente y una cabecita asomó con unos brillantes ojos saltones que lo observaban desde el interior.

Gabriel se rascó la cabeza y luego caminó hacia Scott.

—Buenas tardes, colega —le dijo doblando las rodillas para estar a su altura—. Gracias por la carta... estás hecho un manitas... te ha quedado como nueva...

Scott disimuló una sonrisa en forma de mueca.

—¿Te gustó el Batmóvil?

El niño primero miró atrás, después a ambos lados y luego asintió con la cabeza.

—Otro día te traeré un muñeco del Joker —dijo inclinándose un poco más para mirar a sus brillantes ojos—. A mí los villanos me encantan.

De repente, se oyó una voz gritar en el interior del apartamento y Scott se sobresaltó y abrió mucho los ojos.

—¡¡Scott... cierra la puta puerta, coño!!

Gabriel arrugó la frente, no soportaba el modo en que su padre le trataba. Cerró el puño con fuerza y, justo cuando pretendía contestar a aquel cabrón, Scott se despidió y cerró la puerta muy despacio.

—Espera, Scott... —Se quedó con las palabras en la boca; el niño ya se había marchado—. ¡Joder...!

Apoyó la oreja en la puerta, necesitaba saber que no recibiría ninguna reprimenda por haber estado hablando con él o por el simple hecho de abrir la puerta. Permaneció allí, quieto, durante varios minutos hasta que la humeante nariz de un perro pequeño olfateó sus pies descalzos con descaro.

—Dana, ven aquí...

Gabriel se giró y vio a su vecina que llamaba a su perrita.

—Deberías ponerle un collar a este chucho. —Sonrió—. Un día se meará en mis pantalones.

—Perdona, no sé por qué siempre se escapa para ir a saludarte.

El perro regresó con su dueña y ésta se agachó para cogerlo en brazos. Comenzó a acariciarle y se acercó un poco más a Gabriel.

—La curiosidad mató al gato —le advirtió ella—. Yo, de ser tú, no me inmiscuiría en la vida de esa familia, es muy conflictiva.

—Estoy al caso.

—No creo que lo suficiente.

—Él es un drogadicto exconvicto, el abuelo sufre de síndrome de Diógenes y Alzheimer, y luego está Scott, el pobre niño de diez años que no tiene la culpa de haber nacido en esa familia.

La chica asintió, dándole la razón.

—Aun así, no pretendas salvar el mundo... Batman. —Le guiñó un ojo y dio media vuelta para entrar de nuevo en su apartamento, contiguo al de Gabriel.

Él pegó un silbido y entornó los ojos. ¿Eso había sido lo que creía que era? ¿Su vecina estaba tratando de ligar con él? No quiso darle mayor importancia y también se encerró en su apartamento. Una vez dentro, se dejó caer en el sofá y desplegó la carta, esta vez no tenía otro remedio más que leerla. Se bebió la cerveza que quedaba en la botella y comenzó a leer el primer párrafo:

Antes de romper esta carta, concédeme unos segundos para saber qué quiero pedirte. Ambos hemos tenido nuestras diferencias, somos demasiado orgullosos y demasiado tercos, pero jamás hemos sido unos hermanos rencorosos.

La repentina muerte de papá me ha hecho reflexionar sobre el camino equivocado que estaba tomando nuestra relación. Necesito arreglar las cosas contigo, no puedo dejar pasar ni un solo día más sintiéndome como un miserable.

Echo de menos tus bromas, tus risas, tu optimismo ante la vida.
Echo de menos los partidos de básquet de los viernes por la tarde.
Echo de menos las cervezas y las charlas de madrugada, sentados en nuestro porche.
Pero, ante todo, lo que echo más de menos es a mi hermano.

Te echo de menos y te necesito.
Necesito que vengas el día de mi boda.
Necesito que me acompañes para dar ese gran paso.
Necesito que estés a mi lado.
Por favor, no habrá más reproches, no habrá más odio. Sólo seremos tú y yo. Gabriel e Iván, como había sido siempre.

Te ruego que lo pienses.
Por favor, necesito que vuelvas a ser mi hermano,
Iván

Al acabar de leer la carta, Gabriel se frotó los ojos con el dorso de la mano para retirar varias lágrimas. Luego cogió el álbum de fotos que tenía en el revistero y guardó la carta entre sus páginas.

* * *

Hacia las diez de la noche, Jessica se sentó en una de las sillas del salón-comedor mientras

Geraldine salía de la cocina con una bandeja entre las manos.

—¿Quiere que sirva ya la cena, señora?

—No —dijo rotundamente—. Esperaremos un poco más a Gabriel.

Geraldine no le preguntó nada, pero algo le decía que no iba a presentarse, así que bajó la vista al suelo y, en silencio, regresó de nuevo a la cocina.

Jessica, por el contrario, permaneció a solas con la mirada perdida hacia ninguna parte.

49

Hacia las once de la noche, Jessica se retiró de la mesa sin cenar, se excusó con Geraldine y se encerró en la sala contigua a la biblioteca. Se sentó en el taburete tapizado en terciopelo rojo, levantó la tapa del teclado y empezó a tocar una de las canciones de Coldplay que le aportaba gratos recuerdos: *Smallville*.

Jessica cerró los ojos. No necesitaba ver las teclas para sentir la música bailar entre sus dedos. La solía tocar cada vez que necesitaba relajar su mente. La música había sido siempre su válvula de escape y la forma de evadirse del resto del mundo, su mejor aliado y su refugio. Con los años se había convertido en su pequeña burbuja de cristal.

Al llegar al estribillo, notó cómo alguien se sentaba en el taburete. Jessica abrió los ojos lentamente al sentir aquella presencia a su lado y al reconocer el olor de su peculiar perfume.

Gabriel la miró a los ojos y empezó a cantar. Jessica le sonrió sin dejar de tocar el piano. Ambos se complementaban. Formaban un delicioso tándem: la combinación de la grave y sensual voz de él y la perfecta armonía instrumental de ella.

Cuando los últimos acordes dejaron de sonar, Gabriel rodeó el cuerpo de ella con sus fuertes brazos y la atrajo hacia sí. La fría piel de ella contrastaba con la cálida de él.

—Estás helada. Deberías entrar en calor...

—Creía que no ibas a venir... —lo interrumpió adustamente.

—Si te soy sincero, lo he decidido en el último momento —le contestó abrazándola con más fuerza.

Jessica cerró la tapa y hundió su mejilla en el hueco de su torso.

—Vamos a la cama, estoy agotada. Hoy ha sido un lunes demasiado largo. Necesito que acabe cuanto antes.

—Pero necesito saber… —dijo apretando los labios en una fila línea—... ¿qué era aquello tan importante que debías decirme?

Se creó un incómodo silencio durante varios segundos en aquella sala. Jessica se levantó del taburete y, mirándolo desde lo alto, le contestó sin rodeos.

—Me marcho a Londres.

—¿Por trabajo?

Ella asintió.

—¿Cuándo?

—A finales de semana.

Gabriel le cogió de las manos.

—Sospecho que no será solamente para unos días.

—Deduces bien... Estaré de tres a cuatro meses.

Él la miró extrañado.

—Y ¿qué es lo que pretendes decirme con ello? —la interrogó incorporándose rápidamente—. ¿Quieres dejar lo nuestro?

Ambos se miraron, sosteniéndose y retándose con la mirada sin pestañear, hasta que la respiración de ella se aceleró sin darse cuenta; Gabriel, por su parte, tragó saliva costosamente mientras esperaba una respuesta mínimamente argumentada.

—No es lo que quiero, pero jamás he creído en las relaciones a distancia.

Gabriel pensó. Amaba a Jessica y no estaba dispuesto a renunciar a ella tan fácilmente, sin

luchar.

—Unos meses tampoco es tanto tiempo. Se podría considerar una prueba. Es probable que, a tu vuelta, nuestra relación esté mucho más reforzada.

Jessica resopló. Las cosas no estaban saliendo como tenía planeado. No quería que Gabriel estuviese a su lado en sus últimos días de vida. Quería que guardara un agradable recuerdo de ella. Y haría cuanto estuviera en su mano para que eso no sucediera, no lo iba a permitir. Lo había meditado y lo tenía decidido, ya no habría vuelta atrás.

—Gabriel... Creo que es mejor separarnos estos meses y, luego, ya se verá.

—¿Robert tiene algo que ver con tu decisión?

—No.

—Esta tarde no me lo parecía.

—Robert a veces tiende a confundir nuestra amistad con amor, pero ya se irá haciendo a la idea.

—Mientras tú lo tengas claro...

—No te quepa duda —añadió sin titubear.

Él vio reflejada la sinceridad en sus ojos azules y la sombra de la duda se desvaneció al instante. Gabriel volvió a relajar los músculos de su rostro y se acercó para abrazarla en silencio.

—Te acompaño a la cama. Deberías dormir, tienes un aspecto horrible y sigues tiritando de frío.

—Quédate conmigo esta noche.

Gabriel la besó en la frente y le respondió afirmativamente. Luego ambos subieron a la segunda planta y, tras desvestirse, se metieron en la cama. Ella se abrazó a su cuerpo y, cerrando los ojos, en seguida se quedó dormida.

De madrugada, Jessica se despertó angustiada. Su corazón latía con fuerza y estaba bañada en un sudor frío y pegajoso. Había sufrido una horrible pesadilla.

En ésta, ella se encontraba en una iglesia, hacía mucho frío y la humedad del ambiente se calaba hasta los huesos. Un sacerdote vestido de rigurosa sotana de color blanco impartía una misa en honor a un difunto.

Había coronas y flores por todas partes. El penetrante olor a incienso y a cera quemada era incluso incómodo.

Jessica estaba sentada en uno de los bancos de la primera fila, en medio de Gabriel y de sus padres, John y Amanda. Situado un poco más a su izquierda, Robert y, al otro lado, Daniela. Mirando atrás, pudo ver a Frank, a Alexia y a Iván, el hermano de Gabriel.

La mayoría de ellos lloraban; otros, sin embargo, tan sólo se dedicaban a mirar al suelo y otros tantos se cogían de las manos o incluso se abrazaban en absoluto silencio.

No sabía por qué, pero, de repente, una fuerza desconocida la obligó a levantarse del banco. Atraída por esa misteriosa energía, comenzó a caminar hacia el ataúd.

A medida que se aproximaba, sentía cómo todo su cuerpo comenzaba a temblar, estremeciéndose ajeno a su voluntad.

Ahora tan sólo unos pasos la separaban de saber quién era aquel muerto.

La angustia se apoderó por completo de su mente y de su raciocinio. No podía evitar sentir a partes iguales curiosidad y horror.

Pero ya estaba demasiado cerca... a sólo unos centímetros de conocer la verdad. Entonces, se detuvo. Necesitaba ver, una vez más, los rostros destrozados de sus familiares. Miró de nuevo a Gabriel, quien tenía la mirada perdida, completamente ida. Su padre abrazaba a su madre, quien sollozaba tratando de buscar algún tipo de consuelo. Robert, de riguroso negro, permanecía con

la cabeza agachada, con los cabellos más grises que de costumbre y una barba descuidada.

Entonces, y armándose de valor, logró dar aquel último paso. Inspiró hondo y luego soltó el aire despacio. Había llegado el momento, la cubierta del ataúd estaba a un lado, por lo que se veía el interior.

Jessica se asomó tan sólo un poco más... sólo un poquito más...

Abrió la boca desconcertada. Un gélido vaho salió de sus entrañas hacia el exterior. Su corazón se saltó un latido y el aire de sus pulmones se congeló al instante.

Estaba petrificada frente a la persona que estaba estirada, con los ojos cerrados y las manos unidas sobre su pecho. Vestía un elegante traje blanco y azul cobalto. Su preciosa melena azabache lucía cepillada con esmero y un suave maquillaje cubría sus delicados rasgos y sus bellos labios.

Jessica se llevó las manos a la boca con desesperación. La persona que tenía delante no era otra que... ella misma.

Se despertó de un sobresalto respirando con dificultad, bañada en sudor y con lágrimas en los ojos. Trató de tranquilizarse en la medida de lo posible, pero la imagen de su funeral se repetía en su mente, una y otra vez.

Salió de la cama poco a poco para no despertar a Gabriel, que dormía plácidamente a su lado. Con la escasa luminosidad que desprendía la luna en cuarto menguante a través del enorme ventanal, caminó desnuda y descalza hacia el lavabo, para mojarse la cara con el agua de la pila. Permitió que las gotas resbalaran por su piel, necesitaba sentirse viva, jamás había sentido aquella amarga sensación similar a caer al vacío sin llegar nunca a ver su profundidad.

Por primera vez en su vida, sintió pánico. Estaba totalmente horrorizada y, lo que era peor, creía estar volviéndose completamente loca. La enfermedad se había convertido en su sombra y en su peor pesadilla.

Tras varios minutos de absoluta soledad, regresó a la cama junto a Gabriel, quien continuaba durmiendo. Tenía el rostro tan relajado que parecía el de un niño.

Jessica se arropó con la sábana y se pegó al cuerpo de Gabriel. Él se removió un poco y, en un acto reflejo, lo abrazó.

Ella, que aún continuaba temblando, se acercó a su oído y pronunció unas palabras que surgieron de lo más profundo de su ser:

—Te quiero...

Y cerró los ojos, tratando de que los brazos de él la alejaran de aquella cruel realidad.

50

La semana pasó como una exhalación, rápida y sin grandes acontecimientos. Ya era viernes por la mañana y Gabriel, como caso excepcional, se presentó puntual a la oficina.

Tras colgar su chaqueta en el perchero, fue a la sala de juntas. Jessica había reunido a primera hora a todo su equipo para informarlo de los últimos cambios producidos en la compañía.

Al entrar, echó un vistazo a toda la sala. Sentados alrededor de la mesa estaban Robert, Patrick y Frank. Por lo visto Jessica aún no se había presentado.

Tomó asiento junto a Frank y saludó al resto de asistentes. Patrick hizo un gesto con la cabeza y Robert ni siquiera se dignó levantar la suya: continuó mirando la pantalla de su iPad, ignorando intencionadamente a Gabriel.

De repente, se abrió la puerta y todos desviaron sus miradas hacia las dos personas que entraban en aquel preciso instante. Se trataba de Jessica acompañada de Alexia, que sujetaba un bloc de notas entre las manos.

—Buenos días a todos —saludó Jessica con seriedad.

Caminó con paso firme hacia la mesa. Cuatro pares de ojos seguían sus movimientos en silencio. Poco después los miró uno a uno y, permaneciendo en pie, comenzó a hablar.

—Primero de todo, agradezco vuestro tiempo y atención. Todos andáis muy ocupados, por lo que no os robaré mucho tiempo.

Hizo una breve pausa y luego prosiguió.

—Os he reunido a todos para hacer oficial una información que lleva toda la semana rondando por la oficina.

Jessica inspiró hondo y miró a Gabriel unos instantes. Él la observaba tratando de mantener el temple todo el tiempo que le fuese posible. Durante toda la semana había intentado convencerla de que no se marchara a trabajar a Londres y que en su lugar mandara a otro miembro de la compañía. Ella insistió, por activa y por pasiva, en que eso no era viable, ya que los socios ingleses la habían reclamado a ella y la última decisión, por desgracia, no estaba en sus manos.

—Vuelo a Londres este fin de semana y permaneceré allí los próximos meses. Por ello, tras deliberarlo con Robert —dijo lanzándole una mirada cómplice—, hemos decidido que Frank Evans ocupe mi lugar en mi ausencia.

De repente, Jessica sintió que la sala empezaba a girar a su alrededor como un tiovivo. Cerró los ojos angustiada y se llevó las manos a la frente, tambaleándose de lado a lado. Gabriel y Robert se levantaron como un resorte y corrieron a su lado, sujetándola cada uno por un brazo.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —le preguntó Robert con un deje de preocupación en sus palabras—. Siéntate y relájate... ¡Alexia... mueve ese culo y trae un vaso de agua, a ser posible antes de que llegue el domingo!

Gabriel frunció el ceño y fulminó a Robert con la mirada. Su comportamiento había estado fuera de lugar, además de ser del todo humillante.

—No es necesario que trates así a Alexia.

Robert apretó los labios convirtiéndolos en una fina línea y luego le escupió a la cara:

—¡La próxima vez que cuestiones una sola de mis órdenes delante del resto de los empleados... te irás directo a la puta calle!... —gritó con los ojos inyectados en ira—, ¡¿te ha quedado claro?!

—Cristalino... —respondió cerrando los puños con fuerza preparado para partirle la cara.

Jessica abrió los ojos aturdida.

—¡Basta! ¿Se puede saber qué coño estáis haciendo?... Tengo debilidad unos segundos y un momento después esto parece una jodida pelea de gallos... ¡Por el amor de Dios!... tratad de comportaros como adultos... —dijo elevando el tono de voz.

Alexia se acercó a Jessica sigilosamente por la espalda. El atropello verbal de Robert la había afectado tanto que, al dejar el vaso sobre la mesa, por accidente derramó un poco de agua sobre sus papeles.

—Lo siento... —se disculpó retirando las gotas de agua con la mano para tratar de arreglar aquel contratiempo.

—Alexia... —Jessica le cogió de las manos—. No te preocupes. No son documentos importantes. Siéntate y te ruego que disculpes el comportamiento desafortunado de Robert —añadió lanzándole una mirada desafiante—. ¿Y bien?

Hubo un momento de tensión y Robert asintió a regañadientes para luego mirar a Alexia con desdén.

—Te pido mil disculpas.

Alexia asintió en silencio y se sentó de nuevo en la silla junto a Jessica. Robert hizo lo mismo y Gabriel se arrodilló, colocando sus manos sobre la falda de ella.

—Estás muy pálida.

—Gabriel, no ha sido más que una bajada de azúcar, lo tengo todo bajo control, créeme.

Ambos se sostuvieron la mirada unos segundos más y, tras respirar hondo, Gabriel le besó en el pelo y se sentó, ocupando de nuevo su puesto.

Cuando el ambiente parecía haberse relajado, Jessica se levantó. Soltó el aire despacio y, mirando al frente, retomó la palabra.

—Ruego me disculpéis. Me siento un tanto indispuesta —dijo con franqueza—. A partir de este momento, Frank Evans tomará mi relevo.

Jessica sonrió mirando a Frank, quien le devolvió la sonrisa a la vez que asentía agradecido.

—Si nadie tiene nada más que añadir, me retiraré a mi oficina.

Acompañada de Alexia, salió de la sala de juntas. Los hombres, salvo Gabriel, permanecieron sentados y charlando alrededor de la mesa.

Sin pensar, Gabriel salió tras ella, dándole alcance en mitad del pasillo.

—¡Jessica!

Ella se giró.

—Por lo visto, no hay nada que pueda hacerte cambiar de idea.

—No, Gabriel. —Negó con la cabeza con un deje de tristeza—. Por desgracia no soy quien toma las decisiones finales.

Gabriel se sintió abatido. Permaneció allí frente a ella, mirando a sus increíbles ojos azules sin saber qué más decir. Sentía que aún tenían tantas cosas pendientes por compartir y por descubrir.

Jessica le acarició la mejilla con la mano, tratando de memorizar sus ojos, su nariz, su boca... y, antes de mostrar fragilidad, retiró la mano y la cerró con fuerza.

—Debo ir a guardar mis pertenencias. —Suspiró hondo—. Te rogaría que esta noche no vinieras a casa. Necesito estar a solas para...

Gabriel la interrumpió con un beso lento pero con mucho sentimiento. Ella se rindió y cerró los ojos. Él sintió que su beso tenía sabor de despedida.

Poco después, Gabriel separó los labios y, apoyando su frente en la de ella, le susurró al tiempo que cerraba los ojos:

—Te quiero, Jessica... y ni la distancia ni el tiempo cambiarán eso nunca... Eres lo mejor que

me ha pasado en la vida y eres lo más bello que jamás han visto mis ojos. —Su voz empezaba a debilitarse poco a poco—. Te necesito a mi lado para siempre...

—No me hagas esto, Gabriel... te lo suplico...

Los ojos de Jessica empezaron a llenarse de lágrimas, pero no iba a permitir que Gabriel la viese llorar y mucho menos mostrarse tan vulnerable, así que dio unos pasos hacia atrás y, tras girarse sobre sus talones, empezó a retomar el camino hacia su despacho.

Gabriel la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. Luego se frotó los ojos con las manos y se encerró en su despacho tras dar un portazo.

Jessica entró, cerró con llave y apoyó su espalda en la puerta. Desolada, dejó caer su cuerpo deslizándolo hasta quedar sentada en el suelo y, allí, se desahogó. Abrazó sus piernas y, enterrando la cara entre sus rodillas, pudo llorar en soledad y sin tratar de contener por más tiempo esa angustia que tanto le oprimía el pecho.

Al atardecer, Gabriel regresó sólo a su apartamento. Al entrar al portal del edificio, se encontró de nuevo con su misteriosa vecina esperando el ascensor. Era «la misteriosa pelirroja», como él la solía llamar. De hecho, esa denominación era bien merecida, porque era el único vecino del que no sabía absolutamente nada. Ni su nombre, ni su edad, ni a qué se dedicaba. Ni siquiera figuraba un nombre en su buzón de correos. Era toda una incógnita, sin duda.

Él se acercó dando unos pasos. La joven sujetaba tres bolsas en una mano y otras cuatro en otra. Gabriel se situó tras ella y, antes de entablar una conversación, observó que tenía el pelo recogido en un moño alto, el cual dejaba al descubierto un diminuto tatuaje en la nuca. Era una especie de inscripción en símbolos chinos.

Al notar una presencia masculina tras de sí, ella se sobresaltó y pegó un grito al mismo tiempo que se tapaba la boca con las manos, dejando caer al suelo las bolsas de la compra. Segundos después, tres kilos de naranjas empezaron a rodar por todas partes.

Gabriel se preguntó por qué se habría asustado tanto. Era muy extraño. Ella, en cambio, lo seguía mirando confundida. Era como si en realidad esperase que fuese otra persona y no él.

—Perdona, no era mi intención asustarte —le dijo Gabriel pausadamente.

Ella recuperó el aliento y luego se agachó a recoger las naranjas.

—La culpa es mía. No sé por qué he gritado... —trató de excusarse.

Gabriel le ayudó a recoger la fruta, así que pronto volvió a estar dentro de la bolsa.

—Espero que toda tu compra fuese irrompible. —Sonrió divertido.

La joven, tras hacer un recuento mental, se golpeó la frente con la palma de su mano.

—¡Los huevos!

Fue abriendo una por una todas las bolsas hasta encontrar la que contenía los huevos. Todas las cáscaras de la media docena que había comprado estaban rotas.

—¡Qué desastre...! —murmuró—, adiós a la tarta...

Ella negó con la cabeza y arrugó la nariz decepcionada.

El ascensor llegó a la planta baja y ambos entraron en su interior. Gabriel se ofreció a llevarle todas las bolsas, en gesto caballeroso. En cierta forma se sentía responsable de la rotura de aquellos huevos.

Cuando salieron del ascensor, ella abrió la puerta de su apartamento y Dana salió a recibirla como de costumbre.

—Pasa, no te quedes ahí plantado... —Le sonrió mientras cogía a la perrita en brazos.

Al entrar al salón, echó un rápido vistazo. Aquel apartamento era algo más grande que el suyo, y apenas había muebles. Lo que más le sorprendió de todo fue la ausencia de fotografías.

—Puedes dejar la compra en la cocina mientras yo voy a dar de comer a Dana.

—Claro.

Gabriel entró en la cocina y dejó las bolsas sobre el mármol. Ella apareció poco después.

—¿Te apetece beber algo?

—¿Tienes cerveza?

—No suelo beber alcohol.

—¿Cerveza sin alcohol? —le dijo bromeando.

Ella se echó a reír y abrió la nevera.

—Tengo agua y zumos.

—Un zumo me parece bien.

—Vale.

Abrió el tetrabrik y vertió el líquido en dos vasos de cristal. Luego le ofreció uno a Gabriel.

—¿Qué coño es esto? —preguntó con desazón al ver que era de color verde.

Ella sonrió.

—Pues es kiwi, espinaca y lechuga... Sirve para quemar grasas, además de ayudar a desintoxicar el cuerpo.

Gabriel enarcó una ceja.

—Pruébalo, no está tan malo —dijo tras beber un sorbo—. Al principio sabe a rayos, pero luego te acostumbras...

—¿Quieres matarme con esto?

Ella se rio con ganas.

—Te he visto fumar —añadió volviendo a dar un nuevo sorbo—. Yo antes era una fumadora compulsiva, ahora, en cambio, estoy enganchada a estos zumos.

Gabriel seguía sin convencerse. Se lo acercó a la nariz para olerlo. Y no olía a nada. Ella lo observaba divertida apoyada en la pared.

—Ya sabes el dicho: lo que no mata, engorda... —se burló—; en este caso, ni te matará ni te engordará...

—¿Alguna vez te han dicho que eres muy cabezota?

—Muchas... —Se rio.

De repente, el teléfono sonó y ella dejó de reír al instante. Gabriel aprovechó que cambiaba de habitación para tirar el zumo por el desagüe. Poco después, ella regresó.

—Deberías irte.

—Claro. Tendrás cosas que hacer...

Ella asintió. Cruzó el salón a grandes zancadas y le abrió la puerta para despedirlo.

—Gracias por ayudarme con la compra.

—No hay de qué.

—Como siempre, Batman al rescate de los más desvalidos...

Gabriel se echó a reír. Luego juntó los dedos y llevó la mano derecha a la sien en forma de saludo militar.

—Cuando vuelvas a necesitar mi ayuda, tan sólo has de caminar varios pasos y llamar a mi puerta.

—Descuida, lo tendré en cuenta.

Ambos se despidieron y Gabriel, tras cruzar el umbral de la puerta de su apartamento, recordó que continuaba sin conocer el nombre de su misteriosa vecina pelirroja.

51

Gabriel no pegó ojo en toda la noche, dando vueltas sin parar entre las sábanas de su cama. La imagen de Jessica alejándose para siempre de su lado le torturaba cada vez que trataba de cerrar los ojos para conciliar el sueño, viéndose inmerso en un constante bucle sin fin.

Entre penumbras, se frotó la cara con las manos y miró el reloj despertador. Eran las cuatro de la madrugada del sábado.

Bajó de la cama y, tras ponerse los primeros pantalones que encontró, salió al balcón a fumar.

La noche estaba estrellada. No se divisaba ni una sola nube en el cielo, únicamente la luna en cuarto menguante. Se sentó en una de las sillas de madera y sacó un cigarrillo de la cajetilla. Tras encenderlo, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y empezó a degustarlo sin prisas.

—Mataría por uno de esos en este momento... —se oyó murmurar al otro lado de la pared.

Sorprendido, abrió los ojos. Se levantó y caminó hacia la voz.

—Pelirroja, ¿qué haces despierta a estas horas?

Ella se rio.

—Supongo que en estos momentos no estás en potestad para pedirme explicaciones, Batman.

—Gabriel... mi nombre es Gabriel —aclaró.

—Ya lo sé. Pero te pega más Batman...

Él rio a carcajadas. Después alargó su brazo por fuera de la barandilla y le ofreció la caja.

—Mmm... No deberías tentarme...

—Tranquila, será nuestro secreto —añadió—. No sé por qué, pero intuyo que necesitas uno con urgencia...

Ella resopló y, mirando los cigarrillos, cogió uno.

—¡Demonios, qué débil soy!

Gabriel sonrió y le dio un mechero.

—Tres meses sin oler uno... no puedo creerlo.

—Tómatelo como un mero desliz...

Volvió a resoplar, frustrada.

—En tal caso, me lo fumaré tratando de no pensar en que luego me tiraré varios días con remordimientos de conciencia.

—Eso es... buena chica...

La joven lo encendió y se lo llevó a la boca. Al dar la primera calada, tosió bruscamente. Gabriel sonrió zarandeando la cabeza.

—Tranquila... fúmatelo despacio... el primero después de un tiempo de secano acostumbra a ser repugnante...

—Vaya... podrías haberme avisado antes de morir por asfixia... —le contestó sentándose en el suelo y llevando las rodillas al pecho. Luego se tapó con una gruesa manta de lana.

—Es preciosa, ¿verdad?

—¿El qué?

—La ciudad... los rascacielos... la gente...

Gabriel entornó los ojos y después se encendió otro cigarrillo.

—¿No eres neoyorquina?

Ella se quedó en silencio. Dudó en contestar. No solía dar información personal a nadie, aunque ese alguien fuera su guapo y sexi vecino del apartamento de al lado.

Gabriel, al ver que no respondía, formuló la pregunta de otra manera.

—Tu acento es del centro, ¿me equivoco?

—Pues no te equivocas... Has dado de lleno en la diana.

—¿De Minnesota?

—Jaque mate —dijo poniendo los ojos en blanco—. ¿Para todo eres tan observador o sólo con damiselas pelirrojas en apuros?

Él se rio una vez más. Desde luego su vecina no dejaba de sorprenderlo. Era una chica muy despierta y tenía la lengua un tanto suelta —al igual que él—. Entonces, Gabriel estornudó.

—Salud.

—Gracias —contestó él frotándose los brazos para entrar en calor—. Creo que será mejor que entre dentro o mañana por la mañana deberás dar parte al Samur tras encontrarme semidesnudo y congelado por gilipollas...

—¿Al Samur? —preguntó arrugando la nariz.

Gabriel se dio una colleja imaginaria y después aclaró su comentario.

—El Samur es el servicio de asistencia allí en Madrid...

—¿Español?

—Madrileño hasta la médula —le respondió orgulloso—. Aunque mi familia y mi negocio están en Barcelona.

Cuando Gabriel estornudó de nuevo, ella le comentó que tenía café recién hecho.

—Como ambos sufrimos de insomnio... qué mejor que una transfusión de cafeína...

—Me has leído el pensamiento, era justo lo que necesitaba —le respondió él—. Me pongo una camiseta y voy.

En cuanto apagó la segunda colilla en el cenicero, entró y cerró la puerta del balcón. Juntó las palmas, exhaló aire caliente sobre ellas y luego las frotó. Tenía los dedos completamente congelados. Luego corrió a su habitación y, tras coger la primera camiseta de la pila, se la puso y salió al pasillo. Justo cuando pretendía golpear la puerta de su vecina, ella la abrió lentamente para hacer el menor ruido posible y así no despertar a ningún vecino impertinente. Especialmente al padre de Scott.

—Hola, vecino.

—Hola, pelirroja.

Ambos sonrieron y ella hizo un gesto con la mano invitándolo a pasar. Gabriel la acompañó hasta la cocina.

—¿Te gusta sólo o con leche?

— ¿Acaso no lo sabes?

Ella frunció el ceño sin comprender.

—No. ¿Cómo iba a saberlo?

Se encogió de hombros.

—Porque, al parecer, sabes más de mí que yo de ti —dijo irónicamente.

—Es posible, aunque ya te dije el otro día... que la curiosidad mató al gato. No quieras saber tanto, ni tan pronto...

Gabriel levantó una ceja y de un salto se sentó en el mármol.

—Solo.

—Yo también lo tomaré solo.

Tras verter el café en dos tazas, se las dio a Gabriel.

—Cógelas por el asa o te quemarás.

—Gracias por la advertencia... —se burló.

Luego abrió una caja de galletitas, cogió una y se la llevó a la boca.

—Mmmm... Están buenas, ¿quieres? —le preguntó mientras saltaba sentándose junto a él.

—Claro. Siempre y cuando me devuelvas mis manos.

—¡Cielos...! Los cafés... lo siento... —dijo mirándole a las manos y cogiendo una de las dos tazas que sujetaba.

Gabriel, por primera vez, vio cómo se ruborizaba lentamente. Entonces, al tenerla tan cerca, pudo fijarse mejor en su aspecto. Sus ojos eran azules con sutiles pinceladas grises y tenía unos labios sonrosados que se mordisqueaba en ocasiones. Se había soltado la coleta, de tal forma que se habían formado unas ondas en su pelo que le daban un cierto aire aniñado.

Ella, al darse cuenta de cómo Gabriel la mirada algo más detenidamente, se puso tensa.

—¿Qué haces? —lo increpó.

Él la miró a los ojos sin comprender.

—Me estás estudiando.

—No. Sólo te estaba mirando.

Ella se removió incómoda encima del mármol y luego le respondió.

—Por favor, no hagas eso. No estoy acostumbrada a que nadie se fije tanto en mí. Haces que me sienta completamente desnuda.

Obviamente Gabriel se sorprendió de la reacción de su vecina. Simplemente sentía curiosidad, sin ninguna intención oculta por su parte. Ella era una chica preciosa; por lo tanto, era del todo lógico que cualquier hombre se sintiera atraído por su belleza.

La joven saltó del mármol y lanzó su café al fregadero. Luego regresó junto a Gabriel y le pidió amablemente que se marchara.

Él seguía sin comprender. ¿Qué era lo que había hecho mal? ¿En qué se había equivocado?

—Perdóname. Estoy convencida de que eres un buen chico.

Con la esperanza de borrar de su cara esa mirada apesadumbrada, Gabriel trató de explicarse.

—No, perdóname tú a mí. Si en algún momento te he hecho sentirte mal, te aseguro que no ha sido de forma deliberada.

Ella le abrió la puerta que daba al pasillo, pero Gabriel aguardó un poco más a la espera de respuestas, las cuales no llegaron.

—Buenas noches, Gabriel.

Al oír cómo lo llamaba por su nombre de pila y no por el nombre del personaje de ficción, asumió que, de momento, no tenía nada más que hacer. Así que se despidió y regresó a su apartamento para tratar de dormir lo que quedaba de noche.

52

Jessica miró la fotografía de su bebé por última vez antes de guardarla junto a su ropa en el interior de la maleta. Después dejó caer la tapa y cerró lentamente la cremallera.

Inspiró hondo y luego se sentó en la cama junto a la maleta. Muchos de sus recuerdos se los llevaría grabados en la memoria, pero gran parte de ellos se quedarían para siempre entre las paredes de aquella casa. La casa que la había visto nacer, crecer e incluso soñar.

Dio un último vistazo a la habitación y miró la hora en su reloj. Eran las 11.54 de la mañana.

Justo en ese instante, el ama de llaves solicitó permiso antes de entrar.

—Pasa Geraldine.

—Disculpe, señora, su taxi la espera.

Jessica suspiró y, tratando de reflejar un aire de despreocupación en su rostro, le respondió:

—Gracias, Geraldine. En seguida bajo.

Ella asintió. Pero, cuando se disponía a salir de la habitación, Jessica llamó de nuevo su atención.

—Aguarda un momento, por favor.

Geraldine se detuvo y esperó a que Jessica llegase a su lado.

—No quería marcharme sin antes darte las gracias de antemano por cuidar de la casa en mi ausencia.

—Señora, ya sabe que, aunque ése sea mi trabajo, esta casa siempre ha sido mi hogar y usted...

En ese momento, la mujer, emocionada, dejó de hablar. Sacó un pañuelo de su bata y se secó con éste los ojos.

Ella siempre había considerado a Jessica como si fuera su propia hija y el mero hecho de pensar en no verla en varios meses hacía que se le cayera el alma a los pies. Desde que la sostuvo por primera vez entre sus brazos, al poco de nacer, supo que la iba a amar de forma incondicional. Y así fue. Le regaló su vida y su tiempo y estuvo a su lado cuando sus padres la desheredaron y la echaron de sus tierras.

Geraldine no podía dejar de llorar. Por más que trataba de serenarse y controlar sus emociones, más lágrimas brotaban de sus acongojados y tristes ojos.

Agachó la cabeza, avergonzada.

Jessica dio un paso y, cogiéndola de los brazos, le levantó la barbilla para mirarle directamente a los ojos.

—Geraldine...

Ella frunció los labios y se sonó la nariz.

—Por supuesto que éste es tu hogar, lo ha sido y lo será siempre. Eres parte de esta casa y, sin ti, no sería nada.

Jessica le sonrió con dulzura y, frotándole los brazos, prosiguió:

—Geraldine —hizo una breve pausa—. No sé cómo podré jamás agradecerte todos los años que has estado a mi lado, cuidándome. Me has obligado a seguir cuando el mundo entero se me vino encima. Tú me ayudaste. Tú me diste arrojo y coraje para continuar luchando, cuando mi vida para mí no valía nada...

Los ojos de Jessica empezaron a vidriarse en cuestión de segundos. Sabía perfectamente que ése no era un «hasta luego», sino un «adiós» para siempre. Olvidándose de formalismos, se acercó a Geraldine y la abrazó con todas sus fuerzas.

Jessica rompió a llorar y ambas permanecieron abrazadas y en silencio un buen rato. Transcurrido ese tiempo, volvieron a retomar su sitio.

Entonces Geraldine se quitó un collar de oro que llevaba puesto y lo colgó del cuello de Jessica.

—Era de mi bisabuela.

Jessica cogió el colgante entre sus dedos y lo miró detenidamente. Era una especie de amuleto.

—Ella creía mucho en la magia y en las supersticiones. Hay quien incluso asegura que era una chamán. Su sangre era mestiza: mitad india, mitad española —dijo mientras se secaba las últimas lágrimas—. Llévelo siempre junto a su corazón, le dará fuerzas, le dará valor y le ayudará a seguir por el camino adecuado...

Jessica retuvo el amuleto entre sus manos y abrazó de nuevo a su ama de llaves.

—No debería preocuparse tanto... en unos meses estaré de vuelta.

Geraldine apretó los labios con fuerza limitándose a no decir nada. Pero sus gestos la delataban, por lo visto se había dado cuenta de que algo no marchaba bien.

—La vida a veces es injusta, mi señora.

Jessica apartó la mirada de golpe, al sentir cómo un horrible escalofrío recorría de arriba abajo todo su cuerpo y, de nuevo, todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Cerró con fuerza los ojos y, tambaleándose, apoyó todo su peso en el pomo de la puerta.

Geraldine corrió para sujetarla del brazo. Poco podía hacer, ya que la mujer era menuda comparada con el cuerpo de Jessica.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita algo? —le preguntó mientras la abanicaba con la mano hasta comprobar que recuperaba un poco el tono sonrosado de sus mejillas.

—No. Estoy bien. Ha sido sólo un ligero mareo...

—De todas formas, siéntese un momento. Iré a buscar un vaso de agua...

Geraldine, sin dejar de sujetarla en ningún momento, la acompañó a la butaca y, tras permanecer a su lado unos segundos, desapareció para regresar poco después con un vaso entre las manos.

—Tenga.

Se humedeció los labios antes de dar un sorbo largo, luego le devolvió el vaso y clavó los ojos en sus manos; éstas estaban temblando. Cerró los ojos y, armándose de valor, colocó un pie delante del otro e intentó levantarse. Las piernas al principio le flaquearon ligeramente, pero no se rindió y, clavando las uñas en los brazos de la butaca, consiguió por fin ponerse en pie.

Geraldine no pudo seguir manteniendo la boca cerrada por más tiempo. Necesitaba conocer la verdad. Sin pensar en las consecuencias, escupió todo lo que tenía en su interior.

—Señora —le miró directamente a los ojos sin pestañear y con el estómago encogido—, ¿está muy enferma?

Tras oír aquella pregunta, la desolación se instaló en el rostro de Jessica. Le devolvió la mirada con determinación y después contestó:

—Sí.

Geraldine se llevó las manos a la cara, ahogando una exclamación, pese a que su declaración no la pilló por sorpresa. Algo intuía, aunque en el fondo de su corazón se negara a la evidencia.

—Por favor, no debe saberlo nadie.

La mujer asintió al momento. Si ésa era su voluntad, así lo mantendría.

De repente, se oyó el claxon del taxi insistiendo desde el exterior y Jessica aprovechó para ir a la cama y coger la maleta.

—He de irme.

Sus miradas se cruzaron por última vez y, después de doblar las rodillas para dejar la maleta en el suelo, Jessica besó suavemente su mejilla, como si de una madre se tratara, y tras cerrar los ojos, la abrazó.

—Señora... —dijo sorbiendo por la nariz.

—Jessica —le rectificó.

—La echaré de menos.

—Yo también.

De nuevo se volvió a oír aquel insistente claxon.

Geraldine suspiró acongojada y Jessica le regaló una bonita sonrisa.

—Adiós, Geraldine.

Jessica, dándole la espalda y sin volver la vista atrás, cruzó la puerta para salir de aquella habitación.

Una tremenda sensación de soledad se clavó en el bondadoso corazón de Geraldine. Y sus pequeños ojos grises se apagaron un poco más.

Al llegar al taxi, el hombre se bajó del vehículo para abrir el maletero.

—¿Ése es todo el equipaje?

—Sí —contestó ella y se sentó en el asiento trasero.

El hombre de mediana estatura y de aspecto desaliñado escupió al suelo y, tras rascarse la espalda como si tuviese parásitos, entró en el coche.

—Menuda choza... —se rio descaradamente—, aquí debe de vivir por lo menos un pez gordo.

Jessica alzó la ceja por su comentario grosero y no tardó en contestarle.

—Guarde sus comentarios clasistas para otro cliente...

Él soltó un silbido.

—Disculpe, señora... —Se llevó un chicle a la boca—. Tiene usted una casa muy... bonita...

Jessica negó con la cabeza; lo que le faltaba, un tipo con ganas de charla.

Resopló.

Menudo viajecito le esperaba...

—Al aeropuerto JKF, ¿no?

—No. A Baltimore.

—Pero... —dijo tragándose el chicle de golpe—. Eso está a más de cuatro horas de viaje...

—Lo sé.

—Tendrá que darme más dinero por salir del estado.

—No se preocupe por eso.

Él la miró de reojo por el espejo retrovisor y después giró la llave del contacto.

—A Baltimore, pues...

Se llevó otro chicle a la boca y encendió la radio.

—El viajecito será largo y veo que no tiene muchas ganas de cháchara, así que pondré música para alegrar un poco el ambiente...

Carraspeó con brusquedad y, tras abrir un poco la ventanilla, escupió de nuevo al suelo.

Jessica puso los ojos en blanco y luego, después de desconectar su iPhone, los cerró. Afortunadamente los gustos musicales del taxista no hacían juego con su apariencia. Para deleite de sus oídos, la canción *The scientist*, de la banda Coldplay, empezó a sonar.

Jessica cayó rendida, entrando en un sueño profundo poco antes de llegar al estribillo de la canción.

Pronto dejaron atrás los rascacielos y las calles de Manhattan. En poco más de cuatro horas llegaría a su destino. En aquel lugar había decidido vivir el resto de sus días.

* * *

Gabriel aparcó su moto y subió las escaleras. Estaba nervioso, muy nervioso... incluso le sudaban las manos. Llamó al timbre y, mientras esperaba a que Geraldine acudiera a la puerta, abrió una vez más la minúscula cajita. Miró de nuevo su interior y volvió a cerrarla justo antes de encontrarse con los ojos del ama de llaves.

53

Jessica se despertó sobresaltada tras oír chirriar las ruedas traseras del vehículo. Aquel tipo se había vuelto completamente loco. Tras un rápido giro de muñecas, dio un fuerte volantazo, eso sí, aparcando el taxi con destreza entre dos coches.

Ella tuvo que sujetarse con firmeza para no salir despedida del asiento.

—¡¿Se ha vuelto loco?!

—¡Ja, ja, ja! Esto sí es adrenalina pura para mis venas y no las putas pastillas antidepresivas del capullo de mi loquero...

El hombre salió del vehículo y cerró la puerta después. Por lo visto, había estacionado en una de esas áreas de descanso que suele haber en los diferentes tramos de la autopista.

Jessica dio vueltas a la manivela para abrir la ventana y, mirándolo, le preguntó aún algo adormecida:

—¿Se puede saber qué coño está haciendo?

El hombre se dio la vuelta y señaló su bragueta con desparpajo.

—Llevo casi tres horas conduciendo; como no me desahogue ya, vamos a tener un gran problema.

Y dicho esto, le dio la espalda y caminó unos pasos justo antes de bajarse la cremallera y hacer diana en un matorral que crecía al margen de la carretera.

Ella, que creía haberlo visto todo en la vida, dio un respingo horrorizada y pegó de nuevo su espalda al asiento. Apretó los ojos con fuerza a la vez que masajeaba su sien con movimientos circulares. Quería borrar cuanto antes la imagen de aquel hombre orinando a sólo tres metros de su lado. Era muy probable que aquella escena la persiguiera en sus pesadillas durante una buena temporada.

Al removerse en el asiento, su iPhone salió de su bolso y cayó al suelo. Se inclinó ligeramente para recogerlo y, ya con el teléfono entre las manos, le invadió una duda. Volverlo a conectar o no. Mientras lo meditaba, el taxista se sentó y cerró la puerta.

—A un kilómetro hay una gasolinera, pararé para repostar. Si quiere puede aprovechar para hacer «sus cosillas»... —se mofó—. Aunque yo no se lo recomiendo... para que se haga una ligera idea, hay tanta mierda que cuesta distinguir el color de las baldosas...

Jessica se llevó la mano a la boca y comenzó a sentir arcadas. Los comentarios de aquel tipo cuanto menos eran poco delicados.

—Por eso yo prefiero mear al aire libre y así, de paso, me la aireo.

Se rio con ganas y giró la llave del contacto.

—Esto es del todo surrealista —murmuró sin dar crédito a sus palabras.

Prefirió morderse la lengua y guardarse la opinión para no ofenderlo. No tenía ganas, ni estaba de humor suficiente, de enfrentarse a una batalla verbal sobre buenos modales y educación, y menos con un tipo al que no iba a volver a ver en toda su vida.

Minutos más tarde, paró el vehículo junto a uno de los surtidores de gasolina y Jessica aprovechó para estirar las piernas y, de paso, fumarse un cigarrillo. Al acabar, tiró la colilla a una papelera y entró en la tienda de comestibles para comprar una botella de agua mineral para poder tomarse la medicación de las tres de la tarde.

* * *

Daniela estaba inquieta. Inquieta, pero a la vez muy ilusionada, a pesar de que los días de la última semana habían transcurrido muy lentamente, sin él.

Cada vez odiaba más las despedidas y anhelaba más los reencuentros.

Miró por enésima vez la hora en su reloj de pulsera. Por fortuna, en esta ocasión, el avión no llegaba con retraso, pese a que habían anunciado tormentas.

Daniela seguía con la mirada fija en la puerta de desembarque. Estaba tan concentrada en aquella labor que no oyó cómo unos pasos se le acercaban por la espalda. Poco después unas manos grandes y suaves le taparon los ojos.

—No te imaginas cuánto te he echado de menos... —alguien susurró acercándose a su oído.

Al principio Daniela no reaccionó, pero en seguida el olor de su inconfundible perfume le hizo sonreír.

—Yo también te he echado de menos...

Daniela puso las manos sobre las suyas y luego las apartó. Eric rodeó rápidamente el banco para no demorar más la espera. Seis días sin ella eran penitencia más que suficiente.

Al quedar uno frente al otro, los ojos de ella se iluminaron al instante. Eric le sonrió y, tras acariciarle la mejilla con suavidad, le cogió la cara entre sus manos para besarla muy lentamente, saboreando de esta forma sus labios con ternura, para poco a poco subir de intensidad. Sus encuentros solían ser así, mezcla de anhelo y de pasión.

—Estoy moviendo hilos para que me destinen de una vez por todas a Manhattan...

—Eso sería genial.

—Pasar tantos días alejado de ti me está matando —afirmó cogiendo una de sus manos y besando los nudillos uno a uno.

—Yo me siento igual... pero, de momento, hemos de conformarnos así.

Él asintió resignado.

—Tengo algo para ti... para los dos... —dijo con una sonrisa sugerente.

—Me estás malcriando.

—De eso nada. Me encanta mimarte —le susurró al oído—, pero ya te he dicho que es para los dos...

Eric le enseñó una cajita perfectamente envuelta en papel de celofán.

—Te lo daré más tarde... será parte del postre...

Daniela alzó las cejas intrigada y él le rodeó la cintura con el brazo.

—Vamos a mi apartamento, tengo ganas de darme un baño contigo —susurró con una mirada aún más profunda.

Ella se estremeció y su vello se erizó al momento. Aún le costaba acostumbrarse al hecho de que Eric fuese tan ardiente y sexual. Ella conocía su pasado, él se lo había explicado con todo lujo de detalles sin sentirse por ello avergonzado. Formaba parte de eso, de su pasado. Ahora estaban juntos creando un presente. Eso era lo único que a ella le importaba, lo demás le era del todo indiferente.

* * *

Más tarde, Gabriel regresó a su apartamento después de recorrerse de arriba abajo el aeropuerto JFK en busca de Jessica. Por desgracia no la encontró. Se había marchado sin despedirse.

Abrió la puerta y entró tras dar un fuerte portazo. Se quitó la chaqueta y la lanzó con rabia al sofá. Después se descalzó y, cuando pretendía quitarse la camisa para meterse en la ducha, notó la pequeña cajita dentro del bolsillo derecho. La sacó y la abrió. Miró el anillo de oro blanco y

diamantes, cuya pieza completaba, junto al brazalete, el regalo de su cumpleaños. Sólo que aquel día no había reunido el coraje necesario para pedirle matrimonio. Y ahora ya era tarde... ella se había ido.

Gabriel se replanteaba muchas cosas. Entre ellas que Jessica jamás le había llegado a amar lo suficiente como para dejarlo todo por él. Y desgraciadamente lo único que había conseguido hasta ese momento había sido engañarse a sí mismo. Se sentía patético.

Cerró de nuevo la cajita y la enterró en un rincón perdido en el interior de su armario. Luego se fue al salón y abrió la puerta del minibar. Desenroscó el tapón de una botella de güisqui por empezar y, tras sentarse en el suelo apoyando la espalda en la pared, la levantó para beber a morro.

—A mi salud... a tu salud, Jessica...

54

Gabriel dejó caer la botella medio vacía al suelo. El güisqui comenzó a mojar el parqué y parte de sus tejanos. Estaba tan borracho que no fue consciente de ello.

Se frotó los ojos con fuerza con los puños; a duras penas veía con claridad. Trató de levantarse cogiéndose al filo del mueble del televisor, con tal infortunio que resbaló y cayó al suelo y, de paso, arrastró con él una fotografía cuyo cristal se hizo añicos.

—Estúpido... mira lo que has hecho... acabas de romper la fotografía de tu hermanito... Iván.

Se rio a carcajadas, sin saber muy bien por qué. Luego, sin darse cuenta, al tratar de levantarse de nuevo apoyó la mano sobre los cristales rotos, clavándose unos cuantos en la palma.

Gabriel ahogó un quejido de dolor. Se miró la mano y trató de arrancarse algunos cristales, los que estaban incrustados más superficialmente. Pronto su mano se tiñó de sangre, que empezó a resbalarse por el brazo, goteando y manchando el suelo.

Se quitó la camisa haciendo saltar todos los botones. Después la enrolló alrededor de su mano y, con la otra libre, hizo un nudo. Cogió los extremos con los dientes y los estiró para asegurarse de que éstos no se iban a aflojar.

Cuando Gabriel logró ponerse en pie, esta vez sin otro contratiempo, cruzó el pequeño salón a duras penas, tambaleándose y apoyándose en los muebles y en las paredes que encontraba a su paso, hasta llegar a la puerta de cristal de acceso al balcón. A continuación, la deslizó y salió al exterior.

Un viento frío azotó su cara y su torso desnudo. Se acercó a la silla de madera y se dejó caer sin miramientos. Todo a su alrededor le daba vueltas; al igual que todo en ese momento, le importaba un bledo.

Entonces y sin pensar, empezó a decir incongruencias, una tras otra, liberando cada uno de los pensamientos que lo martirizaban.

—Érika, Marta... Jessica... ¡Qué os follen a todas...!, por mentirme, por engañarme, por ultrajarme y después abandonarme a mi suerte...

Gabriel al parecer no estaba solo. La vecina de al lado, sin pretenderlo, lo oyó todo desde el balcón contiguo.

Ella se aproximó a la pared que separaba ambos balcones y, acercándose a ésta, agudizó aún más el oído. No estaba del todo segura de que se tratara de su vecino. A duras penas lograba descifrar aquellas palabras.

—¿Gabriel?...

No recibió ninguna respuesta. Por lo visto, quien quiera que fuera había dejado de hablar.

—Dime si eres tú... —dijo con un deje de preocupación en su tono de voz—. ¿Te encuentras bien?

De nuevo se creó un desagradable silencio al otro lado de la pared.

—Voy a ir a tu casa... así que, cuando llame, ábreme la puerta...

La joven corrió y en cuestión de segundos se plantó en su apartamento. Aporreó la puerta con ímpetu y esperó unos segundos antes de golpear de nuevo.

Gabriel alzó la cabeza al oír aquel desagradable ruido que provenía del rellano de la escalera.

Frunció el ceño, pensativo.

«¿Quién coño será? Como sea la jefa, la pienso mandar de vuelta a Londres.»

Caminó descalzo y arrastrando los pies hasta la puerta. Al abrirla, se llevó una sorpresa que no

esperaba en absoluto. Era su vecina.

Ella se quedó paralizada al ver el estado en el que se encontraba Gabriel. Ebrio, apestando a alcohol y con los tejanos empapados en güisqui.

Odiaba a los borrachos.

Odiaba todo lo relacionado con la bebida y sus efectos secundarios.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó boquiabierta.

Ella lo miró de arriba abajo en silencio y, al llegar a la altura de su mano, vio que estaba envuelta en una camisa manchada.

—¿Eso es sangre?

Gabriel se miró la mano y luego se echó a reír.

—¿Esto?... No es más que un accidente doméstico... No te preocupes, pelirroja...

La joven empujó la puerta para poder entrar, después la cerró y le cogió la mano sin reparo.

—Vecinita... no metas tus narices donde no te llaman...

—Sé que estás borracho y, por eso, voy a ignorar las estupideces que estás diciendo... —dijo desenrollando la camisa.

—Seguro que eres como las demás... una zorra con cara de ángel... y harás lo mismo, en cuanto me tengas completamente enamorado... ¡¡¡zas!!! —ella pegó un brinco sin darse cuenta —, te reirás en mi cara y te largarás para siempre de mi jodida vida...

Ella puso los ojos en blanco y luego le respondió.

—Para empezar, no soy ni mucho menos como las demás.

Gabriel intentaba escucharla, pero la mitad de las palabras se perdían por el camino antes de llegar a su oído.

—Además, te aseguro que en este momento no estoy por la labor de enamorar a nadie...

Ella arrugó la frente al comprobar que se había vendado la mano sobre varios cristales que seguían clavados en su piel.

—¿Dónde tienes el botiquín?

—¿Para qué?

—Para curarte... ¿para qué, si no?

Gabriel se echó a reír y, con falta de destreza, colocó su brazo sobre los hombros de ella.

—¿Ahora quieres jugar a médicos? —le susurró acercándose a su oído mientras ella notaba el fuerte hedor de su aliento chocando contra su cara.

—Gabriel... quítame los brazos de encima... —le advirtió sin perder el temple—; de no ser tú, te aseguro que te hubieras llevado una merecida patada en los huevos...

Ella formuló de nuevo la pregunta.

—¿Dónde tienes el botiquín? Hay que curar esto en seguida, sino provocará una infección.

—En el cuarto de baño. —Hizo un gesto con la cabeza señalando el pasillo.

—Pues, en ese caso, quédate aquí quietecito mientras yo voy a buscar algo para curarte las heridas.

Gabriel se apoyó en la pared y no tardó ni dos segundos en deslizarse por la superficie hasta caer de culo contra el suelo y, mientras esperaba, notó cómo le pesaban los párpados y se le cerraban los ojos.

Ella regresó al momento con gasas, vendas, yodo, tijeras y unas pinzas. Se arrodilló junto a él y reservó las cosas a un lado.

Gabriel abrió los ojos enfocando de nuevo la retina al rostro borroso de su vecina.

—Puede que te duela un poco... —le dijo mientras extraía concienzudamente con las pinzas cada trocito de cristal de su mano.

Gabriel, de vez en cuando, hacía alguna mueca de dolor. Por suerte, el alcohol había adormecido todos sus sentidos.

Al cabo de unos segundos, ya estaban curadas las heridas y vendada la mano. Gabriel se dedicó a admirar su trabajo y después la felicitó.

—De ahora en adelante te llamaré la misteriosa enfermera pelirroja.

Ella disimuló una sonrisa al tiempo que no podía evitar poner los ojos en blanco. Las estupideces crecían por momentos. Entonces, y sin darse cuenta, tuvo un arranque de sinceridad. Aunque tampoco importaba demasiado, ya que probablemente Gabriel no recordaría aquella conversación a la mañana siguiente.

—Hace mucho tiempo que ya no realizo ese tipo de trabajo. Vendar a los pacientes forma parte del personal de enfermería.

—¿Pacientes...? —repitió.

Ella asintió y luego recogió el material del suelo.

—Soy médica —le confesó ofreciéndole la mano—. Vamos, necesitas dormir para pasar la borrachera.

Gabriel se incorporó con la ayuda de la joven.

—¿Médica?

—¡Cielos!... ¿Piensas repetir cada palabra que diga?

—Ja, ja, ja... es para cambiar tu mote... ya que no sé cuál es tu nombre...

«Ni lo sabrás», pensó.

Gabriel volvió a pasar su brazo por encima de sus hombros.

—Venga, campeón. A la cama —dijo rodeándole la cintura con un brazo.

—¿Vamos a la cama sin saber siquiera tu nombre? —se mofó—. Chica mala, eres misteriosa y muy muy morbosa...

—Qué más quisieras tú... —dijo arrastrándolo hasta la habitación—. Y basta ya de decir tantas sandeces sin sentido...

Al llegar allí, ella buscó el interruptor palpando la pared a tientas con la mano. Gabriel aprovechó su despiste para bajar la mano hasta su trasero y pellizcar con firmeza una de sus nalgas.

—¡Au! —gritó molesta—. Da gracias a que me considero una buena samaritana y soy incapaz de abandonar a nadie a su suerte.

Guió a Gabriel hacia el pie de la cama.

—Pero te lo advierto —replicó ella, muy enfadada—: la próxima vez que trates de meterme mano, te juro que te llevo a la ducha y te meto bajo el agua congelada, hasta que se te quiten esas ideas de la cabeza.

Por unos instantes estuvo tentada de irse y dejarlo allí solo, pero sabía que los remordimientos de conciencia la perseguirían y no la dejarían tranquila. Sería incapaz de quitarse de su mente la imagen de Gabriel ahogándose en sus propios vómitos. Sacudió la cabeza para borrar esas ideas y luego resopló resignada.

—¿Entendido, Batman?

Gabriel se rio a carcajadas y después le enseñó las palmas de las manos.

—Vale, lo pillo... las mantendré vigiladas en todo momento... —Se volvió a reír, pero, al darse cuenta de que ella lo miraba con escepticismo, se detuvo en seco.

—Ahora —le dijo muy seriamente— cierra los ojos y trata de dormir, es una orden.

Y tras pronunciar aquellas palabras, se dio media vuelta. Apagó la luz y dejó la puerta de la habitación ajustada, por si reclamaba su ayuda.

Después fue al salón y, al ver el estado en el que se encontraba, negó con la cabeza y empezó a limpiar aquel desastre.

* * *

Al llegar al *loft*, Eric abrió la puerta y, antes de que Daniela pudiera entrar, la cogió en brazos y la llevó hasta el cuarto de baño. Luego la dejó con cuidado en el suelo y la miró intensamente a los ojos.

—Mi último pensamiento cada noche al acostarme eras tú y el primero cada mañana al despertar...

Eric empezó a recorrer el delicado rostro de Daniela. Las cejas, la nariz, los pómulos, como si pretendiera con ello memorizar cada uno de sus rasgos, y luego se detuvo en sus labios.

—... contaba las horas que quedaban para volver a besarte.

Justo cuando empezó a deslizar el pulgar por el labio inferior, Daniela se estremeció y soltó una risa. El tacto de su dedo sobre la fina piel le hizo cosquillas. Después alzó la vista y lo miró sin pestañear.

—Bésame, Eric.

Tentado, sonrió y acercó los labios para rozar delicadamente los suyos. Daniela alzó los brazos para colgarse de su cuello y abrió la boca invitándole a entrar. Eric hundió la lengua en su interior buscando desesperadamente la de ella. Sus dedos se deslizaron hacia las curvas de su cintura mientras se apretaba más a su cuerpo, clavando de esta forma la evidente erección en su vientre.

—Déjame preparar el baño —dijo interrumpiendo el beso—. Si continúo besándote, no creo ser capaz de responder de mis actos.

—Pues no lo hagas... —Le sonrió melosa.

Eric negó con la cabeza y luego le devolvió la sonrisa. Se agachó para abrir el grifo y dejar así correr el agua en el interior de la bañera. A continuación se colocó frente a ella y empezó a desvestirla despacio.

—¿Por dónde íbamos?

—Por aquí —le respondió Daniela besándolo con ansia.

Mientras el agua caliente llenaba la bañera y el vaho empañaba el espejo y las baldosas, se quedaron desnudos uno frente al otro. Eric siempre repetía la misma operación, daba unos pasos atrás y admiraba su belleza.

—Jamás me cansaré de ti.

—Nunca digas jamás —lo riñó.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes asegurarlo.

—Sí, puedo: jamás me cansaré de ti —repitió con énfasis cada una de las palabras.

Daniela inspiró hondo y, para no contradecirlo, se giró, cerró el grifo y entró en la bañera. Luego tendió su mano y lo invitó a que la acompañara.

—No puedes asegurarlo, pero sí demostrármelo.

Eric cogió su mano antes de sumarse al baño. Cuando su cuerpo estuvo sumergido en el agua, separó las piernas para hacerle un sitio a Daniela. Ella apoyó su espalda en su torso y cerró los ojos cuando las manos de él empezaron a acariciar su cuerpo.

55

La lluvia empezó a chocar con fuerza contra los cristales del vehículo. La tarde se había oscurecido en cuestión de segundos. Hacía varios minutos que habían entrado en el condado de Baltimore, pero aquel aún no era el destino final, sino las afueras de Ellicott City en el Centennial Park.

El taxista activó los limpiaparabrisas a la máxima velocidad y encendió los faros al llegar a un sendero de escasa visibilidad. Hacía rato que había dejado atrás el asfalto de la carretera y los bloques de pisos. La frondosa vegetación y los altos árboles a ambos lados del camino destacaban la belleza del lugar. Traspasaron un puente de madera suspendido, el cual se balanceó ligeramente. Jessica lo recordaba todo a la perfección: el puente, el río, los paseos a caballo... Todo continuaba igual que hacía diez años. Nada había cambiado. ¿Nada? Cerró los ojos recordando los motivos por los cuales se marchó, por los cuales huyó de aquella casa.

Inspiró profundamente. Ahora había vuelto. Necesitaba arreglar las cosas. Desafortunadamente, no disponía de mucho tiempo. Era ahora o nunca.

Un pitido molesto se oyó a través de la radio. Por lo visto, la señal no llegaba con nitidez en aquellos parajes. El taxista, impaciente, dio un manotazo al aparato.

—¡Jodida radio! Cuando llegue a Nueva York, por mi santa madre que te jubilo...

Giró la ruedecilla tratando de sintonizar alguna emisora, pero no tuvo suerte. Por ello, abrió la guantera y empezó a buscar algo en el interior. Jessica miraba de reojo; el hombre no hacía más que sacar papeles y más papeles, algunos hechos bolas y otros arrugados de cualquier manera y, entre tanto desorden, encontró un casete.

Él rio con desparpajo y luego besó varias veces la superficie.

—Torito guapo… ¡olé y olé!, pero qué arte tenía mi Fary... un monstruo, era un monstruo.

Se giró pletórico en el asiento y, con una sonrisa de oreja a oreja, le mostró el feliz hallazgo.

—Señorita... ¿le importa si pongo un cintita de mi ídolo?... Es el mejor cantante que ha existido en todos los tiempos... Es como mi Atletic. —Se dio unos golpecitos en el pecho con orgullo—. Ambos los tengo gravados con sangre en mi corazón...

Ella asintió encogiéndose de hombros. No le sonaba aquel nombre.

—Gracias, hermosa...

El hombre introdujo el casete en la ranura y la música empezó a sonar. Jessica abrió los ojos como platos. ¿Acaso era una broma? ¿Una tomadura de pelo?

—Disculpa...

Él estaba tan concentrado en cantar y en seguir al pie de la letra la canción que ni siquiera la oyó.

—Vaya torito... ay, torito guapo, tiene botines y no va descalzo...

Jessica insistió.

—¡Taxista! —exclamó dándole unas palmaditas en el hombro.

Él dio un respingo y, del susto, pegó un volantazo, deteniendo el vehículo en seco y atravesándolo en medio de aquel sendero. Jessica, por suerte, se había agarrado al asiento y evitó así golpearse la cabeza.

—¡Por mi santa madre! —Se llevó la mano al pecho—. Señorita, ¿pretende mandarme al otro barrio de un infarto?... Que ya no tengo edad para esas cosillas...

—Lo siento...

—No pasa nada, guapita de cara... —añadió recuperando el aliento.

Jessica puso los ojos en blanco. Todo era de lo más surrealista: estaba anocheciendo y se encontraba en un camino solitario y oscuro, donde Jesucristo perdió la sandalia, con un tarado como acompañante mientras escuchaban la música folclórica de un tal Fary.

—¿Podría quitar esa música? Tengo un dolor de cabeza que me está matando... Prefiero, si no le importa, algo de silencio...

El hombre, amablemente, en seguida apagó el radiocasete y de nuevo retomó el camino.

—¿Se encuentra mejor? —Miró a través del espejo retrovisor.

—Sí, gracias.

Jessica se frotó la frente y masajeó la sien. Por suerte la lluvia les había dado una tregua y apenas caían gotas. Al final del camino pudo ver la verja de madera que rodeaba la finca.

El corazón le dio un vuelco y le empezó a latir velozmente. Diez años era mucho tiempo sin saber de ellos, sin hablar con ellos. Jessica sacó el colgante que le había regalado Geraldine y, tras mirarlo, lo apretó con fuerza. Mucha era la suerte que iba a necesitar. Pero ya no podía dar media vuelta. Precisaba enfrentarse a su pasado. Lo necesitaba para seguir adelante. Para marcharse en paz consigo misma.

Pronto llegaron a un pequeño claro; en el centro había una bonita casa rodeada de bosque.

—Es aquí —señaló con decisión.

Condujo hasta una especie de porche y poco después aparcó el coche. El hombre salió para abrir el maletero mientras Jessica permanecía sentada mirando al frente, a la casa.

Segundos más tarde, golpeó con los nudillos el cristal y Jessica ladeó la cabeza hacia esa dirección.

—Señorita... tengo su maleta... —le dijo enseñándosela—. Fuera hace un frío de mil demonios. Si sigo aquí, se me van a congelar las pelotas...

Jessica se dio cuenta de que tiritaba y salió en seguida.

—Gracias. —Cogió la maleta.

—Sea lo que sea, seguro que lo arreglan. —Le guiñó un ojo y le sonrió de forma cómplice—. Tenga...

Le entregó el casete. Ella se lo miró con desgana.

—Seguro que piensa que soy un cateto que no me entero de nada. Pero... cuatro horas me han bastado para darme cuenta de que, aunque tenga una envoltura espectacular, una cara por la que muchas matarían, no es feliz... y no es por un hombre que le haya tocado los cojones... no, es por algo más profundo...

Jessica no cabía en ella del asombro. Tras aquella apariencia desaliñada, aquella camisa amarilla desabrochada que hacía que enseñara el pecho y una manta de vello rizado, la notable alopecia y una obesidad considerable, se escondía una persona muy humana.

—Hable con ellos, la escucharan... y usted volverá a sonreír... los padres son lo más sagrado de este mundo. Consérvelos...

Ella se quedó boquiabierta. Muy a su pesar, le había prejuzgado por su apariencia y su comportamiento.

—Por cierto, me llamo José Luis...

Jessica sacó el billetero y le pagó en efectivo.

—Buenas noches y... gracias... por todo...

—Un placer, señorita...

Hizo el típico saludo militar, se estiró de las solapas de la camisa y, tras entrar en el coche, se marchó desapareciendo en la oscuridad.

Jessica se quedó unos segundos más anclada en el sitio mirando la distancia que la separaba de sus padres, hasta que un farolillo colgado en la pared se encendió instantes antes de que alguien abriera la puerta.

Los ojos de Jessica se iluminaron al volver a ver a aquella mujer de cabellos blancos y el rostro castigado por las innumerables arrugas y por el paso del tiempo.

La mujer se llevó las manos a la boca, incrédula.

—¿Jessica? ¿Eres tú?

Ella tardó en contestar. No podía dejar de mirarla. Había envejecido no diez años, sino veinte. Estaba descuidada, abandonada. Ya no era la mujer glamurosa que había sido antaño. Sus ojos ya no reflejaban poder, ni dinero ni soberbia. Ante Jessica se mostraba una persona apática, frágil e insegura.

—Soy yo. —Jessica dio unos pasos hasta quedar justo enfrente—. He vuelto.

Se sostuvieron las miradas unos instantes y luego Jessica dejó la maleta y el casete en el suelo y la abrazó con ternura. Su madre, aún sin dar crédito, empezó a llorar sin poder evitarlo.

—Mi niña... —susurró, meciéndola entre sus brazos.

Pronto alguien se acercó. La madera empezó a crujir bajo sus pies. Luego se detuvo a cinco metros de distancia, lo suficiente para saber quién se había presentado aquel sábado, en su propiedad y sin previo aviso.

—Ya puedes largarte por donde has venido, en esta casa no eres bien recibida... —La voz grave y áspera de su padre le pegó una bofetada desde la distancia.

Jessica y su madre se separaron, encontrándose con la mirada hostil de él.

—Hola, padre —le dijo con el semblante serio.

Él cruzó los brazos enfurecido y, tras apretar la mandíbula hasta hacer chirriar los dientes, dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

Jessica bajó la vista al suelo. No disponía de mucho tiempo si quería arreglar las diferencias con su padre.

—Cariño, entra en casa... debes estar hambrienta... además de congelada...

Su madre la miró de arriba abajo. Jessica, cuando se fue, tan sólo tenía veinticinco años; ahora era toda una mujer, una mujer muy bella; sin duda había heredado la belleza de su padre y el corazón de su madre.

—Estás muy delgada...

—Últimamente he perdido algo de peso, pero estoy bien... no te preocupes.

Ambas se miraron una vez más, sin dar aún crédito.

—Te he echado tanto de menos...

—Yo también, mamá... pero sabes que no podía volver... sabes por qué me marché...

La madre ahogó un suspiro y luego le cogió de la mano.

—Por favor, entra... éste es tu hogar... siempre lo fue...

Jessica cerró los ojos unos instantes recordando por qué estaba allí y, tras llenar sus pulmones de aire y coraje, entró.

56

Al atardecer, comenzó a diluviar con intensidad en la ciudad de Manhattan.

Gabriel continuaba durmiendo, pasando la borrachera, mientras que la joven vecina preparaba algo de cenar en la cocina. Ella ya hacía varias horas que permanecía en guardia en su apartamento. Por desgracia, su vocación de doctora le impedía marcharse y dejarlo solo a su suerte.

Cuando el agua de la cazuela alcanzó su hervor, echó la pasta y una pizca de sal y bajó la intensidad del fuego a la mitad. Luego, se dedicó a lavar unas hojas de lechuga bajo el grifo y las reservó en el escurridor para la ensalada.

Alzando de vez en cuando la mirada hacia la pantalla del televisor para no perder detalle de los vídeos musicales que emitía la cadena MTV, cortó con destreza un par de tomates en rodajas bien finas. No le entusiasmaba demasiado cocinar, pero, después de tres meses viviendo sola, tuvo que aprender, por narices.

Miró de nuevo la pantalla del televisor al tiempo que aliñaba la ensalada, con aceite, sal y vinagre, mientras movía sus caderas al ritmo de la canción I don’t want a lover del grupo Texas.

Poco después, se desplazó hacia su derecha, se alzó de puntillas y estiró el brazo para poder abrir la puertecilla de la alacena. Echó un vistazo rápido, escogió un par de platos y los llevó a la mesa para colocarlos estratégicamente con el resto de utensilios.

Ya casi lo tenía todo preparado: la pasta estaba al dente; la salsa carbonara, recién hecha, y la ensalada de frutos secos, tomate y queso, en un bol de plástico. Sólo faltaba lo más importante... el otro comensal.

Al regresar para apagar el fuego y volcar la olla de pasta en el escurridor, sintió la mirada de Gabriel fijada en ella.

—¿Tienes hambre?

Gabriel, que estaba apoyado en el marco de la puerta con las manos en los bolsillos, dio un paso al frente y luego otro más, hasta quedar justo detrás de ella. Levantó la barbilla por encima de los hombros de la joven para mirar lo que ella estaba cocinando. Olfateó como si fuera un perro y luego le dio el merecido aprobado.

—Tiene buena pinta, pelirroja.

Sonrió burlón y abrió la puerta de la nevera en busca de una cerveza. Ella, que lo observaba de reojo, se anticipó y se la robó de las manos.

—¡Ni lo sueñes!

La volvió a dejar donde estaba y cerró la puerta con determinación.

—¡Joder...! ¿Qué eres, mi madre?

—Siento ser una aguafiestas, pero beber es lo que menos necesitas en este momento.

Gabriel alzó las cejas. Menuda marimandona estaba hecha la pelirroja. Cualquiera le llevaba la contraria. Cuando ponía esa cara de pocos amigos y esa voz intimidante, no había quien la contradijera.

Buscó algo en el bolsillo trasero de la falda tejana y se lo entregó.

—Tómate esto, sentirás mejoría en seguida.

—¿Ibuprofeno?

—Ajá —asintió traspasando la pasta del escurridor a una bandeja de porcelana.

Gabriel abrió de nuevo la nevera, y ella chasqueó los dedos para llamar su atención.

—El agua está en la mesa —dijo con un movimiento de cabeza señalando la jarra—. Ni lo intentes. La cerveza se queda ahí custodiada.

Él negó con la cabeza a la vez que sonreía para sí mismo. Se sentía espiado en su propia casa. Era el colmo. Pero por lo menos algo bueno podría sacar de todo aquello: compañía. Bien mirado, desde el punto de vista egoísta, estar solo era lo que menos le apetecía, daba por sentado que a su lado se distraería y que también era muy probable que dejase de pensar en Jessica por un rato.

—Siéntate, que se enfría.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy mandona?

—Cientos de veces, ¿alguna objeción? —Disimuló una sonrisa.

Gabriel soltó una carcajada y, acto seguido, se sentó en una de las dos sillas junto a la mesa. Poco después ella sirvió la pasta a partes iguales en cada uno de los platos.

—¿Me comporté como un gilipollas?

Ella dejó la bandeja sobre la mesa y le miró a los ojos. Había captado toda su atención.

—Lo justo.

«Me conozco y cuando bebo... —pensó para sus adentros— suelo comportarte como un verdadero cabrón. Espero no haberla obligado a hacer nada que no quisiera... ¡Joder! No recuerdo una puta mierda...»

La vecina observó a Gabriel y se dio cuenta, por los gestos de su cara, que estaba librando una batalla interior consigo mismo.

—Tranquilo Batman, te comportaste como un caballero —dijo sonriendo—, a excepción del pellizco que me llevé en la nalga.

—¿Eso hice? —Sorprendido, enarcó ambas cejas.

—Sí. Y a esto estuve de mandarte derechito a la ducha y abandonarte bajo el agua congelada —aseveró realizando un gesto con los dedos.

Gabriel se rio con ganas y luego pinchó unos cuantos rizos de pasta para llevárselos a continuación a la boca.

—Tienes mucho carácter.

—Vivir o morir. Ése es mi lema... —afirmó con rotundidad—. Cambié mi forma de pensar no hace mucho tiempo. Sobrevivir a toda costa...

La joven agachó la cabeza y luego volvió a mirarlo con cautela. Era muy consciente de que se estaba yendo de la lengua, por segunda vez consecutiva aquella misma tarde. Pero por una extraña razón que aún no lograba comprender, confiaba en él; no sabía por qué, únicamente sentía que confiaba, sin más. Por primera vez en tres meses no necesitaba esconderse de nadie. Estaba cansada de huir, de ocultarse, anhelaba con todas sus fuerzas ser ella misma de nuevo. La misma que había sido mucho antes de que Clive entrara a formar parte de su vida.

—Estás muy callada.

—Estaba pensativa —le contestó con una mirada indolente.

—¿Y en qué pensabas? —le preguntó suavemente.

Ella esquivó la pregunta con otra.

—¿Por qué te has emborrachado?

Él entornó los ojos.

La chica era rápida evitando situaciones incómodas y, como si le hubiera leído el pensamiento, ella respondió por él.

—Tu chica te ha abandonado...

Gabriel tardó unos segundos en responder.

—Al parecer salta a la vista que así es —siseó pegando un bocado al pan y masticando muy despacio sin dejar de mirarla a los ojos.

Ella se quedó en silencio, algo incómoda, y desvió la mirada al plato. Su intención no era ofenderlo, en absoluto, únicamente estaba tratando de ser agradable. Quizá había ido demasiado directa al grano.

Vio cómo Gabriel se levantaba y caminaba hacia la nevera, la abría y cogía una cerveza. Esta vez no trató de impedírselo. Tal vez sí que la necesitaba para ahogar sus penas.

—¿Me traes una a mí también?

—Claro.

Hizo saltar las chapas del cuello de las botellas y luego se volvió a sentar frente a la joven.

—Por lo visto no soy afortunado en el amor —aseveró bebiendo a morro un trago largo de la botella.

—¿Y quién lo es?

—Pues vaya par de gilipollas nos hemos ido a juntar.

Gabriel le entregó la cerveza y ella bebió despacio.

—Y la misteriosa pelirroja, ¿tiene nombre?

Ella se puso tensa al instante. No esperaba esa pregunta. Abrió los ojos como platos y empezó a dar un repaso rápido a la cocina en busca de algún nombre que le sirviera. No podía confesarle el suyo, eso sería exponerse demasiado. Eso sería muy peligroso, además de una tremenda estupidez.

Al mirar a la despensa, vio una caja de cereales entre unos tarros de mermelada. Agudizó la vista y, achinando un poco los ojos, pudo leer desde la distancia el nombre de la marca Kellogg›s.

«¡Genial! —sopló—, eso podría servir.»

Le volvió a mirar a los ojos, pero esta vez con convicción, creyéndose cada una de las palabras que iba a pronunciar:

—Me llamo Kelly.

Gabriel sonrió agradecido. Por fin podía ponerle nombre a aquella cara.

Al acabar de cenar, ella se levantó para recoger los platos y llevarlos al fregadero. Gabriel la acompañó en aquella tarea y, en un momento, la mesa estuvo limpia.

Ella abrió el grifo y puso el tapón en el pila. Echó un chorro largo de detergente líquido al agua y pronto se formó una espesa capa de espuma.

—Ya te ayudo a fregar los platos —se ofreció colocándose a su izquierda.

—Pero si sólo hay cuatro cubiertos...

—Insisto.

Ella se encogió de hombros y luego se remangó las mangas a la altura de los codos. Gabriel abrió los ojos sorprendido al descubrir unas marcas transversales en la cara interior de cada una de sus muñecas. Se las quedó mirando sin saber qué decir, imaginándose los motivos que la llevaron a desear morir.

Con ese pensamiento rondando por su mente, acabó de enjuagar el último plato.

—¿Tienes algo que hacer mañana domingo?

—¿Aparte de nada? —dijo burlona.

—Aparte de nada.

—No. —Sonrió.

Gabriel sacudió sus manos en el fregadero y luego se las secó con una servilleta.

—¿Has probado la tortilla de patatas?

—¿Qué es eso? —preguntó arrugando la nariz.

Él se rio y, después de sentarse en el mármol y encenderse un cigarrillo, respondió:

—Mañana lo sabrás. Ven sobre la una.

Ella se lo pensó sólo un instante.

—Acepto —dijo ilusionada.

Miró las agujas del reloj que había colgando de la pared de la cocina y luego lo miró abriendo mucho los ojos.

—¡Dios mío... Dana debe estar desesperada! tenía que haberla sacado a hacer sus necesidades hace más de dos horas... —farfulló corriendo hacia el salón.

Gabriel saltó del mármol y se apresuró a seguirla.

—Mañana a la una —repitió mientras abría la puerta para salir del apartamento.

—¡Espera! —exclamó él.

Ella se quedó sujetando el pomo con la mano al tiempo que giraba la cabeza en aquella dirección.

—Te dejas el anillo.

Gabriel llegó a su lado y se lo entregó, no sin antes echarle un vistazo rápido. Parecía una alianza de compromiso. En su interior habían unas letras gravadas que no le dio tiempo a leer.

—Gracias —dijo entre dientes.

Cogió la alianza y empezó a deslizarla en su dedo anular, pero, cuando llegó a la primera falange, la sacó rápidamente y se la colocó en el dedo índice.

Gabriel miró disimuladamente los movimientos de la alianza y se quedó algo confuso por la rareza de aquel acto. ¿Estaba casada y quería ocultarlo? o ¿hacía poco tiempo que había roto una relación y por ello dudaba?

Ambos se despidieron y Gabriel, tras cerrar la puerta, hizo un repaso mental de las cosas que ella le había confesado y de las que había descubierto por sí mismo: se llamaba Kelly, al parecer huía de algo o de alguien, su lema era «vivir o morir», tenía marcas en ambas muñecas y una alianza que se empeñaba en cambiar de dedo... ¡Ah!, y era médica...

57

Tras el baño, Eric envolvió el cuerpo de Daniela con una toalla para secar las gotas que resbalaban por su joven piel. Le encantaba cuidarla y mimarla, y ella se dejaba hacer. Cuando acabó, cogió un cepillo de púas naturales y, después de arrastrar una silla y dejarla en el centro, tomó asiento.

—Ven, Daniela. —Palmeó su muslo dos veces para invitarla a sentarse sobre su falda.

Ella sonrió. Conocía aquel ritual. Eric acostumbraba a desenredar su pelo mientras lo acariciaba con la mano libre, de igual forma que si se tratara de una niña pequeña.

La vida de Eric había cambiado radicalmente tras conocerla. Daniela era única, especial, diferente. Las estancias en Madrid al lado de su esposa Eva eran una constante tortura. No la amaba. De hecho, había dejado de hacerlo hacía ya mucho tiempo. Incluso se había llegado a convencer de que ella tenía el mismo sentimiento hacia él: indiferencia.

Daniela ajustó la toalla alrededor de su pequeño cuerpo y se cercioró de que ésta no se abriera, agarrándola concienzudamente a la altura de sus pechos. Luego se acomodó entre sus piernas desnudas y musculadas, mirándolo con algo de timidez.

—¿Por qué te gusta tanto peinarme?

Eric le miró a los ojos y luego sonrió.

—Me encanta cuidar de ti. Eso es todo —contestó pasando el cepillo por el pelo mojado—. Cuando estoy contigo me siento diferente. Me haces ser diferente, ser mejor persona.

—A mí me pasa lo mismo.

Tras su confesión, Daniela había sentido cómo el rubor se había empezada a apoderar de sus mejillas lentamente e, inquieta, se removió sobre sus muslos, de tal forma que, al hacerlo, comprobó cómo su pene había aumentado considerablemente de tamaño.

Eric rio al darse cuenta de que, pese a que se habían acostado en varias ocasiones, aún sentía pudor por ciertas prácticas o situaciones. Y eso en cierta forma lo excitaba aún mucho más. Era tan inocente pero a la vez con tantas ganas de explorar y de dejarse llevar y él con tantas ansias de enseñarle a volar...

—Mírame.

Ella hizo lo que le pidió. Ladeó la cabeza y unió sus ojos verdes a los suyos.

—Ahora, mírala —le ordenó bajando el tono de su voz ronca y varonil.

Tragó saliva y, tras respirar un par de veces, agachó la cabeza ligeramente y miró su miembro sin reparo, el cual se alzaba orgulloso y al mismo tiempo tan erecto, tan grueso y tan viril. Estaba duro como una roca y en su glande brillaba una diminuta gota de líquido preseminal. Ella sintió cómo su vagina se contraía y poco después se humedecía, sin previo aviso.

—Acostúmbrate a ella. Ya te dije que debes ir familiarizándote poco a poco. —Cogió su mano y la colocó alrededor de su pene. Ella abarcó con su palma la enorme envergadura de su miembro. Era exquisitamente suave y a la vez daba la sensación de ser muy poderoso—. Cuando una persona deja atrás todos sus prejuicios y abre su mente, se abre ante sí un amplio abanico de posibilidades y es cuando logra disfrutar de verdad en cuerpo y alma del sexo...

Eric apretó un poco más su mano alrededor de la de ella y Daniela sintió la rugosidad de las venas hinchadas; luego poco a poco empezó a deslizarla a lo largo de todo el tallo.

—No te imaginas lo que me excita que me toques, que me acaricies... que me masturbes tan despacio... —Soltó un gruñido cuando ella llegó hasta el glande y luego volvió a recorrer el

trayecto a la inversa, hasta la base del pene—. Así... no pares... me encanta...

Él entonces soltó su mano para saber si ella sola sería capaz de continuar hasta el final. Daniela, al dejar de sentir cómo su fuerte y enorme mano guiaba la suya, se detuvo. No se sentía segura, incluso se sentía algo ridícula.

—No puedo... —Apartó la mano y la ocultó entre sus piernas.

—Daniela, no quiero que lo veas como algo sucio... forma parte de mi cuerpo... —Se señaló a sí mismo mostrando su desnudez—. Sólo soy yo... soy lo que ves, tan sólo soy un hombre...

—Lo siento...

Se disculpó y se levantó algo angustiada. Sabía que él lo hacía con toda la buena intención del mundo, pero quizá ella aún no estaba del todo preparada.

—Nena... —Se levantó de la silla y la abrazó por la espalda—. A tu ritmo, ya lo sabes... como te digo siempre.

—Eric, yo quiero... pero... no puedo... —Se llevó las manos a la cara y la toalla cayó al suelo como un suspiro, mostrándose completamente desnuda ante él.

Daniela alzó la vista y vio ambos cuerpos desnudos reflejados en el espejo. Negó con la cabeza y se tapó los ojos con las manos.

—No debes avergonzarte. —Cogió sus manos y, aunque ella las apretaba con fuerza contra su cara, poco a poco pudo retirarlas lentamente—. Abre los ojos...

Ella volvió a negar con la cabeza. Además de avergonzada se sentía un verdadero fraude. Eric era muy paciente con ella, hasta el punto de quedarse en más de una ocasión con ganas de probar muchas más cosas con ella. Daniela conocía con detalle sus necesidades sexuales, él se lo había explicado. Lo consideraba una persona muy morbosa y a la vez muy ardiente y, sin embargo, ella no se sentía capaz de darle lo que él bien ansiaba.

—Abre los ojos —le insistió, esta vez con más severidad—. Daniela, sólo somos tú y yo. Y nada más. Dos personas que se respetan y que se están empezando a conocer mutuamente.

Daniela lo obedeció y abrió despacio los ojos para enfrentarse al reflejo en el espejo. Trató de agachar la cabeza, pero en ese intento fallido Eric le sujetó de la barbilla, manteniéndola firme.

—Mírate sin pudor... Eres una mujer preciosa. Eres todo lo que un hombre desearía poseer.

Eric soltó su mejilla y empezó a acariciar su rostro con delicadeza.

—Tu cara es perfecta... tus ojos, tu nariz... —le susurraba al oído con voz ronca y su aliento rozaba de vez en cuando su lóbulo derecho—... tus labios son un pecado... me perdería en ellos eternamente...

Eric deslizó su pulgar por la comisura de su boca, resiguiéndola con lentitud. Ella notó un repentino escalofrío.

—Eric... por favor... —dijo suplicante.

—Tus pechos son exquisitos...

Él estudiaba con detalle cada uno de sus gestos lanzando miradas furtivas de vez en cuando al espejo. En éste se reflejaban dos cuerpos desnudos, jóvenes y bellos. Todo un despliegue de sensualidad. Ella permanecía en pie mientras él la rodeaba con sus fuertes brazos por la espalda, obligándola a mirarse.

Sin previo aviso, sus manos abarcaron los pequeños senos de ella y comenzó a manosearlos sin recato. Daniela gimió tímidamente y abrió un poco la boca para dar cabida a más cantidad de aire en sus pulmones. De nuevo se sentía excitada, de nuevo Eric estaba consiguiendo su propósito. Sin dejar de susurrarle cosas calientes al oído, atrapó un pezón entre sus dedos índice y pulgar y luego realizó la misma operación con el otro pezón. Empezó a presionarlos y a girarlos. Daniela ahogó un jadeo mientras echaba la cabeza hacia atrás y la apoyaba en el hueco

de su cuello. Eric aprovechó para besar y morder suavemente la vena carótida, emulando a un sediento vampiro.

—Eric... ¿qué haces?

—Huelo tu piel y me vuelvo loco de atar... —dejó de besarla y de nuevo le agarró de la barbilla para que continuara mirándose en el espejo. Tiró de uno de los pezones y ella soltó un grito—. ¿Te gusta?

Ella, que apenas lograba mantenerse erguida, le respondió con un movimiento afirmativo. Eric, por el contrario, sonrió maliciosamente y continuó descendiendo con calma por su vientre, rozándola con sus yemas, casi sin apenas tocar su piel. A ella eso le provocaba cosquillas, pero a la vez una sensación muy placentera. Eric lo sabía y abusó de ese as en la manga. Aunque Daniela no lo supiera, era una amante muy receptiva y, a la vez, una excelente aprendiz.

Pronto, una de sus manos llegó a su pubis y, antes de perderse más abajo, le dijo:

—Relájate... quiero que disfrutes tanto o más que yo. Quiero que veas que en todo momento lo que hacemos tú y yo es un acto consensuado entre dos personas que se respetan mutuamente. Yo no soy el hijo de puta que te marcó de por vida... Yo jamás te haría daño, nunca, y lo sabes...

—Ya lo sé, Eric... y me gustaría poder entregarme por completo a ti, de verdad que quiero...

—Y lo harás, cariño... yo me encargaré de ahuyentar tus miedos. Pero poco a poco, sin prisas.

Eric la besó en el hombro y luego se separó de ella dando un paso atrás. Flexionando las piernas, recogió la toalla del suelo para cubrir con ella el cuerpo de Daniela.

Ella se quedó pensativa. Miró su miembro, que yacía flácido entre sus piernas.

—Quiero compensarte.

Eric buscó sus ojos pero éstos estaban mirando su pene. Ella alzó la vista rápidamente y luego ladeó la cabeza.

—No tienes que compensarme nada.

—Pero ¿no te duele? Tengo entendido que si no acabáis... pues... os duelen los...

—¿Testículos?

Él se rio y se rascó la nuca.

—No te preocupes. ¿Quién no ha tenido un dolor de huevos alguna vez en su vida? Se me pasará el calentón, tranquila... Además —la miró de forma insinuante—, tenemos toda la noche por delante...

Ella agachó la cabeza sintiéndose a partes iguales avergonzada y excitada. Lo deseaba con todas sus fuerzas pero, en una parte recóndita de su ser, aún había ocasiones en las que, sin saber por qué, lo rechazaba.

—Voy a buscar tu regalo.

Y dicho esto desapareció para poco después regresar con una cajita envuelta en papel de celofán en tonos burdeos y un lazo dorado perfectamente anudado alrededor. Los ojos de Daniela se abrieron, mostrándole agradecimiento con la mirada.

—No tenías por qué...

—Ya te he dicho que me gusta mimarte y, mientras estemos juntos, lo seguiré haciendo.

Ella le sonrió. En el fondo, le encantaba sentirse así. Nunca antes nadie lo había conseguido, salvo Gabriel. Por unos segundos, al recordarlo, se quedó pensativa, evadida.

—Vamos... ¿no tienes curiosidad por saber qué es?

—Sí, claro. —Regresó de su ensimismamiento.

Daniela, apresuradamente, desanudó el lazo y luego, tras romper el papel, abrió la caja rectangular. En su interior había un precioso y sexi conjunto de lencería de la marca La Perla de color negro y ribetes en blanco. Se trataba de un corpiño semitransparente y una braguita

brasileña. Observó que había quedado algo en la caja: eran unos ligueros a juego y unas medias de seda.

—Ya te dije que el regalo era para los dos. —Le sonrió a medias esperando su reacción—: ¿Te gusta?

Ella lo cogía con delicadeza; jamás había tenido entre sus manos una ropa interior semejante. Tan sugerente, tan sexi y tan cara.

—Es precioso, Eric. Pero no deberías gastar tanto dinero en estas cosas.

—Para mí no es malgastarlo, sino disfrutarlo. —Sólo imaginar a Daniela con ese conjunto ceñido a sus curvas produjo que su entrepierna empezara a brincar, regocijándose de alegría—. Antes de que continúe pensando lo que te haría ahora mismo, vayamos a preparar algo de cenar.

Eric le cogió la lencería de entre sus manos y la volvió a guardar en la caja, de momento, a buen recaudo. Más tarde sería otro cantar.

58

Eran bien pasadas las once de la mañana cuando Jessica se despertó. Abrió los párpados lentamente pero pronto los volvió a cerrar, incomodada por la luz del exterior que se filtraba a través de las cortinas caladas. Permaneció así, con los ojos cerrados, apenas unos instantes más, recordando cada una de las razones por las cuales había regresado a aquel lugar. El tiempo apremiaba, jugando en su contra.

Se giró para darle la espalda a la ventana y entonces pudo abrirlos sin temor. Miró el lado desocupado de la cama y suspiró. ¿Por qué todo le recordaba a él? ¿Por qué no podía borrarlo de su mente? Deslizó la mano sobre las sábanas arrugadas imaginando que él estaba allí y que era posible tocarlo. Pero ¿a quién pretendía engañar? Nada iba a ser como antes, porque todo había cambiado. ¿Qué futuro podría ofrecerle a Gabriel? Ninguno. Ella pronto partiría y él, en cambio, merecía ser feliz, aunque no fuese a su lado.

Tragó saliva con amargo gusto de soledad. Quería borrar de su mente el recuerdo de Gabriel, porque echarlo de menos dolía demasiado.

Se tomó algo más de tiempo antes de levantarse de la cama y poco después salió de la habitación de invitados y puso rumbo a la planta de abajo.

Echó un breve vistazo a su alrededor mientras cruzaba el largo pasillo tras bajar las escaleras. Todo continuaba exactamente igual a como lo recordaba. Aquel par de cuadros pintados a espátula de Aleksey Motorin, el viejo reloj de pie apoyado en la pared junto a la alacena y aquellas fotografías en blanco y negro de cuando ella no era más que una niña, con los marcos hecho a mano por su madre.

Apenas se disponía a cruzar el umbral de la puerta cuando oyó voces al otro lado. Eran sus padres, que estaban manteniendo una acalorada discusión.

—¡Tu hija debe irse! ¡No la quiero en mi casa! —aseveró John con el semblante furioso. Mantenía la mandíbula apretada y todos los músculos de su cuerpo en continua tensión.

—John, no estás siendo justo. Sus razones tendrá para haber regresado después de casi diez años sin que supiéramos nada de su vida, de lo que hacía, de con quién estaba, si estaba bien o si era feliz... —Le miró a los ojos—. ¿Ni siquiera te vas a dignar a escucharla? —Esta vez le preguntó con los ojos tristes y cansados, tratando de sacar un ápice de humanidad de ese resentimiento tan arraigado en su maltrecho corazón.

—Amanda, mi hija murió el mismo día en que se marchó de esta casa para no volver nunca más.

Ella negó repetidas veces con la cabeza. Su hija y él eran tan parecidos como dos gotas de agua, muy testarudos y obstinados. Tendría que encontrar pronto la manera de que ambos pudieran hablar y arreglar sus diferencias. Ahora ella había regresado, ése era el momento. Amanda suspiraba esperanzada de que aquel pesar remitiera de una vez por todas.

John cerró los puños y comenzó a andar para salir de la cocina sin saber que su hija estaba tras la puerta. Al llegar hasta allí, sus miradas se cruzaron y el tiempo se congeló a su alrededor.

Primero ninguno de los dos abrió la boca; luego lo hizo John, para mascullar en el aire palabras sin sentido para después esquivar su mirada y alejarse de su lado.

Jessica permaneció quieta y pensativa durante varios segundos más antes de pasar a la cocina y reunirse con su madre. Se acercó por la espalda; ella, tras la conversación con su marido , había

vuelto a ocuparse de la comida.

—Buenos días, mamá —le dijo acercándose lo suficiente para que tan sólo al darse la vuelta pudieran abrazarse. Porque lo ansiaba como el respirar. No soportaba la evidente indiferencia de su padre.

Amanda dejó sus manos libres para fundirse con ella en un efusivo y tierno abrazo.

—Te quiero, mi niña... —Estrechó más sus brazos alrededor del cuello de su hija.

—Mamá... ya dejé de ser una niña hace mucho tiempo...

—Pero tú siempre lo serás, siempre serás mi niña... —aseguró con un hilo de voz; las lágrimas y la emoción no le permitieron hablar con mayor claridad—. ¿Cómo dejé que sufrieras tanto? ¿Cómo permití que te separaran de ella?

Aquellas preguntas se quedaron suspendidas en el aire. Ahora ya nada de eso importaba.

* * *

La guapa vecina aporreó la puerta con sus nudillos a la vez que aguardaba sonriente con una botella de vino tinto en la otra mano. Mientras esperaba en el pasillo, hizo un breve balance mental de los acontecimientos de los últimos tres meses. Su objetivo primordial había sido huir de Filadelfia, huir de su trabajo, huir de su vida y, sobre todo, huir de su marido, Clive Wilson. Y, hasta ese momento, lo había logrado. Nadie, absolutamente nadie, conocía su verdadero paradero, ni siquiera su verdadera identidad: Noah Anderson. El día que decidió desaparecer se prometió a sí misma que bajo ningún concepto regresaría, porque preferiría mil veces la muerte antes que regresar de nuevo a su lado.

Alguien que no esperaba abrió la puerta con una dulce sonrisa en los labios. Noah se quedó observando a aquella preciosidad de niña. Debía de tener unos ocho años, a juzgar por la estatura y la apariencia; tenía una larga melena castaña con ligeros destellos en tono cobrizo y unos enormes ojos turquesa tan expresivos que era del todo imposible no perderse en ellos.

Noah se inclinó ligeramente apoyando las manos en sus muslos para estar a la misma altura que la niña y así facilitar la conversación:

—Y tú, ¿quién eres? —le preguntó Noah divertida.

—Eso debería preguntarte yo a ti, ¿no? —le corrigió con un bonito timbre de voz.

—Bueno. Ahí me has pillado, jovencita... —Le sonrió dulcemente. A Noah le encantaban los niños, pero en especial las niñas sabelotodo como aquella—. Me llamo Kelly.

Noah le ofreció la mano para tratar de formalizar aquel primer contacto, pero la chiquilla, en cambio, arrugó el entrecejo mientras meditaba qué hacer.

—¿Eres tú la vecina rarita?

Noah, tras oír aquella pregunta, no pudo evitar abrir los ojos como platos y empezar a reír sin parar. Se irguió mientras se llevaba las manos al vientre, porque le dolía horrores de tanto reír. Aquella niña le había levantado el ánimo, sin lugar a dudas.

—Charlotte, ¿qué está pasando aquí? —Se oyó una voz masculina y grave acercándose al umbral de la puerta. Al llegar junto a la niña, se encontró con la divertida escena. Noah continuaba riendo y Charlotte la miraba con cara de pocos amigos.

—Es la vecina rarita, papá... —le contestó.

Frank la miró anonadado unos segundos. ¿Por qué se reía tanto?, desde luego el apodo de «rarita» se lo estaba ganando a pulso y, sin darse cuenta, empezó a contagiarse también. Sin duda aquella joven tenía un magnetismo especial, porque ni él recordaba haberse reído tanto en toda su vida.

—Pues yo no le veo la gracia por ningún lado —murmuró la niña cruzando los brazos enojada

aún sin comprender—. Me marcho a la cocina, voy a pintarme las uñas.

Charlotte se giró para entrar de nuevo en el apartamento y ambos se quedaron a solas. Prosiguieron las risas, envolviéndoles unos minutos más, hasta que gradualmente aminoraron para convertirse en un par de sonrisas dibujadas en sus caras.

Noah, entonces, alzó la vista hacia el joven de pelo castaño y penetrantes ojos oscuros que la miraba con gran curiosidad. Gabriel le había hablado de ella, poniéndole sobre aviso, así que afortunadamente jugaba con bastante ventaja.

—Soy Frank, compañero de Gabriel. —Le tendió la mano—. Y tú debes de ser Kelly, su vecina.

—Así es.

Noah le estrechó la mano educadamente sin dejar de mirarle a los ojos. Frank era un chico apuesto y muy alto, de metro noventa de estatura para ser exactos, y de espalda ancha muy probablemente por la práctica de algún deporte acuático. Y, pese a tener unas manos enormes que podrían abarcar casi dos del tamaño de ella, éstas eran suaves al tacto.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. —Le sonrió, esta vez enseñando los dientes—. Esto... ¿puedo pasar?

—Mmm... claro, perdona. Pasa, pasa...

Realizó un gesto con la mano, invitándola a entrar.

—Toma —dijo Noah entregándole la botella de vino tinto—. Como no sé qué es lo que suele acompañar una tortilla de patatas, pues... he traído esto.

Frank giró la botella entre sus manos y acto seguido leyó la etiqueta.

—Vaya —silbó—, un reserva Ribera del Duero...

—No vayas a pensar que entiendo de esas cosas —sonrió a medias—, únicamente me he limitado a ir a la bodega de la calle 55 y les he explicado que era para acompañar una comida típica española.

—Pues desde luego han acertado. —Sonrió—. Sin duda quien te lo ha vendido quería que no defraudaras.

Noah empezó a caminar sonriente hacia la cocina, seguida de la atenta mirada de Frank. Gabriel, que estaba concentrado cocinando, se giró al oír acercarse unos pasos tras de sí.

—¡Hombre, por fin estamos todos!... A no, que falta el chucho —bromeó Gabriel dando la vuelta a la tortilla.

Noah puso los ojos en blanco.

—Dana, la perrita se llama Dana.

—Ya lo sé, pelirroja. —Le guiñó un ojo y luego se acercó para darle un beso en la mejilla—. No te enfades, no era más que una estúpida broma, ya conoces mi humor irónico...

—Sí, ya lo conozco —añadió negando con la cabeza después de sentarse en una de las sillas junto a Charlotte.

Gabriel miró a su compañero y luego a la niña, que se pintaba las uñas de color azul celeste.

—Supongo que me toca hacer las presentaciones pertinentes —pronunció tras reservar la tortilla en un plato llano y dejarlo sobre la mesa—. Él es Frank, mi compañero de trabajo y mi amigo.

Gabriel le frotó el brazo en señal de aprecio y luego prosiguió:

—Y esta monada de aquí es Charly, su hija.

—Hola de nuevo —añadió Noah sonriéndole.

La niña no levantó la vista, siguió mascando su chicle, haciendo ruiditos. No tenía el más mínimo interés por ella y así mismo se lo mostró.

—Charlotte, no seas maleducada —la regañó su padre apartando la laca de uñas de su lado para que le prestara atención—. Estoy esperando...

Ella bufó y luego chasqueó con la lengua.

—Hola —murmuró esta vez mirándole a la cara.

—¿Eso es todo? ¿Esos son los modales que te he enseñado? Tienes ocho años, eres casi una señorita.

—No te preocupes... —intervino Noah para que aquello no fuera a mayores—. Ya nos hemos presentado antes en el rellano, por eso ahora no comprende por qué ha de hacerlo de nuevo.

Noah le guiñó un ojo a Charlotte y la niña relajó algo el semblante. Frank dejó de insistir y se puso a hablar con Gabriel de un proyecto muy importante que tenían entre manos. Jessica, antes de marcharse, le había dado carta blanca para hacer y deshacer a su antojo, confiaba en él y también en Gabriel; desde un primer momento, juntos habían formado un buen equipo de trabajo.

Noah suspiró.

Precisamente aquella no era la comida que tenía en mente. Hubiera preferido estar a solas con Gabriel, porque era demasiado arriesgado que tanta gente supiese de su existencia, además de ser muy peligroso.

Volvió a suspirar, esta vez algo más aliviada. Un padre y su hija, ¿qué mal podían causarle?

«Deja de tener paranoias y relájate —pensó para sus adentros—. Creo que debes volver a apuntarte a clases de *taichí*.»

59

Al llegar a los postres, Gabriel abrió una nueva botella, esta vez una bien fría de cava. Buscó tres copas de cristal y puso una a cada uno de sus invitados y la otra en su lado, encabezando la mesa.

Primero rellenó la copa de Frank y después, al querer hacerlo con la de Noah, ésta la tapó colocando su mano encima.

—Gracias, Gabriel, pero creo que ya he bebido suficiente —dijo negando con la cabeza a modo de disculpa.

—¿En serio no quieres probar un poco?

—Me temo que no. No estoy acostumbrada y los efectos que el alcohol suele provocarme es mejor que no los conozcas. —Sonrió sin separar los labios y luego miró a Frank, quien estaba sentado frente a ella.

—Yo tampoco estoy acostumbrado, de hecho hacía meses que no lo probaba, pero como Gabriel se empeñó en celebrar mi ascenso, me he visto obligado a no hacerle un feo —añadió notándose algo más achispado que un momento antes.

—Tu merecido ascenso —le rectificó—. No lo olvides.

Frank sonrió sólo a medias. Sin duda jamás se había definido como una persona sedienta de poder, siquiera ambiciosa, sino todo lo contrario. Pero la repentina marcha de Jessica había supuesto para su carrera un atractivo reto. Cuando Jessica se lo propuso, dudó en aceptar o no el cargo; de hecho, la decisión final no se la comunicó hasta horas antes de su partida.

Gabriel puso la botella en el interior de un recipiente con hielos y tomó asiento. Frank le esperó para brindar y ambos bebieron justo después.

—Mmm... Está delicioso —pronunció relamiendo sus labios.

—Sí, sin duda es uno de los mejores cavas que he probado —aseguró Frank dejando la copa de nuevo sobre la mesa.

Noah los observaba sin dejar de preguntarse cómo era posible que dos personas tan diferentes lograran alcanzar aquel nivel de complicidad manifiesto en el ambiente. Sin dejar de procesar en su cabeza esa información, se llevó un trozo de tarta de chocolate a la boca y, tentada por la curiosidad, tuvo que preguntarles:

—¿Hace mucho tiempo que os conocéis?

—Lo cierto es que no. Poco más de un mes.

Con asombro, enarcó sin darse cuenta una ceja. A juzgar por cómo se comportaban, habría jurado que se conocían de toda la vida. Frank, al notar el repentino cambio en sus gestos faciales, quiso aclarar en seguida la respuesta tan escueta de Gabriel.

—Al principio empezamos a trabajar en el proyecto Kramer y, sin saber por qué, en seguida hubo buen feeling entre nosotros —le aclaró—. A día de hoy aún me sigo sorprendiendo, porque jamás me había ocurrido con nadie.

—Es cierto. A mí me pasó exactamente igual —insistió—. No necesito que pasen los años para saber que es un buen amigo, me lo demostró con creces tras el fallecimiento de mi padre.

La cara de Noah de nuevo cambió, notando cómo un repentino nudo se le formaba en la garganta.

—Lo lamento, Gabriel.

—No te preocupes, Kelly. —Le regaló una sonrisa tranquilizadora—. Al principio cuesta asumirlo, pero creo que por fin he empezado a hacerlo.

—La muerte de un ser querido jamás se supera, llegas a convivir con el sufrimiento, tratas de engañarte enmascarándolo, pero en el fondo sigue ahí.

Las palabras de Noah calaron hondo en ambos, que continuaban escuchándola en completo silencio.

—Mi madre falleció hace tan sólo tres meses —relató sin saber cómo ni por qué; aquellas palabras se habían escapado de su boca—. Desde entonces no hay un solo día en el que al menos uno de mis pensamientos no vaya destinado a ella.

—Te comprendo —aseveró Gabriel colocando una mano sobre la suya, que reposaba sobre la mesa.

Frank no sabía qué decir, ni cómo debía comportarse. Afortunadamente, aún no había llegado el momento de experimentar aquel horrible sentimiento de pérdida de un ser tan cercano y cruzó los dedos deseando que pasara mucho tiempo antes de que lo padeciera.

Gabriel dejó de coger la mano de Noah y, suspirando, se levantó para recoger los platos y acercarse a su iPod, que reposaba junto a la cartera de Frank y las llaves de su coche.

—¿Qué os parece si alegramos un poco el ambiente? —preguntó y, sin esperar respuesta, buscó una canción en el menú—. ¿Habéis oído algo del grupo El canto del loco?

Ambos negaron con la cabeza. ¿Se trataba de un grupo español?

—Os voy a poner una que Dani Martín cantó a dúo con Amaia Montero, y además os prometo que uno de estos días, si queréis, os interpretaré con mi guitarra alguna pieza de su discografía —aseguró muy animado al tiempo que daba comienzo la canción Puede ser.

Gabriel se acercó a Noah y, tendiéndole la mano, la invitó a levantarse de su asiento.

—¿Me concedes el primer baile? —le preguntó con una sonrisa arrebatadoramente sexi.

—Cómo negarme —Le devolvió la sonrisa al tiempo que rodeaba con los brazos sus hombros.

Él le estrechó la cintura entre sus manos y empezaron a bailar siguiendo el ritmo de la música.

—¿Te gusta?

—Es bonita. No entiendo mucho la letra pero suena bien.

—Es una especie de oda a la amistad, al amor y a la superación —le dijo cogiendo una de sus manos y, tras suspender su brazo en el aire, hizo que diera una vuelta sobre sí misma.

—Me gusta. Mucho.

Frank, que los observaba desde el lugar que ocupaba en la mesa, se acabó el cava y, levantándose de la silla, se acercó a ambos.

—Creo que le toca el turno al homenajeado. Al merecido homenajeado —enfatizó.

Gabriel lo miró unos segundos y poco después se separó de Noah para cederle el puesto.

—Toda tuya.

Y dicho esto salió del salón y entró en la cocina para ir a buscar otra botella de cava a la nevera.

Noah y Frank se quedaron uno frente al otro, mirándose. Luego éste la cogió delicadamente de sus muñecas, se las colocó sobre los hombros e instantes después ella entrelazó sus dedos, uniéndolos tras su nuca. Frank era un hombre demasiado alto en comparación con ella, teniendo en cuenta que ella media metro setenta y calzaba unos zapatos planos. Las manos de él se deslizaron tímidamente por las curvas de su cintura y ella aprovechó para apoyar la cabeza ligeramente en su torso.

Frank, por primera vez, pudo oler su delicado aroma a flor de azahar al mismo tiempo que sus pies danzaban y su cuerpo se estrechaba al de ella.

—Bailas muy bien para ser un hombre.

—¿Para ser un hombre? —le preguntó asombrado por su afirmación—. Lo tomaré como un

cumplido, creo.

Ella sonrió divertida, separándose un poco para poder mirarle directamente a los ojos.

—Es un cumplido —afirmó.

Estuvieron bailando hasta que la canción cesó; luego ella dejó de estar colgada de su nuca para caminar hacia el sofá de dos plazas y acomodarse en él. Frank, por el contrario, permaneció unos segundos más anclado en el sitio, pensativo. Muy pensativo. Era consciente de que su corazón, durante todo el tiempo que estuvo bailando con ella, había estado palpitando a un ritmo más rápido de lo normal.

—Venga chicos, otra copita... —dijo Gabriel enseñando la botella que acababa de abrir.

Frank salió de su ensimismamiento y se sentó junto a Noah en el pequeño sofá. Gabriel ofreció una nueva copa de cava a cada uno. Frank aceptó pero Noah la rehusó por segunda vez consecutiva.

—En otro momento, gracias Gabriel. —Hizo una mueca al tiempo que negaba con el dedo.

Gabriel, que empezaba a tener la vista enturbiada por el efecto del alcohol, se dejó caer en el sofá en medio de ambos.

—¿Qué haría yo sin vosotros? —preguntó dejando la copa sobre la pequeña mesita que había junto a sus pies y después los abrazó a la vez con gran efusividad.

En aquel preciso instante hizo aparición Charlotte; todo ese tiempo había permanecido en la habitación de Gabriel con el portátil. Se acercó hasta su padre y tiró de su mano.

—Papi, vámonos a casa, porfi... me aburro... —bufó ladeando la cabeza y poniendo morritos a sabiendas de que ese gesto nunca le fallaba; su padre era incapaz de negarle absolutamente nada.

—Vale, cariño. Dame dos minutos; mientras, ponte la cazadora.

La niña dibujó en su cara una sonrisa triunfal y, caminando dando saltitos, atrapó la prenda del perchero.

Frank se incorporó y Noah lo siguió.

—Yo también debería irme. Gracias por la comida y por la compañía, Gabriel.

Éste fue el último en levantarse del sofá y Noah se alzó de puntillas para darle dos besos. Poco después se despidieron y salieron al rellano de la escalera.

—Gracias, nos vemos mañana en la oficina —pronunció Frank algo aturdido aún por el efecto del alcohol que acababa de ingerir.

Gabriel, tras sacudir el pelo de Charlotte y pellizcarle los carrillos, abrazó a Frank para segundos después meterse de nuevo en su apartamento y dirigirse derechito a la cama. Se desvistió a medias y luego se dejó caer sobre las sábanas. Apenas sin darse cuenta, en cuestión de minutos ya dormía. Le vendría bien: además de estar agotado física y psicológicamente, volvía a estar bastante borracho.

Noah buscó las llaves para abrir la puerta de su apartamento sin quitar el ojo de encima a Frank y a su hija, Charlotte. Ambos estaban plantados frente al ascensor, esperando a que éste subiera a su encuentro. Pero justo cuando iba a meter la llave en el bombín de la cerradura y como venía siendo costumbre en ella, la alarma de su conciencia le advirtió, como si se tratara de una lucecita roja insistente y parpadeante, que no debía dejar que Frank condujera si había ingerido alcohol.

Entonces resopló resignándose por lo que iba a hacer. Se dio media vuelta y con determinación caminó hasta quedar junto a Frank.

—Dame las llaves —le dijo enseñándole la palma de su mano.

—¿Perdona?

—Que me des las llaves del coche —reiteró, esta vez con mayor ímpetu.

La niña sacó la cabeza del hueco entre su padre y la pared brindándole una mirada hostil.

—Kelly, ¿por quién me has tomado? Soy un padre responsable, nunca conduciría ebrio y menos llevando a mi hija en la parte trasera de mi coche.

—No suelo hacer juicios de valor y no dudo de tu sinceridad, pero he contado las copas que te has tomado... y digamos que eran siete...

Frank no daba crédito, ¿qué era, una especie de ángel de la guarda o más bien una tocapelotas?

—¿Sueles ser tan... controladora?

—Sólo cuando debo serlo y, en este caso, así es. —Noah no pensaba desistir, sabía que en aquel estado no estaba en condiciones de llevar un coche y no iba a permitir que arriesgara su vida ni la de Charlotte—. Me das las llaves y conduzco yo o te pido un taxi, tú eliges —reiteró enseñándole la palma de su mano una vez más.

Ambos se sostuvieron las miradas durante bastante rato, hasta que el sonido de la campanilla del ascensor interrumpió aquel duelo de titanes.

—Me había dado la sensación de que eras más consecuente, sobre todo por el hecho de tener una hija, pero por lo visto me he equivocado de lleno.

Noah lanzó una vez más la pelota de la moral hacia su tejado.

Justo en ese instante, la puerta del ascensor se abrió y Charlotte entró en su interior dando un par de saltitos. Frank miró a su hija pensativo una vez más; bien mirado, quizá no era tan mala idea.

—Por favor —insistió por última vez antes de que la puerta volviera a cerrarse.

—Está bien —protestó a regañadientes mientras se llevaba la mano al bolsillo y buscaba las llaves para luego dárselas.

Frank colocó el pie delante del sensor para que la puerta no se cerrase y ella pudiera entrar y de esta forma unirse a ellos en el interior del cubículo.

—Gracias.

El ascensor descendió hasta la planta baja del edificio y todos salieron en silencio.

Ya en el exterior, era de noche y la luna brillaba con fuerza bajo un manto de cielo oscuro. Un aire frío azotó sus rostros y Frank arropó a su hija entre sus brazos.

Su vehículo no estaba lejos, pero aún debían andar un par de manzanas hasta el garaje subterráneo donde estaba estacionado.

El silencio los acompañó una vez más hasta las escaleras de acceso al subsuelo. Frank aprovechó para acercarse a una de las máquinas de prepago y luego señaló a Noah dónde estaba aparcado su coche. Ésta no pudo evitar abrir los ojos como platos al descubrir que el coche de Frank era un Maserati Quattroporte de color negro. Quedó impresionada, no por el lujo manifiesto del vehículo, sino porque no esperaba que Frank fuese tan vanidoso.

Noah pulsó el botón del mando y las cuatro luces anaranjadas parpadearon a la vez.

—Kelly, antes de que empieces a hacer conjeturas, he de confesarte que este coche no lo he comprado yo, sino que se trata de un regalo que me vi obligado a aceptar. Yo jamás compraría uno similar. No tengo necesidad de aparentar lo que no soy. Porque lo que ves es lo que soy. —Abrió los brazos mostrándose ante ella.

Noah sonrió. Le creía, por supuesto que creía en sus palabras. Poco después Frank aprovechó para abrirle la puerta primero a ella y después a su hija, que jugaba con la Nintendo DS.

Tras subir por la rampa del garaje, Frank encendió el equipo de música sin recordar que, al hacerlo, partiría desde la última de las canciones que habían sonado con anterioridad. En este caso era de Eminem y Rhianna, *The Monster*.

Noah, que conducía a través del tránsito de Manhattan en dirección a la casa de Frank, se

quedó paralizada escuchando la letra de la canción. Era justamente como se sentía ella: un monstruo.

Tragó saliva recordando con minucioso detalle cada maldito segundo que había malgastado de su vida junto a su marido, Clive. Y, estirando de las mangas de su camisa para que él no pudiera descubrir las marcas de sus muñecas, trató de concentrarse no tanto en la letra de la canción y sí en la carretera.

60

Noah siguió las indicaciones que Frank le fue proporcionado y pronto llegaron al tranquilo barrio de Greenwich Village, situado en el bajo Manhattan. Vivía solo en una antigua pero a la vez acogedora casa de tres plantas, de la cual se sentía muy orgulloso, porque se había convertido en su hogar desde hacía varios años.

La puerta del garaje se elevó y Noah, con sumo cuidado, aparcó el Maserati en su interior.

—Gracias. —Ladeó la cabeza con una amable sonrisa—. Gracias por convencerme de que nos acompañaras hasta casa, no sé en qué estaría pensando cuando dudé de tu buena intención.

—No te preocupes. Es muy lícito dudar, no me conoces de nada y la mayoría de las veces suelo pecar de ser demasiado directa.

—Bueno, eres clara. Eso me gusta. Mucho...

Noah agachó ligeramente la cabeza desviando la mirada hacia sus manos. Lo cierto era que llevaba muy mal la parte de los halagos; al no estar acostumbrada a que la trataran con respeto, tendía a sentirse demasiado vulnerable. Era lo más parecido a mostrarse desnuda ante la atenta mirada de aquellos ojos castaños.

—Se hace tarde... debería irme...

Frank dejó de mirarla y echó un vistazo al asiento trasero. Charlotte se había quedado dormida a medio camino. Luego volvió a mirar a Noah, pensativo.

—¿Quieres subir?

Noah abrió los ojos muy sorprendida. ¿Le estaba proponiendo pasar la noche juntos? ¿Así, sin más preámbulos? ¡Por el amor de Dios! No bastaba con que fuera arrebatadamente atractivo, tuviera un cuerpo de infarto y aquellos labios... que la dejaban sin aliento a la primera de cambio...

¿Cómo se atrevía? Y, sobre todo, ¿por quién le había tomado?

Frunció el ceño enojada y decepcionada a partes iguales.

Frank se dio cuenta de su desafortunada pregunta e intentó arreglarlo, como buenamente pudo:

—Quiero decir... no me malinterpretes... ha sonado un poco raro y desde luego no era lo que quería proponerte... —soltó de forma desordenada. Cuanto más trataba de explicar sus buenas intenciones, más empeoraba la situación.

Se rascó la nuca de forma nerviosa.

—Mi intención era asegurarme de que llegabais sanos y salvos a casa.

—Y te lo agradezco, por eso quiero que... subas.

—¿Para qué? —preguntó aún sin comprender.

Frank guardó unos segundos de incómodo silencio.

—Me gusta tu compañía. Me apetecería abrir una botella y charlar, y a ser posible conocerte un poco más.

Sin duda su ofrecimiento era muy tentador y quizá en otro momento hubiera aceptado sin vacilar. Y, sin embargo, seguía teniendo dudas. ¿Podía confiar en él? Confiar en la persona equivocada podría proporcionar pistas de su paradero a su marido y eso no podía ocurrir bajo ningún concepto.

—Una. Una sola copa de vino y te dejaré marchar después. Te lo prometo.

Noah no entendía por qué le costaba horrores darle un «no» por respuesta, rotundo y sin tantas divagaciones. ¿Por qué no abría la puerta y se largaba de allí, pedía un taxi y se ocultaba en su

apartamento de la misma forma que lo había estado haciendo durante los últimos tres meses? Pero algo la retenía. ¿Eran acaso sus ojos o su mirada tan transparente?

En ocasiones Noah solía tener un sexto sentido para conocer a personas sin haberlas tratado con anterioridad. Y, aunque se negara a la evidencia, con Frank había sentido un pálpito de confianza un tanto extraño.

—¿Una?

—Una —pronunció fijando los ojos en los suyos con total convicción.

—En ese caso, acepto.

La puerta del garaje se cerró y Noah ayudó a Frank: ella llevó la mochila de la niña mientras él cogía a la pequeña en brazos y subían a la planta de arriba.

Una vez allí, él le propuso que se acomodara mientras llevaba a Charlotte a su habitación y la acostaba en la cama.

Al quedarse a solas, Noah miró a su alrededor. El salón era amplio; el mobiliario era funcional y al mismo tiempo daba la sensación de ser muy acogedor, no se observaban excentricidades ni adornos innecesarios. Se acercó a la chimenea guiada por la curiosidad de unas fotografías. En una de ellas estaba Frank junto a Charlotte y una mujer joven, de unos treinta y tantos años, morena, de piel blanca y de intensa mirada azul. En las otras dos fotografías curiosamente sólo estaban él y su hija.

Dejó de mirarlas y seguidamente se sentó en el sofá rinconera; poco después Frank apareció por la puerta respirando agitadamente como si hubiese corrido un maratón. Por lo visto había bajado las escaleras a toda prisa desde la tercera planta.

—¿Te gusta el tinto o el rosado?

—Tinto mejor.

Frank sonrió y volvió a desaparecer en busca de la botella. Tenía en mente una que reservaba para una ocasión como aquella. No tardó ni un minuto en estar de vuelta a su lado.

—*Monges* reserva del 2006. Creo que te gustará —anunció mientras le ofrecía la copa.

—Estoy convencida de que así será.

Él esperó a que ella primero lo degustara y luego diera su aprobación.

—Está delicioso.

Por lo visto la chica sabía apreciar un vino de calidad.

—Lo correcto hubiese sido dejarlo reposar una media hora antes de servir para apreciar su total potencial aromático.

—¿Cómo entiendes tanto de vinos?

—He pasado gran parte de mi vida entre viñedos. Mis padres tienen tierras. Éstas se han ido heredando de generación en generación.

—En mi caso, en cambio, el gusto por el vino lo he heredado de Clive...

Noah calló al instante, había mencionado a su marido sin darse cuenta.

Sintió palidecer recordando su último día en Filadelfia antes de desaparecer para siempre.

Ese día Noah cumplía veintiocho años. Llegó a casa como de costumbre. Dejó sus llaves y buscó a su marido. Él la esperaba en el salón, impecable, vestido con un traje negro de Armani, camisa blanca y corbata gris plateada. La recibió nada más verla cruzar la puerta.

—¿Has tenido buen día, mi amor?

—Sí, aunque estoy algo cansada.

—Eso tiene fácil solución —le respondió cogiendo su bolso y dejándolo sobre el mueble del recibidor—. Ven. Llevo toda la tarde en la cocina preparando tu plato favorito.

Ella le sonrió y él separó la silla con caballerosidad. Luego se sentó despacio, acomodándose

en ella. Las veces que su marido se esmeraba en ser romántico no había en el mundo nadie que lo igualase.

Clive cogió el mando a distancia del equipo de música y pulsó el botón «Play». El cedé que tenía reservado empezó a sonar. Se trataba del último disco de Demi Lobato que tanto le gustaba a Noah. Ella inspiró hondo; por lo visto se había acordado de que era su cumpleaños y, como si se tratara de un ritual, cruzó los dedos para que aquella cena de principio a fin transcurriera sin grandes contratiempos.

Él encendió una a una las cinco velas rojas del candelabro de bronce. Luego sirvió el vino que llevaba aireándose más de una hora.

—Tu padre me ha comentado que hoy has estado todo el día con el nuevo residente —pronunció clavando la vista en sus ojos azules al tiempo que cortaba un trozo de filete con el cuchillo y se lo llevaba a la boca.

Noah se quedó sin aire al instante y empezó a ponerse muy nerviosa. Por el tono de su voz, creía intuir por dónde irían los tiros.

—Sí, me he visto obligada a estar a su lado para mostrarle el funcionamiento del centro —titubeó sin darse cuenta.

Clive negó con la cabeza insistentemente. Su rostro había cambiado de forma radical. Arrugaba con intensidad cada una de las facciones de su cara.

—¿Eso es todo? ¿No te olvidas de algún detalle? —le preguntó con frialdad.

Noah se removió incómoda en el asiento y dejó los cubiertos sobre la mesa; sintió cómo ambas manos le empezaban a temblar. Trató de mantener la calma, pero sus piernas también bailaban descompasadas.

—Estoy esperando una respuesta —insistió limpiándose la comisura de los labios con la servilleta—. ¡¡¡Ahora!!!

Del grito que pegó, el cuerpo de Noah dio una fuerte sacudida.

«No, por favor... otra vez no, no, no... por favor...», se repetía una y otra vez con los ojos cerrados, como si se tratase de una pesadilla de la que fuese incapaz de despertarse.

—Sabes que no me gusta que me ocultes cosas, Noah... no lo soporto...

—Lo si-en-to... —imploró en un débil hilo de voz.

—Te han visto en la cafetería con él... —dijo mientras se levantaba de la silla—. Te han visto muy a gusto con él...

Clive dio unos pasos hasta quedarse a su lado.

—Sólo hemos... desayunado...

Él soltó una fuerte carcajada y luego cerró un puño y golpeó con fuerza la mesa. Noah se estremeció, apretó con fuerza los ojos y se abrazó. Estaba tiritando a la vez que trataba con todas sus fuerzas de no romper a llorar delante de él, pues eso solía alimentar aún más su ira.

—¿Por qué disfrutas humillándome delante de mi personal? Dime... ¡¿por qué?! —le volvió a gritar, pero esta vez cogió su plato de comida y lo estrelló contra el suelo. El gran estruendo hizo eco en aquella sala.

Noah no pudo enmascarar por más tiempo su terror y varias lágrimas salieron disparadas de sus párpados.

—¡Mírame! —le ordenó.

Ella no se atrevía a mirarle a los ojos. Estaba horrorizada, aterrada y paralizada al mismo tiempo. Ni siquiera su cuerpo era capaz de responder a sus estímulos más inmediatos.

—¡¡Mírame, perra!!

Clive le cogió del pelo, obligándola a levantar la cabeza. Noah tuvo que mirarle a los ojos, los

cuales estaban encharcados de cólera. Se sintió perdida, indefensa, a su merced.

Una vez más fue testigo de la abominable transformación de su marido.

«El doctor Jekyll y mister Hyde.»

—Eres una perra consentida... que no sabe apreciar lo que tiene. Trabajo duro. Te cuido. Te venero —relataba estirando cada vez más fuerte su pelo—. Pero a la que me despisto... me clavas un puñal por la espalda.

Noah se llevó la mano a la cabeza para tratar de liberarse de su amarre, pero Clive seguía retorciendo su pelo. Ella gimió y gritó de dolor.

—¿Te duele?... Pues esto no es nada comparable a cómo me siento yo... —respiraba agitadamente.

—Suéltame, por favor... te lo ruego... por favor...

Clive no sólo ignoró sus palabras, sino que además la levantó de la silla tirando con fuerza de su pelo hacia arriba, arrancándole varios mechones a su paso. Noah volvió a gritar balbuceando una nueva súplica, que únicamente resonó en el interior de su cabeza.

—¿Cuándo aprenderás la lección? ¿Cuándo?... —Sus dientes rechinaban a cada sílaba y su aliento con olor a tabaco y a vino chocaba contra sus labios—. Tengo que domesticar tu mal comportamiento.

Clive miró al suelo, al plato y a la comida que yacían esparcidos en éste.

—Ahora vas a recoger ese destrozo... pero antes, vas a terminarte la cena que tanto esfuerzo y tiempo me ha hecho perder... y todo para nada...

Dicho esto, la lanzó contra el suelo violentamente. Noah cayó de rodillas y él se agachó para sujetarle nuevamente la cabeza y obligarla a comer del plato. O, mejor dicho, de los añicos que quedaban de lo que antes había sido un plato.

—¡Come, perra! —exclamó aplastando su cara contra los trozos astillados de cerámica y la comida—. ¡¡Come!!

Una de las astillas se clavó en su delicada piel y pronto emanó un hilo de sangre. El cuerpo de Noah seguía temblando, sentía frío, mucho frío.

Conocía a su marido y sabía que no la dejaría en paz hasta que hiciera lo que le había ordenado. Así que, para acabar con aquel infierno lo antes posible, cogió con las manos uno de los trozos de carne y se lo llevó a la boca. Al masticar, notó que unido al trozo de carne había pequeños fragmentos de cerámica, pero eso no la detuvo. Continuó, aunque de vez en cuando sintiera arcadas, aunque se cortara en ocasiones con aquellos trozos de cerámica, aunque se odiara por lo que estaba haciendo.

Clive se sentía muy poderoso. Tenía a su mujer comiendo del suelo, como él quería. Permaneció allí hasta que casi acabó, no sin antes propinarle una patada en la barriga que la dejó semiinconsciente retorciéndose de dolor y, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano, se empezó a despedir de ella:

—Me largo, pero, cuando regrese, quiero ver que todo esto está de nuevo limpio y ordenado.

Se puso su abrigo largo de paño y su sombrero preferido.

—¡Ah...! Por cierto, saludaré de tu parte a tu amiga Clöe. ¿Sabías que es insaciable en la cama? No como tú, que eres pésima. Patética. No serías capaz de ponérsela dura a nadie ni siquiera proponiéndotelo. —Se rio con crueldad.

Cogió las llaves de su casa y, antes de desaparecer, le dijo:

—Feliz aniversario...

Noah por fin se quedó sola, tirada de cualquier manera en el suelo, como un perro. Aún seguía aturdida por el impacto de la patada y los malos tratos físicos y psicológicos recibidos aquella

noche. Se abrazó haciendo un ovillo y por fin pudo llorar con desesperación. Se sentía perdida, hundida, ultrajada... No hacía ni una semana que había enterrado a su madre y Clive ni siquiera fue capaz de concederle una tregua a su luto.

«Mamá, no puedo más... Dame fuerzas, porque yo ya no las tengo... Ya no tengo motivos por los que seguir... luchando, he perdido mi integridad... he perdido mi dignidad… Te necesito... te necesito... te necesito... tanto.»

Abrió los ojos lentamente aunque le escocían de tanto derramar lágrimas. Acercó una de sus manos a los trozos de cerámica y eligió el más grande y el que más desfilado estaba. Dobló cada una de las mangas de su blusa y, tras respirar hondo y profundo, pidió perdón y se rebanó con saña ambas muñecas.

Pronto la sangre comenzó a salpicar el suelo y su ropa. Noah se tumbó en el suelo, boca arriba, y cerró los ojos esperando su ansiada muerte. Nunca había estado más tranquila, por fin se sentía en paz consigo misma.

Y entre tanto silencio y su lenta respiración, pudo oír cómo la canción *Skyscraper* de Demi Lobato sonaba como una dulce melodía en su cabeza.

Entonces Noah, tras escuchar aquellas palabras antes de perder por completo el conocimiento, abrió los ojos y lo tuvo claro, como una revelación en su alma. No iba a morir, no iba a dejarlo ganar, no iba a tirar la toalla... Iba a vivir, iba a luchar aunque fuese la última cosa que hiciera.

«Vivir o morir. Elijo vivir...»

Y dicho esto se incorporó tambaleándose hasta la mesa. Había perdido mucha sangre. Casi a tientas, con la visión borrosa, logró taponar sus lesiones con un par de servilletas de ropa. Luego, sin perder más tiempo, entró en uno de los cuartos de baño donde guardaba el botiquín de primeros auxilios y se vendó ambas muñecas con gasas y esparadrapo. Había logrado frenar la hemorragia. Se lavó la cara y las partes del cuerpo que seguían teñidas de rojo. Después cogió una caja de antibióticos y un par de jeringuillas por si más tarde tuviera fiebre a causa de la infección. Salió de allí y entró en su dormitorio. Se cambió de ropa cuidando de no hacerse daño en las muñecas con el roce. Buscó en el fondo del armario aquella cajita que escondía por si un día reunía el coraje suficiente para abandonarlo. Ese día había llegado. La abrió y, mirando el fajo de billetes de cien dólares unidos por una goma, cerró los ojos y, estrechándolos entre sus manos, volvió a cerrarla de nuevo.

«Éste es mi pasaporte hacia una nueva vida. Adiós, Clive. Adiós, Noah...»

Salió de la casa, sin equipaje, sin identidad, enterrando el pasado en los cimientos de aquella casa, para no regresar jamás.

—Kelly... ¿te encuentras bien?

Frank trataba de hacerla volver en sí. Acercó la mano a su mejilla, que seguía pálida como la nieve. Rozó con las yemas su piel, estaba tan fría como un témpano; mantenía una mirada tan absorta y tan perdida que se alarmó.

—Kelly... vuelve... por favor...

Noah escuchó su voz entre susurros y, como si de un sueño se tratara, se despertó de su ensimismamiento, regresando de nuevo a su lado.

—¡Dios mío!... Kelly... ¿qué es lo que te pasa?

Tras volver en sí, se encontró con la mano de Frank sobre su mejilla y, asustada, retrocedió en el sofá.

—Debo irme.

Bajó casi de un salto del sofá y corrió a la puerta del recibidor. Frank siguió sus pasos.

Noah, sin ponerse la chaqueta, abrió la puerta de la calle. Frank, antes de dejar que saliera de

allí sin saber qué era lo que le pasaba, le cerró el paso.

—¿Es por algo que he dicho o he hecho?

—No —negó sintiendo que las lágrimas afloraban en la comisura de sus ojos azules.

—Entonces no te vayas —le dijo mientras le cogía de una de las manos y acariciaba con la otra su muñeca.

Frank notó aquellas cicatrices que marcaban su piel. Abrió los ojos extrañado al tiempo que deslizó la manga de su blusa para verlo más de cerca. Aquellas marcas aniquilaban de lado a lado la delicadeza de su piel.

—¡Cielos... Kelly! ¿Pero qué te han hecho?

Ella agachó la cabeza y escondió sus manos en la chaqueta.

—Por favor, déjame salir... —imploró mientras alzaba de nuevo la mirada y se encontraba con la suya.

Vio a través de sus ojos suplicantes su verdadera necesidad por huir de allí, así que dejó de cerrarle el paso; muy a su pesar, abrió un poco más la puerta y la dejó marchar.

61

Noah salió del taxi y, como una ráfaga de aire, corrió rauda y sin detenerse escaleras arriba hasta su apartamento. Entró en su interior y, tras cerrar la puerta, se quedó varios minutos con la respiración agitada y todo el cuerpo tembloroso apoyado en la madera.

Clive y Frank. ¿Cómo podían existir dos personas más diferentes en este mundo? Uno era la antítesis del otro.

Su corazón empezó a martillear su pecho más intensamente al tiempo que su lengua acariciaba su nombre de nuevo: Frank...

«Huye cuanto antes de mi vida... No soy buena para ti... Estoy demasiado rota por dentro...»

Noah zarandeó la cabeza y unos mechones tocaron su rostro. Trató con todas sus fuerzas de borrar los intensos ojos de Frank de su mente. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? ¿Por qué?... ¿por qué?

Se descalzó y dejó la chaqueta y el bolso colgados en la percha.

Caminó hacia el iPod. Necesitaba escuchar aquella canción... una vez más, sola, en completa soledad.

Se apoyó en la pared y, tras inspirar muy hondo, se deslizó por ella hasta sentarse en el suelo y envolver las rodillas con sus brazos al tiempo que hundía la cabeza entre las piernas.

Los primeros acordes del piano de la balada *Trust Issues*, de Emmalyn & Dj Hunt, invadieron lentamente sus tímpanos y poco a poco se apoderaron de su alma.

Cerró los ojos con desesperación sin dejar de llorar.

De repente, alguien aporreó con vigor la puerta de la calle. Noah levantó ligeramente la cabeza mirando en aquella dirección sin moverse del sitio. ¿Quién podía ser a esas horas? ¿Gabriel? Esperó unos segundos más en silencio, convencida de que, si no hacía demasiado ruido, ese alguien se marcharía. Pero por desgracia no ocurrió así, sino todo lo contrario: la intensidad de los golpes se agravó por momentos.

Noah, entonces, no tuvo más remedio que incorporarse y acercarse hasta allí, caminando de forma silenciosa y sorbiendo por la nariz a la vez que secaba sus lágrimas en las mangas de la camisa.

Abrió la mirilla y ojeó a través de ella. Era él.

Su corazón empezó a palpitar a un ritmo frenético y su cuerpo a experimentar una extraña sensación; por lo visto algo estaba comenzando a crecer en su interior a marchas forzadas: «las famosas mariposas revoloteando en su estómago.»

—Kelly, ábreme la puerta, por favor... sé que estás ahí... —suplicó casi entre susurros. Sabía que estaba en casa porque era capaz incluso de notar su presencia al otro lado—. Necesito saber que estás bien... y no pienso marcharme hasta que me dejes entrar... Puedo esperar toda la vida... incluso toda la eternidad...

«Cabezota», murmuró ella.

Luego, tras inspirar profundamente, deslizó las yemas por las cicatrices de sus muñecas de nuevo para recordar lo que fue y reunir todo el valor necesario para dejar de darle de una vez por todas la espalda a la vida.

Justo después, soltó todo el aire que retenía en los pulmones y, con determinación, giró el

pomo de la puerta.

Noah abrió los ojos al verlo. Frank respiraba con dificultad, tenía el pelo revuelto y sus pupilas estaban completamente dilatadas.

Ambos permanecieron en el sitio, mirándose, lidiando por separado cada uno con su propia batalla interior.

De pronto, Frank, casi sin apenas meditar, dio un paso al frente, acercándose con cautela. Noah abrió la boca al notar que le faltaba el aliento al ver cómo se aproximaba.

—Kelly... yo no soy él.

Y dicho esto, dio un nuevo paso y luego otro hasta quedar a menos de medio metro de su cuerpo.

Noah, en un intento fallido por evitar volver a derramar más lágrimas, empezó a llorar. Y en ese instante Frank quiso arriesgarlo todo, a sabiendas de que era muy probable que ella lo rechazara. Secó con los pulgares aquellas gotas que mojaban sus mejillas para después poder acariciarle delicadamente y sin prisas el rostro.

Noah cerró los ojos y él la miró como si necesitara aprenderse cada rasgo de su cara. Con ternura rozó su delicada piel, regalándole varias caricias.

—Yo no soy Clive... Yo jamás te haría daño...

Noah abrió los ojos como una revelación.

Frank deslizó ambas manos alrededor de su cuello para llegar hasta su nuca. Acercó los labios a su boca y la besó muy despacio con tanta dulzura que parecía que fuesen uno solo.

Nunca antes nadie la había besado igual y muy probablemente nadie lo volvería a hacer.

Frank cerró la puerta tras de sí con el talón y ella abrió los ojos, regresando de nuevo a la cruel realidad.

—Márchate antes de que puedas arrepentirte...

—No pienso irme —dijo sin dejar de rozar su cara con dulces caricias—, déjame entrar en tu vida, déjame cuidarte...

—No.

—¿Por qué? Dame una buena razón y desapareceré para siempre de tu vida.

Ella lo miró suplicante.

«Por favor, no me obligues a enseñarte mis demonios... por favor.»

Frank estaba esperando la respuesta de por qué debía irse, sin más. A Noah, en cambio, sólo le bastó recordar cada una de las cicatrices de su cuerpo y quién se las había ocasionado para reaccionar.

—Porque tengo demasiadas cicatrices en mi alma.

Frank, tras escuchar de su boca aquellas palabras, se estremeció sin poder evitarlo.

¿Cómo podía existir un solo ser humano que quisiera causar daño a aquel ángel de ojos azules?

Él insistió:

—Déjame curarte...

Noah negó con la cabeza una vez más. Tenía que hacerle entender que debía desaparecer cuanto antes y, si para conseguirlo tenía que asustarlo, lo haría.

Así que dio un par de pasos atrás sin dejar de mirar en ningún momento aquellos ojos oscuros.

—Tus ojos únicamente pueden ver mi rostro pero no son capaces de ver el monstruo que realmente soy.

Noah llevó las manos al primer botón de la camisa mientras Frank seguía sus movimientos con atención.

Ella comenzó a desabrochar lentamente uno a uno los botones de su camisa. Al llegar al último botón, hizo una pausa. Tragó saliva, necesitaba reunir fuerzas para no romper a llorar y poder mostrar su alma desnuda ante él.

—Esto es lo que soy... —pronunció al tiempo que cerraba los párpados y abría la camisa, mostrándole así su cuerpo.

Al instante las pupilas de Frank se dilataron, bañándose con lágrimas de impotencia y de rabia. El monstruo no era ella, sino el malnacido que la marcó de aquella forma para el resto de su vida.

Tenía decenas de quemaduras de cigarrillo en los pechos y en el vientre. Noah, poco después, se giró y dejó caer la camisa mostrándole que en la espalda había muchas más marcas. Éstas producidas, presumiblemente, por un cinturón o una vara de hierro.

Frank estaba tan sumamente horrorizado por lo que estaba presenciando que sentía como si le hubiesen arrancado de cuajo el corazón y después lo hubieran hecho pedazos.

Sobraban las palabras. No era necesario decir nada. Quien le infligió esas marcas merecía arder en el infierno una y otra vez.

Frank le cubrió la espalda con la camisa y después la abrazó, rodeándola con sus fuertes brazos.

—Ahora que ya conoces a mi monstruo, sobran las excusas para que desaparezcas de una vez por todas de mi vida... —le susurró sin dejar de temblar.

—No pienso irme a ningún lado —repuso firme y seguro—, porque es aquí donde quiero estar, porque es contigo con quien quiero estar.

Le dio la vuelta con cuidado y, tras mirarla intensamente a los ojos, la sujetó de la barbilla y la volvió a besar, pero esta vez con mayor fervor, como si le fuera la vida en ello, como si no existiera un mañana.

Y, por primera vez en su vida, Noah empezó a dejar de sentir miedo.

Poco después Frank dejó de besar sus labios para dedicar su atención a besar su cuello, con besos cortos y delicados. Noah sintió estremecer todo su cuerpo.

—Déjame cuidarte como te mereces... —susurraba mientras descendía por el hueco de sus pechos y besaba cada una de las horribles cicatrices. Luego se detuvo en su vientre y realizó la misma operación. Besó con esmero cada nueva cicatriz que descubría.

Noah no podía dejar de tiritar.

—No me hagas esto... no puedes quedarte en mi vida, no debes...

—Shhh... —la silenció en un susurro—. Por favor, cierra los ojos y siénteme...

Frank se incorporó y, cogiendo su mano, la guio hasta la única habitación del apartamento. Ella esta vez ni siquiera se lo impidió.

Al llegar junto a la cama, la miró una vez más hasta perderse en la profundidad de su mirada azul. Necesitaba encontrar en ella una especie de aprobación en algún gesto o en alguna palabra de aliento.

Y entonces ella pronunció sin vacilar:

—Confío en ti.

Frank sonrió levemente, era cuanto necesitaba oír.

Cogió sus manos y las llevó hasta el cuello de su camisa para que fuese ella quien tomase la iniciativa. Y así lo hizo. Comenzó a desabrochar lentamente cada uno de los botones. Al acabar, Frank quedó con el torso descubierto, permitiendo así que Noah pudiera ser testigo de su belleza masculina.

Noah deslizó sus manos tímidamente por sus pectorales y por el escaso vello rizado que se dibujaba como una sombra sobre el esternón.

Abrió los ojos sorprendida. Tenía una marca.

Frank, al darse cuenta de su hallazgo, enarcó una ceja, luego sonrió y finalmente se encogió de hombros.

—Como ves, todos tenemos cicatrices.

Y después de aquellas palabras, la tumbó con cuidado sobre las sábanas y le hizo el amor con calma y con mucha dulzura.

Noah aquella noche pudo descubrir por primera vez en su vida lo que era sentirse cuidada, venerada y tratada con respeto, sin temor a recibir humillaciones, vejaciones y violaciones, tanto hacia su persona como a su integridad.

Al acabar de hacer el amor, Noah se acurrucó entre los brazos de Frank y se desahogó, llorando desconsoladamente.

Se había dado cuenta de que había malgastado su tiempo y parte de su juventud al lado de un sádico sin escrúpulos. No sólo no la había amado, sino que tampoco la llegó a desear nunca como mujer.

Noah, poco después, sin darse cuenta, se quedó dormida entre sus brazos.

62

Manhattan, tres meses más tarde

Era 21 de diciembre. Faltaban pocas horas para que el otoño abandonara las calles de Manhattan y diera paso a los fríos días del invierno. Ya habían transcurrido casi tres meses desde que Gabriel vio por última vez a Jessica. Desde aquel entonces no habían mantenido ningún tipo de contacto. Ni una llamada, ni siquiera un simple mensaje de texto. Así que, día a día, la esperanza de volver a verla se fue desvaneciendo hasta el punto de resignarse a la evidencia y dejar de seguir esperándola.

Gabriel caminaba taciturno hacia Andrews&Smith, degustando con tranquilidad su primer cigarrillo de la mañana. A medio camino hizo una parada para comprar su ración de café bien cargado en un *food truck*.

—Parece que va a nevar —dijo el joven mientras se frotaba las manos esperando su dólar cincuenta.

—Sí, eso dicen —añadió Gabriel mirando al cielo y pagando el café.

El joven le entregó el cambio y después se colocó un gorro de lana de llamativos colores en la cabeza.

—Que tengas un buen día.

—Gracias, igualmente —Le sonrió mientras guardaba la moneda en el bolsillo trasero del pantalón.

Gabriel apagó el cigarrillo y aprovechó para calentarse las manos con el vaso. Luego siguió su camino; estaba a tan sólo un par de manzanas más al norte, pronto llegaría al edificio para encerrarse en su despacho, como venía siendo habitual, hasta la hora del almuerzo.

Pero aquel día iba a ser diferente. Una llamada telefónica rompió aquella rutina.

Dio un último sorbo al café mientras acercaba la mano al aparato para descolgar el auricular. La lucecita le informaba de que se trataba de la extensión 25.

Levantó ambas cejas sorprendido.

«¿Robert? ¿Qué mosca le habrá picado ahora?»

Desde la marcha de Jessica no habían cruzado una sola palabra.

Dejó el vaso sobre la mesa y salió de su despacho para cruzar el largo pasillo. A medio camino se encontró con Frank.

—Buenos días.

—Buenos días, Gabriel, ¿adónde vas?

—El jefe, que por lo visto quiere verme. —Sonrió con sorna.

Las cejas de Frank se levantaron ligeramente.

—¿Y no te ha dicho qué es lo que quiere?

—No —respondió encogiéndose de hombros.

—Bueno, en ese caso... que tengas suerte. —Le palmeó la espalda.

Gabriel empezó a andar de nuevo y luego se giró para llamar la atención de Frank desde la distancia.

—¿Comemos juntos?

—Lo siento, hoy no va a poder ser. Kelly quiere aprovechar para ir de compras. Ya sabes... cosas de mujeres y la obsesión por tenerlo todo controlado... Lleva toda la semana nerviosa

porque no quiere dejar nada al azar ni olvidarse de algún detalle para la cena de Nochebuena.

—Pues en ese caso nos vemos luego.

Tras despedirse, entró en el despacho de Robert. Éste estaba sentado en su sillón de piel negro hablando por teléfono sin dejar de mirar a través del gran ventanal. Gabriel se acercó y tomó asiento en silencio.

—Sí. Cariño, ya sabes que estoy en continuo contacto con el doctor Olivier Etmunt. No. Bueno, eso depende...

En ese instante Robert se giró y se topó con los ojos de Gabriel.

—Cariño, debo dejarte... tengo visita. Te llamo luego, pero antes debes prometerme que vas a seguir a pies juntillas la medicación... Sí. Te quiero. Adiós.

«¿Medicación? ¿Te quiero?...», pensó Gabriel para sus adentros.

Que supiera, Robert no tenía ninguna relación reconocida, salvo la que había sido de dominio público con... Jessica.

Gabriel abrió los ojos. ¿Cabía la posibilidad de que la conversación que Robert acababa de mantener fuese con ella? De ser así, significaba que aquel era el número de teléfono de ella. Si eso era cierto, debía conseguirlo como fuese. Jessica, desde hacía tres meses, no se dignaba contestar sus llamadas; de hecho, cada vez que lo intentaba se oía la voz impersonal de una máquina que decía «el número marcado ha dejado de ser operativo».

—Te he citado un lunes a primera hora porque tengo algo importante que proponerte —le dijo cruzando las piernas al tiempo que estiraba la espalda en el asiento.

—Tú dirás.

—Como bien sabes, en estas oficinas no vamos sobrados de personal.

Gabriel asintió.

—Pero se ha presentado una inmejorable oportunidad.

Robert giró la pantalla de su ordenador para que pudiera mirar en ella mientras le mostraba una fotografía.

—Supongo que estarás al corriente de que, desde hace meses, andamos detrás de un gran proyecto.

—Sí, el del puente de Cleveland.

—El mismo.

—Pues no sólo se han avanzado las obras, sino que necesitan a alguien allí, para anteayer.

—Y has pensado en mí.

—Así es.

«Elegante forma de deshacerte de mí, ¿no, Robert?»

Gabriel sonrió sólo a medias con sarcasmo y Robert, sin dejar de ocultar su regocijo, respiró victorioso inflando el pecho como si se tratase de un pavo real.

—¿Eso significaría pasar fuera los próximos dos años?

—Cierto.

—¿Puedo meditarlo o se trata de una decisión definitiva?

—Lo segundo.

Gabriel arrugó el entrecejo.

«¡Serás cabrón!»

No tenía opciones. Eso significaba mudarse: cambio de apartamento, de ciudad y volver a empezar una nueva vida en otro lugar.

De repente, alguien llamó a la puerta. Era Alexia.

—Perdón.

—¿Si, Alexia?

—La visita de las diez aguarda en la sala de juntas —dijo con timidez.

—En seguida voy.

Pero Alexia no se movió del sitio, poniendo cara de circunstancia.

—¿Algo más? —preguntó resoplando por la nariz.

—Me han dicho que disponen únicamente de media hora. Luego han de tomar un avión a México.

Robert carraspeó y luego se levantó del asiento.

—Seguiremos hablando más tarde, Gabriel.

«Claro, para darme la patada en el culo que ansiabas desde hace meses.»

La estancia quedó vacía en cuestión de segundos. Robert entró en la sala de juntas, Alexia regresó a recepción y Gabriel, tras simular que se encerraba en su despacho, volvió a salir para entrar con sigilo en el de Robert.

Ajustó la puerta tras de sí y, sin perder más tiempo, corrió al escritorio.

—Veamos... —descolgó el teléfono buscando en el menú la última llamada— ¡qué extraño!

El prefijo que encabezaba la numeración no era internacional como esperaba.

Gabriel no lograba entenderlo. ¿No se suponía que Jessica estaba en Londres? Quizá había malinterpretado la conversación de Robert y tal vez no había estado hablando con ella. De todos modos, necesitaba salir de dudas. Así que, sin apenas meditarlo, presionó con decisión el botón de rellamada: un tono, dos... tres... y al cuarto una voz femenina dio respuesta:

—¿Robert? ¿Qué te has olvidado decirme esta vez?

Aquella voz sonó débil al otro lado del hilo telefónico.

Gabriel se quedó mudo.

Hacía tres meses que no oía su voz. Casi la había olvidado, al igual que su rostro y sus preciosos ojos azul zafiro.

Notó cómo un doloroso nudo se le empezaba a formar en la garganta, impidiéndole pronunciar sonido alguno.

—¿Robert? ¿Sigues ahí?

Jessica apretó un poco más el auricular a su oído, pero no oía nada, salvo lo que le parecía la agitada respiración de alguien.

—Tú no eres Robert... ¿quién eres? —preguntó confundida.

Cuando Gabriel estaba decido a responderle, la puerta del despacho se abrió de par en par y una mirada glacial lo fulminó desde la distancia.

—Pero... ¡¿se puede saber qué coño estás haciendo, Gabriel?!

Él retiró el auricular de su oreja y, reteniéndolo entre su mano, miró en aquella dirección.

—¡Largo de mi despacho!

Gabriel miró a Robert, luego al auricular y por último a la pantalla. Disponía de poco tiempo, así que trató de memorizar en su cabeza los números antes de colgar.

—¿Estás sordo?... ¡Largo! —gritó extendiendo el brazo y señalando a la puerta.

Asintiendo a regañadientes, Gabriel cruzó la estancia no sin antes preguntarle una última cosa a Robert.

—Jessica nunca ha viajado a Londres, ¿verdad?

Robert arrugó la frente y sus labios se convirtieron en una fina línea.

—¿Qué estás insinuando?

—No lo insinúo. Lo creo firmemente.

Gabriel apretó los dientes y luego soltó el aire con fuerza.

—¿Dónde está Jessica?

—En Londres.

Robert sonrió.

—¿Acaso me tomas por idiota?

Como la respuesta no llegó, Gabriel dio un nuevo paso y lo miró con un profundo odio, el mismo que Robert sentía hacia él.

—¡¿Qué le pasa a Jessica?! ¡¿Por qué no está en Londres?! ¡¿Por qué no sé nada de ella desde hace tres putos meses?!

Gabriel estaba a punto de perder los estribos. El silencio de Robert unido a su peculiar chulería estaba consiguiendo que el hervor que sentía en sus entrañas pronto estallara hacia el exterior.

—¡Habla, joder!

Robert se echó a reír.

—¿O qué?

—O te juro que...

Robert se rio, esta vez de forma escandalosa.

—¿Me estás amenazando? No me hagas reír —dijo pasando por su lado ignorándolo deliberadamente—. No te olvides de cerrar la puerta al salir.

Gabriel siguió con la mirada cómo Robert iba hasta la mesa y buscaba algo en los cajones. Tras encontrarlo, pasó de nuevo por su lado sin mirarlo.

Al ver que Robert no pensaba soltar prenda, Gabriel le cerró el paso intencionadamente antes de que éste pudiera salir.

—¿Qué coño haces?

—Sólo quiero saber dónde está —dijo cerrando con fuerza un puño.

—Pregúntaselo a ella. ¿Acaso no eras uno de sus amantes? —se burló.

Gabriel trató de contenerse con todas sus fuerzas, pero su tono chabacano y hosco acabó por exasperar sus nervios. Avanzó un paso al frente y volvió a insistir de nuevo:

—Te lo preguntaré por última vez... ¿dónde está Jessica?

—En Londres, ya te lo he dicho —concluyó guaseándose.

Robert enderezó su espalda y se colocó bien la americana y la corbata.

—Olvídate de ella, porque ella ya lo ha hecho de ti.

Gabriel empezó a resoplar por las fosas nasales y, encolerizado, le agarró del cuello de su camisa de firma para después estampar su espalda contra la pared.

—¿Dónde-está-Jessica? —se lo preguntó esta vez más despacio y con mayor énfasis.

—¿Cómo te atreves? ¡Suéltame o estás despedido!

Gabriel, al ver que ni por activa ni por pasiva pensaba confesar, hizo algo de lo que no se sintió orgulloso pero que, sin embargo, hacía mucho tiempo que quería hacer. Cerró de nuevo la mano en un puño y le asestó un gancho de derecha que le partió el labio en dos.

—Ahora... ya tienes motivos para despedirme...

Robert soltó un gemido de dolor y, maldiciendo, se llevó la mano a la nariz tratando de retener la sangre que salía a borbotones de las fosas nasales. Por lo visto Gabriel se la había partido.

—¡Hijo de puta! —bramó escupiendo sangre por la boca—. Ya puedes ir buscándote un buen abogado...

Gabriel hizo oídos sordos mientras salía de aquel lugar masajeándose la mano con la que le había golpeado. Si a él le dolía horrores, no quería ni imaginar cómo había quedado la cara de Robert.

Instantes después, cruzó a grandes zancadas el pasillo hasta llegar a su despacho, necesitaba

coger sus pertenencias y su chaqueta, para asegurarse así de no volver nunca más.

Cuando sus pies pisaron el gris asfalto, cogió el teléfono móvil y, tratando de recordar cada uno de los números, empezó a marcarlos en la pantalla táctil.

«Espero haberlos memorizado bien. —Aguardó un tono—. Vamos... Jessica... contesta. —Esperó un segundo tono—. Necesito oír de nuevo tu voz...»

Y al tercero, alguien contestó:

—Casa de los Orson, ¿dígame?

Gabriel cerró los ojos e inspiró hondo, tratando de relajarse para no asustar a aquella mujer.

—¿Es aquí donde vive Jessica Orson?

—Sí, ¿quién la llama?

—Dígale... —Hizo una pausa—. No. Mejor no le diga nada.

Gabriel discurrió algo rápidamente.

—Necesito confirmar su dirección, he de hacer una entrega urgente...

63

Gabriel hizo una parada para repostar en una estación de servicio cercana al condado de Baltimore. Aprovechó para entrar en la tiendecita y preguntar a la dependienta. No quería perderse; por lo que había investigado antes de salir de Manhattan, pronto llegaría a Centennial Park, en donde la carretera desaparecía para dar paso a un laberinto de senderos de arena y polvo.

—Serán cuatro con treinta —dijo la muchacha guardando la compra en una bolsa de papel reciclado sin dejar de mascar chicle.

Gabriel buscó monedas sueltas y las dejó sobre el mostrador para contarlas.

—Veinte, veinticinco y treinta...

—Perfecto. —Guardó las monedas en la caja registradora.

Él aprovechó para sacar del bolsillo un pequeño trozo de papel doblado en dos.

—¿Me queda mucho para llegar aquí?

Abrió el papel y lo extendió sobre la superficie del mostrador. Ella se colocó unas gafas que tenía colgando del cuello con un cordel.

—Veamos... —murmuró en voz baja y luego caminó hacia el exterior. Gabriel siguió sus pasos—. ¿Ves aquel letrero? —dijo señalando con el dedo—, ¿el del otro lado de la carretera?

—Sí.

—Pues si sigues sus indicaciones, entrarás en una especie de sendero que te conducirá a través de un bosque bastante frondoso. Al cabo de unos veinte minutos, te toparás con un cruce. Desvíate a la derecha y luego conduce siguiendo el río.

Gabriel asentía con la cabeza mientras la escuchaba con atención.

—Debes cruzar un viejo puente de madera que está suspendido en el aire y a unos... digamos... tres kilómetros llegarás a tu destino, a *Ellicott City*.

—Gracias, me has servido de gran ayuda... —le dijo colocándose de nuevo el casco y subiendo a la moto.

La muchacha de grandes ojos grises le sonrió y unos simpáticos hoyuelos se le formaron en el centro de las mejillas.

—Aquí estamos... para servir.

Dicho esto, se giró y entró de nuevo en el pequeño establecimiento.

Gabriel arrancó el motor y, cruzando la carretera, se adentró en el estrecho sendero.

Varios kilómetros después vio un claro y en el centro una bonita casa de madera de tres plantas con un extenso y cuidado jardín delimitado por un vallado.

Detuvo la moto y, tras quitarse el casco, la observó desde la distancia. Tuvo que permanecer unos minutos tratando de mentalizarse. Jessica estaba a sólo unos metros y, sin embargo, se sentía contrariado. Jamás había tenido tanta necesidad de ver a alguien, pero por otro lado la incertidumbre de no saber cuál sería su reacción al verlo después de tres meses le carcomía por dentro.

Sacó su móvil del bolsillo de la cazadora de piel y buscó en el archivo de imágenes aquella fotografía, la única que tenía de ella, la que se hicieron instantes antes de entrar en la tienda de tatuajes en el SoHo.

Inspiró hondo y supo en seguida por qué estaba allí: por ella...

Guardó de nuevo su móvil y, asegurándose de que en el otro bolsillo de la cazadora seguía a buen recaudo la cajita que había recuperado del fondo de su armario, giró el manillar para

arrancar y llegar hasta la casa.

Ayudado por el empeine, colocó el caballete y, justo antes de bajarse de la Ducatti, trató de respirar con normalidad. Las manos hacía rato que le temblaban y su pulso se había descontrolado. Estaba tan cerca, después de tantos días en soledad preguntándose los motivos por los cuales no contestaba a sus mensajes ni a sus llamadas. Y, por primera vez en su vida, sintió miedo. Miedo a descubrir la verdad. A saber que no sentía lo mismo que él y que no lo amaba de la misma forma.

Tragó saliva costosamente y alimentó sus pulmones de oxígeno inspirando con fuerza una nueva bocanada de aire.

De repente, unos pasos se acercaron con sigilo tras él, deteniéndose a escasos metros.

—¿Te has perdido?

Gabriel se giró buscando aquella voz. Cuál fue su sorpresa al encontrarse con una mujer de unos sesenta años, de cabellos ondulados parcialmente grises y recogidos a ambos lados con un par de horquillas, despejando de esta forma su ovalado rostro.

La mujer se acercó unos pasos más; había salido un momento al jardín para dar de comer a Tobby, su pastor alemán, olvidándose de ponerse las gafas. Había perdido bastante visión en los últimos años y sin ellas veía borroso.

—¿Eres Gabriel, verdad?

Sorprendido, asintió en silencio y sintió cómo su corazón daba un brinco. Si Jessica había hablado de él, quizá no todo estaba perdido.

—¿Dónde está Jessica? —preguntó nervioso.

El rostro de aquella mujer se contrajo en segundos y sus ojos se bañaron ligeramente de lágrimas.

—Primero tenemos que hablar.

Acabó de acercarse y luego le agarró del brazo con cariño.

—Me llamo Amanda Orson, soy su madre.

Gabriel trató de sonreír, pero en su fuero interior algo le avisaba de que lo que iba a encontrarse no sería de su agrado.

Amanda abrió la puerta y juntos entraron en el interior.

—Ven. Siéntate en el sofá —le dijo señalando el mueble—; voy a preparar café.

—Gracias —pudo lograr decir al fin, aún sin dejar de percibir aquel angustioso malestar.

Antes de sentarse, cogió uno de los cuatro cojines y lo apartó a un lado. Juntó las manos y empezó a hacer crujir los nudillos al tiempo que uno de sus pies taconeaba de forma nerviosa el gres.

«¡Diablos!... Muero por fumarme un cigarrillo...»

Afortunadamente la mujer pronto regresó a su lado.

—¿Te gusta con leche?

—No. Lo prefiero solo.

Amanda sonrió tímidamente.

—Igual que Jessica —dijo para sí misma.

Gabriel inspiró hondo al tiempo que veía cómo ella rellenaba dos tazas de porcelana.

—Déjame adivinar: sin azúcar.

—Así es.

La mujer sonrió de nuevo y, negando con la cabeza, se sentó a su lado. Le ofreció la taza y, tras poner leche y dos terrones de azúcar a la suya, comenzó a hablar de su hija:

—Sé que Jessica no te ha explicado los motivos por los cuales está aquí. Únicamente lo

sabemos su padre, Robert y yo, porque ésa fue su voluntad.

Gabriel no supo por qué, pero empezó a sentir frío y malestar de golpe. Tenía un mal presentimiento.

—Sólo deseo que, por el bien de ella, hayas venido porque te importa de verdad. Porque la amas y porque no la harás sufrir.

—La amo —dijo con firmeza.

Amanda entonces deslizó la mano sobre una de sus mejillas, que seguían frías como témpanos.

—En ese caso, creo que tienes todo el derecho de saber que está enferma.

Gabriel se quedó inmóvil, paralizado, en estado de shock. Jessica jamás lo abandonaría todo a no ser que su vida corriera peligro de forma inminente.

—¿Cuánto tiempo le queda?

Durante un rato, Amanda guardó silencio porque le dolía en el alma tener que contestar a aquella pregunta, de la misma forma que aún se resistía a tirar la toalla para resignarse a la realidad.

Dejó su café reposando sobre la mesita de cristal y luego miró con admirable valentía a los ojos verdes de Gabriel.

—Poco, muy poco... La enfermedad avanza muy rápido. Cada día que pasa es como si para ella pasaran años.

Gabriel se llevó las manos a la cara y luego se tapó con ellas los ojos. Él, que había tratado de mantener la compostura en todo momento, no pudo soportarlo más y se derrumbó ante ella comenzando a llorar como un niño.

Amanda guardó silencio una vez más, llevándolo a su regazo para abrazarlo con ternura.

Cuando pudo tranquilizarse, lo acompañó al piso de arriba, donde Jessica descansaba. La medicación y los parches de morfina la mantenían en un estado somnoliento la mayor parte del día.

Al llegar al final del pasillo, Amanda le indicó que aquélla era la puerta.

—Ten en cuenta que la persona que vas a ver ahora no es la misma que recuerdas. —Lo miró a los ojos con profundidad y luego prosiguió—: Mi hija ha perdido mucho peso y, debido a la disminución de plaquetas y de glóbulos rojos, le han aparecido manchas negras y azuladas por toda la piel, llamadas petequias, tanto en el cuello como en el pecho.

Amanda buscó un pañuelo en el bolsillo de su bata de cuadros para secarse con él los ojos.

—Suele vomitar casi a diario y tiene una fea tos seca.

Gabriel sintió escalofríos al imaginarse el horror que Jessica estaba padeciendo.

—Supongo que querrás estar a solas un rato...

Él asintió.

—Estaré en la biblioteca por si me necesitas. Intentaré leer un rato antes de irme a dormir.

—Gracias, Amanda, gracias por todo.

Le sonrió con amabilidad antes de desaparecer hacia la planta de abajo.

Gabriel se quedó solo envuelto del silencio del pasillo unido a su agitada respiración. Estaba a punto de verla, después de tres interminables meses. Había esperado tanto y, sin embargo, cuando llevó la mano al pomo de la puerta para girarlo, lo retiró violentamente como si éste le abrasara la piel.

«Vamos... Gabriel... Jessica está ahí mismo... demuestra que has venido por ella... no te acobardes ahora.»

Dándose ánimos a sí mismo, lo volvió a intentar. Llevó la mano de nuevo al pomo y esta vez pudo girarlo sin problemas. La puerta se abrió, filtrando la luz del pasillo y tiñendo de color la

oscuridad que hasta ese momento invadía por completo la habitación.

Luego, apoyando ligeramente la espalda en el marco, la observó desde la distancia durante segundos, minutos quizá... perdió incluso la noción del tiempo. A pesar de que había decidido no entorpecer su descanso y dejarla dormir, fue incapaz de permanecer inmóvil en el sitio.

Caminó despacio sin hacer ruido y, cuando quedó frente a ella, se inclinó para besarla con dulzura en los labios.

A pesar de la oscuridad pudo ver el rostro pálido y cadavérico de Jessica. Su madre no lo había engañado, aquel cuerpo femenino que dormía bajo aquellas sábanas distaba mucho de lo que un día fue ella.

Notó cómo el alma se le encogió y un sentimiento de impotencia se apoderó de su ser. Era consciente de que su enfermedad, día a día, intentaría ganar la batalla, pero aun así no iba a permitir dejarla marchar sin luchar.

Sonrió con tristeza y después le susurró al oído:

—No quiero volver a perderte... nunca más...

Gabriel suspiró y, tras retirarle un mechón que reposaba en la frente, la dejó de nuevo sola, para que pudiera descansar. Bajó las escaleras y salió al porche. Necesitaba respirar aire fresco. Necesitaba evadirse por unos momentos y encontrar algún sentido a toda aquella desdicha.

Se llevó la mano al bolsillo de la cazadora y sacó la cajetilla de cigarrillos. Al abrirla, se echó a reír tras darse cuenta de que no quedaba ninguno en su interior.

«¡Genial!», murmuró mirando con osadía hacia el cielo.

—¿Te has propuesto no concedernos ninguna tregua?

Y dicho esto, estrujó el paquete entre sus manos y, haciendo una bola, la guardó en el bolsillo.

Cuando Gabriel se sentó en el pequeño banco de madera de roble, se colocó los auriculares y buscó en el menú de su iPod alguna canción de Alejandro Sanz. Su voz lo relajaba y en ese momento era lo que más necesitaba, sin duda.

Acomodó su espalda y reclinó la cabeza hacia atrás al tiempo que cerraba los ojos, mientras escuchaba Y si fuera ella.

A media canción, la puerta se abrió y unos pasos se aproximaron a Gabriel. Cuando él abrió los ojos, se encontró a Amanda sujetando a su hija del brazo. Su piel bajo la luz de la luna aún se mostraba más pálida y su caminar era lento e indeciso.

Gabriel se quitó los auriculares y, dejándolos a un lado, se levantó rápidamente para recibirla.

Amanda retiró su mano del brazo de Jessica cuando Gabriel tomó el relevo.

—Os dejo a solas. Si me necesitáis estaré dentro —dijo la mujer desapareciendo poco después.

Gabriel ayudó a Jessica acompañándola al banco.

—No tenías que haber bajado. Podrías haber esperado a mañana —dijo él con suavidad.

—Creo que ya has esperado demasiado. Tres meses es mucho tiempo.

Ella inspiró hondo, se sentó a un lado y dejó sitio a Gabriel.

—Hubiera esperado una eternidad con tal de verte sólo una vez más...

—Gabriel... no hagas eso... —susurró con lágrimas en los ojos.

—¿El qué… esto?

Guió su mano hacia su rostro y comenzó a acariciar lentamente su mejilla.

—¿O… esto?

Gabriel la miró unos instantes antes de acercarse para unir sus labios a los suyos en un dulce beso.

—Perdóname.

—Shhhh... —la silenció él sellando sus labios con el dedo—. Ahora eso es lo de menos. He

venido. Estoy aquí... y no pienso huir. Me quedaré a tu lado hasta el final...

64

Cuando Gabriel se despertó, se encontró abrazando el cuerpo de Jessica. Eran las cinco de la madrugada y la habitación estaba entre penumbras. Enterró la nariz en su pelo y lo acarició, quería sentir su olor una vez más.

Antes de salir de la cama, la besó en la frente durante unos segundos. Nada más poner un pie en el suelo, Jessica se removió y en un susurro casi inexistente pronunció su nombre:

—¿Gabriel? ¿Eres tú?

—Sí. Vuelve a dormirte, debes descansar —le dijo besándola esta vez en los labios y, poco después, presa del agotamiento, se durmió de nuevo.

Antes de salir de la habitación y bajar a la primera planta, se quedó mirándola un instante.

Al llegar al pasillo de acceso a la cocina, vio una hilera de luz bajo la puerta. Por lo visto alguien más no podía conciliar el sueño aquella noche. La abrió lentamente y, procurando no hacer demasiado ruido, pasó dentro. El intenso aroma a café le envolvió dándole la bienvenida.

—Buenos días, Gabriel —le dijo Amanda mientras separaba la cafetera del fuego.

—Buenos días.

—¿Te apetece una taza de café?

Como respuesta Gabriel le sonrió y se sentó en una de las sillas junto a la mesa. Amanda quiso acompañarlo poco después.

—De un tiempo a esta parte, no consigo dormir más de cuatro horas diarias —le confesó rellenando ambas tazas—; por desgracia, tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Amanda acercó una de las tazas a Gabriel y éste la atrapó entre sus manos. El calor que emanaba de la porcelana lo reconfortaba.

—Ella es mi única hija. —Le miró a los ojos con inmensa tristeza—. Me he perdido diez años de su vida, los cuales jamás volveré a recuperar. Maldito orgullo —se culpó.

—Todos en esta vida cometemos errores, lo importante es saber darse cuenta de ello y tratar de enmendarlos.

Ella asintió agachando la cabeza.

—La vida es injusta. Morirá sin siquiera conocer a su hija. —Suspiró con lentitud mientras miraba sus manos arrugadas y temblorosas.

—Jessica no va a morir... —la rectificó con convicción—, no sin antes luchar hasta el final. No va a estar sola porque vamos a estar a su lado y, pase lo que pase, no la vamos a dejar caer.

Gabriel le cogió de la mano y la retuvo entre las suyas durante unos segundos.

—Amanda, no pierdas la esperanza, por favor... porque eso es lo único que nos queda y es en lo único a lo que podemos aferrarnos.

—Dejé de tener fe y esperanza hace ya mucho tiempo. Desde el día en que se marchó para no volver nunca más. A partir de entonces, mi vida dejó de tener sentido... y, cuando por fin la recupero de nuevo, vuelve a abandonarme a mi suerte.

Se quitó las gafas y se frotó los ojos, las lágrimas le impedían ver con claridad. Acto seguido, se levantó de la silla y, abriendo uno de los cajones de la alacena, cogió algo de su interior.

—Ella es mi ángel. —Amanda se acercó para mostrarle una vieja fotografía—. Es mi nieta.

Gabriel abrió los ojos al ver por primera vez a la hija de Jessica, sin dejar de escuchar a Amanda.

—No ha habido un solo día en el cual no me condenara por lo que su padre y yo hicimos. —Suspiró con melancolía—. El pasado 24 de septiembre cumplió veintidós años.

—¿Se sabe algo de su paradero? —inquirió.

—No. Cuando engañamos a Jessica para que firmase la adopción, sin saberlo renunció también a conocer cualquier información en referencia a los futuros padres adoptivos.

Amanda hizo una pausa.

—Lo único que logré descubrir fue que la adoptó una pareja española, pero nada más. Aparte de tener un par de manchas de nacimiento, una en el pecho y otra en la pierna.

Gabriel miró con más atención. Y, efectivamente, sobre aquel pecho desnudo había dibujada una bonita marca en forma de flor y en la pierna otra algo más diminuta.

Permaneció con la mirada clavada en aquel bebé de pocos días. ¿Por qué le resultaba tan familiar aquella marca? ¿Dónde la había visto antes? Frunció el ceño pensativo.

—¿Ocurre algo, Gabriel?

—Oh... nada, nada... —balbuceó aún abstraído al tiempo que se rascaba la cabeza y le devolvía la fotografía.

Amanda le dio un beso cargado de sentimiento a la imagen y luego se la guardó en el bolsillo de la bata.

—Me gustaría hacerme las pruebas —dijo inclinándose hacia delante—, si aún estamos a tiempo.

Ella le miró a los ojos, luego guardó silencio durante unos segundos y después le respondió suspirando con orgullo:

—Por supuesto que puedes hacértelas —añadió recuperando el aplomo—. Sin duda tu gesto es noble y te honra, y también dice mucho de ti.

—Por Jessica estaría dispuesto a hacer cualquier cosa.

«Lo sé, tus ojos no me mienten», pensó Amanda y luego prosiguió:

—Trataré de ponerte en contacto con Olivier Etmunt lo antes posible, él es su oncólogo.

Gabriel asintió con decisión.

—Él te indicará cuándo puedes ir a Manhattan para hacerte la analítica.

A media mañana, Gabriel habló con el doctor Etmunt. Concertaron una visita para el día siguiente, ya que éste estaba desde el lunes en una conferencia dedicada a los últimos avances tecnológicos en tratamientos contra el cáncer de piel.

Al día siguiente, tuvo que madrugar y levantarse muy temprano porque le esperaba un largo viaje.

Tenía una corazonada, pese a la enorme probabilidad de ser incompatible y de no poder arrancar a Jessica de las garras de la muerte. Tenía que sobrevivir. Rezó porque todo aquello no se transformara en una simple quimera, ya que necesitaba seguir manteniendo la esperanza... porque no era capaz de imaginar su vida sin ella.

Al llegar a las calles de Manhattan, la Navidad se hacía presente en cada rincón y, como si de una postal se tratara, un manto blanco cubría parcialmente las aceras.

Cuando llegó al Bellevue Hospital Center, el doctor Etmunt en seguida lo recibió, haciéndolo pasar a su consulta. Antes de tomar asiento, se dieron un fuerte apretón de manos, dando la sensación de conocerse de toda la vida.

—Te explicaré brevemente en qué consiste ser donante de médula ósea o, técnicamente, de progenitores hematopoyéticos.

Gabriel lo escuchaba con suma atención. Había oído hablar vagamente sobre el tema, pero, si era honesto consigo mismo, desconocía cuál era el procedimiento.

—Te extraerán una muestra de sangre para estudiar tus características de histocompatibilidad; a partir de ahí, tus datos serán incorporados a la Red Mundial de Donantes Voluntarios y, si resulta que eres compatible, te realizaremos una nueva extracción, pero esta vez de sangre medular, generalmente del hueso de la cadera o del esternón, aunque en ocasiones es posible utilizar otras áreas, con anestesia epidural o general.

Gabriel permanecía en silencio, con la mirada clavada en sus ojos. No quería perder un ápice de su explicación y necesitaba entenderlo todo a la perfección.

—¿Alguna pregunta?

—Creo que no.

Sonriendo amablemente, Olivier se levantó de la silla y, colocándole la mano sobre el hombro, lo acompañó a la habitación contigua.

—Kate. Él es Gabriel Gómez; como te comenté, ha venido a hacerse las pruebas para la paciente Jessica Orson.

La enfermera asintió y el doctor les dejó a solas, cerrando la puerta tras de sí.

Gabriel se quedó plantado en el sitio, sin saber muy bien hacia dónde dirigirse.

—Siéntate aquí, por favor. —Le señaló una silla—. Primero quiero que rellenes un cuestionario.

—Claro.

Él tomó asiento mientras Kate le explicaba cómo debía de cumplimentarlo. Una vez acabado y firmado el consentimiento, le hizo tumbarse en una camilla mientras ella se colocaba unos guantes de látex.

—¿Has consumido alcohol en las últimas horas?

—No.

—¿Eres alérgico a algún medicamento?

—No.

—¿Tienes problemas de sangrado?

—No.

—Bien. Pues, en ese caso, te iré explicando poco a poco lo que haremos, ¿vale?

Gabriel asintió.

La enfermera le tomó la tensión y, acto seguido, le hizo una pequeña punción para comprobar el nivel de hemoglobina en la sangre.

—Muy bien, parece que todo está correcto.

Cogió una banda elástica y la colocó alrededor de la parte superior de su brazo. Luego estiró de éste y, tras limpiar la parte interior del codo con un antiséptico, buscó una vena.

—Respira hondo...

Él hizo caso de lo que le pidió y ella aprovechó para introducirle suavemente una aguja, con lo que notó a su vez una punzada aguda.

—¿Te ha dolido?

—Un poco —se burló—, yo creo que me he ganado un caramelo.

Con aquel comentario, Gabriel trató de arrancarle una sonrisa y al parecer lo consiguió.

—De acuerdo, aunque no tenemos caramelos porque provocan caries —chasqueó la lengua—, pero puedo inflar un guante y pintar una cara sonriente después.

Gabriel se echó a reír.

—Bueno, te dejo tranquilo unos minutos mientras se va llenando la bolsa.

—Vale.

Media hora más tarde, Gabriel ya estaba despidiéndose del doctor Etmunt y se dirigió a su

apartamento.

«Normalmente, para conocer los resultados de una prueba similar, se tardan varios días, pero en el caso de Jessica, al apremiar tanto encontrar un donante, se realizaran hoy mismo sin falta. Así que, en cuanto tengamos los resultados, nos pondremos en contacto contigo. Por ello te pido que permanezcas en Manhattan hasta entonces», hizo un repaso mental, recordando las palabras de Olivier.

Gabriel aprovecharía que estaba en la ciudad para llevarse ropa limpia y algún que otro calzado. No sabía el tiempo que se quedaría en casa de los padres de Jessica, pero de lo que sí que estaba completamente convencido era de que no se marcharía de allí sin ella.

Salió del ascensor y se dio de bruces con una desconcertante escena, que no esperaba. El pasillo estaba transitado por varios agentes del Departamento de Policía de Nueva York y habían cercado con cinta policial la puerta de su vecino de enfrente, la de Charly y su nieto Scott.

Miró de lado a lado, tratando de saber qué era lo que había ocurrido y por qué había tantos agentes hablando con los vecinos.

Entre tanta agitación e idas y venidas del personal policial, se encontró en la distancia con los ojos aterrados de Noah. No se lo pensó ni dos segundos; empezó a cruzar el pasillo a grandes zancadas pero un agente lo detuvo, colocando su palma sobre el pecho de Gabriel.

—Disculpe, señor, no puede pasar. Es el escenario de un crimen.

—Vivo en el 7B.

—Acreditación, por favor.

Sacó su cartera del bolsillo de su cazadora, buscó su pasaporte y luego se lo entregó junto con su permiso de trabajo.

—¿Qué ha pasado aquí?

El agente, sin responderle, miró la fotografía impresa en la tarjeta y luego estudió con detenimiento la cara de Gabriel. Acto seguido, leyó el otro documento.

—Tenga, puede volver a guardarlos.

—Gracias.

—Ahora, por favor, debería ir con los demás testigos a prestar declaración —dijo con una adusta expresión en su semblante, señalando con la mano en dirección hacia donde se encontraba Noah y otros dos vecinos más.

En seguida, otro agente, éste vestido de paisano, le cerró el paso impidiéndole llegar hasta Noah y los demás.

—Nombre.

—Gabriel Gómez Alonso.

—Documentación.

Gabriel no pudo evitar poner los ojos en blanco tras buscarla de nuevo.

El agente repitió de forma mecánica el mismo protocolo que su compañero. Miró la fotografía, luego estudió su rostro y, para finalizar, leyó el permiso de trabajo.

—¿Dónde estuvo entre las 13.00 y las 13.40 del día de hoy?

—Pues... —Hizo memoria—. Realizándome unas pruebas en el Bellevue Hospital Center.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—Claro. Puedo darle el teléfono del doctor Olivier Etmunt.

—Por favor.

Gabriel le cantó en voz alta la numeración completa mientras el agente lo apuntaba en su libreta negra.

—Mientras realizo las comprobaciones pertinentes, espere allí, junto a las demás personas.

El agente le mostró un lugar apartado, fuera del escenario, para que no entorpeciera en la investigación, ni pudieran alterar las pruebas.

Al llegar hasta ese grupo de gente, Gabriel quiso encenderse un cigarrillo pero se contuvo al recordar las recomendaciones de la enfermera de no fumar.

—Toma —le ofreció Kenneth, su vecino del 7D—; cuando no puedo fumar, masco uno de éstos.

Miró la palma de su mano y cogió el chicle para llevárselo a la boca casi con desesperación.

Kenneth sonrió cruzando los brazos.

—Gracias.

—Chico, conozco esa mirada, estás tan enganchado como lo estaba yo antes de diagnosticarme el cáncer. Desde entonces... tiro de esto. —Abrió la boca para enseñárselo.

Gabriel sonrió sólo a medias. Era oír la palabra cáncer y todos sus demonios revivían de nuevo en el interior de su cabeza.

—Pobre chaval... —le dio un codazo para que le prestara atención—, presenciar la muerte de un padre debe ser lo peor de esta vida...

Él lo miró confuso.

—¿Han asesinado al padre de Scott?

—Sí. Se rumorea que ha sido un ajuste de cuentas... pero, por lo visto, no descartan otras opciones.

—¿Y Scott? ¿Qué ha sido de él?

—Hace poco más de una hora que los de asuntos sociales se lo han llevado... Menudo futuro más incierto le espera al chaval: padre muerto y abuelo chalado...

«¡Joder! Tendré que averiguar dónde se lo han llevado. Necesito saber que estará bien...»

De nuevo, sus ojos coincidieron en la distancia con los de Noah, cuando ésta se giró.

—Kenneth, ¿sabes por qué llevan tanto rato con la vecina del 7A?

Él asintió, acercándose un poco más a Gabriel a modo de confesión.

—Por lo visto ella es la que ha avisado a las autoridades. Estaba en el pasillo justo cuando oyó los disparos y los gritos.

«¡Mierda, pobre Kelly!, lo que menos necesita en su vida es presenciar más violencia gratuita.»

El agente Spencer Miller estaba concluyendo con el interrogatorio de Noah. Anotó en su libreta la última frase y después la cerró.

—Bueno, creo que de momento con esto será suficiente. —Guardó la pluma junto a la libreta —. Sólo faltará firmar la declaración, por lo que debe presentarse hoy mismo en la comisaria.

Noah, tras oír aquello, empezó a temblar y a palidecer en cuestión de segundos.

«Clive... para entonces, ya me habrá encontrado... cuando mi verdadero nombre sea introducido en la base de datos de la policía, hará saltar todas las alarmas y sus detectives en seguida me echarán el guante y darán conmigo... ¡Si me encuentra, estoy muerta! ¡He de preparar las maletas y largarme de aquí cuanto antes!»

Notó que se ahogaba y que le faltaba el aire. Tragó saliva ruidosamente al tiempo que se abanicaba con la mano.

—¿Le ocurre algo? —preguntó sujetando el liviano cuerpo de Noah que se desplomaba ante sus ojos.

Gabriel, que pudo ver la escena desde una posición privilegiada, corrió a su encuentro.

—¡Atrás! —exclamó un nuevo agente interponiéndose a su paso.

—Conozco a esa chica —dijo alargando la mano como si quisiera llegar hasta ella—, es amiga

mía.

—No se lo volveré a repetir... —Lo apartó con la mano.

Tratando de controlar sus impulsos, Gabriel dio unos pasos atrás sin dejar de observar a Noah. Poco a poco ella comenzó a recuperar la consciencia, aunque seguía teniendo los azules ojos de Clive clavados como puñales en su retina.

—Si ya se encuentra mejor, puede irse.

Noah continuaba con la mirada perdida.

—Señorita Anderson... —le insistió al verla aún algo dispersa—, no olvide que debe pasar por la comisaria para firmar su declaración. Recuerde que usted es un testigo directo.

—¿Tendré que estar mucho tiempo allí?

—No más de una hora.

Noah comenzó a pensar con rapidez.

«En ese caso dejaré las maletas preparadas y cogeré el primer vuelo que tenga un asiento libre, ni siquiera me importa el destino.»

No podía perder más tiempo, así que abrió la puerta de su apartamento sin detenerse, al tiempo que oía cómo alguien le pisaba los talones.

—¡Kelly...! ¿Te encuentras bien? —preguntó Gabriel cogiéndola del brazo antes de dejarla entrar.

—Sí, estoy bien... —respondió sin siquiera mirarle a la cara.

Después, encendió la luz a tientas.

Seguía demasiado ofuscada porque lo único que le importaba en aquellos momentos era desaparecer, huir de nuevo...

65

Noah acudió a la comisaría acompañada de Gabriel para formalizar su declaración en calidad de testigo directo del asesinato de Bryan Boewly, el padre de Scott.

Hacía más de cuatro horas que esperaban su turno con impaciencia, el cual parecía no llegar nunca. Aunque no era de extrañar: en vísperas de Navidad, la aglomeración en los pasillos se hacía más que evidente; daba la sensación de estar en el metro de Nueva York en plena hora punta. No existía un solo rincón en aquella pequeña comisaría en el que no hubiese algún borracho o alguna prostituta mezclándose con ciudadanos de a pie.

Gabriel comprobó la hora en uno de los relojes de sobremesa: Eran las 20.11.

Resopló con fuerza.

—A este paso nos veo aquí comiendo las uvas y brindando por un feliz 2014 —refunfuñó.

—Espero que no sea así... —añadió ella cruzando los brazos bajo sus pechos.

Gabriel hizo un repaso general a la sala.

—Voy a buscar alguna cosa para beber, tengo la boca seca. ¿Te traigo algo?

—Agua, por favor.

Mientras Gabriel se dirigía a una de las máquinas expendedoras, Noah aprovechó para acercarse a uno de los agentes que tenía más próximo.

—Perdone —dijo apoyando las palmas sobre la mesa—. Llevamos esperando cerca de cuatro horas y media para una simple firma...

—Mire a su alrededor. ¿Cree que los demás están haciendo cola para ir al cine? —dijo volviendo la vista al teclado—, ya la llamaremos cuando sea su turno; mientras tanto, no moleste.

Noah se quedó muda tras su comentario.

«¡Será grosero!»

Enderezó la espalda y regresó al mismo sitio de antes, pero éste ya estaba ocupado por otra persona. No daba crédito, parecía estar viviendo una pesadilla. Tenía que salir de allí cuanto antes... Si perdía más tiempo, estaba convencida de que, más pronto que tarde, Clive daría con ella.

Gabriel volvió poco después con un par de latas de Coca-Cola.

—Toma, sólo quedaba esto. Las botellas de agua estaban todas agotadas.

Apresuradamente y sin apenas mirarlo, se colocó el anorak y, agarrándolo del antebrazo, tiró de él hacia la calle. Extrañado, se soltó con cuidado de su amarre y le pidió una explicación:

—Kelly, ¿qué coño te crees que estás haciendo? No pensarás irte...

—Sí. Ya vendré en otro momento.

—No juegues con estas cosas. Eres testigo de un asesinato. No es ninguna broma.

—Lo sé, pero no podía seguir allí por más tiempo. Necesitaba salir y respirar aire fresco.

Gabriel entrecerró los ojos. Sus palabras y sus gestos no eran muy convincentes.

—No me mires así.

—Te miro así porque no quiero que te metas en problemas.

«Los problemas los tendré como no me lleves de una vez a mi apartamento, coja las maletas y me marche de Manhattan...»

—Gabriel... o me acompañas a casa... o pillo un taxi... —Sonó a ultimátum.

Él reflexionó. Sabía que no podía obligarla a quedarse ni tampoco iba a permitir que se

marchara sola. Así que, por lo visto, no tenía otra opción.

—Kelly, eres más terca que una mula... y que conste que te voy a llevar a casa únicamente porque es Nochebuena y te quedarías tirada en la calle al no encontrar un solo taxi libre en toda la ciudad.

Al volver al apartamento, Gabriel se dio cuenta de que tenía una llamada perdida del Bellevue Hospital Center en el móvil.

—Pasaré por mi apartamento a ducharme y a coger algo de ropa limpia y calzado para llevarme a Baltimore.

Ella apartó la mirada. Sin duda sabía que se trataba de una despedida. Jamás volverían a verse. Nunca más sabría de la vida de Frank, ni de la de él.

De nuevo buscó la mirada de Gabriel y éste vio el dolor reflejado en sus ojos.

—Kelly, volveré... no te preocupes... estaré un tiempo con Jessica porque me necesita más que nunca, pero te prometo que regresaré...

Y antes de que pudiera acabar de hablar, Noah dio unos pasos al frente y, poniéndose de puntillas, lo abrazó con fuerza durante un buen rato. Detestaba tener que huir constantemente, pero lo que más le dañaba el alma era tener que desaparecer para siempre de la vida de ambos.

Al poco rato, se despidieron y ella se quedó unos instantes sumida en sus pensamientos antes de inspirar hondo y meter la llave en la cerradura.

La puerta se abrió y, tras cerrarla, tanteó la pared en busca del interruptor, y el mundo por completo se detuvo a su alrededor.

Ante Noah, estaba Clive Wilson, esperándola sentado en una de las butacas. Bebía un güisqui doble sin hielo, y tenía la corbata aflojada y los puños de la camisa abiertos. Estaba poseído por una mirada totalmente demencial, ida, perturbada...

Aunque se había quedado paralizada por el miedo, pudo ver que llevaba puesto unos guantes negros de piel y, sobre sus piernas, descansaba un revólver del calibre 38.

El corazón se le detuvo varios segundos mientras permanecieron mirándose en silencio.

* * *

Mientras tanto, Gabriel ya en el interior de su apartamento, devolvió la llamada al centro de salud.

—Bellevue Hospital Center, dígame.

—Por favor, póngame con el doctor Olivier Etmunt.

—El doctor está visitando en estos momentos.

Gabriel guardó silencio unos segundos, antes de añadir:

—Necesitaría hablar con él urgentemente.

—Veré qué puedo hacer.

Aguardó pegado al teléfono notando cómo poco a poco el corazón se aceleraba en el interior de su pecho. Se sentó en el sofá porque las piernas le temblaban ligeramente.

«Vamos Olivier, dame el mejor regalo de Navidad, confírmame que soy compatible... y que Jessica vivirá...»

* * *

Clive se acabó el güisqui de un solo trago y luego dejó el vaso sobre la mesita.

—Feliz Navidad, Noah. ¿O mejor tendría que llamarte Kelly?

Ella empezó a respirar con dificultad y todo su cuerpo comenzó a temblar de forma desmedida. Y, aun así, sólo tenía un pensamiento en mente: «He de escapar de aquí como sea...»

Se dio la vuelta y, cuando quiso coger el pomo para abrir la puerta, Clive llamó su atención.

—¿Ésa es forma de recibir a tu marido después de seis largos y angustiosos meses?

Noah se quedó con la mano apretando el acero.

«No lo escuches... ignóralo... sal ahora... por lo que más quieras...»

—¡¡Zorra!! —le gritó—. ¡¡No te muevas!! ¡¡O te juro por Dios que correrás la misma suerte que tu puto chucho...!!

Clive lanzó a los pies de Noah el cuerpo sin vida de su perrita Dana. Por lo visto le había partido el cuello con sus propias manos.

Noah miró al suelo y vio al animal, con la lengua fuera y con los ojos salidos de sus órbitas. Se llevó las manos a la boca presa de la desesperación. Sentía arcadas. Ese hombre era un verdadero sádico sin escrúpulos y la viva imagen del demonio...

Cogió al animal entre sus brazos y lloró en silencio su muerte.

—¡Maldito seas! —le gritó con todas sus fuerzas.

—Ehhh... —Chasqueó la lengua—. Al parecer el aire neoyorquino te ha soltado demasiado la lengua, habrá que poner remedio a eso...

Clive se levantó y caminó lentamente hacia ella.

Tras darse cuenta de que él se acercaba, acechándola peligrosamente, dejó de nuevo el cuerpo inerte en el suelo y trató de abrir la cremallera de su bolso; necesitaba algo con urgencia de su interior. Pero la cremallera se enganchó y, al estirar con fuerza, se le escapó de las manos y varios de los objetos cayeron precipitadamente, entre ellos lo que buscaba, su inhalador.

Clive prácticamente lo pilló al vuelo.

—Vaya... ¿has vuelto a fumar? Te dije que no lo hicieras porque te provoca ataques de asma... ¡Qué insensata... como siempre...!

—Por favor... lo necesito... —Alargó la mano en forma de súplica—. Dámelo...

—Antes tendrás que ganártelo...

Sin piedad, Clive empezó a agitar el inhalador y luego lo apretó hasta dejarlo casi vacío.

Noah abrió mucho los ojos al tiempo que se llevaba la mano al pecho. Empezaba a notar grandes dificultades para respirar. Se estaba ahogando ante la mirada inquisidora y sin escrúpulos de su marido.

—Te lo imploro... —sollozó cayendo al suelo de rodillas—, no-puedo-respir...

Noah quedó a cuatro patas, tratando de hacer llegar oxígeno a sus pulmones, pero éstos estaban demasiado cerrados.

Clive soltó una sonora carcajada y, agarrando el revólver por el cañón, le golpeó en la cabeza con la culata, abriéndole una brecha en la coronilla. La sangre comenzó a salir a borbotones y a manchar su ropa. Noah estaba aturdida, semiinconsciente y tirada en el suelo.

—Quería que me la chuparas, pero ni siquiera sirves para eso...

Le lanzó el inhalador contra su espalda y luego empezó a lavar el vaso y las gotas de sangre que habían salpicado en el suelo. No quería dejar huellas, así nadie podría sospechar que había estado allí... Sonrió con descaro. La larga espera había merecido la pena. Por fin su plan empezaba a tomar forma...

—Levántate. Vamos a dar un paseo —le dio unas pataditas con la punta del pie—. ¡Vamos, coño!

* * *

Mientras esperaba, Gabriel puso el manos libres y se abrió una cerveza. De repente, le pareció oír cómo la puerta del apartamento de Noah se cerraba de un golpe seco. Dejó la botella sobre la encimera y sacó la cabeza para echar un vistazo. Doblando la esquina en dirección a las escaleras vio desaparecer un par de figuras. Un hombre sujetaba del brazo a una mujer.

—¿Kelly? —preguntó arrugando el entrecejo extrañado.

La chica hizo ademán de girarse, pero el otro individuo la sujetó aún con más ímpetu a la vez que la empujaba escaleras abajo.

—Camina... no te detengas... —La amenazó apuntando a su vientre con el arma, que tenía oculta en el interior del bolsillo de su gabardina.

La voz del doctor Etmunt lo atrajo de nuevo, por lo que cejó por completo en el intento de saber quién era aquella mujer.

—¿Gabriel Gómez?

—Sí —respondió apresuradamente entrando de nuevo en su apartamento—. Le escucho...

—Las pruebas de histocompatibilidad han salido negativas, es decir que...

—Que no soy compatible... —interrumpió Gabriel acabando su frase—. No puedo creerlo...

El doctor percibió su decepción y su frustración al otro lado del hilo telefónico.

—Gabriel, escúchame... Jessica sigue estando en la lista de donantes, eso no va a cambiar, así que no todo está perdido... ten fe... por favor.

—El tiempo se agota, Olivier. Todo el mundo sabe que los donantes escasean. —Exhaló aire con fuerza—. Y empiezo a estar cansado de tener fe... Lo único que sé es que temo despertarme cada mañana porque eso significa que le queda un día menos de vida... Ésa es mi realidad... y, por consiguiente, ése es el futuro de Jessica.

—Aunque parezca mentira, entiendo tu dolor. El cáncer es una enfermedad larga y dolorosa. A diario muchos de mis pacientes fallecen sin poderlo remediar... Muchas veces he estado a punto de tirar la toalla y dejar la medicina, pero, cuando esto me ocurre, busco los informes de aquellos pacientes que sí han sobrevivido y entonces consigo reunir las fuerzas necesarias para continuar batallando contra la muerte, a sabiendas de que, de antemano, jugamos con desventaja. —Olivier hizo una pausa para retomar aire y luego añadió—: Porque, Gabriel... te aseguro que merece la pena... merece la pena seguir intentándolo... lucha por ella...

66

Salió al balcón cargado de rabia y de impotencia, con la mirada perdida en el horizonte. Gabriel aún seguía sin dar crédito. Tantas esperanzas puestas en aquella prueba de histocompatibilidad, deseando con todas sus fuerzas salvar así la vida de Jessica, y, sin embargo, todo, absolutamente todo, se desvaneció entre sus manos y sin poder hacer nada en tan sólo un instante con aquella llamada telefónica.

Quiso permanecer allí un buen rato, solo y sin pensar, simplemente viendo caer la nieve sobre los gigantes de hormigón. Pronto el frío empezó a calarse en el interior de sus huesos y entonces se subió el cuello de la cazadora y exhaló aire con fuerza en las manos, frotándolas para tratar de entrar en calor.

Poco después, entró en el apartamento y comenzó a preparar la ropa que pensaba llevarse a Baltimore. Fue colocando una a una las prendas sobre la cama antes de guardarlas en el interior de la maleta.

Finalmente, tras acabar, se dejó caer sobre las sábanas con la mirada fija en el techo.

Durante un largo rato, se quedó pensativo, concentrándose en buscar otra solución, otra alternativa que no fuese resignarse a aquella simple lista de donantes, porque, por desgracia, no hacía falta ser un experto en la materia para saber que Jessica no viviría lo suficiente.

Y lo cierto era que, no sabía por qué, algo le decía que la solución estaba más próxima de lo que imaginaba. Comenzó a enumerar mentalmente a todos los familiares y conocidos. Pero alguien faltaba en aquella lista, estaba casi seguro.

Cerró los ojos, dobló los codos y colocó las manos entrelazadas bajo su cabeza.

¿A quién había obviado?... ¡Claro...! —Chasqueó los dedos—. Al bebé... a la hija de veintidós años...

Abrió los ojos como platos y se incorporó de golpe, sentándose con las piernas en forma de indio.

—¡Dios santo! Por fin recuerdo dónde vi esas marcas... en los lavabos de aquel pub... Cuando ella y yo nos besamos... mientras se desabrochaba los botones del vestido...

Boquiabierto, susurró el nombre de Daniela.

—¡Joder, jooooder! —exclamó llevándose las manos a la cabeza preso del descubrimiento que acababa de tener—. Y pensar que durante todo este tiempo ha estado a mi lado... y ni siquiera lo había sospechado...

Empezó a reír como si estuviera loco, como si hubiera perdido momentáneamente la cordura. Corrió en busca del teléfono y marcó su número. A los cinco tonos, alguien respondió, pero, para su sorpresa, no se trataba de Daniela, sino de Eric.

—¡Eric! ¿Dónde está Daniela?

Eric se molestó.

—¿Hace tres meses que no me devuelves las llamadas y ahora me vienes con exigencias? ¿Estás bebido o acaso te has fumado algo?

Gabriel se rio con descaro. No le apetecía rememorar la última conversación que mantuvieron meses atrás. Él no aprobaba la relación que había iniciado con Daniela. Su amigo era un maldito cabrón al que no le importaban una mierda las mujeres, las utilizaba a su antojo y después las desechaba sin ningún miramiento y Daniela... Daniela era un ángel de alma pura que no se merecía a semejante desgraciado destrozando su vida.

—No me cabrees, Eric, no es contigo con quien deseo hablar.

—Pues ha salido. Si quieres, puedes darme a mí el mensaje.

—No. Déjalo.

—Como quieras...

Ambos compartieron unos instantes de incómodo silencio. Poco después Gabriel quiso retomar el hilo de la conversación:

—Eric, es importante... he de hablar con ella.

—Pues ya sabes dónde vivo. No creo que Daniela tarde en regresar.

Se dirigió de nuevo a la habitación sin dejar de prestar atención al teléfono.

—En veinte minutos estoy allí.

—¿Te quedarás a cenar?

—¿Me tomas el pelo? —se burló.

—No, joder... es Nochebuena, nadie debería estar solo en Nochebuena... hazlo por los viejos tiempos...

Gabriel se fue calzando las deportivas con la mano libre y, cuando apoyó el teléfono entre su hombro y su mandíbula, pudo anudarse los cordones. Instantes después, Eric prosiguió:

—Además, yo también he de decirte algo importante.

—Vale, voy para allá...

Corrió hasta el recibidor para coger la cazadora y, mientras se la ponía, cerró la puerta de su apartamento sin echar la llave.

* * *

Clive marcaba el paso por las transitadas calles de la ciudad sujetando el codo de su mujer con fuerza. El peso de sus cuerpos hacía crujir la nieve bajo sus pies, dejando un sendero de huellas impregnadas en el suelo.

Ella miraba a ambos lados y hacia delante con nerviosismo, pidiendo ayuda, implorando auxilio con los ojos a personas extrañas que se cruzaban en su camino. Personas que ni por asomo se daban cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo. Era del todo inútil. Nadie la veía, era como si fuese invisible.

Pronto llegaron a un callejón inhóspito y oscuro.

Clive la obligó a llegar hasta el final y luego la empujó contra la pared. Noah cayó sobre unas bolsas de basura amontonadas, apiladas de cualquier manera. Una de éstas reventó y un pestilente hedor nauseabundo salió expulsado al exterior. Se tapó la boca con la mano y quiso levantarse, pero no pudo hacer nada, ya que vomitó in situ, en el acto, expulsando violentamente todo cuanto tenía en su interior.

—¡Joder!... ¡qué asco!... Ahora el último recuerdo que tendré de ti será echando la pota... —Arrugó la nariz con enorme repulsa—. No sabes lo que disfrutaría obligándote a comer tu propio vómito, pero por desgracia no dispongo de tanto tiempo...

Clive giró el cuello y echó un rápido vistazo atrás para cerciorarse de que nadie los veía al otro lado del callejón.

—Ahora gírate, no quiero que me mires a los ojos cuando apriete el gatillo.

Noah sintió cómo un escalofrío recorría el largo de su espalda.

—¿Vas a matarme? —le preguntó escuchando cómo su voz temblaba al hacerlo.

En vez de responderle, sacó unas bridas del bolsillo de su gabardina y ató con ellas sus muñecas por detrás de la espalda; tan fuerte las apretó que Noah ahogó un desgarrador grito al sentir cómo el plástico atravesaba y cortaba su fina piel, de idéntica forma que lo hacía un

cuchillo al cortar la mantequilla.

—¡¡¡Shhh!!!... Calla... zorra... —la amenazó mientras se quitaba la corbata con una sola mano y le tapaba la boca con ella, dando varias vueltas alrededor de su cabeza.

Después, sin compasión, le cogió de la nuca y la obligó a ponerse de rodillas encima de la nieve. Sus pantalones se empaparon en cuestión de segundos, calando la humedad en sus huesos. Todo su cuerpo empezó a tiritar con tal frenesí que sus dientes castañetearon exacerbando la paciencia de Clive, quien sin mayor contemplación la golpeó con el puño para hacerla callar.

Entonces, ella, con desaliento, trató de buscar una salida con la mirada, pero era del todo inútil. Para cuando quiso darse cuenta, Clive estaba metiendo la mano bajo su anorak, rebuscando en su interior.

Le quitó el monedero y el inhalador, para guardárselo en uno de sus bolsillos y así simular un robo.

—¿Llevas joyas? ¿Los pendientes que te regalé?

Ella negó repetidas veces con la cabeza, tratando de emitir algún sonido, pero la gruesa tela de la corbata le aplastaba completamente la lengua.

Horrorizada y sintiendo la llamada de la muerte, sucumbió abatida mientras rezaba un padrenuestro al tiempo que varias lágrimas bañaban sus pálidas y gélidas mejillas.

* * *

Pese a que diversas calles permanecían cerradas al tráfico por ser Nochebuena, Gabriel pudo circular con relativa rapidez y llegar pronto a Brooklyn, al loft de Eric.

Aparcó la Ducati en una de las plazas de aparcamiento propiedad de su amigo y, sacándose el casco de la cabeza, esperó con impaciencia a que el montacargas llegase a la planta subterránea. Nada más subir a éste, sacó el manojo de llaves y buscó una, la dorada que le daba acceso directo a la última planta.

El trayecto se le hizo eterno. Gabriel trataba de hacer un esbozo mental de cómo iba a abarcar la cuestión parental entre Jessica y Daniela. Al llegar al ático, aún no lo tenía nada claro. Dejó de martirizarse buscando la mejor forma de ser elegante y decidió afrontarlo de la forma más natural posible.

Separó a ambos lados la persiana de tijeras y caminó hacia el salón. Eric tocaba en su piano de cola negro el Nocturno en si bemol menor Op. 9 n.o 1, de Chopin. Gabriel permaneció en silencio, admirando cómo su amigo se desvivía en cada nota, en cada acorde. Era un genio.

Eric, tras acabar, guardó el atril, cerró la tapa del piano y, al levantarse, se encontró con la atenta mirada de Gabriel.

—Dichosos los ojos que te ven... —pronunció con sarcasmo alzando los brazos y abriéndolos en forma de aspa—. ¿Piensas quedarte ahí plantado toda la noche?

—¿Dónde está Daniela?

Eric se echó a reír.

—Tranquilo... ya te dije que vendría, debe estar al caer —respondió mientras abría una de las botellas de vino tinto que guardaba bajo la barra del minibar—. No puedo ofrecerte cerveza, sabes de sobra que la cebada la dejo para los animales... ja, ja, ja...

Gabriel puso los ojos en blanco y acabó de entrar en el salón. Eric le ofreció una de las copas de vino.

—¿Jessica aún no ha conseguido cambiar tus gustos por la bebida?

—Sabes que los tengo muy arraigados... donde haya una cerveza... que se quiten las uvas... —pronunció dando un sorbo.

—Por cierto... ¿No pasas la Nochebuena con ella?

Gabriel alzó una de las cejas en respuesta a su pregunta.

—No. Precisamente ella es uno de los motivos por los cuales estoy aquí.

Arrugando el entrecejo, Eric le colocó una de sus manos en el hombro. Jamás había visto a su amigo tan sumamente preocupado.

—Vamos a sentarnos y me cuentas.

Ambos se acomodaron en el impresionante *chaise longue* de siete plazas en tonos grises que ocupaba gran parte de la estancia.

Gabriel dejó la copa sobre una de las tres mesas de diseño italiano e inspiró hondo para comenzar a dar forma a sus pensamientos.

—Iré por partes...

—Claro. Soy todo oídos.

Le miró fijamente a los ojos.

—Supongo que estás al corriente de que Daniela es adoptada.

Gabriel esperaba que Eric lo interrumpiera, pero se limitó a asentir en silencio.

—Ella jamás ha sabido quién eran sus padres biológicos... pero eso va a cambiar hoy...

Eric no pudo evitar abrir la boca tanto o más que los ojos.

—¿Hoy?

—Aja.

—No te entiendo, amigo —añadió confundido.

—Jessica es su madre.

Eric primero se quedó en trance, luego pestañeó repetidas veces y después se rio a carcajadas.

—Gabriel... ¡Joooder!, por un momento pensé que hablabas en serio... Menudo cachondo estás hecho... pero te equivocas de día, el día de los Santos Inocentes es el 28, aún faltan cuatro días.

—Eric... No hago bromas de ese tipo y menos con Jessica, está muy enferma... no le queda mucho tiempo de vida...

Eric, tras oírlo, dejó de reír al instante. Tragó saliva con fuerza y carraspeó para aclararse la voz.

—¿Y me lo sueltas así, sin anestesia? ¿En qué narices te basas para estar tan seguro?

Sin dejar pasar ni un solo segundo, Gabriel sacó de su bolsillo derecho de la cazadora una fotografía en blanco y negro que le había prestado Amanda Orson.

—Mira las marcas en el pecho de este bebé. ¿No te resultan familiares?

Eric se quedó mirando atónito aquella imagen, preguntándose al mismo tiempo cómo sabía Gabriel de su existencia.

—Eric, no preguntes... —añadió observando su reacción.

Volvió a mirar la fotografía ignorando el comentario. Boqueó, pensando en las probabilidades que había de que, en todo el mundo, dos personas tuvieran exactamente las mismas marcas de nacimiento... Pocas, por no decir ninguna.

Alzó la vista tan estupefacto como deslumbrado por su descubrimiento.

—¿Jessica es la madre de Daniela? —preguntó aún sin saber cómo esas palabras habían sido emitidas por sus cuerdas vocales.

—Así es. Todo concuerda: la fecha de nacimiento, las marcas, la procedencia, el parecido físico con Adam, el padre biológico. No hay duda. Daniela es su hija... —enfatizó.

Eric resopló con intensidad mientras se levantaba del sofá al tiempo que paseaba por el salón tratando de asimilar aquel inverosímil hallazgo.

—Pero eso no es todo...

—¿En serio? —se burló—, ¿me tomas el pelo?

—Por desgracia, no.

De nuevo Gabriel captó toda la atención de su amigo, quien regresó a su lado en el sofá atando cabos.

—Has mencionado que Jessica está gravemente enferma, por lo que deduzco que Daniela puede jugar un importante papel en su recuperación.

Asombrado por sus dotes adivinatorias, aprovechó para explicarle que ella necesitaba un trasplante de médula ósea para sobrevivir, que habían agotado todas las opciones posibles y que la esperanza recaía única y exclusivamente en Daniela.

De repente, Eric transformó su semblante, negando repetidas veces con la cabeza.

—Gabriel... quiero que me escuches, quiero que no me interrumpas hasta que acabe, por favor... luego, haz lo que quieras... podrás cabrearte porque estarás en tu derecho... pero sobre todo quiero que sepas que siempre, y repito, siempre, me tendrás como amigo, te lo ruego... recuérdalo siempre...

—Dispara... —inquirió preocupado.

Eric respiró hondo y esbozó una tímida sonrisa.

—Eva y yo por fin nos separamos de mutuo acuerdo. Los niños estarán con ella de lunes a viernes y los fines de semana, conmigo y con Daniela —explicó con reticencia.

¿Daniela? ¿Qué pintaba Daniela en todo aquello? Sus hijos y Eva vivían en Madrid.

Gabriel, tras darse cuenta de lo que Eric trataba de decirle, no pudo evitar esconder el rictus. Por consiguiente, eso significaba que ambos se trasladaban a vivir a España.

—¿Y cuándo se supone que dejáis Manhattan?

—Mañana.

—¿Mañana? —repitió con una sonrisa indolente—. ¡No me jodas, Eric!

—Además, Daniela va a marcharse sin saber que Jessica es su madre. Porque ni tú ni yo vamos a decírselo.

—De eso nada... Ambas tienen derecho a saberlo.

—Ahí te equivocas.

—¡Serás cabrón! —exclamó en tono exaltado y reclinándose hacia el cuerpo de Eric de forma amenazante—. Esperaré a que venga Daniela y luego le diré que Jessica es su madre y que necesita que sea su donante para vivir. La conozco y sé que hará cuanto esté en sus manos para salvarla. Ella no es como tú, no es una hija de puta, egoísta y sin sentimientos —alzó la voz escupiendo aquellas palabras con odio.

Eric negó con la cabeza. Dejó transcurrir unos segundos de incertidumbre hasta que por fin pudo añadir:

—Daniela y yo esperamos un hijo. Está embarazada de tres meses...

Eric apoyó de nuevo su mano en su hombro con cautela. La noticia cayó como un jarro de agua fría sobre Gabriel.

—¿Entiendes ahora por qué no puedes decírselo? Está muy ilusionada por ser madre y no es justo que ahora vengas tú y la pongas entre la espada y la pared. No permitiré que le hagas decidirse entre su madre o nuestro hijo.

De repente, en aquel preciso instante el montacargas se detuvo en aquella planta y una Daniela sonriente y cargada con bolsas en ambas manos apareció tras abrir la persiana de tijeras.

Gabriel sostuvo con frialdad la mirada de Eric y luego se levantó del sofá y, en varias zancadas, llegó junto a Daniela.

—¿Has venido a pasar la Nochebuena con nosotros? —le preguntó ella con amabilidad.

Gabriel bajó la vista hacia su vientre y luego se giró para mirar una vez más a su amigo.

—No. Ya me iba —dijo con desdén.

Daniela lo miró extrañada.

—Hay cena suficiente... por favor, quédate... —insistió cogiéndole de la mano—, Eric y yo...

Gabriel no le dejó acabar la frase, la abrazó con dulzura y cerrando los ojos le susurró al oído:

—Prométeme que serás feliz... prométeme que cuidarás de tu bebé...

Luego la besó en la mejilla y, mirando por última vez a la profundidad de sus ojos, añadió:

—Te echaré de menos...

Y dicho esto, desapareció sin mirar atrás.

Al llegar a la planta subterránea, no pudo aguantarlo más y toda la angustia, la frustración y la rabia se cernieron sobre él, apoderándose por completo de su ser. Lanzó el casco violentamente contra la pared y, de cuclillas, llevándose ambas manos a la cabeza, lloró con desesperación. Ya nada tenía sentido. Todo estaba perdido... Jessica había firmado su sentencia de muerte.

* * *

Un vehículo patrulla de la policía de Nueva York aparcó justo a varios metros de distancia de donde estaban ellos. Por lo visto, había un par de bandas callejeras discutiendo a tan sólo unos metros, al doblar la esquina. Clive aguardó paciente hasta que la acera se despejó y todo volvió a la normalidad.

Noah oyó cómo las sirenas de la patrulla se desvanecieron sin poder hacer nada. Empezó a sollozar desconsoladamente, resignándose a su desdicha, a su inminente destino.

—He esperado seis meses y ahora te tengo como una puta rata, pidiendo clemencia...

Clive colocó el silenciador y, acto seguido, encañonó a Noah en la cabeza.

Ella notó el gélido acero que acariciaba su pelo.

En aquellos momentos previos a su muerte, Noah cerró los ojos y, respirando con dificultad, retuvo un último pensamiento en su mente: Frank.

Poco después oyó el sonido de un clic cuando su marido quitó el seguro del arma.

—Dale recuerdos a tu madre... de mi parte, zorra...

Apretó el gatillo y, cuando la bala atravesó el cráneo de Noah, su cuerpo se desplomó y cayó al suelo, tiñendo la nieve de rojo.

67

Frank esperaba en la comisaria con inquietud mientras el agente introducía los datos en el ordenador.

—Repítame el nombre otra vez, por favor.

—Kelly Sullivan.

Los dedos teclearon de nuevo aquellas letras.

El agente negó con la cabeza.

—¿Está seguro de que ése es su nombre?

—Completamente —respondió frunciendo el cejo extrañado.

—Mmm... Señor Evans... —inquirió anotando algo en su informe e instantes después alzó la vista para observar detenidamente el comportamiento con sus propios ojos—, ¿está usted bajo los efectos de algún tipo de estupefaciente?

Frank se puso a la defensiva.

—¿Cómo se atreve?

—Disculpe —se apresuró a añadir—: si no es así, entonces debe tener una imaginación desbordante, porque... —giró la pantalla para mostrarle la imagen— sí que existe una tal Kelly Sullivan...

Frank abrió los ojos como platos al ver la mujer de aquella fotografía. El agente se encogió de hombros y luego prosiguió:

—Pero, a no ser que la que usted está buscando tenga setenta y tres años y viva en Ohio, no estamos hablando de la misma persona.

—No es posible... ¿ha introducido el nombre correctamente?

—¿Acaso está cuestionando mi profesionalidad?

Frank pidió disculpas, no era su intención ofenderlo, pero estaba demasiado nervioso. Su chica llevaba seis horas desaparecida y sin dejar rastro de su paradero.

—Aunque Kelly Sullivan parezca ser una invención de un loco chiflado, quisiera interponer una denuncia por su desaparición.

—En ese caso, deberá esperar 48 horas al tratarse de una persona mayor de edad.

—Pero... tengo sospechas de que su vida corre peligro...

—Explíquese —dijo con seriedad.

—Ella estaba huyendo de su marido, porque había sido severamente maltratada.

El joven uniformado se inclinó hacia delante con apreciable curiosidad en su mirada; Frank, sin duda, acababa de captar toda su atención.

—¿Y sabe el nombre de ese individuo?

—Sólo sé su nombre de pila. —Negó con la cabeza y luego añadió—: Se llama Clive.

El agente se rascó el mentón algo molesto; en aquel condado lo más probable es que hubiera cientos de personas con ese nombre. Por lo visto, la historia volvía a perder toda credibilidad.

—Bueno —carraspeó y cerró la carpeta para zanjar de una vez por todas aquel absurdo asunto —. Preséntese de nuevo en esta misma comisaria pasadas 48 horas y entonces veremos qué podemos hacer...

Frank se levantó de la silla con desánimo; cogió la cazadora y la bandolera de piel dispuesto a salir de allí cuando el joven lo retuvo unos segundos:

—Es Navidad, estoy convencido de que, cuando usted regrese a casa, ella le estará esperando

allí...

Eso era precisamente lo que ansiaba con todas sus fuerzas, pero al mismo tiempo no podía evitar sentirse estafado. Ya ni siquiera reconocía a la persona con la que había estado compartiendo su vida durante más de tres meses. Kelly Sullivan... ¿quién coño era Kelly Sullivan?... Se sentía utilizado. ¿Acaso todo había sido mentira? ¿Su identidad? ¿Sus caricias? ¿Sus besos? ¿Las veces que le había dicho que lo amaba? Ya ni siquiera sabía de quién había estado enamorando.

* * *

De regreso a Baltimore, Gabriel no hizo ninguna parada para repostar y, en menos tiempo del previsto, llegó a Ellicott City.

Aparcó la Ducati como de costumbre en el mismo lugar y entró en casa de los padres de Jessica.

Lo primero que hizo fue correr a la habitación donde descansaba; allí permaneció varios minutos, observándola a través de la puerta entreabierta. Luego deshizo la maleta y bajó al salón.

Amanda estaba sentada en el sofá con las gafas puestas y tejiendo una bufanda de vivos colores. Al notar la presencia de Gabriel, le mostró con orgullo aquello que estaba haciendo.

—¡Qué bonita!

Él esbozó una sonrisa.

—Ven, quiero ver cuánto más he de tejer.

Se acercó y, agachándose ligeramente, Amanda se la puso alrededor del cuello.

—Calculo que para mañana estará acabada.

—¿Es para mí? —preguntó señalándose el pecho.

—¿Para quién, si no? —Se echó a reír—. ¿Para el cascarrabias de John?

Gabriel rio contagiado por su risa cantarina.

—Hoy te noto más contenta...

Amanda suspiró hondo mientras dejaba la madeja de lana a un lado.

—Sí, estoy más contenta porque tengo depositadas muchas esperanzas en el doctor Etmunt y en las pruebas que te ha realizado.

Él apretó los dientes.

Con la muerte del padre de Scott y el descubrimiento de que Daniela era la hija de Jessica, se había olvidado por completo de Amanda. Había prometido llamarla en cuanto supiera los resultados.

Gabriel sopló y después se sentó a su lado.

—Verás...

No sabía por dónde empezar. Ni siquiera por dónde continuar después. Hubiera preferido no ser el mensajero de tan malas noticias. Sin embargo, era lo que le había tocado. Jugueteó girando el anillo que rodeaba su dedo pulgar y luego prosiguió sin dar rodeos innecesarios:

—Amanda —murmuró cogiéndole la mano—. No soy compatible. Lo siento mucho... de veras...

Intercambiaron las miradas en silencio.

Ambos eran plenamente conscientes de la gravedad que aquello significaba.

Pero, pese a ello, Amanda demostró una vez más su fuerza y su entereza, regalando a Gabriel la más bella de las sonrisas en muestra de gratitud por todo lo que había hecho hasta el momento por la vida de su hija. Para ella, saber que alguien la amaba tanto y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa le enorgullecía enormemente el alma.

—Sé que mi hija ha sido muy afortunada al compartir contigo parte de su vida. Me ha hablado mucho de ti. De cómo irrumpiste en su vida y se la pusiste patas arriba. De cómo le enseñaste a quererse, a valorarse, a darse una segunda oportunidad. A abrir su corazón. A ser amada e incluso a amar...

Amanda se dio cuenta de que Gabriel agachó la cabeza porque estaba a punto de llorar. Sin duda, la pérdida de Jessica ocasionaría un gran vacío en sus corazones.

—Jessica para mí lo es todo y me niego a perderla para siempre...

Gabriel se levantó del sofá y salió del salón, rumbo al jardín. Necesitaba evadirse por unos momentos. Despejar su mente.

La nieve había cuajado por la noche sobre la hierba, dejando un precioso manto blanquecino. Aunque se prestara atención, no era posible apreciar el ulular del viento, ni siquiera el canto de los pájaros. Todo estaba en completo silencio, como si en aquel lugar perdido del mundo se hubiera detenido el tiempo.

Se frotó la cara con las manos para luego guardarlas en los bolsillos y caminar hacia la verja, para dar un paseo.

Al llegar junto a una casita de madera, se detuvo tras oír cómo alguien cortaba leña con un hacha. Se acercó a la puerta y vio a través de ésta a John, el padre de Jessica. Quiso dar media vuelta, pero éste le llamó la atención con una voz grave y áspera.

—¡Eh, tú! ¡Acércate!

Gabriel miró a ambos lados y luego se señaló a sí mismo. ¿Era a él a quien se estaba refiriendo? No era de extrañar que se sorprendiera, ya que desde que había llegado a aquella casa, hacía cuatro días, aún no habían cruzado una mísera palabra.

—¡Sí! ¡Tú! ¿Quién coño va a ser, si no? Ven... ayúdame con esto.

Gabriel puso los ojos en blanco y, sacando las manos de los bolsillos, se quedó a unos metros de distancia.

—¿Pretendes ayudarme desde ahí? Hay que joderse —refunfuñó entre dientes—, jodida juventud, no saben hacer ni la o con un canuto...

Gabriel sonrió, menudo elemento tenía Jessica como padre. Se arremangó y comenzó a coger los troncos cortados y a colocarlos después en una especie de carretilla de tres ruedas.

John continuaba cortando leña sin quitarle ojo de encima.

—Al menos hoy podrás decir que te has ganado la comida o, por lo menos, algún trozo de pan.

—Aunque no lo creas, de pequeño ayudaba a mi padre en las tareas del campo. Nunca hemos sido gente adinerada y he tenido que trabajar de todo un poco... —dijo sin dejar de mover la leña de un lado a otro—, y jamás se me han caído los anillos por ello...

—Ni los *piercings*... —volvió a gruñir como un oso—. ¡Valiente horterada! Ahora los hombres parecéis nenas...

Gabriel no pudo evitar soltar una sonora carcajada.

—En eso tengo que darte la razón...

John enarcó una ceja al tiempo que abrió las aletas de su nariz, expulsando aire con fuerza.

—Ya hay suficiente por hoy —siseó a la vez que daba un golpe seco para clavar el hacha en el bloque de madera—. Ahora lo llevaremos al garaje.

Ambos atravesaron el jardín siguiendo un camino imaginario en la nieve y, al llegar al destino, John abrió la puerta girando la llave. Gabriel volcó el carrito y la leña cayó al suelo. Tras acabar de apilar y barrer las astillas, John le dijo que ya podía marcharse, pero él quiso pronunciar unas últimas palabras:

—Mi padre falleció hace tan sólo tres meses y de lo único que me arrepiento es de no haber

podido despedirme de él.

John entrecerró los ojos al tiempo que fruncía los labios con fuerza.

—¿Qué pretendes insinuar? —le escupió fulminándolo con la mirada.

—El rencor y el orgullo no conducen a nada. —Arrugó la frente—. Pretendo ponerte sobre aviso. Porque el tiempo pasa y no vuelve. Además, Jessica no vivirá lo suficiente para esperar a que la perdones.

—¿Cómo te atreves? ¿Quién coño eres para presentarte en mi propia casa y hacer juicios de valor? —Sus ojos estaban encharcados de ira—. ¡Lárgate, maldita sea!... ¡Lárgate de mi vista! —Le señaló el jardín—. No quiero volver a ver merodear tu culo por mi propiedad.

Gabriel respiraba con rapidez, estaba muy cabreado. Sentía cómo se le revolvía el estómago; John no merecía la hija que tenía.

—¡¿No me has oído?! ¡Coge tus cosas y tu moto y lárgate de una puta vez!

Gabriel propinó una patada a la carretilla conteniéndose de no asestarle un puñetazo a él por respeto a Jessica. Salió corriendo y, tras dar un portazo al entrar en la casa, subió los escalones de tres en tres. Comenzó a preparar la poca ropa que tenía y, tras besar a Jessica en los labios y decirle al oído que la amaba, salió sin detenerse de la habitación. Estaba tan ofuscado que lo único que deseaba en aquel instante era desaparecer de aquel lugar. Más tarde ya pensaría la forma de conseguir verla.

A media escalera, Amanda se interpuso en su camino.

—Gabriel... ¿Qué ha pasado? ¿Adónde vas? —preguntó temblorosa.

—John me ha echado de su casa —contestó apretando con fuerza la mandíbula.

—También es mi casa y te digo que te quedes...

—Amanda...

—He dicho... que también es mi casa...

De repente, oyeron cómo Jessica comenzaba a toser sin parar. Se estaba ahogando. Gabriel dejó la maleta al pie de las escaleras y corrió junto con Amanda a la habitación. Encendió la luz y la vieron cogiéndose del pecho como si el corazón amenazara con salir. Estaba empapada en un sudor frío y su piel tenía un horrible tono amarillento.

—¡Jessica! —exclamó Gabriel alarmado, nunca la había visto toser de aquella forma y con tanta dificultad.

—No-pue-do... me-aho-go... —fue lo único que consiguió pronunciar antes de toser en su mano y, tras hacerlo, mancharla de sangre.

—¡Amanda! —gritó cogiendo a Jessica en brazos—. ¡Me la llevo al hospital!...

68

Amanda permanecía sentada en una de las sillas de la unidad de urgencias del The Johns Hopkins Hospital mientras que Gabriel deambulaba de arriba abajo por el largo pasillo. Lucía descamisado, con el pelo enmarañado y con aspecto ojeroso debido a la falta de sueño; maldecía entre dientes sin parar, una y otra vez.

En el tiempo que llevaba de espera, sin tener noticias del estado en el que se encontraba Jessica, ya se había fumado más de un paquete de tabaco rubio. Se palpó los bolsillos de la cazadora en busca de algún cigarrillo extraviado, pero no encontró ninguno, salvo un bulto pequeño. En seguida recordó de qué se trataba. Sacó la cajita y, sin resistirse al impulso de abrirla, contuvo el aliento y miró la alianza de oro blanco y diamantes que había elegido para pedirle matrimonio.

Inspiró hondo al tiempo que leía de nuevo la inscripción que había gravada en su interior: «Quiero ser tu principio y tu fin.»

De nuevo la rabia y la indignación se cernieron sobre su semblante. Se golpeó la frente para ignorar aquellos pensamientos que irrumpían como siempre en su mente.

«¡No, no, no...! Jessica no va a morir... aún no... no mientras haya un ápice de esperanza, no hasta que se desvanezca su último suspiro... No me rendiré y jamás permitiré que ella lo haga...»

De repente, la puerta de urgencias se abrió de par en par y Gabriel corrió en aquella dirección como en las anteriores ocasiones. ¡Ansiaba tanto saber sobre su estado!, ¡necesitaba tanto escuchar noticias esperanzadoras!

—¿Familiares de Sarah Newman?

Gabriel pudo presenciar de primera mano cómo el doctor comunicaba a una persona que aquella joven había fallecido sin que nadie pudiera hacer nada por salvar su vida.

Un desgarrador grito perforó sus tímpanos y varios pares de ojos se volvieron buscando a la dueña de aquellos sollozos.

—¡Nooooo! ¡Mi hija noooooooooo!

La mujer se derrumbó abalanzándose sobre el cuerpo del doctor, quien esperó tan sólo medio minuto para excusarse y entrar de nuevo en el box para continuar asistiendo a los demás pacientes.

Al quedarse sola y desamparada, Gabriel no pudo contener el impulso de ir a su lado y encontrar la manera de consolarla. Se sentó junto a ella y le ofreció un pañuelo de papel.

Ella alzó la vista y Gabriel pudo ver el dolor reflejado en aquellos ojos de color miel y en aquel rostro bañado en lágrimas y apesadumbrado. Se le hizo un nudo en la garganta, así que no trató de buscar palabras banales porque sabía que éstas no podrían apaciguar su enorme sufrimiento. Simplemente se limitó a abrazarla en silencio, permitiéndole así desahogarse.

Cuando instantes más tarde se abrió de nuevo la puerta haciendo chirriar las bisagras, Amanda se levantó de la silla tras reconocer a la doctora con quien horas antes había mantenido una conversación.

Con el corazón encogido en un puño, juntó las manos en forma de ruego. Cerró los ojos apretando con fuerza los párpados, implorando al cielo que su única hija aún estuviera con vida.

—¿Familiares de Jessica Orson?

Amanda abrió los ojos y Gabriel, tras oír su nombre, se tensó dejando incluso de respirar. Esos previos segundos, y los que acontecieron después, le parecieron una eternidad.

Dejó de abrazar a aquella madre desolada y se levantó para acompañar a Amanda.

—¿Son ustedes los familiares de la paciente Jessica Orson?

—Sí, yo soy su madre y él es mi yerno —respondió mostrando a Gabriel con un orgulloso gesto.

La doctora los miró a ambos y luego se ajustó el estetoscopio alrededor del cuello.

Esperó unos instantes antes de seguir hablando.

—La paciente continúa en observación, hemos tenido que sedarla, administrarle suero y hacerle una transfusión de sangre. Por desgracia, su hija está entrando en la fase blástica de la enfermedad. Esto significa que el número de linfoblastos ha aumentado considerablemente desde el último informe que redactó el doctor Etmunt del Bevellue Hospital Center.

La doctora volvió a hacer una pausa, esta vez más larga. Después miró a Amanda fijamente a los ojos.

—Lamento comunicarle que, de no encontrar un donante en los próximos días, ya no será viable un trasplante de médula ósea —afirmó con toda la profesionalidad de que fue capaz.

Gabriel rodeó con sus brazos el menudo y frágil cuerpo de Amanda, que estaba gélido como un témpano de hielo, quien mantenía su mirada perdida hacia ninguna parte.

—Si me acompañan, podrán verla.

—Gracias —dijo Gabriel amablemente.

Atravesaron la puerta y se encontraron con la sala de urgencias. Miraras donde miraras, la escena era sobrecogedora. Enfermos y más enfermos: víctimas de accidentes de tráfico, drogadictos con el síndrome de abstinencia... Afortunadamente, pronto llegaron al box número siete, aunque la joven doctora les hizo una advertencia instantes antes de retirar la cortina.

—La paciente está muy debilitada, por lo que les sugiero que entren de uno en uno para no agotarla —continuó ella—. En cuanto esté preparada la habitación, subirá a planta.

Y dicho esto, los dejó a solas y se marchó por donde había venido.

Gabriel, caballerosamente, cedió su turno a Amanda. Ella asintió agradecida, esbozando una tierna sonrisa, y luego desapareció entre las cortinas.

Él, mientras tanto, se apoyó en una de las paredes a esperar. Esta vez trató de relajarse y dejar la mente en blanco, porque lo único importante era que Jessica aún seguía en sus vidas.

Veinte minutos más tarde, Amanda salió del box.

—¿Cómo está? —preguntó él preocupado.

—Está algo más tranquila.

—¿Conoce el estado en el que se encuentra su enfermedad?

Amanda negó con la cabeza.

—No. Y prefiero que no lo sepa. El tiempo que le quede, quiero que viva, sin más..., no quiero que ande tachando días en el calendario.

—Estoy de acuerdo contigo.

La mujer le acarició el brazo y lo animó a que entrara porque Jessica le esperaba con ansiedad.

Al entrar, la vio tendida en la cama. Tan frágil como las alas de una mariposa, pero con un brillo especial en la mirada. Se quitó la mascarilla de oxígeno que le impedía mostrar sus labios y, cuando Gabriel se acercó a su lado, ella le regaló la sonrisa más bonita que jamás había visto.

—Gracias, Gabriel.

A Jessica le costaba articular las palabras, estaba demasiado aturdida por los efectos de los sedantes y la pérdida de sangre.

—Shhh... no hables... debes descansar —susurró sentándose a un lado de la cama.

Ella le volvió a sonreír, pero esta vez con inmensa tristeza, y un par de lágrimas se resbalaron

por sus mejillas. Él se las secó con el pulgar y luego le cogió de la mano para entrelazar los dedos con los suyos, besando con dulzura los nudillos.

—Todo se arreglará, mi vida... ya lo verás...

Al cabo de una hora, la trasladaron a la cuarta planta. Jessica, entonces, por fin logró conciliar el sueño y pudo dormir más de tres horas seguidas. Mientras tanto, en ese corto espacio de tiempo, Gabriel y Amanda pudieron intercambiar pensamientos. Ella le habló de la infancia de su hija, de sus amigos, de lo terca que era cada vez que algo se le ponía entre ceja y ceja, por lo que no paraba de intentarlo hasta conseguirlo.

Gabriel sonrió. Por lo visto, Jessica ya apuntaba maneras desde chiquitita.

También le explicó el año en el que su mejor amiga, Jud, se partió el fémur y tuvo que ser operada. Como casi no podía moverse, Jessica se pasó todo el verano haciéndole compañía. Jugaba con ella, le preparaba la merienda, le leía libros. No la dejó sola ni un solo instante, convirtiéndose incluso en su propia sombra y renunciando a salir con otras amigas, a bañarse en la piscina y en la playa...

—Jessica, bajo esa apariencia de «me como el mundo» y aunque se niegue a reconocerlo, tiene un corazón bondadoso.

—Es cierto.

Cuando regresaron de su paseo de la máquina expendedora a la habitación de Jessica, la doctora se interpuso en su camino.

—Señora Orson, tengo algo importante que explicarles.

—Dígame —expresó con la angustia incrustada en su cara.

La doctora miró a ambos y luego añadió:

—Tenemos un donante anónimo.

Amanda empezó a temblar y a llorar emocionada. Gabriel, por el contrario, gritó a los cuatro vientos un enérgico «¡¡¡Síííí!!!» y después besó a la joven en la mejilla y la elevó por los aires.

Ella, al volver a pisar el suelo, se ruborizó, entornó los ojos y, tras estirar la bata, les pidió que la acompañaran para explicarles con detalle cómo sería la preparación de la paciente para el trasplante.

—Intentaré expresarme lo más coloquialmente posible.

Ambos asintieron a la vez.

—Antes del trasplante, la médula ósea de Jessica será destruida a través de quimioterapia o por la combinación de quimioterapia y radioterapia. Esta fase se denomina régimen de acondicionamiento, y puede durar entre cinco y diez días. La medicación se le administrará a través de un catéter flexible implantado quirúrgicamente dentro de una vena larga en el tórax sobre el corazón. Después de este tratamiento se procederá al trasplante; Jessica recibirá las células madre por una vía intravenosa, de igual forma que una transfusión de sangre.

—¿Le dolerá? —inquirió Amanda preocupada.

—No. Además, puede estar despierta en todo el proceso, que dura entre una y cinco horas.

—¿Y cuánto tiempo ha de pasar para asegurarnos de que está completamente curada? —preguntó Gabriel.

—Pasado el período crítico, que dura de dos a cuatro semanas, se puede afirmar una recuperación completa pasados uno o dos años después de un trasplante alogénico, como es en este el caso, ya que las células provienen de un donante compatible, emparentado o no.

La doctora fue aclarando cada una de las dudas que fueron surgiendo y Amanda insistió encarecidamente en conocer la identidad del donante, porque necesitaba agradecerle personalmente su generosidad y su bondad. Pero ella le explicó que no podía hacer eso, puesto

que se debía al secreto profesional. Obviamente, no volvió a insistir.

Al anochecer, Gabriel salió a buscar algo ligero para cenar. Unos bocadillos y agua. Los compró en una cafetería que se encontraba a un par de manzanas del hospital. Tenían buena pinta o por lo menos eso parecía, aunque tal vez era debido a la poderosa hambre que tenía a esas horas.

De camino de vuelta, no dejaba de pensar en lo chocante y a su vez misterioso que resultaba todo aquello. Que apareciese un donante compatible a estas alturas y que, además, quisiera permanecer en el anonimato... Gabriel, antes de subir a la cuarta planta, buscó el mostrador de recepción. Tenía una ligera sospecha de quién podía tratarse.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mmm... —Se rascó el mentón, pensativo—. Necesitaría conocer el número de la habitación del señor John Orson.

—Un momento, por favor.

La chica introdujo el nombre en la base de datos y en seguida obtuvo una respuesta.

—Habitación 112, primera planta.

«¡Te pillé...!»

Gabriel se echó a reír.

—Puede subir por las escaleras que quedan justo al lado del ascensor.

—Muy amable. —Le sonrió y puso rumbo a la primera planta.

Al llegar a la habitación 112, ésta permanecía cerrada, pero eso no lo detuvo. Golpeó con los nudillos y, tras esperar unos segundos, entró.

Y allí, leyendo *The New York Times*, estaba el padre de Jessica.

—Vaya... menudo descubrimiento... —dijo Gabriel acercándose hasta él.

John apartó el periódico a un lado y se levantó de golpe de la silla.

—¿Qué demonios...?

—Tranquilo, John, no pienso desvelar tu secreto. Me basta con que Jessica viva, lo demás me importa una mierda...

Arrugando el entrecejo, John bufó como un toro bravo a punto de embestir al valiente torero.

—Lo único que no entenderé nunca es por qué esperaste tanto, sabiendo que eras compatible...

Gabriel lo miró con desprecio infinito y, sin esperar respuesta por su parte, salió de la habitación. Ahora lo único importante era estar al lado de Jessica y que su cuerpo no rechazara el trasplante.

69

Tras el trasplante, Jessica regresó junto a Gabriel a la ciudad de los rascacielos.

Fuera por lo que fuese, a ella no le quedó más remedio que claudicar y admitir que no existía otro lugar en el mundo mejor para su lenta recuperación. Gabriel se encargó concienzudamente de convencerla de ello, porque la prioridad de cuidarla como se merecía prevalecía sobre todas las demás cosas. Por eso Jessica se instaló en el apartamento de él. Si se miraba por la parte práctica, ésta era la opción más adecuada. Sin ir más lejos, la consulta del doctor Etmunt quedaba a tan sólo varias manzanas.

Día a día Jessica fue recuperando paulatinamente el apetito y, de paso, el coraje para seguir adelante. Por supuesto, Gabriel era, en gran medida, responsable de ello. No la dejaba ni a sol ni a sombra y ella, simplemente, se dejaba mimar.

La noche del 5 de enero se convertiría en una velada muy especial.

Gabriel acababa de vestirse en la habitación mientras Jessica se maquillaba en el cuarto de baño.

—¡Gabriel! —Reclamó su ayuda para subir la cremallera de su vestido, que había quedado justo en mitad de la espalda. Él acudió en seguida y, al cruzar la puerta, no pudo evitar sonreír al ver a su chica tan sumamente sexi y atractiva, tal como la recordaba en sus sueños—. Vamos, ayúdame, por favor. No te quedes ahí plantado como si hubieras visto un fantasma…

—Precisamente lo que ven mis ojos no es un fantasma, sino a un precioso ángel de ojos azules.

Ella negó con la cabeza.

—Serás adulador... estoy convencida de que algo querrás a cambio —dijo divertida.

—¡Uf! Si tú supieras lo que me apetecería hacer en estos momentos... —Comenzó a caminar de forma sensual y provocativamente hacia ella—. Pero me temo que, por prescripción médica, debo contenerme o, mejor dicho, debemos contenernos...

Le rodeó la cintura con los brazos y ella aprovechó para colgarse de sus hombros.

—¿Y ese... medicucho... también nos ha prohibido besarnos? —preguntó acariciando con la punta de la nariz el cuello de él, quien no tardó en cerrar los ojos imaginando sus cuerpos desnudos haciendo el amor.

—No. Eso, de momento, no lo ha prohibido... —pronunció con la voz temblorosa a la vez que sumamente ronca.

Ella guardó silencio y, enredando sus dedos en el pelo que cubría parcialmente su nuca, lo acercó a su boca para besarlo muy despacio. La calidez de sus labios, unido al baile de sus lenguas, aceleró las pulsaciones de sus corazones. Gabriel la amaba como jamás había amado a ninguna otra mujer, en cuerpo y alma.

Bajó la cremallera del vestido, dejando al descubierto la espalda de la joven, y poco después deslizó las mangas por sus brazos, cayendo éste al suelo, sobre los pies de ella.

Acto seguido, Gabriel dio unos pasos atrás y se quitó la ropa ante la atenta mirada de Jessica.

—Por lo que veo, piensas pasarte por el forro las recomendaciones de Olivier —Sonrió.

—Lo que pienso hacer es amarte con mi cuerpo muy dulcemente...

Ella inspiró hondo sin dejar de admirar la belleza de su desnudez. En esos largos meses de enfermedad había anhelado tanto sus caricias y sus besos... que, llegados a este punto, hacer el

amor con él sería lo más profundo y parecido a cuando dos amantes entregan sus cuerpos por primera vez.

—Ven —él le ofreció la mano—, te necesito, ahora.

—Yo también.

Jessica meditó unos instantes antes de alargar su mano y entregársela. Pese a no encontrarse anímicamente como meses atrás, deseaba recuperar de alguna forma su vida. Ser la misma de siempre. Anhelaba que todo volviera a la normalidad… pero sobre todo, lo necesitaba a él.

Gabriel la guio a través del pasillo hasta la habitación. Encendió la lámpara de la mesita y colocó un pañuelo de seda encima para atenuar la luz; luego se puso frente a ella. La miró intensamente con las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada, abriendo la boca para exhalar el aire de sus pulmones.

Él le cogió una mano y se la colocó sobre su pecho izquierdo. Sobre el tatuaje, sobre el aro que atravesaba su pezón y sobre su corazón.

—¿Lo sientes?

—Sí.

—Late por ti. Sin ti, estaría muerto en vida —susurró hilando cada una de las palabras como si fuera poesía—. Lo eres todo para mí. No existe nada más... Te quiero, desde mucho antes de darme cuenta. Creo que te he querido siempre... y, mientras viva, lo seguiré haciendo.

Los ojos de ella se humedecieron sin previo aviso. Jamás pensó que volvería a sentir su cuerpo estremecerse de aquella manera. Y sí, ella también amaba a Gabriel, con toda su alma, pero sentía miedo por si, al confesarlo, todo se desvaneciera como una neblina en medio de la oscuridad.

Selló sus labios con los de él y luego éste la tumbó en la cama, colocándose luego encima de su cuerpo con sumo cuidado de no apoyar todo su peso en éste.

—Nunca me cansaré de mirarte. Eres lo más bonito que he visto en mi vida... y no sólo me refiero a tu rostro, tus ojos, tus labios... me refiero a tu interior. —Él sonrió—. Me tenías muy asustado... no vuelvas a hacerlo nunca más... ¿me has oído?

Ella negó con la cabeza y después le respondió:

—No pienso esconderme nunca más y no pienso marcharme nunca más de tu vida, porque tu vida también es mi vida...

Permanecieron sosteniéndose la mirada durante varios segundos, minutos tal vez. Luego, Gabriel acarició con dulzura su rostro y, cerrando los ojos unos instantes, se apoderó de su boca.

Rozó con sus dedos las delicadas curvas y ella clavó con cuidado las uñas en su espalda.

No dejaron de mirarse en ningún momento. A ambos les encantaba verse reflejados el uno en el otro mientras Gabriel se hundía en el interior de ella, moviéndose, poseyéndola, haciéndola suya.

Cuando ella le mostró con la mirada que estaba cerca, él la penetró con algo más de intensidad y juntos experimentaron la explosión del orgasmo, dejándose arrastrar por un torbellino repleto de sensaciones.

Al acabar, Gabriel la miró con vehemencia. Sus ojos estaban llenos de pasión y de ternura.

—No te imaginas cuánto he echado de menos hacerte el amor, era como si me faltara el aire para respirar... te quiero...

Jessica le acarició la cara con las yemas de los dedos sin dejar de mirarlo intensamente a los ojos y luego le besó ávidamente en los labios, para luego confesarle:

—Yo también te quiero.

El corazón de Gabriel se saltó un latido.

Llevaba tanto tiempo anhelando escuchar de su boca esas palabras que, a la hora de la verdad, no supo reaccionar, se quedó completamente mudo.

Ella, al ver que no respondía a ningún estímulo, le preguntó:

—Gabriel... ¿estás bien?

—Nunca he estado mejor en mi vida... —le respondió con un suspiro de alivio y luego le sonrió—. He pasado treinta años de mi vida esperándote, sin saberlo... y, ahora que te he encontrado, haré cuanto esté en mi mano para no perderte...

Ella le devolvió la sonrisa.

—No me vas a perder, te lo prometo.

Ambos se fundieron en un ardoroso beso, capaz de derretir toda la nieve que había caído los últimos días en las calles de Manhattan.

Después de ducharse y vestirse, subieron al BMW X6 de Jessica.

Gabriel, tras esperar a que ella se colocara el cinturón de seguridad, puso rumbo a un lugar muy especial para él.

—¿No piensas darme ninguna pista sobre el destino? —preguntó ella con ansiosa curiosidad.

Él negó con la cabeza y, sonriéndole con picardía, le tocó la punta de la nariz con la yema del dedo índice.

—Paciencia, cariño. Muy pronto lo sabrás. —Volvió la vista a la carretera y giró a la derecha para entrar en la autopista—. ¿Te has acordado del gorro, la bufanda y los guantes? Allí donde vamos hace mucho frío.

—Sí, jefe... —se burló—. Todo está previsto según sus órdenes.

—Así me gusta... Si no me veré obligado a darte unos buenos azotes en tu bonito culo —le siguió la broma.

—¡Mmm...! Pues, en ese caso, creo que voy a pasar de tus órdenes para convertirme en una chica muy traviesa...

Él se echó a reír.

—Si sigues provocándome, no llegaremos a tiempo a la sorpresa... —le advirtió él con la voz algo más ronca.

Gabriel no tardó en cogerle la mano izquierda y después colocarla sobre su bragueta.

Ella abrió los ojos, sonriente.

—Señor Gómez... sigue siendo usted muy... pero que muy ardiente... —añadió acariciando el bulto que crecía apresuradamente y apretaba con descaro la tela de sus tejanos.

—La culpa es tuya... me la pones dura con sólo estar a mi lado.

Jessica empezó a frotar con mayor intensidad y Gabriel se mordió el labio, dejando escapar un gruñido de placer.

—¿En serio no tenemos tiempo? —preguntó ella con voz sugerente.

Él volvió a sonreír, esta vez con la respiración agitada.

—¡Joder... Jess! —gruñó cuando ella desabrochó el botón y luego bajó la cremallera del pantalón, para meter la mano en su bóxer y acariciar de esta forma su pene erecto—. Déjame hacer unas llamadas...

Gabriel se desvió del camino y tomó la primera salida de la autopista. Una vez tuvo el coche aparcado en una especie de descampado, realizó un par de llamadas y luego se giró para mirar a Jessica a los ojos.

—Ahora soy todo tuyo.

—¿Por dónde íbamos? —le preguntó acercándose peligrosamente a su boca—. Te deseo Gabriel, ahora y siempre. Y pienso demostrártelo cada día.

Reclinó el asiento hacia atrás y él quedó tumbado.

Jessica se colocó a escasos centímetros de sus labios y entonces lo besó con fervor al tiempo que desabrochaba con destreza cada uno de los botones de su camisa negra. Después comenzó a dibujar un sendero de besos cortos y mordisquitos en su cuello.

Gabriel cerró los ojos, disfrutando del momento.

—Siempre me ha encantado cómo huele tu piel, Gabriel...

Sin dejar de besarlo, descendió hacia su torso. Se detuvo en sus pezones para lamerlos y succionarlos sin descanso.

—Jessica, vas a matarme... —susurró hundiendo sus dedos en la larga y oscura melena.

—Pero de placer... siempre de placer...

Ella fue descendiendo poco a poco por su cuerpo.

Gabriel se estremecía sin poderlo evitar, gimoteando y respirando entrecortadamente.

Bajó sus tejanos y después el bóxer, liberando así su enorme pene. Le miró a los ojos antes de acariciar su miembro y comenzar a lamerlo con pasmosa lentitud.

Al cabo de unos segundos, Gabriel le pidió que se detuviera.

—Jessica, mírame... —solicitó, y ella levantó la cabeza—. Necesito estar dentro de ti, ahora.

Ella no dudó. Enderezó la espalda y cambió de postura, sonriendo y mirándolo con ardor.

Deslizó el tanga por sus muslos hasta deshacerse de él. Luego se colocó a horcajadas sobre él y poco a poco sintió cómo Gabriel la llenaba plenamente.

—No dejes nunca de mirarme a los ojos... —La abrazó, acariciando el largo de su espalda, y después ella empezó a bailar sobre él.

Hicieron el amor sin prisas, como si no existiera el mañana. Al acabar, Jessica secó a Gabriel el sudor de su frente y, aún él dentro de ella, le dijo:

—Lo peor que he hecho en mi vida ha sido alejarme de ti. Reconozco que me equivoqué. —Hizo una pausa y luego prosiguió tras respirar hondo—: Lo hice porque te quiero, porque deseaba tu felicidad por encima incluso de la mía. Por fin me he dado cuenta de que te quiero en mi vida. —Realizó una nueva pausa, esta vez más corta—. Aunque estuviera enferma y moribunda, aunque me quedara un único suspiro, mi último deseo sería ver tus ojos por última vez.

Gabriel se estremeció y luego, sujetando su cara entre las manos, la besó.

Permanecieron un largo rato abrazados y, después, prosiguieron el camino.

Jessica en seguida reconoció aquel paraje. Se trataba de Putnam Valley, el mismo lugar donde hacía pocos meses Gabriel le había mostrado su refugio.

Pronto llegaron al Oscawana Lake y, tras aparcar el vehículo cerca de su cabaña, se apearon.

—Bueno, por fin llegamos... —Saltó del coche e inspiró el aire fresco y limpio de aquel lugar.

Jessica se frotó los brazos para entrar en calor.

Era de noche y, si se alzaba la vista, podía contemplarse un brillante manto de estrellas pintadas en un oscuro cielo.

Las montañas que rodeaban el lago estaban cubiertas de nieve, al igual que los senderos que se perdían en el bosque.

—Te olvidabas del gorro —la regañó colocándoselo en la cabeza—. Aún estás débil, no deberías constiparte...

—Es cierto —le reconoció—, pero es que me he quedado hipnotizada por la belleza de este lugar.

Gabriel la abrazó por la espalda.

—No hay nada comparable a tu belleza.

Ella sonrió y él la besó en el cuello.

—Adulador.

Él dejó de abrazarla y tiró de su mano.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

Cogidos de la mano, él la guio hacia la orilla del lago, cerca de un par de barcas amarradas a un noray.

—Sube.

—¿En serio? —le preguntó haciendo una mueca—. La barca está en bastante mal estado y ni siquiera parece que sea capaz de soportar nuestro peso.

Gabriel se echó a reír y luego subió a la barca y pegó un par de saltos.

Abrió los brazos y le contestó:

—Como ves, aguanta lo que le echen. Ven. —Le tendió la mano—. Tu sorpresa está en esa dirección y únicamente podemos acceder a ella a través de esta reliquia.

Ella meditó unos segundos y poco después se sujetó de su mano y subió al bote.

—Lo que la curiosidad te obliga a hacer —refunfuñó sentándose en la proa.

Él, por el contrario, saltó fuera, empujó el bote y, cuando éste ya estaba flotando en el agua, volvió a subir. Luego giró la llave del motor y, agarrando la caña para hacer girar el timón, el bote comenzó a navegar.

Unos cinco minutos más tarde llegaron a una especie de islote en medio del lago.

Detuvo el motor y amarró el bote.

Jessica abrió la boca sorprendida y emocionada a partes iguales nada más pisar tierra firme.

Ante sus ojos había un camino iluminado por velas blancas y rojas, que conducían hacia una especie de pérgola.

—Jamás dejarás de sorprenderme, Gabriel.

—Eso nunca, mi ángel.

La besó en la frente y le cogió de la mano para llevarla a través de ese pasillo de luces que brillaban en medio de la oscuridad de la noche.

Poco a poco, la pérgola fue tomando forma.

Al llegar, un dulce aroma a rosas invadió todos sus sentidos. Miles de pétalos yacían esparcidos por la tierra y, en el centro del armazón, había dos personas.

El semblante de Jessica de nuevo se tiñó de asombro.

—Gabriel... —murmuró a la vez que quedaba paralizada.

—Ven... —Tiró de nuevo de ella.

Juntos subieron los tres escalones que los separaban de aquellas dos personas. Al llegar frente a ellos, los acordes de un piano de cola empezaron a sonar en el ambiente.

Y Pablo Alborán empezó a cantar en directo Vuelvo a verte.

Gabriel abrazó a Jessica y la besó en el pelo.

Entonces Malú empezó a cantar.

Gabriel le susurró al oído:

—Es cierto, nada es eterno, salvo mi amor por ti. Te quiero.

Jessica lo miró con los ojos bañados en lágrimas y después enterró la cabeza en el hueco de su cuello sin dejar de escuchar la canción.

Al desvanecerse el último acorde, Malú se acercó a ambos y, tras abrazarlos, les dedicó unas palabras:

—Debo felicitarte por tu fortaleza, tu entereza y tu coraje frente a la vida. Admiro a todas aquellas personas anónimas, como tú, que luchan día a día contra esta enfermedad.

—Muchas gracias —asintió Jessica con gratitud.

Pablo cerró la tapa del piano y se unió a ellos. Saludó a Gabriel chocando su mano con la de éste y luego miró a Jessica a los ojos para pronunciar unas palabras:

—Felicidades por tu rápida recuperación. —Le dio un abrazo—. Cuando Gabriel nos llamó, ni Malú ni yo lo dudamos. Teníamos que estar aquí, con vosotros, y ser partícipes de dos cosas: conocer a la persona que por fin le ha robado el corazón a Gabriel... —sonrió mirándole a él— y compartir junto con las personas que te quieren este día tan especial...

Tras acabar, Pablo sonrió mientras alzaba el brazo haciendo una señal al aire, y luego gritó: «¡Ya podéis venir...!», haciendo un llamamiento generalizado, al cual empezaron a acudir personas que estaban escondidas tras los árboles.

Poco a poco, el centro del islote fue llenándose de seres queridos: la madre de Jessica, Amanda. Marta e Iván. La madre de ambos, Ana. Eric y Daniela, Frank y Charlotte. Geraldine...

El corazón de Jessica empezó a latir desbocado en el interior de su pecho.

—Esto es para ti... —le susurró Gabriel al oído—. He reunido a todas las personas que son importantes para ti y para mí, porque quiero que sean testigos del profundo amor que siento por ti.

Tras besarla en los labios, se acercó hasta Iván, que estaba junto a Marta. Les sonrió a ambos, besó a ella en la mejilla y después abrazó efusivamente a su único hermano.

—Gracias por venir...

—¿Hermanos para siempre, recuerdas?

Gabriel asintió e Iván le entregó la guitarra que sujetaba con las manos.

Inspiró hondo y corrió a la pérgola, subiendo los tres escalones de un salto.

Al darse la vuelta, miró a Jessica a los ojos y, tras unos segundos, se sentó en una silla.

Tragó saliva, emocionado.

Las manos le temblaban ligeramente cuando las introdujo en uno de sus bolsillos, para palpar aquella cajita. Poco después, se armó de valor y pudo hablar alto y claro:

—Gracias a todos por estar en el día más importante de mi vida. —Hizo un repaso visual a cada una de las personas que estaba en aquel lugar. Cuando por fin encontró los ojos de Ana, pudo proseguir, pese a notar un nudo en la garganta—: Gracias, mamá, por darme la vida. Gracias, Iván, por perdonarme y darme una segunda oportunidad. Gracias, Marta, por cuidar y querer a mi hermano, y darme sobrinos. —Sonrió rascándose la nuca—. Gracias, Frank, por enseñarme el verdadero significado de la palabra amistad. Gracias, Eric, por cuidar a una personita muy especial para mí .—Lo afirmó mirando a Daniela—. Gracias, Daniela, por confiar en mí y preocuparte por mí en todo momento. Gracias a Amanda y a Geraldine, por cuidar siempre de mi ángel... Pero, sobre todo, quiero darte las gracias a ti, Jessica.

Tuvo que detenerse antes de proseguir. No sólo las manos le temblaban, apenas podía articular palabra. Carraspeó y luego tosió.

—¿Qué podría decir de mi ángel de cabellos negros...? —Inspiró hondo—. ¿Qué se le puede decir a una persona que te ha devuelto las ganas de vivir? A una persona que ha desenterrado sentimientos olvidados en la profundidad de mi alma...

Jessica no pudo evitar que varias lágrimas se deslizaran por sus mejillas y Amanda, al darse cuenta, sonrió y abrazó con ternura a su hija, meciéndola como cuando era una niña.

—Jessica... eres mi vida... Sin ti, nada tendría sentido...

Gabriel bufó. Los nervios hacían temblar su voz. Así que cerró los ojos, tratando de serenarse. De seguir así, le sería imposible cantar.

Cuando consiguió relajarse parcialmente, apoyó la guitarra en uno de sus muslos, hizo

movimientos circulares con los hombros y tocó tres de las seis cuerdas para hacer una pequeña prueba de sonido.

Alzó la vista y, mirando de nuevo a Jessica, empezó a deslizar sus dedos para tocar con determinación.

Todos, cada cual a su manera, se sentían orgullosos de estar allí, de compartir aquellos instantes junto a Gabriel y Jessica.

La música pronto se adueñó del lugar. La canción Tu jardín con enanitos empezó a flotar en aquel paraje.

Tras acabar, y desvanecerse la última nota en el aire, Gabriel dejó la guitarra en el suelo, apoyada en la silla, y saltó los escalones para correr frente a Jessica.

Era ahora o nunca.

Su corazón amenazaba con salir disparado de su boca. Estaba muy nervioso. Ni siquiera recordaba haberlo estado tanto jamás. Miró a su hermano, quien le guiñó un ojo y asintió con la cabeza, animándolo y dándole un último empujón.

Inspiró hondo de nuevo y luego exhaló el aire poco a poco. Estaba hecho un flan. Pero entonces ella le buscó los ojos y él lo tuvo claro. Era con ella con quien quería estar el resto de su vida. Era ella la razón de su existencia. Ella lo era todo para él.

Sin dejar ni un solo instante de mirarla con respeto y deseo, puso una rodilla en el suelo, metió la mano en el bolsillo de su cazadora y extrajo la pequeña cajita.

—Jessica... —dijo mientras sacaba la alianza de oro y diamantes que había en el interior.

Inspiró hondo y, a la vez que sostenía su mano izquierda, prosiguió:

—Te quiero y deseo que todas las personas que me importan lo sepan. Anhelo compartir mi vida contigo. Quiero pelearme, reírme, enamorarme cada día más de ti. Quiero que seas mi jardín con enanitos...

Gabriel robó a Jessica una preciosa sonrisa.

—Eres mi principio y mi fin.

Él miró su mano para deslizar poco a poco la alianza en su dedo anular.

—No te pido que te cases conmigo, porque no van conmigo esas cosas, no me van los convencionalismos, salvo que tú sí que quieras; en ese caso, me sentiría muy honrado de ser tu marido.

Ella sonrió.

Gabriel no dejaba de sorprenderla y eso le encantaba. Sin duda, él era muy diferente a Robert y a los demás hombres que había conocido.

Gabriel era especial.

—Me basta con tenerte cada noche en mi cama y despertarme abrazado a ti cada mañana. —Hizo una pausa para perderse de nuevo en el azul zafiro de sus ojos—. ¿Quieres compartir el resto de tu vida conmigo? Me gustaría que vinieras a vivir a mi apartamento. Solos tú y yo. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Jessica, que lo escuchaba con atención, le removió el pelo con los dedos y, tras suspirar, pronunció un «¡sí, acepto!» alto y claro. Luego estiró de su mano con fuerza y, cuando lo tuvo a su altura, lo besó con ardor.

Todos los presentes aplaudieron conmovidos.

No habría boda de momento, pero... ¿y en el futuro? Eso, inevitablemente, sólo lo sabe el caprichoso destino...

¿FIN?

EPÍLOGO

Manhattan, 6 enero de 2014

—¿Gabriel Gómez?

La voz de Paula, la asistenta social, sonó a través de la puerta entreabierta de la sala destinada a las visitas del centro de acogida.

—Sí, soy yo.

Se levantó de la silla de la sala de espera y miró a Jessica.

—¿Quieres acompañarme?

Ella meditó unos segundos sin dejar de dar vueltas a la alianza de oro blanco y diamantes.

—Creo que será mejor para él que me quede aquí esperándote. A mi parecer, es todavía demasiado reciente. Aún no me tiene la suficiente confianza.

—No es culpa suya. Siente pánico a los extraños.

Gabriel le cogió la mano que tan incómoda movía sin parar.

—Tampoco es culpa tuya, Jessica. Dale tiempo...

Ella asintió y le regaló una sonrisa esperanzadora.

—Claro, todo el que necesite.

Él le devolvió la sonrisa y luego le besó en los labios.

—En media hora estoy de vuelta.

—Ve tranquilo.

Tras atravesar el umbral de la puerta, la joven la cerró con llave. Gabriel se sentó en una silla y, tras dejar sobre la mesa el paquete debidamente, se dispuso a esperar.

Un par de minutos más tarde Scott entró en la sala, cabizbajo, acompañado de Paula.

—Scott, mira quién ha venido a verte... tu amigo Gabriel...

El niño, al oír su nombre, alzó la mirada tímidamente, encontrándose con los ojos de él.

—Hola, campeón.

Gabriel inspiró hondo. Scott parecía haber recuperado peso y tonalidad en las mejillas desde el último encuentro. Eso lo tranquilizaba. En el centro lo trataban bien, era evidente.

—Bueno, creo que os dejaré a solas unos minutos. ¿Te parece bien, Scott? —le preguntó ella doblando las rodillas para colocarse a su altura.

El niño no articuló ninguna palabra, ni siquiera hizo un solo gesto de aprobación.

Paula le colocó la mano en el brazo para que supiera que no estaba obligado si no quería.

—Scott, no pasa nada. Si no te apetece, Gabriel no se enfadará... vendrá otro día.

La joven miró a Gabriel y después se encogió de hombros, resignada.

—Me temo que hoy no está inspirado. Será mejor que vengas en otro momento.

—Claro. No hay problema.

Gabriel se levantó de la silla y cogió el paquete. Pero, antes de empezar a andar, lo miró y volvió a colocarlo sobre la mesa.

—Paula, el paquete es un regalo para Scott. Dáselo por favor, de parte de Jessica y mío.

—Por supuesto.

Mirando una vez más a Scott, salió de la sala algo menos preocupado que la vez anterior. El centro y la terapia psicológica estaban ayudando mucho a Scott a superar el asesinato de su padre y el abandono sufrido a lo largo de todos esos años por parte de su abuelo, Charly.

Mientras atravesaba el pasillo y se acercaba a Jessica, no pudo dejar de pensar en lo ocurrido.

Ella, al verlo llegar, cerró el libro que estaba leyendo y se quitó las gafas de pasta de color burdeos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó con un deje de preocupación.

—Necesita más tiempo y yo tengo todo el del mundo.

Jessica se levantó y Gabriel le cogió de la cintura.

—¿Tienes un momento para pasar por el aeropuerto? Tengo algo importante que mostrarte.

—¿Ya empezamos con las misteriosas sorpresas?

—Me temo que sí. —Sonrió—. Soy así de raro. Me gusta tenerte nerviosa. —Se acercó para susurrarle al oído—: No me preguntes por qué, pero me pone muy cachondo...

Jessica se rio y luego le pegó un manotazo.

—No cambies nunca, Gabriel.

—Te aseguro que así será...

La estrechó con más intensidad de la cintura y dio un mordisco a su hombro.

Al llegar al aeropuerto JFK, Gabriel aparcó el coche en batería. Apagó la radio y giró la llave del contacto para detener el motor.

—Jessica, es hora de explicarte algo importante que debes saber —inquirió con el semblante bastante tenso.

Ella sonrió abiertamente.

—Gabriel, no hagas el payaso. Sabes que no se te da bien poner esa cara tan seria, no va contigo; además, te hace parecer más mayor.

—Jessica —resopló, tratando de continuar sin interrupciones—, quiero que me escuches con atención, porque lo que voy a contarte cambiará tu vida para siempre.

Ella arrugó la frente, pensativa.

—¿Para bien o para mal?

—Déjame que primero te lo diga. —Le tomó una de las manos.

Jessica guardó silencio y Gabriel le miró a los ojos con decisión.

—He encontrado a tu hija.

Ella se soltó de su mano abrumada por lo que acababa de escuchar.

—No tiene ni pizca de gracia —dijo cruzando los brazos, como protegiéndose de sus palabras.

Gabriel se acercó un poco más a ella, mirándola muy serio.

Jessica, al ver la honestidad reflejada en sus ojos, negó con la cabeza aún sin dar crédito.

—¿Y dónde está? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—¡Ehhhh...! Alto, alto... —se burló levantando las manos en señal de rendición—. Vayamos por partes.

Jessica tuvo que frotar sus brazos, porque un escalofrío repentino había invadido de arriba abajo todo su cuerpo.

—Es una chica que ya conoces.

Jessica todavía lo miró más sorprendida que antes.

—Es amiga mía. La conocí en la parada de taxis de este mismo aeropuerto, hace apenas cuatro meses.

Gabriel le volvió a coger de la mano, pero esta vez ella no la retiró, porque en cierta forma necesitaba su contacto para tratar de asimilar lo que tenía que escuchar.

—Vino a Manhattan a través de una beca de bellas artes otorgada por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.

Gabriel inspiró y luego tragó saliva, para soltar de golpe todo el resto.

—Se llama Daniela Luna, es española, su fecha de nacimiento es el 24 de septiembre de 1991, por consiguiente tiene veintidós años.

Jessica abrió los ojos como platos, y sintió cómo los latidos de su corazón zumbaban en el

interior de sus oídos.

—Además de las mismas marcas de la foto de tu bebé y un parecido asombroso a Adam.

Los ojos de ella en seguida se llenaron de lágrimas y Gabriel buscó un pañuelo de papel para dárselo.

—¿Es la chica del pub?

—La misma —afirmó él con firmeza.

—Algo en mi interior me avisó ese día de que era ella, pero no hice caso.

—No te culpes.

Jessica se sonó la nariz y se secó las lágrimas.

—¿Está aquí? ¿En el aeropuerto?

Él asintió.

—¿Quieres verla?

—Llevo veintidós años queriendo verla...

—Entonces creo que ya has esperado demasiado...

Entraron al aeropuerto y se dirigieron cogidos de la mano hacia la primera planta. Subieron por las escaleras mecánicas y cruzaron un largo pasillo hasta llegar a una puerta acristalada. Nada más cruzarla, Gabriel le pidió que esperara un momento en aquel sitio.

Los cinco minutos que transcurrieron hasta que regresó de nuevo fueron eternos.

Jessica vio de lejos acercarse a los tres, Gabriel, Eric y su hija Daniela.

A Jessica se le hizo un nudo en la garganta. Se llevó las manos temblorosas a la boca. Veintidós años era demasiado tiempo sin ella. Veintidós largos y angustiosos años por fin llegaban a su fin. Estaba viva y estaba frente a ella. Era real, no se trataba de ningún espejismo...

Gabriel y Eric se quedaron en segundo plano, a unos metros antes de llegar hasta Jessica.

Daniela se soltó de la mano de Eric y, tras respirar hondo muy nerviosa, caminó hacia su madre, que la observaba aún sin dar crédito.

«Dios mío, creo estar viendo a Adam», susurró Jessica sin poder evitar llorar.

Cuando quedaban pocos metros, Daniela se detuvo temblorosa. Ambas se miraron en silencio durante un rato y luego Jessica le sonrió con ternura, invitándola a acercarse.

—Mi niña... —susurró tendiéndole la mano.

Daniela, pese a la lejanía, pudo leer en sus labios aquellas palabras y entonces, tras estremecerse nuevamente, corrió a sus brazos y ambas se fundieron en un precioso y emotivo abrazo.

Gabriel no pudo evitar sonreír al tiempo que suspiró frotándose los ojos con el dorso de la mano. Esa escena era demasiado intensa, demasiado bella... Madre e hija, unidas al fin para siempre.

—Gracias, Eric —dijo colocando el brazo sobre su hombro.

—Tuve tiempo de pensar y recapacitar. No podía negarle algo que había deseado toda su vida. Dejé de pensar en mí por un momento y lo vi claro, Daniela debía saber la verdad.

Gabriel miró a su amigo con orgullo y luego añadió:

—Vas a ser un padre cojonudo.

Eric se echó a reír.

—Sí. A ver si a la tercera, va la vencida. —Negó con la cabeza—. Esta vez quiero hacerlo bien. Por eso nos vamos a Madrid. Quiero pasar más tiempo con mis hijos y con el bebé que vendrá.

—Eric. Lo harás genial. —Se puso serio—. O te prometo que me planto en Madrid y te pateo el culo si no cuidas de Daniela como se merece.

—No debes preocuparte, porque la quiero y no pienso cagarla. —Miró a ambas mujeres una vez más—. Esta vez, no. Así que no hará falta que vengas a Madrid, a no ser que sea para hacernos una visita.

—Claro que sí. Cuenta con ello, amigo.

Tras abrazarse durante un largo rato, Daniela alzó la vista y ambas se quedaron mirándose a los ojos.

—He soñado tantas veces con este momento... —dijo Jessica con la voz temblorosa—. Dios sabe que he removido cielo y tierra para encontrarte...

—Lo sé... Sé que no fue decisión tuya.

Jessica empezó a llorar desconsoladamente mientras acariciaba el rostro de su hija.

—Te he echado tanto de menos...

Daniela empezó a respirar con dificultad, estaba demasiado conmovida.

—Y yo... mamá.

Ambas volvieron a abrazarse con fuerza, incapaces de decir nada más.

Cuando se separaron lentamente, Daniela le cogió de la mano y la colocó sobre su vientre, que ya empezaba a tomar forma, aunque el abrigo disimulara la evidente redondez.

Jessica abrió mucho los ojos. ¿Era lo que creía que era? Negó con la cabeza, sin dejar de llorar.

—Ella es... Alba, tu nieta...

Daniela le sonrió, apartándose un mechón de la cara.

—Mi nieta... —repitió susurrando con un hilo de voz—. Mi nieta... Alba...

Jessica suspiró acariciando el vientre de su hija y luego la besó en la frente.

Poco después, una voz femenina alertó que los pasajeros del vuelo con destino a Madrid debían embarcar.

Daniela bajó la vista, una enorme sensación de tristeza se adueñó de su ser.

Cuando Jessica lo percibió, le levantó la barbilla y la miró profundamente a los ojos.

Ambas se sostuvieron la mirada unos instantes.

—Te prometo que, cuando esté más recuperada, iré a Madrid. Tengo muchas cosas que explicarte, quiero que me conozcas... y me encantaría contarte quién fue tu padre y lo mucho que nos amamos. Porque, aunque no planificamos tenerte tan pronto, fuiste engendrada desde el amor...

Tras escuchar aquellas palabras, Daniela contuvo el aliento y sus ojos verde oliva volvieron a brillar, emocionados.

—Yo también quiero conocerte.

Jessica le brindó una hermosa sonrisa y ambas se abrazaron por última vez.

Gabriel y Eric se unieron a ambas y, tras despedirse, Jessica miró a su hija hasta perderla tras la puerta de embarque.

Gabriel la besó en el cabello y juntos caminaron en silencio hacia el aparcamiento.

No tardaron demasiado en llegar al apartamento y, justo después de abrir la puerta, Gabriel le barró el paso antes de que pudiera entrar.

—De eso nada... —Sonrió cogiéndola en brazos bajo su asombro.

—¿Pero qué haces? —preguntó rodeando su cuello para no caer.

—Algo que me ronda por la cabeza hace días.

Gabriel la besó en los labios.

—Aunque no nos hayamos casado, quiero que te sientas en todo momento mi mujer... Así que, hagámoslo como es debido...

Gabriel cruzó el umbral de la puerta con ella en brazos y, al llegar al interior, cerró la puerta de una patada sin dejarla aún en el suelo.

—Y ahora... voy a hacerte el amor en calidad de marido...

Jessica sonrió divertida.

—¡Mmm!... Señora Gómez... Suena raro...

—Ya te daré yo raro... —Soltó una sonora carcajada.

La llevó a cuestas hasta el dormitorio, abrió la luz con una mano y, tras dejarla sobre la cama, se empezó a desvestir.

—Cómo me gusta mirarte mientras te desnudas, Gabriel... —aseguró mordiéndose el labio inferior.

Él se deshizo de toda la ropa en un instante y se arrodilló frente a ella para quitarle los zapatos de tacón y luego el vestido.

Después la miró con ojos hambrientos de pasión y añadió:

—¿Me quieres?

Ella sonrió seducida por sus palabras.

—Siempre...

AGRADECIMIENTOS

A todos los lectores que día a día se emocionan con mis novelas.
Y, sobre todo, a mi familia.
¡Gracias infinitas, de todo corazón,
por hacer de mi sueño una hermosa realidad!.

La Saga Loca seducción continúa:

2. Quiero ser tu principio y tu fin
3. Recuérdame
4. Sin mirar atrás
5. Alguien inesperado

Recuérdame

Prólogo

Sobresaltada, se despertó con la respiración entrecortada y los latidos de su corazón zumbando en sus oídos. Rápidamente, sus pupilas comenzaron a dilatarse, acostumbrándose a la luz proveniente del exterior de aquella pequeña ventana.

Alzó la cabeza y, mirando con recelo a su alrededor, se incorporó y permaneció sentada varios minutos. No se atrevía a moverse, no sin antes averiguar dónde se encontraba y cómo había llegado hasta allí.

De repente, un terrible dolor de cabeza se apoderó de ella. Cuando quiso colocar la mano sobre la sien para apaciguar aquel malestar, descubrió un vendaje que rodeaba parcialmente su frente.

Lo palpó con cuidado. Daba la impresión de que, bajo el apósito, había varios puntos de sutura. Confundida, quiso salir de la cama y, al apoyar el peso en una de sus manos, una pulsera de plástico asomó entre las mangas de su pijama.

Conmovida, retiró la tela para poder leer las palabras que había inscritas en color negro:

Anderson, Noah
Albert Einstein Medical Center
Filadelfia
Fecha de ingreso: 24/12/2013

Abrió los ojos desconcertada.

«¿Quién demonios es Noah Anderson?»

Algunos datos y direcciones de interés

• 25 de noviembre: Día internacional contra la violencia de género.
Asociación: <http://www.maeve.biz>.
Guía de ayuda: <http://www.guiaviolenciadegenero.com/asociaciones-direcciones-utiles.php>.

• Si quieres ser donante de médula ósea:
—Fundación Internacional Josep Carreras: www.ayuda.fcarreras.org
—Incucai: www.fundacioncontinuarvidas.org
—Médula para Mateo: www.medulaparamateo.com

Nací en Barcelona hace cuarenta y un años. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión, aunque escritora de vocación.

Soy madre de un precioso niño —Aleix—, a quien dedico en cuerpo y alma mi vida y mi obra.

A principios de 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer proyecto: la saga «Loca seducción». Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a poco fue convirtiéndose en una gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo hacer soñar a otras personas mientras pasean por mis relatos.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

Facebook: *evapvalenciaautoranovela* Instagram: *@evapvalenciaautora* Web: *www.evapvalencia.com*



Estas son mis obras publicadas

Saga Loca seducción
Otoño en Manhattan
Quiero ser tu principio y tu fin
Recuérdame
Sin mirar atrás
Alguien inesperado

Bilogía Un millón de nosotros
Tú, yo, Las Vegas y un millón de pavos
Tú, yo, La Toscana y un millón de estrellas

Bilogía Celestial
Cuando Cupido olvidó las alas
Cuando el diablo vistió de uniforme

Serie Christmas's Tales
Christmas horror Christmas
Christmas sweet Christmas

Volúmenes independientes
Tentación
Valentine
Brooklyn

Atrévete a sentirlas en tu propia piel



WINNER NEW ADULT 2022 THE WATTYS WATTPAD

MEJOR NOVELA NAVIDAD 2022 OCIO WEB "EL MUNDO"

FINALISTA NOVELA ROMÁNTICA 2022 EVENTO BOOK'S WINGS BCN

AUTOR REVELACIÓN 2022 BOOKSTAGRAMMER LECTURAS FRANCY

DOSSIER PITCH 2023 RODANDO PÁGINAS

www.evapvalencia.com